

Sangre de Hermanos

Crónica completa de los sucesos militares y políticos desarrollados durante la revolución de 1904



SANGRE
DE
HERMANOS

CRÓNICA COMPLETA
DE LOS SUCESOS MILITARES Y POLÍTICOS
DURANTE LA REVOLUCIÓN DE 1904

Tomo I

MONTEVIDEO
TALLERES A. BARREIRO Y RAMOS
CALLE CERRO, NÚMERO 61
1905

Sangre de Hermanos

DOS PALABRAS

Este lib o no pretende ser una historia; aspira, á lo sumo, á ser una *crónica* m s ó menos completa de los sucesos desarrollados en el país desde el 1º de Enero de 1904, hasta que la guerra civil tuvo término por l pacto de paz firmado en Aceguá.

Nadie busque, pues, en las páginas que siguen, apreciaciones y comentarios de índole novedosa, ni menos aquella filosofía que, según un alto criterio histórico, podría y debería deducirse del examen de los hec os. Otros, con más tiempo y más preparación, abordarán esa ardua area. Nosotros nos limitaremos á exponer los *hechos* en su orden cronológico y con la posible exactitud, controlando las informaciones puestas. Preparamos, en cierto modo, el *sumario* de la revolución ltima, para que alguien, más tarde, con la debida autoridad de q nosotros carecemos, pronuncie la sentencia que muchos echarán e menos en este libro.

Sin embargo: á pesar de la sencillez de su estructura, este volumen no careceá de utilidad ni de interés. Han pasado tantas cosas, durante ese luctuoso año de fratricidio permanente, y en tan acelerada sucesión, qe muchos de los detalles del drama han escapado á la atención de ls espectadores y hasta de los protagonistas. El relato sintético que ofrecemos á la pública curiosidad, renovará de seguro, muchos recuerdos casi desvanecidos y muchas impresiones casi borradas. .

LOS AUTORES.

Capítulo I

CÓMO Y PORQUÉ SE PRODUJO LA GUERRA

SUMARIO: Una profecía. — Como surgió el conflicto. — Una opinión de "El Siglo" — Seguridades del Doctor Alfonso Lamas. — Nuevas alarmas. — Renuncia del Doctor Lamas. — Las primeras medidas gubernistas. — El nuevo Directorio Nacionalista. — Frente á la guerra. — La famosa "exigencia privada". — Opinión de "El Día". — En misión de paz. — Manifiesto de la minoría nacionalista. — ¡La guerra!

Una profecía

En Marzo de 1903, cuando Montevideo ardía con las iluminaciones, las fogatas y el coheterío que prodigaba el júbilo popular, con motivo de la paz negociada recientemente en Melo y del desarme efectuado en Nico Pérez, el doctor José Pedro Ramírez, desde los balcones de su casa, dirigía á la muchedumbre que aclamaba en él al afortunado pacificador, las siguientes proféticas palabras:

«Esta solución que tanto anhelábamos y que todos bendecimos, no será sino una tregua ó un aplazamiento si en adelante no tenemos un concepto más alto de la patria, un culto más sereno de los principios institucionales; si no asimilamos con la fe cristiana de los tiempos paganos, á nuestra conciencia republicana, el convencimiento *de que la patria no es patrimonio de ningún partido*, y de que si los de abajo no tienen derecho de conquistar el poder por las armas, los de arriba tampoco tienen derecho de conservarlo por la opresión y la violencia».

En el banquete ofrecido al Presidente de la República el 18 de Abril del mismo año, el doctor Ramírez insistía en sus temores, exclamando:

«Ahora digo al ciudadano afortunado que encarna las aspiraciones populares en estos momentos de dudas acerbas y de supremas angustias: A vos, señor, la misión y la tarea de resolver el pavoroso problema que nubla todavía el horizonte, que enturbia nuestras alegrías y amarga y apoca los frutos bendecidos de la paz y de la concordia en el histórico momento actual. «A vos, señor, la misión y la tarea de remover y extirpar las subversiones imperantes — que fueron un día el precio bendecido de la paz, de la sangre preciosa de nuestros hermanos escatimada al furor de la contienda armada, y de las lágrimas de madres y de hijos y de esposas convertidas en sonrisas y plácemes y vítores, — subversiones que es ya tiempo de remover y de extirpar al precio de la abnegación y el patriotismo, sin lucha y sin sangre, por el juego armónico de las instituciones libres y de las virtudes republicanas».

Tenía razón, por desgracia, el viejo luchador en su triste vaticinio. Bastó un detalle, — el envío de dos regimientos al departamento de Rivera con motivo del conflicto surgido entre las autoridades de ese departamento y las de la ciudad fronteriza de Santa Anna, — para que la situación política, delicadísima desde los comienzos del Gobierno del señor Batlle y Ordóñez, asumiera repentinamente los caracteres de extremadamente peligrosa.

Como surgió el conflicto

Por una parte los recelos del partido nacionalista; por otra los recelos del partido colorado, dieron á la situación, hacia mediados de Diciembre de 1903, cier-



MARZO DE 1903. — EL DOCTOR RAMÍREZ LLEGANDO Á SU CASA, DESPUÉS DE OBTENIDA LA PAZ

tos caracteres de tirantez y de mutua suspicacia que justamente alarmaron y preocuparon á la prensa seria. *El Siglo*, en un artículo titulado *Malos síntomas*, criticaba la actitud peligrosa de los hombres de uno y otro partido pronosticando las peores consecuencias para una conducta tan inhábil como antipatriótica. — Como para desautorizar las alarmas de cuantos leían claramente en el sombrío porvenir, venían de Cerro Largo, residencia entonces del caudillo nacionalista Aparicio Saravia, las más terminantes declaraciones en favor de la paz pública. El 16 de Diciembre llegaban de Santa Clara de Olimar, donde habían conferenciado con el caudillo, los delegados del Directorio nacionalista señores Alfonso Lamas, Carlos Berro, Remigio Castellanos y Francisco Haedo Suárez.



PASO REAL DEL OLIMAR, DONDE SE CELEBRÓ LA ENTREVISTA DE SARAVIA CON LOS MIEMBROS DEL DIRECTORIO

Uno de estos señores hacía á un periodista la siguiente manifestación acerca del resultado de su viaje:

«La delegación del directorio tuvo la satisfacción de encontrar á Saravia en el mismo orden de ideas que lo dominaba durante la exposición de Melo. Es el mismo ciudadano, lleno de sentimientos conciliadores, anheloso de ver al país entregado al trabajo y confiado en sus destinos. Cree que deben calmarse los recelos, puesto que cumpliéndose lealmente el pacto de Nico Pérez nadie puede pensar en la mínima alteración de la tranquilidad pública. El partido nacional presta por su parte el más decidido apoyo á esas ideas fundamentales y se prepara con ánimo confiado y sereno al ejercicio de sus derechos electorales».

Tomando en cuenta, á pesar de estas declaraciones tranquilizadoras, los múltiples peligros que latían en la entraña de la situación, el joven redactor de *El Siglo* decía en un artículo publicado el 19 de Diciembre con el objeto de dejar bien definidos los antecedentes del problema político:

Una opinión de "El Siglo"

«Ya no puede nadie decir que las autoridades civiles del partido nacional y su caudillo no significan nada frente á la minoría y frente al general Muniz. Ya no puede nadie asegurar que Saravia no levanta mil hombres. Pero, los que antes dijeron esto, han reemplazado su táctica por otra que, si llega á prevalecer, les dará resultados parecidos. Hoy lanzan á todos los vientos la afirmación de que hay que ir á la guerra para asegurar la paz en quince días, suprimiendo «las subversiones dominantes» *manu militari*. Porque el gobierno ha comprado unos millares de fusiles, algunos millones de cartuchos y varias ametralladoras, juzgan que puede lanzarse á la guerra con la seguridad del triunfo inmediato y decisivo. De ahí á proclamar abiertamente la guerra, no hay más que un paso. Por eso, nos hemos empeñado alguna vez, en demostrar á esos insensatos que su error es tan craso, tan profundo como el que padecieron en Marzo; que si quieren la guerra han de quererla por mucho tiempo, por largos meses, por todo lo que pueda ofrecer en sangre y riqueza este desgraciado país. Deseamos que no se gobierne partiendo de falsos conceptos y de burdas mistificaciones, sino de un conocimiento acabado de la realidad de las cosas, eliminando así la posibilidad de sorpresas desagradables y de amargos desengaños. Queremos que si se produce un mal no sea por ignorancia ni por impremeditación, sino con toda conciencia y midiendo en toda su extensión los naturales resultados. Queremos que si estos llegan á producirse no sea lícito exclamar nuevamente: — «Ah, si lo hubiéramos sabido! si hubiera sido posible preverlo!» — Á eso ha respondido nuestra propaganda, y por eso hemos condenado las alharacas infundadas é imprudentes de quienes andan por esos mundos hablando de ahogar en quince días la resistencia nacionalista y de traerse á Saravia en una jaula. — La historia nos enseña lo que á menudo han sido de esas jaulitas milagrosas, y el desmentido brutal que los hechos han dado á tan peligrosos tartarines. Aprovechemos la enseñanza y no incurra-



DOCTOR ALFONSO LAMAS, PRESIDENTE DEL DIRECTORIO NACIONALISTA

mos en la locura de dar por base á la política una noción absolutamente falsa de las cosas y de los hombres ».

El 26 de Diciembre el doctor Alfonso Lamas, Presidente del Directorio Nacionalista, pronunciaba en la convención de su partido un discurso del que conviene recordar algunos párrafos.

Seguridades del Dr. Alfonso Lamas

Comentando ciertas precauciones adoptadas por el Poder Ejecutivo poco tiempo después del pacto de Nico Pérez, dijo el Presidente del Directorio Nacionalista lo siguiente:

« Desde los primeros momentos pudo observarse que las medidas tomadas por el gobierno eran dictadas por el recelo: — y la vigilancia de que fué objeto el Partido Nacional llegó á tal extremo, que el país ha vivido en completa zozobra. Difícil es comprender, en efecto, que toda la agitación bélica de un gobierno y la acometividad de la prensa que le es adicta, tenga por único origen la existencia de un enemigo imaginario ».



DOCTOR CARLOS A. BERRO, MIEMBRO DEL DIRECTORIO

Y luego, describiendo la actitud de los nacionalistas, agregaba:

« Es de notoriedad que en el período álgido de las alarmas no ha trepidado este Directorio en acercarse al señor Presidente de la República, ya directamente, ya por intermedio de alguno de sus ministros, para manifestarle seguridades de paz por lo que correspondía al Partido Nacional. Por otra parte, daba manifiestos al país contribuyendo por este medio á difundir la tranquilidad — y en circulares á las comisiones departamentales exhortaba á nuestros correligionarios á la moderación y á la prudencia cuando los adversarios organizaban manifestaciones políticas que podían degenerar en agresiones á nuestro partido.

« Debemos decir también que no hemos perdido una sola ocasión de hacer sentir privadamente al gobierno que sus recelos son infundados y que ningún nacionalista se atrevería á levantarse en armas mientras él cumpliese los compromisos que el Partido Nacional confió á su lealtad. — Los legisladores nacionalistas por su parte acompañaron al señor Presidente en su viaje al litoral, pues al invitarlos, se creyó que abriría un paréntesis á sus prevenciones ». — Por último, después de hacer referencia á los últimos sucesos de Rivera, terminaba en esta forma:

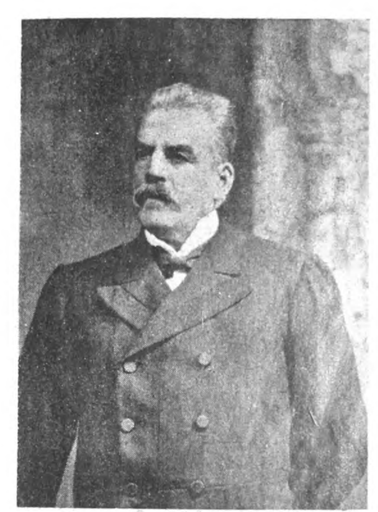
« De todas las medidas que una desconfianza progresiva dictó al gobierno, sólo la del espionaje ha sido suspendida; forzoso es, pues, declarar que la acción política de este Directorio ha casi totalmente fracasado por no haber logrado desvanecer las desconfianzas que inspira el Partido Nacional al gobierno del país.

« Pero aun así es tan inmenso el beneficio de la Paz, que este Directorio opina, que el camino infructuosamente por él recorrido, debe volverse á tomar por el Directorio que nos suceda. El peso de la opinión pública ha de influir también en el sentido de que no se ensangriente la República por una obcecación sistemada ó por vesánicas intransigencias ».

Dos días después de estas declaraciones volvieron á surgir rumores alarmistas más consistentes y precisos. Se hablaba en los círculos oficiales de movimientos sospechosos observados en Cerro Largo y Tacuarembó; de repetidas conferencias entre diversos caudillos de esas regiones, y de la alarma que tales síntomas producían en el interior, haciendo que las gentes pacíficas se prepararan á ponerse en salvo, temerosas de ser arrastradas por la leva de cualquiera de las presuntas partes beligerantes. Hablábase de otras cosas más graves, pero en forma contradictoria y por lo mismo poco digna de crédito. Se notaba agitación anormal en las altas esferas y un continuo movimiento en las oficinas del Ministerio de la Guerra. Un diario de los más caracterizados dedicaba á esas alarmas este comentario sintético:

Nuevas alarmas

«Nos encontramos en un período crítico, pues la tirantez de relaciones entre el gobierno y el partido nacional ha llegado á ser insostenible, haciéndose cada día más general la convicción de que, sea ó no posible hallar un culpable convicto y confeso de tal estado de cosas, una exigencia perentoria del patriotismo impone que se le ponga fin, sustituyendo, gobernantes y gobernados, una política de confianza recíproca y de verdadera paz á la política actual, que ni es de paz ni es de guerra, que no puede ser de guerra porque el país no la quiere, y no ha sabido ser de paz en razón de rigideces imprudentes en los de abajo y de ofensiva suspicacia en los de arriba. — El juego es demasiado peligroso para que el país no lo mire con intensa emoción, comprendiendo que, de prolongarlo indefinidamente, nos llevará de una manera fatal á extremos que nunca deploraríamos bastante.» — «A todos, pues, á gobernantes y gobernados, al señor Batlle y Ordóñez y al partido nacional hay que recordar siempre que su deber es mantener la paz, y que solamente á fuerza de sensatez y de templanza será posible conseguirlo. A todos sería necesario repetir, en estos momentos, la frase con que un gran estadista, que no pecaba ciertamente por blanduras de corazón, como lo demostrara en una larga vida pública, cierra un capítulo en que describe los horrores de una lucha, y no civil sino internacional: — «¡Ah! digámoslo bien alto en presencia de estos desastres. La guerra, cuando no es una necesidad absoluta, no es otra cosa que una criminal locura!»


REMIGIO CASTELLANOS, MIEMBRO DEL DIRECTORIO

Mientras tanto el doctor Alfonso Lamas había presentado renuncia del cargo de presidente del Directorio Nacionalista, declarando á un periodista que le preguntó las causas de tal determinación: «que después de las manifestaciones que se vió forzado á hacer en su discurso, le parecía conveniente su eliminación, pensando que en el nuevo directorio debían tener entrada los elementos más conservadores del partido, para ver si ellos eran más felices en la política de conciliación y de acercamiento con el presidente de la República».

Renuncia del Doctor Lamas

Reunido el congreso elector nacionalista, resolvió no aceptar esa renuncia, y el doctor Lamas la retiró reanudando sus tareas, según sus propias frases, « con el mismo anhelo de concordia cívica que lo llevó al campamento revolucionario cuando se produjo la insurrección de Marzo, impulsado por el deseo de ahorrar á la patria el gran desastre de la guerra ».

Las primeras medidas gubernativas

El 29 de Diciembre, á pesar de tan reiteradas y categóricas declaraciones las alarmas se acentuaron cada vez más. Al coronel Ruprecht se le sacó del Club Uruguay con la orden de marchar inmediatamente á ponerse al frente del 3.º de caballería. Otros nombramientos y otros cambios militares se habían efectuado ya en los días anteriores. El Gobierno indudablemente sabía de largo tiempo atrás á qué atenerse respecto á las declaraciones nacionalistas, pues era sabido que desde hacía meses se renovaba paulatinamente todo el material bélico y que en cada vapor llegado de Norte América venían fuertes remesas de armas y municiones.

Las personas que ese mismo día 29 de Diciembre concurrieron á la conferencia del Club Rivera, pudieron ver, con explicable sorpresa, que varios oficiales salían precipitadamente obedeciendo á órdenes que les fueron transmitidas por intermedio de la Policía. La Bolsa reflejó el estado general de los ánimos, aumentando la flojedad en los precios, que ya se notaba en días anteriores. Coincidían mil datos para formar la impresión de que la tirantez de relaciones entre el gobierno y el partido nacional había llegado á un punto extremadamente delicado.

El nuevo Directorio nacionalista

El 30 de Diciembre, en los salones altos del Club Nacional tomó posesión de sus cargos el Directorio Nacionalista recientemente electo. En ese acto el doctor Diego Martínez decía dirigiéndose á los miembros de la nueva autoridad política:

« Robusteced las reiteradas pruebas que nuestra colectividad ha presentado de la abnegación y del generoso espíritu de concordia con que depuso las armas, con nuevas pruebas y nuevas demostraciones de que el partido nacional no es una muchedumbre turbulenta y anárquica ni mucho menos un partido dispuesto á alzarse sin razón y sin derecho, contra los poderes constituídos ».

Y en seguida, particularizándose con el doctor Alfonso Lamas, agregaba:

« Y vos, señor Presidente, á quien se os ha hecho la enorme injusticia de recoger vuestras palabras, vibrantes de sinceridad y patriotismo, como un vano reproche y un inútil agravio; vos de quien se recela y desconfía, como si vuestra lealtad no fuese de aquellas en las que pueden descansar por igual amigos y adversarios, defended con inagotables energías la que fué en grandísima parte vuestra obra; defended la paz que votaron jubilosos nuestros veteranos en aquella memorable asamblea clausurada con un « ¡ viva á la patria! » cuyos ecos habían de extinguirse entre el ruído de los aprestos militares que á diario decreta la trágica ofuscación que parece haberse adueñado de espíritus otras veces serenos y fuertes. »

Contestando á esas palabras dijo el doctor Lamas:

« Me congratulo de que el partido nacional acompañe por completo al Directorio y que al reelegirle le acuerde tácitamente amplias credenciales para su gestión política de futuro.

« La composición del Directorio es una garantía de que la paz reinará soberana si, como esperamos del gobierno, la justicia y el patriotismo colaboran sin reatos en la obra tranquilizadora que el país reclama con urgencia ».

Como si á cada declaración pacífica del Directorio correspondiera un nuevo aumento en la inquietud pública. la zozobra llegó el 31 de Diciembre á su período álgido. La prensa calificaba de *momento solemne* el que atravesaba la situación política.

Frente á la guerra

Ya nadie dudaba de que el país estaba abocado á gravísima crísis. Los más incrédulos, los más optimistas tuvieron que convencerse ante las medidas que adoptaba el Poder Ejecutivo. *El Siglo* decía en su editorial de esa fecha:


DOCTOR DIEGO MARTÍNEZ

« Estamos abocados á la guerra, y, sin embargo, la guerra es inconcebible; la guerra es un crimen; es, en las actuales circunstancias, un acto contra natura. No se lanza un país á ella, de buenas á primeras, sin pasar por la transición de agitaciones y discusiones que preparan la atmósfera, que caldean los espíritus, acostumbrándolos á la idea del desastre. No es posible que surja, de un día para otro, como un hecho natural y regular, como un recurso normal de la política, como un acontecimiento que no se aparta de la esfera en que se desarrolla el proceso evolutivo de la sociedad. La guerra es el desborde de todos los males, la reacción de la barbarie contra la civilización, el entronizamiento de los instintos más brutales, sobre la inteligencia. Para nosotros, puede ser más todavía : la ruina completa ».

A todo esto ¿por qué estallaba esa guerra, presentida por el gobierno, que tomaba rápidamente sus disposiciones, y negada por los nacionalistas en declaraciones constantes de sus autoridades dirigentes? Según la voz pública, toda la causa del peligro estaba en una exigencia *privada* del Directorio, formulada *confidencialmente* ante el Presidente de la República por intermedio de persona respetable: los nacionalistas pedían ó exigían que los regimientos enviados á Rivera con motivo de los sucesos fronterizos, fueran retirados de ese departamento, pues su estadía violaba lo convenido en el pacto de Nico Pérez.

La famosa "exigencia privada"

El Nacional del 2 de Enero, relataba en los siguientes términos la negativa presidencial:

« El Presidente Batlle contestó que nunca ni en ningún momento había contraído compromisos respecto á la movilización y ubicación de las fuerzas legales en el territorio de la República, y que en consecuencia no existía tal violación. Dijo además que si el Directorio nacionalista temía que la existencia de los regimientos en aquella región podría alterar las condiciones electorales en Rivera, temores á que no daban mérito ni los antecedentes, ni las solemnes declaraciones programáticas del ciudadano que rige los destinos de la República, podía intentarse una reforma en la actual ley electoral, que ofreciese todas las garantías deseables.

« Dijo más aún: dijo que como poder colegislador pondría de su parte toda su

influencia en el sentido de que la fracción saravista no tuviese nada que temer sobre el resultado de las próximas elecciones, apoyando y concurriendo á la efectividad de la reforma que se estimase mejor ».

El intermediario en ese asunto transmitió al doctor Alfonso Lamas la contestación del presidente Batlle. El doctor Lamas comisionó entonces á ese mismo ciudadano para que manifestase al primer magistrado que eso no era bastante y que el Directorio insistía en el retiro de los regimientos. Como esta respuesta revestía carácter de ultimátum, y como ese ultimátum se presentaba abonado por múltiples hechos concretos, el gobierno resolvió ampliar las medidas de previsión para garantizar su seguridad.

« El Día » por su parte, declaraba oficiosamente, con la misma fecha:

Opinión de "El Día"

« El asunto de los regimientos no sólo no estaba comprendido en el compromiso de Nico Pérez, sino que cuando se habló de él entre los negociadores y se le pidió al Presidente de la República en nombre de Saravia que se comprometiera á no enviar fuerzas del ejército de línea á los departamentos administrados por los ciudadanos nacionalistas, el Presidente de la República contestó rotundamente que de ninguna manera podía ceder ese derecho, que creía inalienable ».

Como se invocaran los testimonios de los doctores José Pedro Ramírez y Alfonso Lamas, negociadores del convenio de Marzo, el mismo diario, destruía el aserto en los siguientes términos:

« El doctor Ramírez, cuando salió de Nico Pérez, una vez ultimadas las negociaciones, manifestó al señor Batlle que Saravia pedía que fuera agregada entre las cláusulas del convenio la de que no entrarían fuerzas militares en los departamentos aludidos. Contestó inmediatamente que esa facultad quería reservársela en toda su amplitud y que si bien en esos momentos tenía resuelta la ubicación de los cuerpos de línea en los departamentos que no eran administrados por nacionalistas, esta disposición no debía tomarse, ni como la sombra de un compromiso.

El doctor Ramírez no continuó insistiendo en su gestión, pero habiéndose entrevistado el Presidente de la República con el doctor Alfonso Lamas, al día siguiente, le refirió *motu proprio* el pedido formulado por el doctor Ramírez, y le manifestó que en el interés de dejar las cosas completamente en claro y evitar para el futuro erróneas interpretaciones, quería reiterar su declaración de que de ninguna manera contraería compromiso alguno respecto de la colocación del ejército ».

En misión de paz

El ciudadano intermediario á que se refieren los anteriores párrafos era el doctor Gonzalo Ramírez, quien celebró varias conferencias con el doctor Martín C. Martínez, Ministro de Hacienda y alto factor político empeñadísimo en conservar la paz pública. De las conferencias celebradas nació una esperanza de evitar la guerra y una nueva delegación del Directorio nacionalista partió con rumbo á Cerro Largo con el propósito de conferenciar con Aparicio Saravia.

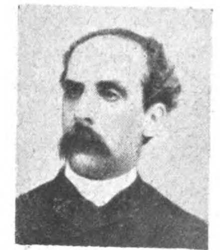
Las bases de arreglo que llevaban los delegados del Directorio para someterlas al fallo del caudillo, representaban una solución pacífica, la tendencia conciliadora de los nacionalistas de Montevideo, de la gente de ciudad en oposición á las otras tendencias manifestadas por los caudillos militares del partido. Sin satisfacer las exigencias de que el gobierno retirara los regimientos destacados

en Rivera, esas bases eran, sin embargo, bastante aceptables para la intransigencia nacionalista. Aunque todo había sido transmitido particularmente sin autorización ni conocimiento oficiales, era posible que la solución encontrara favorable acogida en los poderes públicos, pues quedaría á salvo el decoro de la autoridad y el partido nacionalista no sufriría un sometimiento deprimente.

Al mismo tiempo que partía esa delegación, el grupo de la minoria nacionalista publicaba un extenso manifiesto que terminaba con estos párrafos:

Manifiesto de la minoría nacionalista

«Hacemos, pues, un llamado á nuestros correligionarios, á los correligionarios todos á quienes con la palabra y el ejemplo hemos alentado á concurrir á las revoluciones cuando las revoluciones han sido imperiosamente necesarias para defender á nuestro credo, al partido nacionalista ó la salud de la patria, y á los que también hemos alentado con altivez cívica en la propaganda honrada acreditada por nuestra actuación en sus filas, antecedentes que nos autorizan para predicar la paz en nombre de la moral política y del severo y leal cumplimiento de nuestros deberes de gobernados, señalando el ejercicio de los derechos del sufragio como único palenque hoy abierto á nuestra disidencia partidaria, en la seguridad de que por este camino puede y debe triunfar el partido nacionalista.»


DOCTOR GONZALO RAMÍREZ

Por desgracia, la opinión pública no confiaba ya en el éxito de las misiones pacificadoras. Varios departamentos estaban ya en armas, y las tropas del gobierno se difundían rápidamente por todo el país. La guerra estaba declarada de hecho. Maldonado, Cerro Largo y Treinta y Tres habían puesto en armas sus divisiones revolucionarias. Ya, el primero de Enero, había corrido la primera sangre, y los encuentros parciales se multiplicaban. Tenía razón pues, *La Prensa* bonaerense, para decir editorialmente:

¡La guerra!

«Es una verdadera desgracia la que pesa sobre la República Oriental del Uruguay.

Dotada de todas las condiciones necesarias para progresar rápidamente y compensar con esos progresos la relativa pequeñez de su territorio, la lucha política, el duelo eterno de dos partidos, entorpecen continuamente su marcha, siembran la alarma y la desconfianza, ponen á cada paso en peligro la paz y presentan como única solución de porvenir el juicio brutal de las armas fratricidas!»

Capítulo II

PROGRESOS DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

SUMARIO: — La primera sangre — Primeras medidas — Actitud de Aparicio. — Pequeños encuentros. — La sublevación en Maldonado. — Sublevación en Flores. — Nuevos pronunciamientos. — Odisea del diputado García. — El coronel Saura. — Nuevos combates. — Aparicio en movimiento. — La marcha de José González. — Acción de las Pavas. — Saravia en Nico Pérez. — Esperando la batalla. — Actividad nacionalista. — Actividad del Gobierno. — Convocatoria de la Guardia Nacional. — Otras medidas militares. — Mensaje del Poder Ejecutivo. — Emigración nacionalista. — Clausura de puertos. — Varias prisiones. — Entrevista Batlle-Saura. — Clausura de clubs. — Restricciones á la prensa. — La misión de paz. — Fracaso de la negociación. — Concesiones presidenciales. — Gestión de la Cámara de Comercio. — Renuncia del ministro de Hacienda. — La minoría nacionalista. — La intervención argentina. — Neutralidad de los países vecinos. — El caso del diputado Berro. — El caso del diputado García. — La comisión de Auxilios.

El 1.º de Enero de 1904 corrió la primera sangre. De mañana ya se tuvo conocimiento de tiroteos habidos en Tacuarembó, Paysandú y Treinta y Tres entre fuerzas policiales y partidas sueltas con divisa blanca.

La primera sangre

En la madrugada el subcomisario de la Colonia Río Negro de Tacuarembó, acompañado de varios guardias nacionales, se dirigió á la casa de comercio del comandante nacionalista Eduardo Lamina. Al llegar allí se encontró con un grupo de veinte hombres armados á quienes ordenó se disolvieran. Estos, en vez de acatar la orden, la emprendieron á balazos con la policía y del choque resultaron muerto el teniente de guardias nacionales Emilio Bibondo, heridos de dos balazos cada uno, el sargento Vicente Oriental y el guardia civil Adrián Rivero, y herido de otro balazo el guardia nacional Florentino Díaz. Los nacionalistas tuvieron tres heridos que fueron llevados por sus compañeros de armas al retirarse para los montes. En la Colonia Nuevo Porvenir dé Paysandú, un titulado comandante Villanueva que había salido con veinte hombres bien armados del saladero Nuevo Paysandú, se lanzó por sorpresa sobre la comisaría de la localidad antes nombrada, llevándose diez máusers y las municiones respectivas. En Garzón, departamento de Treinta y Tres, un grupo de colorados del coronel Basilisio Saravia tuvo un ligero tiroteo con fuerzas nacionalistas, pero sin consecuencias.

Primeras medidas

Estos hechos decidieron al gobierno á tomar medidas enérgicas. Sobre tablas se dispuso el refuerzo de todas las policías. Además se ordenó que se constituyeran inmediatamente las divisiones de los departamentos de Tacuarembó, Durazno, Florida, Minas y San José, para las cuales ya se habían remitido armas y municiones. Se resolvió la intervención de los

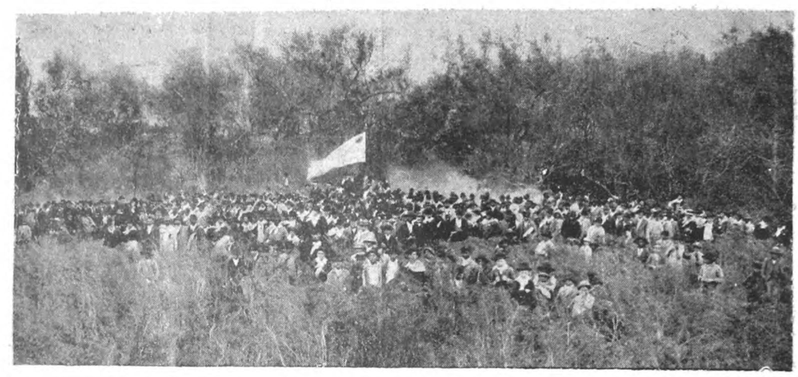
telégrafos y teléfonos de la República. — Estos encuentros parciales fueron como la chispa que comunica el fuego á un reguero de pólvora. Desde hacía días la alarma cundía por toda la campaña. Por una parte las medidas policiales hacían creer en la proximidad del estallido revolucionario y las peonadas abandonaban las *estancias* ocultándose en los montes. Por otra parte los caudillos nacionalistas reunían á la sordina sus elementos y numerosos chasques recorrían los departamentos convidando para la *patriada*.

El caudillo Aparicio Saravia permanecía tranquilamente en Melo desde donde, el 1.º de Enero, enviaba al presidente del Directorio el siguiente despacho telegráfico:

Actitud de Aparicio Saravia

Melo, 1 (1 p. m.) — Al doctor Alfonso Lamas. — Comunícole que colorados reunen Zapicán gente y caballadas. Pueblo alarmadísimo. Espero de esa, si es posible, palabras hagan renacer la calma. — *Aparicio Saravia.*

Esta actitud de sorpresa y espectativa del caudillo contrastaba con la nervio-



UNA REUNIÓN NACIONALISTA

sidad de los elementos que lo rodeaban. De Cerro Largo emigraban al Brasil tanto las personas como las haciendas — y aunque la Jefatura, á cargo de un nacionalista, no hubiese tomado medida alguna que indicara la proximidad del conflicto, todo el mundo suponía y con razón, apreciando ciertos antecedentes, que el movimiento revolucionario estallaría de un momento á otro. Los antecedentes á que nos referimos eran la visita que Abelardo Márquez, prestigioso jefe nacionalista de la frontera, había hecho, días antes, al caudillo residente en Melo. Ese mismo día Aparicio Saravia salió de Melo acompañado de cuatro soldados con caballos de repuesto para Fraile Muerto. También se sacaron del parque nacionalista buena cantidad de armas y municiones que en carretas fueron conducidas á distintos puntos.

El día 22 de Diciembre Mariano y Francisco Saravia, hermanos del caudillo, habían sacado armamento de un depósito que tenían en casa de un hijo de aquél. Buen número de carretas lo cargaron y salieron de noche con tres rumbos distintos, en dirección á Treinta y Tres, Durazno y Tacuarembó.

El 23 de Diciembre Aparicio Saravia, acompañado del comandante Noblia, un negro sargento de órdenes y tres soldados, había salido para Santa Clara.

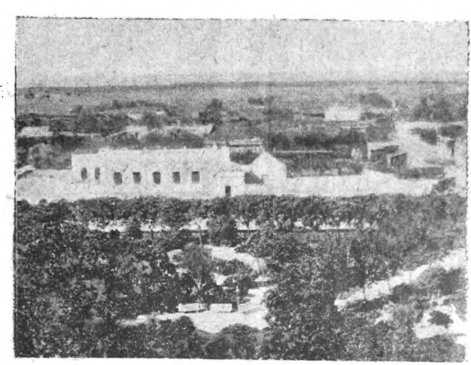
Allí se efectuó el 25 una reunión de jefes nacionalistas, á la cual asistieron,

según versiones: Antonio M. Fernández, de Florida; Bernabé Noblia, de Nico Pérez; Abel Sierra, de Durazno; Francisco Saravia, de Cerro Largo; Juan José Muñoz, de Maldonado; y A. Berro, en representación de su padre don Bernardo Berro, que se hallaba enfermo en Treinta y Tres.

Saravia había regresado á Melo el día 26, adoptando desde ese momento una actitud de espectativa ante los sucesos políticos que se desarrollaban.

Pequeños encuentros

Mientras tanto continuaba la persecución á las primeras partidas levantadas en armas. El capitán gubernista Genaro González batió á Villanueva en Piedras Coloradas, causándole muertos y heridos; en la Colonia y en Paysandú se habían apresado pequeños armamentos destinados á la revolución, dispersando á la gente que los custodiaba; las policías de Florida disolvían un grupo en Illescas y otro en Castro; á las puertas de la capital la policía de extramuros se tiroteaba un día entero en los campos de Melilla con un grupo de revolucionarios salido del saladero Legrand; en Laureles, departamento del Salto, era dispersada otra fuerza insurrecta. Pero por otro lado se sublevaba la policía del pueblo de Artigas, Departamento de Cerro Largo, marchando hacia Melo á incorporarse con Saravia y en Tranqueras, departamento de Tacuarembó, fuerzas insurrectas al mando de Abelardo Márquez hacían volar un puente del ferrocarril. — Estas no eran más que escaramuzas sin importancia ó pronunciamientos sin trascendencia mayor. Desgraciadamente, el día 2 de Enero se sublevaban en masa los departamentos de Maldonado y Flores.



LA CIUDAD DE MALDONADO

Sublevación en Maldonado

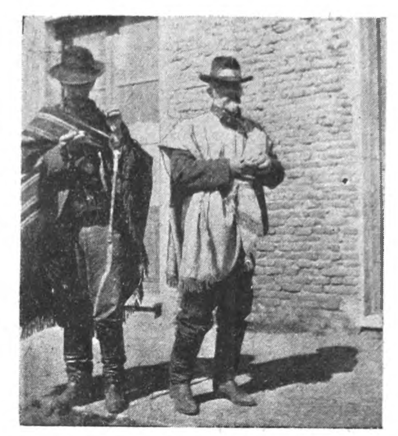
El jefe político de Maldonado, señor Teófilo Bethancourt, comunicaba al presidente de la República, en un telegrama famoso, que el coronel Ruprecht al mando de dos regimientos de caballería había invadido el departamento y que por consiguiente se preparaba á contrarestarlo. El presidente contestó que el movimiento del coronel Ruprecht respondía á órdenes suyas, y dispuso la destitución del jefe político.

Poco después se supo la sublevación de todas las policías y de gran número de paisanos del departamento de Maldonado al mando del coronel nacionalista Juan José Muñoz, que apresuró su movimiento por temor de que el coronel Ruprecht le impidiera incorporarse con las fuerzas revolucionarias alzadas en el Norte de la República.

El coronel Ruprecht, obedeciendo á las órdenes del gobierno, marchó el 4 de Enero por la mañana sobre el Paso de Sosa del Aiguá, límite del departamento de Maldonado y Minas, para salir al encuentro de la división insurrecta de Muñoz, quien debía dirigirse hacia aquel punto. Ruprecht llegó al paso referido, á las ocho de la mañana, y resolvió acampar y esperar noticias. Una vez allí, no tardó en saber por vecinos colorados de Los Molles, que Muñoz iba efectivamente ha-

cia el Paso de Sosa por el camino de la Cuchilla. En esas circunstancias, el coronel Dutra, que se le acababa de incorporar con un pequeño grupo, y que se hallaba en un carrito muy enfermo del corazón, le hizo saber que el camino por donde venía Muñoz, corría entre sierras intransitables, recordándole á la vez que una de las derivaciones de aquel camino, desembocaba á poca distancia del Paso en una senda transversal, que por el Este va hacia el valle Aiguá y por el Oeste hacia Marmarajá. En conocimiento de estos datos, el coronel Ruprecht emboscó su regimiento en la referida senda á ambos lados del camino de la cuchilla y esperó pacientemente los sucesos.

Eran las once y media de la noche cuando apareció la vanguardia de la división Muñoz. Ruprecht la dejó avanzar tranquilamente, hasta que, cuando consideró que tenía en frente al grueso de la columna enemiga, mandó hacer una descarga cerrada.



JUAN JOSÉ MUÑOZ, JEFE NACIONALISTA

Pero, según se ha sabido después, Muñoz había tenido aviso de la emboscada y había enviado al Paso del Sosa tan sólo sus caballadas, haciendo cruzar su gente por una picada á una legua del paso. Al oir los tiros, la caballada se arremolinó dándose á precipitada fuga. Sobre el sitio del encuentro quedaron muchos caballos muertos, algunos con apero de plata y oro y otros con maletas de ropas.

La columna Muñoz no llevaba en el momento del choque arriba de setecientos hombres, con pocas armas y mal municionados. En tan críticas circunstancias, la división revolucionaria siguió su marcha por el valle Fuentes y tomó rumbo á Cebollatí.

Sublevación en Flores

El día 4 se desarrollaban en el Departamento de Flores sucesos de importancia. En la madrugada de ese día el Jefe Político doctor Freitas, hizo entrega de la Jefatura al Juez de Paz, señor Bula, haciendo constar que la abandonaba en virtud de haberse sublevado el piquete urbano, con motivo de una orden ó de un aviso que desde su estancia había enviado el coronel José González.

Hasta las 8 ó 9 de la mañana estuvieron en el cuartel, armándose y pertrechándose, los elementos adictos á la revolución, retirándose luego del pueblo en grupos con divisas y armas. Tomaron rumbo hacia el camino del Durazno. Entretanto, las primeras guardias se habían establecido en el paso de Calatayud, del arroyo Porongos, situado á 8 ó 10 kilómetros de Trinidad, donde se había situado el coronel José González.

En las primeras horas de la mañana se supo en Trinidad que el regimiento número 2 de caballería que manda el coronel Galarza, iba en marchas forzadas hacia el pueblo. Desde luego se consideró inminente un encuentro con las fuerzas revolucionarias. Antes de las siete se sintieron los primeros tiros en dirección al arroyo Porongos y el camino á Durazno, oyéndose luego perfectamente el fuego graneado de la fusilería. Se había empeñado un combate en el Paso de Calatayud entre la gente del coronel González y la vanguardia del regimiento 2.° de caballería.

La gente de González se replegó sobre la población, tiroteada por el regimiento número 2, que estableció más tarde su campamento al Sur del Paso Calatayud, mientras los revolucionarios, pasando por Trinidad, se retiraban en dirección á la Sierra de Mahoma. Desde las ocho de la mañana empezaron á llegar al pueblo algunos heridos, que fueron alojados en la iglesia parroquial, convertida en hospital de sangre.

Las fuerzas del coronel Galarza, que al mando del comandante Luis González, habían ido del Durazno, constaban de sesenta hombres. Los revolucionarios tenían un piquete de la urbana con igual número de hombres, mandados por el mayor Nicoleta, jefe de aquel cuerpo.

Al sentir la proximidad de la avanzada de Galarza, Nicoleta emboscó sus hombres entre las piedras y los árboles que bordean el arroyo, y esperó tranquilamente los acontecimientos. Cuando juzgó que la distancia era conveniente, abrió un fuego vivo contra las fuerzas gubernistas.


JOSÉ GONZÁLEZ, JEFE NACIONALISTA

Por su parte, éstas simularon una retirada que dió por resultado el abandono de sus posiciones por los blancos, para iniciar la persecución. De pronto los gubernistas dieron cara al enemigo y respondieron certeramente al fuego. Al cabo de media hora cesó el tiroteo, quedando en el campo dos muertos y un herido de las fuerzas gubernistas y nueve muertos (entre ellos el mayor Nicoleta) y quince heridos de los blancos.

La Cruz Roja, que acudió en los primeros momentos llevó los muertos y heridos á la iglesia del pueblo.

Nuevos pronunciamientos

Entre tanto, la convulsión cundía por todo el país. El capitán Viera en las proximidades de Nueva Helvecia se encontró con una partida insurrecta, al mando del caudillo Francisco Cumelles que fué dispersada completamente, cayendo prisionero el mismo jefe.

En Cañas de Arerunguá, departamento del Salto, hubo otro encuentro entre las fuerzas gubernistas mandadas por el capitán Conti, y los nacionalistas al mando de los oficiales Lara y Monzón, que alcanzarían á 150 hombres. Hubo varios muertos de parte de los revolucionarios; entre ellos los oficiales Lara y Monzón. Se les tomaron de 400 á 500 caballos. Los grupos revolucionarios fueron dispersados.

El día 5 de Enero el periódico *La Juventud* de Concepción del Uruguay anunciaba con datos positivos la sublevación de Carmelo Cabrera en Rivera y el levantamiento definitivo de Aparicio Saravia en Melo. El estanciero Juan Moreira, en Paysandú, asaltaba el tren que seguía del Salto para Paso de los Toros, apoderándose de la correspondencia de la estafeta y también de las comunicaciones oficiales. Después el mismo caudillo cortó las líneas telegráficas y permitió que el tren siguiera su camino. El coronel Fortunato de los Santos fué destacado con una columna en su persecución.

El diputado por Canelones don Bernardo García, que había sido en la revolución de 1897 secretario del caudillo Celestino Alonso, al ver que éste no podía moverse del lecho por causa de la grave enfermedad que poco después lo llevó al sepulcro, salió de Montevideo el día 3 de Enero en un carruaje, y una vez que traspuso los límites del departamento de la capital comenzó á reunir gente. Sorprendido en las cercanías de Pando por unas fuerzas de policía, rechazó el ataque y entró en San Ramón con una columna de setecientos hombres. Pero entre todos no llevarían cien armas de fuego. De ahí pasó á Minas con rumbo á Treinta y Tres para incorporarse á Saravia. El coronel Ruprecht, después de haber perseguido en vano á Juan José Muñoz, salió al paso de la columna insurrecta, la que no pudo hacerle frente y comenzó á retirarse. La persecución fué tan continua, que los insurrectos durante veintiuna horas no pudieron comer y casi no pudieron dormir, marchando en medio de la mayor fatiga. En esta situación, la noche del 5 de Enero los insurrectos acamparon en Mangueras Azules. Ruprecht dispuso que su regimiento acampara también, pero silenciosamente, á unas treinta cuadras de los revolucionarios, con intenciones de atacar apenas amaneciera. Así se hizo, y en cuanto amaneció el día 6, el 3.º de caballería empezó á hacer fuego sobre los insurrectos. El pánico que se apoderó de éstos, fué tan grande, que nadie pensó en resistir, produciéndose en el acto el más completo y desordenado desbande. Como casi no hubo lucha, hubo pocas bajas entre los insurrectos. No tuvieron más que un muerto, algunos heridos y varios prisioneros.

Odisea del Diputado García



CARMELO CABRERA, JEFE NACIONALISTA

El doctor García debía incorporarse con el coronel Saura, y era ese el plan combinado, pero por una razón ó por otra, no lo hizo. Un oficial del más prestigioso caudillo canelonense, que más tarde pidió indulto, explicaba así lo sucedido:

El coronel Saura

El día 2 de Enero el coronel Saura recibió orden de «ganar monte» con toda su gente. Pasaron ocho días, y no se recibía ni el armamento, ni órdenes; los chasques que Saura mandaba en busca de noticias no regresaban al campamento; se ignoraba por completo lo que sucedía. Los oficiales de Saura aseguran que el diputado doctor Bernardo García, debía incorporarse en determinado lugar y á determinada hora, pero que por falta de seriedad no ocurrió así, pues todo estaba perfectamente combinado. Fué en esas circunstancias que el coronel Saura reunió á toda su gente y les habló en esta forma:— «Se nos ha engañado; estamos rodeados por los generales Muñoz y Callorda; yo soy viejo y nada me importa lo que pueda sucederme, pero tengo el deber, como jefe y como hombre, de velar por ustedes, que son jóvenes, sanos y fuertes y tienen familia. Como ustedes ven, no nos han enviado ni armas, ni órdenes, ni instrucciones, y el hambre nos ha obligado á comer nuestros propios caballos. Aceptaré el indulto por ustedes y con tal que ustedes puedan regresar tranquilos á sus hogares.»

El señor Jorge Pacheco, hermano político del Presidente de la República, les llevó el indulto y los correspondientes pasaportes, y aquellos hombres abandonaron los montes, regresando á sus casas.

Mucha de la gente que seguía al doctor García se desbandó, porque éste no hizo á tiempo la conjunción con el grupo de Saura. Bastaba al doctor García desviarse un par de leguas de su camino, para recoger al prestigioso jefe nacionalista de Canelones. Pero el doctor García no dió orden ninguna y la columna siguió su marcha hacia el Este. Disgustáronse muchos oficiales; comenzaron á murmurar y á protestar en voz baja; nacieron entre ellos emulaciones y rivalidades; y la discordia, azuzada por los continuos contrastes de aquel montón de hombres mal mandados, comenzó á realizar su obra de disgregación. Cuando el inopinado encuentro con el regimiento de Ruprecht, la mitad de la columna, no contenida por la voz de ningún jefe, *disparó* unas siete leguas!... Pasado el susto,—y siempre según los mismos informes—los capitanejos subalternos empezaron á clamar por Saura y á calificar de «*traidor*»—¡nada menos!—al doctor García. Hasta, según mentan las crónicas, intentaron una especie de consejo de guerra para pegarle cuatro tiros en la primer vuelta del camino.... Afortunadamente para el enérgico ex diputado, un capitán Montenegro,—(hijo de aquel célebre Montenegro de San Ramón, que murió en pelea, dando seis puñaladas á cambio de otros tantos tiros que recibió en mitad del pecho)—tomó la defensa del jefe de la montonera y se opuso á la ejecución breve y sumaria. Con ese motivo hubo pelea, y grande; se hizo uso de las armas, y Montenegro, gravemente herido, se asistió en Minas, donde pagó con su aburrimiento durante muchos días la abnegación de su amistad. El doctor García se escapó de ser linchado; se metió en las espesuras de Barriga Negra, puso á salvo su gente impidiendo se disolviera poco á poco como un terrón de azúcar en un vaso de agua, y poco después, con unos centenares de hombres, coronaba la odisea de su escapatoria, presentando á Saravia un contingente de un centenar de hombres.



DOCTOR BERNARDO GARCÍA

Entre los muchos embustes que circularon en la capital con motivo de la actitud del doctor García, hay que consignar uno curiosísimo. Según esa versión, el doctor García, con un pequeño grupo, se habría refugiado en las asperezas de Polanco, de las cuales no podía salir, por falta absoluta de caballos y municiones. Viéndose perdido, habría escrito una carta al ingeniero Pedro B. Magnou, jefe de la Oficina Regional Técnica de Canelones, pidiéndole que gestionara ante el gobierno su indulto y el de la poca gente que aun le acompañaba. El señor Magnou habría elevado esa carta del doctor García al conocimiento de las autoridades respectivas, y en los círculos oficiales se aseguraba que el indulto sería acordado sin mayor dificultad, etc., etc., etc.... No es necesario agregar que todo era filfa desde el principio hasta el fin, que no había habido tal carta, y que el doctor García estaba cada vez más lejos de pedir indulto. (1)

(1) Hemos solicitado del doctor Bernardo García algunas aclaraciones respecto al pronunciamiento de la división nacionalista de Canelones, y á su intervención personal en

En San Eugenio, el día 10, después de que el coronel Manuel Rodríguez abandonó el pueblo con el batallón urbano, para reunirse con las fuerzas de caballería de la división del departamento de Artigas, — con las que siguió en dirección al paso del arroyo Catalán, buscando la incorporación de la columna del coronel Viera — un grupo de revolucionarios que se encontraba en la costa del río Quarahy (Brasil), pasó al territorio oriental llegando á los suburbios de la población en son de ataque.

Nuevos combates

La guarnición de San Eugenio se acantonó para rechazar á los invasores. Los

los sucesos que dejamos narrados. El doctor García nos ha favorecido con el siguiente relato, que publicamos íntegramente:

«Mi actuación como miembro de la Comisión Departamental Nacionalista de Canelones, y Presidente de la misma durante varios años, unida á la circunstancia de ser hijo del Departamento, á tener yo y mis padres radicación allí y á haber sido secretario del coronel Celestino Alonso, durante los últimos tiempos me habían dado una influencia tal, que mis opiniones, consejos ú órdenes eran aceptados con tanto placer y rapidez como si los dictara cualquiera de los caudillos militares del Departamento.

Por eso cuando en los últimos días del mes de Diciembre del año pasado oimos todos que la guerra era un hecho, me apresuré á comunicárselo al coronel José Saura (no obstante no tener ninguna clase de compromiso con él) y á la vez decirle que el Departamento estaba todo organizado militarmente y que á la primer indicación se movería como un solo hombre. Que me mandase instrucciones, pues estando gravemente enfermo el coronel Celestino Alonso, él era el único al que todos responderían. A tales noticias mías y á tales pedidos de órdenes, me contestó verbalmente el coronel Saura, por la persona que fué con el recado mío, que hiciera reunir, con las armas que pudiesen llevar, á todos los nacionalistas del Departamento, en Santa Lucía Grande á la altura de San Ramón, el día 3 de Enero, que él estaría en la noche de ese día, allí, para tomar el mando de la gente que se reuniese.

El día indicado y obedeciendo á mis indicaciones se reunieron *mil ciento diez y siete hombres* (1117) con *ciento cincuenta y tres* armas de fuego y alrededor de unos *tres mil* tiros.

El día 3 de Enero, yo salía de Montevideo, burlando la vigilancia rigurosa que se ejercía sobre mí y en la misma noche estaba reunido con los amigos que se hallaban en los montes de Santa Lucía. Allí esperamos día y medio al Coronel Saura y viendo que no venía y que se nos aproximaba el General Melitón Muñoz con *mil quinientos* hombres, iniciamos la marcha.

Después he sabido que el recado pidiéndole órdenes al Coronel Saura en los últimos días de Diciembre no llegó á él y que las instrucciones que me mandara para hacer las reuniones eran falsas y puras invenciones de la persona que se había prestado voluntariamente á trasmitírnoslas. Siendo una persona tenida por seria, yo le creí é hice confianza en él, lo que fué mi error y mi casi perdición.

Antes de marchar la columna, hice, reunión de oficiales para adoptar las resoluciones más urgentes y hacer designar jefe militar para ella, quedando yo como elemento civil, á quien debía consultarse para todas las operaciones.

Marchamos de San Ramón, perseguidos muy de cerca por el General Muñoz, pero en la primer noche de marcha, le sacamos una gran distancia, pues quedó él de nosotros á más de 10 leguas. Entramos al Departamento de Minas, buscando la incorporación del Coronel Juan José Muñoz, pero éste con la división nacionalista de Maldonado ya había pasado por allí, dos días antes y se encontraría á esa fecha incorporada en la villa de Treinta y Tres á la división de este departamento. Nuestra espera por Saura, nos había hecho perder la incorporación con Muñoz.

Siguiendo la marcha hacia el rumbo que había llevado la división de Juan José Muñoz, nos encontramos en la madrugada del día 6 de Enero y á la altura del paraje denominado *Manguera Azul*, con el Regimiento 3.° de Caballería que estaba allí acampado. Ni nosotros creíamos encontrarnos con él allí, ni el coronel Ruprecht, suponía fuésemos á despertarlo en aquella mañana serena.

La confusión para todos fué grande. Nuestros informes del día anterior eran de que por allí no había enemigos, de manera que nuestra marcha era muy confiada. Al saberse que estabamos encima mismo del 3.° de Caballería, el que hacía de 2.° Jefe Militar de la fuerza que marchaba conmigo y que era una persona de mi absoluta confianza, íntimo amigo mío y compañero de todas mis correrías políticas en el Departamento, se

revolucionarios desprendieron fuertes guerrillas para penetrar en el pueblo, pero tuvieron que retroceder en vista del vivo fuego de fusilería que se les hacía. Los invasores creían que San Eugenio había sido abandonado. Repelidos, repasaron el Quarahy, llevándose algunos heridos á la vista de las autoridades brasileñas que presenciaban la operación militar.

El mismo día un grupo suelto de nacionalistas que se encontró con fuerzas

me aproximó como para conversar conmigo que marchaba como á media cuadra junto con mis ayudantes, delante de la columna, y rodeándome con un pequeño destacamento de tiradores, me dió la voz de preso, *por estar yo vendido á los colorados y llevar á la gente derecho á entregarla al jefe gubernista que teníamos por delante!* Acaté la orden, pues comprendí en seguida que aquel hombre (que era el Mayor Indalecio Pérez), tenía que estar, ebrio, muy asustado ú ofuscado y que en cualquiera de los tres casos lo mejor, era acatar por el momento tal orden, teniendo en cuenta que estábamos frente al enemigo.

Al saberse en la columna que yo estaba preso, se apoderó de la misma una gran confusión y desorden. Hizo alto al principio la columna y dió vuelta en seguida y contramarchó, ya sin obedecer á órdenes de nadie. En estas circunstancias el oficial que me tenía preso por orden de Indalecio Pérez y que lo era el capitán Antonio Varela, de la Unión me dijo: *Doctor, esto es un bochinche y una injusticia que usted esté preso. Desde este momento queda en libertad y vaya á ver si puede otra vez organizar la gente.*

Mi prisión había durado 15 minutos, al cabo de los cuales, grité á la columna que hiciera alto y que me siguieran todos los que quisiesen ir á donde estaba Aparicio Saravia; la arengué por un momento y partí al galope en dirección á donde estaba el enemigo Solamente me siguieron 43 hombres, con los cuales descubrí en persona al enemigo, lo tirotié, le tomé un prisionero y le herí á un oficial y á uno ó dos soldados más. Por el prisionero supe el estado de la fuerza enemiga y me convencí que si mi columna avanzaba hacia él, Ruprecht no tendría más remedio que retirarse y dejarnos pasar, pues su tropa estaba sumamente fatigada y su número bastante reducido por la persecución que había hecho en los días antes á la columna de Juan José Muñoz.

Desde la pulpería del señor Carlos Faguada, en donde había yo instalado lo que podríamos llamar mi «Cuartel General», en compañía de mis ayudantes los jóvenes montevideanos Felipe Piñeyro, Federico y Juan José Brito del Pino, Antonio y Joaquín Serratosa, Eduardo Ferrería, Sergio Wáshington Bermúdez y Antonio Brindisi, mandé por repetidas veces, orden al que había quedado encargado de la columna, para que avanzase hacia donde estaba yo con mis ayudantes y con la guerrilla que me había acompañado á descubrir al enemigo y entre la cual estaban el mismo Indalecio Pérez, que avergonzado de su acción, me había seguido después, así como los Mayores Sixto D. García, Cándido Hernández, Juan Blanco, Capitán Antonio Varela, Tenientes Carlos Lisardy, Cándido Molina, Tomás S. Arrillaga, Clímaco y Ramón Latorre, Pedro Crachel y otros oficiales y soldados valientes y de vergüenza.

Pero en la columna nacionalista, ya nadie obedecía y lejos de acatar mis órdenes, empezaba á desbandarse. Apercibido de esto Ruprecht, nos mandó tres guerrillas fuertes, como para envolvernos á los que estabamos en la pulpería de Faguada. Visto esto empezamos á retirarnos hacia el mismo rumbo que llevaba nuestra columna, ya en dispersión hacía rato. Ruprecht nos persiguió una legua. A la tardecita casi toda la gente que había formado mi antes columna de mil y pico de hombres, entraba buscando protección al espeso monte del Casupá en la barra de Santa Lucía. Yo no quise entrar á él é invité á los que me quisieran seguir para permanecer ocultos por los montes de Milán, Chaparro, Sierras de Cerro Colorado etc., á la espera del momento oportuno para incorporarnos al general Saravia. Los más fieles me acompañaron y después de unos cuantos días de peripecias por los montes indicados y por el Cebollatí, el 23 de Enero me incorporé al ejército revolucionario en la villa de Treinta y Tres, acompañado por *cuarenta y nueve* hombres armados, que me habían seguido.

A los pocos días y después de la acción de Fray Marcos, rehice en el Ejército otra vez la División Canelones con 857 hombres y se designó al Coronel Bernardo G. Berro, para mandarla. Este Jefe me designó para su segundo, puesto que rehusé limitándome á formar un Escuadrón de 100 hombres y mandarlo en persona, lo que así hice, y á la cabeza del cual, formé durante toda la campaña en la División 3.ª mandada siempre por el Coronel Berro y al último ya muy mermada, por haberse formado una segunda División Canelones que mandó el Coronel Matías Trías».

gubernistas en Sarandí de Mata Perros, sostuvo un tiroteo con éstas, resultando de ambas partes algunos heridos. El encuentro duró cerca de media hora.

En Palma Sola Grande, el comisario de policía de la 8.ª sección del departamento de Artigas, Eladio Rodríguez, aprehendió al oficial nacionalista Gregorio Martínez García (hijo), que con procedencia del Salto se dirigía hacia la frontera acompañado de 15 hombres y buscando la incorporación de los revolucionarios. El comisario se apoderó de las armas y municiones que tenían, así como de los 60 caballos que arreaban. Después los condujo presos á San Eugenio. Los revolucionarios no hicieron resistencia y se rindieron sin tirar un solo tiro.

Mientras tanto Aparicio Saravia había salido de Melo con rumbo á Santa Clara con toda la división nacionalista del departamento. Allí debía incorporársele la división de Treinta y Tres al mando de don Bernardo Berro que desde el día 4 estaba en armas. Por otra parte se había ordenado á Abelardo Márquez que acudiera á incorporarse con la gente de Rivera y el parque que se hallaba depositado en Caty. Las fuerzas de Juan José Muñoz habían llegado ya á Treinta y Tres y allí recibieron la orden de marchar también para Santa Clara.

Aparicio en movimiento



CORONEL GUILLERMO RUPRECHT

Las incorporaciones se produjeron con tanta rapidez, que el general Muniz — el cual (como después se verá) había salido de Nico Pérez con un ejército de 2.500 hombres de línea para caer sobre Aparicio Saravia antes que éste formara núcleo de ejército, — se encontró en los límites de Treinta y Tres y Cerro Largo con la noticia de que Saravia estaba al frente de más de 6.000 hombres. Muniz había calculado que fallarían las incorporaciones de Muñoz y de González. Este último, efectivamente, no se había incorporado aún. Pero ya hemos visto cómo eludió el primero la persecución de Ruprecht, y cómo, haciendo una marcha forzada, entró en Treinta y Tres. Sucedió eso la noche misma en que debía atacar ese pueblo el coronel gubernista Basilisio Saravia, quien suponía que en la población no había más que poca gente de la división de Berro. Por desgracia para los revolucionarios, algunos de los soldados de Muñoz, rotos por la fatiga de una larga marcha, se quedaron á dormir al abrigo del monte en el Paso de Olimar, de manera que fueron hechos prisioneros por las avanzadas de Basilisio. Este, al saber que esos prisioneros eran gente de Maldonado, comprendió que Muñoz estaba dentro del pueblo, y emprendió inmediatamente la retirada. El *golpe* revolucionario fracasó por esa causa.

Interin el caudillo José González, después de llegar hasta Sierras de Mahoma, (donde recogió los contingentes nacionalistas de San José, Colonia y Soriano), había vuelto sobre Trinidad que á su aproximación fué abandonada por el comandante García, y con una columna de dosmil hombres atravesó á marchas forzadas el departamento del Durazno, pasando por Molles en dirección al Cordobés. El coronel Galarza no pudo impedirle el paso. Tan importante contingente revolucionario no había entrado en los cálculos del general Muniz, pues al salir de Montevideo creía, como creían todas las autoridades militares, que podría caer sobre Saravia antes que éste contara con más elementos que la división de Cerro Largo. Lo repetimos: González no se había incorporado aún, pero podía efectuar su conjunción con Saravia de un momento á otro. Parte de la columna de Flores había sido enviada al Río Negro en observación del ejército de Benavente. Pero Muniz lo ignoraba, y creyendo mayores las fuerzas insurrectas de lo que eran, inició su retirada en Santa Clara del Olimar.

La marcha de José González



CIUDAD DE TREINTA Y TRES

La división revolucionaria de Cerro Largo tiroteó tenazmente durante dos días al ejército legal que se dirigía de nuevo á Nico Pérez buscando la protección de la línea férrea que debía traerle los refuerzos solicitados por telégrafo. Durante esa retirada hubo varios serios encuentros y escaramuzas en una de las cuales estuvo á punto de perecer el mayor Atanasildo Suárez, una de las más gallardas figuras militares del país. En una carga que llevó personalmente fué rodeado por siete ú ocho enemigos que consiguieron matarle el caballo. Afortunadamente el apero atrajo con más fuerza la atención de los enemigos que la personalidad entonces poco conocida del hoy coronel Suárez, y éste pudo escapar ileso ayudado por uno de sus sargentos (1).

(1) He aquí el relato oficial de esos sucesos tal como apareció en *El Día* del 14 de Enero:

«Los colorados recibieron en Treinta y Tres la orden de reconcentrarse en el departamento de Rocha, donde les esperaba el coronel Basilisio Saravia. Fueron llegando. desde el día 2, en grupos desde cuatro hasta diez, todos voluntarios. A las cuatro de la tarde. del día 3, ya formaban una división de quinientos hombres que, unidos á los cuatrocientos del 6.º de caballería, formaban una columna de 900. A las cinco de la mañana del día 4 se pusieron en marcha, buscando la incorporación del general Muniz. Caminaron todo el día y toda la noche. Al amanecer del día 6, supieron que se hallaban poco menos que entre insurrectos, pues por allí debían incorporarse Berro y Juan José Muñoz con unos mil setecientos hombres á Saravia. Resolvieron entonces seguir su marcha, tratando de pasar entre las dos columnas de insurrectos.

Pero al llegar á Paso Olimar, les avistó la gente de Juan José Muñoz, con la intención evidente de arrebatarles las caballadas.

Se tendieron inmediatamente en guerrillas, haciendo un fuego tranquilo y eficaz. Un par de horas después el enemigo se retiraba, dejando 18 muertos y 30 prisioneros. También le fueron arrebatados 100 caballos. En esa primera guerrilla, tanto los soldados del 6.º como los voluntarios de Basilisio Saravia pelearon con extraordinario entusiasmo.

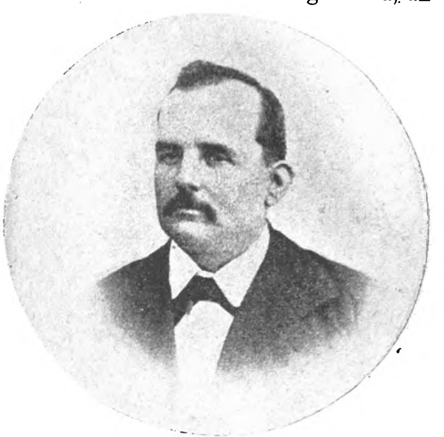
Los de línea, pusieron de manifiesto sus excelentes condiciones de tiradores. «Donde ponían el ojo ponían la bala». Así se explica que los insurrectos hubieran tenido tantas bajas sin contar los heridos que se llevaron consigo.

Ese día, las fuerzas legales no tuvieron ni un muerto ni un herido. Después marcharon

El más importante de los tiroteos habidos entre las vanguardias de Muniz y Saravia fué el que se realizó el día 11, en la costa del arroyo de Las Pavas. La acción de parte de las fuerzas legales fue sostenida por la división de Basilisio Saravia y el 6.° de caballería.

Acción de Las Pavas

Se comenzó por tender guerrillas, que después fueron reforzadas, poco á poco, hasta que aquellos cuerpos entraron totalmente en fuego. El 4.° de cazadores se tendió también en guerrilla, un poco á retaguardia, en calidad de reserva, pero no tuvo necesidad de entrar en pelea. El tiroteo fué nutrido y duró todo el día. Tanto las fuerzas legales como los insurrectos pelearon á caballo. Al anochecer, cuando cesó el fuego en las líneas gubernistas se tocaron dianas en señal de victoria. Durante toda la acción las fuerzas legales mostraron un estado de ánimo sobresaliente. Se peleaba con entusiasmo, vivando al Presidente de la República, y al partido colorado.



CORONEL BASILISIO SARAVIA

Durante todo el tiroteo las fuerzas gubernistas no tuvieron más que cinco bajas; dos muertos y tres heridos, todos del 6.° de caballería y de la división de Basilisio Saravia, únicas fuerzas que hasta entonces habían entrado en pelea. En cuanto á las bajas revolucionarias se calcularon entre cua-

sin descanso, los días siete y ocho hasta que llegaron á Santa Clara de Olimar, donde les esperaba el general Muniz. El mismo día de la llegada, cerca del Paso de la Ternera, se inició una pelea entre la vanguardia colorada y la insurrecta al mando de Pancho Saravia. Este pequeño combate se repitió todos los días, de sol á sol. Tomaron parte numerosas guerrillas; los insurrectos formaban largas líneas que parecían «de palo á pique»; desde las líneas contrarias se les veía caer bajo el fuego de los colorados, especialmente de las guerrillas del 6.° de caballería.

Todos esos combates fueron sostenidos exclusivamente por el citado regimiento y la división de Treinta y Tres. Durante todos ellos, (duraron cuatro días), Basilisio Saravia y Atanasildo Suárez no abandonaron por un momento la línea. Se les considera como dos hombres sumamente arriesgados.

De todos esos tiroteos el más notable fué el que se produjo en Averías, sobre un paso. Las fuerzas del Gobierno aparentaron retirarse ante las guerrillas revolucionarias que avanzaban escalonadas, en el descenso de una cuchilla; pero, cuando los insurrectos estuvieron en el paso, un escuadrón del 6.° avanzó rápidamente y les rechazó, tomándoles dos carros de munición.

Para ello los soldados se entreveraron con los insurrectos; chicoteando enérgicamente á los caballos de los carros, obligándoles á disparar hacia el campo colorado. Fué en este momento, que Atanasildo Suárez, segundo jefe del 6.° que había estado haciendo prodigios se sobrepujó á sí mismo. Llegó hasta el paso citado y se mezcló con los blancos para poder apresar sus carros. Le mataron el caballo, sin que tuviera el tiempo indispensable para salvar el recado. Un insurrecto lo atropelló y seguramente le hubiese muerto, si no lo hubiese ultimado de un tiro de revólver. Y fué en el caballo de su víctima, arrebatado á tiempo, que el imprudente militar volvió á incorporarse á los suyos. Durante todos estos tiroteos, la tropa gubernista ha revelado exceso de valor. Los jefes tenían que hacer esfuerzos para detener á las guerrillas. Continuamente pedían ellas por favor que las dejaran cargar á sable.»

renta y cincuenta. El ejército del general Muniz tomó á los revolucionarios tres carretas de municiones que marchaban sobre su flanco.

Al llegar á las Sierras de Sosa la situación del ejército de Muniz pudo ser muy crítica si se hubieran cumplido las órdenes impartidas por Aparicio Saravia; pero la división encargada de correrse durante la noche á lo largo de la sierra é interponerse entre esta y Nico Pérez retardó su marcha por circunstancias que aun hoy no se han puesto muy en claro. Muniz pudo replegarse sin mayor trastorno sobre Nico Pérez, después sobre Illescas y por último sobre Mansevillagra. A este movimiento de avance de las tropas insurrectas, se refiere el siguiente despacho publicado en Buenos Aires y recibido allí por un distinguido nacionalista:

Yaguarón, 16 de Enero de 1904. — (8.25 p. m.) — Dice Berro ejército revolucionario departamento Florida. Muniz va retirada. Comandante Noblia derrotó fuerzas, créese el 6.° de caballería. — *Ismael Velázquez.* (1)

(1) Sobre estos sucesos hemos pedido datos á uno de los principales jefes del ejército de Muniz, el cual, de su diario particular, nos ha suministrado los siguientes informes:

En las Sierras de Chimbre se organizó el ejército legal componiéndolo las siguientes fuerzas: batallones 2.° y 4.° de cazadores, dos compañías del 3.°, cuatro ametralladoras Colt, una sección artillería y 500 hombres de guardia nacionales, marchando en seguida rumbo á Santa Clara por el camino de la Cuchilla Grande, siguiendo el rastro de las divisiones de Noblia, Muñoz, González y otras que iban á incorporarse á Aparicio en Conventos, donde tenía éste su cuartel general (según lo hacía saber un telegrama del Gobierno). A la entrada de Santa Clara sostuvimos un pequeño tiroteo desalojando al enemigo, haciendo alto al poco rato frente á la quinta de Echandy. Poco después se siguió marcha y al llegar á la Ternera, cerca de la estancia de José Saravia, se reforzó la línea para hacer frente á las guerrillas revolucionarias que se apoyaban la izquierda en la Ternera hasta el Camino Nacional. Se desplegó el 2.° de Cazadores á un costado del pueblo (al Noroeste) y se dispuso entrar en combate general. Las guerrillas blancas fueron rechazadas, obligándolas á tomar posiciones en unos cerros, suspendiéndose allí el fuego, pero con las líneas tendidas. En ese instante se incorporó Basilisio Saravia con las divisiones Treinta y Tres y Rocha y el 6.° de Caballería, entrando por retaguardia de Santa Clara.

Como de las milicias que traía Basilisio iban algunos desarmados, se les repartieron algunos fusiles que no alcanzaron más que para la mitad. En seguida el general Muniz invitó á su jefe de Estado Mayor coronel Buquet y á Basilisio Saravia á una reunión en su carpa, asistiendo además su secretario Urrutia y los vecinos José y Cesáreo Saravia.

El general Muniz expuso que había sabido por estos señores que Aparicio tenía su cuartel general frente á ellos, es decir, en la costa del Sarandí del Quebracho, y no, como equivocadamente le decía el telegrama transmitido por el Gobierno, en los Conventos, distantes 20 leguas de ese paraje, y que por lo tanto la gente que perseguían tratando de batir en detalle había hecho su incorporación ese mismo día. Le constaba además por datos fidedignos que Aparicio en persona había estado observando las fuerzas momentos antes, y que al encontrarlas poco numerosas había dispuesto dar un golpe certero al día siguiente.

En vista de lo manifestado, se resolvió levantar campamento de noche, tratando de no hacerse sentir del enemigo y emprender la retirada rumbo á Nico Pérez.

Una vez bien cerrada la noche, se mandó replegar las líneas que estaban extendidas frente al enemigo, y retirar con toda cautela las guardias, encendiéndose fogones con objeto de engañar al enemigo, encargándose de cubrir la retirada el 6.° de Caballería y la división de Basilisio. Se marchó en esta forma hasta que amaneció en las Sierras de las Pavas á unas 12 leguas del punto de partida, acampando de este lado del paso de Doña Marcelina y dejando el 6.° del otro. A las 2 de la tarde se avistó el enemigo que venía á marchas forzadas. Se ordenó ensillar rápidamente y dejando unos 100 y tantos hombres del 6.° de Caballería al mando del Mayor Suárez para cubrir la retirada. En este paraje fué donde el Gobierno tuvo las primeras bajas.

Contenido el ejército insurrecto lo suficiente para dar tiempo á que el ejército de Muniz se pusiera en marcha, el comandante Suárez abandonó el paso en que entraron los insurrectos tocando dianas y con banderas desplegadas al mando del jefe Isidoro Noblia.

Al día siguiente en los cerros de Valentín, en las Pavas, el coronel Basilisio que no había

Según narra el señor Marcos Arredondo, que, por cuenta de un diario bonaerense fué á pedir informes en el sitio mismo de estos sucesos, cuando Saravia llegó á Nico Pérez, dejo su ejército en el arroyo Valentines y Sierra de Sosa. El pueblo divisó de lejos las humaredas de los fogones de avanzada que sólo estaban á legua y media de la localidad. Acompañado de Carmelo Cabrera, comandante Isidoro Noblia, secretario doctor Luis Ponce de León, coronel Abel Sierra, jefe de la escolta compuesta de cincuenta hombres, (que vestían bombacha y casaca blanca y sombrero con franja del mismo color) de los jóvenes hermanos Apolo, y alguna persona más. — Aparicio Saravia se presentó por el lado del Norte á la estación del ferrocarril.

Saravia en Nico Pérez



CORONEL ATANASILDO SUÁREZ

Deteniendo el caballo frente á una cuadrilla de peones que trabajaban en la vía, preguntó á uno de éstos por el jefe de la estación. Informado de que estaba en la misma, se dirigió á ella, mientras el jefe, sabiendo la llegada del caudillo de la revolución, se adelantaba á recibirle.

— Buenas tardes, — le dijo.

Y luego en voz no muy baja, para que todos la percibieran:

— ¿Tiene muchas máquinas en la estación?

Como Saravia preguntara esto último sonriéndose, el jefe lo tomó broma.

Aparicio que ya había desmontado hacía sonar las espuelas y castigaba con el rebenque maquinalmente el caño de la bota.

— No; no se ría. Le estoy hablando en serio; necesito y quiero todas las máquinas que tenga en este momento.

El jefe contestó que sólo tenía una locomotora.

cesado de tirotearse con el enemigo, se vió atacado por fuerzas numerosas defendiéndose tenazmente y logrando contener al enemigo.

En ese paraje casi murió víctima de su arrojo el mayor Atanasildo Suárez.

Se marchó siempre con el enemigo en los talones hasta el anochecer, haciendo alto en Cerro Mulero para rehacer el ejército que iba en desorden á causa de la precipitación con que había marchado. Se continuó después la marcha hasta las 7, en que fué alcanzado nuevamente por el enemigo. La tropa disgustada por la retirada que consideraba deshonrosa, empezó á protestar: por lo que el general Muniz ordenó que se buscara un sitio aparente para la pelea. Así se hizo, encargándose la retaguardia de atraer al enemigo hasta las sierras de Olimar, donde el resto del ejército desplegó sus líneas de fuego.

El enemigo, viendo esto, se retiró.

Levantóse la línea de guerrillas y se siguió marcha á Nico Pérez, donde á la llegada se encontró al 5.° de Cazadores.

Se acampó en este paraje, tomando el jefe de Estado Mayor, por enfermedad del general en jefe, todas las disposiciones para un posible ataque que se creía no podría tardar

Al amanecer del día siguiente, se marchó rumbo á Illescas, donde el gobierno, en noticias de esta retirada, había concentrado con admirable rapidez, las fuerzas siguientes: regimientos 1.°, 2.° y 3.° de caballería. Marchóse en seguida á Mansevillagra donde recibieron el refuerzo de las divisiones Florida, Durazno, Minas y Colonia con sus respectivas caballadas.

Con estas fuerzas se buscó en seguida al enemigo.

—¿Una sola?

—Sí señor.

—¿Y las demás?

—Están en servicio, rumbo de Montevideo.

—Y de wagones... ¿cómo andamos?

El jefe le hizo conocer el número de que disponía, agregando que esperaba su resolución.

Saravia guardó silencio, mientras el jefe llamando á la peonada impartía orden para que comenzara á descargarse la lana y el trigo depositado en los wagones. —No; no se apure,—dijo Saravia entonces. —¿A qué hora sale el tren de mañana para Montevideo?

—A las 8 y 5, general.

—Bueno; deje todo como está, pero suspenda este tren; no lo despache hasta nuevo aviso mío.

Luego cambió su expresión adusta por otra más alegre.

—¿No les ha hecho saber que estoy en Nico Pérez?

—Han cortado la línea, general.

—Caramba amigo; que gente dañina!...

(Está demás decir que la línea había sido cortada hacía una hora por orden del mismo Saravia).

—¡Siento esto porque hubiéramos charlado un poco con el amigo Muniz!

Un gentío curioso le había rodeado. Al escuchar esas palabras, una carcajada general festejó la *salida* de Saravia, que dió fin á la escena montando á caballo y retirándose, previo un amabilísimo saludo á los vecinos.



ISIDORO NOBLIA, JEFE NACIONALISTA

Había caminado dos cuadras cuando dos señoras del pueblo le detuvieron:

—Señor... ¿cómo está usted?

—Muy bien señoras... ¿y ustedes?

Luego las señoras le acosaron á preguntas,—y como alguna de ellas le manifestara temor de que la guerra trajera aparejados los peligros de siempre para la población pacífica y neutral,—Saravia contestó con estas ó parecidas palabras:

—Para nosotros, todo esto (aludía al pueblo) es sagrado. Tengan ustedes, señoras, la seguridad de que en cuanto se relaciona con mi ejército, no tendrá nadie que hacerme el más mínimo cargo...

Más adelante se encontró con un viejo y gran amigo suyo, don Ramón Moreira, ex director del hospital de Cuchilla Seca, en la revolución de 1897. Se abrazaron y haciéndose á un lado estuvieron conversando largo rato.

Saravia hacía ademanes elocuentes.

A las siete de la noche siguió detrás de Muniz, que, había pasado hacia doce horas, rumbo á los cerros de Illescas.

El 11 de Enero la Junta Central de Auxilios recientemente constituída comunicó al doctor Alfredo Navarro, jefe de la primera expedición de auxilios que debía prepararse para salir á la primera orden. El doctor Navarro citó inmediamente á todos los practicantes que formaban su estado mayor á fin de que se encontraran prontos en el Hospital de Caridad. Pero esa misma noche se recibió contraorden de la Junta Central.

Esperando la batalla

El gobierno esperaba una gran batalla, pues hizo organizar una segunda expedición compuesta por los doctores Federico Velazco, Santiago Puppo, Antonio Carvallido y tres practicantes de medicina.



APARICIO SARAVIA

Actividad nacionalista

Entre tanto, en el litoral, el caudillo nacionalista Juan Moreira seguía reuniendo caballadas, rehuyendo el encuentro con las policías destacadas en su persecución. De Concordia partían para el Brasil por Monte Caseros, con el objeto de incorporarse á las fuerzas revolucionarias el señor Dionisio Viera, los dos oficiales nacionalistas Indar y Delgado, el joven Enrique Díaz Olivera, hijo del coronel del mismo nombre, y el capitán Celestino Martínez. Un emisario nacionalista, el señor Pantaleón Quesada, llegaba á Concordia con procedencia de Santa Anna do Livramento y después de conferenciar con los miembros de su partido seguía viaje con rumbo desconocido.

El puente del Río Negro del Ferrocarril Central, fué ocupado por el mayor Muró con la Urbana de Paysandú, pues se decía que los nacionalistas intentaban hacerlo volar. En San José permanecía todo relativamente tranquilo. Su comandante militar sólo daba cuenta de sucesos de escasa importancia, como el de la prisión del comisario Rufino Durán y del sargento José Marrero, encargado de sobornar á los elementos policiales.

Actividad del gobierno

Desde que comenzaron á precipitarse estos sucesos, el gobierno desplegó una febril actividad. En las oficinas militares se trabajaba de día y de noche. Durante largas horas, todos los Ministros, el Jefe de Estado Mayor del Ejército y el Jefe de Policía conferenciaban con el Presidente. Para todos los departamentos salían expresos llevando armas y municiones. Recapitulamos á la ligera los detalles de esta rápida y casi asombrosa movilización de fuerzas, tomando los sucesos desde el día que se produjo el primer alzamiento:

El Batallón 5.° de Cazadores recibió orden el 1.° de Enero de marchar á campaña. Otros cuerpos se alistaron también. Interviniéronse los telégrafos y teléfonos. El coronel Viera recibió orden de convocar las milicias del Salto.

Fué nombrado el general Benavente Jefe del ejército del Norte. Su jurisdicción militar fué dividida en dos zonas: una compuesta de los Departamentos de Río Negro, Paysandú, Salto y Artigas, y la otra, de Tacuarembó y Rivera. Para comandante general de la primera zona — la del litoral — fué nombrado el coronel Viera, y el coronel Escobar para la zona fronteriza.

Para comandante militar del Departamento del Salto se nombró al coronel Teófilo Córdoba.

Para San Eugenio se enviaron mil máusers, con la dotación correspondiente de municiones.

En el Durazno se formó un cuerpo de milicias de 600 hombres á las órdenes del coronel Casalla. El coronel Maurente, comandante militar del Departamento de Rocha, se encontraba el día 3 de Enero en aquella ciudad con su división organizada y pronta á entrar en campaña. Gran cantidad de fusiles rémington, municiones y cuatro ametralladoras Colt fueron enviadas á Canelones, bajo la custodia de un piquete del 3.° de Cazadores. Acompañado de varios oficiales salió para la Florida el mayor Coralio Enciso, con el propósito de formar un batallón de infantería. Los Regimientos 4.° y 5.° de Caballería, destacados en Rivera, y causa aparente del movimiento revolucionario, dejaron su campamento de Tranqueras marchando hacia Cuñapirú, pueblo cercano. En Tacuarembó organizaba un batallón de infantería el coronel Ricardo Flores.



BATALLÓN POLICIAL

El 3 de Enero fué fijado un edicto del comandante militar de la plaza del Salto, determinando que en el plazo de 48 horas se debían presentar á la mayoría de la Guardia Nacional todos los orientales de 17 á 30 años, solteros ó viudos sin hijos. Más de mil ciudadanos se presentaron inmediatamente en los cuarteles. Fué nombrado jefe de esa milicia el señor Fructuoso Leal.

En Tacuarembó reunió el coronel Escobar en pocas horas unos dos mil hombres.

Después de celebrar una entrevista con el presidente de la República y el ministro de la Guerra, había partido el 3 de Enero en ferrocarril para Nico Pérez el general Justino Muniz, comandante militar al Sur de Río Negro, acompañado de 250 soldados del 3.° de cazadores, á las órdenes del coronel Villardino.

En un tren especial salieron el día 4 de Enero los batallones 2.° y 4.° de cazadores á las órdenes respectivamente de los coroneles Pedro Quintana y Genaro Caballero, una parte del regimiento de artillería de campaña y el plantel de ametralladoras Colt que había formado en el parque nacional el capitán José Chiappara. Todos estos cuerpos iban al mando del coronel Sebastián Buquet, jefe de la artillería.

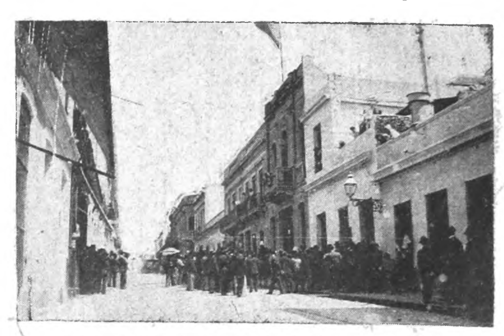
Con esas fuerzas que se reconcentraron en Nico Pérez, el general Muniz formó un plantel de 1.500 hombres de las tres armas, todos de línea, sin contar las divisiones de guardia nacional que después se le incorporaron, entre ellas las que organizó en Florida y Minas el general Callorda y que pasaron de mil hombres.

El gobierno le había dado órdenes de que así que reuniera todas las fuerzas puestas bajo su mando, se dirigiera, sin pérdida de tiempo, sobre Cerro Largo donde se hallaba Aparicio Saravia. El general Muniz, dicen que contestó al recibir la orden: «Lo que es esta vez, si entro no les largo á Melo!». La primera embestida de Muniz tuvo el resultado que hemos relatado antes...

El día 4 de Enero expidió el Gobierno un decreto cuya parte sustancial decía:

Convocatoria de la Guardia Nacional

«Convócase á la guardia nacional móvil de la capital, debiendo concurrir á los cuarteles todos los ciudadanos comprendidos en io dispuesto en la primera parte del artículo 40 del Código Militar. — Acuérdase un plazo de cinco días para dicha presentación, debiendo serles aplicadas á los infractores las penas de la ley.


SACANDO PAPELETAS EN EL CONSULADO ESPAÑOL

La guardia nacional móvil de la capital se distribuirá en doce cuerpos de 400 plazas cada uno, los que llevarán desde el número 1 al 12.

Nómbranse: primer jefe del 1.° batallón, al ciudadano Carlos Travieso; primer jefe del 2.° batallón, al ciudadano doctor Alejo Idiartegaray; primer jefe del 3.° batallón, al ciudadano Antonio Bachini; primer jefe del 4.° batallón, al ciudadano doctor Claudio Williman; primer jefe del 5.° batallón, al ciudadano Justo R. Pelayo; primer jefe del 6.° batallón, al ciudadano Rufino Gurméndez; primer jefe del 7.° batallón, al ciudadano Carlos Búrmester; primer jefe del 8.° batallón, al ciudadano doctor Luis Melián Lafinur; primer jefe del 9.° batallón, al ciudadano Jorge Pacheco; primer jefe del 10.° batallón, al ciudadano Federico Paullier; primer jefe del 11.° batallón, al ciudadano Joaquín Machado; primer jefe del 12.° batallón, al ciudadano Juan Levratto».

La guardia nacional se organizó con toda actividad. Los jefes de los doce batallones creados por el primer decreto, gestionaron inmediatamente locales para sus respectivos cuarteles, formando cuadros de oficiales.

Vencido el plazo para la inscripción en los batallones de guardias nacionales. todos los cuerpos habían llenado el número de plazas acordado por el Ejecutivo, superándolo considerablemente, algunos de ellos.

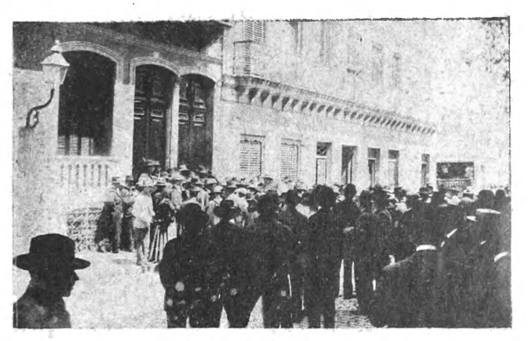
El Gobierno dispuso aumentar la guardia del Parque Nacional, formando así un plantel de artillería. Para organizar ese cuerpo se utilizaron los servicios de algunos cadetes de la Academia General Militar que acababan de terminar su carrera.

Otras medidas militares

El comandante militar de los departamentos de Salto, Paysandú, Artigas y Río Negro, coronel Feliciano Viera, nombró comandante militar de Paysandú al coronel José Mena; de Río Negro al coronel Juan Andrade; jefe de la guardia nacional del Salto, al señor Fructuoso T. Leal, segundo jefe al sargento mayor Pedro Ríos; jefe de la guardia nacional de Paysandú al comandante Alejandro Vázquez.

Al coronel Tezanos se le confió la comandancia militar de la Colonia.

El Presidente de la República firmó un decreto creando un batallón que se denominó *Municipal* y que fué formado por todos los empleados de la Junta Económico Administrativa. Fué nombrado jefe del expresado cuerpo el doctor Juan L. Héguy.



EN EL CONSULADO ITALIANO

Fueron nombrados comandantes militares de Flores y Maldonado respectivamente el comandante Juan Marcos García y el coronel Melchor R. Maurente.

Mientras tanto el gobierno había dado orden de que el 5.° de Cazadores saliera con destino á Nico Pérez por haber el Presidente de la República ofrecido aquel cuerpo al general Muniz. Pero este general telegrafió al Gobierno haciendo saber que no lo necesitaba, pues contaba con fuerzas suficientes para concluir con la insurrección en pocos días. Como se ha visto ya, ese lamentable optimismo fué causa de que Muniz tuviera que retirarse frente á Saravia desde Santa Clara hasta Mansevillagra, pidiendo angustiosamente los refuerzos que el Presidente de la República, más previsor y prudente, había puesto desde un principio á su disposición.

El 10 de Enero decretóse la formación de los batallones de guardia nacionales números 15 y 16, nombrándose jefes, respectivamente á los señores José Félix Berasain y Camilo Ferreira Oroño.

También se decretó la creación del regimiento número 1 de guardia nacionales de caballería designándose para jefe al señor Mateo Magariños Solsona.

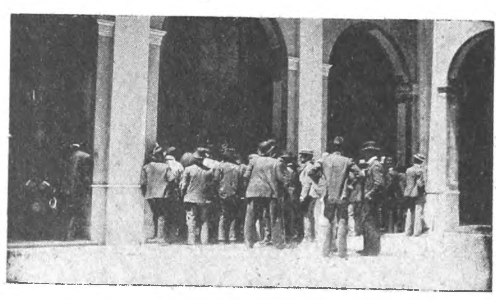
El Poder Ejecutivo había dado cuenta de las medidas adoptadas, por medio del siguiente mensaje:

Mensaje del Ejecutivo

Montevideo, Enero 5.—A la Comisión Permanente.—El Poder Ejecutivo, por conducto de personas bien caracterizadas é insospechables, llegó á tener conocimiento de un inminente movimiento subversivo que iba á estallar, provocando todos los males que apareja la guerra civil.

Al mismo tiempo que se hacían estas revelaciones el Poder Ejecutivo recibía comunicaciones, participando que Aparicio Saravia, había transportado armas á diversos puntos del departamento de Cerro Largo. Aunque ya

estaban adoptadas las primeras medidas de seguridad, se formaban grupos de carácter hostil á las autoridades y casi todos armados en Maldonado, Rivera y otros departamentos, muchos de los cuales fueron disueltos, produciéndose en consecuencia de esto, levantamientos mayores en Cerro Largo, Rivera y Flores. Conmovida la paz por esos hechos, el Poder Ejecutivo se ha visto obligado á mover fuerzas del ejército permanente y á organizar milicias departamentales, utilizándolas bajo la dependencia de comandancias militares. Para hacer más eficaz esta acción ha intervenido líneas telefónicas y telegráficas, ha convocado la guardia nacional y movilizado la de la capital de acuerdo con las prescripciones del código militar; ha restringido el derecho de locomoción hasta los límites impuestos por la defensa del orden público.



EN LA POLICÍA. — PIDIENDO PASES

De acuerdo con la Constitución de la República el Poder Ejecutivo cumple con el deber de poner en conocimiento de Vuestra Honorabilidad las medidas á que ha hecho referencia, esperando que merecerán vuestra aprobación.

El Poder Ejecutivo se complace en hacer saber á Vuestra Honorabilidad su creencia de que en muy breve tiempo, el orden quedará restablecido en la República. — Dios guarde á Vuestra Honorabilidad muchos años. — JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ. — JUAN CAMPISTEGUY.

Como era de esperarse, al sólo anuncio del estallido revolucionario, se pronunció la emigración de los elementos nacionalistas. *La Prensa* bonaerense del día 3 de Enero, consignaba esta noticia: «Entre ayer y anteayer han llegado á Buenos Aires no menos de quinientos orientales, en su mayoría jóvenes que emigran para estar á la expectativa de lo que aquí se haga, é incorporarse luego á la revolución.» En todo el litoral se produjo el mismo movimiento. A Concordia llegaron, de golpe, más de doscientos emigrados. En Colón y Paso Paysandú (Entre Ríos) llegaban á quinientos los que habían pasado en vapores y canoas á la costa argentina.

Emigración nacionalista

En la isla argentina El Marinero, frente á Paysandú, había más de cuatrocientos emigrados que pasaron de ese departamento, huyendo del servicio militar.

El Ministro de Relaciones Exteriores argentino recibió un telegrama del gobernador de Corrientes, en el que este funcionario le daba cuenta de que había establecido una estricta vigilancia para impedir la formación de grupos ó el paso de fuerzas al estado oriental.

Para evitar los progresos de esa emigración, la comandancia de Marina, en cumplimiento de órdenes superiores, declaró el día 3 de Enero clausurado el puerto de Montevideo. Muchas personas que se iban á embarcar para Buenos Aires tuvieron que desistir de su propósito.

Clausuras de puertos

Fueron desembarcados 400 jóvenes de á bordo del vapor *Montevideo*. Sólo se permitió el viaje á los que tenían pasaje de ida y vuelta.

La comandancia de Marina hizo saber que en adelante las personas que de-

searan ausentarse del país, deberían presentar al embarcarse, además del pase de la policía, la papeleta que acreditara su calidad de extranjeros. Sin ese requisito no se permitía el embarque.

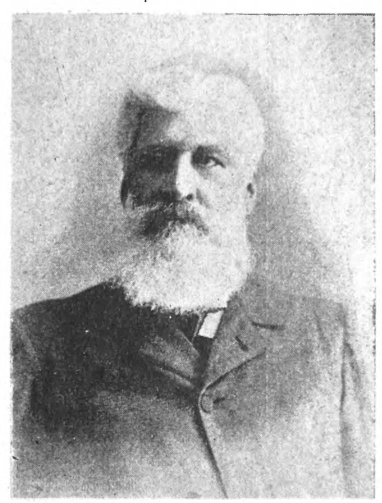
Otras medidas se vió obligado á tomar el Gobierno, y entre ellas figuran las órdenes de prisión contra varios elementos comprometidos en el movimiento revolucionario. En Colonia fué reducido á prisión el escribano Carlos R. de la Fuente. Según parece, de la Fuente estaba en armas con el grupo que comandaban el doctor Olivera y el señor Borrás y regresó á Villa Rosario, siendo sorprendido y tomado por las fuerzas policiales de la localidad.

Varias prisiones

En el cuartel del batallón 4.º de cazadores fué encerrado el día 4 de Enero el coronel José María Pampillón, jefe nacionalista residente en San José, que bajó á la capital llamado por el Estado Mayor. En el cuartel del 3.º también fué encerrado el mayor Eusebio Carrasco.

Fueron presos en Paysandú el doctor Luis Gutiérrez y los señores Benjamín Vilardebó y Francisco Bastarrica. Fueron presos algunos jóvenes nacionalistas del Salto que buscaban la incorporación del caudillo Moreira. A dos de ellos, Alfredo Asti y Blas Abela, los encerraron en la comandancia militar salteña.

El día 6 fué detenido en el Salto, por orden expresa del coronel Córdoba, Enrique Bravo, prestigioso jefe nacionalista



CORONEL JOSÉ SAURA, JEFE NACIONALISTA

El Estado Mayor citó al coronel José Saura y al señor Celestino Alonso, cuyo estado de salud era muy grave. Este militar no pudo presentarse á causa de la enfermedad que lo tenía postrado en cama. En cuanto al coronel Saura, llegó de Canelones á los cinco ó seis días de ser citado, y acompañado del comandante Jorge Pacheco, jefe del noveno de guardías nacionales, visitó al presidente de la República, poniéndose á las órdenes del Gobierno. La relación oficial respecto á esta entrevista es la siguiente:

Entrevista Batlle-Saura

«El señor Batlle y Ordóñez recibió con toda afabilidad á Saura. Este expresó al primer magistrado que había resuelto presentarse para manifestarle de viva voz su firme propósito de no inmiscuirse en la insurrección saravista, y su gran anhelo de que la paz fuera restablecida. Saura hizo extensiva su declaración al capitán Federico Vargas, al teniente Saura y á numeroso grupo de oficiales de guardias nacionales que le eran adictos, y que sólo deseaban poder quedar tranquilamente en sus casas.

El presidente, en vista de las precedentes manifestaciones, dispuso que, por el ministerio de la Guerra, se diera salvo conducto á todos los oficiales indicados, á fin de que las fuerzas del gobierno no los molestaran en ningún caso.»

El coronel Saura regresó para Canelones, llevando los salvoconductos del presidente Batlle para sus amigos.

Como se ha dicho ya, el señor Saura había *andado á monte* en el rincón de Vignoli, estancia del señor Pacheco, al saber la noticia del levantamiento de sus correligionarios. Pero viéndose rodeado por todas partes y sin noticias de su división, puesto que ésta seguía rumbo á Treinta y Tres á órdenes de Bernardo García, resolvió presentarse al Gobierno, convencido por las razones de su viejo amigo el señor Jorge Pacheco.

El día 12 de Enero, en vista de que pocas esperanzas podían abrigarse en las tratativas de paz con el Directorio Nacionalista, el Gobierno dispuso que todos los clubs nacionalistas fueran clausurados. La orden se hizo efectiva por la fuerza pública. En consecuencia la Policía procedió á colocar una imaginaria en cada uno de los centros políticos referidos para impedir el acceso á los locales. Al mismo tiempo se notificó á los presidentes de los clubs la resolución gubernativa, significándoles que les estaban completamente prohibidas las reuniones de más de dos personas en sus domicilios ó en otro local.

Clausura de Clubs

En los primeros días de Enero la Jefatura Política pasó una circular á todos los diarios transcribiéndoles un decreto del Ministro de Gobierno prohibiendo que se dieran á la publicidad otras noticias relacionadas con los sucesos de actualidad que las que transmitiera el ministerio de su cargo. Para demostrar que entendía restringir seriamente la libertad de información, el Gobierno ordenó el 7 de Enero á *La Tribuna Popular* y al *Diario Nuevo* que suspendieran su publicación durante 24 horas, por haber dado noticias que contravenían el decreto. También prohibióse á *La Razón*, que continuara mostrando al público, en un tablero, las noticias del litoral argentino que publicaban los diarios bonaerenses.

Restricciones á la prensa

El día 13 de Enero la Jefatura Política, encargada por el Gobierno para resolver sobre la publicación de artículos de diarios en los que se comentaban sucesos de actualidad, designó para desempeñar la tarea de censor al doctor Carlos Muñoz Anaya.

Como ya lo dijimos en el capítulo anterior, con autorización especial del presidente de la República, partieron el 3 de Enero á conferenciar con el caudillo Aparicio Saravia, que se encontraba en Melo, los miembros del directorio nacionalista señores Alfonso Lamas, Carlos A. Berro, Aureliano Rodríguez Larreta, Juan B. Morelli, Rodolfo Fonseca, José Luis Baena y Francisco Haedo Suárez. Iban en misión de paz, á fin de ver si era posible evitar la guerra civil.

La misión de paz

El día 7 regresaban esos señores desde Cerro Largo, y era intensa la expectativa en Montevideo por saber el resultado de la conferencia que los miembros del directorio nacionalista habían celebrado con el caudillo Aparicio Saravia. Se ignoraba aún si los delegados traían la paz ó la guerra.

Entretanto, — como decía *La Prensa* bonaérense en un editorial que reflejaba la impresión general de aquel momento — «las llamaradas de la guerra civil se habían levantado á los cuatro vientos del hermoso Uruguay. Por todas partes se alzaban en armas los partidarios nacionalistas, por todas partes había encuentros, tiroteos, y corría entre sollozos y amargos reproches la sangre uruguaya. La hoguera tenía ya mucho combustible y era difícil apagarla. Se preparaba una guerra larga y sangrienta, de devastación, de ruina, duelo á

muerte entre los bandos que cada vez combatían con más encarnizamiento. El gobierno había prevenido esta vez el alzamiento revolucionario; se le había adelantado, organizando rápidamente fuertes cuerpos de ejército y situándolos en posiciones estratégicas. Pero aun cuando consiguiera batir á los revolucionarios en batallas campales, no por eso acabaría de inmediato con la revolución. Vendría la guerra gaucha, la guerrilla, la sorpresa continua, la zozobra, la vida imposible. Las fuerzas numéricas de los dos partidos estaban entonces como habían estado siempre, más ó menos equilibradas.»

Cuando los miembros del directorio regresaban á Nico Pérez, fueron detenidos en la posta de Carriquiri, á diez leguas de aquel pueblo por la fuerza en descubierta del ejército del general Muniz. El oficial les interrogó sobre sus personas y hacia dónde iban, significándoles después que quedaban presos. Los miembros del directorio le expresaron entonces que marchaban con autorización del Gobierno, pero el oficial aludido les manifestó que tenía órdenes terminantes para detener á cuanta persona hallase en su camino.

En cumplimiento de aquéllas desprendió tres hombres de su fuerza, para que acompañaran la diligencia hasta el campamento que quedaba á tres leguas y media de allí.

El coronel Buquet, jefe del estado mayor del ejército del general Muniz, fué advertido inmediatamente de la presencia de los miembros del directorio y acto continuo se puso al habla con ellos, colmándoles de toda clase de atenciones. Los delegados aprovecharon esa circunstancia para pedir al coronel Buquet que les proporcionara caballos para continuar el viaje, pues los que tenían estaban extenuados. Aquel jefe, que durante su conversación con los miembros del directorio se expresó en términos altamente patrióticos, les prometió acceder al pedido si en la posta Gainza no encontraban otros.

Fracaso de la negociación

El resultado de la conferencia con Saravia fué nulo. Los miembros del Directorio volvían más satisfechos; Saravia aceptaba la transacción propuesta desde Montevideo, pero en los círculos oficiales había cambiado por completo el criterio con que se apreciaba la situación. Los motivos de ese cambio se reflejan en los siguientes párrafos de un editorial que *El Día* publicaba el 10 de Enero:

«Cuando se hizo la intimación de retiro de los regimientos, el Presidente de la República pudo convencerse bien pronto de que esa intimación era indeclinable y de que la soberbia y la barbarie de Saravia, llevarían al país á la guerra, si á ella no se defería. El presidente hizo entonces un nuevo sacrificio, y decorando su actitud de la mejor manera posible, prometió, para impedir el estallido, el retiro de los regimientos si se celebraba un acuerdo electoral. Era en el fondo, una nueva concesión, una nueva limitación aceptada de las facultades del Poder Ejecutivo. Pero Batlle y Ordóñez ponía esta sola condición, la de que no se formasen grupos y que no se formasen divisiones, agregando, que se vería en la dura necesidad de disolverlos á viva fuerza, si tal se realizaba. Para conseguir este fin permitió que Lamas tuviera una conferencia telegráfica con Saravia, libre de toda intervención. Pues bien: en esa conferencia, en vez de aceptarse la perspectiva del arreglo que proponía Batlle, se tomaron las últimas disposiciones para la guerra.

«Y bajo el pretexto de que era necesario hablar de viva voz con Saravia para convencerlo de la necesidad de evitar el alzamiento, el Directorio saravista pidió al Presidente de la República que le permitiese trasladarse á Nico Pérez. Pero, al

mismo tiempo daba la orden de guerra, según lo demuestran las cartas interceptadas al diputado García, que serán presentadas á la Asamblea Nacional.

«Ahora, después de producida esa nueva y enorme subversión que el Presidente quería evitar, el Directorio nacionalista dice hipócritamente que acepta las condiciones que se le proponían precisamente para que no se produjese. ¿Quieren así acrecentar el prestigio militar de Saravia, que aparecerá de ese modo, obteniendo nuevamente, por la demostración armada, aquello á que dentro de la paz no tenía derecho, obligando al gobierno á imponer por la fuerza pública al partido colorado, una solución electoral, que debería haber sido aceptada libre y espontáneamente? ¿Puede facilitar el éxito de estos intentos el poder público, sin exponerse á producir una total disolución de las fuerzas de que dispone, para conservar el orden?»

Ya el día anterior, al mismo diario había dado la nota sensacional, con un enérgico y vibrante editorial que contenía revelaciones de interés público, y de primordial importancia en aquellos momentos. Puede así juzgarse, por la parte esencial que transcribimos:

Concesiones presidenciales

«El Presidente de la República deseando conservar la paz, aun á costa de todo derecho, prometió retirar uno de los regimientos, declarando que conservaría el otro, no tan sólo por ejercer una atribución que le es inherente y que nunca fué limitada, sino, sobre todo, por mantener y asegurar la tranquilidad en un departamento en el cual la vida y la actividad privada, como está en la conciencia de todos, se hacían imposible sin eficaces garantías. Además, expresó, que aunque dados sus antecedentes, sus ideas y sus terminantes promesas, la declaración era innecesaria, no permitiría que los cuerpos de línea estuviesen donde quiera que se hicieran más inscripciones que las estrictamente legales. ¿Qué respondieron los parciales de Saravia? También que no. Pero agregaron algo más todavía, algo más que los pinta de cuerpo entero, y que expresa de manera admirable cuál es el respeto de estos señores por los principios. Agregaron que siempre que los regimientos fueran retirados de Rivera no harían cuestión y no discutirían sus inscripciones legales, ni los fraudes que al amparo de ellas se pudieran cometer en otros departamentos. El Presidente de la República contestó en el acto que no entraba en semejantes transacciones inmorales. Fué entonces cuando se les dijo á los saravistas que ya que parecía no importárseles ni aun del fraude de los colorados en los departamentos que éstos administran, negociarían con ellos un convenio en virtud del cual, se comprometerían á no disputarse recíprocamente las mayorías en los departamentos administrados por ambos, es decir, que en los departamentos cuyos jefes políticos son colorados, los nacionalistas no disputarían la mayoría á sus adversarios y en los departamentos cuyos jefes políticos son nacionalistas, los colorados no disputarán á éstos la mayoría — ó en una palabra — se les propuso la renovación del acuerdo anterior. Entonces se agregó que el Gobierno, viendo por ese medio consolidada la paz y resuelta la tranquilidad del país, no tendría inconveniente en retirar de Rivera el 4.º y el 5.º de Caballería, reservándose el derecho de enviar fuerzas de línea á cualquier punto del país, siempre que la conservación del orden así lo exigiera.

«Los miembros del Directorio pidieron permiso para ir á Cerro Largo á fin de consultar las bases con Saravia. Esta autorización les fué concedida pero, estaban en viaje todavía, cuando se supo que en todo el país se habían levantado las huestes saravistas en medio de las negociaciones, y el Gobierno tuvo entonces datos terminantes de que la revuelta que estaba ya preparada, estallaría de todas maneras.

«Los saravistas rompieron pues, las tramitaciones del arreglo pacífico que se pensaba celebrar y quebrantaron el convenio de Nico Pérez, alzándose en armas contra la autoridad constituída, sin que ésta hubiera faltado á sus compromisos; y con ello provocaron esta guerra».

El Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina recibió el 10 de Enero un despacho telegráfico del representante argentino en Montevideo, anunciando el fracaso de las gestiones de paz y la resolución del Gobierno, adoptada en acuerdo de ministros, de reprimir con toda severidad el levantamiento, impartiendo las órdenes del caso para que las fuerzas nacionales que se hallaban distribuídas en casi todo el territorio oriental reabrieran las hostilidades.

Gestiones de la Cámara de Comercio

Alarmada por el cariz que tomaban las cosas, la Cámara de Comercio pasó una nota á las diversas corporaciones y asociaciones comerciales, comunicándoles que, vivamente impresionada ante el triste espectáculo que ofrecía el país en aquellos momentos de angustiosa expectativa sobre el resultado de las negociaciones de paz, había considerado que tal vez fuera favorable á la solución satisfactoria, tan anhelada por todos, la de iniciar algunos trabajos en favor de un arreglo. A fin de cambiar ideas respecto á la iniciativa, esa Cámara resolvió invitar á los presidentes de las diversas corporaciones y asociaciones comerciales á una reunión que tuvo lugar en la Bolsa de Comercio el lunes 11 de Enero á las 10 de la mañana.

En esa reunión se desechó la idea de celebración de un meeting, resolviéndose en cambio reunirse en la Bolsa, con el objeto de apersonarse al Presidente de la República, en unión de otros comerciantes invitados, para manifestarle cuáles eran los deseos del comercio. Esa misma tarde, en gran número, y figurando también entre aquellos los gerentes de los bancos, dirigiéronse á la casa del señor Batlle. Les recibió éste afable y deferentemente, confirmando sus patrióticos propósitos y concluyendo por aconsejarles que encaminaran sus gestiones ante los directorios de los partidos.

Volvieron entonces los comerciantes al local de la Bolsa, donde resolvieron constituirse en comisión general, nombrando delegados á los señores Hoffman, Nery, Tálice, Morales, Rubio y Mañé y á los doctores Acevedo y De-María, para que conferenciaran sobre la pacificación con los mencionados directorios.

Inmediatamente dicha delegación procuró poner en contacto al Directorio nacionalista con el Comité Ejecutivo colorado. El 12 se reunieron todos los miembros de aquél que se encontraban aún en Montevideo, en casa del vicepresidente de la corporación, doctor Alfredo Vázquez Acevedo. Instantes después, llegaba la delegación comercial de trabajos en favor de la paz: doctor Pablo De María, señor Pablo Mañé, doctor Eduardo Acevedo y señores Augusto Morales, Alejandro Tálice, Ladislao Rubio y Augusto Nery. Lo resuelto fué favorable al pedido de la delegación pacificadora, contestándose por nota, que el Directorio se encontraba dispuesto á realizar una entrevista con el Comité Colorado en la forma indicada.

Por su lado reunióse el Comité Ejecutivo del Partido Colorado, bajo la presidencia del doctor Williman. Asistieron 25 miembros. El doctor Eduardo Acevedo, en nombre de la delegación del Comité Comercial manifestó el resultado de su entrevista con el Presidente de la República. Después de mociones muy radicales que presentaron el diputado Tiscornia y don Antonio Bachini, presentó otra

moción menos dura el doctor Cuñarro, aprobándose esta última. Esta moción decía que el Comité Colorado consentía en oir proposiciones de arreglo, siempre que el Directorio nacionalista concretara bases.

Los miembros del Directorio nacionalista reuniéronse en seguida con objeto de tomar en consideración la comunicación pasada por el Comité Ejecutivo del Partido Colorado á la Comisión del Comercio en favor de la paz, y que interpretaba, en términos corteses, la moción del doctor Cuñarro. Después de breve deliberación el Directorio acordó pasar la siguiente nota al más activo y empeñoso intermediario en los asuntos de paz:

« Montevideo, 13 de Enero de 1904. — *Señor Presidente de la Comisión del Comercio, doctor Eduardo Acevedo.* — Distinguido señor: — Tuvo usted á bien comunicarme anoche que el Comité Ejecutivo del partido colorado, había también aceptado la interposición patriótica de la Comisión del Comercio, para un arreglo de paz, expresando como trámite previo á todo cambio de ideas con el Directorio, que éste presente sus bases para la pacificación del país.

Enterado el Directorio de esa comunicación, me ha encargado que manifieste á usted, que la exigencia ó pedido del Comité del Partido Colorado envuelve un desconocimiento de la índole y del alcance de los trabajos iniciados por la Comisión del Comercio, y aceptadas por el Centro que tengo el honor de presidir. De lo que se trata, no es de proponer un arreglo, como desde luego parece entenderlo el Comité Colorado, sino de realizar un acercamiento amistoso entre los representantes de los partidos, para buscar primero, y prestigiar después, con franqueza y altura, bajo la inspiración del patriotismo, una fórmula de paz que evite ó detenga en sus comienzos la guerra civil. Esto, únicamente esto, es lo que ha propuesto la Comisión del Comercio, y esto también es lo que ha aceptado y está dispuesto á aceptar el Directorio del Partido Nacional. Por consiguiente, lamenta no poder acceder á lo que pretende el Comité del Partido Colorado. Reitero á usted las seguridades de mi consideración y aprecio. — ALFREDO VÁZQUEZ ACEVEDO, Segundo Vicepresidente. — *Jacinto D. Durán*, Secretario. »

Esta nota produjo la natural consternación. Era evidente, que las dificultades se acumulaban, cada vez mayores y más serias, en el camino de la paz. Los momentos solemnes y angustiosos, no daban lugar á discusiones prolijas y escolásticas sobre los detalles de la gestión. Y en vez de encaminarse derechamente al fondo del asunto, los partidss se entretenían en discutir *tiquis miquis* de forma. Perdían el tiempo en debatir cuestiones de etiqueta y el alcance de gestiones, que respondían, en realidad, á un anhelo supremo de todo el país. La paz sólo podía basarse en el sincero anhelo de realizarla inmediatamente, venciendo, *bona fide,* los últimos obstáculos. Lo que la pública opinión exigía de los Directorios de ambos partidos, era un arranque desinteresado y patriótico; por desgracia no encontró más que reticencias y recelos...

Volvió á reunirse por su parte el Comité Ejecutivo del Partido Colorado con el objeto de tomar en consideración la nota anterior, de cuyos términos se le había dado conocimiento. El referido comité contestó por medio de una comunicación enviada al señor Mañé, como presidente de la Comisión del Comercio, haciéndole saber la siguiente resolución adoptada por gran mayoría de votos:

« El Comité Ejecutivo del Partido Colorado, al aceptar complacido la patriótica mediación de los delegados del comercio, entendía, que el Directorio Nacionalista estaba dispuesto á proponer bases para una paz institucional y estable á

nombre de los que se han levantado en armas contra la legalidad, y que se aseguraba el bienestar de la República, único anhelo del Partido Colorado; pero, resultando de la contestación que esa digna Comisión nos envía, la negativa del Directorio para proponer cualquier base de arreglo, este Comité da por terminada la actual gestión, entendiendo que no puede en estos momentos solemnes, distraer la atención de sus correligionarios, sin grandes peligros para la solidaridad de la defensa de las instituciones y del orden».

Renuncia del Ministro de Hacienda

El fracaso de las gestiones de pacificación motivó la renuncia del Ministro de Hacienda doctor Martín C. Martínez, que había intervenido directa y empeñosamente en esas gestiones. He aquí la nota que ese ciudadano elevó al Presidente de la República:

«El desistimiento de las negociaciones de pacificación que he gestionado, á mérito de las razones que son del dominio público, y que yo no comparto por más que las respete y me dé cuenta de la complejidad y de las dificultades de la situación creada al gobierno de Vuestra Excelencia, me obliga á elevar la renuncia del cargo de secretario de Estado, con que fuí honrado al principio de esta administración. Al hacerlo, formulo votos fervientes por que, con el concurso de otros ciudadanos más felices que yo, pueda Vuestra Excelencia evitar, como sé que son sus vivos anhelos, que el desastre de la guerra, reemplace á los progresos institucionales y materiales que el país se prometía de las condiciones eminentes de su primer magistrado, aquilatadas día por día por los que hemos tenido el honor de ser llamados á sus consejos. Profundamente agradecido á las atenciones de que Vuestra Excelencia me ha colmado, lo saluda con su mayor respeto y su más alta estimación. —M. C. MARTÍNEZ.


DOCTOR MARTÍN C. MARTÍNEZ

La minoría nacionalista

Tres miembros importantes de la minoría nacionalista, los señores Jeremías Olivera, doctor Martín Aguirre y doctor Alfredo Vidal y Fuentes se habían negado á firmar el manifiesto que aquella fracción del partido nacional acababa de dar á la publicidad y de que ya nos hemos ocupado en el capítulo anterior. Á pesar de esa eliminación de valiosísimos concursos, la junta directiva de la minoría del partido nacional seguía trabajando en sesión permanente, desplegando la mayor actividad.

Entre las primeras resoluciones adoptadas se acordó nombrar una delegación para entrevistarse con el coronel Pampillón, que se encontraba detenido por orden superior en el cuartel del batallón 4.º de cazadores.

«El resultado de la conferencia —(decía *El Nacional*, órgano de la minoría)— fué altamente satisfactorio á los bien entendidos intereses del orden institucional.

«No nos es dado por el momento ampliar noticias al respecto, (agregaba), porque el coronel Pampillón se ha reservado hablar cuando recobre su libertad, pero sí diremos que este jefe ha sido sorprendido por el actual movimiento armado, y ha manifestado su perfecta conformidad con el manifiesto que acaba de dar la junta directiva del partido nacionalista.

« Entre sus firmantes, dijo, están mis verdaderos amigos, los que siempre se han encontrado en la causa del bien y en la acción defendiendo los intereses del partido y de la patria. No estoy dispuesto á fomentar malones de indios, y sólo tomaré parte en revoluciones reclamadas por la conciencia pública, y que el pueblo entero y mi partido prestigien concurriendo á ellas directa ó indirectamente ».

Después de oir al coronel Pampillón, la delegación de la junta directiva se entrevistó con el presidente de la República, hablando extensamente sobre el particular y prometiendo éste que cesaría la detención del citado jefe, acordándole la libertad.

Efectivamente: al siguiente día recuperó su libertad el coronel Pampillón. El doctor Duvimioso Terra se había encargado de gestionarla ante el presidente de la República, responsabilizándose por la prescindencia del jefe nacionalista en los sucesos de actualidad.


CORONEL JOSÉ M. PAMPILLÓN, JEFE NACIONALISTA

Este visitó inmediatamente al presidente de la República para agradecerle su libertad.

« La entrevista fué cordialísima. El jefe nacionalista hizo suyas ante el primer magistrado las declaraciones contenidas en el manifiesto que últimamente publicó la minoría de su partido al constituirse en junta directiva del mismo. Significó asimismo el coronel Pampillón que se hallaba en completo desacuerdo con las ideas y tendencias de Aparicio Saravia, á quien trató, hablando con Su Excelencia de « ese mozo Saravia » (1).

Los jefes nacionalistas Pampillón y Mena conjuntamente con otros que figuraban en el círculo disidente del partido, anunciaron que darían á la publicidad un manifiesto aconsejando á sus correligionarios que no tomaran las armas en la contienda.

El 12 de Enero, *El Nacional* anunció que mientras durase el estado anormal de guerra, dejaría de publicarse. Se retiró al mismo tiempo de la dirección y redacción de *El Siglo* y *La Razón* el doctor Juan Andrés Ramírez.

El doctor Luis Alberto de Herrera elevó renuncia del cargo de secretario de la Legación en Estados Unidos de Norte América. Los términos de esa renuncia fueron considerados insólitos por el Gobierno y motivaron el inmediato arresto del joven diplomático que permaneció detenido varios días en la Jefatura, escapándose más tarde para Buenos Aires.

La intervención argentina

Un artículo, si no ofensivo, cuando menos chocante, de un diario bonaerense, predicando la necesidad de una enérgica intervención argentina en nuestras cosas, dió como resultado que la suspicacia de la opinión atribuyera al gobierno del general Roca el secreto propósito de meter baza en nuestros asuntos internos, haciendo valer los derechos de buena vecindad y la suprema razón del decoro americano.

Esta versión se generalizó tanto en los primeros días de Enero, que llegó á

(1) *Diario Nuevo*, Enero 8.

ser tomada muy en serio por personas caracterizadas, y los comentarios llegaron á tal punto que el representante de la República Argentina entre nosotros se creyó en la obligación de desautorizarlos de una vez por todas.

Al efecto, hizo el doctor Mariano Demaría una visita al ministro de Relaciones Exteriores doctor Romeu, y refiriéndose á las versiones circulantes de una probable ingerencia de la república hermana en los asuntos internos del Uruguay, afirmó en términos categóricos el firme propósito del gobierno argentino de no inmiscuirse para nada.

Esta declaración la hizo el doctor Demaría á nombre del gobierno que representaba, manifestando que estaba en cierto modo autorizado por el general Roca para garantizar la imparcialidad más absoluta de parte de la Argentina y su firme propósito de no intervenir en nuestras luchas civiles.

El doctor Demaría agregó, que tan sólo en un caso el gobierno argentino intervendría en los asuntos uruguayos: en el caso de que la República Oriental se viera envuelta en un conflicto con una nacionalidad extranjera. En ese caso la Argentina intervendría con el solo objeto de poner su fuerza y su prestigio internacional, en defensa de la soberanía é integridad de la nación hermana.

El ministro doctor Romeu agradeció en nombre del gobierno uruguayo las espontáneas manifestaciones del ministro argentino.

Por otra parte el gobierno argentino resolvía establecer una vigilancia especial en las costas entrerrianas para evitar posibles violaciones de la neutralidad. Al mismo tiempo hacía saber á los orientales residentes en la Argentina que ocupaban cargos públicos, que les quedaba absolutamente prohibido mezclarse en la contienda abierta, bajo pena de pérdida de empleo.

Neutralidad de los países vecinos

El día 9 de Enero, el secretario de la legación argentina visitaba al presidente de la República para comunicarle á nombre de su gobierno que la neutralidad absoluta de la República Argentina en las actuales circunstancias, se pondría de manifiesto brevemente, pues al efecto se habían tomado todas las medidas del caso.

Por su parte, el dia 4 de Enero el ministro de Relaciones Exteriores del Brasil aseguraba á nuestro representante en Río que obtendría en seguida del Presidente de la República medidas eficaces de neutralidad. El diputado ríograndense Casiano de Nascimento telegrafiaba al Presidente de Río Grande lo siguiente: « Urge honrar nuestra palabra comprometida, recomendando absoluta neutralidad á los elementos ríograndenses en los asuntos orientales. »

A este despacho contestaba el Presidente de Río Grande con este otro: « Tengo hechas á la frontera recomendaciones. Ahora las reitero. Podéis asegurar neutralidad completa. »

El Presidente del Estado de Río Grande recomendaba con fecha 6 de Enero á las autoridades de su dependencia la más absoluta neutralidad respecto al movimiento revolucionario estallado en el Uruguay. Decía el despacho:

« El Gobierno brasileño tomó medidas por el ministerio de la Guerra, transmitiéndose órdenes de refuerzo y disposiciones severas á las guarniciones de la frontera. Indíquense los puntos de la frontera sospechosos ».

El dia 3 de Enero de mañana fué detenido en Melilla un grupo formado por unas 25 personas de filiación nacionalista, que se dirigían al interior, unos á caballo y otros en carruaje. La policía les secuestró algunos fusiles y 3.500 tiros. Formaban parte de ese grupo los señores doctor Arturo Berro, Elbio Alonso, Guillermo Clulow, Rosendo Pérez, Segundo Viaña, Plácido Barrios, Máximo Silva, Luis Galeano, Víctor Figueira, José Puchinessa, Emilio Casabal, José Risso, Mario Piñeiro, José P. Vázquez, José P. Riera, Felipe Riera, Jacinto Galurgo, Justino Melo, Ricardo Golpe Vircoso, Gervasio Rodríguez y Carmelo Velázquez.

El caso del diputado Berro

El Poder Ejecutivo comunicó inmediatamente el hecho á la Cámara de Representantes, manifestando que, «según la información sumaria que la Policía estaba practicando y que en breve tiempo sería elevada á la Cámara de Representantes de acuerdo con lo que prescribe el artículo 50 de la Constitución de la República, el señor diputado doctor don Arturo Berro había sido detenido con las demás personas que le acompañaban á altas horas de la noche llevando en su poder carabinas rémingtons, máusers, revólveres, municiones, recados, etc.».


DOCTOR ARTURO BERRO

Y agregaba:

«Esos antecedentes, de tanta significación en las actuales circunstancias políticas, que por si solo demuestran el delito cometido por el diputado doctor don Arturo Berro, quedarán confirmados hasta por las declaraciones prestadas por algunos de sus compañeros detenidos en la Policía».

La Cámara de Diputados se reunió esa misma noche para tratar del Mensaje, pero no pudo constituir *quorum*. Al día siguiente volvió á reunirse, aprobando sin debate un informe de la Comisión de Negocios Constitucionales que disponía:

Primero: Aconsejar á la Cámara que pasara una minuta de comunicación al Ejecutivo, pidiéndole pusiera á su disposición al miembro aprehendido, doctor Arturo Berro, diputado por el departamento de Montevideo. Segundo: Autorizar á la mesa para que nombrara una comisión compuesta de siete diputados, que debería instruir el sumario respectivo y aconsejar la resolución que juzgara conveniente.

La presidencia nombró para componer la Comisión sumariante á los señores Angel Floro Costa, Ros, Aguirre, Guillot, Cuñarro, Varela y Herrero y Espinosa. Esa Comisión especial dió comienzo á su cometido apenas el Poder Ejecutivo puso al preso á disposición de la Cámara de Representantes. La Comisión nombró presidente al doctor Angel Floro Costa y secretario al doctor Benito M. Cuñarro. En seguida dispuso tomar declaración al doctor Berro, preguntándole el motivo de su incorporación al grupo sorprendido, de índole indiscutiblemente revolucionaria. Berro contestó que su propósito era ir hasta Las Piedras para radicarse allí por el momento, pues consideraba que dados los sucesos que se estaban desarrollando podía ser necesaria en aquel paraje su presencia como facultativo y cirujano.

Después de prestar declaración, fué conducido nuevamente al alojamiento donde se encontraba detenido. El juez de instrucción tomó declaración á veinte individuos que fueron detenidos en Villa Colón en circunstancias que acompañaban al doctor Berro.

Estas declaraciones fueron pasadas á conocimiento de la Comisión Especial de la Cámara de Representantes, encargada de instaurar el sumario de Berro.

La Comisión sumariante del diputado Arturo Berro no pudo arribar á un acuerdo por divergencia de opiniones. Presentó dos informes: uno de la mayoría y otro de la minoría.

La Comisión en mayoría aconsejaba el desafuero del señor Berro y su sometimiento á la justicia, por estar probado el atentado á los poderes constitucionales.

El 14 de Enero la Cámara de Diputados trató dicho informe tomando parte en el debate el diputado Martín Aguirre que se produjo en contra, y el diputado Areco que se manifestó en pró. No pudo sancionarse lo aconsejado por la Comisión, en virtud de haberse originado un grave incidente entre los representantes Fajardo, Areco, Rodríguez, Milans, Zabaleta y otros. El incidente fué originado por el primero, al expresar que no sabia qué motivos *incónfesables* tenía la Cámara, para apresurar la discusión de este asunto Areco apostrofó á Fajardo y el doctor Gregorio Rodríguez agregó que no reconocía autoridad política ni moral en Fajardo para prejuzgar sobre los actos de la Cámara. En medio de la mayor confusión, el presidente dió por terminado el acto.

Al día siguiente, la Cámara de Diputados continuó tratando el desafuero del diputado Berro. La discusión fué moderada, interviniendo en ella los diputados Rodríguez, Varela, Riestra, Costa, Ros, Aguirre y otros. Dado por suficientemente discutido el punto, procedióse á la votación del proyecto de la Comisión de Asuntos Constitucionales, aconsejando el desafuero del doctor Berro, y quedó aprobado por 41 votos contra 10.

Votaron por la negativa los diputados Segundo, López, Aguirre, Orique, Ros, Imas, Albístur, Herrero y Espinosa, Pereda y Fajardo.

El caso del diputado García

La Cámara de Representantes se declaró el 11 de Enero en sesión permanente, para resolver el caso del diputado Bernardo García. Después de un interesante debate fué aprobado por 37 votos contra 7, el informe presentado por la Comisión Especial, encargada de dictaminar sobre el mensaje del Poder Ejecutivo, dando cuenta de que el diputado García tomaba parte en la rebelión contra los poderes públicos.

La Comisión Especial, fundándose en el artículo 52 de la Constitución, aconsejaba: primero, que se declarase cesante al señor Bernardo García de su cargo de representante del departamento de Canelones, y segundo, que por secretaría se convocara al suplente respectivo.

Votaron en contra los diputados Aguirre, Vellozo, Riestra, Orique, Imas, Brito del Pino nacionalistas, y Fajardo, colorado.

La Comisión de Auxilios

El 8 de Enero tomó el Gobierno una de las disposiciones más acertadas, que se dictaron durante la revolución. Por el ministerio de la Guerra se expidió un decreto constituyendo en Montevideo una Junta Central de Auxilios, compuesta de los señores José Antonio Ferreyra, doctor Pedro Figari, doctor Gregorio L. Rodríguez, doctor Luis Piñeyro del Campo, doctor Serapio del Castillo, doctor Juan Blengio Rocca, Juan Deam-

brosis, doctor Laudelino Vázquez, doctor José Pedro Massera, Laureano Brito, doctor Domingo Agustini y Alberto Gómez Folle, que debía tener á su cargo la completa organización de los auxilios de sanidad, para cuyo fin se le acordaban plenas facultades.

En el Club Uruguay se reunió dicha Junta Central, quedando constituída la Comisión en la forma siguiente: presidente, Pedro Figari; secretarios: Serapio del Castillo, Juan Blengio Rocca y José P. Massera; tesoreros, Domingo B. Agustini y Juan Deambrosis; vocales, Luis Piñeiro del Campo, Gregorio L. Rodríguez, José A. Ferreira, Alberto Gómez Folle, Laureano B. Brito y Laudelino Vázquez (hijo).

A la primera sesión de la Junta de Auxilios, asistieron los cirujanos señores Navarro, Quintela, Velasco, Mondino, Lorenzo, Morquio, Scoseria, Harán, Brito Foresti y Turenne, algunos de los cuales cambiaron ideas con los miembros de la Junta, asesorándola en la parte técnica. El doctor Navarro propuso que las expediciones, al salir, llevaran como distintivo una cruz colorada sobre fondo blanco, dentro de un círculo color celeste. El Comité aceptó la idea.

Se tomó nota, además, del ofrecimiento que hizo la Comisión directiva del Ateneo, cediendo sus salones para lo que se creyere conveniente utilizarlos. La Sociedad « Cristóbal Colón » también comunicó que estaba dispuesta á socorrer á los heridos que resultaran de la guerra así como á las familias de los que fallecieran en los campos de batalla. Ofrecía además, la citada institución un parque para materiales de curación.

Se resolvió dirigir un llamado al pueblo á fin de que concurriera á la obra con donaciones en dinero, ropas y materiales de curación, donativos que serían documentados, en seguida de recibidos.

Capítulo III

MANSAVILLAGRA, ILLESCAS Y LAS CONCHAS

SUMARIO: — Mansavillagra. — Illescas. — Un relato de herido. — Versión de un corresponsal. — Combate de Mansavillagra. — Herida de Nepomuceno Saravia. — Fin del combate. — Los primeros heridos. — La manguera trágica. — Saravia en Illescas. — El parque revolucionario. — Apreciaciones sobre el sesegundo combate. — Relato de un revolucionario. — Más detalles. — Retirada de Saravia. — Combate de las Conchas. — Relato de un "pasado". — Saravia en Melo. — La división de Flores. — Partida de Muniz. — Ejército del Norte. — La dispersión nacionalista. — Acción de Centurión. — Noticias optimistas. — Una "plancha". — Aumenta el optimismo. — En el exterior. — La "sentada" de Saravia. — Informes oficiosos. — Sorpresa del Bañado de Rocha. — Expedición Cabrera. — Acción de Arazatí. — El Arazatí en peligro. — El capitán Canto. — Nuevos encuentros. — Comentarios de "La Nación". — Los heridos gubernistas. — Los heridos revolucionarios. — El auxilio argentino y brasileño. — Estado de la campaña. — Entereza presidencial. — Corrida al Banco de la República. — Los diputados inasistentes. — En el Senado. — Los "minoristas". — Neutralidad brasileña. — Neutralidad argentina. — Propaganda por la paz. — Disposiciones militares. — En el litoral. — Otras noticias. — Situación de Montevideo. — La fiebre del embuste.

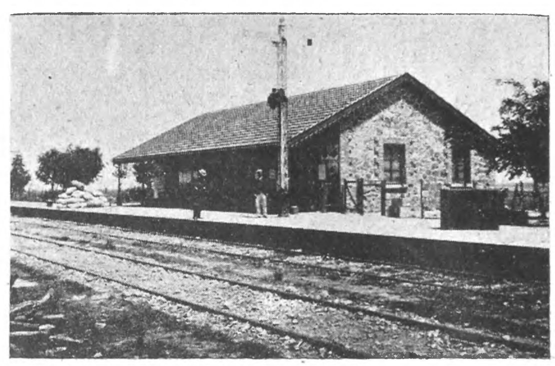
Mansavillagra

Como dejamos explicado en el capítulo anterior, Aparicio Saravia se engolosinó con la persecución del general Muniz, y al frente de un ejército que en realidad no era más que una horda de gente desarmada, desprovista de municiones y de la más elemental organización, llegó hasta las proximidades de Mansavillagra, donde su adversario, dueño de la comunicación ferroviaria, podía en pocas horas duplicar y hasta triplicar el efectivo de su ejército, recibiendo continuamente toda clase de recursos. Antes de que Muniz llegara á la altura de Nico Pérez, el gobierno, avisado del número de las fuerzas revolucionarias, había iniciado el envío de tropas, caballadas y pertrechos bélicos. Con su retirada, Muniz aseguraba indudables ventajas para el próximo combate, mientras que Saravia, distanciándose cada vez más de Abelardo Márquez, que venía desde Rivera trayendo, en pesado convoy, las pocas armas y municiones depositadas en la frontera, cometía un evidente error de táctica, solamente explicable, por la ciega fe que el jefe revolucionario tuvo siempre en su estrella y la plena confianza que puso en todo tiempo, en el denuedo de sus milicias (1).

(1) Es versión general entre los que acompañaron á Saravia desde Melo, que algunos de sus principales tenientes le advirtieron sobre los peligros que entrañaba la persecución á Muniz, tal como se estaba efectuando. Juan José Muñoz, entre otros, opinaba que la persecución debía terminar en las sierras de Sosa, y que mientras Muniz se replegaba sobre Mansavillagra, el ejército revolucionario debía replegarse á su vez sobre el Zapallar, para organizarse debidamente y esperar las armas que traería Márquez. Mientras tanto, en la

Al aclarar el día 14 de Enero, el general Muniz envió un lacónico despacho, concebido poco más ó menos en estos términos: «En este momento monto á caballo, y confío llevar por delante al enemigo hasta la frontera». El día anterior, el general gubernista había hecho todos los preparativos para iniciar la acción al amanecer. Pidió al gobierno que todos los refuerzos que no pudieran llegar hasta las dos de la mañana no le fueran enviados. Las últimas fuerzas de la expedición de la Colonia llegaron á Mansavillagra á media noche y el coronel Tezanos que iba á su frente, recibió la orden de esperar allí los trenes con las caballadas que debían llegar en seguida.

A las diez de la mañana supo el gobierno que las fuerzas de Muniz habían iniciado el avance y que, poco después, se había levantado rápidamente el campamento de Mansevillagra para seguir al general Muniz.



ESTACIÓN MANSEVILLAGRA

Un par de horas más tarde las fuerzas del coronel Tezanos, apenas recibidos los caballos, habían seguido el mismo rumbo y la estación Mansavillagra quedaba completamente abandonada.

Desde entonces las noticias fueron completamente vagas é inciertas.

A las 6 de la tarde comunicaba el telegrafista de Mansavillagra que Muniz marchaba ocho leguas más allá, en persecución de Saravia, dato éste que le acababa de dar una persona de la vía del ferrocarril, y agregaba que en el choque entre los dos ejércitos había habido número considerable de bajas de una y otra parte.

El telégrafo se interrumpió después y no se tuvieron más noticias que las que llevaron los heridos llegados esa noche á las doce. Estos fueron de los que cayeron en las primeras guerrillas hasta las diez de la mañana.

Después de esas primeras guerrillas toda la línea gubernista avanzó, iniciando una tenaz persecución, pero cuando se había adelantado un par de leguas, el

Capital produciría el natural efecto moral la no prevista retirada de Muniz y se alejaría por dos ó tres semanas la posibilidad de una batalla definitiva, dándose tiempo así, para que se produjeran nuevas é importantes incorporaciones. Saravia no atendió este consejo basado en la prudencia y se precipitó en las fauces del lobo.

Saravia se engañó completamente respecto á la moral del ejército de Muniz. Creyó siempre que las fuerzas gubernistas, lejos de resistir al empuje de los revolucionarios, continuarían después del próximo encuentro, replegándose sobre la Capital. Y tan seguro estaba de que la batalla era inevitable y de que sería suyo el triunfo, que la víspera de la acción de Mansavillagra, dictó en Nico Pérez la siguiente orden del día, previniendo posibles desmanes de su gente, en la hora trágica de la persecución:

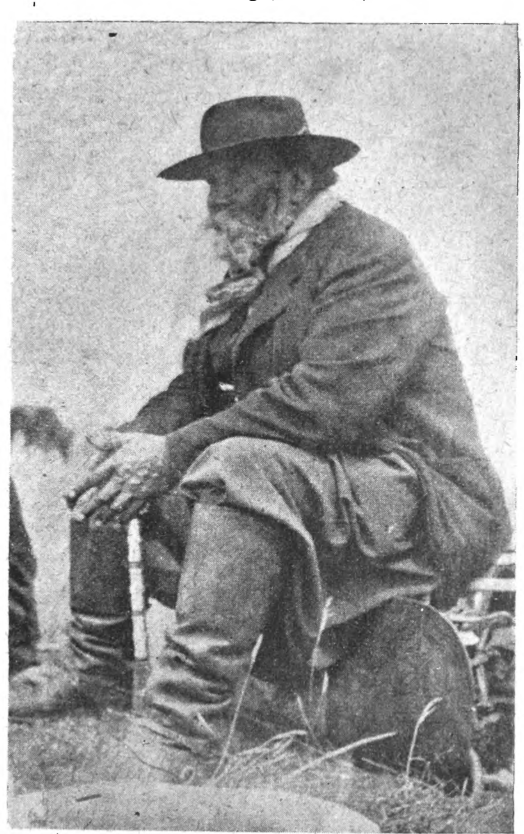
«Enero 14.—Por orden del General en Jefe del ejército revolucionario se hace saber lo siguiente: que todo el que cometa un asesinato, un robo ó una tropelía con los vecinos, ó que se ensañe con los heridos del enemigo ó asesine á los vencidos, será pasado por las armas después de formársele un consejo de guerra.—Por el General en Jefe—*El Secretario.*»

general Muniz dispuso que cesara el avance y la vanguardia se replegase sobre el grueso de las fuerzas.

Aunque el tiroteo no duró más que un par de horas, resultó bastante mortífero para los insurrectos. Se calculaba en más de cien las bajas producidas entre ellos.

Sólo en una casa perdida en el extremo de la línea, tomada por la división de Basilisio Saravia, y perteneciente á un señor Fábrega, italiano, se habían atendido catorce heridos de los insurrectos.— Quien hizo de practicante con aquellos desventurados, según testimonio de los dueños de la casa, fué el propio Francisco Saravia, jefe de las fuerzas insurrectas que entraron en pelea.

Las bajas de las fuerzas legales fueron relativamente insignificantes.


JUSTINO MUNIZ, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DEL SUR

Illescas

El teniente Timoteo Ojeda, ayudante del 6.º de caballería, caído el 15 á las 10 de la mañana en lo más recio de la guerrilla, dió, al llegar al Hospital, los primeros informes circunstanciados sobre la batalla de Illescas. Comenzó por confirmar que el primer encuentro del día 14, había sido un verdadero descalabro para la vanguardia de Saravia, que se retiró precipitadamente y desbandada con más de cien bajas, y que en las casas que durante la acción ocuparon las líneas insurrectas, fueron asistidos docenas de heridos. Muchísimos muertos quedaron abandonados sobre el campo de batalla.

El teniente Ojeda relató así el encuentro de Illescas (día 15):

«El 14 por la noche acampamos con los caballos ensillados y enfrenados, sentados encima de los cojinillos. Aunque durante el día no habíamos comido, esa noche tampoco comimos por no encender fuego. Todas las órdenes estaban dadas para ponerse en movimiento á las dos de la mañana, y como se presentía que iba á haber pelea, la muchachada estaba contenta. Apenas amaneció, nuestra vanguardia se puso en movimiento. Formaban en ella el 2.º y 6.º de caballería conjuntamente con algunas milicias. Todavía no habíamos recorrido media legua, cuando encontramos á vanguardia el ejército insurrecto tendido en guerrilla y ocupando una extensa línea. Aunque aquellas fuerzas parecían muy

superiores á las nuestras, no vacilamos un momento en llevar el ataque. Se inició como consecuencia en toda la larga línea, un violento tiroteo, en cuya parte más intensa nuestras fuerzas avanzaron resueltamente. Durante corto tiempo los insurrectos se mantuvieron en sus puestos; pero la eficacia de nuestro fuego no tardó en hacerlos vacilar. Una hora después, empezaron á retroceder de una manera manifiesta. Montados en sus caballos se alejaron rápidamente, para después avanzar de nuevo algunas cuadras. Repitiendo esta maniobra, en una hora retrocedieron legua y media.

Á eso de las diez de la mañana, la retirada insurrecta se hizo más acentuada. Entonces nuestra línea precipitó su movimiento para provocar la derrota. Y ella no se hizo esperar. Toda la línea enemiga retrocedió á escape, perseguida por el 2.° de caballería. En ese preciso momento caí herido en una pierna. No obstante pude ver el encarnizamiento de la persecución».

El teniente Ojeda no sabía lo que había pasado después de las diez de la mañana, porque fué retirado de la línea hacia Mansavillagra. Pero garantizaba que no sólo la vanguardia del ejército legal continuó la persecución, sino que detrás de ella marchó rápidamente todo el ejército del general Muniz. Agregaba que, según todas las versiones, á la 1 de la tarde del mismo día, había recrudecido enormemente la pelea, pues desde donde él estaba, se oía perfectamente el ruido del cañoneo.

Otro herido gubernista, corroboraba los informes anteriores en un reportaje publicado por *Diario Nuevo*. Según él, al amanecer del día 15 las fuerzas legales advirtieron la proximidad de los revolucionarios y pasado el aviso consiguiente, se tendieron en línea de tiradores las fuerzas del 6.° y del 2.° de caballería de la división de Treinta y Tres, que comandaba Basilisio Saravia. Este, acompañado de los coroneles Braulio Ortiz y Pablo Galarza mandaba en persona las líneas. El enemigo se presentó tendido también en línea de guerrillas que abarcaban una gran extensión. Apenas era dado verlo, pues se parapetó en trincheras naturales, formadas por los pedregales de las sierras de Illescas.

El fuego desde un principio fué recio, notándose, sin embargo, mala calidad en la múnición de los revolucionarios, pues apenas si llegaban los proyectiles hasta las filas gubernistas. Que los engañaba la munición en punto á la distancia que ellos esperaban que recorriera, era evidentísimo...

Las fuerzas legales, penetradas de la ventajosa posición del enemigo, avanzaron para desalojarle; entonces lograron distinguir á los jefes revolucionarios que comandaban las líneas enemigas.

Al acercarse comprendieron los jefes que para desalojar á los insurrectos se hacía menester un refuerzo. Se mandó por él; entre tanto, se pudo ver perfectamente la cantidad de bajas sufridas por los revolucionarios.

Serían las nueve y media cuando llegaron los refuerzos constituídos por un batallón de línea, y una ametralladora cuyo funcionamiento se advirtió inmediatamente, no sólo por el ruido que hasta entonces no se había oído, sino por el efecto que produjo en las filas revolucionarias, pues inmediatamente abandonaron sus posiciones, retirándose en desbandada.

Antes de llegar la ametralladora, el 2.° de caballería cargó hasta entreverarse con los revolucionarios. Esa parte agredida fué la primera en retirarse.

Entre los heridos en una de las salas del Hospital se encontraba el soldado del 2.° regimiento de caballería Gabino Agüero, quien asistió á los encuentros que tuvieron lugar el 14 y el 15 de Enero. Tenía nada menos que quince heridas en el cuerpo. Mala suerte se ensañó con él, pues balas, lanzas, y sables, le agujerearon por todos lados. En la cabeza tenía algunos sablazos, en el pecho una lanzada y un balazo en la mano derecha que le cortó un dedo. El relato de ese testigo puede sintetizarse en estas breves frases. «El 14 salimos temprano de Mansavillagra; al rato de marchar nos encontramos con el enemigo y empezamos á tirotearnos. Estuvimos mucho rato haciendo fuego, hasta que vimos que ellos se retiraban porque no tenían más municiones. Entonces dió la carga á sable todo el 2.° regimiento, *á la cola* de una guerrilla. Las guerrillas enemigas iban en dispersión tratando de escabullirse como podían. Nosotros las alcanzamos y tuvimos que dispersarnos también para poder perseguirlos. Fué un entrevero tremendo. A mí se me había cansado el caballo. Me encontré cortado en medio de tres ó cuatro enemigos. No tenía más que dos tiros de carabina, hice fuego, pero no toqué á ninguno. Entonces saqué el sable; á uno le dí un hachazo en la cabeza, pero en seguida me cayeron encima y me lastimaron más todavía. Entonces me eché á muerto y allí me dejaron los enemigos creyéndome *difunto*».

Un relato de herido

El señor Marcos Arredondo corresponsal de *El Diario* bonaerense, publicó un extenso relato de los combates de Mansavillagra é Illescas. Como se verá sus informes, en cuanto á las fechas sobre todo, contradicen á las versiones oficiosas y á los relatos de los heridos. Pero como son pintorescos é interesantes, juzgamos de nuestro deber darles cabida en estas páginas.

Versión de un corresponsal

He aquí lo que ha relatado el señor Arredondo:

«El combate de Mansavillagra, se inició el día 13 á las 8 a. m., rompiendo el fuego las tropas avanzadas de la revolución al mando de los coroneles Yarza y Juan José Muñoz. (1) Temprano, al alba casi, fué sorprendida la estancia del señor

(1) Estos informes del señor Arredondo están equivocados. Datos que nos suministra el doctor Luis Ponce de León, que estuvo al lado de Saravia durante los combates de Mansavillagra é Illescas, nos permiten aclarar toda duda respecto á las fuerzas revolucionarias que en ambas acciones intervinieron.

El día 14 de Enero, en que se empeñó la acción conocida por «Mansavillagra» tan sólo tomó parte la vanguardia. Entraron sobre la izquierda ochenta hombres de la División Florida, mandados por el coronel Antonio María Fernandez, como jefe superior, y por el mayor Rafael Puentes y los capitanes Fermín Ponce de León, Barreiro y Perdomo, como oficiales de guerrilla.

Por la derecha entró la gente de los comandantes Isidoro Noblia y Antonio Mena, y por el centro la de los hermanos Nepomuceno, Aparicio (hijo), Exaltación y Villanueva Saravia.

También tomó parte en la acción el escuadrón del comandante Juan León, que en aquella fecha formaba en la División 5.ª. de que era jefe el coronel Miguel Aldama.

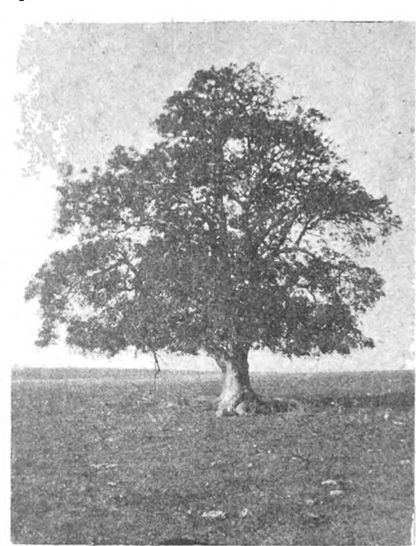
La primera parte de la acción del 15 (Illescas) fué sostenida únicamente por la primera División (Cerro Largo) que tenía al coronel Yarza por jefe superior, formando parte de ella la Urbana de aquel Departamento, y, entre otros, los escuadrones de los comandantes Doroteo Navarrete, Manuel Gilgorry, Zacarías Vaz, Santiago de Anca, Modesto Coito, Francisco Sánchez, José Arosteguy, etc.

Más tarde, doblada ya la División de Cerro Largo, sostuvieron la retirada simultánea ó sucesivamente todas las otras fuerzas de que se disponía, entre ellas las divisiones Florida y Treinta y Tres, el escuadrón del mayor Pedro Puchet, y más tarde la Urbana de Maldonado, mandada por el mayor José María González.

Ambrosio Fábrega, posesionándose estos militares, al frente de 2.500 hombres, de la Cuchilla de la Victoria. En conocimiento de ese dato el general Muniz los dejó avanzar silenciosamente, dando orden que sólo se les contestase á las violentas descargas que hacían, (pero que resultaban inofensivas), con disparos aislados.

«Así se hizo. Cuando los revolucionarios se corrieron en guerrillas que abarcaban un radio de legua y media, el general Muniz, comprendiendo la maniobra envolvente, destacó á los coroneles Galarza, Basilisio Saravia y comandante Ortiz. Estas fuerzas, (2.° y 6.° de Caballería) bajaron sigilosamente hasta las casas de la estancia del señor Fábrega.

«El coronel Galarza, guerrillero temible y suspicaz, dió orden á la tropa para que desmontara. La caballada de los regimientos fué puesta en salvo detrás del edificio, mientras los soldados, casi arrastrándose, fueron á ocultarse detrás de una manguera de piedra, que se utiliza para guardar por la noche la hacienda ovina. Cuando la tropa de línea estuvo en condiciones de hacer frente ventajosamente, el fuego fué violentamente contestado. Los revolucionarios remolinearon; muchos se tiraron del caballo; otros corrieron á guarecerse en mejor posición, iniciándose después, siempre por parte de los saravistas, una contramarcha en dirección á las Piedras Altas, distante seis cuadras de la Cuchilla de la Victoria.



MANSAVILLAGRA.—ÁRBOL BAJO EL CUAL SE GUARECIÓ SARAVIA DURANTE LA PELEA

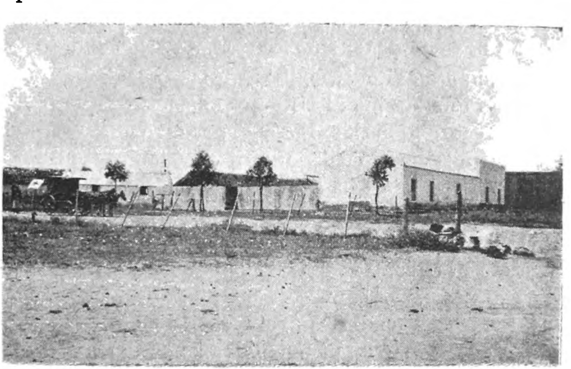
«El coronel Galarza dió orden de que se solicitase el concurso de la artillería. El coronel Buquet, al frente de ella, se presentó con los cañones de 7.5, rápidos, y varias ametralladoras. Iniciado el combate en esta forma, á las 10 de la mañaná sonó el primer disparo de cañón. — Aquello fué imponente. Los cañones, emplazados estratégicamente por el coronel Buquet, fueron certeros en sus disparos desde el comienzo. Al sentirse la detonación, la crestería de la piedra volaba por el aire en una verdadera lluvia de otros tantos proyectiles. Sostenerse allí era humanamente imposible. Al fuego de los cañones se unían, en dirección del flanco derecho, buscando la línea central del enemigo, las ametralladoras del coronel Galarza.

«En treinta minutos de pelea, se vió bien claro que los revolucionarios perdían terreno. Se oyó un toque de clarín y la gente de Muñoz y Yarza se plegó algo hacia el centro del ejército de Saravia. Las fuerzas que componían el grueso revolucionario en número de 7.500 á 8.000 hombres, (cálculo que hacen el señor Fábrega y todos los estancieros de estos parajes), habían acampado á una legua de la acción. El general Saravia asistía á la batalla dominando con el anteojo los pormenores del encuentro. Se supone que fué un ayudante del jefe de la revolución quien transmitió á los coroneles Yarza y Muñoz la orden de abandonar esa posición.

« El general Saravia estaba nervioso; esto lo confirman quienes lo tuvieron por espacio de muchas horas bien cerca. En lo más recio del fuego, estuvo parado al pie de un corpulento ombú, acompañado de su secretario privado, doctor Luis Ponce de León.

« El fuego cesó por parte de Muniz. Los revolucionarios siguieron tiroteando en retirada al coronel Galarza. Tal fué el prólogo de la batalla que había de librarse más tarde y cuyos resultados, bien tristes, por cierto, pueden ratificarse, recorriendo, como acabo de hacerlo con el mismo señor Fábrega, á caballo su campo, convertido en cementerio. En efecto: donde quiera se encaminen los pasos se ven huellas de tierra fresca, recién removida; en algunas partes han sido colocadas las primeras cruces; en otras, no sólo no ha habido tiempo de colocarlas, sino que han quedado muchos cadáveres á medio enterrar. Las haciendas han removido la tierra de muchas fosas y así se explicaba que en nuestra gira encontrásemos, en avanzado estado de descomposición, á flor de tierra, cerca de treinta cuerpos.

Las bajas de Mansavillagra



PUEBLO DE MANSAVILLAGRA

— « No ha sido posible, — me dijo el señor Fábrega, — proceder á la identificación de ninguno. Los muertos han sido encontrados desnudos; parece que los revolucionarios tratan por este medio de que no se les conozca la importancia de las bajas. Cuando cae un jefe ó alguna persona conocida, cuya muerte quieren evitar que se divulgue, le queman la cara, lo desfiguran horriblemente. Hemos enterrado dos cadáveres en estas condiciones.

— « ¿ Qué número de muertos calcula usted ?

— « Con seguridad pueden calcularse en unos 70.

— « Y los heridos ?

— « Sólo en mi casa se han atendido diez del gobierno. Luego, en otras estancias, en casa del señor Angel Borche, se recibieron muchos más, sin contar los que se atendían en la estación, en lo de Abella y en todas las casas de negocio. Por su parte el general Saravia llevaba los suyos en diez carretas. Calculo á los revolucionarios, más bien más que menos, de 100 á 120 heridos. »

« Descrito el prólogo de la batalla y los resultados finales de ésta, en cuanto se relaciona con las bajas hechas, anotemos los datos que reconstruyen las escenas de guerra durante el dia 13 y 14 desde las 2 p. m. del primero hasta las 7 p. m. del segundo.

« Saravia se interna en dirección de los cerros de Illescas, el general Muniz le presenta una línea de fuego que abarca un radio de dos leguas, sostenida por grupos de guerrilleros. Cuando el fuego se hace general en las avanzadas gubernistas, Saravia escalona las mismas fuerzas de Yarza y de Muñoz sobre las cuchillas Negra y Linda, y responde con igual violencia. A las 4 de la tarde cae herido de bala, pero no gravemente como se dijo, el capitán Nepomuceno Saravia, hijo del general, joven de 25 años, alto, trigueño, con fama de muchacho impetuoso y sumamente arrojado. El jefe de la revolución recibe la noticia.

Herida de Nepomuceno Saravia

— « Dónde está herido? — pregunta.

« Le responde el capitán Guersola:

— « En la pierna, general.

« El general Saravia que tenía el caballo de la rienda, montó rápidamente y se encaminó al galope hacia donde se hallaba el capitán.

« Detrás de él iba el joven médico doctor Morelli, distinguido facultativo, que servía á la revolución. Me aseguran que Nepomuceno Saravia, al ver llegar á su padre bastante agitado, le dijo:

— « Vea qué fatalidad! Es en el mismo lugar de la del 97!

« En efecto: la herida recibida por el capitán Saravia, venía á reagravar una dolencia vieja, ocasionada en la revolución pasada, por un tiro de rémington, en la pierna izquierda, á la altura de la rodilla.

« Media hora después el general estaba de nuevo en la línea de batalla. El fuego era nutrido. Las ametralladoras del general Muniz, colocadas sobre un cerro, en paraje fatal para la revolución, funcionaban incesantemente. Al avanzar el general Saravia, para enterarse personalmente de una operación de guerra, le mataron el caballo; éste era un tostado del comandante Muñoz. Llegaron las seis de la tarde y la pelea era siempre más ardorosa. A las 7 de la tarde, anocheciendo ya, atronó los aires un tiro de cañón.

Fin del combate

« La artillería volvía á funcionar. Era que los revolucionarios, echando pecho al suelo, se guarecían en las piedras sueltas de los cerros, separadamente, como obedeciendo á un plan, — y el general Muniz, empeñado en reducir la extensión de la línea, los fogueaba en los extremos y en el centro.

« El fuego duró tres cuartos de hora más y á las 8 de la noche el silencio se hizo general. » (1)

(1) Hemos considerado oportuno completar las informaciones de origen colorado, respecto á los combates de Mansavillagra y de Illescas, con otros datos de origen nacionalista. A un ayudante de Aparicio Saravia pertenece el siguiente relato, interesante y completo en sus detalles:

Día 13. — Las fuerzas del Gobierno, siempre perseguidas por nosotros se retiran en dirección á Mansavillagra pasando por Illescas. Llegamos á esta estación, donde el general y su ayudante mayor Carmelo Cabrera conversan con el jefe. Éste les presenta una capa que dice haber dejado momentos antes el jefe gubernista Ruprecht.

Cerca del anochecer el general manda un movimiento de avance en dirección á Illescas, desplegando la 9.ª división al mando de su jefe, Nepomuceno Saravia. En este momento se oye un fuerte estampido. Es la alcantarilla que está entre Mansevillagra é Illescas que acaba de ser volada. Al anochecer se ordena á la 9.ª división pasar á una legua á retaguardia del sitio donde se había colocado, dejando los fogones y algunas guardias para hacer creer al enemigo en su presencia.

Día 14. — Los exploradores de la extrema vanguardia que al mando de su jefe Antonio María Fernández ha estado en observación del adversario, lleva al general el parte de que

« Mientras tanto, Saravia, reconociéndose inferior, en esos momentos, para presentar una batalla decisiva, levantó campamento, marchando con el grueso del ejército en dirección de las sierras de Illescas.

« Para confundir al general Muniz le empezó á tirotear con las avanzadas á las 10 de la noche. Fué entonces cuando me aseguran que el general Muniz, dirigiéndose á un jefe de su ejército, muy allegado á él, le dijo:

— « Ahora es cuando el hombre se nos quiere perder de vista.

el enemigo en gran número ocupa la estación Mansavillagra y que gran cantidad de trenes han traído gente. Saravia, que en esos momentos está con sus ayudantes Luis Ponce de León, Urtiaga, Ramón Saravia y los jefes Isidoro Noblia, Antonio María Fernández, Carmelo Cabrera, doctor Vicente Berro y teniente Bernardo Rospide, pone en duda la palabra del comandante Fernández y pasando á uno del grupo los gemelos de campaña con los que observa los movimientos del enemigo, les dice: «¡Esa es gente que se nos va, mis amigos!» — á lo que contesta el interpelado: — «A mi me parece todo lo contrario, general. Esa es gente que se nos viene!» — Fastidiado, Saravia insiste: — «Esa es gente que se va y nosotros no debemos ponerlo en duda. El enemigo, para nosotros, se va siempre!»

Dá en seguida la orden de estar en observación y al hacerle notar que la extrema vanguardia está aún sin municiónes, — «No importa — contesta — de todos modos no van á querer pelear!»

Nunca llegué á explicarme si el general estaba realmente convencido de lo que decía, ó hablaba así únicamente para no infundir desaliento en sus compañeros. De cualquier manera hubo de costarnos caro su error, convirtiéndonos de perseguidores en perseguidos.

Momentos después, estando las guerrillas frente á las del enemigo, resulta que éste ha avanzado tanto, que nos hablamos, de línea á línea. Nos llaman repetidas veces. Un soldado nuestro pide permiso al jefe para ir hasta donde están ellos, creyendo pueda ser un parlamentario el que habla. Nuestro jefe se lo concede, haciéndole ver sin embargo el riesgo que corre. El soldado nuestro se acerca al enemigo y le pregunta á gritos: «¿Qué es lo que quieren?» Le contestan con una descarga cerrada que lo hace poner pies en polvorosa.

A las 10 a. m. se inicia el combate. Empezado por la derecha que comanda Isidoro Noblia con 100 hombres, se generaliza en toda la línea en esta forma: Nepomuceno con 400 hombres al centro y á la izquierda Antonio María Fernández. Las guerrillas enemigas vense obligadas á replegarse al grueso, llegando nosotros en esta forma hasta la casa de González, obligando al enemigo á desalojarla. Faltando munición se da orden de retirada, pero como las fuerzas enemigas nos persiguen tenazmente, el general amaga una carga á lanza que contiene al enemigo. A la tarde el general manda aviso al ejército, que está como á cuatro leguas á retaguardia, para que avance, lo que se hace. Se acampa á las 4, entrando de servicio la división Cerro Largo.

Día 15. — Antes de la salida del sol se oyen los primeros tiros. Con sorpresa nos damos cuenta de que el enemigo durante la noche ha hecho un movimiento envolvente por el ala derecha nuestra, encontrándonos por ese lado con gran cantidad de tropas, que nos matan algunos hombres antes de poder montar á caballo. En esos momentos se nos incorpora Bernabé Noblia con 200 hombres y es nombrado 2.° jefe de la división Florida. Nos sostenemos durante dos horas peleando en esta forma: al centro la división Cerro Largo al mando de Enrique Yarza, al flanco derecho Juan José Muñoz y las divisiones Florida y 9.ª, división Treinta y Tres al mando de Pancho Saravia, número 3 al mando de Bernardo Berro y 2.ª al mando de Basilio Muñoz.

Pasado este tiempo, y no pudiendo resistir los fuegos terribles del enemigo, nos retiramos con alguna precipitación. Saravia en persona ayuda á sacar los cajones de munición que están en las carretas que no pueden seguir y con su presencia fortalece el espíritu de la tropa.

A las 12 del día la persecución se hace terriblemente tenaz; nos vemos rodeados por todas partes menos por el frente; seguimos de esta suerte hasta el anochecer en que el enemigo apaga sus fuegos; bien entrada la noche acampamos.

Día 16. — Nos ponemos en marcha dejando al enemigo bastante atrás nuestro; al poco rato el enemigo se pone en contacto con nosotros y nos tirotea débilmente.

A las 8 más ó menos se nos incorporan, entrando en seguida á cubrir la retirada, José González, Abelardo Márquez, Antonio Saavedra, Marin y Aldama, siguiendo de esta forma hasta las Palmas donde el general ordena sostenerse é impedir el paso al enemigo hasta que nosotros hayamos pasado.

« Y uniendo la acción á la palabra, ordenó que se contestara el fuego en la misma forma, mientras él, al frente de su ejército, se le echaba casi encima á Saravia, descubriendo á éste en plena retirada y burlándole, en mucho, como se deduce, su plan. Muniz siguió al ejército *blanco* tiroteándolo incesantemente.

« El general Muniz vistía durante la acción de particular: sombrero orion, traje de saco gris, bota de cuero crudo; á ratos marchaba en breack; á ratos hacía la marcha á caballo.

« Aparicio Saravia vestía todo de blanco; saco blanco y pantalón ídem. En el chambergo llevaba esta inscripción: « Reforma de la Constitución ».

« Usaba reloj y cadena. Del centro de ésta pendía un relicario con el retrato de Lamas.

« Entre la gente conocida que le acompañaba, iban Vicente Berro, Basilio Muñoz, Saturno Irureta Goyena, Villamayor, Cabrera, Carlos Berro, Pedro Berro, Mariano Berro, y varios médicos. Iban también en carácter de ayudante el conocido escritor Javier de Viana ». (1)

Los primeros heridos

El 15 de Enero, á las 4 de la tarde, comenzaron á llegar á Montevideo los heridos de la primera acción. Ingresaron al Hospital el teniente coronel Eladio Gutiérrez, con herida en el tercio inferior de la tibia derecha; Anacleto de los Santos, teniente 1.º del regimiento 6.º de Caballería, con herida de bala en la extremidad inferior del fémur derecho; Alejandro Piriz, soldado del 1.º de Caballería; Angel Cores, soldado distinguido del batallón 5.º de Cazadores; Alberto Lerena, comisario de Lascano, con tres heridas de bala en la mano izquierda.

A las dos de la madrugada, en un segundo convoy, llegaron al Hospital los siguientes heridos: Advíncula San Martín, soldado del 6.º de Caballería; Ladislao Ramírez, soldado del 2.º de Caballería; Francisco Olivera y Navarrete, capitán del Escuadrón Navarrete de Cerro Largo; Ramón Ortiz, división Florida; Timoteo Ojeda, soldado del 6.º de Caballería; Gabino Aguerre, soldado del 2.º de Caballería; Juan Pereira, soldado de la división Florida; Manuel Gómez, soldado del 6.º de Caballería; Isabelino López, sargento primero de la división Florida; Rosario Díaz, soldado de la división Florida; Mario Ascensión, segundo comisario, división de Minas; Julián Ferreyra, soldado de la división Treinta y Tres; Cipriano García, soldado del 6.º de Caballería; Abraham Cabrera, sargento segundo de la división Rocha; y Avelino Lavandera, sargento de la división Florida.

Con objeto de habilitar algunas salas, para dar cabida á otros heridos cuya llegada se anunciaba, fueron trasladados los enfermos de las salas « Fermín Ferreira » y « Bienhechores », á la casa situada en la calle 25 de Mayo, frente al Hospital.

(1) He aquí el lacónico parte oficial que el general Muniz envió al gobierno sobre estos primeros combates:

« Al presidente de la República: — Anteayer, en Mansavillagra, fué completamente derrotado el enemigo. Tomamos tres carretas completas con munición de rémington y 500 caballos. Sigo una persecución tenaz.

« Desde anteayer á hoy se le cuentan más de cien muertos á Saravia y gran cantidad de heridos. El hijo mayor de Aparicio va herido.

« Se ha notado una gran deserción en las filas enemigas, que marchan en desastroso estado de ánimo.

« Abelardo Márquez se incorporó anteanoche. Ayer mandó la línea, mientras Aparicio se retiraba á... Allí está Saravia. Ya siento el tiroteo de la vanguardia.

« Salúdalo. — Las 12 del día 17 ». — *Justino Muniz.*

La sala « San Luis » destinada antes para niños, quedó también habilitada para cirugía. De las demás salas fueron pasados al Asilo de Mendigos y á la Casa de Aislamiento, infinidad de enfermos.

En cuanto á los heridos revolucionarios, muy pocos se pudo recoger en el campo de batalla.

Los pasajeros que llegaban de Nico Pérez insistían mucho sobre los esfuerzos que hacían los insurrectos para ocultar sus bajas. Según parece, había partidas que no tenían otra misión que distribuir los que caían en los ranchos circunvecinos, de donde después se negaban á salir, rehuyendo hasta los auxilios del personal de sanidad, sin contar con que el ejército insurrecto llevaba en sus carros la mayor cantidad posible. La tarea se efectuaba con orden admirable y relativa facilidad, porque se levantaban los heridos á medida que caían, llevándolos inmediatamente hacia el grueso del ejército.


ILLESCAS. — MANGUERA DONDE ESTUVIERON OCULTOS LOS REVOLUCIONARIOS Y QUE FUÉ DESTRUÍDA Á CAÑONAZOS

La manguera trágica

Al retirarse los revolucionarios de Mansavillagra, en una vuelta del ferrocarril que va para Illescas, se peleó la tarde del 14 de una manera formidable. Un grupo de insurrectos se atrincheró detrás de unas grandes mangueras pretendiendo detener el avance de las fuerzas legales. Todo fué inútil; las mangueras fueron destrozadas á cañonazos, produciéndose entre sus defensores una terrible confusión. Diez y ocho insurrectos quedaron muertos dentro de la fatal manguera, que en tremendos boquerones, muestra aún el destrozo que hicieron los artilleros.

El desastre allí sufrido por los insurrectos, precipitó la retirada que se había iniciado en los primeros momentos y la transformó en verdadera fuga.

Los insurrectos iban en desorden, perseguidos por las fuerzas legales, que no se les separaban, tiroteándolos de cerca sin cesar. Los unos, heridos, buscaban un refugio, apartándose del camino; los otros, corridos, separados, ó en cortos grupos, arrojando en muchos casos sus armas, corrían sin rumbo, sin otra preocupación que la de alejarse del campo de batalla.

Mientras se desarrollaba esta primera parte de la acción, Saravia estaba con el grueso de sus fuerzas en Illescas, donde esperaba el resultado de la acción empeñada por su vanguardia.

Saravia en Illescas

Durante las primeras horas de la mañana del día 15, reinaba aún el mayor entusiasmo en aquella parte del ejército revolucionario. Se repetía una frase que se había hecho estribillo desde que Muniz empezó á retirarse sobre Nico Pérez: « Así de á pasito, hasta Montevideo »... — De manera que produjo gran sorpresa cuando se vió llegar á los insurrectos en completo desbande. Ante la inminencia del peligro, Saravia en

persona distribuyó las guerrillas á los costados de la vía, parapetándose en el terraplén. Los vecinos de Illescas vieron desde ese momento al caudillo nacionalista, recorriendo sin cesar la línea y disponiéndolo todo, personalmente, para una lucha desesperada, tratando de resistir á toda costa y prodigándose al extremo de que le voltearan tres caballos en pocos momentos. Pero todos sus esfuerzos fueron impotentes ante el fuego certero de las fuerzas legales.

Cuando entraron en juego las ametralladoras, barriendo el terraplén, el pánico se apoderó de los revolucionarios, iniciándose también allí una precipitada fuga que tuvo que realizarse bajo el acicate del 2.° de caballería que se lanzó á la persecución en medio del fuego.

En un principio circuló la versión de que Saravia había sido herido, pero más tarde súpose que todo se reducía á una rozadura de bala en la caña de la bota.

La acción de Illescas fué sangrienta, pero se redujo, en resumen, á un repliegue constante de las guerrillas revolucionarias. Según versiones recogidas más tarde entre quienes actuaron en el ejército de Saravia durante esos días luctuosos, en el combate de Illescas la revolución contaba escasamente con mil fusiles. Se le ha reprochado al general revolucionario que no reforzara la acción de su vanguardia con el concurso del grueso de su ejército, pero ahora se sabe que el tal grueso de ejército no podía entrar en combate, pues carecía hasta de lanzas... Por otra parte, la provisión de municiones en las avanzadas, se hacía con dificultad, por un detalle que consigna Javier de Viana en su libro *Con divisa blanca*, y que hemos podido corroborar interrogando acerca de ese punto á varios importantes jefes nacionalistas. El parque revolucionario fué colocado en la parte más escarpada é inaccesible de la sierra de Illescas, sierra de poca extensión, pero abrupta y de acceso difícil... Al principio de la acción el parque se hallaba demasiado lejos de las líneas de fuego; al final, cuando se pronunció ya la retirada general, hubo que hacer sacrificio de gente, para impedir que el enemigo se acercara á las tres ó cuatro carretas, que era casi imposible descolgar desde la meseta en que habían sido colocadas!... La defensa del parque, puesto en peligro por la torpeza de sus conductores, fué el trance más duro, para los nacionalistas, en toda la acción de Illescas... Por suerte para ellos, las fuerzas del gobierno no sospecharon jamás, que todos los recursos militares de la revolución estaban atascados entre las piedras y los zanjones de los altos cerros... Según los informes de los mismos jefes nacionalistas, nada habría sido más fácil para el general Muniz que concentrar las energías del ataque sobre la misma sierra y en ese caso los insurrectos no habrían tenido más remedio que abandonar allí la totalidad de su munición... En esas condiciones habría sido imposible á Saravia sostener, como sostuvo, la retirada hasta Melo, sin perder mayor cantidad de hombres.

El parque revolucionario



ILLESCAS.—LA CRUZ ROJA ENTERRANDO MUERTOS DESPUÉS DE LA ACCIÓN

Illescas no fué una gran batalla: apenas fué un combate de guerrillas. Á pesar de su intención de resistir en el primer momento, Saravia comprendió, á poco de comenzada la acción, que la resistencia desesperada equivalía al sacrificio absoluto. Ordenó, por consiguiente, el repliegue de su vanguardia.

Apreciaciones sobre el segundo combate

Corrido el ejército insurrecto del caserío de Illescas trató de parapetarse en las sierras del mismo nombre que se encuentran á poca distancia. En aquellas posiciones, Saravia pudo considerarse poco menos que en situación inexpugnable. Pero no tardaron en estar sobre él los cañones del coronel Buquet, los cuales, con sus disparos certeros, hicieron muy pronto inhabitable el refugio. El ejército insurrecto tuvo que abandonar las nuevas posiciones y con tanta precipitación que dejaron dos carros, los cuales cayeron en poder del ejército del general Muniz.

Un periodista, el señor Arredondo, ha hecho este relato de la acción de Illescas: «Iniciada la retirada de Saravia, el general Justino Muniz — con las fuerzas incorporadas de los coroneles Galarza, Ruprecht y otros jefes adictos á la causa del gobierno, — comenzó la persecución del caudillo blanco, fogueando sin cesar las retaguardias de su ejército. Saravia marchaba á tranco largo, destacando avanzadas á 25 y 40 cuadras de los flancos. El general Muniz llegó á estar á legua y media del grueso del ejército blanco, y fué en el cerro de Illescas, á diez cuadras de la estación del mismo nombre, donde el general blanco echó pie á tierra, tendiendo una nueva línea de guerrillas. El general Muniz comprendió que la pelea debía empezar nuevamente, pero como la posición elegida por Saravia era la más estratégica de las que existen en esas serranías, cambió un poco el rumbo que seguía, procurando la forma de cruzar con sus fuegos, y especialmente con su artillería, la línea central de la columna revolucionaria. El general Saravia no tardó en informarse de estas intenciones y tuvo que distraer gran parte de su ejército en cubrir los pasos avanzados, para contener de esa manera el avance más que posible del enemigo.



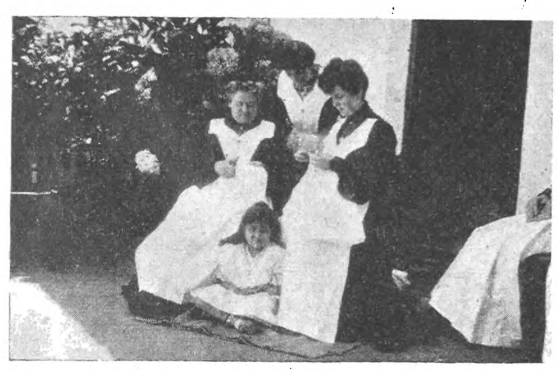
ILLESCAS. — ENTERRANDO MUERTOS

«El combate no tardó en comenzar. Iniciado el tiroteo desde la salida de Mansavillagra, cerro de la Victoria, — posición abandonada por Saravia, — las vanguardias de Muniz fueron tiroteando continuamente á la retaguardia del ejército blanco, logrando desalojarla de las posiciones que ésta iba tomando, y que generalmente elegía dicha retaguardia en las quebradas de las serranías que se levantan sobre el este de la via férrea de Illescas á Nico Pérez. La artillería funcionó varias veces dejando, según se vió después, señales de enormes destrozos.

«El combate del cerro de Illescas fué iniciado reciamente por parte de los dos ejércitos. Las avanzadas de Muniz la formaron, como siempre, Galarza y Basilisio Saravia, situándose los dos jefes á una distancia no mayor de 20 cuadras del primer grupo blanco. Hacia el S. E. emplazó la artillería seis piezas de campaña. A las dos horas de guerrillas generales que no comprometían mayormente

á los dos ejércitos, empezó más seriamente el combate. A las cuatro de la tarde las fuerzas de Saravia abandonaban las posiciones conquistadas en la retirada desde Mansavillagra, dejando bastantes muertos en los campos de la acción. Cuando el combate se hizo general en las dos líneas, podía asegurarse que peleaba el 60 % de los dos ejércitos beligerantes, ocupando el resto las posiciones de la reserva. En una de las últimas guerrillas fué donde Aparicio Saravia recibió un tiro en la caña de la bota, tiro que al perforar el cuero atravesó al caballo que montaba el caudillo, dándole muerte. El general Saravia andaba impartiendo órdenes de retirada á los jefes de la línea, acompañándole en todo esto su secretario el doctor Luis Ponce de León.

«El día de la referencia siguió Saravia con rumbo á Nico Pérez, siempre perseguido por Muniz. He pasado ayer á caballo por estos campos. Por todas partes blanquean los rótulos de los cajones de municiones. Los revolucionarios llevaban sus tiros en latas parecidas á las de kerosene; el ejército legal, en cajones de 200 kilos, rotulados así: «Ministerio Guerra — Montevideo — Tiros Máuser.» Al recorrer el campo he podido notar que la mayor parte de las sepulturas cavadas, lo han sido tan deficientemente y tan á flor de tierra, que las haciendas al pisar sobre ellas han hundido la débil capa de tierra que cubría á los cadáveres, descubriéndolos casi totalmente. La fotografía ha reconstruído en esta forma las escenas que menciono. En Illescas, á tres leguas de la estación, distinguimos un trozo bastante grande de tierra removida; nos acercamos. Estaba plagada de cruces; contamos 26 de éstas. Al mirar con atención ví que había cadáveres casi insepultos. A unos se les veía las manos, á otros la cabeza, á otros el pecho, sin contar á los que estaban casi totalmente fuera.


DAMAS DE LA CRUZ ROJA EN NICO PÉREZ

«Me acerqué á una estancia, dije lo que había visto y el propietario me contestó:

— «Estoy solo; los peones se me han ido. No puedo hacer nada.

«Hablando más, supe por referencia de este señor — el señor Juan Menditaburu — que los venados eran los que habían escarbado los sepulcros y debía ser así, porque más adelante, al divisar tres sepulturas, en cuanto se acercaron á 200 metros nuestros caballos, huyó una legión de estos animales. Donde ven tierra removida escarban.

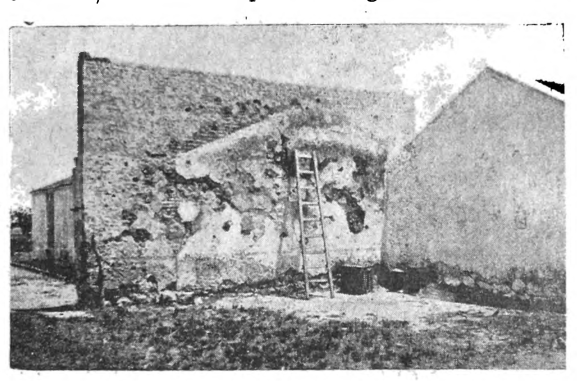
«El campo de la acción de Illescas está sembrado de caballos, novillos y vacas muertos. También hay mucha hacienda ovina perdida. Todo esto, en descomposición, unido á los cadáveres, constituye, en verdad, un horripilante cuadro. Donde quiera que se posen los ojos, hay aperos en el suelo, sacos, kepis, medias, botones, arpilleras, fusiles rotos, sombreros de paisanos, cajas de balas vacías; todo un curioso bazar dejado en abandono.

« En un puesto de la estancia del señor Fábrega, fueron degollados seis heri-

dos sorprendidos ignoro por cual de los beligerantes. Para ello, utilizaron los autores de esta heroica hazaña un pequeño cajón; allí se veían las huellas de la sangre, y las señales de los cuchillos, que se les clavaron, quedando luego en el suelo la huella de la tierra removida al arrastrar los cuerpos.. Han sido sepultados al pie de un ombú y, en cualquier momento podrán ser inhumados si alguien quisiera tomarse la molestia de confirmar esta atroz iniquidad.

« Sobre las tumbas de los muertos de Illescas, acompañado de los estancieros Borgués y Naranjos y del fotógrafo señor José Arce, clavamos treinta cruces fabricadas por nosotros mismos. Llevan esta inscripción: « Batalla de Mansavillagra — *El Diario* y *El Gladiador* de Buenos Aires ».

« He visitado las principales estancias donde se acantonaron tanto en Mansavillagra como en los cerros de Illescas los revolucionarios y los gubernistas. Llevo fotografías de todos esos edificios; muchos han quedado singularmente destrozados. Al acercarnos á la estancia del teniente coronel González, hermano del coronel del mismo nombre, jefe de una de las divisiones blancas, y el hombre de más confianza de Aparicio Saravia, tuve ocasión de ver que en esta casa había funcionado uno de los cantones más importantes, por la topografía del terreno en que se halla. Ocupada por las fuerzas gubernistas — ¡cosas de la guerra! — se peleó seis horas seguidas, sin interrupción, siempre con más ardor, contestándose los fuegos de otro cantón saravista ubicado á cuatro cuadras escasas del edificio que cito! Me informa la familia del señor González que se oían claros los gritos de los dos bandos rivales.



ILLESCAS.— CASA DEL CORONEL GONZÁLEZ DONDE SE ACANTONARON LAS TROPAS DEL GOBIERNO

— « ¡¡ Tiren salvajes!! ¡¡ Tiren no más!!

« Y luego:

— « ¡¡ Viva el partido blanco!! ¡¡ Viva la revolución!!

— « Les oimos clarito, señor, — me dijo una señora. — En cada grito parecía venir un torrente de balas, pegaban en las tejas de la casa, las perforaban, en las ventanas, en las puertas, en todas partes.

— « Y los del gobierno, ¿no gritaban?

— « No, señor. Peleaban callados, avanzando siempre y cayendo siempre también! »

Relato de un revolucionario

Bosquejados ligeramente los combates de Mansavillagra y Cerros de Illescas, con los datos que le fueron proporcionados por vecinos que asistieron al desarrollo de los sangrientos sucesos, el señor Arredondo creyó necesario ceder la palabra á protagonistas de un ejército y otro, á cuyo efecto se trasladó á los hospitales de sangre instalados en Nico Pérez por iniciativa de un grupo de señoras de la localidad.

Su primer reportado es una de las figuras más interesantes de la guerra, y el

jefe á quien Aparicio Saravia, encomendó la misión de batir las vanguardias legales, ó sea la gente de línea mandada por los coroneles gubernistas Galarza y Basilisio Saravia. Al frente de 400 hombres se había desprendido del grueso de la división del coronel González, adelantándose á la columna, con la misión de mantenerse á toda costa distrayendo la atención del enemigo. El teniente coronel Juan María Ferrer, — este es su nombre, — tiene 45 años; es de elevada estatura, delgado, faz apergaminada. Mencionaremos, antes que nada, una verdadera heroicidad: herido de un balazo de máuser en el pecho que perforó totalmente el pulmón derecho, según la afirmación de los médicos, este, valiente, en los momentos de la derrota infligida por las fuerzas del general Muniz á las de su rival Saravia, inició la retirada al frente de su gente, sangrando por el pecho y por la boca.

Así, salvó el trayecto de ocho leguas que separa el lugar donde fué herido, del hospital en que se curó lentamente! Durante el trayecto, dos veces tuvo que hacer alto y dos hemorragias incontenibles, le hicieron vacilar. Sufría crueles dolores y un sudor frío, unido al frío de la sangre que seguía manando débilmente de la herida, le hacía cada vez más imposible la marcha...

El señor Ferrer narró así su actuación en el combate de Illescas:

— « Eran las diez de la mañana cuando el clarín del general Saravia dió toque de atención. Inmediatamente ví que del Estado Mayor del general, distante de nosotros como unas seis cuadras, se separaba un ayudante en nuestra dirección, rápidamente. Supuse que era una orden. Lo era efectivamente.

— « Ordena el general que se presente con su gente el comandante Ferrer.

« Para esto le diré que el fuego era vivísimo. Dos horas hacía que la batalla había comenzado reciamente, tanto de parte de la revolución como de la del gobierno. Se peleaba en una línea que abarcaba de extremo á extremo más de una legua. En las posiciones apenas se distinguía el humo ya muy débil.

« Me presenté. El general Saravia, al pie de un ombú, á quince cuadras, cuando mucho del enemigo, observaba tranquilamente la batalla, mirando con su anteojo de campaña. Lo saludé: me respondió sonriente.

— « Vea, comandante. Es necesario que ocupe usted aquel cerro con toda su gente y me mantenga de todas maneras la posición. Ande ligero...

« No me dijo más.

« Corrí á cumplir la orden. En medio de una lluvia de proyectiles franqueamos la linea de los cerros hasta llegar á donde se nos mandaba. Vuelvo á repetirle que el fuego era muy rudo, tanto como en la memorable jornada de Arbolito. Perdí algunos hombres pero nos clavamos detrás de las piedras del cerro. Era una magnífica posición para distraer, como el general quería, la atención del enemigo, mientras él con la reserva batía los flancos colorados, imposibilitando todo movimiento á las fuerzas del gobierno.

« Tanto peleamos que á las once y cuarto de la mañana habíamos gastado los primeros 25.000 tiros que llevábamos de repuesto. Desgraciadamente el plan comenzaba á fracasar, pues á medida que nosotros fogueábamos los cantones y las guerrillas centrales, la artillería comenzaba á tronar, descrestando las alturas de los cerros con una seguridad terrible. Pedí municiones y envié un parte al general diciéndole que era imposible sostenerse allí, pero que si habia que quedarse fatalmente, no se movería uno solo de mis hombres.

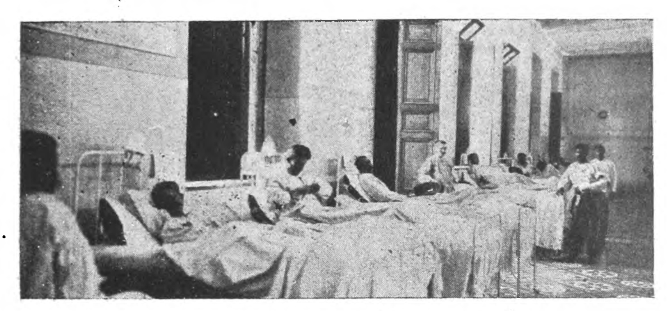
— « Dígale que se sostenga,— me mandó contestar —Ya le envío municiones...

« Al poco rato, treinta minutos más ó menos, me llegaron 30.000 tiros.

« El general comprendió que tenía delante de su ejército á un enemigo poderoso

y ordenado, y entonces optó por la retirada. A las dos de la tarde del día 15, cuando quisimos acordar, se había alejado ya al trote largo, burlando, (relativamente se sobreentiende), al enemigo. Fué entonces cuando resolví mandar avisar á las demás guerrillas avanzadas que retrocedieran para foguearnos con los colorados en retirada.

«Al partir, en los primeros momentos, perdí algunos hombres más. Una hora más tarde, siempre peleando, desde el caballo, me sentí herido en el pecho. Un vómito de sangre me hizo comprender que la bala había interesado el pulmón. Sufría agudos, terribles dolores. Los soldados me quisieron llevar, pero yo que conozco el espíritu de tropa y que sé que cuando falta la voz del que manda falta todo, les dije que no; que había que apurar la retirada pero contestando siempre el fuego. A la distancia oíamos el eco regular de la artillería y notábamos el efecto que causaba al pegar en los muros de los rocales y en los repechos de los cerros. La piedra se partía en mil fragmentos. Una hora más que hubiésemos permanecido allí, habría costado la vida de todos.



EN EL HOSPITAL. — LOS PRIMEROS HERIDOS

«Llegamos á una estancia y solicité agua... Ya no podía más; mis fuerzas flaqueaban: si me hubiera desmontado del caballo, no hubiera podido montar otra vez. Sentía la sangre coagulada y esto me producía frío. La respiración era dolorosísima. Al venir la caída de la tarde, notamos ya muy cerca, á doce ó quince cuadras, á las avanzadas del ejército del general Muniz. Aceleraban nuestra persecución porque se apercibieron que nosotros no éramos el ejército y sólo una pequeña avanzada: seiscientos hombres entre todos. Pero ya era tarde. Nico Pérez se divisaba muy cerca y en media hora más de marcha llegaríamos á él. Los heridos nos separamos de las guerrillas y éstas, apresurando la retirada, siguieron las huellas dejadas por las carretas del general Saravia.

«No he concluído aún. Cuando estábamos á las puertas de Nico Pérez se nos presentó á cinco cuadras una guerrilla colorada; venía á cortarnos la entrada al pueblo. Los vecinos, enterados de que era gente herida la que se acercaba (por nosotros), les hicieron comprender que no nos debían molestar. Fué un triunfo haber logrado convencer á esta gente».

El Día publicó, el 17 de Febrero, la siguiente versión escrita por un soldado, sobre el papel que el 4.° de Cazadores jugó en la batalla de Illescas:

Más detalles

«El día 15 de Enero salimos del campamento de Mansavillagra en persecución de las fuerzas revolucionarias á las que la vanguardia había tiroteado el día anterior.

«Como á media legua del lugar de donde acampamos, se sentía un fuerte tiroteo: la primera compañía, con dos piezas de artillería, salió á media rienda, quedando el 2.° jefe del batallón, mayor Dubra, al mando de éste, yendo con nosotros el coronel Caballero.

Inmediatamente de haber llegado al lugar de la lucha echamos pie á tierra, y mientras que la artillería hacía certeros disparos, la primera compañía, tendida en guerrilla, avanzaba valientemente hacia el enemigo. Al poco rato llegó el resto del batallón, quedando la segunda compañía como refuerzo y la tercera y cuarta como reserva, no entrando ninguna de éstas en pelea por no ser necesario.

«Al poco rato de entrar en fuego, varios compañeros cayeron heridos, y dos muertos. El caballo que montaba el jefe cayó con el vientre atravesado de un balazo, arrastrando en su caída al valiente jefe; acudimos todos á su lado y al preguntarle si estaba herido, nos contestó: «No es nada, muchachos! Viva el 4.° de Cazadores!», ordenando al comandante de la guerrilla, que era el valiente teniente Troncoso, que avanzase, haciéndolo éste así bajo una lluvia de balas.

«Dos descargas cerradas mandadas por el teniente Troncoso, hicieron claro enorme en las filas enemigas, cayendo el jefe de ellos comandante León, que como tal se portó.—Llevaba como ayudante el coronel á los valientes subtenientes Carlos María Arias y Domingo Vera, los que fueron muy elogiados por su brillante comportamiento.



REGIMIENTO 6.° DE CABALLERÍA

«Al ser muerto el caballo del coronel, éste fué herido en una pierna, lo que no impidió á nuestro valiente y querido jefe montar nuevamente en otro caballo.—Duró el fuego cerca de tres horas, haciendo los blancos un verdadero derroche de munición».

Desde las sierras de Illescas, el ejército insurrecto, abandonando la via del ferrocarril, cortó campo con rumbo á las sierras de Sosa, esperando encontrar allí á Abelardo Márquez que traía consigo armas y municiones. Como no lo encontraran, siguieron de largo juzgando inútil atrincherarse en las sierras, dada la escasez de münición disponible.

Retirada de Saravia

Más allá de las sierras de Sosa la persecución del ejército insurrecto se llevó á cabo con encarnizamiento. El día 16 los ejércitos estaban en Sierras Valentinas, ocho leguas más allá de las sierras de Sosa, y el 17 estaban ya en las puntas del Cordobés, á doce ó catorce leguas de las sierras Valentinas.

El jefe del 4.° de cazadores, coronel Caballero, fué herido en uno de los encuentros con la gente de Saravia. La herida fué leve, pues la bala penetró en la bota, rozándole simplemente la rótula. Se le hizo en seguida una rápida cura y aquel jefe continuó al frente de su bizarro batallón.

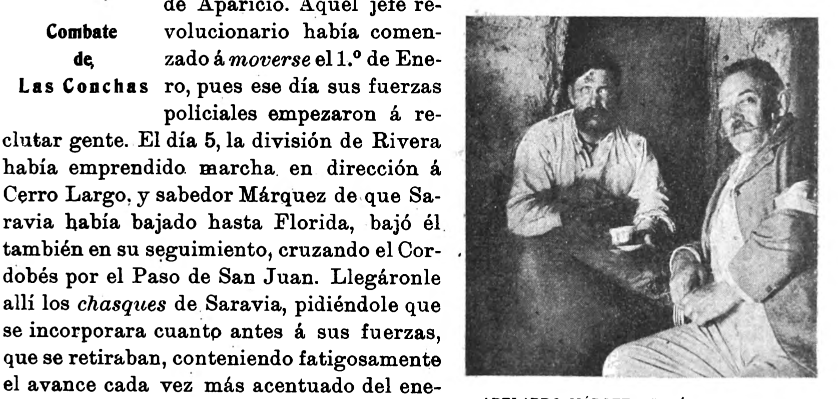
Lo curioso de estos dos combates, es que las fuerzas perseguidoras no tomaron más prisioneros que los cuatro ó cinco heridos encontrados en estancias próximas al campo de batalla. Al principio se creyó en una completa dispersión de las fuerzas nacionalistas, y *El Día* las pintó más de una vez huyendo á la desbandada. Esos datos daban lugar á suponer que el número de prisioneros fuera inmenso. No hubo tal. Tampoco pudo saberse á ciencia cierta el número de bajas revolucionarias. En un principio díjose que los insurrectos habían tenido durante la acción unos doscientos muertos. Aseguróse que en el trayecto de Man-

savillagra á Puntas de Valentín, se habían encontrado, al costado de la vía férrea, 58 muertos y que en el sitio del combate y especialmente entre las sierras, se hallaron muchos cadáveres. Entre unos pedregales, apiñados, halláronse 11 muertos, aparentemente fulminados por una misma granada. Sólo en las Sierras de Sosa, quedaron cuarenta y tantos cadáveres. En cuanto á los heridos, los reportados hablaban de varios cientos, pero después resultó que eran mucho menos de lo que se había afirmado.

Estos triunfos no fueron festejados en Montevideo con dianas y cohetes, como había sido antes costumbre en casos análogos. El presidente señor Batlle y Ordóñez telegrafió, por su parte, al comandante militar del Salto, prohibiéndole en absoluto que festejara el triunfo obtenido por las armas del gobierno, « pues la patria de los orientales, (según decía en su despacho) estaba de luto ».

El día 17, en el paso de Las Conchas del arroyo Las Palmas, (departamento de Durazno), tuvo lugar la incorporación de Abelardo Márquez con las fuerzas de Aparicio. Aquel jefe revolucionario había comenzado á *moverse* el 1.° de Enero, pues ese día sus fuerzas policiales empezaron á reclutar gente. El día 5, la división de Rivera había emprendido marcha en dirección á Cerro Largo, y sabedor Márquez de que Saravia había bajado hasta Florida, bajó él también en su seguimiento, cruzando el Cordobés por el Paso de San Juan. Llegáronle allí los *chasques* de Saravia, pidiéndole que se incorporara cuanto antes á sus fuerzas, que se retiraban, conteniendo fatigosamente el avance cada vez más acentuado del enemigo. Márquez se dirigió á marchas forzadas hacia Las Palmas, y en la madrugada del día 17, el ejército insurrecto recibió el contingente de unos cuatrocientos á quinientos fusiles y de unos cuantos millares de tiros.

Combate de Las Conchas



ABELARDO MÁRQUEZ CURÁNDOSE DE LAS HERIDAS RECIBIDAS EN LAS PALMAS

Al costado Norte del paso Las Conchas, está ubicada, en la cumbre misma de la cuchilla, la estancia de Basilio Muñoz, ampliamente rodeada por un muro alto de piedra, dispuesto en forma de zig-zag. En ese cerco se parapetaron algunas fuerzas revolucionarias mientras otras hacían lo propio en un cerro que se levanta en el otro costado del paso. En una palabra, los insurrectos se hallaban en condiciones de fusilar á mansalva á todo el que pretendiera vadear el arroyo.

El 2.° de caballería mandado por Galarza, lanzó sus exploradores, que fueron recibidos con una descarga cerrada, que produjo muchas bajas.

Las fuerzas legales no podían siquiera ver de donde procedía el fuego. El coronel Galarza reforzó la gente enviada la primera vez, vadeó el arroyo y al pisar la orilla Norte se produjo el primer entrevero; pero fueron rechazadas las fuerzas legales.

En vista de esto el jefe del 2.° de caballería cargó él mismo á sable y los oficiales lo siguieron revólver en mano. Inútil esfuerzo: los revolucionarios, con mejor armamento y más municiones, peleaban con denuedo y defendían palmo á palmo su posición. Entonces el general Muniz mandó retirar á Galarza para

que la artillería funcionara. De inmediato se situaron los cañones á 2.500 metros mandados por el coronel Buquet y rompieron el fuego con bala y metralla. Bastaron unos cuantos disparos para que los nacionalistas abandonaran aquellas posiciones que habían creído hasta cierto punto inexpugnables, y tomaron rumbo á Paso Gordo del Cordobés.

Esta acción principió á las 10 de la mañana, y era la una de la tarde cuando los revolucionarios emprendían la retirada. (1)



CORONEL PABLO GALARZA, JEFE DEL 2.º DE CABALLERÍA

Los vecinos de los alrededores, una vez producido el alejamiento de Saravia, enterraron allí treinta y tantos muertos.

En cuanto á los heridos es difícil calcular la cantidad de los que en ese combate tuvo la revolución: basta saber que utilizados todos los vehículos que pudieron reunir, llevaban los insurrectos una numerosa columna á caballo de los que podían soportar la marcha en esa forma.

Según una versión generalizada en el ejército gubernista, en ese combate recibió el coronel Pablo Galarza una herida de bala, superficial en el costado izquierdo. El valeroso jefe no desmontó siquiera; ocultó el hecho á sus soldados, y se hizo curar en secreto, sin dejar transparentar en los días sucesivos el menor síntoma de dolencia ó de sufrimiento.

Según las referencias que se daban como ciertas, la herida, si no de peligro, habría sido muy dolorosa, y habría tardado mucho en cicatrizarse precisamente por el desprecio que de ella hizo el coronel Galarza.

(1) Cuenta el corresponsal viajero de *La Nación* de Buenos Aires que estuvo incorporado al ejército del general Muniz:

«En esta guerra cruel, donde hay en cada bando padres é hijos y hermanos, los tristes episodios son frecuentísimos y algunos de ellos en extremo conmovedores.

He tenido oportunidad de hablar con el soldado José Juárez, asistente de uno de los oficiales del 6.º de caballería á quien se le pidió me refiriera el episodio en que actuó como protagonista y que dió por resultado la muerte de su propio hermano.

Juárez, es un muchacho joven, podrá tener 23 años, y su exterior es más bien simpático.

Cuando me lo presentaron, quise evitarle el mal trance de referirme el hecho. suponiendo que aquella relación le fuera dolorosa. Un compañero suyo me disuadió:

—Se lo refiere contento! Él cree que han procedido bien...

Y en efecto: Juárez risueño, sin el mayor escrúpulo y con cierta satisfacción, como si se sintiera orgulloso de su acción, me hizo el relato en la siguiente forma:

—Me hallaba en el paso; nos tirábamos fuerte y había uno que me parecía que me hacía fuego á mí solo. Cuando atropellamos, le tiraba sin lástima, él se daba vuelta y me contestaba tiro á tiro. Peleábamos lindo, no es por ponderarme. En una de esas pegó un salto y cayó revolcándose. Me acerqué «pa carcharlo» y al tirarle del poncho, conocí la prenda, como una de mi hermano, y lo dí vuelta «pa verle» la cara y me encontró con que era el mismo!

—¿Su hermano?

—¡Sí, señor, «carnal!»

He aquí ahora el relato circunstanciado, aunque quizás un tanto fantástico, que del combate de Las Conchas hizo más tarde un soldado de las fuerzas de Márquez que se pasó á las fuerzas del gobierno:

Relato de un "pasado"

«Conforme aclaró nos hicieron desplegar en guerrilla sobre la cuchilla inmediata al paso del arroyo Las Palmas (orilla Sur) el día 17.

Sobre nosotros se hacía un fuego terrible. Temprano vino un parte de que el coronel Márquez estaba herido; en seguida otro de que estaba herido el coronel Saavedra; otro de que habían herido al mayor Benítez, al mayor Bruno, al oficial Barrera y á otros que no recuerdo.

Nos hicieron retirar porque no se podía con el fuego de las fuerzas legales.

A mis costados tenía yo dos parientes colorados que hacía poco habían llegado á Rivera; uno albañil y el otro carpintero. Quedaron muertos los dos.—La manera como avanzaban las fuerzas del gobierno, era realmente asustadora. Los soldados, á cada tiro, adelantaban cuatro pasos, apareciendo siempre delante del humo del último disparo.



ANTONIO SAAVEDRA, JEFE NACIONALISTA, HERIDO EN LAS CONCHAS.

Nuestra guerrilla, que debía impedir el acceso al paso, se sintió perdida.

Cuando se desgranó, el fuego gubernista se concentró sobre los insurrectos que estaban en el arroyo.

Cayeron sobre ellos algunas balas de cañón, produciendo un desparramo bárbaro. Muchos insurrectos ganaron la hondonada del paso mismo, para ponerse á cubierto de la metralla, pero entonces cargaron á sable los soldados de Galarza, haciendo muchos muertos.

Al retirarse en disparada de la línea del fuego, pasé por cerca de Saravia. Estaba en el patio de unas casas tomando mate, sentado debajo de unos ombúes mientras galopaban á su alrededor los dispersos. Más adelante, en una pulpería, en una carreta, ví á Márquez y á Saavedra. Los dos iban muy tristes. A Márquez una bala le pegó en la mano derecha, con la cual tenía las riendas del caballo; le pasó la mano y le pegó en el pecho, en el costado izquierdo, pasándole de parte á parte. En la estancia de un señor Cristiani, secuestraron un carruaje y acomodaron en él á Márquez. En cuanto á Saavedra, tenía la cabeza atravesada por un tiro de máuser.

Después de la derrota, ví por primera vez á todo el ejército unido. Calculo que ya no tendría arriba de cuatro ó cinco mil hombres. Parecía más grande porque se marchaba en desorden, mezclados los hombres con las caballadas, por lo cual ocupaba una extensión de más de una legua.

Un gran estorbo para la marcha de ese ejército eran las carretas de los heridos. Llegué á contar hasta treinta y una. Cada una de ellas llevaba seis y ocho heridos. Desde que nos avistamos con el ejército gubernista empezamos á contramarchar y no tuvimos un momento de alce. No comíamos, no dormíamos». (1)

(1) He aquí las bajas de la División de Abelardo Márquez en el combate de Las Conchas: Muertos: capitán Joaquín y Fructuoso Barrera, tenientes Pérez, Aldama, Arévalo y Canto; alférez Battina; sargentos Virgilio Martínez y Antonio Brito; cabo Emeterio Susviela, y

De las Conchas se retiró Saravia al Paso de Santa Rita del Yi, donde también resistió y fué desalojado por la artillería; en seguida tomó rumbo al Paso de Ramírez del Río Negro, pero oblicuando de pronto hacia el Este, pasó el Cordobés por el Paso del Gordo, y por el Paso de la Arena de Fraile Muerto se encaminó hacia Melo.

Saravia en Melo

Sorprendente, en verdad, resultaba la rapidez desplegada por el general Muniz en su persecución desde Mansevillagra á la frontera del Brasil.

Durante cinco días conservó el contacto permanente de su vanguardia con el ejército de Aparicio. En esa forma hizo que sus diez mil hombres recorrieran el camino de noventa y tantas leguas. En la larga historia de nuestras guerras civiles, este avance marca el *record* de las persecuciones rápidas, sostenidas. Bien es verdad que la retirada del ejército revolucionario fué igualmente admirable, pues no dejó tras de sí dispersos, ni heridos, ni prisioneros. La marcha se hizo tranquilamente, como lo demuestra la siguiente anécdota. Al llegar á Melo, Saravia colocó á Basilio Muñoz (hijo) en el paso del arroyo Conventos, para impedir que el enemigo entrara al pueblo, y se acostó á dormir en uno de los hoteles de la villa. El dueño le observó: — « General: el enemigo se acerca. Desde aquí se oyen los tiros... — Ya lo sé — contestó Saravia — pero ahí quedó Basilito para atajarlo hasta la noche, y no pasará. » Diciendo esto, volvióse hacia la pared y se quedó dormido.

Saravia sólo estuvo tres ó cuatro horas en Melo. Su ejército siguió para el Norte, aparentemente hacia Sierra de los Ríos. Muniz entró el 22 de Enero en Melo, y después de breves horas de reposo lanzó su gente en persecución del general insurrecto. En Montevideo todo el mundo creía terminado el movimiento subversivo. Se acababa de recibir y publicar un nuevo parte de Muniz, que no se señalaba por la claridad ni por la coherencia, pero que, en el fondo, no dejaba la menor duda sobre el fracaso completo de los primeros esfuerzos revolucionarios.

Aquí un paréntesis. La división de Flores, mandada por el jefe revolucionario José González, debió incorporarse al ejército revolucionario cuando éste se dirigía al Sud. No siendo posible, Saravia dispuso que parte de esa columna fuera á guarnecer los pasos de Río Negro.

La división de Flores

Esa división había sufrido un serio contraste. Una noche, en Carpintería, se le dispararon 4.000 caballos, de los cuales 1.000 estaban ensillados. La disparada fué espantosa y los animales atropellaron hacia un rancho de terrón, que hicieron polvo, y se llevaron por delante varios alambrados. La caballada furiosa sólo pudo ser contenida á la altura de Molles. Se atribuye á este accidente grave la tardanza de la columna revolucionaria, que no pudo incorporarse antes á las fuerzas de Saravia. A propósito de esto conviene recordar una anécdota. En 1897, concluído el movimiento revolucionario, al despedirse de Saravia el coronel González, le había dicho que no contara más con él para nuevas revoluciones, pues ya estaba viejo, muy grueso y muy cansado. Cuando se avistaron nuevamente en 1904, González, que se presentaba al frente de cerca de dos mil hombres, dijo á Saravia no bien le dió la

soldados Nicolás Amoroy, Manuel Clavija, Juan Costa, Eusebio Martins, Aparicio Martinez y Pedro N.

Heridos: coroneles Márquez y Saavedra; comandantes Correa Núñez, Medina y Vargas, y mayores Fernández é Isidoro Colman.

mano: — « General: no crea que he cambiado de opinión. Si me ve aquí es porque me han obligado... Esta vez me han hecho salir á la fuerza de mi chacra....
— ¿ Y para qué le mandé yo á Galarza — contestó Saravia con una de sus risas sonoras — sino para que lo sacara de sus casillas? »

Ese parte, tan mal redactado como convincente, decía así:

Parte de Muniz

« Excmo. señor Presidente de la República don José Batlle y Ordóñez. — Considerando que el laconismo á que me han obligado las circunstancias tendrá ansioso á V. E. por conocer noticias de la obstinada persecución que vengo haciendo al enemigo desdo el 16 del corriente, aprovecho la oportunidad primera que se me presenta para darle cuenta más detallada de las operaciones del ejército á mis órdenes, sin perjuicio de enviar el parte detallado en cuanto sea posible.


GENERAL MUNIZ Y SU JEFE DE ESTADO MAYOR, CORONEL BUQUET

El día 16 (1) se presentó el enemigo con fuertes guerrillas en las proximidades de la estación Mansavillagra donde, como V. E. sabe, estaba recibiendo las últimas incorporaciones de fuerzas y caballadas.

Inmediatamente de tener noticias de la proximidad del enemigo ordené á mi vanguardia que se adelantara á repeler el avance de las fuerzas insurrectas.

A los pocos momentos de iniciado el tiroteo, el enemigo reforzó sus guerrillas extendiéndose notablemente la línea de fuego, al punto que parecía que sintiéndose fuerte en las posiciones tomadas, el enemigo tuviera intención de ofrecer batalla.

Iniciado en tales circunstancias el combate, mis fuerzas avanzaron, convenientemente reforzadas, desalojando de sus posiciones á los insurrectos, los que después de sostenerse en retirada por espacio de una hora, abandonaron el terreno en completa derrota, dejando sobre el campo gran número de muertos y heridos. — La persecución ese día se prolongó sin descanso hasta los montes del Pescado, y en ella se tomaron algunos prisioneros, tres carretas llevando municiones rémington y quinientos caballos. Por la noche del mismo día abandonaron las filas enemigas con armas y bagajes, gran número de insurrectos.

El día 17 el enemigo pretendió sostenerse en el arroyo de las Palmas, paso de las Conchas, pero de allí fué también desalojado, sufriendo gran número de bajas. Se contaron en el campo más de sesenta muertos. Completamente desmoralizados, por los repetidos fracasos, los insurrectos emprendieron la fuga viniendo á situarse sobre el arroyo del Yi, paso de Santa Rita, donde se parapetaron en los accidentes del terreno y en una gran manguera de piedra, que tuvieron que abandonar como las posiciones anteriores al riguroso empuje de

(1) El parte de Muniz está equivocado en la fecha del combate de Mansavillagra. Como se ha visto, resulta por múltiples declaraciones de oficiales gubernistas y revolucionarios, que dicha acción se libró el día 14 de Enero.

las fuerzas legales, dejando en nuestro poder una carreta con municiones, un carruaje y algunos cajones de munición tirados en el campo. Convencidos los insurrectos de su impotencia se fraccionaron después del combate del Paso de Santa Rita, en varios grupos que marcharon en distintas direcciones.

El mayor, al mando de Saravia, tomó rumbo al Paso de Ramírez, para contramarchar por la noche y dirigirse al Paso del Gordo del Cordobés, hacia el cual marché también en cuanto me di cuenta de la treta ideada por el enemigo. Mi vanguardia, que alcanzó á los insurrectos antes de llegar al Paso de las Tarariras que lleva el nombre ds Canané, tuvo ocasión de tirotearlos nuevamente, acelerando así la desmoralización completa de los insurrectos que huyen con rumbo á Melo por el Paso de la Arena de Fraile Muerto.

En todo el trayecto los insurrectos han venido cometiendo escenas de salvajismo.

Se ha llegado á ultrajar á una mujer para asesinarla después en compañía de una criatura de pocos años. Se ha envenenado la carne de una res que dejaron en el camino. Se han saqueado casas de comercio y de vecinos. Algunos soldados del ejército á mis órdenes perecieron á consecuencias de haber probado de la carne envenenada por los insurrectos. Entre los jefes insurrectos han habido algunos muertos, y marchan heridos Abelardo Márquez, grave, con tres balazos, Pancho Saravia, y el hijo menor de Aparicio de nombre Nepomuceno. En este momento me pongo en marcha en la dirección que antes he dicho llevan los insurrectos, de los cuales no se desprende mi vanguardia. Saluda á V. E. atentamente.—*Justino Muniz.*—Enero 20 de 1904.»

Este parte fué recibido con algún retardo porque las comunicaciones del ejército de Muniz se mantenían tan sólo por paloma mensajera.

La primera paloma mensajera enviada desde el campo de batalla, el 15, tardó 24 horas en llegar á Montevideo.

La segunda que llevó el parte de Mansevillagra, despachada el 17 á las 12 del día por el general Muniz, tardó cuarenta y ocho horas para llegar, desde las Conchas del Cordobés hasta su palomar, es decir, el doble de lo que empleó la anterior.

Muniz llevaba consigo treinta palomas. (1)

(1) He aquí el parte en que el general Callorda dió cuenta de algunas de las acciones en que tomó parte la vanguardia del ejército de Muniz:

«Vanguardia del Sur de Río Negro.—Señor general en jefe del ejército al Sur del Río Negro, don Justino Muniz.—No habiendo tenido tiempo material para pasar el parte detallado de los combates que hemos tenido durante el tiempo que me encuentro á las órdenes de V. S., y con objeto de dejar alguna constancia de esos hechos, paso á exponer lo siguiente:

Que al venir el día 15 de Enero del corriente año, recibí parte del coronel Pablo Galarza, jefe de la extrema vanguardia, de que el enemigo se presentaba fuerte con dobles guerrillas á su frente é izquierda y que él se batía en retirada. En seguida mandé un ayudante á dar parte verbal á V. S. de lo que ocurría y que montaba á caballo y marchaba sobre el enemigo, pues ya tenía el que suscribe la vanguardia pronta con los caballos ensillados desde las 2.30 de la madrugada.

En el mismo momento ordené al coronel Gervasio Galarza que con su «Batallón urbano» y división Soriano marchase á reforzar la izquierda, y yo marché al centro hacia la derecha, haciendo desplegar donde fué necesario la división Florida por regimientos y escuadrones en línea de fuego al frente del enemigo, trabándose así un combate serio hasta que el enemigo fué perseguido hasta Illescas, teniendo principio esta acción en Mansavillagra.

Habiéndose quedado el que suscribe solamente con 15 hombres de la escolta y previendo pudiera necesitar refuerzos, pedí á V. S. inmediatamente el batallón 4.º de Cazadores,

El parte de Muniz hace referencia á que Saravia intentó pasar el Río Negro por el Paso de Ramírez, pero que retrogradó hacia el Paso del Gordo del Cordobés. Efectivamente: aquel, y otros pasos del mayor de nuestros ríos habían sido ocupados por fuerzas del gobierno pertenecientes al ejército del Norte. Ese ejército, movilizado con extraordinaria rapidez y al mando de un veterano como el general Benavente, había efectuado con rara precisión el movimiento que le había ordenado el Presidente de la República, cuyo plan táctico consistía en colocar á espaldas de Saravia (mientras éste se entretenía con Muniz) un ejército formidable capaz de cortarle la retirada al Brasil y de obligarlo á una capitulación definitiva, en el caso de que alrededor del ejército revolucionario hubiera sido posible cerrar por completo el círculo envolvente. Además, el general Vázquez, al mando de las fuerzas del Salto y otras concentradas en San Fructuoso, había marchado para entrar á Cerro Largo por el Paso de Carpintería. El ministro de la guerra habia salido el 13 de Enero, y su ejército debía componerse de unos cinco mil hombres con buenas caballadas. Pero según parece Saravia adivinó este plan y neutralizó sus efectos impidiendo que el general Benavente pudiera pasar al Sur para molestarlo en la eventualidad de una retirada. Bastóle para eso destacar la división de Mariano Saravia que luego

Ejército del Norte



NEMESIO J. ESCOBAR, JEFE DE VANGUARDIA DEL EJÉRCITO DEL NORTE

al que ordené desplegara una compañía en guerrilla, para hacer desalojar á los enemigos que estaban parapetados en la vía férrea, como también á una compañía del 5.º de Cazadores, que protegió la derecha, donde se encontraba un regimiento de la división Florida.

Además tuve conocimiento de que V. S. había enviado al centro dos piezas de artillería y un batallón, de lo que se utilizó únicamente la artillería para hacer algunos disparos de cañón á unas columnas de enemigos que se retiraban.

Como la línea fué tan extensa, no puedo decir con certeza si alguna otra fuerza del ejército tomó parte en el combate.

He pedido varias veces el parte detallado de las acciones á los señores jefes que componen la extrema vanguardia, pero debido á las continuas persecuciones, no les fué posible enviarlos por falta de tiempo.

En las demás acciones que tuvieron lugar en Valentín, Paso de la Higuera del Yi, Pablo Páez y Las Palmas, tan pronto como tuve conocimiento, he concurrido reforzando la extrema vanguardia con las fuerzas que fueron necesarias.

Las demás guerrillas más ó menos fuertes que tuvieron lugar en la tenaz persecución que se hizo al enemigo, hasta la pasada de los arroyos y pasos de Conventos en Melo, no los menciono porque no han sido de mayor importancia.

Referente á los muertos y heridos de ambas partes diré que de los nuestros V. S. ya ha tenido conocimiento y de los enemigos no puedo apreciarlos con exactitud, porque no he tenido ningún parte detallado de los diferentes cuerpos.

Me resta recomendar á V. S. el comportamiento de los señores jefes, oficiales y tropa de las fuerzas á mis órdenes, que han tomado parte en los diferentes combates, pues todos han demostrado la bravura y decisión en estos casos requeridas.

Sin más que comunicar á V. S. aprovecho la oportunidad para saludarlo con mi mayor consideración. — *Pedro Callorda*».

fué reforzada por parte de la división González. Estas fuerzas cubrieron los pasos de Río Negro desde Ramírez á Mazangano, de manera que cuando Saravia bajó con su ejército hacía Mansavillagra, sabía que á sus espaldas nada tenía que temer y que la incorporación de Abelardo Márquez ya no podría ser molestada.

La defensa de esos pasos, por parte de los revolucionarios, dió lugar á varios combates sin importancia mayor. Las milicias legales de los departamentos de Tacuarembó y Rivera, habian estado situadas hasta entonces entre los pasos de Pereira y Minuano. Sobre el de Aguiar estaba el jefe de la 1.ª brigada, coronel don Gerardo Fernández, con los regimientos 1.° y 4.° movilizados, medio regimiento de caballería de línea y 6.° movilizado. En el Paso del Minuano había también destacamentos de esa brigada,y además había permanecido á corta distancia el grueso del ejército. En el Paso de Pereira había permanecido el coronel Nemesio Escobar, jefe de vanguardia, que mandaba la 2.ª brigada. Esta operaba bajo las inmediatas órdenes del coronel Artigas. Había también otras fuerzas de caballería y el Escuadrón Escolta vigilando la picada de las Piedras y el Paso Ramírez.


MARIANO SARAVIA, JEFE NACIONALISTA

El día 15 de Enero, mientras avanzaba la vanguardia por el camino que conduce al Paso de Pereira, las avanzadas se encontraron con las de los revolucionarios, á eso de las 5 de la tarde, del lado norte del río.

Los conocedores del terreno disputan sobre la denominación del sitio en que se produjo este primer choque. Unos dicen que es el bañado del Rincón Chico y otros afirman que es la cañada de las Mansas. Lo que puede afirmarse es que se trata de una vertiente que nace del Río Negro y se extiende por la divisoria de los campos de Antonio Barboza Netto y Alejandro dos Santos, á legua y media del Paso de Pereira.

Del choque resultaron arrolladas las guerrillas nacionalistas, que habían operado un rápido movimiento de avance. Como persistieran en su primer intento, las legales fueron reforzadas y se llevó un ataque á fondo. Los revolucionarios se aglomeraron sobre el paso y fueron arrojados al Río Negro. Dejaron algunos muertos y heridos. Dentro del agua sufrieron, también, varias bajas. Siendo ya muy tarde, las fuerzas legales si limitaron á ocupar el paso, sobre la margen derecha. Los revolucionarios quedaron sobre la margen izquierda. Simultáneamente las fuerzas gubernistas ocupaban también la picada de las Piedras.

Las fuerzas legales tuvieron dos heridos. Uno de los heridos revolucionarios declaró que la columna saravista era compuesta por la división de Flores, la cual acababa de incorporarse á la retaguardia de Saravia.

A las doce de la noche los revolucionarios intentaron forzar el paso, iniciando la acción con un vivísimo tiroteo. Los soldados del gobierno que estaban con el arma al brazo, rechazaron al enemigo.

Antes del toque de diana, los revolucionarios renovaron el 16 de Enero el ataque al paso. Se iniciaron con descargas cerradas. La pelea fué reñida. Durante todo el día hubo persistente tiroteo. Las fuerzas legales tuvieron siete heridos. Entre éstos los alfereces López y Chagas. De esos heridos sólo hubo dos de gravedad. A las doce de la noche volvieron á sonar las descargas enemigas. Las fuerzas del gobierno no respondieron, porque el enemigo, oculto en el monte, no presentaba blanco.

Por la tarde se incorporó á la vanguardia gubernista el regimiento 4.° de línea, que cubrió los puestos avanzados.

Al amanecer del día 17 renovóse el estruendo de las descargas revoluciona-



MELO. — HERIDOS DEJADOS POR EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO

rias. Durante el día se mantuvo el tiroteo, río de por medio, tanto en el Paso de Pereira, como en la picada de Las Piedras.

El 18, cuando Saravia, después de las Conchas, había atravesado el Cordobés, y no podía molestarle ya el pasaje de Benavente á retaguardia suya, los blancos abandonaron sus posiciones. Las descubiertas gubernistas pasaron el río y examinaron el campo enemigo. Encontraron 15 cadáveres insepultos, algunos en estado de descomposición. Se veían, también, algunas sepulturas frescas. Encontraron además varias lanzas, cuatrocientos cartuchos á bala y cuatro máusers de un tiro.

Por un herido se supo que la última fuerza que había combatido estaba al mando de Mariano Saravia. Eran mil y tantos hombres. Esa fuerza se había retirado nuevamente con rumbo al Cordobés, al encuentro de Aparicio Saravia.

Por su parte el coronel Fernández descubrió otra columna revolucionaria, compuesta de más de mil hombres, que marchaba paralelamente, río de por medio, hacia arriba. Por algunos desertores de los blancos que se presentaron

al coronel Fernández, se supo que esa columna iba mal armada, con escasas municiones, y que ya se había batido en las puntas del Cordobés. Era la de Cabrera, que luego pasó al Norte sin ser molestada.

El general Muniz envió el 22 de Enero este nuevo despacho:

Melo, Enero 22 (11.45 p. m.) — Hoy temprano entré en Melo, después de desalojar al enemigo, que había llegado primero. Continúo la persecución de los insurrectos.

La dispersión nacionalista

Estos marchan en tres columnas con rumbo á la frontera. Los seguiré hasta disolverlos.

Hoy se les tomaron tres carretas más con municiones y armas, cuatrocientos caballos y muchos prisioneros.

Ayer entregaron á la Cruz Roja de Melo los heridos más graves en número de 96.

Llevan además doscientos y tantos.

En Melo dejo al empleado del Ministerio de la Guerra, el joven Dionisio P. Pérez, encargado de la Jefatura Política de Cerro Largo.

Con él quedan 100 hombres de caballería al mando del mayor Lareta Burgos y 25 hombres de infantería, para que den garantías á los vecinos del departamento y á la población. El encargado de la Jefatura, señor Pérez, informará á V. E. de todas las operaciones del ejército. Saluda á V. E.—*Justino Muniz.*

El Presidente de la República contestó al general Muniz en estos términos:

«Ahorre el mayor número de vidas posible, teniendo siempre presente que todos somos de una misma familia, y que la victoria es tanto más brillante cuanto más generosa.» (1)

(1) Entresacamos del diario de campaña que llevaba el coronel Sebastián Buquet, los siguientes informes sobre la persecución á los revolucionarios desde Mansavillagra hasta la frontera:

Día 14.—A las 12 m. llegó un chasque de Basilisio Saravia avisando que se acercaba el enemigo y que á su parecer era todo el ejército revolucionario. Este se presentó momentos después y tendió sus guerrillas á la izquierda de la vía y á la altura de la estancia de Fábrega que está á una legua más ó menos de la estación, prolongándolas por las cuchillas y ocupando dos casas que hay á la altura de lo de Fábrega con intervalos entre ellas de 11 á 20 cuadras apoyando su derecha en la vía.

La línea media algo más de media legua.

Las avanzadas del ejército legal, compuestas por el 6.° de caballería y guardias nacionales de Basilisio Saravia, apoyan la izquierda de la vía sosteniendo un fuego bastante recio; á la media hora son reforzados por fuerzas del 5.° de cazadores que estaba acampado en la estación, tendiendo sus guerrillas en reserva. El 2.° de caballería ataca el centro del enemigo prolongando nuestra línea á la derecha y á continuación el 1.° de caballería. Al sentir estas fuerzas el enemigo se bate en retirada en dirección á las puntas de Illescas. A la izquierda del ejército legal en reserva y en orden de combate, están la división de Minas, ametralladoras y sección de artillería con reserva del 4.° de cazadores.

El enemigo, siempre en retirada, va á ocultarse en los cerros de San Francisco é Illescas.

Día 15—El enemigo se bate en retirada siendo perseguido desde las 6 1/2 del día de ayer desde la estancia de Fábrega por la vanguardia, hasta los cerros de San Francisco, donde resultó tener sus reservas, dejando en el camino varios muertos y dos heridos, entre ellos un titulado capitán. Al llegar á este cerro se incorporan á la vanguardia las ametralladoras, artillería, 2.° y 4.° de cazadores. La artillería se coloca en una loma que está paralela al final de los cerros y rompe el fuego contra las columnas enemigas, causando buen efecto dos disparos dirigidos á la derecha.

Las otras fuerzas robustecen la vanguardia y entran en fuego cubiertas por los de la artillería batiendo al enemigo que trata de sostenerse entre los cerros que son continuación de los de San Francisco en Puntas de Illescas (departamento de Florida).

Por otra parte, de Buenos Aires se habían recibido copias del lacónico despacho telegráfico por medio del cual Aparicio Saravia había hecho conocer á los miembros del Directorio radicado en aquella ciudad, el resultado de la sangrienta acción de Illescas.

El caudillo nacionalista decía en esa comunicación, poco más ó menos «que por imprudencia del segundo jefe de la división de Cerro Largo que sustituía al coronel Enrique Yarza, quien se encontraba enfermo, se comprometió la acción contrariando órdenes expresas y sufriendo la referida división pérdidas muy sensibles». Saravia agregaba que en adelante se procuraría rehuir la ocasión de batallas definitivas.

El enemigo resiste como media hora batiéndose en seguida en retirada. El fuego incesante lo diezma. En nuestro movimiento de avance seguimos encontrando muertos. Continúa la persecución por el camino de Puntas de Illescas, tiroteándolo sin descanso. Se toman 3 carretas con municiones—siempre persiguiendo con rumbo al arroyo Molles del Pescado cerca de Nico Pérez, donde llegamos á las 6 p. m. Cerca del paso toma la vanguardia otra carreta. Campamos á las 7 1/2 á una legua de Nico Pérez.

Las fuerzas que pelearon durante el día de hoy son las que componían el primer escalón de la vanguardia, esto es: Regimientos 1.°, 2.° y 6.° de Caballería y 2.°, 3.° y 4.° de Cazadores, División Treinta y Tres y Minas.

Día 16.—A las 4 1/2 levantamos campamento, cruzamos los cerros del Pescado, pasamos el arroyo de este nombre á las 9 é hicimos alto. Seguimos encontrando muertos y heridos dejados por el enemigo. A las 3 p. m. se manda á la vanguardia una sección de artillería y ametralladoras con parte del 4.° de Cazadores á batir al enemigo que se ha posesionado en unos cerros y cuchillas á la derecha, del otro lado del paso de Juan Pedro del arroyo Puntas del Yi. El 2.° y 6.° de Caballería atacan por la derecha. A nuestro frente Norte, las ametralladoras á retaguardia baten los cerros y en seguida la sección de artillería bordeando el mismo frente.

El enemigo, además de ocupar esas posiciones, tenía sus reservas en columnas paralelas, dispersándose al sentir el efecto de los primeros disparos de cañón, á la disparada.

A las 7 y 30 p. m. campamos del otro lado de las Puntas del Yi.

Día 17.—Salimos á las 5 a. m. persiguiendo al enemigo. En la cuchilla del Comercio (casa de Gabriel Machado), hicimos alto. La vanguardia se está batiendo á una legua más ó menos de este punto, en las Palmas del Cordobés.

10 a. m.—La retaguardia trata de flanquear y toma rumbo al paso del Cordobés.

Llega un chasque del general Callorda que comunica que ha batido al enemigo en el paso de las Conchas, causándole muchas bajas. Mas tarde se tienen detalles del encuentro en Las Palmas; se le quitó el paso al enemigo, que intentó sostenerse pero inútilmente, dejando 40 muertos, una carreta y un carruaje.

Día 18.—Pasamos el paso de San Antonio en la barra del Palmar y tomamos rumbo á la pulpería de López, dejando la Capilla del Farruco á la izquierda. En la pulpería encontramos tres oficiales revolucionarios heridos. Cambiamos de rumbo, dirigiéndonos al paso del Gordo del Cordobés.

Se tiene noticia de que el enemigo marcha al Paso de Ramírez en el Río Negro y que tal vez haya pasado por ese punto.

El primer y segundo escalón de la vanguardia lo persigue. A las 5 p. m. se desprende el 1.° de Caballería para que explore nuestro frente; lo hace sin novedad y acampa del otro lado del Cordobés.

El ejército legal no ha tenido arriba de 50 bajas. A la artillería no puede resistirla el enemigo.

Día 19.—Pasamos del otro lado del Paso de Pereyra del Rio Negro. El enemigo había intentado vadearlo pero la vanguardia del ejército del Norte se lo impidió.

Seguimos costeando el Río Negro. En este momento nos aproximamos á la vanguardia y recibimos el parte del general Callorda que da cuenta de las novedades y remite un pedazo de res dejada por el enemigo.

Se constata que está envenenada; de ella habían comido algunos hombres de la vanguardia, los que han muerto repentinamente.

Llegamos al Paso del Gordo. Parte del ejército campa de este lado y parte del otro del arroyo, á las 10 1/4 de la noche.

Después de recibir el último parte de Muniz, el Presidente Batlle recibió otras informaciones desde Melo, procedentes del señor Dionisio Pérez, que había seguido al general Muniz en toda su marcha, y había quedado á cargo de la Jefatura de Cerro Largo.

Según esos datos, el ejército de Saravia iba muy desmoralizado. Asegurábase que la mayoría de sus soldados esperaban la salvación en el Brasil, y hacia él se dirigían. Según esos cálculos, en su larga *vía crucis* el ejército revolucionario había tenido pérdidas de consideración. Sus muertos pasaban de doscientos; sus heridos se calculaban en más de trescientos. Asegurábase además que la dispersión era enorme, que los nacionalistas se desgranaban en distintos rumbos, buscando cada cual sus pagos...

El ejército ha establecido sus comunicaciones con el del Norte.

Se tienen informes de que el enemigo va en completa derrota y que desde las Sierras de Sosa hasta las Conchas del Palmar ha tenido más de 200 bajas entre muertos y heridos. Se le han tomado 7 carretas. 2 breacks, 400 ó 500 caballos, dejando muertos y heridos y munición en el camino.

Día 20.—Levantamos campamento como á las 4 ½ y pasamos á las 7 un gajo del arroyo Ceibal. Hacemos alto frente á un establecimiento que es de un pariente del general Muniz, (don Luis Mazzano), próximo al arroyo Tupambaé. El enemigo pasó ayer de tarde por este paraje. Carnearon 400 capones, pero al aproximarse nuestra vanguardia dispararon, dejando casi todas las reses.

Pasamos el Tupambaé á la izquierda del paso. Campamos ese día á las 7 de este lado del Paso de la Arena, después de pasar Fraile Muerto.

A nuestro paso por el pueblito de Tres Islas, á las 6 más ó menos, sabemos que los revolucionarios se han retirado de ese paraje de mañana al sentir nuestra vanguardia. De este pueblo mandaron á Melo á Nepomuceno Saravia herido.

Día 21.—A las 5 levantamos campamento, pasamos el paso de Asuna y seguimos á la izquierda por el camino que va á Melo. Llueve. Hacemos alto en un establecimiento y pulpería de don Ramón Mundo, yerno del general Muniz, donde el 97 tuvo lugar la tragedia en que pereció quemado el hijo del general. Seguimos marcha y hacemos alto antes de este lado de la laguna del Negro. En estas marchas continuas de Mansavillagra á Santa Clara se ha cansado mucha caballada. En los últimos dias han quedado muchos rezagados á pie y á caballo.

Se sabe que el enemigo lleva rumbo á Conventos, habiendo llegado ya parte á Melo.

Pasamos el arroyo de Medina y no cesa de llover hasta las 8 p. m. Campamos bajo agua.

Día 22.—En marcha. Pasamos el arroyo de los Conventos por el paso de las Tres Horquetas. Nuestra vanguardia se está batiendo desde el aclarar en los alrededores de Melo. El enemigo dispara y pasa el Tacuarí en el paso de las Tropas. En esto paraje son alcanzados por la vanguardia que los tirotea. Se dirigen al Chuy. A la derecha del paso encontramos en una casa un degollado que se supone sea el dueño. La casa ha sido saqueada. En este paraje dejamos nuestros heridos á cargo de la Cruz Roja. Queda un destacamento de soldados del 5.° de Cazadores. El enemigo dejó en este paraje dos carros con armamento y munición.

Queda encargado de la Jefatura el telegrafista Pérez.

El enemigo en dispersión va rumbo al Chuy.

El 1.° de Caballería, además de las carretas, tomó treinta y tantos hombres prisioneros. Campamos en una cañada entre Tacuary y Chuy.

Día 23—A las 9 levantamos campamento y á la hora volvimos á campar en la costa del Chuy á la izquierda del Paso del Puente, donde estaba el segundo escalón de la vanguardia. El primer escalón, á órdenes del coronel Galarza, persigue al enemigo en dirección á Centurión.

Día 24.—El mayor Suárez, con fuerzas del 6.° de Caballería, atacó al enemigo al pasar el paso de Centurión, quitándoles armamento, munición y caballadas. Las fuerzas insurrectas las mandaba el coronel Basilio Muñoz.

Bañado de los 3 Hornos, Estancia Correa de Borba. En este punto y á la derecha del bañado fué alcanzado el enemigo por el primer escalón de nuestra vanguardia; resistió breves momentos, huyendo después, dejando 4 muertos, que fueron enterrados en la costa del bañado.

Completando esos informes optimistas, llegó la noticia de que la división nacionalista mandada por Basilio Muñoz (hijo) había pasado al Brasil, totalmente batida por las fuerzas de la vanguardia de Muniz, al mando del coronel Galarza.

Acción de Centurión

Según las versiones oficiales, la división revolucionaria hizo frente en la Sierra de Ríos, próximo á la línea divisoria, con objeto de distraer la atención del general gubernista, y apartarla de las fuerzas con que Aparicio *gambeteaba* á esas horas hacia Treinta y Tres.

El general Muniz encargó á los regimientos 2.°, 3.° y 6.° al mando de los coroneles Galarza, Ruprecht y Ortiz, que desalojaran la sierra, mientras él seguía el rastro de Aparicio.

Después de un prolongado tiroteo, la división revolucionaria de Cerro Largo abandonó la sierra en que se albergaba, buscando el paso de Centurión, que está á dos leguas, sobre la misma línea divisoria. Pero los regimientos cayeron encima de los revolucionarios con verdadera impetuosidad, y la persecución, en esa breve distancia de diez kilómetros, adquirió los caracteres de trágica.



CORONEL ORTIZ Y MAYOR SUÁREZ, JEFES DEL 6.° DE CABALLERÍA

Según informes del Brasil, (que luego han resultado un tanto exagerados) habría quedado el tendal de muertos y heridos en el camino que va de la Sierra al Paso, y en Centurión, sobre la misma línea, muchos cadáveres fueron lamentable testimonio de lo encarnizada que se sostuvo la lucha en ese paraje. (1)

El gobierno seguía recibiendo constantemente noticias de nuevas dispersiones de la gente de Saravia. Los órganos oficiales y oficiosos constataban que «desde hacía días el departamento de Durazno era atravesado por una verdadera peregrinación de insurrectos que salían del departamento de Cerro Largo en pequeños grupos, casi siempre desarmados, que marchaban de noche, y de día se escondían en los montes. Estos grupos concluían por diseminarse á todos rumbos, según fuera su procedencia».

No es difícil admitir que había una base cierta en todos estos informes; pero lo que ignoraban quienes los comunicaban al gobierno, es que esa dispersión, más que forzosa, obedecía á un plan de Saravia que se habia acercado tanto á la frontera para desprenderse del elemento inútil y sin armas, que dificultaba los movimientos de su ejército.

(1) El señor Basilio Muñoz (hijo) á quien Saravia confió la difícil misión de defender hasta la frontera del Brasil á la columna de heridos revolucionarios que buscaban ese refugio, y de engañar á la vanguardia gubernista haciéndole creer que era gente de pelea la que emigraba, cumplió su misión heroicamente y, como se verá después, apenas traspuesta la línea fronteriza por Centurión, y conseguido el objeto de arrastrar hasta la línea fronteriza á las principales fuerzas de Muniz, invadió de nuevo algunas leguas más abajo y á marchas forzadas fué á incorporarse al ejército revolucionario.

El gobierno había recibido los siguientes telegramas:

Chuy, Enero 21. — A Ministro de Relaciones Exteriores. — Comunico á V. E. que hoy entró en esta zona del Brasil un grupo de emigrados revolucionarios mandado por Manuel Olivera, y que está por entrar otro grupo de cien al mando de Miguel Pereyra.

Noticias optimistas

Aquí se encuentran varios jefes nacionalistas: Rosalío González, Juan Amorín, Sambra y otros.

El pequeño grupo de que hablé al principio fué inmediatamente desarmado. Las autoridades brasileñas proceden con toda energía. — *Susini Núñez,* cónsul.

Yaguarón, Enero 23. — A Artigas llegaron Carlos Berro y gente al mando de Larroque.

Varela Gómez emigró con su gente, previo desarme.

Hay gran emigración de insurrectos.— *Cónsul Oriental.*

Yaguarón, 23. — En este momento emigran los titulados coroneles Noblia y Ros.

Por informes adquiridos sé que está por emigrar Alejandro Borches con su gente por el Paso de las Piedras.

El desbande de los revolucionarios es general.— *Cónsul Oriental.*

Yaguarón, 24. — En este momento comunícanme de Centurión haber emigrado el titulado coronel Basilio Muñoz y Lameyra con su gente.

El coronel Galarza persiguiólos hasta margen Yaguarón, haciéndoles prisioneros y tomándoles recados, armas y lanzas.

Permítame V. E. participéle que las autoridades brasileras sólo tienen orden de decomisar las armas, poniendo en libertad á los rebeldes.

Perseguido Aparicio desde Illescas, su ejército emigra desbandado.

Consta que Noblia fué derrotado en el Paso de la Cruz, emigrando como ya comuniqué.

Salúdalo respetuosamente.— *E. M. Bustamante.*

Las informaciones que acaban de leerse dieron lugar á que nuestro gobierno gestionase en el acto del de Río Janeiro, la internación cuando menos de los cabecillas ó jefes insurrectos que pasaban al Brasil. Se refería á esa gestión el despacho telegráfico que va en seguida y que fué transmitido por la Agencia Havas, desde Buenos Aires:

« Buenos Aires, 24. — Comunican de Río Janeiro que el ministro uruguayo doctor Susviela Guarch, conferenció con el Ministro de la Guerra respecto á la revolución oriental.

Como consecuencia, el Ministro de la Guerra telegrafió al comandante de la guarnición de Río Grande, encomendándole una vez más la vigilancia de la frontera y el desarme é internación de todos los revolucionarios uruguayos que lleguen á la misma ».

El mismo general Muniz participaba del optimismo de todos los demás informantes. El 22, á la noche, el Presidente Batlle recibió un telegrama del general gubernista en el que comunicaba que entra el 23 y el 24 Saravia con el resto de su ejército pasaría la frontera.

El presidente contestó que procediera con la mayor magnanimidad con los vencidos, acordando indulto amplio á todos los revolucionarios que lo solicitaran.

Estas noticias produjeron el natural y consiguiente optimismo en las esferas gubernistas. Las mismas clases conservadoras supusieron que la revolución estaba definitivamente terminada, y esta convicción se tradujo en un alza sensible de los valores públicos.

La Razón del día 23 de Enero, se hacía eco de las versiones corrientes en el siguiente suelto sensacional, que resultó después completamente destituído de fundamento:

Una "plancha" «Según versiones circulantes en las altas esferas oficiales, Aparicio Saravia ha traspuesto la línea fronteriza con el Brasil á la altura de Centurión, esta madrugada á las cuatro. Con él iba el grueso de su ejército en derrota. Otros grupos grandes habían tomado la dirección de Aceguá.

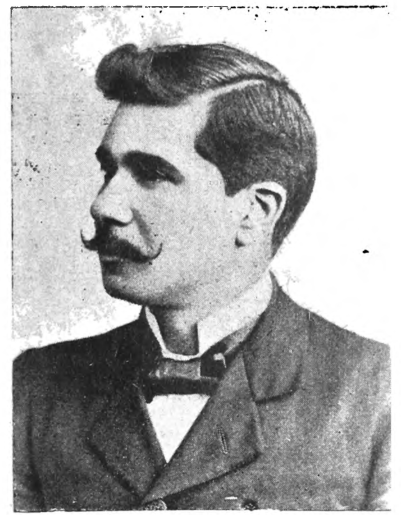
Las fuerzas de Muniz persiguieron activamente á los fugitivos procurando disolver el número de estas fuerzas antes de que llegaran al Brasil.

El Presidente de la República ha pasado en vela toda la noche. Su conversación telegráfica con el encargado accidental de la Jefatura de Cerro Largo duró dos horas y media.

Ha recibido, además, numerosos despachos telegráficos con detalles que por el momento se reservan».

Más adelante decía el diario:

«Hasta ahora no hemos recibido confirmación oficial del paraje por donde Aparicio Saravia pasó la frontera con el Brasil. Hay quien asegura que las fuerzas revolucionarias se han concentrado en las sierras de Ríos, desde las cuales tienen la retirada segura al Brasil, por el paso de Centurión.


BASILIO MUÑOZ (HIJO), JEFE NACIONALISTA

En las esferas oficiales se da por definitivamente concluído el alzamiento nacionalista. Se supone que las fuerzas federales brasileñas procederán al desarme inmediato del ejército de Saravia.

Se asegura que el gobierno tiene el propósito de pedir al Senado el grado de general de brigada para Justino Muniz».

¿Cómo dudar de que la revolución estuviese definitivamente concluída? Todos los informes concordaban. En el pizarrón de noticias de *La Nación* bonaerense se fijó el 25 de Enero el siguiente despacho:

« Paso de los Libres, 25.—Un telegrama recibido de Bagé dice:

Llega gran número de emigrados á la frontera que dicen haber pertenecido á las fuerzas de Abelardo Márquez, dispersas. Este siguió herido para Caty. Dicen que Saravia hará ahora una guerra de recursos.

Otro telegrama de Santa Ana do Livramento dice: «Las fuerzas de Juan José Muñoz, Noblia y Varela, destrozadas, emigraron, siendo desarmadas en territorio brasilero y Muñoz internado.

Aquí llegan dispersos de la columna de Abelardo Márquez diciendo que éste fué completamente deshecho.

Carmelo Cabrera está en Tacuarembó.

Después de los contrastes sufridos los revolucionarios están desanimados.»

Hasta los más pesimistas, en presencia de tan completos y variados informes, se inclinaban á suponer que la paz pública no había sufrido más que una alteración de pocos días...

Seguían lloviendo, en los círculos oficiales, despachos que no dejaban duda alguna sobre la magnitud del desastre revolucionario. He aquí algunos:

Aumenta el optimismo

Río Grande, Enero 25.— Montevideo.— Carlos Berro siguió hoy en tren de Pelotas para Bagé, donde debe llegar hoy mismo á las 5 de la tarde. Artigas abandonado ayer por revolucionarios que atravesaron frontera. Espérase allí la división de Bernardo Berro que va buscando frontera para emigrar. Encuéntranse en Yaguarón Noblia y Borches. Salúdalo.— *Cónsul Oriental.*

Yaguarón, Enero 27. — Comunícanme que Márquez y Saavedra, heridos, acompañados de muchos oficiales y soldados, formando un total de más de mil hombres de Rivera, Flores, San José y Colonia, emigran al Brasil en pequeños grupos.


COMANDANTE NICASIO TRÍAS
JEFE NACIONALISTA

Río Grande, Enero, 28. — Carlos Berro llegó aquí internado por las autoridades brasileras.

Basilio Muñoz, padre é hijo, están en Yaguarón.

Saavedra y Abelardo Márquez, heridos en Bagé.

Hay como cinco mil emigrados en la frontera, que llegaron la mayor parte sin armas.

Es imposible calcular el número de las armas tomadas por las autoridades brasileras.— *S. Alsina y Alvarez.*

De un largo telegrama dirigido por el Ministro de la Guerra, general Vázquez, (que se hallaba sobre el paso de Carpintería) al señor Presidente de la República, sacamos estos párrafos:

«Me remiten listas de los jefes y fuerzas insurrectas que hasta anoche habían emigrado. He dado en seguida aviso á guardias brasileras para que procedan á su internación. Son éstos: el coronel Trías y 600 hombres, el comandante Medina y 220, el comandante Chagas y 285, el comandante Martínez y 260, Abelardo Márquez y 180».

En el exterior

De Río Janeiro avisaban, con fecha 28 de Enero, que el Ministro de la Guerra, mariscal Argollo, había recibido un telegrama del comandante general de las fuerzas federales que guarnecían la frontera de Río Grande, comunicándole que seguía la inmigración de revolucionarios del Uruguay que se internaban en dicho estado. La seguridad del gobierno era tal que el Ministro de Relaciones Exteriores hizo el 29 de Enero un telegrama al cónsul oriental en Londres, diciéndole «que la revolución terminaría dentro de breves días», y al siguiente, contestando á un telegrama del señor Zumarán, que preguntaba al ministro «como seguía la revolución, pues la prensa decía que estaba en muy buen pie» contestó lo siguiente (según un colega argentino, *La Prensa*, del 3 de Enero): «Saravia ha huído de Muniz; pero pronto concluiremos con él».

El Encargado de Negocios en París, mientras tanto, suministraba á los periódicos franceses los informes que se le enviaban de Montevideo. Y siempre eran idénticos. La frase invariable era esta: «Saravia sigue huyendo hacia el Norte».

Un periodista de *esprit*, aprovechó la curiosa persistencia del dato oficial, para

escribir un irónico suelto de gacetilla, concebido poco más ó menos en los siguientes términos: «Hay vehementes sospechas de que el general Saravia, jefe de la revolución uruguaya, ha muerto á estas horas. En efecto: según los informes idénticos que todos los días y desde hace un mes, nos suministra la Legación de este lejano país de América, *monsieur* Saravia huye persistentemente hacia el Norte. Tiene, como la aguja magnética, predilección especial por ese punto de la rosa de los vientos. Ahora bien: según nuestros cálculos, que consideramos exactos, desde que huye hacia el Norte el montonero uruguayo ya ha tenido tiempo de atravesar el Brasil, cualquiera de las tres Guayanas, y debe haberse ahogado á estas horas en el Golfo de Méjico». (1)

La "sentada" de Saravia

A todo esto no venía la noticia oficial confirmando la pasada del ejército revolucionario al Brasil. Por el contrario: comenzaron á circular versiones de que Saravia había burlado completamente la persecución de Muniz; de que al salir de Nico Pérez había desprendido hacia la frontera toda la gente que no llevaba armas y el convoy de heridos, recomendándoles que esperaran en el Brasil las armas y las municiones que había prometido el Directorio. Antes había desprendido á Cabrera para que con unos cuantos cientos de hombres operara una diversión al Norte del Río Negro, procurando recoger las fuerzas sublevadas en Paysandú, Salto y Tacuarembó. En cuanto á él, con cuatro ó cinco mil hombres regularmente armados, *pegó la sentada* á dos leguas de Melo, atropellando hacia un paso situado al Este de la villa, que Muniz decía que había ordenado ocupar, pero que el coronel Hildebrando Vergara, por mala comprensión de la orden ó por retardo en la marcha, no pudo ocupar á tiempo. (2) De manera que cuando Muniz creía á Saravia en la frontera, éste se hallaba en la línea divisoria entre Cerro Largo y Treinta y Tres, y de nuevo en marcha hacia el Sud. La primera confirmación de esta noticia, (que parecía inverosímil después de las seguridades que se habían dado) apareció en *Diario Nuevo*, el 28 de Enero. Decía esa hoja que Aparicio Saravia, al frente de una columna de mil quinientos hombres, marchaba por el departamento de Treinta y Tres, tenazmente perseguido por

(1) Histórico. Hemos tenido el diario parisiense en nuestro poder.

(2) Las apreciaciones que se hicieron en el ejército legal respecto á la conducta del coronel Hildebrando Vergara dieron motivo para que el joven y talentoso escritor Julio María Sosa, publicara el 2 de Marzo, en las columnas de *Diario Nuevo* las siguientes líneas, encaminadas á desvirtuar rumores y conceptos generalizados:

«El coronel Vergara, soldado de Manduca Carabajal, de Venancio Flores, de la Llana y de tantos otros caudillos de nuestro partido, ha hecho suya la escuela de esos bravos, caracterizándose siempre en todas nuestras revueltas por su arrojo ejemplar y su discernimiento maduro.

«Sin embargo, nada de esto ha valido para impedir que se arrojaran sombras sobre la reputación de tales jefes.—Del coronel Vergara se dice aquí que no cumplió órdenes ó retardó su cumplimiento en momentos de peligro al organizarse la persecución contra los revolucionarios hasta Melo y que abandonó un paso por el cual se escapó el enemigo después de su entrada á Melo.—Nosotros sabemos que nada de eso es cierto.—El coronel Vergara, á quien se le encargaron comisiones arriesgadas en distintas ocasiones, cumplió su deber con toda corrección militar, excediéndose quizás, si en algo se excedió, en dar pruebas de serenidad y valor.—Lo del paso abandonado es una fábula injuriosa y ridícula, y lo de la culpa que se quiere atribuir á Vergara respecto de la contramarcha saravista al Sur, es otra calumnia irritante, porque Vergara no ocupó ni se le ordenó ocupara la picada en que pasó el ejército revolucionario.—Estas cosas se aclararán mejor más adelante con documentos escritos y con explicaciones detalladas que las circunstancias impiden hoy manifestar en la prensa».

las fuerzas legales, y que Mariano Saravia, rechazado de todos los pasos del Río Negro, había retrocedido al Sud, siguiendo la costa del Yi.

Respecto á lo que ocurría en el Norte, constaba únicamente que Cabrera se había dirigido con su gente hacia el Cuareim, ya con la intención de pasar por ese lado á Río Grande ó con el propósito de esperar la incorporación de los grupos que habían salido días antes de Concordia, al mando de Dionisio Viera, Casanova y otros, y que debían recoger su armamento en un saladero fronterizo.

Con todo, en esa misma fecha, un corresponsal de *El Diario* bonaerense pintaba la situación del ejército revolucionario con colores exageradamente sombríos:

« Aparicio Saravia — decía — y el núcleo de correligionarios que lo acompañan, están en total dispersión.


CORONEL HILDEBRANDO VERGARA

Han fracasado en su tentativa de tener convulsionado el país, haciendo guerra de recursos.

Después de las noticias recibidas por el Gobierno, cabe afirmar que esta ha sido la revolución más desgraciada de todas las que ha realizado el partido blanco.

Se caracteriza por una disparada que no tiene precedentes en nuestra historia y por una persecución tenacísima y de una eficacia que reconoce el propio enemigo.

Iniciada en Mansavillagra é Illescas, no ha cesado hasta este momento, en que el ejército revolucionario ha quedado reducido á la impotencia, habiéndose desbandado casi en su totalidad.

Diariamente llegan de la frontera brasilera avisos del pasaje de jefes y soldados nacionalistas. Se sabe á última hora que Mariano Saravia está en Bagé. Con respecto á Aparicio, acosado por Muniz hasta el paso de Pereira en el Río Negro y rechazado por Benavente huye á Melo, pretende infructuosamente dirigirse á Aceguá, busca en una estratagema un descanso que hombres y caballadas necesitan, y se dirige al Sud.

Pero las fuerzas del gobierno no lo pierden de vista y la persecución y el desbande continúan.

Esta última etapa de la huída ha sido desesperante para los revolucionarios. En el trayecto han dejado armas, municiones, caballos y dispersos.

Saravia se dirigió al departamento de Treinta y Tres. La vanguardia de Muniz no le dió reposo. Acosado, tiroteado, en fuga, pasó á Rocha.

Fué inutil. Tras él se precipitaron los soldados del gobierno.

Y ayer noche, ya en total derrota, tomó rumbo al paso de San Miguel, por donde se cree que pasará al Brasil.

Antes de pocas horas se sabrá el término de la revolución con el desastre final de su caudillo ».

Por su parte *El Día* no quería dar crédito á las noticias circulantes que los nacionalistas condensaban en esta frase irónica: « Saravia viene huyendo... sobre la capital! ». El 27 de Enero, decía el diario oficioso:

Informes oficiosos

« La falta de noticias telegráficas no permite dar datos concretos sobre la situación de Saravia. Pero de distintas informaciones que se tienen puede concluirse que sus fuerzas están á estas horas completamente dispersas.

Por de pronto tiene que ser en absoluto infundada la noticia que da á Saravia en el departamento de Treinta y Tres.

Si eso fuera cierto ya se sabría en los departamentos limítrofes y la noticia habría llegado aquí inmediatamente, puesto que el telégrafo funciona regularmente en los departamentos de Minas, Maldonado y Rocha.

Noticias de la frontera, perfectamente confirmadas, afirman que más de tres mil insurrectos han pasado al Brasil. — Pues bien: eso importa el desgrane total del ejército de Saravia si se recuerda que aquel caudillo apenas llevaba cuatro mil hombres escasos cuando pasó huyendo por Melo ».



GENERAL MANUEL BENAVENTE, JEFE DEL EJÉRCITO DEL NORTE

El mismo diario explicaba las interrupciones telegráficas ocurridas repentinamente en las líneas del Este de la República por la acción de una partida insurrecta que *merodeaba* en el departamento de Treinta y Tres.

Dos días después, el 29, *El Día* publicaba el siguiente suelto:

« Podemos asegurar que la guerra, como guerra de batallas, ya está concluida; lo que queda por hacer, es, solamente, cuestión de caballos. Efectivamente, la insurrección ha entrado en el período de competencia en velocidad. Ya no piensa en batirse sino en correr ligero. Saravia, viéndose fracasado como general de ejército, sintiéndose impotente, no diremos ya para resistir, sino para sostenerse en forma decorosa ante las fuerzas legales, ha resuelto transformarse en jockey criollo, de los que corren con media vincha en la frente, para alivianarse más y andar más ligero, sin perseguir otro propósito ni otra esperanza, que mortificar y perjudicar al país con sus impotentes correrías.

Pero, todo hace creer que Saravia jockey no será más afortunado que Saravia general. Se sabe, por de pronto, que gracias á la previsión del gobierno, no encontrará caballos en que correr en los campos que cruce, y que tendrá que hacer toda la carrera con los ya transidos, que actualmente monta.

Por otra parte, detrás de él, y muy cerca, va marchando el general Muniz, que aunque es todo un general, es también un perfecto jockey.

No es aventurado adelantar que por donde quiera que vaya le saldrán otros generales jockeys, perfectamente dispuestos á amargarle la carrera.

Creemos inútil repetir que tanto el ejército del general Muniz como los otros elementos del gobierno que van á entrar en juego, cuentan con caballadas suficientes y en buen estado ».

Al día siguiente, agregaba, lacónicamente:

« El general Muniz, para quien no podía pasar inadvertida la composición del

ejército de Saravia, se ha limitado á destacar dos mil quinientos hombres de su ejército para perseguirlo ».

Y agregaba, en otro suelto, que fué muy comentado:

« Los que han tenido oportunidad de ver las últimas fuerzas que ha conseguido organizar Aparicio Saravia con los restos de su ejército deshecho por las fuerzas legales al mando del general Muniz, hablan de ellas como podrían hacerlo de una legión fantástica que no es de estos tiempos ni de estas edades.

« Parece que una gran parte de esas fuerzas están formadas por menores que, seguramente, han de hacer la patriada suspirando por sus madres abandonadas á la fuerza. Y para que todo esté en consonancia, esas criaturas, por la escasez de caballos, van montados en potrillos. De manera que, en conjunto, producen la impresión de una división minúscula, una verdadera división liliputiense...

« Y era con estos elementos que Saravia pensaba entrar en Montevideo! »

Sinembargo, la verdad es que Saravia había rehecho sus fuerzas, que había cruzado el departamento de Treinta y Tres, y que bajaba con los mejores elementos de su ejército por la línea divisoria de Florida y Minas, en dirección á la Capital, dejando á los tres grandes ejércitos del gobierno — el de Muniz, el de Benavente y el de Vázquez — á un centenar de leguas á sus espaldas, y sin caballadas para venir sobre él en marcha rápida y eficaz...

Dejemos al grueso del ejército revolucionario operar su imprevista retrogradación al centro de la República y ocupémonos de otros hechos de menor cuantía que desarrollándose en diferentes puntos de la República evidenciaban que la revolución en vez de estar dominada tendía á generalizarse.

La sorpresa de Bañados de Rocha

Hemos dicho ya que Carmelo Cabrera había recibido orden de pasar al Norte del Río Negro. Efectuó ese pasaje sin ningún inconveniente y el día 21 de Enero ya se hallaba sobre la línea férrea que conduce á Rivera. Su marcha, como se ve, había sido rapidísima.

Una columna insurrecta, bastante crecida, de la gente de Cabrera, atacó en la estación de Bañados de Rocha á un tren en que iban 25 soldados, aprovechando el momento del descarrilamiento del ferrocarril, que se produjo por haber sido obstruída la vía ex profeso por los revoltosos. En esa emboscada cayeron heridas 4 personas de la fuerzas legales, entre ellas el teniente Gau que iba al mando de éstas.

Los heridos dijeron que murieron tres ó cuatro de sus compañeros; el caso es que de los 25 soldados sólo regresaron á San Fructuoso los cuatro heridos á que antes hemos hecho referencia.

Los 24 hombres que iban con el teniente Gau se proponían llegar á Rivera en busca de una caballada.

Salieron de San Fructuoso á las 2 de la tarde del día 21 y los cuatro heridos fueron llevados en el mismo tren á las 7 de la tarde de ese mismo día.

El teniente Gau presentaba un balazo en el tórax, considerado de gravedad.

Los atacantes lleváronse las armas y municiones que conducía la comisión gubernista.

Según las versiones que circularon á raíz del suceso, el señor Carmelo Cabrera se valió de una estratagema para sorprender al piquete. Diciéndose oficial del gobierno pidió por telégrafo á Tacuarembó refuerzos para conducir caballadas.

Como en San Fructuoso había escaso número de fuerzas, se mandaron en un

tren tan sólo 25 hombres. Al llegar al paraje donde debían encontrar las fuerzas que, según el despacho, estaban esperándolos, descarriló el tren y una descarga seguida de otras muchas ultimó á casi todos los soldados, de los cuales sólo unos 8 pudieron escapar á la emboscada.

Las noticias oficiales confirmaron que fuera de los muertos y heridos que hubo en la acción, los demás hombres de la partida, unos veinte, fueron tomados prisioneros y quedaron en ese carácter sin sufrir ningún vejamen.

El capitán y el teniente que mandaban la partida legal, fueron puestos inmediamente en libertad á pedido de un caudillo nacionalista, que resultó pariente de uno de los oficiales.

Expedición Cabrera

Durante su estadía en San Fructuoso, Carmelo Cabrera, con un aparato que llevaba para intervenir el telégrafo, y para recibir y trasmitir comunicaciones, hizo, según cuentan, varios despachos telegráficos al gobierno pidiéndole tropas para éste ó para aquel punto.

A su paso por Tacuarembó, Cabrera echó mano de otra treta destinada á difundir el engaño en las fuerzas legales.

Al efecto, refistoleando escrupulosamente el cuartel que ocupaba el 1.° de Cazadores y los depósitos de la Jefatura, encontró quinientos ó seiscientos uniformes destrozados que se habían abandonado por inútiles, y con ellos disfrazó á sus soldados.

Al retirarse Cabrera de Tacuarembó al frente de sus insurrectos disfrazados, llevó en un carro el resto de los uniformes que no tuvo en quienes emplear.

El 27 de Enero recibió el gobierno noticias de que las fuerzas de Carmelo Cabrera habían hecho volar el puente de Tres Cruces.

Este se encontraba seis leguas más allá de San Fructuoso, antes de llegar á la estación Bañados de Rocha.

Pocos días después, á comienzos de Febrero, al llegar á la costa del Uruguay, las fuerzas de Cabrera inutilizaban, con explosiones de dinamita, el magnífico puente sobre el Arapey.

Seguidamente Cabrera se dirigió con su gente á Belén, sobre la costa del Uruguay. Las fuerzas volvieron á internarse en dirección al Arapey, mientras el ex jefe político de Rivera se trasladaba á Concordia, desempeñando una misión. En Concordia el señor Cabrera se dejó reportar, acerca de los últimos sucesos en que había tomado parte.

Dijo que el combate de las Conchas habia durado siete horas y había sido mantenido vivamente, y que la artillería de Muniz hizo gran derroche de cañonazos sin herir á nadie.

Agregó que en el Cerrezuelo el combate fué reñido y que las tropas gubernistas llevaron la peor parte.

Manifestó que de allí las fuerzas revolucionarias siguieron hasta el paso de Ramírez donde cambiaron de dirección, siguiendo un plan establecido de antemano.

En ese punto se separó él con su división, para dar cumplimiento á la misión que se le había confiado.

Agregó que la artillería gubernista fracasó por completo, y que tiraba siempre á distancia de 4.000 metros y no hizo ninguna baja, ni siquiera hirió un caballo.

Declaró que las granadas que arrojaban no reventaron, y que por lo que respecta á las ametralladoras, no las vieron nunca.

Confirmó que Saravia había eludido la persecución de Muniz mandando la

gente desarmada con rumbo á la frontera, ordenando á los coroneles Noblia y Basilio Muñoz que le cubrieran la retaguardia, tratando con sus fuegos de atraer sobre ellos al ejército gubernista.

Agregó que Muniz se había engolosinado cuando vió que la columna en retirada corría á estrellarse en la frontera, y que siguió tras ella á marcha forzada y reventando caballos.

Dijo que debido á este hábil plan, se había logrado que Muniz enviara varios partes al gobierno anunciándole el desbande de los revolucionarios y su internación en el Brasil y que, entretanto Saravia, pasando por el flanco derecho del ejército gubernista, marchaba rápidamente al Sur con 12.000 hombres bien armados, tropa elegida y abundante y excelente caballada.

Terminaba Cabrera diciendo que Muniz había seguido con su parque pesado y su caballada completamente reventada, imposibilitado de dividir su ejército por temor de una sorpresa.

El 7 de Febrero, el señor Cabrera, tomó el tren del ferrocarril Argentino del Este. En el mismo tren se embarcaron el coronel López Jáuregui y otros nacionalistas que se encontraban procedentes de Paysandú, en Concordia.

De Federación se les incorporaron los emigrados que estaban allí, que serían más ó menos 80 hombres.

También en Chajarí subieron al tren alrededor de 25 hombres.

En Monte Caseros se les incorporaron los contingentes nacionalistas que se habían reunido en el Timboy.

Todas esas fuerzas que reunía Cabrera debían servir de plantel al futuro Ejército del Norte, que después estuvo al mando del señor Guillermo García. (1)

(1) Entrevistado en Concordia el señor Carmelo Cabrera á propósito de la marcha que hiciera con su columna después de haberse separado del ejército revolucionario, dijo lo siguiente, que fué publicado por *La Prensa* bonaerense con fecha 7 de Febrero:

«Dando cumplimiento á una misión que me fué encomendada por el general Saravia, me separé del ejército con 500 hombres bien armados y municionados, destinados á servir de plantel á la división Presidente Oribe, y 150 hombres más para plantel de otra de las divisiones que deben componer el ejército que estamos formando con las incorporaciones de los departamentos del Norte.

Llevaba excelente caballada y pude hacer una marcha continua y rápida atravesando el Río Negro por el paso Ramírez y siguiendo hasta las inmediaciones de Polanco en el límite de Tacuarembó y Durazno.

Allí, por varias comunicaciones, dime cuenta de que no podría cumplir la misión que se me había encomendado y traté de regresar al ejército, atravesando nuevamente el Río Negro por el paso ya citado de Ramírez. No pude realizar este propósito.

El general Saravia se había dirigido con rumbo al Cordobés y el ejército del general Muniz se me había interpuesto. Además, el paso estaba defendido por fuerzas gubernistas, y si las atacaba, la columna de mi mando hubiera ido á estrellarse con el grueso del enemigo. Seguí entonces una marcha oculta por el monte y pasé por una picada á retaguardia del ejército del general Benavente, siguiendo á Tacuarembó con miras de operar sobre Rivera.

El 22 detuve la marcha para dar paso á una fuerte columna gubernista que se incorporaba al ejército.

El día estaba lluvioso y nublado y la columna no se dió cuenta de mi presencia, desfilando á distancia de una legua aproximadamente y atravesando el Río Negro por el paso Baltasar.

Ocupé en seguida el Bañado de Rocha, donde recibí la incorporación del mayor Basilio Villanueva.

Allí tuve informes de que Tacuarembó estaba ocupado por una guarnición de cien hombres del gobierno y resolví atacarla, pero como la linea telegráfica estaba expedita, autoricé al mayor Villanueva para que hiciera un telegrama al jefe de la plaza diciéndole que

El 20 de Enero la Agencia Havas, comunicó á la prensa la siguiente nota:

« Rogamos á nuestros abonados se sirvan disculparnos si el servicio matutino no les llega á la hora debida. El motivo es el hallarse cortadas las líneas telegráficas ».

Acción de Arazatí

Esa interrupción había sido causada por los grupos insurrectos, que desde el levantamiento de Agüero y de Bastarrica, del cual ya se ha dado cuenta, pululaban en los alrededores de San José. El 20 de Enero salieron de los montes de San José, atravesando al día siguiente la línea férrea que conduce á Montevideo perseguidos muy de cerca por las fuerzas de los comandantes Benítez y Foglia Pérez.

Durante el tiroteo sufrieron varias bajas.

Las fuerzas del coronel Foglia y Pérez se componían de 50 hombres del 3.° de cazadores al mando del capitán Canto, teniente 1.° Amarano Matos, subtenientes

mandara un tren con tropas para atacar á una partida revolucionaria que había aparecido por las inmediaciones, firmando con el nombre del comisario Fleitas.

Poco después llegó el tren con treinta y tres hombres al mando del capitán Moreira.

El tren no fué descarrilado, como se ha dicho. Entró á la estación y entonces el mayor Villanueva lo rodeó con 200 hombres, dándole orden de rendirse.

El capitán Moreira demostró ser hombre de entereza y resistió, pero se le hizo una descarga cerrada que le mató seis hombres y le hirió ocho, con cuyo motivo el valiente oficial se entregó.

El capitán Moreira y los prisioneros fueron desarmados y puestos en libertad.

Al día siguiente, 24 de Enero, entré en Tacuarembó, de donde se habían retirado ya, aprovechando un tren de que disponían, las fuerzas que quedaban en la plaza. Allí hice un buen botín de guerra. Tomé 1500 uniformes de infantería y caballería, usados, pero en buen estado de conservación, 500 lanzas, 30 ó 40 armas de fuego, varios miles de tiros y una cantidad de pertrechos del Regimiento 4.° de caballería, como ser ponchos, botas, monturas, etc. Recibí allí la incorporación de los mayores Latorre y Palomeque y varios oficiales con un efectivo de 200 hombres de tropa. Seguí luego marcha lenta, hasta el 29, para reunirme con la división Rivera y luego de recibir las incorporaciones continué marcha hasta aquí ».

Preguntado si era cierto que las fuerzas de su división penetraron en la estancia del coronel gubernista Cándido Viera, dijo:

« A la estancia no: en el pueblo tuve noticias que en la casa particular de Viera había un depósito de armas y procedí á un registro, sin ninguna ostentación de fuerza. Encontré allí 500 uniformes flamantes, todavía enfardados, y cuatro máusers de repetición; nada más se encontró allí. Con esos uniformes y los 1500 de que le he hablado antes, he uniformado á la mayoría de la división, pues no me alcanzaron para todos ».

Preguntado si era cierto que en su división se habían hecho algunos fusilamientos, dijo:

— « Es perfectamente exacto. Previo consejo de guerra, el 30 de Enero fué fusilado el alférez Felipe Liveiva en la estancia de Etchegaray, en Rivera, á inmediaciones de Tacuarembó, y el 31 del mismo mes el alférez Servando Silva, sobre los que pesaban acusaciones plenamente comprobadas de motineros y de haber cometido actos de bandolerismo ».

Preguntado si esperaba nuevas incorporaciones, dijo:

— « Estoy recibiendo incorporaciones y espero algunas de importancia.

Esta división que está extendida en diversos puntos de esta parte Norte del Río Negro no es precisamente de mi mando.

Es un ejército en formación que tendrá dentro de tres ó cuatro días alrededor de 4 á 4500 hombres. Por eso no hay completa cohesión, pues sólo en caso de entrar en acción ó de marcha regular formamos un todo homogéneo.

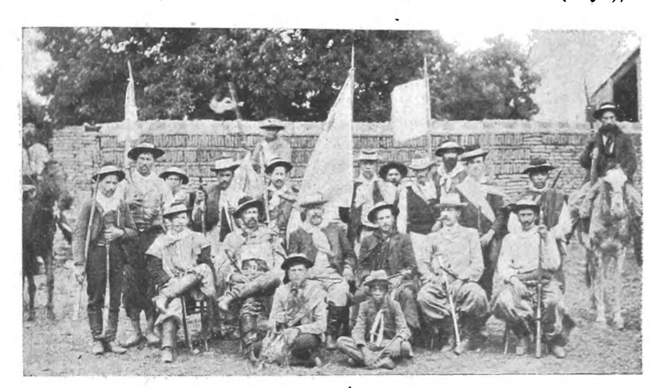
Una parte de esas tropas las mandará el coronel Guillermo García.

Una de las divisiones se encuentra á las órdenes del bravo coronel Amilivia, y otras se hallan bajo el comando de otros jefes hasta la completa organización de este ejército, el que hay el propósito de que en su mayoría se componga de infantería.

Todo esto estará definitivamente organizado dentro de breves días, en los que se habrán recibido las incorporaciones que se esperan y todo el armamento y munición que se está comprando ».

Reco, Vila y Santos, este último de la Urbana de San José. Iba el escuadrón de Seguridad y el batallón Extramuros, ambos de la capital al mando respectivamente de los coroneles Montoro y Cancela, un escuadrón de 150 hombres al mando del capitán Domingo Fernández, el batallón de la división de San José al mando del comandante Laguarda, del cual era segundo jefe el mayor Morell, una pieza de artillería Canet al mando del capitán Silveira Colina y teniente 1.° Lagomarsino.

El 23 salió la columna, de la estancia de Urbano Echenique entre los arroyos Tala y Sarandí, y siendo aproximadamente las 4 a. m., después de una fuerte marcha de 7 horas, en la cual hizo muy cerca de diez leguas, acampó en la estancia de la sucesión de Pedro Velazco, en el paraje llamado Rincón Gallego, cerca del arroyo Pavón. A las 2 1/4 llegó aviso de las avanzadas de que habían visto fuerzas enemigas en el monte, y que al hacer una exploración arriesgada había sido herido el teniente 2.° Francisco Fernández (hijo), sufriendo una descarga del enemigo que se hallaba completamente oculto.



COMANDANTE AGÜERO, OFICIALES Y SOLDADOS REVOLUCIONARIOS QUE PELEARON EN ARAZATÍ

La columna se puso en marcha inmediatamente, hacia el paso del Sauce del Arazatí, á donde llegó al poco rato, presentándose frente al amplio monte que cubre las márgenes del bañado. Contribuía á la mayor densidad de la espesura, un matorral inmenso de espadañas, de tres metros de altura, que cubre la vasta extensión de las orillas y va hasta el paso, dominándolo todo con exuberancia pasmosa.

Para llegar al famoso paso es necesario afrontar el riesgo de un desfiladero de dos metros de ancho, por el que es imprescindible caminar como dos cuadras, hasta llegar al arroyo, y pasado éste transitar otro tanto por sinuosidades y nuevos senderos hasta alcanzar el terreno despejado. A los costados de la senda, espadañas lo cubren todo.

Se presumía que los insurrectos hubieran tomado sus mejores disposiciones en el mismo paso para hacer una defensa eficaz, encubiertos por la espesura y amparados en defensas naturales en aquel punto, por lo cual el coronel Foglia Pérez tuvo eso en cuenta al tomar las primeras disposiciones.

Por si era necesario hizo emplazar una pieza de artillería sobre la cuchilla, á 400 metros del paso, y para disparar á 2.000 metros sobre el monte pequeño de sauces donde se notaba á la distancia movimiento de revolucionarios. Dispuso que las fuerzas del 3.° se tendieran en guerrilla sobre los flancos del paso y que el coronel Montoro, con el escuadrón de seguridad, llevara una carga, dando el coronel Foglia Pérez el ejemplo temerario de ir adelante con el comandante Bagnasco, y hacer que fueran más adelante aún los ayudantes, entre los que iban el

capitán Guillermo Busch, tenientes Martínez y Manuel Díaz, el baqueano Manuel Merila, teniente Patricio García, subtenientes Ramón González y Leonato Barreto, cabo de la escolta Jerónimo Carbelo, clarín León Martirena. Entraron en el desfiladero al galope, y cuando ya se hallaban en pleno arroyo el capitán Busch, teniente Martínez, baqueano Merila y los otros ayudantes, éste señaló al teniente un individuo que había descubierto entre los matorrales. Al mismo tiempo se oyeron pequeñas descargas á boca de jarro, una por la derecha, dos por la izquierda, y los citados oficiales y el vaqueano dieron vuelta: Martínez estaba herido y se sostuvo poco más sobre el caballo.

Cuando aparecieron el coronel Foglia y los demás, Martínez había caído. Nuevas descargas del enemigo oculto se hicieron sobre el jefe y sus acompañantes. Dijo entonces el coronel: « A ver ese escuadrón si se mueve! » y dió vuelta como á buscarlo, pero ya venía. Sufrió descargas el escuadrón, y no pudiendo evolucionar en tan estrecho espacio y no viendo al enemigo, retrocedió al punto de partida, siendo el último en salir el coronel Montoro, que sufría el vivo fuego del enemigo.


COMANDANTE PEDRO BASTARRICA, JEFE DE LA URBANA SUBLEVADA EN SAN JOSÉ

En ese momento llegaba del pueblo un chasque con correspondencia para el jefe y oficiales.

Todos recibían noticias de sus familias. El coronel Foglia dió á un ayudante para que leyera, una carta que le estaba dirigida y el ayudante la leyó hasta la mitad, pues le bastó saber que se hallaba mejor su hijo, que había dejado enfermo y dijo: « Dejo lo demás para después».

En seguida Foglia llamó al capitán Canto. Este, recostado en un sauce leía una carta de su esposa, y cuando oyó el llamado se dirigió al subteniente Recto y le dijo: « Estaba leyendo esa carta de mi señora. Hágame el servicio de guardármela para después ».

Volvió el coronel Foglia al paso con el capitán Canto y los demás ayudantes llevando una nueva carga, después de hacer funcionar el cañón, aunque el enemigo estaba completamente oculto. En las descargas con que fueron recibidos cayó el capitán Canto. La estrechez del paso dificultaba la acción de las fuerzas gubernistas. Había que aglomerarse para entrar al sendero, evitando los tembladerales de los costados, y esa circunstancia era aprovechada por los insurrectos que, desde la espesura, hacían blanco seguro, á cincuenta ó sesenta metros. Los fuegos se cruzaban de tal modo, que la posición de los atacantes resultó insostenible. Se tocó *retirada*.

Los gubernistas tuvieron además de los oficiales citados, heridos el teniente 2.° Francisco Fernández, dos soldados del 3.°, un clarín del Escuadrón de Seguridad y un soldado del batallón de la división San José.

El monte del Arazatí, donde se libró el combate, es uno de les montes más espesos de la República. — Es una rinconada sobre el Río de la Plata que tiene tres leguas de ancho, comprendida entre los arroyos Pavón y Pereira, los que en su desembocadura son muy profundos, por lo cual el monte queda casi encajonado. Está defendido por un tembladeral peligrosísimo de muchas cuadras de ancho que va desde uno á otro arroyo, paralelo á la costa del Río de la Plata. No tiene más entrada que una senda sinuosísima en el centro, por la cual apenas puede pasar un carruaje.

El Arazatí en peligro

El monte es espesísimo y secular. Hace años todavía se veían rosales cuyos troncos eran de verdaderos árboles y naranjos silvestres que formaban *islas* inmensas. Hay además tunas, talas, enredaderas grandísimas, todo lo cual lo hace casi impenetrable. De ahí que siempre haya sido el refugio de matreros y revolucionarios.



CORONEL FOGLIA Y PÉREZ, JEFE DE LA FUERZA GUBERNISTA QUE PELEÓ EN ARAZATÍ

Como el coronel Foglia y Pérez no pudo entrar al Arazatí, se proyectó incendiar el vasto y poético monte, para ahuyentar á los revolucionarios. Ese monte quedó cercado por ochocientos hombres de la división Canelones al mando del general Carámbula, y se pensó darle luego fuego por sus cuatro costados, si los nacionalistas en armas que se habían refugiado en la espesura de sus matorrales, no obedecían á la intimación del jefe gubernista, y no se presentaban deponiendo las armas. Sucesos posteriores, obligaron al general Carámbula á levantar el cerco y el monte se salvó.

Un incendio en el Arazatí hubiera resultado uno de los espectáculos más bellos y terribles que pueden imaginarse. Para describirlo se necesitaría la pluma de Rudyar Kipling!

En cuanto al oficial que cayó cumpliendo su deber en la emboscada de Arazatí era un hombre joven, de familia distinguida en la sociedad montevideana, y de notoria ilustración en el arte de la guerra.

El capitán Canto

Fracasada la revolución del Quebracho, el futuro capitán Julio Canto emigró á playas argentinas, ingresando al ejército á inmediatas órdenes del que más tarde fué general Capdevila, revelándose como un oficial instruído y aplicado.

Vuelto á su patria el año 1894, sentó plaza de alférez en el batallón de cazadores número 1, en el cual permaneció hasta 1897, época en que, habiendo estallado el movimiento insurrecto de todos conocido, pasó á desempeñar el cargo de

ayudante del coronel Leleu, encontrándose en la batalla de Cerros Blancos.— Concluída la guerra fué ascendido á capitán y comandante de compañía en el batallón número 2, y en el mes de Enero, habiendo pasado al número 3, se le comisionó para que al frente de su compañía diera batida en el monte, donde encontró tan inesperada y prematura muerte.

El día 25 de Enero llegaron á la capital de San José, los restos del capitán Canto y del teniente 1.° Leopoldo Martínez.

Numerosa concurrencia llenaba las aceras en los alrededores de la estación del ferrocarril.

Una compañía del batallón 5.° de guardias nacionales, al mando del capitán Carlos Dupré, se situó á las 9 a. m. en el corredor interno de la estación del ferrocarril para rendir honores á los caídos.

En el interior de la estación se hallaban oficiales de casi todos los batallones de guardias nacionales y de la Academia General Militar.

Los ataúdes fueron bajados de los vagones á las 9 y 25 a. m. por oficiales del ejército y colocados en los carros fúnebres.

En otros puntos de la República había habido también encuentros más ó menos sangrientos, al mediar la segunda quincena de Enero. El 23 el comandante Grau al frente de unos sesenta hombres que salieron de Mercedes, dió una batida á un grupo de revoltosos que merodeaban por la Agraciada. Después de tirotearlos vivamente los siguió durante tres horas tomándoles caballos y algunas armas.

Nuevos encuentros

Dos ó tres días después, ese mismo grupo revolucionario pretendió imponer rendición á las autoridades policiales de Nueva Palmira, aprovechando la ausencia de los guardias nacionales de la localidad.

El comisario, auxiliado por algunos vecinos y ciudadanos colorados, obligó á los revolucionarios á refugiarse otra vez en el monte. Algunos huyeron en un lanchón, á las islas argentinas.

El gobierno envió á Palmira al vapor *Ingeniero* armado con un cañón y dos ametralladoras para que defendiera las cercanías del puerto. Los revolucionarios se corrieron entonces hacia el Carmelo.

El 26 de Enero, el coronel Carabajal, prestigioso jefe de las milicias minuanas, comunicó que en el valle del Aiguá había tiroteado y batido completamente á un grupo de revolucionarios. Los revolucionarios sufrieron la pérdida de varios hombres.

El capitán Segovia, de las milicias de Pando, apresó ese mismo día, en las cercanías de Mosquitos á ocho ciudadanos nacionalistas que se habían alzado en armas y buscaban la incorporación de las partidas revolucionarias.

En combinación con el mayor Rufino Torres, el capitán Segovia hizo rodear el monte del Sarandí, intimando la rendición á los nacionalistas ocultos. Estos, al principio, no hicieron caso, y entonces las fuerzas gubernistas comenzaron un fuego graneado sobre el monte. Después de gastar trescientos tiros, consiguieron que los ocho revolucionarios se entregaran con su armamento consistente en dos máusers, dos lanzas, y una pistola.

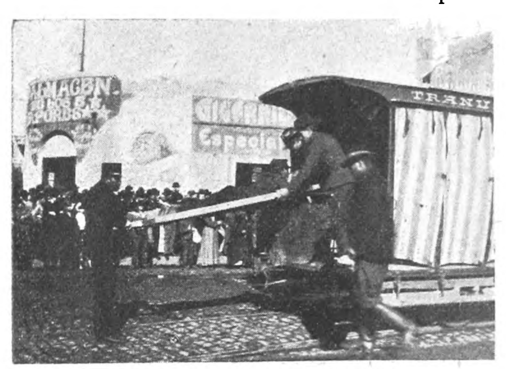
En el primer momento se había supuesto que se trataba de una partida numerosa, que se debía haber alzado la noche anterior para ir á incorporarse con las fuerzas de Saravia, pero el resultado de la batida no correspondió á las esperanzas del capitán Segovia. Resultó el parto de los montes...

Comentando estos últimos sucesos decía *La Nación* bonaerense del 29 de Enero: «Nuestros pronósticos sobre la crisis de la revolución uruguaya, que parece degenerar en la guerra primitiva de sorpresas y correrías, se van cumpliendo en todas sus partes: las emboscadas de Tacuarembó y Arazatí, fruto la primera de la disgregación de las fuerzas revolucionarias y la segunda del conocimiento de las ventajas naturales, así lo prueban de una manera inequívoca.

Comentarios de "La Nación"

El mismo silencio del gobierno oriental, que aumentará, si cabe, la ansiedad reinante fomentando dudas y esperanzas, no es en este caso más que una consecuencia lógica de esa guerra de montoneras, de guerrillas, que lo fía todo en el éxito basado en la sorpresa del detalle, contra las leyes comunes que confieren absoluta superioridad al más fuerte y al más disciplinado.

Fracasada la revolución nacionalista como demostración de energías vitales, como ostentación de milicias ciudadanas capaces de medir sus fuerzas con más ó menos éxito en los campos de batalla, en los combates reglados de desarrollo y resultados científicos, era inevitable la iniciación del sistema primitivo de las pequeñas acciones, de los encuentros aislados, no sólo por la idiosincrasia del generalísimo revolucionario y de sus tenientes, sino por las condiciones topográficas del suelo uruguayo donde las sierras, las asperezas, los ríos, los bosques, se suceden en las zonas más reducidas y á veces con la exuberancia y el aspecto agreste de los países tropicales.



LLEGADA DE HERIDOS Á MONTEVIDEO

En la historia de las guerras civiles del país vecino, que abraza las fechas 1830 y 1904, sin mayores intervalos de paz estable, aquel sistema primitivo ha sido el recurso de las masas campesinas sublevadas».

Resulta verdaderamente curiosa esta transcripción por el desmentido que los hechos dieron á todas y á cada una de las apreciaciones transcriptas. *La Nación* decía todo eso, tres días antes de la batalla de Fray Marcos.

Estos repetidos combates habían acumulado en los hospitales gran cantidad de heridos. El 20 de Enero salió para Nico Pérez la 4.ª expedición de auxilios con los doctores Arrizabalaga, Quintela, Scoseria, Morquio, José Brito Foresti y Mondino.

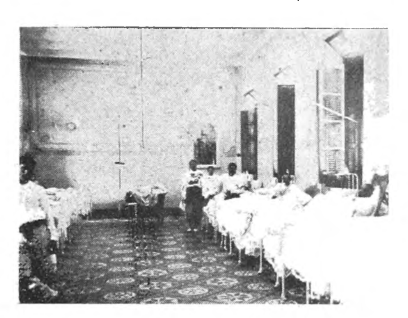
Los heridos gubernistas

De Nico Pérez siguieron para el Cordobés en cuyo punto se encontraba el doctor Navarro al frente de otra expedición.

El 21 de Enero, había en el Hospital de Caridad, procedentes de los ejércitos beligerantes, los siguientes heridos:

Paulino Noble, soldado del 6.º de caballería, bala en el cuello; Mauricio Alfonso, división de Treinta y Tres, bala en el flanco izquierdo; Zoilo Recoba, cabo 1.º del 6.º de caballería, bala en las partes blandas de la pierna izquierda; Florentino Alvarez, división Tacuarembó, bala en el muslo con fractura del fémur; Rosario

Díaz, división Florida, bala en las partes blandas del antebrazo derecho; Ventura Gómez, división Tacuarembó, bala perforante del fémur; Carmelo Araújo, soldado de la división Minas, bala en el pulmón derecho; Ramón Fariña, de la división de Canelones, contusiones en ambas piernas; Ramón Roja, soldado del 6.° de caballería, bala en el pie izquierdo; Pedro Izquierdo, soldado del 4.° de caballería, bala en el brazo derecho; Gregorio Belis, nacionalista, bala en el pulmón izquierdo; Angel Cores, cabo 1.° del batallón 5.° de cazadores, fractura del brazo y pierna derecha; Avelino Santos, teniente 1.° de la división Treinta y Tres, bala en la parte superior del fémur izquierdo; Alberto Lerena, de la división Treinta y Tres, bala en la mano izquierda; Isidoro Arballo, teniente 2.° de la división Mercedes, bala en el maxilar inferior; Juan Farías, cabo 1.° del 2.° de cazadores, bala en el pulmón izquierdo; Luis Codure, de la división Rocha, bala en el codo derecho; Esteban Morales, de la división Florida, bala en el fémur derecho; Joaquín Morales, de la división Florida, bala en el fémur izquierdo; Gabino Agüero, soldado del 2.° de caballería, heridas de lanza; Advíncula San Martín, soldado del 6.° de caballería, bala en el fémur de la pierna izquierda; Juan Pereyra, de la división Minas, bala en la pierna derecha Ladislao Ramírez, de la división Mercedes, bala en la región lumbar; Mario Sensión, de la división Minas, bala en el hombro izquierdo; Avelino Lavarandera, sargento 1.° de la división Florida, bala en el muslo derecho; Ramón Díaz, de la división Florida, bala en la región posterior del fémur derecho; Isabelino Bravo, nacionalista, bala en el muslo derecho; Saturnino Núñez, sargento 2.° del 4.° de cazadores, bala en el fémur de la pierna izquierda; Braulio García, de la división Minas, bala en la mano izquierda y otra en el tórax, costado izquierdo; Juan Pérez, de la división Mercedes, bala en el fémur, pierna derecha; Floro Villares, de la división Minas, bala en el muslo derecho; Daniel Luques Sartorio, nacionalista, de la división Cerro Largo, bala en el pie derecho; Eulogio Velázquez, de la división Minas, bala en el fémur izquierdo; Bartolomé Savio, cabo 2.° del 2.° de cazadores, bala en el fémur derecho; Urbano Batalla, soldado del 6.° de caballería, bala en el húmero izquierdo; Alejandro Píriz, soldado del 1.° de caballería, bala en el antebrazo izquierdo; Timoteo Ojeda, teniente 1.° del 6.° de caballería, bala en el muslo derecho; Francisco Olivera Navarrete, nacionalista, bala en el espacio supra clavicular derecho; Eladio Gutiérrez, teniente coronel de la división Mercedes, bala en la pierna izquierda; Pedro Tais, de la división Treinta y Tres, bala en la pierna izquierda.



HERIDOS EN EL HOSPITAL

Los heridos revolucionarios

Los nacionalistas, al pasar por Melo, habían dejado allí sus heridos, y el presidente de la Junta de Auxilios, doctor Pedro Figari, recibió el 22 de Enero el siguiente despacho referente á su número y á la situación en que encontraban:

« Los que suscriben han resuelto aceptar el cargo de miembros de la Subcomisión de Auxilios en Melo.

Urge el envío de material sanitario y sobre todo de muchos recursos; tenemos 200 heridos y constantemente hay nuevas entradas.

Las ambulancias de la Cruz Roja Uruguaya están constantemente en campaña transportando heridos y sepultando los muertos.

Hay instalados tres hospitales, uno en el edificio de la Junta, otro en la Escuela número 7 y en estos momentos se está gestionando la cesión de la casa de la Sociedad Española para establecer el cuarto hospital.

Probablemente todo será poco para atender á los muchos heridos que habrá en las inmediaciones del lugar donde se ha trabado la lucha.—*Doctor José Ortiz.*—*Juan Tartane*, farmacéutico.—Melo, Enero 22 de 1904.—(10 a. m.)».

Así que llegó á conocimiento de la Cruz Roja Uruguaya la triste tarea en que estaba empeñada la Comisión de la Cruz Roja de Melo, la Dirección se preocupó de auxiliarla con recursos. Al efecto dió orden para que se girara una fuerte suma telegráficamente. (1)

Pero Saravia no había dejado todos sus heridos en la capital de Cerro Largo.

(1) A continuación publicamos la lista completa de los heridos que la expedición á cargo del doctor Alfredo Navarro condujo de Melo á Nico Pérez:

Victorio Larronda, división de Rocha, bala en el tórax y en la mano izquierda; Roque López, división de Treinta y Tres, bala en el muslo derecho; Marcos Rosano, división de Treinta y Tres, bala en el pulmón izquierdo; Juan B. Jauregui, teniente 2.° de la división Soriano, bala en el pulmón izquerido; Saturno Rolan, division de Rocha, bala en la pierna izquierda; Regino Fernández, división Soriano, bala en el tercio inferior del fémur; Rosa Barrios, división Treinta y Tres, bala en la pierna izquierda: Santiago Ramírez, regimiento 2.° de Caballería, bala en el muslo izquierdo. Manuel Ortiz, división Soriano, bala en la región glútea; Juan Riso, Batallón 2.° de Cazadores, bala en la región glútua del muslo derecho: Eustaquio Sosa, Regimiento 2.° de Caballería, bala penetrante de la región lumbar; José Sepada, división de Rocha, bala en la pierna izquierda; Lucio Techera, división de Rocha, bala en la pierna izquierda y muslo derecho; Pedro Correa, sargento 1,° del 2.° de Caballería, bala en el brazo y antebrazo izquierdo; José Fernández, sargento 1.° del 2.° de Caballería, bala en el pie derecho y en la pierna izquierda; Mercedes Varela, Regimiento 6.° de Caballería, bala en la pierna derecha; Erasmo Rolan, división de Rocha bala en el antebrazo derecho; Juan Lemos, Batallón 2.° de Cazadores, bala en el pubis y brazo derecho: Julio Ferreira, división Soriano, herida cortante de la mano izquierda: Antonio Dorta, división Soriano, bala en la pierna derecha: Maximiliano Hernández (revolucionario) bala en el antebrazo izquierdo; Ubaldo González Galarza, Regimiento 2.° de Caballería, bala en la región abdominal; Antonio Saavedra, división Cerro Largo, (revolucionario) bala en el exófago y fractura de la espina del omóplato; Ataliba Lauz, división de Cerro Largo, (revolucionario) luxación del hombro y fractura del húmero derecho; Abelardo Ulerin, (revolucionario) bala del muslo derecho y pierna izquierda; Félix Dellagarria, (revolucionario) bala en la región frontal.

Los siguientes heridos fueron hospitalizados en Melo:

Luis Rodríguez, revolucionario, bala en la pierna derecha; Luciano Bermúdez, revolucionario, bala en el hombro con fractura de la espina del omóplato; Dionisio Medina, división Durazno, bala en el brazo y antebrazo derecho; Eleuterio Falcón, revolucionario, bala en la pierna izquierda; Irineo Valdez, bala en el muslo con fractura conminuta; Basilio Fernández, revolucionario, bala en la pierna izquierda.

Además de la lista de heridos publicada anteriormente, el doctor Navarro y los practicantes Biraben, Thevenet, Méndez, Loriente y Sanguinetti, curaron en la Jefatura de Melo, á catorce heridos pertenecientes á las fuerzas legales, asistiendo también una cantidad considerable de enfermos.

En vista de la cantidad de heridos y enfermos que llegaban de los ejércitos y en la imperiosa necesidad de procurarse recursos inmediatos, la Junta Central de Auxilios designó á los señores Carlos Morales, Benigno Jardín, Juan Golfarini, Juan Britos, Carlos Rodríguez Larreta, Carlos Becú, Alberto Palomeque, Jaime Costa, Alfredo Duhau, Ernesto Frías, Nicolás Mihanovich, Luis Linck, Pedro Christophersen, Enrique Fynn, Manuel de Rezabal, Roberto Payró, para componer en Buenos Aires la comisión recolectora de fondos destinados al auxilio de los heridos.

Con el mismo objeto se nombró en el Rosario de Santa Fe á los señores Diego Le Bas, Enrique Barker, Clodomiro Rodríguez, Antonio Defranchi, David Gianelli y Félix Woseflin

La mayor parte había sido conducida á la frontera, donde el jefe nacionalista había gestionado de antemano la formación de hospitales revolucionarios, sostenidos por la caridad de argentinos y brasileros. En efecto, un conocido caballero uruguayo residente en Buenos Aires, amigo y partidario de Saravia, habia recibido el siguiente despacho telegráfico:

« Bagé 13 de Enero.—Saravia pregunta si se puede levantar suscrición ahí para costear hospitales. Contésteme para ir inmediatamente.—*Sabino Posada*».

A este telegrama contestó el caballero aludido con este otro:

« Doctor Posada. — Bagé. — Si desgraciadamente continúa la guerra, podía hacerse suscrición.

Las damas uruguayas aquí residentes deberían ya iniciar el movimiento humanitario.—*N. N.*»

A Bagé habían llegado ya infinidad de heridos y dispersos revolucionarios, como se anunciaba en el siguiente despacho:

Bagé, 26 de Enero. (7.30 p. m.).—Esta ciudad se halla llena de heridos y dispersos revolucionarios. Parece hasta inverosímil la marcha que han hecho algunos de estos últimos, muchos de los cuales han huído antes de concluir los combates. Como sucede siempre con los dispersos, cuentan derrotas y desastres para justificar su conducta, por cuya razón se dá poco crédito á sus relatos.

Los heridos carecen casi de recursos para atenderse, no obstante que la población hace todo lo que puede en su favor, El doctor Posada y los señores Carlos Alberto, Medeiros, Mascarelhos y otros ciudadanos trabajan activamente para fundar hospitales de sangre y atender á los heridos, pero luchan con la falta de recursos. »

El auxilio argentino y brasileño

El Tiempo bonaerense acudiendo al pedido que hiciéronle infinidad de uruguayos y argentinos y en vista de no haberse podido organizar la comisión de damas á que hacía referencia uno de los despachos anteriores, para que corriera con la suscrición á favor de los heridos uruguayos, resolvió iniciarla en sus columnas, para remitir los fondos que obtuviera por intermedio de una comisión de caballeros orientales y argentinos.

Entre el doctor Posada y la dirección de *El Tiempo*, se convino lo siguiente:

Primero: La suscrición iniciada por ese diario sería destinada exclusivamente para los hospitales revolucionarios, que carecían absolutamente de toda clase de recursos. Esta resolución se tomó de acuerdo con las personas que figuraban ya en la lista de suscrición.

Segundo: El doctor Posada prometió secundar esa suscrición, buscando él mismo suscritores, ya fuera personalmente, ya por medio de comisiones y subcomisiones que nombraría.

Tercera: El resultado de la suscrición se invertiría en elementos para los referidos hospitales, instrumentos de cirugía, medicamentos, etc., y en camillas ó en un carruaje para trasportar heridos dentro de la zona de la República Oriental que abarcan las fronteras brasileñas; todo lo cual, como el dinero que sobrara, sería conducido por el mismo doctor Posada á los citados hospitales.

La comisión de damas no pudo formarse por esta razón: entrevistadas varias señoras, todas aceptaron formar parte de la comisión, pero exigieron que fuera su presidenta la señorita Carolina García Lagos, á quien no le fué posible aceptar por las razones de que da cuenta el siguiente párrafo de una carta:

« Dolorosamente impresionada por los sucesos á que usted se refiere, siento

como usted el deseo de ser útil en algo á esas infortunadas é inocentes víctimas: pero me es forzoso hacerle á usted saber, que estando completamente al cuidado de mi anciana madre enferma, me es imposible formar parte de la comisión de señoras que se ocupa en reunir fondos para el auxilio de los heridos: lo único que puedo y haré complacida, es formar parte de las contribuyentes ».

El 3 de Febrero llegaba á Buenos Aires el doctor Sabino A. Posada, salido de Río Grande, con el objeto de organizar en aquella ciudad comisiones de auxilios para establecer en Bagé y demás pueblos de la frontera brasileña hospitales de sangre, donde poder asistir á los heridos de la revolución.

El doctor Posada, junto con otros caballeros orientales, inició inmediatamente sus gestiones encontrando en todas partes la mejor acogida.

Los heridos revolucionarios, en número de 200 aproximadamente, llegados á la receptoría de Aceguá habían sido socorridos por una comisión de caballeros de Bagé formada por el doctor Posada, entregándoles ropas y objetos que se habían obtenido por suscrición entre las familias y el comercio de aquella ciudad.

Los médicos brasileños Pedro Osorio, Verisimo Díaz de Castro, Libio Vinhas, Nicanor Peña, Bruno do Prado y Manuel N. Larangeira, habían ofrecido sus servicios para atender á los heridos revolucionarios.

En Río Grande, Pelotas y Bagé se habían iniciado suscriciones públicas á favor de los heridos uruguayos. Los teatros todos ofrecieron beneficios íntegros. La hospitalidad brasileña no podía ser más generosa ni más amplia.

El doctor Posada había recorrido anteriormente las principales ciudades de la frontera brasileña en las cuales había iniciado suscriciones públicas en favor de los heridos revolucionarios.

Sus gestiones en Buenos Aires dieron por resultado que se embarcara el 29 de Enero en el puerto de La Plata la expedición sanitaria uruguaya, que iba á Bagé, por vía Río Grande, y que estaba á cargo del doctor José Luis Baena.

Le acompañaban en su humanitaria misión, los doctores Haedo Suárez y Risso Herrera.

Iban también con la expedición varios practicantes y un farmacéutico.

El propósito de la expedición era fundar hospitales de sangre en el Brasil para atender á los heridos insurrectos.

El 17 de Febrero, el doctor Posadas se presentó al directorio nacionalista radicado en Buenos Aires dándole cuenta de su misión y consultando si debía ó no continuar secundando la suscrición pública iniciada por *El Tiempo.*

El directorio de acuerdo con el doctor Posada y en vista de haberse formado una comisión de caballeros argentinos, en la reunión celebrada el día 10 en el Club del Progreso, para llevar á cabo los trabajos de pacificación en el Uruguay, contestó aquella nota con otra honrosísima para el activo y filántropo médico, conviniendo en dejar á esa comisión argentina que llevara adelante la suscrición pública, y que el doctor Posada, con los fondos recolectados por él, se trasladara inmediatamente á las fronteras brasileñas á cumplir la misión humanitaria que se había impuesto.

En efecto, llenado su objeto, el 24 de Febrero se embarcó el doctor Posada para Río Grande en el vapor *Juanita.* De dicho punto siguió viaje inmediatamente para los hospitales de Bagé, á cuyo frente se encontraba el señor Juan Ganzo Fernández.

El doctor Posada continuó las suscriciones que había iniciado en las ciudades de Río Grande y de Pelotas, con el humanitario propósito de costear una ambulancia para trasportar á Bagé los heridos diseminados en las fronteras brasileñas.

Los sucesos militares que acabamos de relatar, habían interrumpido por completo la vida industrial y agrícola de la campaña. Personas procedentes de diversos departamentos llevaban á la capital una impresión muy penosa de lo que habían visto en la generalidad de los establecimientos rurales. La mayor parte de las estancias por donde habían cruzado fuerzas del gobierno ó revolucionarias se encontraban sin peonadas, ya porque habían sido movilizados los hombres de armas llevar, ya porque se habían ido con los sublevados.

Estado de la campaña

Como los alambrados en su mayor parte estaban rotos ó caídos, se habían entreverado las haciendas vecinas ó se habían esparcido á los cuatro vientos. Por lo tanto, además de la pérdida que significaban las carneadas realizadas por los combatientes, los dueños de estancias sufrían ya la de los animales que se habían desparramado y que debía ser considerada como irreparable porque no alcanzarían á recuperarlos en caso de que la guerra se prolongara.

Los dueños de estancia que no se anticiparon á poner en seguro sus tropillas, ya trasladándolas al Brasil, Entre Ríos ó Corrientes ú ocultándolas en los montes, se hallaban sin caballos.

Únicamente los *matungos* inservibles ó las osamentas ambulantes se habían salvado de la general arreada. Tan grande había sido ésta que en determinadas zonas del país los mayorales de diligencias tuvieron que suspender los viajes por completa carencia de animales de tiro.

A todos esos males someramente reseñados, sin hablar de los muchos que padecía la agricultura, hay que añadir la plaga funesta de los matreros que como cuervos en busca de carniza, aparecieron y cundieron por el territorio tan luego como estalló la guerra.

Estos matreros que se refugiaban en las sierras ó montes á la aproximación de cualquier columna militar, fuera del gobierno, fuera insurrecta, salían de sus guaridas para cometer toda clase de atropellos apenas se habían retirado las fuerzas mencionadas.

A fin de proceder con más libertad y hacer que recayera la culpa de sus fechorías sobre supuestos adversarios, solían gastar divisa blanca ó roja, según las circunstancia y momento, para al amparo dé uno ú otro color cometer los más punibles atropellos.

Ante todas estas calamidades que la guerra difundía sobre el país, el Presidente de la República no perdía la serenidad de su juicio ni la tranquilidad de su conciencia. El 20 de Enero decía á un periodista argentino que había ido á reportarlo:

Entereza presidencial

—«Me encuentro dedicado en estos momentos á la defensa institucional del Gobierno y me sería difícil complacerlo prestándome á un interrogatorio periodístico, pues ni las circunstancias ni mis atenciones son propicias á un reportaje. En síntesis, puedo decirle únicamente que el Gobierno cuenta con los elementos de fuerza y de opinión suficientes para obtener el sometimiento de los rebeldes, y espero que este hecho se producirá en poco tiempo más. Los pretextos del alzamiento son conocidos. Causas no existen. Se trata de una rebelión sin bandera, que el juicio imparcial ha condenado. He sido injustamente agredido y á pesar de mi aversión personal á los medios violentos de represión, como gobernante he tenido que emplearlos y los emplearé decididamente desde que las instituciones nacionales están amenazadas y hay que salvarlas para dar á la República la paz que necesita.

—¿Y después del triunfo, señor presidente?—preguntó el periodista.

—Después del triunfo trataré de reparar los males de la guerra con una política amplia que tenga por base el funcionamiento perfecto de las instituciones».

Un corresponsal oficioso de *La Nación* bonaerense, que debía conocer á fondo la situación de ánimo y los propósitos del señor Batlle y Ordóñez frente á los sucesos que se desarrollaban, escribía con fecha 25 de Enero:

«Aun fuera del partido nacionalista, en el seno de las agrupaciones desligadas de todo espíritu de círculo, hay hombres de ilustración y de talento, deseosos de salvar la revolución y de prolongar la guerra para llegar así de nuevo á otra paz como la del 97. A esos hombres es á quienes van encaminadas todas las medidas, que como el funcionamiento de la leva y la disolución de las reuniones equívocas de legisladores nacionalistas denotan en el gobierno el propósito de concluir cuanto antes con esta situación. El actual Presidente de la República participaba también de las mismas ideas durante el período revolucionario de la administración Cuestas. A su juicio, el gobierno democrático debía ser algo así como un condominio libremente aceptado, que abarca no sólo la posesión de los cargos políticos, sino también de los medios de acción material.



JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ

Hoy persiste en la misma opinión; pero el ejercicio del poder le ha convencido, después de tantos trastornos y de tantas inquietudes, de que *en ese condominio una sola de las partes debe estar con el arma al hombro.* Por eso su propósito, conocido de las personas que están continuamente al habla con él, *es devolver á los nacionalistas, una vez terminada la guerra, las jefaturas que les correspondieron por el pacto de Septiembre, pero dándoles algunas de ellas—á las de la frontera—otra ubicación menos ventajosa para sus usufructuadores,* del punto de vista estratégico, y quitándoles á todas el carácter de plazas fuertes que habían adquirido.»

Corrida al Banco de la República

Las noticias confusas y contradictorias en un principio sobre los sucesos militares, contribuyeron á exagerar la nerviosidad y las desconfianzas de la población. El 17 de Enero viéronse muy concurridas las oficinas del Banco de la República. Acudieron á convertir billetes muchísimas personas poseedoras de la mayoría de la emisión menor, cuya conversión se hacía por cantidades de cuatro, cinco ó seis pesos. El Banco perma-

neció abierto hasta las 4 y 30 de la tarde, y respondió ampliamente á la conversión.

Los diarios al dar cuenta del movimiento, demostraban su confianza en la marcha y el buen estado del Banco.

El Tiempo decía: «El hecho ha causado extrañeza, pues la confianza en la firmeza de nuestras instituciones de crédito, está ya arraigada en el alto comercio, siendo prueba de ello, que ninguna firma caracterizada se presenta á convertir».

El Bien hacía constar el hecho diciendo: «No ha preocupado en lo más mínimo al Directorio del Banco, pues la situación de éste, es absolutamente sólida y segura y si algún reproche se le puede hacer, es de restringir demasiado la emisión menor.»

El *Diario Nuevo* escribía: «El Banco inspira confianza, á despecho de quienes se empeñaron en presentarlo como dudoso é incapaz de poder convertir en oro la emisión circulante. Era lógico que fracasara la tentativa. Desde que manejó fondos la primera institución nacional de crédito, está por encima de cualquier intriga, aunque fuera muy superior á la interesada que dirigió seguramente el pequeño movimiento de ayer. El Gobierno dispone de suficiente crédito en el Banco por su Ley Orgánica, y fuera de él, por los recursos que naturalmente están á su alcance, para que ninguna cabeza sensata pudiera creer razonablemente que á los quince días de la conmoción, ya habría recurrido á los fondos, al extremo de no dejarle ni los escasos dineros que son menester para reducir á plata la emisión fraccionaria. Madrugaron demasiado por ese lado. Tampoco podrían justificar la corrida, los rumores de desastrosa liquidación bursátil al fin del mes. El Banco de la República está fuera de la zona peligrosa.»

El 19 de Enero quebaba completamente dominada la corrida al Banco de la República. El público que acudió ese día solicitando la conversión fué poco numeroso, no quedando nadie en las cajas del Banco, mucho antes de que éste cerrara sus puertas.

Los diputados inasistentes

Desde el comienzo de la guerra civil los diputados y senadores nacionalistas, con excepción de los pertenecientes á la *minoría*, habían dejado de asistir á las reuniones del Cuerpo Legislativo. El 15 de Enero se reunió la Cámara de Representantes, para tomar en consideración diversas mociones que debían presentarse sobre emplazamiento de aquellos diputados nacionalistas, que estaban ausentes, por haber ido á engrosar las filas de la revolución.

Presentaron mociones en tal sentido los señores Cuñarro, Muró y Rodó. Ampliamente discutidas todas ellas, se resolvió pasarlas á estudio de una comisión especial, compuesta por los señores Floro Costa, Luis Varela, Cuñarro, Lauro V. Rodríguez y Eduardo Anaya.

Esta se expidió en cuarto intermedio aconsejando: 1.° Que se citara á los miembros que no hubieran asistido durante cinco sesiones consecutivas, sin haber recabado la inasistencia ó dado aviso á la Cámara con arreglo al reglamento, bajo apercibimiento de aplicárseles la pena que establece en su artículo 210.

2.° Que se citara á los diputados Fibrino Vianna y Carlos Roxlo, á quienes la voz pública imputaba haberse ausentado de la Capital para tomar parte en el movimiento revolucionario, á fin de que comparecieran en la sesión del 23 del corriente para dar explicaciones á la Cámara sobre los motivos de su inasistencia, bajo apercibimiento de aplicárseles la sanción del artículo 52.

3.° Que se declarara cesantes á los señores Carlos Berro y Rodolfo Fonseca, en virtud de su carácter de miembros del directorio de la fracción del partido nacional alzada en armas contra los poderes políticos del Estado, y en mérito de las facultades que el artículo 52 de la Constitución confiere á la Cámara, se procediera á la convocación de los respectivos suplentes ».

Este dictamen originó una larga discusión, en la cual tomaron parte los diputados Costa, Riestra, Cuñarro, Pereda, Rodríguez, Muró, Areco, Rodó y otros, resolviéndose por último aplazar la sanción para dos días después.

El 18 volvió á reunirse la Cámara de Representantes. Se puso á discusión el informe presentado en la sesión anterior por la comisión especial, respecto á la inasistencia de los diputados de la mayoría nacionalista, dando aquél motivo á un largo debate en el que se manifestaron partidarios de la sanción los diputados Costa, Muró, Anaya y Brito, y contrarios los señores Gregorio Rodríguez, Rodó, Pereda y Gil (D. Mario).—Puesto á votación fué rechazado.



DOCTOR RODOLFO FONSECA DIPUTADO NACIONALISTA DECLARADO CESANTE POR LA CÁMARA.

Se sancionó en cambio la moción siguiente, presentada por los diputados Muró y Rodó:

« Artículo 1.° Se emplaza á los señores diputados Carlos Berro, Carlos Roxlo y Fibrino Vianna, para que concurran á esta Cámara á la sesión que celebrará el martes 26 del corriente para dar cuenta respecto al delito de rebelión que se les imputa públicamente.

Art. 2.° Se cita por tres veces á los señores representantes que hayan dejado de asistir sin causa justificada, á fin de que concurran á las sesiones en cumplimiento de los deberes que les impone el artículo 208 del reglamento, con prevención de que si no lo hicieran durante tres sesiones consecutivas, se considerará que han hecho abandono del cargo y se procederá en consecuencia ».

El 26 volvió á reunirse la Cámara de Representantes y resolvió por unanimidad declarar cesantes á los diputados Carlos Berro, Carlos Roxlo y Fibrino Vianna, proceder á la convocación de los respectivos suplentes y citar á los diputados inasistentes á las últimas sesiones extraordinarias de la Cámara para que comparecieran en la sesión del 30 del corriente á dar explicaciones sobre la inasistencia, bajo apercibimiento de aplicárseles las sanciones á que hubiere lugar.

En la sesión del día 30 la Cámara de Representantes, por unanimidad, resolvió declarar cesante al doctor Rodolfo Fonseca, diputado por el departamento de Rivera, y aprobó la convocatoria á los señores Ismael Velázquez y Juan María Lago suplentes de diputados por Cerro Largo, que ocuparían las vacantes dejadas por Carlos Berro y Fibrino Vianna.

Ese mismo día ingresó á la Cámara el doctor Lago, previo el juramento de estilo.

En cuanto á los demás diputados nacionalistas inasistentes á las sesiones á que fueron citados, resolvió la Cámara pasar nuevamente el asunto á una comisión especial para que aconsejara el temperamento que debía adoptarse.

La intención de la mayoría de la Cámara era convocar cuanto antes á los suplentes, para impedir que el *ausentismo* de los nacionalistas pudiera traer, como consecuencia, la paralización de la labor legislativa.

El 20 de Enero celebraron una reunión preparatoria los senadores Albin, Pereda, Canfield, Pons, Lenzi, Gomensoro y Soca, cambiando ideas respecto á la inasistencia á las sesiones de los senadores nacionalistas.— Al día siguiente, el Senado celebró sesión para resolver sobre el emplazamiento de los senadores Aureliano Rodríguez Larreta y José Luis Baena.—Al efecto el senador Canfield presentó la siguiente moción:

En el Senado

«Se emplaza á los señores senadores por el Río Negro y Cerro Largo, ausentes del país sin licencia del Senado, por el término de ocho días, á fin de que comparezcan á dar explicaciones sobre su actitud política en las actuales circunstancias».

El señor Canfield al fundar su moción se expresó así:

«Nadie ignora que el país está convulsionado; nadie ignora que estamos en plena revolución, encabezada por un caudillo obscuro, ensoberbecido por los trabajos y esperanzas del directorio blanco nacionalista y que forman parte de ese directorio algunos de los señores senadores, los que olvidando los deberes que juraron cumplir, patrocinan y alimentan esa horda salvaje que desacredita y arruina y empobrece nuestra nacionalidad, esperanzados tal vez en su predominio en los poderes públicos y en los destinos del país, confiado hoy á un ciudadano llevado á la alta magistratura por el voto unánime de la asamblea legalmente constituída.



DOCTOR AURELIANO RODRÍGUEZ LARRETA, MIEMBRO DEL DIRECTORIO QUE SE ASILÓ EN LA LEGACIÓN ARGENTINA, Y FUÉ DECLARADO CESANTE POR EL SENADO.

«Los senadores por el Río Negro y Cerro Largo, es público y notorio,— añadió el orador,— que solicitaron auxilios de la legación argentina y se embarcaron para Buenos Aires, donde es público y notorio que tiene su asilo el comité guerrero de los revolucionarios que convulsionan al país.—

«El honorable Senado no puede, no debe tolerar en silencio esa falta, pues está en el caso de hacer efectiva la disposición expresa del artículo 52 de nuestra Constitución».

Agregó el orador que no hacía extensivo el emplazamiento al senador Navarrete, porque este señor obtuvo licencia del Senado con motivo de su convalecencia y los sucesos políticos lo encontraron el día 7 de Enero en Cerro Largo. Además no se tenían por el momento datos ciertos de que figurara en las filas revolucionarias.

Suficientemente apoyada la moción del señor Canfield, fué pasada á estudio de una comisión compuesta de los señores Espalter, Soca, Pons, Pereda y Albín, con encargo de expedirse con urgencia.

Reunido el Senado de nuevo al siguiente día, sin discusión aprobó por unanimidad el informe de la comisión especial que aconsejaba la sanción de la moción del senador Canfield, emplazando á los senadores José Luis Baena y Aureliano Rodríguez Larreta, para que dentro del término de ocho días comparecieran á dar explicaciones sobre su actitud política.

Con asistencia de los senadores Castro, Lenzi, Pereda, Albín, Canfield, Pons, Gomensoro, Espalter, Dufort y Soca, se reunió otra vez el Senado el día 2 de Febrero para tratar el mismo asunto.

Preguntada la mesa si había recibido alguna comunicación de estos señores explicando su inasistencia á las sesiones, la contestación fué negativa.

Por moción del senador Canfield se resolvió que una comisión especial informara sobre el temperamento que debía adoptar el Senado respecto á los doctores Larreta y Baena.

La comisión se expidió dictaminando como sigue:

«1.º Declaránse cesantes en el cargo de senador por los departamentos de Río Negro y Cerro Largo, respectivamente, á los doctores Aureliano Rodríguez Larreta y José Luis Baena.

2.º Pase á la comisión de peticiones para que informe qué suplentes corresponde convocar».

Puesto á votación este proyecto de resolución, fué aprobado por unanimidad.

Los "minoristas"

Desde que se constituyó, á raíz de producirse el alzamiento revolucionario, sesionaba todas las noches, la Junta Directiva del Partido Nacional, formada por elementos de la minoría nacionalista. La constituían los señores doctor Juan Gil, presidente; doctor Duvimioso Terra, primer vice; señor Rodolfo Vellozo, segundo vice; señor Juan A. Smith, tesorero; señores Lauro V. Rodríguez y Solano A. Riestra, secretarios; y señores doctor Andrés Lerena, Eduardo B. Anaya, coronel Juan Francisco Mena, Luis Mongrell, doctor Mario L. Gil y Antonio Paseyro, vocales.

Desde que se constituyó, la Junta trabajó activamente en el sentido de combatir á la fracción alzada en armas, exhortando á muchos de sus correligionarios á que se sometieran.

A mediados de Enero la Junta publicó un extenso manifiesto que condenaba enérgicamente el movimiento revolucionario. A continuación firmaban los jefes José M. Pampillón, Juan Francisco Mena, Enrique Olivera, Secundino Benítez, Julio Barrios, Antonio Paseyro, Anselmo Uran, Cicerón Marín, Ramón Batista, José Gil, Escolástico de los Santos, Arturo Díaz, Felipe Luna y Froilán Gastán. Declaraban condenar el movimiento subversivo, y exhortaban á sus correligionarios á ponerse del lado de la legalidad. El documento terminaba así: «Haciendo honor á las palabras y á las garantías ofrecidas por el Superior Gobierno debemos convertir en verdad el sufragio libre como debida satisfacción á las prerrogativas y beneficios constitucionales á que tienen derecho todos los ciudadanos y todas las agrupaciones. Os invitamos pues á rodear la Junta Directiva del Partido y á vuestros jefes y amigos, en la certeza de que os conducirán por el camino del deber y del honor».

Pocos días después los jefes Cicerón Marín y Juan Gil, que aparecían firmando el manifiesto, protestaron ante escribano público en Montevideo, de que ellos no habían suscrito ni autorizado á nadie para que suscribiera en su nombre semejante documento.

Esta curiosa noticia hállase consignada en *La Prensa* bonaerense de 23 de Enero, y es verosímil, puesto que tanto Gil como Marín prestaron luego servicios en las filas revolucionarias.

Según informes que los miembros de la Junta dieron á *El Día* y que se publicaron el 26 de Enero, las exhortaciones para el sometimiento, obtenían éxito inmediato. Muchos jefes y oficiales, que estaban al frente de grupos más ó menos numerosos en San José, Colonia, Durazno, Flores, Paysandú, etc., manifestaban estar dispuestos á someterse.

En virtud de ello, una delegaciún de la Junta se apersonó al Presidente de la República, solicitando indulto para todos los que se proponían deponer las ar-

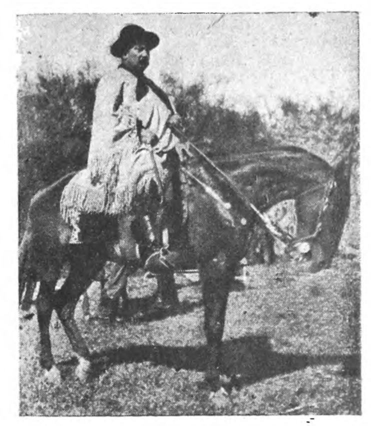
mas. El primer magistrado defirió de inmediato al pedido, impartiendo al efecto las órdenes del caso.

Según *El Día* «hasta en el mismo ejército revolucionario se hizo sentir la acción neutralizadora de la Junta, y debido á eso muchos jefes y oficiales habían abandonado á Saravia».

Más tarde se vió que todos estos informes se basaban en una completa ilusión, pues, por el contrario, algunos de los jefes nacionalistas que en el primer momento se plegaron á la Junta, concluyeron por levantarse también en armas!

Con el objeto de sustraer elementos á la revolución y neutralizar otros, la Junta gestionó y obtuvo del gobierno que autorizara al comandante Mena para reunir gente en el departamento de Río Negro.

En efecto: en el vapor argentino *Paraguay* partió el 26 para Fray Bentos el comandante nacionalista Juan Francisco Mena, acompañado de algunos oficiales y algunos números de tropas destinados á servir de plantel á una división que el jefe de la referencia se proponía movilizar.


CORONEL JUAN FRANCISCO MENA, JEFE NACIONALISTA ADICTO AL GOBIERNO

El Estado Mayor General proporcionó al comandante Mena el equipo necesario para él y sus oficiales. El valiente oficial llegó á Fray Bentos, juntó poca gente,... y nunca volvió á saberse de él durante el transcurso de la guerra. Su operación de guerra más importante fué llevar una caballada á Paysandú. En los alrededores de esta última ciudad estuvo hasta el fin de la campaña. De ahí volvió á Montevideo hacia mediados de Septiembre, donde concluyó trágicamente su vida, en un cuarto interior del *Hotel de París*, víctima de un tiro que se escapó de su revólver, al caer éste al suelo.

Comisionado por la misma Junta, dirigióse á Buenos Aires el señor Mongrell, quien diariamente la tenía al tanto de las actividades que en aquella capital desenvolvían los revolucionarios.

También la Junta mantenía corresponsales en la mayoría de los departamentos de la República y en distintos puntos de la frontera.

En su sesión del 26 de Enero la Junta Directiva del Partido Nacional, aprobó en general un proyecto derogando la carta orgánica que servía de pauta al Directorio que cesó de ese partido, y acordó nombrar una comisión compuesta de los señores doctor Mario Gil, doctor Andrés Lerena y Eduardo B. Anaya, para que se apersonara al Comité Ejecutivo Colorado y se entendiera con éste á los efectos de las relaciones que debían existir entre los dos partidos.

Asistió á dicha reunión, según *El Día*, el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Romeu.

Neutralidad brasileña

El gobierno del Brasil hacía todo lo posible por imponer seriamente á sus subalternos el mantenimiento de la neutralidad. Para eso tenía que luchar con las evidentes simpatías que la población fronteriza abrigaba por la causa revolucionaria.

He aquí la circular que el Presidente del Estado de Río Grande dirigió á las intendencias de la frontera:

« Señor Intendente de... — Habiendo surgido en la República Oriental un movimiento armado con la intención de derrocar al actual gobierno, recomiendo absoluta neutralidad de vuestra parte. Debéis impedir de cualquier manera, que sean favorecidas las fuerzas combatientes del país vecino. Confío en la estricta observancia de estas instrucciones. — Os saluda, *Borges de Medeiros* ».

El gobierno federal ordenó el 18 de Enero el desarme de los revolucionarios que pasaran al Brasil. En caso de continuar la revolución manifestó su intento de reforzar las guarniciones fronterizas con tropas de caballería é infantería.

El diario *A Federaçao* de Porto Alegre, ocupándose de las supuestas conexiones del coronel ríograndense Juan Francisco Pereira con la revolución uruguaya, decía lo siguiente:

« Como siempre sucede, los políticos que han adoptado como sistema de oposición la mentira y la intriga, afirman que el prestigioso y leal servidor de Río Grande del Sur y del gobierno del Estado, nuestro distinguido amigo el coronel Juan Francisco protege á uno de los dos partidos en lucha armada en el Estado Oriental.



JUAN FRANCISCO PEREYRA, JEFE ESTADUAL DE RÍO GRANDE

Bien se sabe que tal afirmación ha sido hecha sin número de veces, sin que nadie la suscriba. Es anónima.

El cliché de las patrañas acostumbradas ya no encuentra editor responsable.

Nuestro excelente amigo el coronel Juan Francisco, ejemplarmente obediente á las órdenes del gobierno, mantiene la mayor corrección frente á las luchas intestinas de la vecina república.

Está entregado á sus deberes en Caty, de donde sale apenas para conferenciar en Livramento con el ilustre coronel Aguiar Correa sobre la distribución de la fuerza en aquella frontera, á fin de asegurar mejor la inviolabilidad de nuestro territorio y la neutralidad necesaria.

Pierden el tiempo los aventureros politicantes, que nada dicen entretanto acerca del hecho sugestivo y contrastante de estar todos los caudillejos federalistas al servicio de las fuerzas orientales, empeñadas en la contienda extranjera ».

El 23 de Enero celebraron en Río Janeiro una conferencia el ministro de la Guerra, mariscal Argollo, y el del Uruguay, doctor Federico Guarch, respecto de la revolución. Como resultado de la entrevista, el mariscal Argollo dirigió telegramas al comandante general de la guarnición de Río Grande ordenándole el desarme é internación de los uruguayos que llegaran á la frontera.

En consecuencia algunos de los jefes revolucionarios que habían pasado la frontera fueron detenidos.

Abelardo Márquez y Saavedra, fueron presos en la frontera de Bagé. El doctor Carlos Berro, también preso allí, fué internado para Río Grande, por saber el comandante de la guarnición de Bagé que en compañía del señor Ganzo Fernández reclutaba gente para la revolución.

La prisión de Saavedra y Márquez fué realizada por una escolta del 11 regi-

miento de caballería, en momentos que en ambos pretendían hacer pasar á su gente desde el Brasil al departamento de Rivera, para burlar la acción de la vanguardia gubernista comandada por el coronel Escobar, á cuya vigilancia se hallaban confiados los pasos del Río Negro.

Habiendo desaparecido del hotel en que estaban hospedados en Bagé el doctor Freitas y el teniente Etchepare, compañeros de Abelardo Márquez, y no queriendo éste explicar al coronel Alencastro qué destino habían tomado, se ordenó que una fuerza del ejército quedase de guardia en el mismo hotel.

Por su parte el gobierno argentino se esforzaba también en mantener, cuando menos en apariencia, el principio de la más escrupulosa neutralidad. Lo demuestra un hecho curioso en que intervino el general Roca. Desde mediados de Enero, muchos de los miembros del Directorio Nacionalista hallábanse en Buenos Aires.

Neutralidad argentina

Habiendo tenido conocimiento el Presidente Batlle y Ordóñez de que el doctor Aureliano Rodríguez Larreta, miembro del Directorio, pensaba asilarse en la legación argentina, hizo saber á dicho ciudadano que si deseaba salir del país podía hacerlo libremente.

El señor Rodríguez Larreta se apresuró á aprovechar la indicación presidencial, embarcándose para Buenos Aires y haciéndose acompañar hasta á bordo por el ministro argentino. Tres días después se embarcaron los doctores Fonseca, Durán y el señor Haedo Suárez, miembros también del Directorio. Fueron acompañados hasta á bordo del vapor *Venus* por el secretario de la legación argentina.

Apenas habían llegado á Buenos Aires, cuando un diario colorado recibía de su corresponsal en aquella ciudad la siguiente versión sensacional:

«Los miembros del Directorio Nacionalista trabajan para que el Presidente Roca intervenga en los asuntos uruguayos. Han hecho hablar al general por don Agustín de Vedia y otros blancos de antigua residencia en Buenos Aires, que tienen amistad con el Presidente, instándole á entrar en una gestión que sería apoyada, dicen, por el Encargado de Negocios norteamericano, á quien presentan como muy influyente con el Presidente Roosevelt. Un ex ministro diplomático de Cuestas que vive en el mismo hotel que el doctor Rodríguez Larreta (en el Helder) también ha hablado con el general Roca. Puedo asegurar que la contestación del presidente argentino ha sido la siguiente: «Que el Presidente Batlle no puede ir nuevamente á una paz que mantenga dividido el país en dos gobiernos. Que una paz así sería prolongar las revoluciones. Está convencido de que el único remedio es el régimen institucional. Por lo tanto, está resuelto á no intervenir en nada».

Transmitida esta referencia por telégrafo á Buenos Aires, causó la sorpresa natural.

En vista del telegrama, *El Tiempo* bonaerense solicitó y obtuvo del Presidente de la República Argentina una audiencia en su despacho.

El repórter leyó al primer magistrado argentino el texto del suelto publicado en Montevideo por *Diario Nuevo,* y ante esas terminantes afirmaciones, dijo el general Roca:

—Nada de eso es exacto. No he tenido conferencia alguna con los caballeros que en ese suelto se cita. Mi posición de gobernante argentino me impone una actitud de completa prescindencia ó neutralidad en los asuntos de los países vecinos, y esa prescindencia la realizo en su forma más absoluta. Puedo asegurár-

selo. Más todavía: desearía que usted mismo fuera tan amable para darme noticias de la revolución, pues no conozco todavía las novedades de la tarde.

El repórter le comunicó la derrota de Saravia, la dispersión de sus fuerzas, el probable pasaje de la frontera en dirección al Brasil, agregando que en los círculos nacionalistas se denunciaba al gobierno argentino como suministrador solícito al gobierno uruguayo de armas diversas, y ametralladoras Colt sobre todo.

—No señor—dijo el general Roca.—Lo único que se ha mandado ha sido algunos instrumentos sanitarios para que los utilizara la Cruz Roja. Esto, como usted comprende, es una medida de orden humanitario simplemente y nada más.

En presencia de los sucesos militares desarrollados en el país, casi todos los diarios bonaerenses habían vuelto á iniciar una ardorosa propaganda en favor de la paz.—*La Opinión* decía:

Propaganda por la paz

« Dominada la primera intentona y una vez convencidos de que el triunfo por la fuerza, más que problemático es imposible, sería acto de bien entendido patriotismo, ahorrarle al país el sacrificio de más vidas y la ruina de sus riquezas materiales, deponiendo las armas, y el gobierno del señor Batlle debería facilitar ese desenlace pacífico, anticipándose á comprometer propósitos que significaran una garantía de política amplia, ejercida por sobre las conveniencias de círculos ó partidos ».

El Diario agregaba por su parte:

« En las condiciones que actualmente se desarrolla la vida de los países civilizados, no puede considerarse existente el derecho de declarar la guerra de recursos por causas de predominio político entre facciones de una misma nacionalidad. Son muchos y de múltiple naturaleza los intereses que esa declaración ataca y los relacionamientos externos del juego de esos intereses neutrales, la repercusión de la actividad comercial más allá de las fronteras del país perturbado, pueden hasta entrañar el peligro de un rozamiento de la inviolabilidad de la soberanía nacional.

El partido nacionalista de la República Oriental, en cuyas filas forman sin duda alguna hombres de pensamiento y de corazón, debe pensar en esto, levantar el punto de mira y dirigir todo su esfuerzo á evitar ó desautorizar la realización del plan sugerido al caudillo revolucionario por su tendencia regresiva de hombre de lanza.

El Presidente Batlle y Ordóñez está por su parte en el caso de dirigir á la situación de su país la mirada de los momentos supremos. O por la fuerza ó por la diplomacia fraternal aplicada sin quebranto del principio de autoridad, debe y sin duda puede dominar de inmediato esta situación ».

Sin embargo, las soluciones pacíficas, emanadas de pacto ó convenio, tropezaban con un serio inconveniente. La opinión colorada les era francamente hostil. A mediados de Enero, el club colorado General Rivera, sancionó la siguiente moción, que interpretaba fielmente la situación de ánimo de la mayoría colorada:

« El club colorado *Rivera* considera que en los momentos actuales es obra patriótica y un deber imperioso de todos los colorados y de todos los ciudadanos bien inspirados, desde que el alzamiento de la fracción saravista ha venido á perturbar los trabajos preparatorios pacíficos y dignificantes de la próxima contienda comicial, rechazar en adelante toda actitud, que tienda á debilitar la acción del gobierno y menoscabar el régimen de las instituciones que debe reinar definitivamente en toda su amplitud como único capaz de asegurar una paz estable, fecunda y verdadera ».

Durante la segunda quincena de Enero el gobierno adoptó diversas medidas de importancia. El 17 de Enero decretó la creación del regimiento 2.° de caballería de guardias nacionales, nombrando jefe de él al diputado Eduardo Iglesias; nombró al diputado don Federico Fleurquin' comandante militar del departamento de Soriano, y designó al teniente coronel José González y al coronel Américo Pedragosa, para que se hicieran cargo interinamente de las jefaturas de Soriano y Colonia.

Disposiciones militares

El 24 de Enero se creó el batallón núm. 6 de infantería de línea, nombrando jefe al coronel Zóilo Pereira. Dicho cuerpo debía formarse con todos los ciudadanos comprendidos en la Guardia Nacional Móvil que incurrieran en transgresiones graves á las disposiciones legales que regían la materia y los jefes de cuerpos de la Guardia Nacional debían elevar al Estado Mayor General una relación de los ciudadanos que se encontraran en ese caso.—Los coroneles Amaro y José González, (este último ex segundo jefe del regimiento 4.° de caballería), fueron enviados á Mercedes con la misión de organizar un batallón de guardias nacionales—segundo de infantería—en el que ya había muchos ciudadanos enrolados.


CORONELES GAUDENCIO Y MAURICIO RODRÍGUEZ

Tambien el coronel Fernández organizaba en Mercedes el regimiento de guardias nacionales 1.° de caballería, teniendo instalado su mayoría en el cuartel General Luna.

El 25 de Enero fué convocada en el Salto y Paysandú la guardia nacional departamental, compuesto por los ciudadanos de 30 á 45 años, ya fueran solteros ó casados.

El 27 llegó al Salto el coronel Carlos Gaudencio comandante militar de Paysandú, encargado por el Gobierno de inspeccionar los elementos de defensa de aquella ciudad que se suponía expuesta á ser atacada por la columna de Cabrera, en marcha desde Tacuarembó hacia el Uruguay. Tanto se exageraba la fuerza de esa columna, y de tal modo se aumentaba la significación de los contingentes que debían incorporarse al jefe revolucionario á la altura del Arapey, que Gaudencio creyó necesario tomar sus precauciones. Salió en un tren expreso hacia el norte y pudo convencerse de que eran mayores las alarmas que el peligro real. Efectivamente, Cabrera no soñaba con atacar al Salto y su propósito era, como se ha visto, llegar á Concordia, para apresurar personalmente la remisión de las armas y municiones prometidas, y recoger algunos grupos de hombres dispersos en el litoral.

El 30 de Enero se dispuso la clausura del puerto del Salto.

Los botes y vaporcitos de la carrera, que temprano fueron á aquel puerto, tuvieron que regresar á Concordia.

El comandante militar comunicó al jefe del distrito postal y telegráfico de Concordia que no mandara correspondencia, porque no la recibiría.

El Gobierno organizó á fines de Enero para la vigilancia de las costas, una flotilla compuesta de los vapores *Ingeniero*, que llevaba un cañón á popa y una ametralladora á proa; del *Karnoky*, con un cañón á popa, una ametralladora á proa y otra en el puente; del *Lavalleja*, con una ametralladora á

proa; del *Vigilante,* con una ametralladora á proa, y del *Rayo*, con una ametralladora á proa.

Dnrante toda la segunda quincena de Enero se notó extraordinario movimiento de elementos nacionalistas en la frontera del litoral. — El 15 pasaron por Concordia con rumbo á Corrientes los jefes nacionalistas Viera y Delgado de Mercedes, y varios oficiales argentinos. Viera y Delgado pasaron de incógnito.

En el litoral

Ese mismo día, en el Salto, el doctor Salterain presidente de la comisión nacionalista departamental, fué llamado á la Comandancia de Frontera, y allí se le notificó por orden superior, que le quedaba prohibido celebrar reuniones partidistas en su casa como las venía efectuando.

El 22 llegaron á Concordia los comandantes Quesada, Delgado y Antonio Berro, que iban á constituir la junta de guerra nacionalista en Santa Anna do Livramento. Los acompañaba un numeroso grupo de jóvenes distinguidos, y llevaban una cantidad de armamento y municiones.

Al trasladar en Concepción del Uruguay el armamento desde el vapor al tren, el empleado de la subprefectura de aquel puerto les puso inconvenientes para la operación, pero un empleado de la empresa Mihanovich que viajaba con los revolucionarios allanó las dificultades.

El 28 de Enero, el conocido caudillo nacionalista señor Guillermo García que se encontraba en Buenos Aires desde el estallido de la revolución, partió para el litoral argentino.

El coronel García, según informes, se dirigía á la frontera de Río Grande, donde debía ponerse al frente de una importante expedición revolucionaria.

Esos informes eran exactos. El Directorio Nacionalista se preocupaba de formar, organizar y equipar un verdadero ejército, para que operara independientemente del que mandaba Aparicio Saravia. De ese ejército sería general el señor Guillermo García, vinculado al elemento civil, conservador y pudiente del partido. Pero como se verá después, no fué posible persistir en dar acción autónoma á las fuerzas congregadas. Saravia las incorporó á su ejército.

El doctor Julián Quintana, distinguido abogado del Durazno que había sido tomado prisionero el día 13 de Enero en la estación de Mansavillagra por suponérsele con la intención de incorporarse á las fuerzas revolucionarias, fué puesto en libertad el día 20 por orden superior.

Otras noticias

El doctor Zorrilla de San Martín visitó dos veces al Presidente de la República: la primera para pedirle, en nombre del Arzobispo, la autorización y el salvo conducto necesarios para que dos sacerdotes pudieran ir á prestar sus servicios espirituales en el ejército revolucionario; la segunda para obtener que monseñor Isasa y un sacerdote que lo acompañaba, pudieran incorporarse en Nico Pérez, donde se encontraban, á una de las expediciones sanitarias del gobierno.

El señor Presidente de la República accedió inmediatamente á ambas peticiones.

Los sacerdotes que debían salir para el ejército revolucionario tuvieron que aplazar su salida, tanto porque el acceso al ejército revolucionario era difícil, como porque tuvieron noticia de que los heridos revolucionarios quedaban en Melo, donde podían recibir los auxilios espirituales que necesitaran, pues hacia allá se había dirigido monseñor Isasa con la expedición sanitaria oficial.

Durante los últimos días de Enero y á medida que se acentuaban los rumores de que Saravia se dirigía nuevamente sobre la capital, crecieron en Montevideo las nerviosidades y las alarmas. — Los teatros y los paseos públicos estaban desiertos; las levas recorrían las calles después de anochecer encontrando muy pocos transeuntes, pues los hombres, para evitar el rigor de las medidas militares preferían no moverse de sus casas; la concurrencia en los cafés había disminuído también notablemente. Tan sólo en la puerta del Club Uruguay, clásico mentidero de las grandes ocasiones, se reunía noche á noche un animado grupo en el cual se comentaban, pesaban y estimaban todas las noticias verdaderas ó falsas, circuladas durante el día. Ese era el verdadero *bolsín* de la información diaria.

Situación de Montevideo

La tristeza de Montevideo era evidente. Casi todas las familias nacionalistas retraídas en sus casas, demostraban así el duelo por el resultado de los últimos combates. Las playas, generalmente tan concurridas en esa época del año, permanecían desiertas, faltas de visitadores y sobre todo del contingente anual de *turistas* extranjeros. Á las diez de la noche sólo se oía por las calles silenciosas el paso marcial de las patrullas. Ciertas medidas del Gobierno contribuían á aumentar las alarmas de la población.

Hacia el 20 de Enero se ordenaron excavaciones alrededor del Palacio de Gobierno, descubriéndose las cloacas de las calles Florida y Ciudadela y más tarde la de la calle San José. Dispúsose la construcción de fortines y trincheras en los suburbios de la ciudad. Esta última orden, en el estado de ánimo en que se encontraba la población, bastó para llevar la alarma á todos los hogares.

El 29 de Enero, en las primeras horas de la tarde, salieron casi simultáneamente á las calles, comisiones de los diversos batallones de guardias nacionales, encargadas de conducir á los cuarteles á todos los remisos.

Fué una verdadera sorpresa para todos. En la calle 18 de Julio, á la hora del paseo, empezaron las detenciones y más de un apuesto joven hubo de marchar al cuartel, en presencia de la dama de sus pensamientos. Lo mismo sucedía á esa hora en la calle Sarandí y otros sitios de los más concurridos de la ciudad.

En las estaciones de los tranvías la leva hizo verdaderos claros. Numerosos guardas y cocheros tuvieron que marchar por encontrarse en las condiciones del decreto de convocatoria y por considerarse que con su eliminación del servicio no se causaba perjuicio grave á las respectivas empresas.

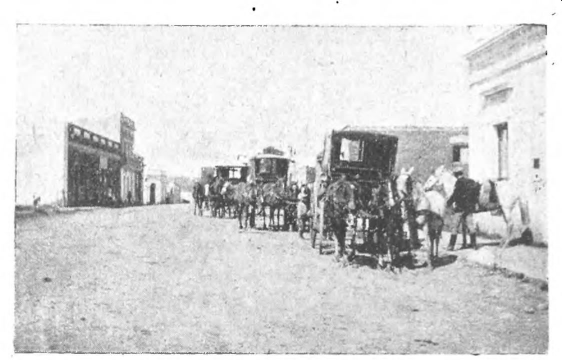
La *razzia* continuó durante la noche, haciendo la leva buenas presas. Todos los batallones de guardias nacionales, con ese motivo, ofrecían extraordinario movimiento al siguiente día.

La población vinculó este hecho extraordinario á las noticias de origen nacionalista, que circulaban sordamente, afirmando que Saravia, gracias á una marcha rapidísima y casi fantástica, amenazaba esta vez seriamente, la seguridad de Montevideo.

Los revolucionarios más entusiastas y visionarios, los *blancos* más optimistas, aquellos que convertían toda derrota de Saravia en un gran triunfo, veían, de pronto, confirmadas sus hipótesis más absurdas y risueñas por la audacia del jefe insurrecto. El 30 de Enero á nadie quedaba dudas de que Saravia estaba ahí, á veinte leguas de la Capital, amenazando sus proximidades. ¿Cómo había venido? ¿Cómo había logrado las caballadas que Muniz no había podido lograr? Lo cierto es que se encontraba dominando á la vez Minas, Florida y Canelones, con su vanguardia destacada hasta San Ramón, á diez y siete leguas aproximadamente de la Capital.

La presencia de Saravia á las puertas de Montevideo significaba que el gobierno había sufrido un fracaso, que todos sus planes se habían desbaratado completamente. Muniz había sido burlado; los ejércitos quedaban al Norte sin tener más misión que desandar los centenares de leguas ya andadas. No había, para oponerse al avance de las fuerzas insurrectas sobre Montevideo, más que las milicias de Canelones, reunidas á toda prisa y mal disciplinadas aún. La situación pasaba por un momento de prueba: no era tanto de temer el peligro real, como el ridículo que podía resultar del hecho de que Saravia obtuviese un triunfo á las puertas de la Capital sobre fuerzas escasas, mientras tres grandes, lucidos, y admirables ejércitos, se encontraban en las proximidades del Brasil, sin tener sus jefes otra misión que la de mirarse mutua y recíprocamente las largas caras decepcionadas...

Sin embargo, como era inminente un combate sobre la línea del Santa Lucía, que el ejército de los generales Melitón Muñoz y Benigno Carámbula cubría desde San Ramón á Fray Marcos, el gobierno dispuso, en previsión, que el día 30 de Enero saliera para campaña la 5.ª expedición de auxilios.


EXPEDICIÓN DE AUXILIOS EN NICO PÉREZ

Representaba á la junta el doctor Luis Piñeyro del Campo, como primer jefe y Juan C. Blanco Sienra, como segundo.—Como médicos iban los doctores Scoseria, Bottaro, Mondino, San Juan; como practicantes, Payssé, Real de Azúa, Nieto, Bauzá, Lorenzo, Zicoll y como ingeniero, Arturo Rodríguez.

No podemos cerrar este capítulo sin hacer referencias á las circunstancia curiosa de que después de las batallas de Mansavillagra é Illescas se mantuviera durante muchos días la certidumbre de la muerte de algunos jefes blancos y colorados que ni siquiera habían sido heridos en esos hechos de armas. Es natural que corriera semejante versión respecto á Nepomuceno Saravia, el cual, como ya se sabe, había sido herido en una pierna y á quien el corresponsal de un diario bonaerense dió por muerto, atribuyéndole tres días de penosa agonía. Pero es más inexplicable el hecho tratándose de Basilio Muñoz (hijo) á quien el mismo corresponsal mató en Mansavillagra, agregando que el cadáver había recibido inmediata sepultura á pedido de varios jefes nacionalistas.

La fiebre del embuste

Por distintos conductos llegó también la misteriosa noticia de que había sido enterrado en Nico Pérez un jefe nacionalista de importancia.

El hecho habría ocurrido, según versiones, cuando el ejército revolucionario se hallaba en aquellas proximidades.

Asegurábase que una noche se había sacado el cuerpo con toda clase de precauciones de una casa donde se hallaba depositado y que, dentro de un breack, se le condujo á un punto de los alrededores del pueblo enterrándosele y señalándose en forma especial el sitio.

La pública cavilación se puso á buscar quién sería el jefe muerto que se había pretendido ocultar tan misteriosamente.

En algunos círculos se llegó á afirmar que el muerto era el coronel Enrique Yarza, jefe de la división de Cerro Largo. Otros afirmaban que era uno de los hermanos Noblia.

El Tiempo escribía á este respecto el día 28 de Enero, dando todos los detalles de lo que no había ocurrido:

« Persona llegada de Melo dice que al pasar por Valentinas tuvo noticias de que en el encuentro que tuvieron en ese paraje las fuerzas de Muniz y Saravia, el jefe nacionalista Enrique Yarza había muerto á consecuencia de un balazo que recibió en el pecho.

Dicen que Yarza estaba mirando con unos anteojos de campaña el avance del ejército del gobierno cuando recibió el balazo de la referencia.

En seguida se replegó la guerrilla llevándose el cadáver. Los insurrectos dejaron en la acción cinco ó seis muertos.

Respecto á la muerte del jefe nacionalista apellidado Noblia, se informa que el hecho es cierto, pero que no se trata del Noblia, caudillo de Cerro Largo, ex inspector de policías del departamento, sino de otro, pariente lejano de aquél, que se radicaba en los Molles del Pescado, Departamento de Florida ».

En cambio las versiones nacionalistas afirmaban que había sido muerto en un combate el hoy coronel Basilisio Saravia. Los diarios bonaerenses publicaron las necrologías tanto de este Saravia como de Enrique Yarza (1).

Más tarde, muchos meses después, se supo que en Nico Pérez no había habido tal entierro clandestino de jefe alguno y que los muertos.... por los corresponsales gozaban de perfecta salud.

Pero en materia de aberraciones del espíritu público nada tan curioso y tan cómico al mismo tiempo como lo ocurrido con el general Muniz á quien gran parte de la población tuvo por fallecido durante más de 15 días sin que bastaran á disipar ese error los partes que el referido militar enviaba al gobierno. Tuvo por origen la noticia el hecho de que el general Muniz, después de la retirada de Santa Clara hasta Nico Pérez, habiendo sufrido una reagravación de la dolencia cardiaca que le aqueja, se encerrara durante un par de días en una carreta sin dejarse ver por nadie. De ahí surgieron todos los embustes respecto á su falle-

(1) A título de curiosidad transcribimos las frases necrológicas que *La Prensa* bonaerense del 26 de Enero de 1904 dedicó al *extinto* Basilisio Saravia:

«Como decimos anteriormente, *se ha confirmado, por desgracia,* la muerte del coronel Basilisio Saravia, jefe gubernista que servía en la vanguardia del general Muniz.

Basilisio, como se sabe, *era* hermano de Aparicio y, según parece, ha muerto en un combate librado con las fuerzas fraccionadas que éste comandaba.

¡Qué triste enseñanza de lo que son las guerras civiles!

Basilisio Saravia *pertenecía* al partido colorado. El y su hermano José, que no ha tomado nunca las armas, *eran* los únicos colorados de la familia: todos los demás hermanos: Gumersindo y Chiquito, muertos en guerra, y Aparicio, Francisco y Mariano, pertenecen al partido blanco ó nacionalista.

Sin embargo, todos los hermanos se querían profundamente. Aparicio ha de sentir y llorar la muerte de su hermano Basilisio.

Basilisio Saravia, como todos sus hermanos, *era* de carácter afable y caballeresco.

Valiente hasta la exageración, *tenía* adoración por la carrera militar y por la guerra, lo que es proverbial en la familia de los Saravia, como es proverbial su honradez, el amor á la verdad y la firmeza de sus convicciones.

El coronel Saravia *era* el caudillo y jefe de los colorados del departamento de Treinta y Tres, al frente de cuya división ha muerto en su ley, haciendo proezas de valor».

cimiento repentino: había gente que aseguraba haber visto desembarcar en la estación del ferrocarril á altas horas de la noche el cadáver en un ataúd envuelto por una bandera nacional...

La Prensa bonaerense del 3 de Febrero contenía el siguiente *suelto:*

« En los círculos nacionalistas se comentaba anoche la noticia de que el 24 de Diciembre había fallecido, víctima de la enfermedad que le aquejaba desde hace algún tiempo, el general Muniz, jefe de las fuerzas del gobierno oriental.

Se decía además que el gobierno oriental ocultaba la noticia, por las graves consecuencias que ella podría acarrearle. »

Comentando esa noticia, decía, al dia siguiente *La Razón*:

«Según un colega argentino, el general Muniz ha peleado con las fuerzas de Saravia después de muerto, pues como se sabe, el citado militar mandó la acción de Mansavillagra el 15 de Enero y algunos días después se comunicaba desde Melo con el gobierno.

El *muerto* del 24 de Diciembre estaba pues vivo y sano un mes después. »

Las cosas llegaron hasta el extremo de que se cambiaran numerosas apuestas y algunas de importancia sobre si Muniz estaba al frente del ejército en Melo ó en presencia de Dios en el otro mundo. En esta clase de noticias hay que incluir la que dió al general Melitón Muñoz, jefe de las fuerzas de Canelones, como á punto de ser asesinado mientras dormía en su campamento de Santa Lucía, cerca del monte. A veinte metros de donde el general descansaba fueron ultimados á puñaladas (según se dijo) dos infelices voluntarios de su división, en circunstancias en que, cumpliendo una orden que les habia dado, juntaban leña para hacer la comida...

Capítulo IV

FRAY MARCOS

SUMARIO: — Reaparición de Saravia. — La celada á Manduquiña. — Improvisación de su ejército. — Refuerzos para Melitón Muñoz. — Primeras noticias. — Combate de Fray Marcos. — Anécdotas y comentarios. — Los degüellos. — Cortesía de Saravia. — Repercusión del combate. — Disolución de batallones nacionalistas. — Heridos de Fray Marcos. — Impresión de Fray Marcos. — Opinión de "El Día". — Ilusiones nacionalistas. — La línea de defensa. — La versión presidencial. — Destitución del general Muñoz. — Saravia en San Ramón. — Retirada del ejército revolucionario. — Medidas militares. — Ventajas morales y materiales. — Asalto á la estancia de Pacheco. — Asesinato de José Garibaldi. — Los revolucionarios en San José. — El cobro de impuestos. — En la Colonia. — Ataque al Rosario. — Ataque á Dolores. — Encuentro de Coquimbo. — Noticia incierta. — Retirada del Durazno. — Crítica situación de Saravia. — El doctor Morelli. — Cañoneo en Palmira. — El vapor "Lafayette". — Nuevo combate en Dolores. — Combate en "Galpones". — El saladero "Nuevo Cuareim". — Combates de San Engenio. — Marcha de Saravia. — En el litoral. — Ocupación de Santa Rosa. — Don Guillermo García. — Alarmas en el Salto. — En Paysandú. — En el Arapey. — Invasión de Guillermo García. — Situación difícil. — Combate de Tres Cruces. — Llegada de heridos. — Una equivocación.

Reaparición de Saravia

Desde el 26 de Enero, tenía el Gobierno la certidumbre de que Saravia, eludiendo la persecución de Muniz, volvía de nuevo hacia el Sud. Pero ¿con cuánta gente volvía? ¿Con ochocientos ó mil hombres, solamente, para iniciar una guerra de montoneras, ó con un ejército numeroso resuelto á afrontar las contingencias de nuevos combates? Hasta el día de Fray Marcos, el optimismo gubernativo se inclinó siempre á favor de la primera hipótesis, tomando al pie de la letra, la desdeñosa información de un jefe colorado, quien, encargado de *descubrir* las fuerzas revolucionarias cuando llegaron á Casupá, afirmó que no había visto más que «unos cuantos chiquilines montados en potrillos», dando mérito, con esa frase, al suelto despreciativo de *El Día* que ya conocen nuestros lectores, y lo que fué más serio y más lamentable, á que el Gobierno se engañara completamente respecto á la importancia del ejército nacionalista.

El mayor Enrique Doria, de los guardias nacionales de Minas, se encontraba en Nico Pérez cuando recibió la orden de marchar hasta Treinta y Tres con el encargo de restaurar la línea telegráfica y aprehender á un telegrafista que había sido infidente con el Gobierno. Inmediatamente se puso en marcha para ese destino. Cuando había recorrido algunas etapas recibió aviso del Presidente de la República de que una gruesa fuerza nacionalista marchaba á su encuentro, por lo cual se le recomendaba vigilancia y prudencia. — El mayor Doria prometió atender la indicación, pero siguió hasta llegar á Gutiérrez donde se encontró entre los centinelas que las fuerzas de Saravia habían colocado sobre los cerros.

Inmediatamente contramarchó con rumbo al Cebollatí. Durante la primera tarde lo dejaron tranquilo. Pero á la madrugada siguiente se le fué encima un cuerpo de cuatrocientos hombres de la división de Juan José Muñoz. Inmediamente empezaron fuertes guerrillas que se prolongaron durante dos días y que Doria resistió enérgicamente, causando bajas á los contrarios, hasta que por una hábil maniobra nocturna el pequeño destacamento gubernista pudo burlar á sus enemigos.



MANUEL CARABAJAL Y SU ESCOLTA

Desde entonces el destacamento de Doria emprendió una verdadera carrera con el ejército revolucionario, para ver quien llegaba primero á Minas. Doria se incorporó tranquilamente á su jefe el coronel Carabajal, y aprovechó las marchas para perseguir á las diversas partidas insurrectas que ya encontró á su retaguardia juntando caballos.

La celada á "Manduquiña"

El 29 de Enero, el comandante Carabajal, que se encontraba en Minas, fué avisado por el telegrafista local, de que el Presidente de la República le ordenaba que marchara inmediatamente al paso Barrancas del Santa Lucía, dejando en Minas una guarnición de doscientos hombres.

En esos momentos la columna reunida por el coronel Carabajal se encontraba debilitada, pues como ya hemos dicho, el mayor Doria había ido en comisión á Treinta y Tres con 120 hombres, y en otra comisión estaban distraídos 80 hombres. A pesar de todo, el coronel Carabajal, creyendo cumplir una orden del gobierno, dejó en la ciudad de Minas 200 hombres y marchó hacia el paso de Barrancas con 300 soldados y mil y tantos caballos.

Una legua antes de llegar á ese punto, Carabajal desprendió algunos exploradores que le trajeron la noticia de que, en vez del ejército gubernista de Melitón Muñoz, se hallaba acampada en Barrancas la división revolucionaria de Juan José Muñoz, con más de mil quinientos hombres. Comprendió el coronel Carabajal que había sido víctima de una celada y tomó todas las medidas para salvar su columna y las caballadas.

Los revolucionarios, que ya habían notado su presencia, lo hostilizaron en el acto desprendiendo en su persecución una columna de más de mil hombres. El tiroteo fué vivísimo é incesante durante varias horas. Más de una vez los nacionalistas intentaron flanquear á Carabajal, haciendo esfuerzo, sobre todo, para arrebatarle la caballada; pero el valeroso y experto jefe de la división de Minas supo retirarse en orden hasta que á última hora, atacado por una fuerte masa que operaba á menos de 300 metros, se vió obligado á atrincherarse en unos ranchos donde al frente de la compañía urbana de Minas resistió todos los avances del enemigo.

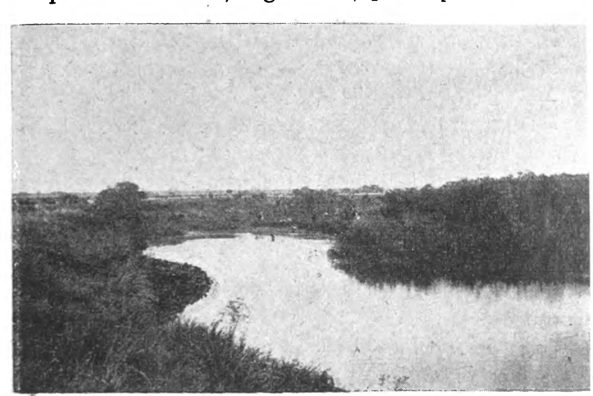
Carabajal llegó á Minas y después á Montevideo con su gente muy mermada.

En este combate las fuerzas de Carabajal tuvieron varias pérdidas, pero la más sensible fué la muerte del capitán Rodríguez, del Cebollatí, un viejo y valiente servidor.

El ejército revolucionario hizo irrupción simultánea en los departamentos de Florida y Minas.—Inmediatamente de entrar Saravia á Nico Pérez, el telegrafista de Illescas alcanzó á trasmitir al gobierno, la noticia de su presencia en esos parajes. La línea férrea de Illescas á Nico Pérez quedó cortada, porque los revolucionarios levantaron los rieles á diez kilómetros de la última de estas estaciones. Poco después derribaron la red telegráfica cortando los hilos. El día 25 de Enero, entre 2 y 4 de la tarde, las tropas de la revolución dejaban atrás á Illescas cortando campo en demanda de los cerros de Mansavillagra.

Improvisación de un ejército

A esta marcha realizada por la revolución, el gobierno, que disponía de enormes recursos, contestó elocuentemente, poniendo en pie de guerra, á sólo quince leguas del enemigo, en menos de veinticuatro horas, 3.000 soldados de línea de las tres armas.



RÍO SANTA LUCÍA, FRENTE Á FRAY MARCOS

El señor Marcos Arredondo, periodista argentino, que asistió hora por hora á la formación de este núcleo de ejército asevera que esa improvisación de fuerzas «revelaba un espíritu organizador, que trabajaba serena y activamente en un plan militar concebido y estudiado con singular pericia».

Los primeros trenes militares, desprendidos de los extremos de la República, como de la Colonia, por ejemplo, pasaron por Fray Marcos en las últimas horas de la tarde del día 27. Esos trenes avanzaban sobre Reboledo conduciendo enormes caballadas. Durante la noche del día 28 llegaron á Fray Marcos las primeras fuerzas de la reserva de Montevideo, al mando del general Benigno Carámbula. Esta brigada compuesta de 1.800 hombres tenía fuerza de las tres armas, constituyendo la artillería dos piezas de campaña Canet de 7.5, al mando del sargento mayor Alberto Cuestas.

A las 6.30 de la mañana salió la brigada con rumbo á las puntas del río Santa Lucía. Componían esta sección de ejército las milicias del departamento de Canelones, la guardia urbana del mismo, varias compañías del 3.° de cazadores, la policía de extramuros de Montevideo y la batería mencionada, con más dos piezas ametralladoras. Se dirigieron por un accidentado camino, sobre cuyos flancos desenvuelven su línea ondulada las cuchillas, hasta los montes de Casupá. De allí siguieron avanzando en demanda de las caídas del río Santa Lucía, consiguiendo vadearlo en el paso de la Balsa. El general Carámbula pudo informarse entonces de la posición que ocupaba la fuerza del general Melitón Muñoz, al que, por orden del presidente de la República debía incorporarse. Una hora más

tarde avistó las avanzadas de aquel general, que á la cabeza de 1.500 hombres de infantería y caballería hallábase acampado en las márgenes del mencionado río, junto al espeso bosque que se levanta en sus adyacencias.

El general Muñoz salió con su estado mayor á recibir al general Carámbula, tocándose dianas en toda la línea en el momento en que los jefes se encontraron. — Dejamos desde este momento la palabra al señor Marcos Arredondo, que estuvo en el campamento gubernista hasta el momento de entrar las fuerzas legales en contacto con el enemigo. Dice el referido periodista:

« Conversé largo rato con los dos generales:

— Muy lejos el enemigo de este paraje, señor? — pregunté al general Muñoz.

— Las noticias de último momento aseguran que se halla en las puntas de Mansavillagra, hacia el noroeste.

— Y el número de fuerzas?

— Sobre eso no puedo comprometer una información sin correr el riesgo de incurrir en inexactitud.

— ¿Piensa el señor general levantar campamento en el día de hoy?

— Sí señor, dentro de algunas horas...

— Hacia qué rumbo?

— Oh, usted pregunta demasiado, señor repórter! — exclamó el general, amable y sonriente.

A las seis de la tarde rasgó el aire el toque agudo y penetrante del clarín de órdenes. El campamento pareció como tocado por un resorte eléctrico. Los tambores de cuerpo ocuparon la línea central de frente á las carpas de las distintas fuerzas. El primer redoble levantó á los soldados, y el pintoresco grupo sentado en cuclillas á la sombra de los coposos sauces costeros, se deshizo en un abrir y cerrar de ojos.

Se tocó á ensillar. A la distancia se veía la línea negra de los soldados, al pie de los caballos, ya enfrenando, ya ensillándolos, mientras la caballería, con sus banderolas rojas que flameaban en la serenidad de la tarde, decía que estaba lista, pasando la voz en las notas de su clarín. Treinta minutos después, los generales recorrían la línea militar. La artillería, en el centro, la caballería sobre el flanco izquierdo, parte de la infantería sobre el derecho, á vanguardia; el resto en sección aparte, á diez cuadras de distancia».

El 29 el ejército de los generales Muñoz y Carámbula, comenzó á retroceder, buscando la defensa natural del río Santa Lucía, para mejorar sus posiciones, y para recibir con mayor facilidad los batallones que el Gobierno enviaba por ferrocarril para reforzar los elementos de acción.

Refuerzos para Melitón Muñoz

Efectivamente, ese mismo día de tarde, el comandante Buzón, jefe del batallón policial número 2, recibía en Montevideo orden de marchar á campaña con su tropa.

Inmediatamente se tomaron todas las medidas, saliendo el cuerpo poco después en dirección á la estación del ferrocarril Central. El embarque del cuerpo se efectuaba más tarde en medio de vivas á las instituciones, al partido colorado y al presidente Batlle y Ordóñez.

Mientras el batallón 2.° iba en marcha, llegaba al Pabellón el 1.° de policía cuyas plazas se habían congregado previamente en las comisarías seccionales. Esperaba también la orden de marcha, que recibió al entrar la noche y que fué inmediatamente cumplida.

A la salida del cuartel, y á la llegada á la estación, se reprodujeron las esce-

nas de la tarde, al marchar el batallón 2.º. El entusiasmo animaba á toda la tropa qüe vivó al presidente de la República y á las instituciones.

Estas fuerzas policiales y un plantel de hombres de que ya disponía el 6.º de infantería de línea, marchó á órdenes del jefe de este último, coronel don Zoilo Pereira. Este militar llegó esa misma noche á San Ramón. Allí averiguó la posición exacta del ejército gubernista, con el cual la comunicación ferroviaria era imposible, por haber ocupado la vía fuerzas insurrectas del otro lado del Santa Lucía. Allí supo también que las vanguardias de la revolución habían peleado con el batallón de Acuña destacado en dirección á Cerros Colorados, y que había habido muertos y heridos por ambas partes. La fuerza de Acuña constituíanla 250 hombres de infantería. — El 30 se incorporaron á Pereira setecientos hombres á órdenes del coronel Maurente, y horas más tarde, quinientos hombres más de la división Soriano, mandadas por el diputado doctor Federico Fleurquin, que tan señalada actuación debía tener más tarde en los campos de la Agraciada y Masoller. — La batalla era inminente. Desde el día 29 estaban en contacto las vanguardias de los dos ejércitos. El día 30 hubo tiroteo general en diversos puntos de la extensa línea que ocupaban los revolucionarios. Pero éstos avanzaban siempre, iniciando, al parecer, un movimiento envolvente. Saravia ponía nuevamente en práctica, su sistema del *abanico*. — Ese sistema que tan mal resultado le dió otras veces, por la peligrosa difusión de fuerzas sobre una vasta superficie sin conservar los contactos indispensables, podía ser eficaz en este caso, tratándose, como se trataba, de atacar á un ejército reducido. (1)



CORONEL ZOILO PEREIRA

El día 31 de Enero era domingo. Todo el mundo, en la capital, esperaba de un momento á otro noticias del combate. A eso de las cuatro de la tarde comenzaron á circular rumores siniestros: Muñoz había sido derrotado por completo, abandonando su parque en poder de Saravia... La imaginación popular agrandaba el desastre. Se hablaba de centenares de muertos y miles de heridos y prisioneros. Mariano Saravia había hécho monstruosidades en la persecución. A la calle de Soriano había llegado, á las dos de la tarde, un soldado del Escuadrón de Seguridad, despavorido y jadeante, sobre un caballo que allí se desplomó moribundo... Otros dispersos habían llegado á Colón y al camino de Millán, sin saber como habían podido escapar, sin explicarse como se había producido la derrota, pero confesando, todos, que la gente había *disparado de arriba*... Al día siguiente, el diario oficioso confesaba el contraste sufrido por el ejército gubernista, en los siguientes términos:

Primeras noticias

(1) Hablaban en su campamento, Aparicio Saravia y su secretario, el doctor Luis Ponce de León.

Después de echar una ojeada al ejército, dijo el último:

— Me parece, general, que á pesar del número y la disciplina de este ejército, los 3.000 hombres aquellos que usted comandaba el 97 eran superiores á éstos, en sus manos. Era un puñado compacto é igual, que dirigía sin dificultad, ni tropiezo.

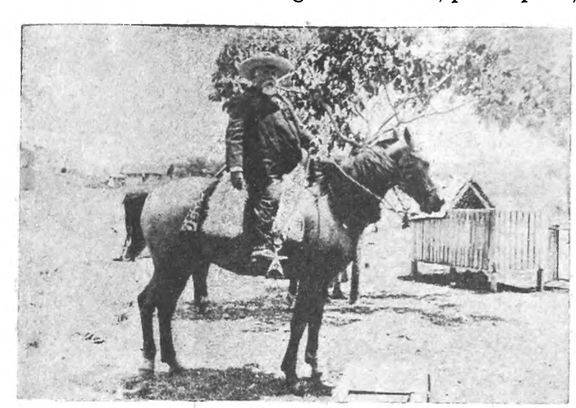
Saravia miró sonriente á su interlocutor y con expresión de satisfacción y plena confianza, le contestó:

— Es cierto; este ejército es más grande y más incómodo, pero en mis manos es como un abanico, que abro y cierro fácilmente, según las circunstancias; es decir, que distribuyo ó reuno cuando conviene á las operaciones de la guerra.

«Desde ayer, es notorio que la división de Canelones, al mando del general Melitón Muñoz, sufrió un contraste en las proximidades de Fray Marcos, departamento de Florida.

«Ese contraste se debió á que el general Muñoz, contrariando las órdenes recibidas del Presidente de la República, comprometió la acción con solo la división de su mando, unos mil setecientos hombres, sin esperar los refuerzos que se le habían mandado y que ya tenía á menos de tres leguas de distancia, y que consistían en más de dos mil quinientos hombres de primer orden.

«Los refuerzos de que hablamos, estuvieron constantemente prontos durante todo el día de antes de ayer para marchar á incorporarse á la división Canelones, pero á pesar de los esfuerzos de sus jefes, no fué posible ponerse al habla con el general Muñoz. Y el general Muñoz, por su parte, parece que no pensó en ningún momento en ellos, pues ni siquiera les mandó una orden, no obstante tener la consigna, como lo decimos más arriba, de no entrar en pelea sin habérsele incorporado aquellos importantes elementos.



GENERAL MELITÓN MUÑOZ

«El general Muñoz en su derrota comprometió algunas escasas fuerzas organizadas que se le habían incorporado ya. Entre ellas estaba una corta sección de artillería, la que tuvo que abandonar dos cañones y dos ametralladoras, en un mal paso. Como es natural, tanto los cañones como las ametralladoras, quedaron completamente inutilizados».

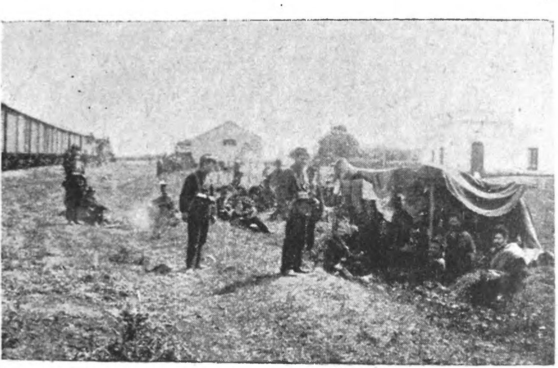
Pero el combate había sido en realidad más serio de lo que *El Día* daba á suponer. En la madrugada del 30 de Enero comenzó efectivamente la acción de Fray Marcos que duró ese día entero, y solo diez minutos, (pero estos decisivos) de la mañana siguiente. El jefe gubernista ocupaba excelentes posiciones al sur del río Santa Lucía que corre, á esas alturas, por ancho cauce encajonado entre fuertes barrancas coronadas de monte bajo. El ferrocarril cruza en San Ramón el río, y costea durante cinco leguas la orilla derecha hacia el Este, para hacer un codo brusco hacia el Norte en la estación Latorre. De manera que ésta se halla á la derecha del río, mientras, á la izquierda, sobre la barranca se extiende el caserío de Bolívar, un pueblecillo próspero, animado ya por halagüeñas actividades comerciales antes de que todas las calamidades de la guerra cayeran sobre el país.

Combate de Fray Marcos

El general Muñoz ocupaba en un comienzo ambas orillas del Santa Lucía, pero el 29 pasó toda su gente á la margen izquierda, para que el río fuera una especie de foso infranqueable que diera más seguridad y resistencia á su frente de batalla. Fué un gran error, porque abandonando la margen derecha, abandonaba

la posesión de la vía férrea, y con ella la línea de comunicaciones rápidas y seguras con San Ramón, por donde debían llegar los refuerzos que el gobierno le prometía telegráficamente y le enviaba de continuo, mediante una vertiginosa sucesión de trenes. El enemigo se aprovechó de esa torpeza y ocupó la vía férrea, á tres leguas de San Ramón, con una fuerte división de caballería.

Desde ese momento, el general Muñoz no podía esperar la incorporación *rápida* de los refuerzos. El camino que de San Ramón á Bolívar (1) corre al sur del río, estaba libre, pero es pedregoso, accidentado y poco propicio para una marcha á pie. El general Muñoz podía haber enviado á San Ramón parte de su numerosa caballada á fin de que las tropas destacadas en su auxilio encontraran inmediatamente los necesarios elementos de movilidad, pero el jefe del ejército legal no tuvo tal previsión, y por consiguiente, los mil hombres que llevó el coronel Zoilo Pereira quedaron *anclados* á pocas leguas del sitio del combate, pasándose cuarenta y ocho horas sin «churrasquear», sin ver las ansiadas caballadas, y oyendo el tiroteo que parecía llamarles al sitio del deber, con la justa impaciencia de quien no puede entrar en acción, respondiendo, como el honor militar lo exige, á tan categórico llamado.



CAMPAMENTO EN FRAY MARCOS.—BATALLONES POLICIALES

Del otro lado del río, los nacionalistas sostenían el fuego en pequeños grupos. Contestaban débilmente, escondidos destrás de los laureles y sarandíes de la margen opuesta y á veces una guerrilla de 30 ó 40 hombres salía al paso como una provocación al fuego de las fuerzas legales. El tiroteo duró desde las 4 $^1/_2$ hasta las 10 de la mañana, recrudeciendo un tanto á esta hora. Más tarde los nacionalistas se mostraron en grupos mayores sobre una eminencia coronada

(1) Fray Marcos es uno de los puntos más pintorescos de Canelones.

Su importancia como centro de población es sumamente escasa. Lo constituyen unos 30 ranchos y cinco ó seis casas de material.

Situado sobre una barranca del río Santa Lucía, es tal su proximidad al río que en las épocas lluviosas se inunda parte del pueblo. En tales días Fray Marcos (cuya denominación oficial es «Bolívar» desde que fué creado pueblo) se halla totalmente aislado del resto del departamento—pues al par que el Santa Lucía se desborda, los arroyos Vejigas y Macanas cortan toda comunicación con los vecinos pueblos de San Ramón y Tala.

Del primero dista Fray Marcos 5 leguas y del segundo 3 y media, siendo muy concurridos los caminos que á ellos conducen, especialmente por los troperos que tienen que atravesar el paso de Fray Marcos. En tiempos normales este paso es vadeable, pero cuando las aguas salen de nivel hay que valerse de una balsa, que tiene veinte metros de largo por seis de ancho.

El aspecto de este sitio es delicioso. La vegetación, tupidísima, forma flotantes cortinas á la entrada del paso del lado de Canelones.

Internándose en el vado se suceden los sarandíes y los talas, que forman sinnúmero de islitas por las cuales se desliza la corriente hasta tenderse mansamente sobre el amplio arenal de la otra orilla desde donde arranca el camino que lleva á la estación Latorre, situada en el Departamento de Florida á poco más de media legua de Fray Marcos y sobre el lomo de una elevada cuchilla.

por las casas de la estancia del doctor Ramón Vázquez, conocido médico de la localidad.

A la tarde el general Muñoz ordenó que se desalojara á cañonazos á esa gente que ocupaba las alturas, y por su orden el mayor Alberto Cuestas emplazó los dos cañones de su sección de artillería en la plazoleta del pueblo Bolivar, situada sobre la barranca misma del río. Según informes que consideramos fidedignos, el mayor Cuestas observó al general Muñoz que este emplazamiento era peligroso y contrario á los procedimientos habituales del arte de la guerra, pues nunca la artillería era colocada en parajes demasiado próximos al enemigo y por consiguiente expuestos á sorpresas. Parece que el general Muñoz contestó sencillamente:—«Yo también sé como se pelea».—Y que luego agregó:—«Vaya no más, mayor, que en caso necesario, todos sabremos morir al pie de los cañones».—El cañoneo se prolongó durante la tarde sin resultados apreciables. Al caer la noche todo era silencio en ambas márgenes del río. El general Muñoz ordenó al mayor Cuestas que no se acostara para esperar las incorporaciones del coronel Zoilo Pereira que debían producirse antes de la madrugada. En seguida se envolvió en su poncho y se quedó profundamente dormido junto á su fogón.



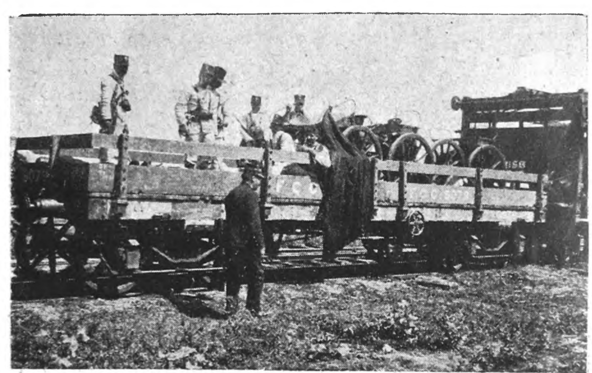
FRAY MARCOS.—EL MAYOR CUESTAS Y SUS OFICIALES DE ARTILLERÍA EN FRAY MARCOS

Hacia la media noche las guardias que vigilaban el paso dieron la voz de alarma. Una fuerte columna revolucionaria se dirigía al río con la evidente intención de vadearlo. Hubo la consiguiente confusión: toques de clarines, gritos, corridas, detonaciones. Las fuerzas gubernistas se agolparon sobre el paso y repelieron con mucho valor el ataque. Éste se supone ahora que fué fingido y destinado á llamar la atención de todo el ejército gubernista sobre el paso de Fray Marcos, mientras que á una legua más arriba, la división de caballería insurrecta de Mariano Saravia vadeaba por el paso de la Barranca, donde casi había sido sorprendido dos días antes el coronel Manduca Carabajal, y que había quedado desguarnecido. La gente de Mariano se ocultó en el monte de la margen izquierda. Desde ese momento y por ese sólo hecho, el ala derecha del ejército del general Muñoz quedaba completamente flanqueda.

El viernes, mientras replegaba sus tropas á este lado del río Santa Lucía, el general Muñoz ordenaba al comandante Fallero, que reconociera, con su escuadrón, el Paso de la Barranca, situado como á una legua á la derecha del pueblo de Bolívar. Este reconocimiento resultó un primer contraste: Fallero fué sorprendido por una fuerza revolucionaria emboscada entre los zanjones y los talares del paso, y la cual, surgiendo de improviso y rodeando á las descubiertas del Escuadrón, les hicieren numerosas bajas. Por la proporción de muertos y heridos con relación al número de combatientes, ese choque de avanzadas ha sido uno de los más sangrientos que registra la historia de nuestras luchas civi-

les. Esa escaramuza motivó la salida de la expedición sanitaria que dirigió el doctor Luis Piñeyro del Campo (1).

El mismo día el general Muñoz recibía otra noticia desagradable. El coronel Manuel Carabajal,—que hadía salido de Minas con orden expresa de incorporársele, y que había ido á marchas forzadas, suponiendo que aun estuviera el grueso del ejército legal al Norte del Río Santa Lucía,—se había dirigido directamente al paso de Barranca, corriendo el riesgo de caer en poder de las fuerzas revolucionarias que ocupaban ya ese paraje. Salvaron á este militar sus reconocidas dotes de prudencia, habilidad, viveza y denodado valor, y una de las mejores páginas de su foja de servicios será esta «escapada» realizada bajo el fuego del enemigo en medio de la sorpresa del que encuentra abandonado por sus amigos el sitio prefijado para las incorporaciones, y se encuentra al frente con un enemigo ganoso de pelear y diez veces superior en número. El coronel Carabajal no llevaba más que una divisioncita de cuatrocientos hombres y con ella volvió á Minas (como ya se ha dicho) habiendo sufrido grandes pérdidas por efecto de la dispersión.



CAÑONES CONDUCIDOS EN TREN Á FRAY MARCOS Y QUE QUEDARON EN PODER DE LOS REVOLUCIONARIOS

Como se comprenderá, estos incidentes preliminares de la acción no pueden haber influído de propicia manera en el ánimo del general en jefe de las fuerzas gubernistas, y efectivamente, persona que habló con él el viernes á la noche sobre el paso de Fray Marcos, lo encontró impresionado por el número de combatientes que según sus bomberos venían á presentarle batalla.

El 30 de mañana comenzó el tiroteo de guerrillas. Las fuerzas del general Muñoz ocupaban, como ya hemos dicho, la margen izquierda del río. Tenían, para ocultar á sus tiradores, la espesura del monte bajo que corona la extensión de las barrancas en esos parajes; tenían el caserío del pueblo Bolívar para hacer fuego á cubierto y casi á mansalva. La posición pues estaba muy lejos de ser mala y por el contrario, si un general experto la hubiera sabido aprovechar, habría sido causa principal de una victoria brillante y decisiva.

Repelido el ataque sobre el paso de Fray Marcos y restablecida la calma pasó el resto de la noche sin que se verificaran las esperadas incorporaciones. Aseguran que antes de la madrugada el general Carámbula hizo avisar al general Muñoz que alguna gente revolucionaria vadeaba el río á pie (pues estaba casi seco)

(1) El día 30, el comandante Fallero que iba hacia el paso de Barranca á reconocer al enemigo, fué sorprendido y deshecho. E lteniente Bustos, que había sido apostado en ese paraje por dicho comandante custodiando una caballada, fué cercado por 50 tiradores y á la intimación de rendirse respondió haciendo fuego sobre el grupo, peleando bravamente hasta que completamente rodeado, sucumbió heroicamente con sus cinco soldados y un hijo. En prueba de la muerte heroica. el dueño del campo, dióle honrosa sepultura en su estancia en Casupá.

á ambos lados de Fray Marcos, Asegúrase que el general Muñoz no dió importancia al aviso. Sin embargo, el hecho era cierto. Numerosos revolucionarios habían traspuesto el río por diferentes picadas y se habían ocultado en el monte próximo á las fuerzas legales, y á distancias no mayores de doscientos metros á uno y otro lado del paso. (1)

En cuanto amaneció aparecieron numerosas partidas nacionalistas que descendían hacia el vado en la margen derecha del río. El combate se trabó con encarnizamiento, pues las fuerzas legales que lo defendían — y que eran ciento y tantos hombres del Escuadrón de Seguridad y un batallón mandado por el coronel Etcheverry, — pelearon desde un principio con verdadero denuedo.

El mayor Cuestas hizo funcionar la artillería, pero tenía el enemigo á trescientos metros y peleando en orden abierto, de manera que el efecto de las granadas era casi nulo. Al primer disparo de cañón los servidores de las piezas empezaron á sufrir un fuego convergente que venía de tres lados distintos y cuyos resultados fueron desde el primer momento mortíferos. — El mayor Cuestas iba á pedir protección para el sostén de las piezas al general Muñoz, cuando lo vió venir á caballo y en mangas de camisa (pues el combate lo había sorprendido entregado al sueño), al frente de una fuerza de caballería.


MAYOR CUESTAS, JEFE DE LA ARTILLERÍA EN FRAY MARCOS.

Volvióse el mayor para retemplar el ánimo de sus soldados prometiéndoles la llegada de auxilios eficaces y para ordenar la modificación de los fuegos, pero como viera que las fuerzas de protección tardaban en llegar, miró atrás y vió estupefacto que la caballería, en número de 500 hombres, volvía grupas, quizás aterrorizada por el fuego de los insurrectos, y que el mismo general, llevándose las manos al pecho imitaba su vergonzoso ejemplo. Luego se tuvo la explicación de esto que parecía inexplicable: el general Muñoz había sido herido. Por suerte ó por desgracia para él, la bala, tropezando con un botón de la pechera se corrió por encima de una costilla, produciendo una herida leve y superficial... Quizás, en tan duro trance, el único justificativo de un general desgraciado habría sido morir honrosamente sobre el campo de batalla, sin asistir á la vergonzosa dispersión de las numerosas fuerzas que le había dado la confianza del Gobierno!

¿Qué había sucedido? Una cosa inaudita: que asustados por el fuego que venía de derecha é izquierda á la vez, las divisiones de caballería no sólo se negaban á avanzar sino que se arremolinearon y emprendieron la fuga más desvergonzada á las primeras de cambio, y «cuando recién estábamos en las aceitunas», según decía con expresión rabiosa un artillero que se encontró en la acción.

(1) Un indiecito, prisionero de los nacionalistas, ha suministrado un informe importante.

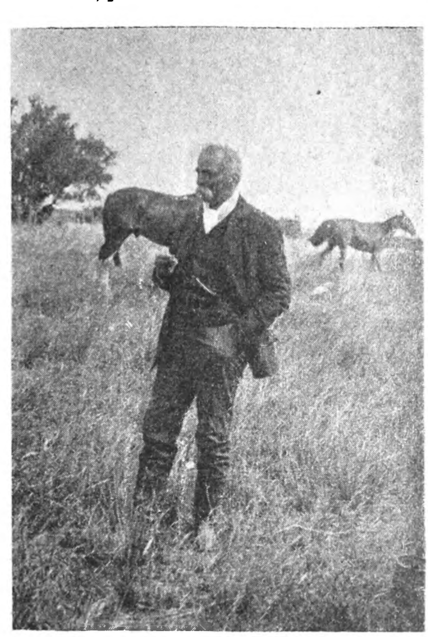
Formaba parte de las avanzadas gubernistas que defendían el paso de Fray Marcos sobre la margen *derecha* del río. Esas avanzadas fueron arrolladas por la superioridad numérica y no contuvieron ni un solo momento al enemigo, de modo que ya no es posible imputar al general Muñoz la gravísima responsabilidad de no haber organizado la línea de escuchas y el servicio de descubierta.

Preguntaron al mismo indiecito:

— ¿Y los blancos pelean bien?

— De eso no hay que hablar, — contestó. — Si todos semos lo mesmo. Donde hay yeguas, potros nacen... Al paso caímos todos, entreverados y en seguida ya nos sacaron cortitos. Puja fuerte esa indiada *tormentosa!*

Los pequeños batallones de infantería no adoptaron una actitud más heroica. Ni á planchazos conseguían los oficiales hacerlos formar y cuando por fin avanzaron, lo hicieron en tal mala forma y con tanta torpeza, no obstante la energía de los jefes, que algunos pelotones quedaron cortados y se fueron hacia el monte buscando refugio allí donde precisamente estaba el enemigo que los fusilaba. Desde la espesura se oían gritos diversos: — «Che, venite, vos que sos blanco!» —y todo una colección de nombres propios, por medio de los cuales los revolucionarios querían inspirar confianza á los que se pasaran dándoles á entender que allí había parientes, amigos ó conocidos. La Urbana de Canelones, cercada por los insurrectos que salían del monte, peleaba con raro denuedo, mandada con pericia sin igual y con extraordinario arrojo por el mayor Torres, ex oficial del 3.º de Cazadores. En medio de la catástrofe, este pequeño cuerpo salió casi incólume: no perdió más que un solo hombre! Tan cierto es que la serenidad constituye el más eficaz preservativo contra los peligros de una batalla...


GENERAL BENIGNO CARÁMBULA

Ejemplo de heroísmo daba al mismo tiempo la división del coronel Cándido Acuña, que arrinconada dentro del monte peleaba sin cesar contra enemigos tres veces superiores en fuerza. Por desgracia el corenel Acuña fué, según parece, gravemente herido y su gente completamente diezmada.

Mientras tanto el mayor Cuestas, al ver que el Escuadrón de Seguridad había sido doblado por las fuerzas revolucionarias, que éstas entraban al vado sin encontrar mayores obstáculos y que las piezas de artillería corrían inminente riesgo de caer en su poder, ordenó que se engancharan los tiros y se retiró á través del pueblo con sus dos cañones y sus dos ametralladoras. Pero á espaldas del pueblo corre un arroyuelo afluente del Santa Lucía y el mayor Cuestas en compañía de otro oficial se adelantó para ver si encontraba paso practicable. El que encontró era difícil y hasta peligroso, pero como no había tiempo para buscar otro, ordenó el avance de las piezas, sobre todo cuando vió que á su derecha, y á galope tendido, venían los lanceros de Mariano Saravia, casi todos montados en pelo y con la vincha tradicional en la cabeza.

Por desgracia, al caer al paso el primer cañón, los caballos delanteros tropezaron y se desplomaron como muertos en el centro del arroyo. El enemigo ya estaba encima y había comenzado á lancear á los artilleros. El mayor Cuestas, revólver en mano y comprendiendo lo desesperado de la situación ordenó que se extrajeran los percutores de los cañones y los punzones de las ametralladoras, y, considerando que las piezas estaban definitivamente perdidas, ordenó también que se cortaran los tiros. El teniente Sosa cumplió la orden de su jefe y llevó á Montevideo el percutor del cañón confiado á su cargo; el mayor Cuestas asegura

que los sargentos hicieron lo mismo con las otras piezas, pero que arrojaron los percutores y punzones al medio del arroyo. Los revolucionarios, empeñados en apoderarse de la artillería, se tiraban de los caballos y se prendían á las ruedas de los cañones para impedir que se los llevaran. En ese momento el entrevero fué horroroso: no se peleaba más que con arma blanca y la mayor parte de las heridas producidas en ese instante son de puñal. Hubo lances personales á brazo partido, á puñetazos, á mordiscos, á pedradas!... El teniente Lagomarsino resultó herido de un lanzazo en el brazo y de un puñetazo en el rostro! El capitán Aguiar fué herido en el pecho y en una pierna.

Desde ese momento la fuga se convirtió en verdadera dispersión. (1) Las caballerías desaparecían ya detrás de las crestas de las cuchillas y solamente las densas columnas de polvo amarillento indicaban la dirección de esta disparada que será famosa. Los insurrectos, como en su mayor parte habían pasado el río á pie, no pudieron por ese motivo extremar la persecución y sólo los lanceros de Mariano Saravia aprisionaron á algunos dispersos y lograron tomar una parte de la caballada y las carretas del parque.

La acción duró á lo sumo media hora y según diferentes testimonios la división de Canelones no ha resistido más de diez minutos los rigores del fuego. Tenían razón los insurrectos que durante la persecución, se golpeaban la boca en signo de menosprecio y gritaban: «Canarios! á sus maizales!»

Para darse cuenta de los caracteres que asumió la derrota, basta decir que un ayudante del comandante revolucionario Aldama, el joven B. Rospide, ostentaba al día siguiente de Fray Marcos el quepis de un jefe de graduación en el ejército legal. Ese quepis, recogido en el campo de batalla, llevaba una divisa blanca sobre los cuatro galones de oro. Los monogramas de metal que ostentaban los quepis del Escuadron de Seguridad, fueron recogidos y cosidos á los sombreros negros de los soldados de Abel Sierra. Las dos letras — E. S. — significaban: Escolta de Saravia... (2)

(1) El doctor Luis Ponce de León, secretario del general Aparicio Saravia, escribió por orden de éste, el parte de la batalla de Fray Marcos. Es un interesante documento. Se resumen todos sus detalles en el siguiente final:

«La derrota resultó tan completa, que sería imposible concebirla mayor. El ejército enemigo en verdadera fuga, había sido deshecho y dispersado. Quedaba sobre el campo un tendal de cadáveres, que, según voz corriente, pasaban de cien; habían sido hechos como 150 prisioneros, entre ellos el coronel Acuña, los capitanes Aguiar (herido), Silveira de Codina y Gutiérrez, el teniente Hermida, dos ayudantes del general Carámbula y algún otro oficial que en este momento no recuerdo.

En cuanto al botín de guerra, quedaban en nuestro poder varias caballadas, dos cañones Canet, dos ametralladoras y 17 carros de armas y municiones, ponchos, recados, etc.

No doy el número de heridos porque lo ignoro. En cuanto á las bajas nuestras fueron tan pocas, que entre muertos y heridos, no pasaron de 20, si llegaron á esa cifra: lo que dudo muchísimo. Solo tengo noticia exacta de tres muertos y siete heridos.

Las bocas de cañón, que ni un minuto dejaron de tronar, no nos hicieron ni una sola baja por más que varios de ellos arrojaron sus proyectiles muy cerca de la casa ocupada por el cuartel general, donde hay varios ombúes, á la izquierda, y un poco más lejos de la línea del fuego de la ya varias veces mencionada casa de Reinoso.

La estratagema del general Saravia había sido coronada por el más completo éxito, casi sin pérdidas para nosotros, y en el más breve tiempo: solo 35 minutos transcurrieron desde que comenzó el flanqueo hasta el instante en que nuestras guerrillas del centro traspusieron el paso!»

(2) Sobre los sucesos de Fray Marcos se ha escrito mucho. A raiz del triste suceso, el coronel Martín Etcheverry, actor en la batalla, formuló en *Diario Nuevo* una exposición de lo que aconteció en aquella desgraciada jornada. Según el coronel Etcheverry el sábado 30 de Enero la situación del ejército gubernista en Fray Marcos era la siguiente: El general

Estos detalles, como es natural, afligían á los que habiendo actuado en Fray Marcos, tenían conciencia de haber cumplido con su deber. Un repórter habló con uno de los artilleros, quien se concretó á decirle:

Anécdotas y comentarios

«Limítese á consignar, señor, que hemos hecho cuanto humanamente era posible para salvar la dignidad militar. El desastre no tomará de sorpresa á nadie en nuestra tierra. Se conoce demasiado al general que nos ha mandado!»

Con motivo de lo ocurrido en Fray Marcos, un oficial nacionalista recordaba al dia siguiente que las fuerzas de Canelones en el ejército revolucionario de

Muñoz estaba acampado sobre el paso, de este lado del Santa Lucía, con el Estado Mayor, la artillería, infantes, etc. Del otro lado del paso, al frente, se encontraba el coronel Acuña, con unos doscientos hombres, escasos, de infantería, ocupando la quinta del señor Vázquez Varela; á la derecha de Acuña, el coronel Montoro, con el Escuadrón de Seguridad, y á la izquierda Etcheverry, al mando de dos compañías de batallón.

El 30 por la tarde tuvieron conocimiento los gubernistas de que en la mañana de ese día los revolucionarios habían ocasionado un contraste al comandante Falero, jefe de una fuerte descubierta que el general Muñoz envió al paso de Barrancas, del Santa Lucía. Falero es un valeroso jefe, pero tal vez demasiado entusiasta. Su misión era descubrir; y no contento con eso, apenas vió á los revolucionarios se les fué encima, cayendo en una emboscada, en que se peleó al arma blanca. Falero pudo retirarse, con pérdida, pero la forma en que había practicado el reconocimiento no dió resultado, en cuanto á averiguar el número y la posición del enemigo Sin embargo consta que el coronel Acuña había comunicado al general que las fuerzas revolucionarias,—que él había observado anteriormente,—no bajarían de cuatro mil hombres. El general Muñoz debió juzgar exagerado el informe, porque no tomó disposiciones concordantes.

Después de la retirada de Falero, no se desprendieron guardias al Paso de Barrancas y á la picada que existe entre ese paso y Fray Marcos, puesto que el general fué sorprendido en su campo, por gente que debió cruzar el rio por esos sitios. El mismo día 30, entre 7 y 8 de la noche, el general Muñoz dió aviso al coronel Etcheverry por medio del ayudante Berrueta, de que se aproximaba una columna enemiga, y le ordenó que, con las fuerzas de su mando, estableciera un servicio de vigilancia para impedir cualquiera sorpresa. Inmediatamente el coronel Etcheverry se puso de acuerdo con el coronel Montoro. Destacó, á varias cuadras, una guerrilla de cincuenta tiradores, extendidos á su derecha, sobre el río, hasta el agua; y confió al alférez Bayares, de Pando, la misión de colocarse á mayor distancia, con cuatro hombres, como escuchas, dentro del monte. Estas avanzadas se encontraban á la derecha, río arriba. Una hora más tarde, las avanzadas de Acuña daban aviso de la proximidad del enemigo, y en seguida se trababa un fuerte tiroteo. Los revolucionarios arreciaron el fuego engrosando las guerrillas hasta formalizar un ataque: pero Acuña defendió valerosamente su posición. La artillería cooperó, desde el otro lado del paso, con algunos tiros por elevación. Los revolucionarios, encontrando seria resistencia ó considerando, tal vez, que ya habían llenado su objeto de distraer la atención del general Muñoz, enmudecieron y se retiraron. El general, creyendo que tenía al frente tan solo una vanguardia enemiga, dijo al verlos retirarse, frotándose las manos:—«Esos van disparando á llevarle á Saravia la noticia de su derrota». Los gubernistas quedaron ocupando las mismas posiciones. Como á la una de la madrugada llegó el alférez Bayares, diciéndole á Etcheverry: «Coronel: He notado que del otro lado del río hay gente en movimiento y se oye conversación». Previendo que el enemigo pudiera haber pasado rio arriba montó Etcheverry á caballo y fué á buscar del otro lado del paso al general Carámbula, Jefe del Estado Mayor, para darle cuenta de la novedad. En el trayecto encontró al general Muñoz y, como le preguntase si había novedad, lo enteró de lo que sabía.

—No se preocupe, coronel,—dijo.—Es gente nuestra!...

—Y ¿qué gente tenemos de ese lado, general?—preguntó Echeverry.—Están, contestó el general, las fuerzas del coronel Peirán, y del comandante Filho Mello y la urbana de Canelones!—y agregó jovialmente:—Vaya no más, tranquilo, que los blancos ya no vuelven después de haber sido rechazados!—Regresó Etcheverry á su campamento, manteniendo, á pesar de todo, la misma vigilancia. Al aclarar, los nacionalistas reaparecían sobre la posición ocupada por el coronel Acuña, y se renovaba el fuego. Fué en aquel momento que el general Muñoz hizo pasar al otro lado del río una pieza de artillería, llevándola á las avanzadas, con la cual dispararon algunos tiros á metralla. El enemigo volvió á guardar

1897, á pesar de estar compuestas, como es natural, de voluntarios, tenían muy mala fama, pues se desbandaban á la menor resistencia del enemigo, comprometiendo la suerte de todas las acciones en que intervenían.

Narraba que cierto dia se le presentaron al general Saravia seis voluntarios de las milicias de ese departamento.

—Si ustedes quieren ingresar á las filas de la revolución, es necesario que antes se sometan á una prueba.

—A la que usted disponga, general,—contestó el que encabezaba el grupo.

—Perfectamente.

silencio y á retirarse y entonces el cañón fué nuevamente llevado á su emplazamiento primitivo. Serían las siete de la mañana, más ó menos, cuando los revolucionarios reanudaron el avance sobre la posición defendida por Acuña, esta vez con más ímpetu. Minutos después, se oía del otro lado del río, dentro del monte, un vivísimo fuego de fusilería. Al principio no se hizo caso, confiados en que ese punto estaba bien defendido, y sólo se pensó en rechazar el ataque del frente; pero cuando empezaron las tropas legales á sufrir los efectos de aquel inesperado fuego de flanco, mandó Etcheverry al ayudante Del'Acqua, á que averiguara lo que sucedía del otro lado. Minutos después regresaba el ayudante diciendo:

—Allí no hay nadie! Toda nuestra gente se ha ido. Por la cuchilla se ven los dispersos!

Dió Etcheverry aviso á Montoro y Acuña, y comprendiendo lo que sucedía, ordenó la gente para la retirada. El Escuadrón de Seguridad cruzó el paso antes que los otros cuerpos. Cuando Etcheverry subió la barranca del paso, encontró al general Carámbula, que iba á buscarlos y que le gritó:—Coronel, mande retirar, que nos han flanqueado!—Atravesaron el paso bajo una lluvia de proyectiles. Acuña fué el último en retirarse. Al pasar por donde estaba acampado el grueso de las fuerzas, Etcheverry se dió cuenta de los efectos de la sorpresa. La artillería no había hecho un solo disparo; las ametralladoras no habían sido utilizadas. No había nadie, no se veía un solo jefe. Encontró al capitán Aguiar, que se retiraba herido y á un cadete de la Academia que servía en la artillería. Poco después los restos de las fuerzas legales, escopeteadas incesantemente, sufrían la influencia de aquella desgracia, y era imposible reunir diez hombres para organizar una guerrilla. El general Carámbula lo intentó varias veces sin resultado.

Etcheverry afirmó que los últimos en retirarse fueron el general Carámbula, coronel Acuña, comandante Isabelino Rodríguez, comandante Luciano Rodríguez, capitán Aguiar, capitán Marichal (de Las Piedras), ayudante Berrueta, teniente Hermida, teniente Rivas y ayudante Del'Acqua.

Estas declaraciones del coronel Etcheverry motivaron una réplica del mayor Alberto Cuestas, concebida en términos violentos.

Hela aquí tal como fué publicada en *La Razón* del 10 de Febrero:

«Falta á la verdad el coronel Martín Etcheverry cuando asegura que la artillería «no había hecho un solo disparo». Es inexacta también la afirmación de que las ametralladoras no hayan sido utilizadas; el capitán Alejandro Aguiar, que estaba á su mando, las hizo funcionar hasta el momento de ser herido. Cuando el fuego del enemigo se hizo intenso y general por el costado derecho de nuestra posición, recibí orden del general Carámbula de emplazar una pieza á unos 300 ó 400 metros de la orilla del monte. Una vez colocada la pieza, que era la que mandaba directamente el teniente Santiago J. Escuder, en aquella nueva posición se hicieron cuatro disparos con bote de metralla, mientras que la otra pieza, al mando del teniente Pedro Lagomarsino, se colocaba en proximidad de la primera y rompía á su vez el fuego. Fué entonces cuando la dispersión de los nuestros se acentuó, ganando visiblemente el enemigo terreno sobre nuestras posiciones. Ordeno entonces enganchar las piezas y me retiro con ellas á través del pueblo y en dirección á una altura dominante situada más acá del caserío, con la esperanza lógica y natural de no ser bajo ningún concepto abandonado á mis propias fuerzas: llegué á la altura como era mi propósito y vi desde ella con desaliento, que la dispersión era general, en tanto que las guerrillas enemigas las tenía ya á 50 metros á mi retaguardia; bajo la ladera y encuentro una cañada alta y fangosa, que según supe después, se denomina «Cañada de Fray Marcos», busco paso y no encuentro, intento pasarla y me es imposible, caballos y cañones se hunden en el fango y los lanceros enemigos caen sobre nosotros; la confusión es grande, los artilleros son lanceados sobre las piezas, el teniente Lagomarsino que está á mi lado y á quien han muerto ya dos caballos, es herido á su vez; ordeno á mi ayudante el teniente José Sosa que eche pie á tierra é inutilice una pieza, le grito al teniente

Saravia llamó á uno de sus ayudantes y afectando una seriedad que estaba lejos de sentir, porque el caso era verdaderamente cómico, le dijo:

—Prepare cuatro hombres. Destaque á estos voluntarios sobre una cuchilla, á 800 metros de distancia, y haciendo de cuenta que es una partida exploradora del enemigo sorprendida, le hace usted fuego.

La escena se llevó á cabo (en simulacro se sobreentiende, con cartuchos de fogueo) pero los canarios ignoraban esta circunstancia.

Algo emocionados ocuparon la posición que les ordenó, pero lejos de sostenerse sobre los lomos del caballo, se lanzaron al suelo....

Escuder que haga lo mismo con la otra, y yo en persona, hago cortar los tiros de los caballos, retirándome con los artilleros que me quedaban, entre los que marchan heridos un oficial y cinco soldados».

Uno de los oficiales que actuaron en el combate de Fray Marcos, publicó también una carta de la cual extraeremos algunos datos interesantes. He aquí lo que cuenta el señor Gabriel Cabrera, de las milicias de Pando:

«El pasado día 30—y siendo próximamente las cinco de la mañana, recibió orden el comisario García de su jefe, el arrojado y querido coronel Martín Etcheverry de que marchara con la policía á su mando á descubrir al enemigo, cosa que se hizo de inmediato—poniéndonos en marcha dando vivas al presidente de la República, á las instituciones y al Partido Colorado.—Aun no habíamos andado una legua cuando de una quinta que se halla en esas inmediaciones salió una guerrilla de los insurrectos, que desplegó una bandera celeste —A vista de esto, ya en presencia del enemigo, tratamos de tomar las posiciones m[illegible]ntajosas que el lugar nos ofrecía y al efecto nos desplegamos al lado derecho de la vía férrea—separándonos del enemigo unos cuatrocientos metros. Nos hicieron una descarga los revolucionarios y nosotros, como movidos por un resorte nos sacamos los sombreros y saludamos la segunda descarga con atronadores vivas á los defensores del gobierno, de las instituciones y al Partido Colorado—iniciando así con el más grato entusiasmo la pelea—y á pesar de ser inferior en número á los revoltosos, los rechazamos por repetidas veces haciéndoles varias bajas—no teniendo que sufrir ninguna nosotros.—Nuestro valiente comisario, don Benigno García mandó un chasque al coronel Etcheverry diciéndole que hacía rato había descubierto al enemigo y que lo estaba tiroteando, que esperaba refuerzo, no haciéndose éste esperar mucho rato, pues llegó el viejo y bien probado comandante don Luciano Rodriguez con su escuadrón, iniciándose acto continuo un combate recio que duró hasta la una de la tarde, con pequeños intervalos que hicimos de parte á parte. A esa hora nos retiramos del campo de acción sin haber tenido que lamentar de nuestra parte una sola baja.

Debo hacer constar como dato interesante que á no haber sido la impericia de nuestro general en jefe, señor Muñoz, no se hubieran apoderado de la Estación Latorre como lo hicieron los revolucionarios. El comisario García en vista del empeño de los revoltosos por tomarnos el flanco izquierdo que era donde quedaba la estación, los fué guerrilleando en retirada hacia ésta, con la firme intención de rechazarlos si intentaban llegar hasta allí, como efectivamente fueron más tarde, pero cuando nos proponíamos esto, llegaba orden de retirarnos hacia nuestros compañeros, dejándoles expedito el camino. Afirmo nuevamente que si nos tomaron la estación fué porque así lo quiso nuestro ex general; de lo contrario estábamos dispuestos, pues así lo habíamos prometido al comisario García, á rechazar á los revoltosos, quemando hasta el último cartucho si necesario hubiera sido, y no dudo que esto hubiera sucedido dado el delirante entusiasmo que reinaba en la oficialidad y tropa que nos acompañaba.

Llegan las primeras horas del día domingo—día fatal para la división Canelones—y se sintieron los primeros tiros. Reavivó el entusiasmo en la tropa, se vivó al Partido Colorado, al presidente Batlle y á los defensores de las instituciones. El valiente coronel Etcheverry dió orden al comisario García para que con la gente á su mando fuera á ocupar una posición que le indicó al norte del paso de Fray Marcos,—orden que no tardó en cumplirse—pues marchamos á galope á ocupar el puesto de honor que nos correspondía, desde donde hicimos fuego al enemigo que ya estaba de nosotros á unos cien metros de distancia.—Conste, también, que estas medidas las tomó el coronel Etcheverry por su propia cuenta, pues mandó dos chasques al general Muñoz y ninguno lo encontró ¡quizás ya fuera en retirada, mientras nosotros sufríamos un fuego abrasador!...

Ya los revoltosos nos habían tomado el paso, y nosotros, sufriendo un fuego terrible de

Las detonaciones dieron la señal de que la pantomima se había realizado.

El general Saravia ordenó que los voluntarios fueran llevados á su presencia. Venían ébrios de orgullo, sonriendo, muy echados para atrás:

—Y, qué tal?—preguntó al mas alarife.

—Y bien no más, señor. Me pasó el chumbo por encimita de la cabeza!

Una carcajada estrepitosa surgió de las filas.

El general dió orden de que se incorporara á los canarios. Pero siempre que el ejército entraba en pelea, les retiraban los caballos.

Los degüellos

El grito de los insurrectos durante la persecución era: — « Tiren las armas, canarios, y disparen! Hay orden de no matar ! » —Es indudable que los revolucionarios no quisieron ensangrentar su victoria: los lanceros de Mariano Saravia empujaban á los dispersos con el regatón de sus lanzas, y los infantes, en vez de hacer fuego sobre los que huían, recogían terro-

los dos flancos y de retaguardia—esperábamos una orden superior, pero nada;—entonces el coronel Etcheverry que permanecía sereno, mandando su batallón y la policía de Pando de la cual tengo el honor de formar parte, mandó que nos retiráramos, ¡pero desgraciados de nosotros! cuando atropellamos el paso ya estaba tomado por los blancos y tuvimos que vadearlo bajo un torrente de balas en tan amargo trance!

Si salvó mucha gente que hubiera sido sacrificada, se lo debemos al general Carámbula y al coronel Etcheverry—y en gran parte á la policía de Pando que formaba la retaguardia y que con sus certeros tiros contuvieron el avance del enemigo.

Se distinguieron por su serenidad y valor,—nuestro coronel en primera fila—el comisario García y toda su valiente policía, los oficiales capitán Manuel Acosta, tenientes Justino Bayares, Justino Ferreyra, Celestino Sánchez, Pedro García y Lucio Lalúz y muchos otros que nos acompañaban.

Jamás he visto en los soldados mayor entusiasmo. Y después hay quien dice que la gente de Canelones no pelea! Póngasele un buen jefe y después verá nuestro partido y el país entero que los *canarios* de Canelones valen tanto como los mejores, y probarán, llegada la hora de prueba, que el desastre del 31 sólo se debe imputar á la cobardía de los que en los momentos del peligro olvidan sus deberes de soldados y la responsabilidad que sobre ellos gravita».

Por su parte el teniente Sosa, aludido por el mayor Cuestas en la carta transcripta más arriba. hizo pública la siguiente rectificación:

«Enemigo de espectabilidad, ajeno á toda emulación que no provenga del cumplimiento de los deberes militares, estaba resuelto á guardar absoluto silencio en lo que respecta al combate de Fray Marcos, en que me tocó actuar como ayudante del sargento mayor don Alberto Cuestas, pero un párrafo de la carta de éste que acaba de ser publicada, como contestación al reportaje de *Diario Nuevo* al coronel Etcheverry, me pone en el caso de recurrir á la prensa para una rectificación que, juzgo absolutamente necesaria.—Dice el mayor Cuestas:

«Ordeno á mi ayudante el teniente José Sosa, que eche pie á tierra é inutilice una pieza... »

La cita del mayor Cuestas es errónea en cuanto á mí personalmente se refiere, y debo atribuirla á confusión del momento, tal vez producida por las diversas órdenes que debió impartir en el angustioso pasaje á que se refiere. El mayor Cuestas, en efecto, no me dió tal orden, y si procedí á inutilizar uno de los cañones, apoderándome del percutor, fué por acto espontáneo y en el convencimiento de que de otra manera habría de ser más tarde aprovechado por el enemigo.

La pieza de la referencia fué conducida por mí personalmente hasta Montevideo y entregada á su excelencia el señor presidente de la República, por intermedio del señor ministro de Gobierno.

Me creo en el caso de no agregar una palabra más sobre el particular y rogándole la inserción de estas líneas, me es grato suscribirme del señor director atento y S. S.—*José Sosa*».

En vista del giro desagradable que tomaba esta polémica que tendía á generalizarse entre el elemento militar y para prevenir nuevas publicaciones que se anunciaban, el Estado Mayor prohibió terminantemente que se diera publicidad á cualquier nuevo comentario sobre la batalla de Fray Marcos.

nes del suelo y se los tiraban á la espalda, diciendo: — «No seas bobo! Soltá el máuser!»

El hijo del coronel Cándido Acuña fué víctima de uno de los pocos rasgos de crueldad y de barbarie que siguieron á la victoria. Después de pelear heroicamente, el coronel Acuña rodeado de un pequeño grupo de hombres hizo entrega de su espada aceptando las promesas y las seguridades de vida que le daba un jefe nacionalista. Efectivamente, éste entregó sus prisioneros á un piquete con orden expresa de llevarlos sanos y salvos hasta el campamento. Cuando el grupo se retiraba del campo de la acción fué asaltado por una turba de furiosos ebrios de sangre y deseosos de matanza que querían empezar los degüellos por el grupo del coronel Acuña.

El oficial nacionalista que los custodiaba los defendió á planchazos y sus soldados amenazaron con hacer fuego. Cambiáronse algunos tiros y por desgracia uno de ellos hirió en el cráneo al hijo del coronel Acuña que lo vió caer y se precipitó para levantarlo. Pero ¡cosa increíble! antes de que el padre infortunado pudiera tocar el cadáver de su hijo, éste, tirado por los pies, era arrastrado fuera del grupo y degollado en dos segundos, sin que ninguno de los aterrorizados circunstantes pudiera impedir aquel vejamen bárbaro sobre el cadáver de un infeliz muchacho. (1)

El Día aseguraba días después, refiriéndose á estos desmanes, que entre los muertos que recibieron sepultura en Fray Marcos había unos veinte degollados. El relato de algunos oficiales que quedaron prisioneros en el campo de batalla y que luego recuperaron su libertad, parecía confirmar esa versión.

(1) El corresponsal especial de *La Nación* bonaerense reportó sobre este suceso al coronel Acuña.—El reportaje se publicó al 10 de Febrero, en esta forma:

«—Ante todo, coronel, permitame darle el pésame...

—Ha visto, amigo, qué desgracia...?»—Los ojos se le llenaron de lágrimas, que un poderoso esfuerzo de voluntad detuvo entre los párpados,—«Y yo, su padre, que he tenido ocasión de salvar á tantos, no pude ni socorrerlo... ¡Parece mentira!...

—¿Entonces usted se hallaba próximo á su hijo cuando lo ultimaron?

—Como de aquí á esa mesita — contestó Acuña, señalando una que distaría dos metros escasos.

—¿Y cómo fué?

—Nosotros veníamos galopando juntos hacia el enemigo. El fuego era fuerte y «chiflaban» las balas que era un contento. A mi hijo le bolearon el caballo, y, vea lo que es el destino, se lo bolearon tres veces mientras que al Muchacho — (da este nombre á su flete, un zaino negro, que lució en Cerros Colorados, el 97 y en la retirada de Tapia, que efectuó en la misma época) — al Muchacho no le tocaron ni un pelo. Como era imposible mantenerse más tiempo, pues estábamos rodeados, resolvimos rendirnos, sobre todo porque nos gritaban: «¡Ríndanse que tienen la vida garantida!» Un pardo negro, sin que mediara una palabra, descerrajó un tiro sobre mi hijo, y se le fué encima facón en mano, hiriéndolo de varias puñaladas, ya en el suelo.

—Pero lo degollaron?

—Si señor, á la «brasilera», pegándole dos puñaladas en los costados de la garganta.

—¿Y usted?...

—A mí se me vino otro pardo, y después de insultarme me tiró varias puñaladas que conseguí parar con el poncho.

—¿Y no tenía armas?

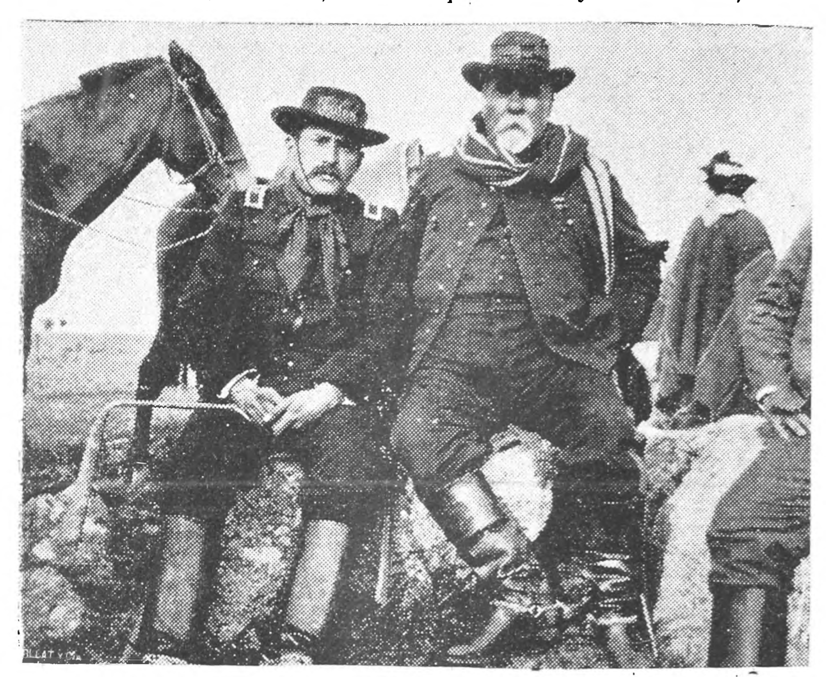
—No, señor; el revólver lo había perdido no sé cómo; sólo tenía en la mano los anteojos de campaña y el rebenque.

Me atropellaron otros y me sacaron los anteojos y el poncho, mientras el negro «carchaba» al finado, á quien sólo le dejaron las medias. A mí no me mataron, gracias al oficial que amenazó con su revólver á los soldados para que me dejaran.

Pedí una carreta y me la hicieron dar, para conducir el cuerpo de mi pobre hijo hasta mi casa, que queda en Vejiga, á una legua y media del lugar del suceso».

Atribuyéronse los degüellos á la gente de Mariano Saravia, compuesta en su casi totalidad de negros y de indios. Procedían de la frontera y hablaban, casi todos, portugués. Algunos eran bandidos que habían tomado parte en todas las revoluciones de aquende y allende la línea divisoria, en los últimos veinte años. Habían estado con los federales, con los castilhistas, con los blancos: habían contrabandeado en las épocas de paz, y en las de guerra, asaltaban una que otra estancia, y enviaban á tal cual estanciero rico á gozar de mejor vida...

El capitan Aguiar cuenta que pudo ocultarse, mal herido, en un matorral muy espeso. Allí estaba, hacía rato, consumido por la fiebre y muerto de sed, cuando

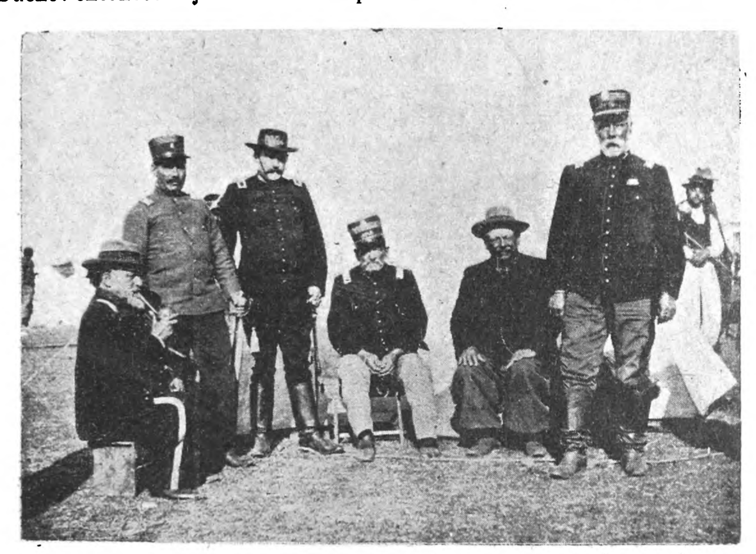


CORONEL CÁNDIDO ACUÑA Y TENIENTE TOMÁS BERRETA. PRISIONEROS EN FRAY MARCOS

á pocos pasos se detuvieron dos jinetes. Eran dos indiazos de fiero y terrible aspecto. Bajaron de sus caballos á fin de apretar las cinchas y se pusieron á conversar en voz alta. — Yo, decía uno — degollé á un *salvaje* del otro lado de aquella cuchillita... — Yo también alcancé á degollar á otro entre el pajonal de la cañada... — ¿ No habrá quedao algun otro *salvaje* herido por aquí? — Y el que habló primero paseó la mirada en torno, sin que afortunadamente para el capitán Aguiar — (que oía la tranquila plática con los pelos puestos de punta) — pudieran sus ojos avizores penetrar el secreto que guardaba en su verde entraña la protectora espesura del matorral...

Más espeluznante es aún el caso de un cadete, cuyo caballo rodó mal herido. apretándole una pierna en la caída. El cadete desmayóse con el dolor de la fractura, y el caballo quedó muerto agobiándolo con su peso. Cuando el muchacho volvió en sí, sintió que le sacaban las botas: dos insurrectos lo *carchaban* tranquilamente. Tuvo el tino de no abrir los ojos, y de hacerse el muerto. Uno

de los carchadores se probó las botas sentado sobre el cadáver equino, y le quedaron chicas: el otro hizo lo mismo con idéntico resultado. Entonces, en su despecho arrojó la bota que tenía en la mano á la cabeza del cadete. Este no pestañeó siquiera. Uno de los hombres dijo al otro: — « Alargáme tu cuchillo que quiero degollar á este mocoso »... — El otro sacó el facón y se lo entregó. Pero probablemente el « tocador de violín », probó el filo de la daga en la caña de la bota, pues el cadete le oyó refunfuñar: — « Este facón es un serrucho! No sirve pa nada! Vamos á tener que estar un rato dele que dele pa cortarle el gañote... —Bueno: entonces dejálo. No vale la pena de ensuciarse las manos... » — Y de



CORONEL PEDRO PEYRANO, TENIENTE CORONEL BRÍGIDO RODRÍGUEZ, MAYOR TOMÁS BERRETA, COMANDANTE JOSÉ P. MELO, COMANDANTE ANTONIO GARCÍA, TENIENTE CORONEL LUCIANO RODRÍGUEZ.

bido á este desprecio ha podido el cadete contar el cuento, después de haber oído sonar su última hora y haber sufrido la más atroz de todas las agonías imaginables.

Pero es justo consignar que semejantes hechos de barbarie, fueron casos aislados, que provocaron general reprobación en las fuerzas insurrectas. El pardo que degolló al hijo del coronel Acuña, hubo de ocultarse, pues se le buscaba para pasarlo por las armas en presencia del padre de la víctima. Los jefes y oficiales que cayeron en poder de los revolucionarios fueron tratados con todo género de cortesías y consideraciones. Saravia los atendió personalmente. Cuando el coronel Acuña y sus compañeros prisioneros se presentaron al caudillo nacionalista, éste les ofreció las mayores garantías y les dió amplia libertad para recorrer el campamento.

Cortesía de Saravia

Los prisioneros manifestaron su gratitnd, pero ninguno de ellos entregaba su espada. Entonces Saravia, dirigiéndose personalmente al coronel Acuña, le dijo:

— Usted es el coronel Acuña?

— Sí, señor.

— Lo conocía mucho de nombre. Ha peleado usted como un valiente...

El coronel Acuña balbuceó algunas frasés de cortesía.

—Tendría que pedirle un favor... —agregó Saravia, con una sonrisa á la vez amistosa y jovial...

—Lo que esté en mis manos... —contestó Acuña.

—Mire coronel: tengo ahí un oficial que no tiene espada. Si usted quisiera regalarle la suya?...

El coronel Acuña y sus acompañantes comprendieron al punto la indirecta. Desciñeron los cintos, é hicieron entrega de las espadas. Uno de los oficiales presos se adelantó y dijo:

—Señor, por mi parte desearía hacerle á usted un obsequio personal. Acepte usted este revólver, que es de primer orden, se lo aseguro.

Y le entregó un arma magnífica de Smith y Wesson.

—Lo acepto—contestó Saravia.—Justamente, me viene bien, porque no tengo arma alguna de mi propiedad. Y además—agregó soltando la risa—tal vez me haga falta cuando dentro de algunos días vaya á hacerle una visita á mi compadre Muniz!



OFICIALES Y SOLDADOS DE LA DIVISIÓN DE CANELONES, REFUGIADOS EN LA UNIÓN DESPUÉS DE FRAY MARCOS

La siguiente curiosa anécdota, nos ha sido relatada por un de los protagonistas.—El joven Berreta, ayudante del general Carámbula, que cayó prisionero junto con el coronel Acuña, dió pruebas de valor y entereza defendiendo su credo y la personalidad del Presidente de la República entre las mismas filas revolucionarias. Presentado Berreta por Ramón Saravia á su tío Mariano, se entabló un diálago del que entresacamos estas principales frases:

—¿Cómo es eso amigo—díjole Mariano—que un mozo como usted ande pasando miserias y trabajos por un ladrón y borracho como Batlle?

—Perdone, coronel—replicóle Berreta, con firmeza.—Usted está mal informado. Batlle no es lo que usted dice, sino un excelente hombre y buen gobernante. Estoy seguro de que si usted hubiera hablado con él alguna vez, no le hubiera hecho la guerra.

Mariano, que oía esto conteniendo su ira, estalló de repente y levantándose con el rebenque en alto atropelló á Berreta diciéndole:

—Usted es un compadre, provocador y yo le voy á bajar el gallo.

En seguida dió orden para que fuera separado del grupo y custodiado por cuatro lanceros, dirigiéndose después á la carpa del general donde se celebraba la reunión de jefes para deliberar sobre la libertad de los prisioneros.

Mariano hizo toda clase de esfuerzos para que le fuera entregado Berreta, llegando hasta amenazar con separarse del ejército si no se accedía á ello.

Aparicio sin embargo se negó á ello, influyendo en su ánimo la conducta noble y altruísta del coronel Acuña quien,—como desde el lugar en que se encontraba oía la discusión,—gritóle que tampoco aceptaría la libertad si no se la concedía también á Berreta, como era lo convenido al entregarse.

Tres días después del combate, Saravia puso en libertad varios prisioneros

tomado en Fray Marcos.—Entre ellos se contaban el coronel Cándido Acuña, los capitanes Silveyra y Colina del regimiento de artillería, Tomás Berreta, ayudante del general Carámbula, once oficiales más de inferior graduación y tropa de diversas unidades.

Estos prisioneros fueron llevados á Montevideo en ferrocarril, acompañados por un oficial nacionalista, Enrique Burgues, ayudante de Saravia. Diéronle seguridades de que podría volver al campamento nacionalista, pero á última hora no se lo permitieron, y tuvo que embarcarse para Buenos Aires.

Repercusión del combate

El suceso de Fray Marcos, fueran cuales fueran sus verdaderas proporciones, causó impresión inmensa en toda la capital. Mientras los nacionalistas soñaban con un inminente ataque á Montevideo, y veían á Saravia entrando como un triunfador, por el camino de la Unión, el gobierno procedía con enérgica serenidad, á prevenir las consecuencias posibles del desastre. Acuarteláronse las milicias y se activó por todas partes la requisa de caballos, sacándose hasta los de los coches particulares. En previsión de que al aproximarse las fuerzas revolucionarias, pudiera estallar, dentro de Montevideo, algún movimiento subversivo preparado con antelación, habíase dispuesto el día 29 la prisión de algunos nacionalistas sospechosos. Entre ellos figuraba el doctor Manuel Quintela, ex miembro del Directorio, el cual fué puesto en libertad después de unas horas de cárcel.


LOS CANARIOS DEL GENERAL MUÑOZ EN LA UNIÓN

El mismo favor obtuvieron los señores Enrique Clulow y Alfredo Trillo.

En la Jefatura estuvieron detenidos los señores Remigio Castellanos y Diógenes Latorre.

Entre los presos del día 30 figuraban el doctor Arturo Semería, Adolfo Berro, Marcelino Parra, el escribano Carlos M. Silva, Adolfo García, José A. Gascue, Eduardo Clulow, Juan S. Garat, Diego Ortiz. Este último era presidente de un club nacionalista en el Barrio Reus. Los detenidos fueron pasados al batallón número 10 de guardias nacionales, con excepción de García que se alojó en la Jefatura.

El mismo día de Fray Marcos se efectuaron nuevas prisiones políticas, y el gobierno resolvió enviar los presos á la isla de Flores, custodiados por gente de la Comandancia de Marina.

En aquella condición fueron remitidos á la isla mencionada, fuera de los ya nombrados, Manuel Mattos, José Zubillaga, Floro Cibils, José Britos, Arturo Berro, Eduardo Monteverde, Augusto Ponce de León, Pedro Casaravilla Vidal, Juan Tomás Clulow, Juan Garat, Benito Romay, Federico Clulow, doctor Lenguas, José Clulow, Eduardo Joanicó Otorguez, Francisco Bufacini, Eusebio Carrasco, mayor José L. Tejería, Luis Donadini, Francisco Fernández Capdevila y Juan P. Ortega.

El 2 de Febrero circuló con insistencia el rumor de que los presos políticos

enviados á la isla de Flores en el vapor *Corsario*, se habían sublevado contra la fuerza que los iba custodiando y que después de someterla habían obligado al patrón del pequeño barco á que marchara con rumbo desconocido.

Poco tardó en averiguarse que todo ello no pasaba de invención de algún alarmista, pues el *Corsario* regresó al puerto después de dejar los presos en la isla custodiados por numerosos soldados y no por cuatro como decían los inventores de aquella versión.

En vista del giro que tomaban los sucesos, el diputado nacionalista Luis Eduardo Segundo, temiendo ser aprehendido, se había trasladado á Buenos Aires. Empezó por asilarse en la legación brasileña. Más tarde, con permiso del gobierno, se embarcó en el vapor de la carrera acompañado del ministro del Brasil.



SEÑOR LUIS E. SEGUNDO, DIPUTADO NACIONALISTA ASILADO EN LA LEGACIÓN BRASILEÑA.

Don Enrique Anaya, ex presidente del directorio del partido nacional, se asiló en la legación argentina al saber que existía orden de prisión contra él. (1)

Disolución de batallones nacionalistas

El mismo día de Fray Marcos, resolvióse por el gobierno la disolución de los batallones 15 y 16 de guardias nacionales, formados por elementos adictos á la minoría nacionalista. Hacía días que se notaban síntomas peligrosos en los dos batallones. En las paredes de los cuarteles aparecían repetidas inscripciones con *vivas* á Saravia y á otros jefes revolucionarios. Se procedió por la tarde á cumplir esa disposición, en los respectivos cuarteles.— Los jefes de esos batallones, ciudadanos Berasain y Ferreira Oroño, advertidos previamente de la resolución adoptada, dieron puerta franca á sus soldados, poco antes de presentarse á sus cuarteles las fuerzas encargadas del recibo y custodia del armamento y municiones.

Esta tarea correspondió al 9.° de GG. NN., que mandaba el señor Jorge Pacheco en lo que se relaciona con el batallón 15.°. Al frente de 200 hombres llegó el 2.° jefe del 9.°, sargento mayor León Muñoz, que aunque enfermo dió cumplimiento á la comisión, para retirarse luego en asistencia á su domicilio. Una vez formada la tropa frente al cuartel del 15.°, salió de éste el jefe del cuerpo señor Berasain acompañado de un grupo de oficiales, adelantándose para expresar que

(1) El Estado Mayor General del Ejército publicó además un aviso por el cual llamaba y emplazaba para que en el término de quince días, á contar desde el 30 de Enero, se presentaran á recibir órdenes al Estado Mayor General del Ejército los señores jefes y oficiales siguientes:

Teniente coronel, don Lino Cabrera; teniente coronel graduado, Enrique Yarza; sargentos mayores, Segundo Carrasco, Gabino Valiente, Angel Muniz, Estanislao A. Muniz, Bernardo G. Berro: sargento mayor graduado, Isidro Rodríguez: capitanes, Isidoro Pereyra, Plácido Rosas; Agustín Muñoz, Horacio Isnardi, Cirilo Leyton, Tomás Trías, Manuel Urán: tenientes primeros, Benito Ayala, Hilario Benítez, Nicolás Botana, Hilario Arias y Migues; tenientes segundos, Fernando Bordas, José M. Ubuía, Elisareo Lecot, Antonio Prieto: alféreces, Demetrio Erausquin, Carlos Visillac, Pedro Isnardi, Mariano Buzo: porta, Fernando Joanicó; guardia marina, Jaime J. Joanicó.

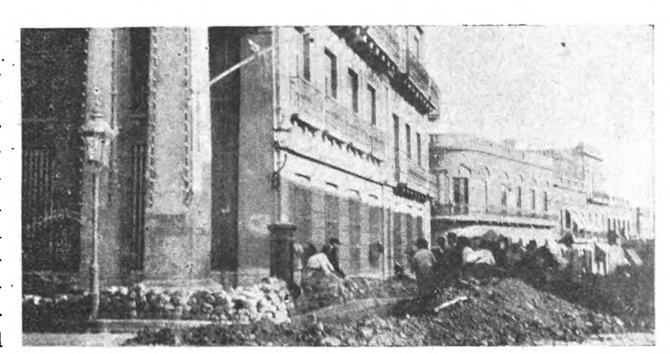
acatando la resolución superior ponía á disposición de los comisionados las armas y las municiones de que disponía. Consistían éstos en 100 fusiles y otros tantos correajes completos con determinado número de tiros.

El mayor Muñoz, á quien acompañaba el comandante Calleriza, como ayudante del Jefe de Estado Mayor, se incautó de las existencias del cuartel.

Terminada la tarea, se retiró la fuerza del 9.° entre los vivas al presidente de la República en que prorrumpieron el jefe y oficiales del batallón que acababa de disolverse.

En el cuartel del 16.° se procedió en idéntica forma, concurriendo una fuerza del batallón 11.° de guardias nacionales que mandaba el señor Joaquín Machado.

Estuvo presente durante la entrega del armamento el 2.° Jefe del Estado Mayor, coronel Magallanes. — El desarme fué llevado á cabo con toda corrección y cultura, inventariándose minuciosamente desde el objeto de menos valor hasta los elementos de guerra recibidos. — La orden fué acatada al instante por los señores Ferreyra Oroño y Lassus, jefes del 16.°. — Tanto el coronel Magallanes como los cívicos que intervinieron en el acto, recibieron excelente impresión sobre la forma con que procedió la oficialidad y tropa del 11.°, que estaba en aquel momento á órdenes del 2.° jefe del cuerpo, comandante don Simón Patiño.



EXCAVACIONES PRACTICADAS ALREDEDOR DE LA CASA DE GOBIERNO

Los oficiales que figuraban en la plana mayor de los batallones disueltos, recibieron autorización superior para continuar uniformados, debiendo sustituir el número del kepis por una corneta y el del cuello de la casaquilla por un máuser.

Heridos de Fray Marcos

Contribuyó á aumentar la impresión en Montevideo la llegada de los primeros heridos. El mismo día de la batalla, á las 7 1/2 p. m. ingresaron al Hospital de Caridad, el teniente primero de artillería Pedro Lagomarsino, con herida de bala en el antebrazo izquierdo, y el soldado del mismo cuerpo Juan Rodríguez, con dos heridas de lanza, una en la cabeza y otra en la región lumbar izquierda. — Se anunciaba que los heridos sumaban centenares, y que la expedición sanitaria dirigida por el doctor Piñeyro del Campo no era bastante para prestar auxilios á todos los que habían quedado tendidos en el campo de batalla. Como es natural, se exageraba y se mentía mucho. Súpose más tarde, que las bajas habían sido relativamente escasas, como lo demuestra la anécdota siguiente. Cuando la expedición sanitaria del doctor Piñeyro del Campo llegó á la estación *Latorre,* inmediatamente después de la batalla de Fray Marcos, se encontra-

ron sus miembros con que en el andén los esperaba un joven con apariencia de pueblero en «villegiatura». Esa persona los recibió afectuosamente, dirigiéndoles con fácil palabra los cumplidos de bienvenida.

—Señores—les dijo—vienen ustedes á tiempo. Ahí tenemos unos sesenta heridos que necesitan auxilios inmediatos. Habrá que pensar también en conducirlos á Montevideo con suficiente custodia, porque aquí no habrá comodidad para asistirlos.

Uno de los miembros de la expedición, extrañado de la autoridad y del aplomo con que hablaba aquel joven, que no ostentaba insignia militar alguna, le preguntó:—Con quién tenemos el gusto de hablar?

—Con Aparicio Saravia—contestó sencillamente el desconocido. (1)

Como la gente había estado, hasta dos ó tres días antes de la derrota del general Muñoz, en la convicción de que el ejército revolucionario estaba deshecho y en fuga, resultó mayor la impresión que produjo su brutal desmentido á tales versiones, por medio de una victoria á las puertas de la capital. En el primer momento de estupor, la gente no se dió cuenta de la magnitud del suceso: pocos creían que Saravia se acercara á Montevideo, y algunos sostenían que bastaría la columna al mando del coronel Pereira para sostener su avance. Pero á la noche se supo, que los revolucionarios habían avanzado á la vez sobre San Ramón y Santa Rosa, y que Pereira se había visto en el caso de volver á Montevideo con sus fuerzas, entre las cuales figuraban dos batallones policiales al mando de los comandantes West y Buzzon, la división Maldonado al mando del coronel Maurente, y la división Soriano al mando del doctor Federico Fleurquin.—Súpose también que el inspector de tráfico del ferrocarril Central, había recibido una comunicación suscrita por el doctor Bernardo García, en la que decía más ó menos: «De orden del general en jefe del ejército revolucionario, prevengo á usted que todo individuo que repare los destrozos en la vía ó en las líneas telegráficas será pasado por las armas».

Impresión en Montevideo



EL CLUB NACIONAL, ASIENTO DEL DIRECTORIO, CLAUSURADO POR LA POLICÍA.

Esta comunicación revelaba que los insurrectos se habían apoderado de la red ferroviaria que cruza el departamento de Canelones y que la inutilizaban, imposibilitando de esa manera la incorporación rápida de fuerzas departamentales á las fuerzas legales de la capital.

(1) Personas que tuvieron ocasión de hablar con Aparicio Saravia en el pueblo de San Ramón, después de Fray Marcos, dicen que vestía de «pueblero», y con mucha paquetería.

El traje consistía en saco y chaleco negros, pantalón claro. Las botas eran altas hasta el muslo, y con diminutas espuelas de plata. El sombrero «gacho» era negro y sin divisa alguna. Saravia no llevaba espada ni distintivo militar.

Esta es la verdad respecto á la indumentaria del jefe de la revolución, durante el día de la batalla, y por consiguiente fué fantástica la versión que lo daba vestido de brin blanco, de pies á cabeza, con botines y sombrero también blancos, y llevando en la mano para preservarse del sol, como cualquier fluminense en tiempo de canícula, una... sombrilla de albura deslumbrante!

En la mañana del 1.° de Febrero comenzaban á reconcentrarse en Maroñas los dispersos de la división Muñoz. Sabíase que partidas nacionalistas habían llegado hasta el Manga y Toledo, por el Este, y hasta Las Piedras por el Norte de Montevideo. La gente agrandó los peligros, y comenzó á ver fuerzas revolucionarias por todas partes. Se decía que en Guadalupe los revolucionarios se habían apoderado de un importante depósito de armas y municiones que había en la Jefatura; que las fuerzas de Saravia rodeaban la ciudad; que un asalto era inminente. En la noche del 1.° al 2 de Febrero, bastaron los estampidos de unos barrenos para sembrar la alarma en la población, y á la mañana siguiente bastó que salieran algunos batallones que guarnecían la ciudad á las afueras á establecer una línea de defensa, para que ya se pensara que Saravia estaba *puertas adentro*.

En vano era predicar que semejante susto no tenía motivo, que á lo sumo se había visto merodeando á cuatro leguas de la capital, á una pequeña partida insurrecta, que oficialmente constaba como las fuerzas revolucionarias que pelearon en Fray Marcos habían emprendido marcha hacia San José. El pánico no tiene oídos, sobre todo cuando ataca á las mujeres, y en seguida comenzó la huída de todas las familias que veraneaban en las quintas de los alrededores hacia el centro de la ciudad.



EL CORONEL FOGLIA Y PÉREZ Y SUS OFICIALES EN LA ESTACIÓN TREINTA Y TRES

Cierto es que la forma en que se procedió para sacar los batallones de guardias nacionales, á la línea de defensa que iba desde el puente del Paso del Molino hasta el Buceo, pasando por el Cerrito, no podía menos de producir alarma. A las 10 de la mañana, la policía, en el centro de la ciudad, detuvo la circulación de los trenes, apoderándose de los vagones para embarcar la tropa. Todo el mundo creyó, al ver esa precipitación, que se estaba peleando ya en las afueras. Contrastó con la nerviosidad general, la serenidad de que dió pruebas el presidente de la República, quien, para tratar de calmar la infundada alarma que reinaba en la población, se apresuró á salir á la calle, sin escolta, en un *milord*, acompañado solamente por el coronel Bernassa y Jerez.

Tomó la calle 18 de Julio y se dirigió hacia Maroñas, yendo á visitar las fuerzas del coronel Maurente. Por el camino se encontró con el batallón 12.° de guardias nacionales que iba en marcha y que lo saludó con manifestaciones. De Maroñas se dirigió hacia la estación de Treinta y Tres avanzando hasta el Manga, límite del departamento de Montevideo. En esa parte del trayecto el presidente revistó las fuerzas que mandaba el coronel Foglia Pérez y que lo esperaban formadas sobre un lado del camino presentándole las armas y saludándole con *vivas*. Del Manga el presidente volvió por el camino de Goes hasta su casa.

En el trayecto se encontró con el batallón policial número 2, fuerza que también formó y le presentó armas, saludándolo con manifestaciones de entusiasmo.

Sobre estas alarmas escribía *El Día* veinticuatro horas después:

Opinión de "El Día"

«Ayer fué día de nerviosidades, sobre todo durante las horas de la mañana. Personas interesadas en perturbar el orden, que hacen una propaganda activa para amedrentar los ánimos, encontrando eco en los espíritus pusilánimes que en ninguna parte faltan, — parece que habían extremado ayer su nota, haciendo creer que de un momento á otro iban á caer sobre la ciudad calamidades sin cuento. Así se explica que en un momento dado, las puertas de las casas de comercio empezaron á cerrarse y los pacíficos transeuntes á correr como si se sintieran atacados. Afortunadamente, como el pánico era infundado, no tardó en restablecerse la calma.

«Lo que pudo dar lugar á que los impresionistas se alarmaran, fué la noticia de que por el camino de Las Piedras, entraba una columna de caballería, que las avanzadas de la guarnición salieron á reconocer. Pero esa columna, lejos de ser insurrecta, era la de las fuerzas legales de San José al mando del coronel Foglia Pérez que venían tranquilamente para reforzar la guarnición de la capital.



SOLDADOS DE LA DIVISIÓN SAN JOSÉ EN LAS INMEDIACIONES DE MONTEVIDEO, DESPUÉS DE FRAY MARCOS

«Contribuyó á fomentar la alarma un movimiento de fuerzas que se produjo en Montevideo, más ó menos á la misma hora, movimiento que se había ordenado desde la mañana, y que no tenía otro objeto que colocar algunos cuerpos de la guarnición en los sitios que se han considerado estratégicos, para poner á la ciudad á cubierto de cualquier evento.

«Por otra parte, ese evento es bastante remoto. Las fuerzas insurrectas no han osado aproximarse á menos de diez leguas. Es que Aparicio Saravia se da cuenta que no es lo mismo corretear á la desorganizada división del general Muñoz, (que nunca se pensó, como ya lo dijimos, en hacer pelear aisladamente), que venir á Montevideo á pelear con los guardias civiles y los guardias nacionales, quienes, aunque no son todavía cuerpos de línea, han de ofrecer mucha más consistencia de la que ofreció la división de Canelones.

«A Aparicio Saravia no puede pasarle inadvertido el hecho de que Montevideo está sin tropas de línea, lo que quiere decir que no se siente con fuerzas para medirse con nuestros propios guardias nacionales.

«Y esto es la mejor prueba de que su ejército, correría más ó menos, tiene que concluir por ser enteramente sometido por el empuje de las fuerzas legales.»

Esta opinión del diario oficioso produjo su efecto: denotaba una gran confianza en las fuerzas de que disponía el gobierno, y hacía ver que los peligros de un asalto á la ciudad eran más imaginarios que reales. Por otra parte los elementos acumulados en la línea de defensa se organizaban rápida y eficazmente.

Si el gobierno demostraba confianza en sus fuerzas, más confianza demostraban los nacionalistas en el empuje de las huestes que habían llegado á golpear á las puertas de la capital. Un informante de *La Prensa* bonaerense, (diario que nunca ocultó sus vinculaciones con el partido alzado en armas), decía lo siguiente el 2 de Febrero:

Ilusiones nacionalistas

«Si ataca Saravia á Montevideo esta madrugada, como es muy posible que lo haga, tengo la más íntima convicción de que tomará á la ciudad. Conseguido este triunfo, fácilmente puede la revolución armar en Montevideo, 20.000 hombres y con ellos, si antes no se someten, batir y derrotar los dos ejércitos gubernistas que están en campaña. Para llevar á cabo ese plan, tiene Saravia por lo menos diez días antes de que esos ejércitos se puedan presentar á las puertas de la capital, pues habiendo destruído los ferrocarriles y telégrafos, no podría comunicárseles por el gobierno su presencia en los alrededores de la ciudad, ó si se les comunica tendrán que hacer marchas á caballo, por espacio de 80 á 100 leguas.»



EDIFICIO DE «LA PRENSA», DIARIO NACIONALISTA CLAUSURADO POR LA POLICÍA

Según parece, el Ministro Argentino doctor Demaría compartía esta opinión, pues el 3 de Febrero, el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina recibió una comunicación de su representante en Montevideo, en la cual pedía la inmediata remisión de un buque de la armada para permanecer fondeado en aguas orientales. —Agregaba el doctor Demaría que en la ciudad de Montevideo, reinaba gran pánico con motivo del anuncio de que Saravia se encontraba con sus fuerzas, á cuatro leguas de la ciudad.

El ministerio de Marina argentino, al tener conocimiento del pedido del doctor Demaría dispuso inmediatamente que el crucero *9 de Julio*, al mando del capitán de fragata Saracha, se alistara para venir á Montevideo.

Como el *9 de Julio* se encontraba en situación de desarme, fué necesario tomar algunas horas, por cuya razón el crucero salió del apostadero naval de Río Santiago á las 3 a. m.

Este buque traía toda su dotación de marinería completa, así como el armamento proporcional del buque.

El comandante Saracha venía con instrucciones especiales que se mantuvieron en reserva.

En previsión de un posible ataque á la ciudad, el gobierno, como ya lo hemos dicho, hizo salir las fuerzas de guardias nacionales para que ocuparan en los alrededores, posiciones estratégicas, defendiendo los caminos de entrada. El día 2 á las 9 de la mañana salió el batallón 3.° de guardias nacionales. A las 10 se movió el batallón 10.° al mando del coronel Federico Paullier, todo equipado. Se dirigió hacia el Paso del Molino, cuyo puente ocupó. A las 12 el batallón 11.° se hallaba alineado en la calle Magallanes esquina isla de Flores. Catorce vagones del tranvía Oriental, llevaron estas fuerzas de elementos jóvenes, al Cerrito. Más tarde salió también el batallón 7.° de guardias nacionales.

La línea de defensa

Con motivo de esa marcha hacia el probable peligro hubo escenas desgarra-

doras. Centenares de madres, hermanas y esposas, viendo salir á los seres queridos, sin poderlos siquiera abrazar, ni saludar, lloraban y gritaban. Decíase que los *blancos* estaban detrás del Cerro, en los alrededores del Cerrito, en las proximidades de la Figurita!

Lo cierto es que se hallaban en Pando, á una hora de ferrocarril de Montevideo. El ferrocarril no funcionaba más que hasta Las Piedras, al Norte y hasta Pando al Este. Más allá de estos puntos los ferrocarriles y telégrafos estaban interrumpidos.

Toda la ciudad quedó rodeada por fuerzas gubernistas á la espera de ataques de los revolucionarios. El gobierno envió artillería, batallones policiales y de guardias nacionales al Cerro, Cerrito, Paso del Molino, Sayago, Colón, Figurita y Unión, las divisiones del coronel Maurente y del diputado Fleurquin tomaron posiciones en Sayago. También llegaron á las cercanías de la capital las fuerzas del coronel Foglia Pérez que acababan de dar una fuerte batida á una partida revolucionaria que se hallaba emboscada en las proximidades de las Sierras de Mahoma, haciendo á aquella considerable número de bajas y dispersándola completamente, aun cuando ocupaba posiciones casi inexpugnables.



AVANZADAS EN EL CERRITO

La partida insurrecta esperaba el pasaje de un tren que conducía tropa de la división de Soriano, con el propósito de atacarlo. La batida de la referencia desbarató el plan de los revoltosos, los cuales abandonaron el campo, tomando distintas direcciones sin tener tiempo á recoger sus heridos.

Las tropas del coronel Foglia Pérez tuvieron en el combate 2 muertos y 5 heridos: entre estos últimos figuraba el subteniente Borráz.

Los más valientes ó más incrédulos de los habitantes de Montevideo se trasladaban á los alrededores del Cerrito de la Victoria con el propósito de visitar á los soldados que servían en la guardia nacional.

El camino Goes era estrecho para contener los carruajes y carros que se dirigían de un punto á otro del Cerrito y Piedras Blancas, llevando gente y encomiendas.

Al pasar el almacén de Vizozo, (Tres Esquinas) ya se divisaban las primeras lineas de los campamentos del ejército.

En la misma falda del Cerrito, mirando hacia el nordeste y próximo á un molino antiguo, había formado su campamento el batallón 9.° de guardias nacionales al mando del comandante Jorge Pacheco y del sargento mayor León E. Muñoz. Unas cuadras más hacia la derecha se hallaba acampado el 11.° de guardias nacionales que mandaba el teniente coronel Joaquín Machado, y un poco más arriba, hacia la izquierda del punto ocupado por el batallón 9.°, se encontraba desplegado el cuerpo 14.° de guardias nacionales comandado por el señor Luis Batlle y Ordóñez.

Casi en la misma cumbre del Cerrito de la Victoria se hallaban dos secciones de artillería.

Al subir las crestas del Cerrito ya se podía dominar una gran parte de la línea

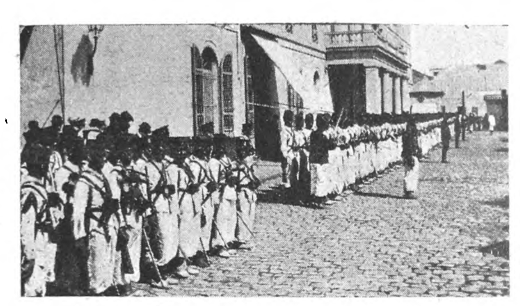
formada por el ejército, línea que puede decirse empezaba en el Buceo y terminaba en las proximidades del Pantanoso.

El batallón 9.° de guardias nacionales ocupaba el primer día de su llegada al Cerrito una posición resguardada por un pequeño monte, pero el día 3 de Febrero, por orden superior, varió su campamento y se fué á situar al lado de un viejo molino que allí existe.

El gobierno desplegó una actividad extraordinaria para cubrir la línea y organizar la defensa de Montevideo.

En poco menos de 24 horas se tendió en el departamento una línea de siete mil hombres.

Las secciones de artillería estaban al mando respectivamente del comandante Juan A. Pintos, y de los mayores Arturo Isasmendi, Alberto Cuestas y Venancio Ruiz.—Para mandar todas estas fuerzas desplegadas en línea de batalla fué nombrado el general don Nicomedes Castro. En la noche del 2 de Febrero se extendió su nombramiento de jefe de la plaza. Pero dos días después su autoridad era sólo nominal por haber llegado en el vapor *París* el ministro de la Guerra general Eduardo Vázquez, quien, habiéndose movido á caballo desde Hospital á San Fructuoso, recibió allí la orden de seguir por tren hasta Paysandú y embarcarse en ese puerto.— Conjuntamente con dicho militar llegaron los regimientos 4.° y 5.° de caballería y el batallón 1.° de cazadores mandados respectivamente por los coroneles Estanislao Mendoza y Durán, Cándido Viera y Carmelo Ventura. También venían con dichos cuerpos diversos contingentes de las divisiones de Paysandú, Durazno, Río Negro, Salto y Tacuarembó.



LLEGADA DEL 1.° DE CABALLERÍA Á MONTEVIDEO

El referido ejército desembarcó el día 4 á las 8 1/2 a. m. siendo recibido en la Aduana por gran número de concurrencia.

La tropa fué llevada en trenes hasta la línea, donde debía relevar á la guardia nacional.

El batallón 1.° de cazadores, al pasar frente á la casa del presidente de la República en uno de cuyos balcones se hallaba el señor Batlle y Ordóñez acompañado por el general Vázquez, vivó al presidente de la República y á las instituciones.

Con la llegada del ejército improvisado en el Norte por el general Vázquez, se desvanecieron un tanto las esperanzas de los nacionalistas que creían cosa inevitable la rendición de la capital. Los hechos daban la razón al presidente de la República quien, á un repórter que lo entrevistó al siguiente día del combate de Fray Marcos, había manifestado que ese hecho de armas no tendría *importancia mayor*.

La versión presidencial

Un repórter de *El Diario* bonaerense relató así una conversación que sobre el combate de Fray Marcos sostuvo con el señor Batlle y Ordóñez.

«A las 5 de la tarde del día lunes fuí recibido en audiencia por el señor presidente de la República; audiencia que solicité por intermedio del secretario don

Román Freire, con el propósito de conocer las impresiones del primer magistrado sobre el desastre de Fray Marcos.He aquí, en resumen, mi reportaje:

Enviado de *El Diario:* — ¿Podría V. E. darme á conocer para transmitir á Buenos Aires, sus impresiones sobre la acción de Fray Marcos?

El señor Presidente: — No hay inconveniente. Puede usted decir *que no tiene mayor importancia á juicio del gobierno ni de la opinión.*

Se debe á que el jefe de esas fuerzas, general Melitón Muñoz, contrariando severas y reiteradas órdenes del gobierno, se precipitó á la acción con elementos que no pasaban de 1700 hombres que tenía á sus órdenes y de cuyo número no excedían de 200 los soldados de línea.

A no haber mediado esa precipitación, el general tenía á menos de tres leguas refuerzos suficientes que consistian en 2500 hombres, con que batir ventajosamente á la insurrección. — Los refuerzos á que me refiero estuvieron constantemente prontos y solamente el señor coronel Pereira tenía en la estación San Ramón 1000 hombres listos, de línea, en su casi totalidad, para reforzar las fuerzas á que aludo.


FUERZAS DESEMBARCANDO EN LA ADUANA DE MONTEVIDEO

Á pesar de los esfuerzos que se hicieron, no fué posible dar con el paradero del general Muñoz, que, aislándose de la línea telegráfica contrarió las disposiciones que se le habían transmitido.

En las condiciones en que, llevado por su impetuosidad, se lanzó el general Muñoz, no podía esperarse otra cosa que el fracaso, como ha sucedido ».

Pregunté al señor presidente que importancia material podia tener este revés sufrido por la causa de la legalidad, y me dijo:

— Ninguna, señor.

Dí por concluída mi entrevista, agradeciendo en nombre de *El Diario* al magistrado uruguayo la deferencia de que me había hecho objeto ».

El mismo repórter de *El Diario* quiso entrevistarse con el general Muñoz, cuando este llegó á Montevideo y se detuvo en la quinta del señor Favaro, cerca del Hipódromo, á curarse de su herida, que no resultó más que una contusión, pues la bala había dado en una hebilla de metal.

Distitución del General Muñoz

El repórter no consiguió su empeño, pues el general se negó á hablar. Manifestó que dependía ya de un consejo de guerra. Ante ese tribunal explicaría su conducta y justificaría su actitud que seguía creyendo en extremo defendible.

Efectivamente: se creyó en los primeros momentos que el general Melitón Muñoz sería sometido á un consejo de guerra. Todos los jefes superiores que habían actuado en Fray Marcos fueron llamados á declarar ante el Estado Mayor, distinguiéndose entre otras, por la amplitud y la claridad de los informes, la declaración del general Benigno Carámbula. Pero el consejo de guerra no se reunió jamás, y según se asegura, se debió á un sentimiento caritativo del presidente de la República, quien habría dicho en la intimidad: — « Someter al gene-

ral Muñoz á un proceso militar, sería condenarlo á muerte. No hay tribunal militar que no se vea obligado, después de lo que ha hecho, á ordenar que se le peguen cuatro tiros! ». El gobierno, como único castigo contra el general Muñoz, se limitó á dictar el siguiente decreto:

Ministerio de Guerra y Marina. — Montevideo, Febrero 6 de 1904. — Considerando que el comandante militar del departamento de Canelones, general de división don Melitón Muñoz, no dió cumplimiento á las órdenes que por reiteradas veces le fueron transmitidas por el gobierno, en el sentido de que no comprometiera acción con el enemigo y con las milicias á su mando, sin que se le incorporaran las fuerzas que al efecto se le habían confiado;

Considerando que esa desobediencia dió por resultado que comprometiera una acción desfavorable á las armas y que no es posible dejar sin correctivo esta falta á los deberes militares, el presidente de la República acuerda y decreta:

Artículo 1.º—Exonérase del cargo de comandante militar del departamento de Canelones, al general de división don Melitón Muñoz.

Art. 2.º—Comuníquese, publíquese y dese al L. C. — BATLLE Y ORDÓÑEZ. — EDUARDO VÁZQUEZ. (1)

(1) Por considerarlas de interés insertamos en seguida las declaraciones que prestó ante el Juez Militar el general Benigno Carámbula en el sumario que se instruyó para la averiguación de lo ocurrido en el combate de que nos ocupamos, y que más tarde fué interrumpido:

TESTIMONIO. — Número 3.365. — Señor general de brigada don Benigno Carámbula. — En el sumario que por este Juzgado se instruye para las averiguaciones de los hechos ocurridos en el combate librado por las fuerzas legales en el paraje denominado «Fray Marcos», se ha dispuesto librar el presente á V. S. á fin de que se sirva informar á continuación sobre los puntos siguientes: —1.º Por su nombre, patria, estado, edad, profesión y domicilio. — 2.º Si jura decir verdad en cuanto supiere y fuere interrogado. — 3.º Si fué nombrado jefe del Estado Mayor de la División del Departamento de Canelones y en caso afirmativo, quien era el jefe de la expresada División. — 4.º Si recuerda qué fuerzas tenía bajo sus inmediatas órdenes el día 30 de Enero pasado, qué jefes las comandaban, qué número y á qué arma pertenecían. — 5.º Si en su calidad de Jefe del Estado Mayor de la División de Canelones se encontró en los días 30 y 31 del mes de Enero pasado en el combate librado par las fuerzas legales en el paraje denominado *Fray Marcos*. — 6.º Si recuerda, en los días 30 y 31 del mes pasado en el combate de *Fray Marcos* antes de iniciarse éste, haber recibido del señor jefe de la División de que formaba parte algunas órdenes tendentes á la acción que iba á desarrollarse, y en caso afirmativo, cuáles fueron éstas y si ellas fueron trasmitidas á las personas que debían darles cumplimiento y si tuvo algo que observar á este respeto. — 7.º Si antes de iniciarse el combate ó mientras éste tuvo lugar, impartió personalmente ó por intermedio de ayudantes algunas órdenes á los señores jefes al mando de fuerzas, y en caso afirmativo, cuáles fueron y si se les dió el debido cumplimiento. — Sírvase manifestar circunstanciadamente cómo tuvo lugar el combate de *Fray Marcos*, la actitud observada por cada uno de los jefes bajo sus órdenes, mencionando la que á cada uno de ellos corresponde individualmente, como asimismo la del informante, expresando si tuvo ocasión de notar que algunos de los señores jefes al mando de fuerzas haya dejado de dar exacto cumplimiento á las órdenes recibidas ó desatendido en cualquier forma el puesto que se le había confiado. — 9.º Si algunos de los jefes bajo sus órdenes le comunicó antes del combate ó cuando éste tenía lugar, la imposibilidad en que se encontraba para dar cumplimiento á las órdenes recibidas, comunicándole la carencia de medios para el desempeño de su cometido. — 10.º Si antes del combate de *Fray Marcos* recibió orden del señor jefe de la División de que no se comprometiera acción y si esta orden fué trasmitida á los jefes de fuerzas en operaciones. — 11.º Si recuerda haber comunicado en alguna forma al señor jefe de la División informándole sobre el paraje en que se encontraba el enemigo, número de éstos, como asimismo si consideraba la existencia de peligro para las fuerzas á sus órdenes. — 12.º Si á juicio del informante, en el combate de *Fray Marcos* se agotaron los medios de oponer resistencia al enemigo y si los jefes al mando de fuerzas hicieron operar á éstas con arreglo á los principios del arte de la guerra, ó si, por el contrario, descuidaron sus deberes militares no

Conviene recordar un detalle curioso que demuestra como, desde el primer momento, se pronunció la opinión respecto á las responsabilidades relativas de los generales Muñoz y Carámbula. El día 5 de Febrero ambos militares visitaron al presidente de la República. El primero sólo demoró en la morada presidencial unos minutos, por no haber sido recibido en audiencia por el presidente, quien hizo decirle que estaba muy ocupado. El general Carámbula, en cambio, fué recibido y permaneció unos momentos conversando con el señor Batlle.

Para terminar con lo relativo al combate de Fray Marcos, diremos que el 6 de

ocupando en la acción el puesto que les estaba designado.—13.° Si recuerda que iniciada una violenta retirada en el combate de *Fray Marcos* el señor jefe de la División general don Melitón Muñoz le haya ordenado que *atajase la gente que se huía*, y en caso afirmativo que medida empleó para el cumplimiento de dicha orden y si recuerda que en Santa Rosa haya comunicado al señor general Muñoz que le había sido imposible detener la dispersión.—14.° A qué atribuye, á juicio del informante, el desbande efectuado por las fuerzas legales en el combate de *Fray Marcos* y cual es su opinión respecto á la conducta observada por cada uno de los jefes al mando de fuerzas.—15.° Si recuerda haber manifestado al señor general don Melitón Muñoz que algunos de los jefes bajo sus órdenes *murmuraban y tenían conciliábulos* á objeto de conseguir la eliminación de dicho general del mando de la División, y en caso afirmativo, sírvase expresar circunstanciadamente todo cuánto sepa al respecto.—16.° Si tiene algo más que agregar.—17.° Por la razón de sus dichos.—Quiera V. S. dignarse informar á la brevedad posible.—Dios guarde á V. S.—Montevideo, Febrero 20 de 1904.—*José Luis Gómez.*

Las Piedras, Febrero 26 de 1904.—Señor Juez Militar de Instrucción.—Evacuando el informe pedido por V. S. digo: —1.° Llamarme Benigno Pedro Carámbula, oriental, casado, de cincuenta y siete años de edad, militar y vecino de las Piedras.—2.° Que diré verdad sin temores y con rectitud.—3.° Que fuí efectivamente Jefe del Estado Mayor de las fuerzas movilizadas en el Departamento de Canelones y su superior el señor general don Melitón Muñoz.—4.° El número de las fuerzas el treinta de Enero pasado,—que dice el Oficio,—constaban de mil cuatrocientos hombres, mandados por los señores coroneles, don Cándido Acuña, don Primitivo Cabrera, don Martín Etcheverry, don Ventura Rodríguez, don Pedro Peirán; los comandantes don Francisco Montoro y don Leonardo Arias; los sargentos mayores don Alberto Cuestas, don Nicasio Torres, don Adolfo Amén y los capitanes Alejandro Aguiar y don N. N. Castillo. Caballería armada á máuser de repetición y Dovitis; dos piezas de cañón Canet y dos ametralladoras Colt. No figuran en las fuerzas del 30, el comandante Falero con doscientos treinta hombres mandados el 27 al paso de *Barrancas* donde fué dispersado, ni el comandante Brígido Rodríguez con cien hombres en comisión el día 30, con caballada para el señor coronel Pereira, á San Ramón.—5.° Que sí.—6.° Que recibí varias órdenes de la Comandancia; unas las trasmití personalmente, como la de mandar al señor coronel Acuña á observar al enemigo, tomar medidas y desplegar guerillas al Este del paso de *Fray Marcos* posesionándose de la quinta del señor Vázquez, orden que aquel interpretó al pie de la letra con bizarría; trasmitiendo otras por ayudantes. Esto sucedía el día 30 á las diez ante meridiano próximamente (10 a. m.) sin que tuviese motivo para observar ni ser observado. El señor general Muñoz presenciaba esa operación y dió también algunas órdenes personalmente, volviendo luego ambos al paso para dar colocación á las fuerzas de resistencia. Se emplazaron en la loma frente al paso, las piezas, protegidas por la compañía del 3.° de Cazadores y las fuerzas del coronel Etcheverry y comandante Montoro que se colocaron á la derecha de ésta, ocupando la izquierda las que mandaban el señor coronel Rodríguez y mayor Amén, mandando al coronel Peirán desplegar al mayor Torres en guerrilla y perseguir fuerzas revolucionarias que pasaban á este lado del Santa Lucía por la picada del *Cuervo*. Así lo hicieron echando á aquellas más allá de la picada referida, haciéndose señalar el mayor Torres por su valor. Esta orden la trasmití personalmente. El coronel Cabrera fué ubicado á retaguardia de las piezas á unos cuatrocientos metros, más ó menos, con la caballería y la escolta. Las caballadas bien á retaguardia y el parque fué colocado á retaguardia de las piezas. En este estado las cosas, las fuerzas del enemigo optaron por la huída y como dos horas después el señor general ordenó mover todas las fuerzas, excepto la vanguardia, hacia un campo inmediato y campar. Serían próximamente las 3 p. m. cuando el enemigo se acercó nuevamente. El general ordenó entonces volvieran las fuerzas al paso á tomar posiciones de defensa, operación esta que hicimos ambos, aunque en algunos casos tuve

Febrero, el doctor Luis Piñeiro del Campo, jefe de la expedición sanitaria, elevó á la consideración de la Junta Central de Auxilios un informe relacionado con el cometido de la junta y la expedición que fué á San Ramón y Tala.

Manifestaba que hubo un total de 67 heridos y 4 enfermos. Además tuvo 17 heridos, que cayeron en la acción del Paso de Barrancas y que fueron conducidos al hospital de Minas por la Cruz Roja de esa ciudad. Los muertos fueron aproximadamente de noventa á cien.

que ceder por no hacer discusiones frente al enemigo respecto de la posición y ordenación de las fuerzas que finalmente quedaron colocadas de la manera siguiente: ya replegados los revoltosos desde la estación *Latorre* hasta la picada del *Cuervo* que poco después vadearon formando arco en una extensión aproximada de seis kilometros. Nuestras guerrillas cubrían ese punto á dos mil metros del paso y mil quinientos del enemigo más ó menos, sostenidas por reservas cubiertas en el monte y quinta del señor Vázquez, sumando éstas unos doscientos hombres á órdenes del señor coronel Acuña, jefe de vanguardia, teniendo por reservas unos doscientos hombres del coronel Etcheverry, colocados con él á la izquierda del paso y el comandante Montoro con doscientos cincuenta á la derecha, teniendo ambos, fuerzas desplegadas. Al Oeste del paso estaban formadas las fuerzas gruesas; á cien metros de él, próximamente, y á la izquierda, el batallón «Las Piedras», con noventa plazas y una guerrilla sobre la barranca y cubierta, á órdenes del sargento mayor Amén.—A quinientos metros de ese punto, más ó menos, las dos piezas mandadas por el mayor Cuestas, á la derecha del paso siendo sostenidas por la compañía del 3.º de Cazadores que comandaba el teniente coronel Arias.—Unos cincuenta metros á la derecha de las piezas, las dos ametralladoras, dando frente á las fuerzas que atacaban por ese lado, mandadas por el capitán Aguiar.—El señor coronel Peirán con trescientos hombres, entre los que figuraban el escuadrón del comandante Melo y las fuerzas del mayor Torres, fué colocado á la derecha de las ametralladoras, avanzando hasta rozarse con el enemigo. La segunda línea, de «reservas», á unos trescientos cincuenta metros de la artillería; á retaguardia el batallón Presidente, fuerte de ciento veinte plazas, comandado por el coronel Ventura Rodríguez; á la derecha de éste la Escolta—sesenta hombres—al mando del capitán Castillo; más á derecha la caballería del coronel Cabrera, compuesta por ciento y tantos hombres.—El parque fué ubicado entre las dos líneas; las caballadas á retaguardia.—El señor general en jefe ocupó sitio á la derecha de las piezas y el infrascripto á la izquierda de las ametralladoras.—Esto sucedió, como queda dicho, el día 30 ppdo., pero de 7 ½ á 8 p. m. el enemigo inició guerrillas violentas contra las fuerzas del coronel Acuña, frente á la quinta del señor Vázquez.—Acuña contestó enérgicamente y el señor general Muñoz ordenó á las piezas hicieran fuego hacia donde se divisaban los fogonazos. La orden fué cumplida, y después de seis disparos callaron completamente las guerrillas contrarias y el señor general nos dijo entusiasmado encarándose conmigo y el mayor Cuestas:—«Lo que son esos (refiriéndose á los revolucionarios) después de lo que les ha pasado van ya para el Cerro Largo á contárselo á Saravia!».—Quedó todo en silencio y un poco después mandó el señor general sacar los frenos y que se recostara la tropa.—Sin embargo mandé orden con el ayudante Berreta al coronel Acuña, Etcheverry y comandante Montoro que tuvieran mucha vigilancia y sobre todo descubrieran con fuerzas desplegadas de un lado y otro del río, orden que fué cumplida.—El día 31 al amanecer, el coronel Acuña comunicó al general en jefe el acercamiento de fuerzas enemigas.—Nos corrimos ambos hacia el punto donde se encontreba el jefe que daba el aviso y luego de estar allí, momentos después, el general Muñoz me ordenó hiciera venir una pieza de artillería á aquella altura; le observé que era peligroso aquel puesto avanzado;—«Yo mando»,—me replicó, por lo que entonces ordené al mayor Cuestas viniera con una pieza al galope; vino emplazándola donde el señor general le ordenó.—A los dos disparos, Cuestas encarándose conmigo me dijo:—«General, la pieza aquí corre peligro y yo soy responsable, estamos á tres mil metros de su verdadero sitio».—En ese instante observé que una columna enemiga asomaba por una loma lejana:—«Enganche y póngase al galope en su sitio, mayor Cuestas».—Al pasar éste por al lado del señor general Muñoz, éste le preguntó quién le había mandado retirarse:—«El general Carámbula».—«Bueno», contestó aquél.—El enemigo siguió avanzando con rapidez por el centro, derecha é izquierda, siendo detenido algunos minutos.—Cada uno de los jefes de unidades y nosotros teníamos nuestro puesto definitivamente.—7.º Durante el combate y antes de él, dí órdenes personalmente y por intermedio de ayudantes, como lo expresa la contestación á la pregunta anterior y las ampliaciones

El 5 de Febrero ya no cupo dudas de que sólo las avanzadas revolucionarias se habían aproximado á la capital, mientras el grueso del ejército se corría á lo largo del Santa Lucía hacia el pueblo de San Ramón. Ese mismo día súpose que Saravia había estado en esa villa durante varias horas. Contábase á ese respecto, la anécdota siguiente. En San Ramón había un mayor Quintana, muy colorado, establecido con casa de comercio. Poseía un gran almacén perfectamente avituallado. Cuando los blancos entraron en al pueblo, el mayor Quintana creyó acto de prudencia cerrar su establecimiento y atrancar las puertas. Tuvo miedo

Saravia en San Ramón

que habrá en la siguiente.—8.º Habían pasado próximamente treinta minutos de fuego sostenido en las guerrillas del centro, derecha é izquierda, cuando el enemigo en más de dos mil hombres que habían pasado por la picada del *Cuervo* atacó la derecha con violencia, mandada por el coronel Peirán, y la arrolló no sin darle trabajo el mayor Torres que estaba avanzado.—Esto mismo hacían simultáneamente contra el coronel Acuña y las demás fuerzas que estaban á ese costado.—Entonces el señor general Muñoz que estaba conmigo, hablando con el capitán Aguiar, me ordenó hacerles fuego con las ametralladoras á las fuerzas que venían en esa dirección.—Cumpliendo la orden, el capitán Aguiar hizo dar frente á las ametralladoras y hacer fuego tan violento que el enemigo se vió obligado á moderar el ímpetu de su empuje.—Conjuntamente con la orden que recibió el capitán Aguiar el señor general Muñoz mandó al mayor Cuestas que enganchara las piezas y lo siguiera.—En este trance difícil noté que el teniente Lagomarsino se empeñaba en hacer fuego con su pieza y como supusiera que el señor general en jefe llevaba los cañones á emplazarlos en la loma, frente al paso:—«Teniente, le grité, enganche y siga»,—lo que obedeció con sentimiento, dado el ataque que se llevaba sobre el frente de las ametralladoras.—Desde ese desgraciado instante no ví más al señor general Muñoz, hasta encontrarlo después del desastre, en Santa Rosa, á las 6 ½ p. m., hora en que llegué.—La situación nuestra se hacía extremadamente difícil.—El coronel Peirán con sus fuerzas pasaba cerca de nosotros, ya en dispersión:—«Ayudante Ferrando, vaya y ordene al coronel Peirán que vuelva cara, que no dispare!».—El ayudante fué y fué envuelto en la horrible avalancha—Ya no quedaban en la derecha más que los pobres defensores de las ametralladoras.—Mandé otro ayudante al coronel Ventura Rodríguez para que acudiera en su protección.—El coronel Rodríguez envió una compañía, pero al desplegarse y hacer algunos tiros, cedieron al fuego del enemigo y también con el resto del cuerpo que no pudo detener su jefe, salieron no sé rumbo á dónde.—Miré la loma de enfrente y la ví llena de dispersos.—El capitán Aguiar, ya herido, pero entero, me dijo:—«General, ¿no habrá soldados para llevar estas ametralladoras?—«Estamos solos» y como sintiera defenderse en el paso, corrí hacia allá perdiendo dos caballos al atravesar la distancia que me separaba de él.—Llegué y encontré al coronel Etcheverry que se defendía y al coronel Acuña con restos, y en desorden al caer al agua.—Al penetrarme, de inmediato, de la situación desesperada por que atravesaba:—«Pase, le dije, coronel con su gente»—y dirigiéndome á un ayudante:—«Vaya á decir al coronel Acuña que pase»—«Yo voy, me gritó el coronel Etcheverry, porque yo sé donde está»,—volviendo hacia atrás en su busca y regresando luego ambos pasaron bajo las fuerzas del enemigo, pues los sostenía un grupito del coronel Acuña, un teniente Zabala y el capitán Benigno García que se batían con valor muy poco común.—Luego después de haber dejado el paso, quise sostenerme con ellos y con el resto del batallón Las Piedras que también se defendía con el capitán Marichal á la cabeza, pero fué imposible: muchos tomaron á la derecha con el coronel Acuña (*) y yo al centro con el coronel Etcheverry y un número de jefes y oficiales que no quisieron abandonarme á pesar de tener el que habla pesadumbre de abandonar aquel sitio.—A unos ciento cincuenta metros del paso, más ó menos, le dije al coronel Etcheverry: «Vamos adonde se encuentra el capitán Aguiar»—pero al oir esto, un cadete Lafone, valiente, contestó:—«General, el capitán Aguiar va aquí cerca con nosotros». Ya el parque, que estaba á poca distancia nuestra, lo habían tomado los rebeldes. El teniente Etchepare lo aban-

(*) Pocas cuadras había andado aquél en aquella dirección cuando se me acercó el teniente Juan Camejo, diciéndome:—«El coronel Acuña se va á rendir, nos invitó á *hacerlo*. Me negué, contestándole que á blancos no me rendía».—Miré hacia allá y ví que lo alcanzaban como á nosotros. Difícil era su situación, no menos difícil la nuestra. El ayudante del coronel Acuña se fué conmigo.

á la *carchada* que en *illo tempore* todo ejército victorioso ponía en práctica sobre los bienes de los vencidos. Así estuvo un par de horas, silencioso y encogido, rodeado de su familia, mientras las partidas revolucionarias se esparcían por el pueblo.

De pronto se acercó al establecimiento un grupo de veinte hombres con divisa blanca y golpeó á la puerta. — « Está el mayor Quintana? — Sí, estoy — contestó el militar comerciante, abrazando de prisa á sus deudos, pues creía que lo venían á prender. — Abra, amigo, con confianza, que somos gente de paz. »

El mayor abrió y se encontró con un hombre joven, afable y sonriente que le dijo:

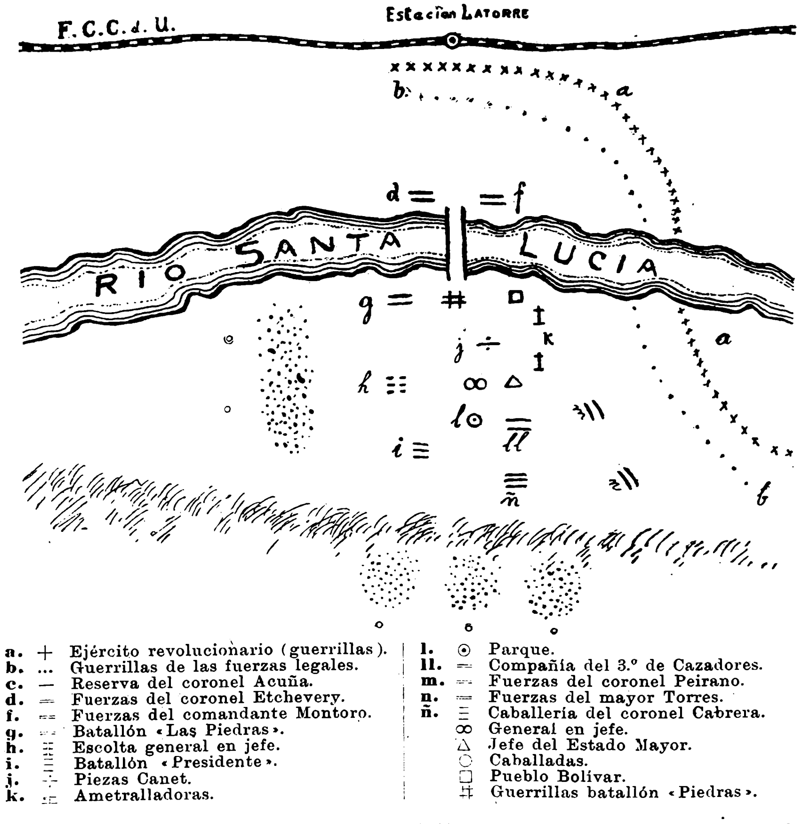
donó entonces. El enemigo, ya de este lado, pretendía concluir la columna que iba delante de mi, rumbo hacia donde habían salido los cañones. Empecé á defenderme á retaguardia con unos sesenta ú ochenta hombres, siguiendo á la columna dispersa que constaría de unos seiscientos ó más hombres. Pasé por junto á un carro que estaba quebrado y más adelante encontré las piezas metidas en el barro frente á la picada de *Latorre* por donde avanzaba una columna revolucionaria que pretendía cortarnos. La cabeza de la columna dispersa cambió de dirección y tomó rumbo al Tala siguiéndola con aquel grupo de buenos compañeros que me oían. El enemigo que venía detrás y la columna que logró pasar por la picada de *Latorre* me siguieron siempre hasta el arroyo de la Macana, una legua más ó menos del Tala. El coronel Cabrera cuando yo salía para el paso intentó protegerme y el ayudante Viña le dijo: — « Coronel, esos que están aquí cerca nuestro son blancos, vienen en pelo » — ; ya, según él, el señor general Muñoz iba muy adelante. La dispersión fué tan rápida y tan inusitada que me sería imposible dar con verdad la conducta de jefes y oficiales que no he visto. Transcribo la nómina de los jefes y oficiales que entre otros que no recuerdo me acompañaron en la retirada de resistencia hasta el Tala: Coronel Martín Etcheverry, comandantes Isabelino Rodríguez, Luciano Rodríguez, capitán Benigno García con un grupo de tropa, sargento mayor Benigno Hernández, tenientes Gabriel Iturria, Julio Quintana, Gabriel Cabrera, Alejandro Dell'Acqua, Andrés Hermida, capitanes Manuel Acosta y Pena, Germán Marichal, Benigno Carámbula, Eusebio Heijo, José Baco, tenientes Nicomedes Pérez, Luis García, Pedro García, Rivas, Etchepare Sánchez, y alférez Laluz, Casas, Machín, Ramón Gosso, Frigoni. Leonidas Carámbula, José Arocena, Ferrari y un grupo de soldados del Batallón Las Piedras; tenientes Pedro Zabala con un piquete del Escuadrón de Policía, Juan Vidal, Bonomi y Lemos, los alféreces Hernán Cortés y Cirilo Grossi y el cadete de la Academia Militar Lafone Gómez y hombres de tropa de las fuerzas de los coroneles Etcheverry y Acuña. — 9.° Ninguno de los señores jefes y oficiales comunicó á este Estado Mayor nada, absolutamente nada, de lo que á esta pregunta se refiere. — 10.° No recibí orden tal, ni oí hablar de semejante cosa. — 11.° Que siendo las 5 p. m. del dia 30 el infrascrito con los ayudantes Ferrando, Mas de Ayala, y Berreta llegué hasta la vanguardia y de esta hasta la gran guardia para ver si me era posible descubrir las fuerzas enemigas, pudiendo ver desde una loma elevada, tres columnas, — próximamente mil hombres, — al parecer con los caballos de la rienda. Volví atrás y encontré al señor general Muñoz hablando con el coronel Acuña. — « Te mandé buscar, — me dijo, — porque allá donde habías ido te iban á cortar. ¿Qué has visto? ». — « Hay de las guerrillas de ellos á retaguardia, como á media legua, tres columnas que alcanzarán á mil hombres. á mi juicio y esto me hace suponer por la tranquilidad en que están, que tienen un ejército detrás de cuatro á cinco mil hombres ». — « No puede ser » — me contestó; — « el señor Presidente me ha dicho que son dos mil quinientos á tres mil hombres ». — En ese momento el ayudante Berreta me dijo : — « General, vea : por la costa de Casupá viene una columna » ; me corrí al oir esto como unos cuatro metros para salvar un cerco de *cina-cina* y poder divisar mejor; efectivamente era verdad. Estando observando la dirección que aquella gente traía, oí al general Muñoz que dirigía al coronel Acuña palabras fuera de tono y éste las contestaba con altivez. Me volví sobre ellos : — « ¿Qué es esto, señores jefes? ¿En estos momentos difíciles?... » — A estas y otras reflexiones el coronel Acuña ocupó su puesto, y yo con el señor general Muñoz salimos rumbo á nuestras fuerzas. Al trasponer el paso invité al señor general á retirarnos á San Ramón, donde, según él, estaba el coronel don Zoilo Pereira. — « Yo me quedo aquí, le dije, con los coronel Acuña y Etcheverry defendiendo este puesto hasta que tú hayas hecho una ó dos leguas ». — « No, eso no, — me contestó, — en ese caso yo me quedaría ». — « No haya cuestión — repliqué, — yo me voy con las fuerzas ». — A estas reflexiones, contestó : — « El Presidente me ha dicho que me haga el *chiquito* y yo no quiero

— Me cuentan que usted ha cerrado el boliche por miedo de que le traiga algún malón contra sus bordalesas la gente revolucionaria. No amigo: puede estar tranquilo. Usted es colorado, pero es hombre de trabajo, y por eso solo respetable. Abra el establecimiento, que todo *gasto* que aquí se le haga, será pagado inmediata y religiosamente.

El desconocido llamó entonces á un joven de los que le acompañaban y le dijo:

— Extienda usted una orden para que no se tome nada de este *negocio* sin pagarlo.

que se diga que somos cobardes; esta noche ó mañana temprano llegará el coronel Pereira con los infantes porque ya le mandé caballos.» — No insistí más sobre el particular. — 12.° Se podría exigir una contestación precisa y severa como lo indica la pregunta si las fuerzas que obedecían hubieran sido de línea, regulares ó con algunos días siquiera



de disciplina; pero en las condiciones que se hallaba la División es imposible hacerlo porque, aun cuando los jefes ocuparon sus puestos, la tropa sin disciplina huyó instintivamente sin escuchar voces de mando. — 13.° El general Muñoz no dió orden ninguna, absolutamente ninguna, de detener fuerzas que huían. El debió hacerlo; las vió de cerca. No es cierto haya dicho al señor general en Santa Rosa lo que entraña la pregunta; antes por el contrario, al llegar á aquel punto y encontrar las primeras fuerzas, les dije: — «Ah! hijos de... cobardes, disparadores!» — palabras que oyeron varios jefes y oficiales entre los que recuerdo al comandante Antonio García y mayor Nicasio Torres. — 14.° A juicio del infras-

El joven escribió y el desconocido puso su firma al pie del documento. En seguida montó á caballo y se alejó al trotecito, canturreando por lo bajo una vidalita.

El mayor Quintana recogió maquinalmente el documento que había quedado sobre el mostrador, y leyó al pie: Aparicio Saravia.

En San Ramón cayó prisionero de los nacionalistas el corneta de órdenes Belén, del 3.° de Cazadores, que se había extraviado en Fray Marcos. Fué tomado en circunstancias en que, cansado de vagar por montes y encrucijadas, salía á campo abierto, decidido á que tuvieran término sus infortunios.

crito se debe esa derrota á la falta absoluta de disciplina, cohesión y espíritu de cuerpo de aquellas fuerzas. Algunos de los jefes pueden ser criticados, pero la mayoría cumplió con su deber puesto que, aun en la derrota misma el que expone la vida se acerca á la virtud del valor. —15.° La disputa agria entre el señor general Muñoz y el coronel Acuña en la vanguardia, que fué presenciada por el coronel Echeverry, sus ayudantes, los míos los del señor general en jefe y la tropa de Acuña, corrió por todo el campamento, aumentándose como es consiguiente. sus proporciones. Disgustó mucho eso como no escapará al criterio de todo soldado recto y de honor.—Al comandante Ernesto Lagomarsino, secretario del Estado Mayor díjele á pocas horas de ese desgraciado incidente: — «¡Qué mal efecto ha causado el maldito incidente del señor general Muñoz y Acuña! Darle proporciones sería criminal. Estoy dispuesto á no consentirlo».—Nadie habló de él, al menos que yo supiera.—16.° Que cree deber agregar que al día siguiente de la acción de Fray Marcos llegaron á *Piedras Blancas* de ochocientos á mil hombres al mando de ambos generales, como asimismo se permite diseñar el campo con la distribución de las fuerzas tacual estaban en el momento del combate, por si ello pudiera ser de alguna utilidad. —17.° Que la razón de sus dichos está explicada por el puesto que desempeñó en la División Canelones.—Dios guarde á V. S. muchos años.—*B. P. Carámbula*.

He aquí ahora la declaración que prestó el coronel Acuña:

«En contestación al oficio que V. S. ha tenido á bien dirigirme, con motivo del sumario que se instruye por ese Juzgado, para la averiguación de los hechos ocurridos en el combate librado por las fuerzas legales, contra los insurrectos en el paraje denominado Fray Marcos, debo declarar lo siguiente:

A la primera pregunta: Digo llamarme Cándido Acuña, casado, oriental, coronel graduado, de 59 años de edad, domiciliado en la calle Salsipuedes núm. 37.

A la segunda: Que juro decir la verdad en lo que supiere y fuese preguntado.

A la tercera: Que efectivamente, formaba parte de la División Canelones, cuando tuvo lugar el combate de Fray Marcos, en los días 30 y 31 de Enero próximo pasado, y que me incorporé á ella de la manera siguiente:

El día 27 de Enero, al mando de 150 hombres de milicias, marché en ferrocarril, cumpliendo órdenes, rumbo á Nico Pérez. Al detenerse el tren en Cerro Colorado, se me entregó un telegrama del señor general Muñoz, que decía así: «Deténgase en estación Cerro Colorado, y espere órdenes». Al poco rato de haber detenido mi marcha de acuerdo con lo mandado por el señor General, recibí un segundo telegrama, concebido en estos términos: «Si nota fuerzas enemigas de consideración, puede replegarse sobre estación Latorre». Las partidas exploradoras que destaqué entonces, me informaron, que una columna enemiga de 2 á 3.000 hombres, venía con rumbo á mi campamento, por el paraje denominado Manguera Azul. Estas noticias que las obtuve el día 28, las comunique telegráficamente de inmediato al señor General Muñoz.

Todo el día 28, permanecí en Cerro Colorado, donde recibí los siguientes telegramas del señor General, que transcribo textualmente á continuación: «Fray Marcos, Enero 28 (9 y 30 a. m.)—«General Muñoz ordena desembarque caballada y tenga vigilancia sobre Treinta y Tres, como ordenó señor Presidente, que comunique novedad y en caso necesario se repliegue á la División. Salúdalo.—C. Castelar».—«Fray Marcos, Enero 28 (3.20 p. m.) —Sé que Saravia baja por puntas de Godoy. Tenga vigilancia punto, cuidando no ser cortado y repliéguese aquí en caso. Salúdalo.—General Muñoz».—«Fray Marcos, Enero 28 (5.20 p. m.)—«Observe atento baja insurrectos, y si son numerosos, retírese á ésta no perdiéndolos de vista y avise. Salúdalo.—General Muñoz».—«Fray Marcos, Enero 28 (7.50 p. m.) —Retírese á este rumbo no perdiendo de vista al enemigo. Comuníqueme y avise al Gobierno cualquier novedad. Salúdalo.—General Muñoz».

El 28 á la noche, levanté campamento y me dirigí cumpliendo lo ordenado, á Fray Marcos, después de haberlo comunicado al señor General Muñoz. Marché toda esa noche y

Una partida nacionalista lo condujo en seguida á la carpa de Saravia, quien después de preguntar al prisionero por su nombre, edad y procedencia, concluyó por interrogarle en esta forma:

— ¿Y qué hacías en el 3.º de Cazadores?

— Era corneta de órdenes, general.

— A ver, capitán, — gritó Saravia, dirigiéndose á uno de los oficiales que estaban cerca de su carpa — que traigan un clarín para probar la competencia de este hombre. Y después, entregando el clarín al prisionero:

— Vamos á probarte, ché: tocá á degüello!

todo el día 29, teniendo siempre el enemigo á la vista, sobre el flanco izquierdo. Esa noche, llegué á Fray Marcos, y en seguida recibí orden de marchar hacia el paso del Sauce de Casupá, á lo que dí inmediato cumplimiento.

Al llegar al paso citado, desplegué mis guerrillas sin pérdida de tiempo, á fin de desalojar al enemigo que estaba posesionado de él, y conseguí desalojarlo, obligándolo á repasar el arroyo. No bien hube conseguido esa ventaja, pude darme cuenta de que partidas insurrectas, pretendían cortarme por retaguardia por cuyo motivo me ví obligado á retroceder con completo orden sosteniendo con ellos un continuo tiroteo. Esa fué mi actuación durante las primeras horas del día 30, estando de vuelta en el campamento del señor General Muñoz, entre las diez y las once de la mañana. Esa marcha hacia el Sauce, la efectué con solo los 150 hombres de milicias á que he hecho referencia.

A los pocos momentos de mi llegada, se me ordenó en vista de que el enemigo marchaba en dirección al Paso de Fray Marcos, que tomara posiciones y me sostuviera en la quinta del doctor Vázquez, para cuyo objeto reforzaron la gente á mis órdenes, con 250 hombres del Escuadrón de Extramuros de Montevideo, y 60 ó 70 del batallón á órdenes del coronel Etcheverry.

Estas fuerzas estuvieron á mi mando el resto del día 30, puesto que en esa noche, me retiraron 200 hombres del Escuadrón de Extramuros, quedando reducidas el día 31 durante la acción, á las siguientes: 150 hombres de milicias, 50 del Escuadrón citado y 60 más ó menos del batallón del coronel Etcheverry.

Contestando la última parte de la tercera pregunta, manifiesto que me encontraba á órdenes de los señores generales Muñoz y Carámbula y que el arma de mis tropas, se descomponía así: 150 milicianos, 70 infantes y 50 de caballería, armados los primeros con máusers Dovittis y la caballería con fusiles de repetición.

Cuarta pregunta: Como lo dejo expuesto al contestar la tercera interrogación, mi actuación en la lucha, durante la mañana del día 30, fué ésta: estuve en el paso del Sauce de Casupá, de donde desalojé al enemigo y retrocedí hasta Fray Marcos al apercibirme que los insurrectos pretendían cortarme por retaguardia.

Mi colocación el resto del día, fué en la quinta del doctor Vázquez, donde al mando de las fuerzas que ya he indicado también, sostuve con el enemigo á intervalos, fuertes guerrillas, sin que la victoria se pronunciase por ninguno de los dos bandos, porque tanto el enemigo como nosotros quedamos por la noche en las mismas posiciones que habíamos ocupado durante el día.

A las 9 de la noche del 30, los insurrectos me llevaron un fuerte ataque que rechazé enérgicamente, después de un violento tiroteo. Alarmado sin duda el señor general Muñoz, al oir un fuego tan recio, me envió al ayudante señor capitán Tomás Berreta, para que le comunicara qué sucedía, con encargo especial de avisarme que no gastara muchas municiones porque escaseaban. Al señor capitán Berreta, informé detalladamente de lo ocurrido á fin de que lo trasmitiese al señor general.

Después de repeler el brusco ataque que dejo referido, mantuve una vigilancia severísima durante toda la noche, pues tenía temores de una sorpresa por el lado del monte, temores perfectamente justificados, no sólo como consecuencia de su resuelta actitud de atacarme de improviso, sobreponiéndose al cansancio de todo un día de pelea, sino que el continuo ladrido de los perros y el canto no interrumpido durante toca la noche de miles de teru-teros, me indicaban claramente que hacia ese rumbo, había movimiento de importancia.

No eran vanos mis temores; los insurrectos se habían movido en la noche y no habían desperdiciado un momento para mejorar sus posiciones, demostrando un conocimiento exacto del terreno: al amanecer, estaban colocados, casi atrincherados, entre unos pedregales en situación sumamente ventajosa, respecto de la nuestra.

Belén tomó el clarín, se pasó el dorso de la mano izquierda por los labios, como para librarlos de los incómodos pelos del rebelde bigote, hizo sonar fuertemente el instrumento... y todos los presentes, incluso Saravia, soltaron estrepitosas carcajadas.— « Te ordené que tocaras á degüello », — le dijo el jefe revolucionario, después que hubo reído un buen rato.

— Sí, general; pero la necesidad, el hambre, me hizo tocar « á rancho ». Hace tres días que no como ni bebo.

Cesaron las risas. Saravia ordenó que en seguida se le alcanzara al prisionero todo lo que necesitaba para llenar las exigencias del estómago.

En vista de esto volvieron á recrudecer mis presentimientos de la noche, de una sorpresa por el monte ó sea sobre el flanco izquierdo, pero pude tranquilizarme en absoluto, al recibir noticia del señor general por intermedio de un ayudante cuyo nombre no recuerdo, que si sentía rumores por el lado del monte, no me alarmara porque era gente del coronel Etcheverry.

A los pocos momentos tendí mis guerrillas, comenzando el fuego con más viveza que el día anterior.

No necesité mucho tiempo para convencerme, que, dado lo fuerte de las posiciones del enemigo, y lo relativamente escaso de mis recursos, me sería imposible desalojarlo y en consecuencia, envié un ayudante al señor general, para solicitar el auxilio de la artillería.

El señor general vino personalmente al sitio donde yo estaba, acompañado del sargento mayor Cuestas, y encontrando acertada mi idea, ordenó se emplazara una pieza en el sitio indicado por mí, desde donde se hicieron dos disparos también á indicación mía; uno á los pedregales ocupados por el enemigo, y otro á una manguera que teníamos á nuestra derecha. El objeto que perseguía yo con este segundo disparo, era descubrir las fuerzas que pudiera haber en la referida manguera.

Sin embargo, como no diera el resultado apetecido, indiqué la conveniencia de emplazar las piezas más hacia la izquierda, en la seguridad de descubrir de esa manera, la importancia del enemigo; se me replicó que esa colocación era imposible, porque siguiendo mi idea quedarían al alcance de la fusilería enemiga. Entonces y á fin de buscar el paraje preciso donde se emplazarían, salí acompañado del capitán Silveira Colina, á hacer un reconocimiento, quedando á la espera de nuestro informe, si así puede llamarse, el señor general Muñoz y el sargento mayor Cuestas. Nos dirigimos hacia la cima de una cuchilla, desde donde pudimos apreciar con exactitud las fuerzas insurrectas, pero como en esa parte el fuego era muy recio, ordené al capitán Silveira se retirase, dado que con su traje completamente blanco, estaba llamando la atención del enemigo, imposibilitándonos para el cumplimiento de nuestra misión.

Cuando me consideré suficientemente posesionado de la importancia del enemigo, volví al punto donde me esperaban el señor general y el mayor Cuestas, pero cual no sería mi sorpresa, al ver que ni el uno ni el otro y ni aun las piezas se encontraban allí, no atinando á explicarme en esos momentos porqué no habían esperado el resultado de mi reconocimiento, como era lo convenido. Atento á esto y sospechando que algo grave ocurría, resolví seguirme sosteniendo á la espera de órdenes que no dudaba se me trasmitirían. Como éstas demorasen y mi situación comenzase á hacerse difícil, y observando claramente que la que estaba á mi retaguardia principiaba á dispersarse, me convencí que el señor general se había olvidado de mí y de mí gente.

En estos momentos envié al ayudante teniente José Lemos, al señor general, con encargo de pedirle órdenes y manifestarle que, aun cuando mi situación era muy grave, trataría de sostenerme hasta último momento y que procuraría que mi retaguardia hiciera lo propio para poder de esa manera rechazar el ataque. Con la vuelta del teniente Lemos, me dí cuenta de la angustiosa situación de nuestras fuerzas, pues éste me manifestó lo siguiente: — «La mayoría de nuestros soldados va en completa dispersión. El señor general Muñoz no se encuentra en el campo de batalla. He encontrado solamente al señor general Carámbula, y á éste como la primera vez que le trasmitiese pedido de órdenes permaneciese callado, tuve que repetírselo, á lo que me contestó secamente: «No tengo nada que ordenar.»

Ante la incertidumbre que me traía la noticia del teniente Lemos y la responsabilidad que sobre mí pesaba en esos momentos como jefe de fuerzas, resolví retirarme hacia el paso, pero cual no sería mi sorpresa al ver que el otro lado del paso, donde momentos

Dos troperos llegados el día 4 á la Tablada, relataron que ya el día 2, de madrugada al llegar con sus tropas al paso de Coelho, en el río Santa Lucía, lo encontraron interceptado por el tránsito del ejército revolucionario, que pasaba de Canelones á Florida. Desfilaron todas las divisiones, menos la de José González que quedaba, cubriendo la retirada, á varias leguas de distancia.

Retirada del ejército revolucionario

Saravia, muy conocedor del paso, echó abajo unos alambrados que impedían el acceso á la «picada vieja» y por esta última hizo que pasaran las caballadas, mientras el ejército vadeaba por el paso actual.

antes estaban fuerzas nuestras, se hallaba ocupado actualmente por el enemigo! Al llegar allí mandé echar pie á tierra con el fin de defendernos protegidos por las barrancas del terreno, pero como esto no me diera resultado, ordené nuevamente montar á caballo y, como esfuerzo supremo, puesto que estábamos recibiendo fuego por los cuatro frentes, atravesar las líneas enemigas. Realizada esta operación, aun cuando con grandes pérdidas, seguí retirándome con relativo orden, hasta que llegó un momento en que, en la imposibilidad de resistir por más tiempo, por estar materialmente rodeados, tuve que rendirme con garantía de vidas, acompañado de tres hombres entre los que se encontraba mi hijo, á quien asesinaron, faltando al sagrado compromiso que con nosotros habían contraído.

Después de mi rendición, el resto de mis fuerzas también entró en dispersión.

Esta fué mi actitud y mi comportación en el combate de Fray Marcos. Tal como lo he expuesto, es el fiel reflejo de la verdad, que abono con el solemne juramento que he prestado, al contestar la segunda interrogación del Oficio. Sobre ella nada debo agregar; los jueces encargados de fallar, resolverán si han estado de acuerdo con mis deberes militares y con la confianza que en mí se había depositado.

Para concluir esta cuarta interrogación, debo declarar que el comportamiento de todos y cada uno de los jefes y oficiales á mis órdenes, fué correcto en absoluto.

Quinta pregunta: Las órdenes que recibí antes y durante el combate, quedan relatadas en lo expuesto anteriormente; sin embargo, resumiéndolas, declaro:

Que el día 28, se me ordenó, estando en Cerro Colorado, observar atentamente al enemigo y si era numeroso, replegarme hacia Fray Marcos, no perdiéndolo de vista, órdenes que fueron cumplidas al pie de la letra.

El 29, á mi llegada á Fray Marcos, se me comunicó marchara sobre el paso del Sauce de Casupá, y desalojara de allí al enemigo, comisión á que dí cumplimiento, teniendo que retroceder, porque los insurrectos pretendieron cortarme por retaguardia.

Que el día 30, á mi vuelta al campamento, se me fijó para sostenerme, la quinta del doctor Vázquez, y que en la noche, á raíz de un tiroteo, se me advirtió que cuidara las municiones porque escaseaban.

Que el día 31, se me comisionó para practicar un reconocimiento del enemigo para precisar donde debía emplazarse la artillería, y que al volver á mi puesto, no encontré al señor general, que había convenido en esperarme.

Que el día 31, en vista de que iba perdiendo terreno, y nada se me ordenaba, envié un ayudante al señor general Muñoz, á quien no encontró en el campo de batalla, y que el señor general Carámbula manifestó á mi ayudante que nada tenía que ordenar.

Respecto de mis comunicaciones al señor general Muñoz, diré:

Que el 28, comuniqué que el enemigo fuerte de 2 á 3.000 hombres, marchaba rumbo á Cerro Colorado.

Que el mismo día, cumpliendo órdenes, me replegaría á la noche á Fray Marcos, tratando de no perder de vista al enemigo.

Que el día 30 en mi marcha al Sauce de Casupá, pedí refuerzos y municiones, que no me fueron enviados en oportunidad.

Que el día 31, pedí órdenes, cuando aún se podía rehacer la gente, y no me fueron dadas.

Sexta pregunta: Las fuerzas á mis órdenes, se encontraban en buenas condiciones para la pelea, bien armadas; Debo hacer notar, sin embargo, que estuvieron algo escasas de municiones, porque no siempre que las solicitaba se me remitían.

El armamento como ya lo he dicho, era: Dovittis y repetición, debiendo hacer notar, que algunos de estos últimos reventaron en el caño, inutilizándose y otros se descomponían, viéndose precisados los soldados en algunos casos á sacar las cápsulas á cuchillo.

Lo que demoró más fué el pasaje del «parque». Al frente de éste iba el coronel Lino Cabrera. En uno de los tres coches que seguían al ejército de Saravia, vieron los troperos al doctor Alfonso Lamas conversando con Nepomuceno Saravia.

En vista de estas noticias tranquilizadoras, el gobierno dispuso que las fuerzas destacadas en los alrededores de la ciudad volvieran á sus cuarteles. El 5, por la mañana, abandonaron sus campamentos de la línea fuera de la ciudad los batallones de guardias nacionales y policiales. — La brigada que tenía su colocación en Nuevo París, bajo el mando inmediato del coronel West, regresó en

Séptima pregunta: La respuesta de esta interrogación, está contenida en mi exposición sobre la batalla. Sólo debo agregar, que mi retirada siempre se efectuó en orden, y que sólo después de mi rendición, en momentos en que recibíamos fuego por los cuatro frentes, se produjo la dispersión, perfectamente justificada.

Octava pregunta: Ya lo he manifestado y vuelvo á declarar, que el comportamiento de los Jefes y Oficiales á mis órdenes, fué en absoluto correcto.

Novena pregunta: Descontando la parte de culpa que pueda tener en el desastre la falta de disciplina militar de la casi totalidad de las fuerzas que entraron en acción, en mi criterio, esta recae con todo su peso sobre nuestro general en jefe, que no supo tomar las precauciones más elementales con las que habría reducido la acción del enemigo á un radio relativamente pequeño y habría impedido que éste nos flanquease.

Todo lo grave de esta afirmación, resulta plenamente evidenciado, con sólo darse cuenta de las condiciones del terreno y de la forma como fuimos sorprendidos.

No voy á detenerme, á criticar la mala disposición de tomar posiciones para la lucha, dejando á retaguardia el arroyo de Fray Marcos, cuando hubiera sido más ventajoso. haberlo tenido á nuestra vanguardia oponiendo entre nosotros y el enemigo, un obstáculo de consideración, porque aun cuando este detalle es de importancia, en nada hubiera influído para el resultado final de la batalla, si se hubiera dispuesto lo que en seguida apuntaré.

El arroyo de Fray Marcos, da paso además del punto donde tuvo lugar el combate, (me refiero en esas proximidades) por los pasos de Barrancas y de los Duraznos ó de los Cuervos, distantes del referido sitio legua y media y dos leguas. Habría sido por lo tanto elemental, mantener suma vigilancia en ellos, y reforzarla de manera de haber podido impedir el paso del enemigo por ellos. Nada de esto se hizo: y precisamente por esos puntos pasó el enemigo, y escurriéndose por entre el monte pudo sorprendernos de la manera que lo hizo.

También es responsable el señor General en Jefe, de haber tenido poca vigilancia en general, pues no de otra manera, sino por falta de vigilancia se explica el hecho de que en medio de la pelea, surgieran insurrectos por todas partes, hasta el punto de rodearnos materialmente.

No soy de opinión, que durante el combate se hayan agotado todos los medios de defensa. Antes por el contrario creo, que con energía, se habría podido contener el desbande, como yo lo hice con las fuerzas de mi mando y tuve ocasión de mandárselo decir al señor General Muñoz con un ayudante, que ya no lo encontró en el campo de batalla.

Décima pregunta: Dada la posición que yo ocupaba en la acción, no he podido saber, si el señor General Muñoz y el señor Carámbula estuvieron en sus puestos. Sólo á este respecto, puedo declarar, que la primera vez que solicité refuerzos el día 31, vino personalmente el señor General Muñoz, como ya lo he expuesto; que á mi vuelta del reconocimiento, no lo encontré en el punto convenido, y que cuando más tarde le mande pedir órdenes por intermedio de un ayudante, no se le encontró ya.

Tocante al señor General Carámbula, debo repetir nuevamente que mi ayudante no habiendo encontrado al señor General Muñoz, trasmitió mi pedido al señor General Carámbula, lo que indica que éste último se hallaba aún en su puesto.

Undécima pregunta: Manifiesto contestándola que nada tengo que agregar á lo dicho.

Duodécima pregunta: Declaro que lo expuesto lo sé, por haber estado en el combate al mando de fuerzas, en los sitios á que he hecho referencia, en consecuencia haberlo visto y apreciado sobre el mismo terreno y referirse mi exposición en su mayor parte á hechos personales en calidad de Jefe.

Dejo así informado el interrogatorio que V. S. tuvo á bien dirigirme.

Dios guarde á V. S. — Montevideo, Febrero de 1904. — *Cándido Acuña.*

las primeras horas de la mañana. Se componía del batallón policial número 1 mandado por el mismo West, de artillería de línea al mando del mayor Venancio Ruiz y de los batallones de guardias nacionales números 3 y 10, el primero al mando del comandante Antonio Bachini y el segundo á órdenes del teniente coronel don Federico Paullier. — También regresaron los batallones 2.° de policía al mando del comandante Buzzón, el 9.° de guardias nacionales al mando del comandante Pacheco, el 5.° al del comandante Pelayo, el 12.° al del comandante Levratto, el 11.° al del comandante Machado y el 14.° al del comandante Luis Batlle y Ordóñez.



FUERZAS HACIENDO SERVICIO EN LOS ALREDEDORES DE LA CAPITAL DESPUÉS DE FRAY MARCOS

Este batallón, que fué de los primeros en salir, apenas recibida la orden, había ocupado la vanguardia de la brigada acampada en el Cerrito.

Medidas militares

El día 7 ya tenía el Gobierno la seguridad de que Saravia se dirigía al Norte, con el propósito de atravesar el Río Negro. Inmediatamente se dispuso que partieran para Paysandú, á efecto de guardar los pasos, desde el de los Toros hasta el de Perico Flaco, las mismas fuerzas que habían venido con el general Vázquez. Ese mismo día se embarcaron en el vapor *París* los Regimientos 4.° y 5.° de Caballería, el Batallón 1.° de Cazadores, cuatro piezas de artillería y dos ametralladoras.

El citado vapor atracó al muelle de la Comandancia para facilitar el embarco de la tropa, el cual se efectuó en el más perfecto orden.

Los cuerpos iban á las órdenes de los respectivos jefes: el 5.°, á las órdenes del coronel Cándido Viera; el 4.°, á las del coronel Estanislao Mendoza Durán; el 1.° de Cazadores, á los del coronel Ventura, y la artillería bajo las órdenes del mayor Da Costa, antiguo oficial del Batallón de Artillería de Plaza.

El mando superior de las fuerzas fué confiado al coronel Cándido Viera, en su carácter de jefe más antiguo de los que le acompañaban.

El 8 de de Febrero renunció el general Nicomedes Castro el cargo de general en jefe de las fuerzas de la capital que se le había confiado hacía pocos días.

Estaba dicha renuncia fundada en motivos de salud, razón que determinó su aceptación por el gobierno.

Esa misma tarde, estando ya expedita la vía férrea, llegaron al Hospital de Caridad los siguientes heridos que se asistían hasta entonces en los hospitales improvisados en la escuela y domicilio del cura de San Ramón y que fueron conducidos hasta Montevideo por los practicantes Payssé y Lorenzo:

De la división Canelones: Guardia civil Aquino Acosta, soldados Martiniano González, Doroteo Peña, sargento 2.º Dámaso Lefebre, soldado Carmelo Martínez, ídem de artillería Raymundo Olivera, soldado Emilio Ibáñez, ídem artillero Ramón Cardozo, ídem Gregorio Cruz, sargento 2.º José Piñeyro; División Canelones teniente 1.º Apolinario Rivero de ídem y soldado de guardia nacional Sixto Trasanti, cabo 2.º Emilio Correa, ídem Américo Abal y soldado Juan Pérez; soldados revolucionarios Eduardo Frochana, José María González, de la División Aldama, y José Vera, de la División de Cerro Largo.

Según las versiones corrientes el gobierno había confiado una importante comisión militar al general Salvador Tajes cuya índole permanecía reservada en las esferas oficiales.

El día 9 se reanudó el servicio de guardias civiles que había quedado en suspenso con motivo de los acuartelamientos y marcha de diversos batallones policiales.—Ese mismo día quedó instalada provisoriamente en el cuartel del 4.º de Cazadores, y en tanto se organizaban y disciplinaban los batallones de infantería formados con el *canariaje*, la Comandancia Militar de Canelones.



EMBARQUE DE TROPAS PARA EL LITORAL

He aquí el personal designado por el coronel Acuña: Secretarios capitanes de guardias nacionales, señores Carlos Neves, Dalmiro Cordones y Martínez y Tomás Berreta; ayudantes, sargentos mayores Benito Marichal y Nicasio Torres; capitán Blas Perdigón, capitán de Guardias Nacionales José Quevedo y subteniente Hilario Acuña.

El 10 presentaron el cuadro respectivo de jefes y oficiales de los batallones á su mando, el comandante Arturo Isasmendi y el diputado Ventura Enciso, que habían desplegado gran actividad en su organización.

Ventajas morales y materiales

Resultaba evidente que la demostración hecha por el ejército revolucionario á las puertas de la capital, no tenía mayores consecuencias. Todas las ventajas conseguidas por Saravia con el triunfo de Fray Marcos, resultaban puramente morales. Su gente, duramente castigada desde Mansavillagra hasta la frontera, había entonado el espíritu y había salido de la vieja táctica de batirse en retirada... Pero dos cañones casi inservibles, dos ametralladoras descompuestas, y un par de centeneres de fusiles recogidos en el campo de batalla, y otros cuantos centenares de ciudadanos incorporados á la revolución en los mismos arrabales de la capital, no parecían resultados bastantes á la ardorosa fantasía de los nacionalistas encerrados en Montevideo. Estos, durante las ho-

ras de fiebre que impuso á la capital la amenazadora proximidad de Saravia, soñaron con el ataque inmediato, con el golpe de mano audaz que debía terminar definitivamente con el gobierno y con el partido colorado. Soñaban con el asalto, y veían por doquiera fuerzas revolucionarias. Para muchos de ellos, y de buena fe, Montevideo estuvo cercado. Así se escribió á Buenos Aires y así se publicó en Buenos Aires. Un miembro de la redacción de *La Prensa* de esa ciudad, se creyó en el caso de entrevistar al ministro uruguayo para saber la exactitud de la noticia recibida de que las fuerzas de Saravia sitiaban á Montevideo.

Manifestó el ministro que le había causado verdadera extrañeza la noticia, pues no se comunicaba en qué forma se había recibido, ni de qué punto, creyendo que se trataba de una información errónea. Poco después hablaba telefónicamente el ministro con su gobierno é informaba al diario aludido que el Presidente de la República señor Batlle desmentía esa afirmación.

Para juzgar de las ilusiones que fomentó en los nacionalistas el triunfo de Fray Marcos, bastará leer los siguientes párrafos de un artículo publicado en Buenos Aires por el distinguido periodista don Constancio C. Vigil:

« Genial resulta el plan militar del general Saravia, tan admirablemente desarrollado por los jefes de división, con tanta bizarría secundado por todos los elementos del partido Nacional.

El general Muniz fuese rápidamente al corazón de Cerro Largo, mientras todos los demás jefes nacionalistas eran sorprendidos por fuerzas del gobierno. Todos esos jefes, no obstante, operan su incorporación. Frente á frente los dos grandes ejércitos, Muniz es obligado á una desastrosa contramarcha, hasta llegar á Mansavillagra, retrocediendo docenas de leguas: allí se rehace, recibe nuevos contingentes y entonces lleva el ataque; mas el enemigo es el que ahora se retira, con una gran tranquilidad, tiroteando á las fuerzas gubernistas cada legua, cada dos leguas, aprovechando los menores accidentes del terreno. Muniz cobra ánimo, se confirma en el propósito de imponer la batalla, continúa activo el avance, confiando cada día en que al siguiente podrá batirse en forma decisiva y arrojar la revolución más allá de la frontera. Y su fin parece cumplirse de un modo natural: el enemigo se declara en derrota sin pelear; huye, huye siempre, rumbo al Brasil y en las esferas oficiales se cuenta ya por horas la conclusión de la guerra, el total descalabro de Saravia y sus tropas...

« Muniz *embica* allá, como en un banco de arena... y he aquí que de pronto ¡oh estupenda sorpresa! el grueso de las fuerzas nacionalistas presenta una batalla campal á 18 leguas de la capital de la república, en dirección completamente opuesta y á una enorme distancia de donde se suponía á Saravia; y esa batalla campal constituye una colosal victoria, en la que la artillería, ya sin oficiales ni sirvientes, los carros de municiones, centenares de prisioneros, todo queda en poder de la revolución, y los restos del ejército gubernista se diseminan en todas direcciones, al Norte, al Sur, al Este, al Oeste en una huída furiosa, de esas en que los fugitivos parecen proyectiles que van á herir de muerte en el pecho la causa misma porque acaban de luchar.

Fray Marcos es algo más que una batalla ganada: *Fray Marcos es la caída de la presidencia Batlle.*»

Pero si los nacionalistas de Montevideo, que suponían á Saravia con un ejército de muchos miles de hombres, perfectamente armados y municionados, no comprendían el porqué de su retirada, había algunos pocos que conocían

las verdaderas razones de esa prudencia, y la aplaudían. A muchos colorados se les oía decir, pocos días después de retirarse Saravia: — « Vaya un general ridículo! ¡Que ocasión única ha perdido! Si nos hubiera atacado, al día siguiente de Fray Marcos, ¿con qué hubiéramos defendido la ciudad?» —Ese reproche sarcástico envolvía una doble injusticia, pues, por de pronto, la guardia nacional, compuesta de juventud entusiasta al mando de jefes pundonorosos, hubiera sido suficiente baluarte, para contener durante muchas horas el avance de los revolucionarios sobre Montevideo. El gobierno tenía de siete á ocho mil hombres con abundante artillería, y Saravia tendría en ese momento de cinco á seis mil á lo sumo, sin más cañones que los tomados en Fray Marcos, de los cuales uno inutilizado, y desprovistos de artilleros (1). No tenía en esos momen-

(1) Saravia decía contemplando su parque de artillería en que había un cañón servible, una ametralladora en buen estado, y un cañón descompuesto: — « En esa *tropilla* tengo un machito, una hembrita y un *capón!* »

A propósito del *capón:* en una correspondencia publicada á mediados de Marzo por *La Nación* de Buenos Aires, se dijo que el herido insurrecto del Paso del Parque señor De la Hanty, afirmaba que el capitán Antonio Silveira Colina (prisionero en Fray Marcos) había arreglado uno de los cañones que se tomaron á las fuerzas legales. El oficial aludido dirigió la siguiente carta á *El Día:*

« Señor Director: — Distinguido señor. — En las columnas de *La Razón* y de *Diario Nuevo* se ha publicado un reportaje hecho al herido revolucionario De la Hanty, y en el que se me hacen cargos graves que no puedo dejar en pie ni un solo momento, pues ofenden mi honor de soldado y de ciudadano.

El coronel Buquet, á su llegada á esta ciudad, me puso de manifiesto las declaraciones de De la Hanty y falta agregar al reportaje publicado, otra pregunta hecha por mi jefe á De la Hanty.

—Diga, De la Hanty. ¿Usted vió al capitán Silveira arreglar el cañón? á lo que contestó:

— No, señor; yo no lo ví, Serralta fué el que me lo dijo.

Se trata pues de dichos, de cosas que dijeron, y hallándose Serralta en la revolución, no es fácil en estos momentos hacer una aclaración inmediata de esta cuestión, como serían mis deseos, aclaración que yo pediré á mis superiores la hagan en cuanto sea posible.

Pero mientras esto suceda, quiero hacer oir mi voz de protesta contra esos díceres indignos de acreditarse por hombres serios, pues nadie tiene el derecho de arrojar lodo á los galones de un oficial que, aunque muy insignificante, es muy honrado.

El hecho de ser cuñado de Abelardo Márquez no es motivo para dar fundamento á una infamia semejante, pues los vínculos de familia no destruyen las convicciones políticas cuanto más los deberes del honor.

Creo que no constituyo una excepción en los momentos actuales, en que se baten hermanos con hermanos y nadie duda de ellos.

No es un misterio para mis compañeros de armas y mis amigos, las afecciones que tengo por el Partido Colorado, al servicio del cual he puesto la dedicación de mi vida.

Los superiores que tuve durante la guerra del 97, en Cerros Blancos, Guaviyú, etc., pueden dar fe de mi comportamiento al frente del enemigo; no tengo, pues, necesidad de sincerarme por mi conducta pasada, ni permitiré que nadie ponga en duda la honradez de mis procederes como soldado.

Rogándole la publicación de las presentes líneas, saludo á usted con mi mayor aprecio. —*Antonio Silveira y Colina.* »

Un periodista salteño tuvo oportunidad más tarde de conversar con el joven José S. de La Hanty, que entre los insurrectos figuraba como 2.° jefe de la artillería que operó en el Paso del Parque, en cuya batalla fué tomado prisionero — obteniendo de él un desmentido categórico á las versiones que circularon en los diarios de Buenos Aires. Se expresaba así el periodista salteño, dando cuenta de la entrevista.

— « Hemos leído, señor de La Hanty, el reportaje que le hizo el enviado especial de *La Nación* de Buenos Aires cuando usted se hallaba en lo de Rivas, y también la rectificación que á lo que usted dijo hace el capitán Antonio Silveira y Colina desde las columnas de la prensa montevideana. ¿Quiere usted decirnos qué es lo que hay de cierto en esto?

— Diré en primer término que me causó profundo disgusto cuando al llegar á ésta leí lo que yo no había dicho, lo que no podía decir. Soy amigo del capitán Colina y sé qué

tos dos mil hombres armados á fusil y la munición era bastante escasa. Una persona que habló con él en la estación Latorre, después de Fray Marcos, al ver que en una división entera de cuatrocientos á quinientos hombres no se contaban más que cuarenta á cincuenta fusiles, le dijo:— «General, ¿pero el Directorio no le ha mandado el armamento prometido? — No, — contestó Saravia, riendo como siempre — pero no me hace falta. Tengo el que me ha traído Melitón Muñoz!» Pero el botín de guerra había resultado mucho menor de lo que en el primer momento se creyó, y días después, cuando el ejército revolucionario atravesó el departamento de Florida, no pasaba de un veinticinco por ciento la gente que en el ejército contaba con armas de fuego.

No tenía, pues, Saravia los elementos necesarios para intentar el ataque de la ciudad. No podía tampoco menospreciar á las milicias que la defendían, puesto que él, por propia experiencia, sabía de lo que son capaces los ciudadanos sostenidos por una convicción ó por una idea. Por otra parte: si bien tenía la absoluta certidumbre de que Muniz no podía incomodarlo, y de que Benavente estaba muy lejos de las vías férreas para utilizarlas inmediatamente, sabia también que le era posible al gobierno guarnecer á Montevideo en veinticuatro horas, trayendo por vía fluvial las fuerzas que ocupaban Mercedes, Paysandú y Salto. Y, efectivamente: si hubiera intentado el asalto el día 2, suponiendo que las fuerzas gubernistas lo hubieran rechazado, al dia siguiente hubiera tenido que habérselas con el ejército de línea que había traído el general Vázquez... Hay que agregar, que Saravia no tomó disposición alguna que indicara su intento de venir sobre Montevideo; no hubo consejo de jefes, ni ordenó avance de fuerzas. Si sus partidas exploradoras se acercaron á la ciudad, fué solo para hacer una *barrida* general de nacionalistas en Canelones y una *arreada*, más general aún, de caballos. Saravia no pensó jamás en atacar á Montevideo, y no lo pensó, porque sabía que era imposible empresa para un ejército sin armas ni municiones. Se toman baterías, pero no se toman ciudades á ponchazos, y si es verdad que Leipzig se entregó á cincuenta húsares de Napoleón que entraron por las puertas de la ciudad al galope, también es verdad que no había en Leipzig, en ese momento, ocho mil hombres con el arma al brazo, para defenderlo...

Un miembro del Directorio Nacionalista, entrevistado en Buenos Aires, decía el 2 de Febrero:

—«Creo á Saravia capaz de atacar á Montevideo y mucho más; pero no me parece que sea ese su propósito por ahora.

puntos calza en cuanto á delicadeza. No es cierto que yo haya dicho lo que asevera el enviado especial de *La Nación* cuando dice: — «Diga De la Hanty; usted vió al capitán Silveira arreglar el cañón? — á lo que contesté según afirma:

— «No, señor, yo no lo vi. Seralta fué el que me dijo.

«Todo lo transcripto es una falsedad. Lo único que manifesté al señor enviado, rogándole que no fuera á hacer público, prometiéndomelo, fué que «yo había oído decir á Brián, que el capitán Colina, según *se decía*, había prometido arreglar el cañón descompuesto, cosa que no hizo como lo prueba el hecho, de que hasta el momento de caer herido, el citado cañón se hallaba en igual estado.»

«Y agregué: «Cuando Brián me refirió lo que queda dicho, yo le manifesté mis dudas, pues conocedor de cerca de las estimables prendas de mi amigo el capitán Colina, dije que no lo creía capaz de semejante acción. Es un militar de honor y es un caballero.»

«Esto fué lo que declaré al señor enviado de *La Nación*,—nos dijo el joven de la Hanty con ardor, con la seguridad del hombre que dice la verdad; en presencia del coronel Ferreira,— y no lo que me hace decir colocándome en situación desairada y en el concepto de un embustero.»

« Después del triunfo que acaba de obtener, tratará por algún tiempo de hacer la guerra de recursos, para obligar también al enemigo á fraccionarse y para recibir todas las incorporaciones de los nacionalistas que no han podido plegarse aún á la revolución y recibir el armamento y munición que se les enviará por diversos conductos. Más tarde volverá á formar ejército, y entonces sí, operará sobre Montevideo, librando, entre tanto, combates aquí y allá ».

El miembro del Directorio sabía bien que á Saravia no le quedaba otro recurso y que, antes de intentar cualquier acción seria, tenía que aproximarse al Uruguay, *gambeteando* entre los ejércitos legales, á objeto de recibir los auxilios indispensables para continuar la guerra.

Asalto á la estancia de Pacheco

El ejército revolucionario se dividió en dos grandes columnas. Una tomó directamente rumbos á San José, que había sido abandonado por las fuerzas del comandante Benítez, el cual se había replegado el día 2 sobre la capital pasando por la Barra del Santa Lucía; la otra, cruzando el paso de Coelho tomó rumbos al Cardal en la Florida y más tarde oblicuó en su marcha hacia Trinidad Los revolucionarios marchaban cubriendo un frente de más de veinte leguas, y mientras su extrema izquierda penetraba á los departamentos de Colonia y Soriano, recogiendo contingentes, su extrema derecha llegaba hasta el Durazno. El objeto de esta marcha *en forma de abanico* era, sin duda, recoger el mayor número de caballos posible.

Durante esta marcha, y según se afirmó en los diarios montevideanos, el ejército revolucionario cometió dos hechos condenables. Fué el primero la destrucción de la estancia de don Jorge Pacheco en Florida, y el segundo, el asesinato del súbdito italiano José Garibaldi, en los montes, frente al pueblo de San Juan Bautista. Según informes fidedignos, el ejército de Saravia acampó en la estancia del señor Pacheco en la madrugada del 2 de Febrero, permaneciendo en ella casi todo un día. Así que hubo acampado, una partida revolucionaria, de la división de Tacuarembó, se dirigió á los galpones de la estancia, sacando de allí á los padrillos puros de carrera *Imperio*, *Jonquill*, *Litigation* y *Padilla*.

Los revolucionarios una vez que sacaron los padrillos, empezaron á enlazar las yeguas puras que allí había y que alcanzaban á 32, de las cuales 13 se hallaban con cría.

En los galpones había doce potrillos de año y medio, puros, á los cuales los revolucionarios les sacaron el bozal que cada uno tenía y los arrearon inmediatamente.

Sacaron además 150 ovejas Lincoln espléndidas y un carnero Lincoln Dudin importado de Alemania, una majada de carneros Rambouillet, dos ovejas venidas de Alemania, 38 animales vacunos, 10 de los cuales eran de tipo Durham.

Al carnero Lincoln Dudin se le sacrificó con el propósito de sacarle el cuero para un pellón de caballo!

De la majada de Rambouillet se mataron 30 carneros, entrando en el sacrificio dos espléndidas ovejas importadas.

Debido á las gestiones que el mayordomo de la estancia hizo, pudo obtener pocos días después que le fueran entregados los caballos *Imperio*, *Jonquill* y *Litigation*. Este último animal, de tipo hermosísimo, presentaba un lanzazo en el cuerpo y diversas contusiones en las patas, etc., y los restantes se hallaban en mal estado, debido á las marchas que se les habían hecho hacer y á la forma como fueron conducidos.

Desapareció la famosa yegua *Medea*, que había costado 100 libras esterlinas y que dió productos que se vendieron en $ 2350; *Padilla* un animal lindísimo, de gran estimación para su dueño, y un bonito potrillo puro llamado *Titán*.

A *Padilla* lo llevó de la estancia del señor Pacheco un capitán brasilero (revolucionario).

En cuanto al asesinato de José Resia (a) *Garibaldi*, he aquí la versión que publicó *L'Italia* en su número de 18 de Febrero:

Asesinato de José Garibaldi

«El 2 de Febrero, la división nacionalista mandada por Basilio Muñoz (hijo) entró en Santa Lucía. Custodiado por esta división venía maniatado, un joven rubio, de barba entera, corta. Su aspecto, civil, contrastaba con el de los soldados. Se veía que no era un paisano, llamando la atención de todos.

Muchas personas preguntaron á los soldados nacionalistas quien era aquel individuo y porqué lo conducían atado. Y los soldados respondían:—«Es un italiano, un *gringo*, que quería matar á Saravia. Lo llevamos al degüello».

En Santa Lucía, las tropas nacionalistas á nadie ocultaron su propósito y para justificarlo y darle una especie de sentencia marcial, agregaban que el joven prisionero había confesado en Fray Marcos su propósito de matar á Saravia y que á su confesión—de la cual se levantó testimonio—asistía el coronel Cándido Acuña, aquél cuyo hijo fué muerto de la terrible manera que todos conocen. Agregaban que se había encontrado en poder del prisionero un cheque de dos mil pesos. Este cheque, según los nacionalistas, se lo había dado el gobierno como compensación de lo que debía hacer.

Las tropas nacionalistas, después de atravesar el Santa Lucía por el paso de la Balsa, acamparon en los campos de los señores Hita y Echagüe, departamento de San José.

El 4 de Febrero, de mañana, levantaron campamento y entonces algunos vecinos advirtieron al Juez de Paz de Santa Lucía señor Isidoro Canosa, que los nacionalistas habían dejado un cadáver acribillado de heridas y con la cabeza medio separada del cuerpo.

El juez Canosa se trasladó en seguida al sitio que se indicaba, invitando para hacerle compañía al párroco de Santa Lucía, don Eustaquio Sánchez, y á los señores Florencio García, Donato Labraga, Joaquín E. Moré, José Camelo, Dionisio y Ambrosio Hernández y Martín Alonso.

Llegados al lugar indicado, se presentó á sus ojos un horrible espectáculo: un cadáver, extendido boca arriba, completamente desnudo, con varias heridas de cuchillo en el pecho y una feroz puñalada que lo atravesaba de parte á parte, lleno de equimosis, degollado, y con un balazo en la cabeza, detrás de la oreja izquierda, yacía en el terreno.

El Juez de Paz hizo recoger el cadáver, lo puso en un cajón y lo transportó á Santa Lucía dándole sepultura en el cementerio de aquel pueblo. El aspecto del muerto era el de un joven de treinta años, rubio, de ojos azules y de piel blanquísima.

Sus manos eran finas, bien cuidadas, y en el anular izquierdo se veía la marca de un anillo. Antes de proceder al entierro del cadáver, fué expuesto en el pueblo de Santa Lucía, pero ninguno pudo identificarlo.»

Interrogado el coronel Acuña por un redactor de *L'Italia*, declaró que conocía perfectamente á la víctima, pues como vicepresidente de la Comisión Auxiliar de

Guadalupe, vigilaba los trabajos de un camino en construcción, entre cuyos trabajadores estaba Garibaldi en calidad de capataz. Era un joven excelente, incapaz de cometer ó de pensar una mala acción.

Declaró también que era falso que Garibaldi hubiera confesado en su presencia el propósito de matar á Saravia. El coronel agregó:

—«Por lo demás, el pobre Garibaldi era colorado y si los revolucionarios logran apoderarse de alguno de nosotros, éstos caen víctimas de los exaltados cuando no se interpone la autoridad de algún jefe influyente. Es lo que ha sucedido también con mi pobre hijo.»—Al recordar el vil asesinato de que fué víctima su hijo,



EL EJÉRCITO NACIONALISTA PASANDO EL RÍO SANTA LUCÍA

la voz del coronel Acuña sufrió un ligero temblor. Y agregó:—«Afírmelo con seguridad: yo no asistí á la constatación de las declaraciones de Garibaldi en el acta extendida por los blancos y creo que Garibaldi ha sido una de las muchas víctimas inocentes de la actual insurrección saravista.»

El *Diario Nuevo*, (número del 11 de Febrero), publicó también algunos informes sobre asaltos cometidos en San José al pasar las fuerzas revolucionarias por esa ciudad:

Los revolucionarios en San José

«La casa del coronel Arenas fué de las primeras asaltadas. Sólo estaban allí la señora, enferma en cama, su hija Ana y una niña de corta edad. Los asaltantes llegaron hasta ponerle un máuser en la cabeza á la señorita de Arenas para intimarla á que dijera donde estaba el dinero y los caballos, si los había en la casa.

Un vecino, Marcelo Debargane, hubo de pagar con la vida su empeño en defen-

derla. Enterados los jefes nacionalistas de lo que ocurría, colocaron una guardia allí; pero á pesar de eso los facinerosos intentaron dos veces entrar de nuevo á la casa.

La familia del coronel Foglia Pérez fué víctima de todo género de vejámenes. Igual suerte corrieron las de los señores Domingo Fernández, Francisco Larriera (jefe nacionalista perteneciente á la minoría); Lisandro Freyre (á quien salvó de una muerte segura el coronel Cicerón Marín); Manuel y Benito Díaz, el Juez de Paz de la 3.ª sección señor Vicente Sodrés, y muchos otros.

Los revolucionarios cobraron contribución arrancándola á viva fuerza á los comerciantes y en forma que no les permitía ni el recurso de cerrar sus puertas.

Tampoco faltaron las escenas repugnantes, de esas que la pluma se resiste á echar al papel, siendo actor en una de ellas el capitanejo Juanillo Alvarez, hijo del pueblo de San José. El señor Prudencio Montaño pudo evitar, porque se impuso revólver en mano, que su casa fuera teatro de otra. — Juan Bolsa, comerciante italiano, hirió gravemente á un negro que se acercó á una hija suya con fines fáciles de imaginar.»


DOCTOR VICENTE PONCE DE LEÓN

El ejército revolucionario, al pasar por la ciudad de San José, dió un boletín cuyos ejemplares fueron secuestrados inmediatamente por el gobierno.

He aquí algunos párrafos de ese curioso documento:

«El poncho blanco de Saravia y su sombrero del mismo color, brillan con el prestigio que les da el coraje sereno y la prodigiosa perspicacia del que los lleva, lo mismo en las guerrillas que en las acampadas, en las horas de marcha que en las de fuego. — Se le ve de pronto y junto á los pasos, picanear los bueyes; se le ve más tarde entre las divisiones examinar las armas y hacer el recuento de las municiones. Cuando menos se le espera, allí está confundido entre la niebla blancuzca de la madrugada, ensayando los cañones tomados al enemigo, y en mitad de la noche, cuando todos duermen, el poncho y el sombrero cuya blancura resalta en la sombra, se aparecen como una visión en la guardia más lejana, en aquella desde la que se puede divisar, casi á simple vista, el oscilante fuego del vivac adversario! ¡Cuántas veces al mirarle pasar erguido en su corcel, jinete gallardísimo, campero incomparable, cuántas veces al mirarle pasar, al galope brioso de su alazán de raza, nos hemos dicho que hay en el caudillo de la buena causa todas las condiciones del héroe de Carlyle!

«Si los que le denigran le conociesen, de otro modo hablarían. Ningún general colorado tiene su actividad, ningún general colorado tiene su perspicacia, ningún general colorado tiene el supremo desinterés que le caracteriza y la nobleza de corazón que convierte en una bandera de lealtades su poncho blanco, el poncho que en las nieblas y en las llanadas habla de derechos, de libertad, de cultura y de patria!»

«... La revolución, haciendo uso de un justísimo derecho, está cobrando los impuestos de patentes de giro y contribución inmobiliaria.

«La revolución se considera el gobierno, ocupa su puesto y tiene todas las facultades de un gobierno constituído. Para nosotros el señor Batlle ha dejado de ser presidente de la República, para nosotros el gobierno colorado no existe, el

gobierno del país somos nosotros. Cobramos contribuciones, las contribuciones legales, no para distribuirlas en manos de los favoritos, sino para emplearlas en el servicio de la noble causa que defendemos. Con el dinero que recolectamos, le hacemos al país el más hermoso de los regalos: la libertad.

« Hay quienes piensan que al pagar los impuestos que solicitamos se colocan en el caso de volverlos á abonar al presidente Batlle. Es un error. Esos impuestos que el pueblo paga tienen por principal objeto en todo país civilizado garantir la vida, los intereses del pueblo y desde luego se comprende que un gobierno impotente para ofrecer esas garantías, ha perdido su derecho al cobro del impuesto. Tan cierto es esto que existe el precedente en nuestro país, y fuera de él, jamás se ha obrado de otra manera. Así se hizo después de la guerra grande, así se hizo en la revolución de Aparicio y así se hizo después de la campaña del 97.


JOSÉ VILLAMIL Y CASAS, EX JEFE POLITICO DE CERRO LARGO, RECAUDADOR DE CONTRIBUCIONES EN EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO.

« Los contribuyentes pueden estar tranquilos, porque ni existe derecho para que se les cobre de nuevo los impuestos, ni tiene el señor Batlle poder para hacerlo.

« La dominación colorada ha concluído, el Partido Nacional pone en manos del pueblo el santo derecho de dirigirse por si mismo y restablece el gobierno de *todos y para todos*. La revolución ya triunfante en todo el país, empieza pues á hacer una considerable rebaja en los impuestos, porque ella, por nuestro partido, sólo necesita dinero para servir á la nación.

« Los jefes y los soldados que pasan penurias y sacrifican sus vidas, no cobran sueldos, no exigen ninguna recompensa á la tierra por cuyas libertades vienen á penar y á morir! »

Tanto en San José como en Florida los revolucionarios hicieron comparecer á su presencia los jueces letrados y al administrador de rentas, de quienes recabaron las planillas referentes á la contribución territorial y directa, para proceder á su cobro. El administrador de rentas de Florida, don Victorio Coste, quiso resistir la orden del jefe revolucionario; pero se le notificó que toda resistencia, además de ser inútil, podría resultarle en extremo perjudicial.

El cobro de impuestos

Hubo de resolverse entonces dicho funcionario á hacer entrega de la oficina á su cargo, en la cual se procedió á sellar los documentos con los timbres revolucionarios y luego se desprendieron comisiones para efectuar la recaudación de fondos.

Los habitantes que habían ya efectuado el pago respectivo, no fueron molestados, pero los que aun no lo habían hecho tuvieron que efectuarlo á los insurrectos para evitarse mayores trastornos. (1)

(1) Personas llegadas del departamento de Florida, de origen colorado, refirieron los hechos con algunos detalles curiosos.

Un español, por ejemplo, establecido en aquel departamento y que debía abonar fuerte patente, interrogó á los recaudadores:

¿Es decir que tengo que abonar dos veces?

— ¿Porqué? — le preguntaron.

El Día, ocupándose de estos hechos, decía en el número del 12 de Febrero.

« Los saravistas han obligado al comercio de San José al pago de las patentes é impuestos con una rebaja del 30 %. El hecho, que resulta comprobado, tuvo sus notas cómicas, según testigos presenciales que acaban de llegar á Montevideo.

Carlos Roxlo, constituído en inspector de impuestos y acompañado de tres sujetos de respetable catadura, recorrió primeramente el pueblo anunciando á los comerciantes que tenían plazo de veinticuatro horas para efectuar el pago, instalándose mientras tanto la oficina receptora á cargo de los secretarios de Aparicio señores Javier de Viana y Villamil y Casas.

La gente empezó bien pronto á acudir y á retirar las boletas ó recibos, que firmaban los receptores, á cambio del dinero que entregaban. Pero de pronto alguien anunció que se aproximaban fuerzas legales (ignoramos si el dato era verídico ó no) y los receptores perdieron la cabeza y repartieron recibos sin firma para abandonar luego precipitadamente la oficina. En la disparada dejaron sobre la mesa unos diecisiete pesos que acababa de entregar un contribuyente. Excusado parece decir que éste recogió tranquilamente sus pesos ».



DOCTOR JOSÉ PEDRO FREITAS, EX-JEFE POLÍTICO DE FLORES

Las fuerzas revolucionarias que más tarde estuvieron destacadas en Carmelo, recaudaron también los impuestos de Contribución Inmobiliaria y Patentes de Giro, señalando á los contribuyentes un término perentorio para el pago.

Esa resolución, « debidamente autorizada », según decía el aviso respectivo, se hizo conocer de los contribuyentes, por medio de la siguiente hoja impresa: — « Comandancia Militar Nacionalista del Departamento de Colonia. — Aviso. — Se pone en conocimiento del vecindario de esta sexta sección policial del departamento que por resolución de esta Comandancia Militar, debidamente autorizada, se va á proceder al cobro del impuesto de Contribución Inmobiliaria y Patentes de Giro por el presente año económico, cuyo plazo vence el día 26 del corriente mes.

« Los señores contribuyentes deberán concurrir á munirse de las planillas y patentes respectivas, en la Oficina de la Comisaría de este pueblo, sita en la Plaza Independencia. — Se previene que los que omitan concurrir dentro del plazo que se fija, incurrirán en las penas impuestas por la ley, y que inmediatamente de vencido el término, se nombrarán los revisadores respectivos. — Carmelo, Febrero 20 de 1904. — *Gabino Valiente*, comandante militar. »

— Una á ustedes y otra al gobierno legal.

—Qué más gobierno, ni más legal que nosotros? — replicóle uno de los comisionados, mientras su lanza amenazaba un golpe al infeliz, quién, despavorido, se refugiaba detrás del mostrador.

El jefe del grupo, en vista del atrevimiento y de la resistencia del comerciante, resolvió que abonara la patente con la multa respectiva, á lo que tuvo que ceder el comerciante aludido

Lo recaudado por el señor Valiente alcanzó á la suma de 18.000 pesos.

En el departamento de Flores también se procedió al cobro. Saravia no entró en Trinidad, pero envió á sus recaudadores. Apenas entraron á Trinidad, los soldados visitaron una á una las casas de comercio, invitando á los propietarios á que pasaran por el Hotel Central á pagar los impuestos. En dicho hotel se habían instalado los señores A. Senosiain, Juan E. Barbenia y Juan Amorín, los cuales funcionaban de comisión recaudadora.

Los comerciantes invitados por los soldados llegaban al hotel con su correspondiente patente de giro del año anterior y con el dinero de la renovación. Los tres susodichos señores examinaban con atención la patente y después de haber recibido el dinero escribían al dorso lo siguiente:

« El interesado abonó el importe de la presente en el corriente año, por intimación hecha por el Estado Mayor General del Ejército Nacional. — Por autorización. — *A. Senosiain.* — *Juan E. Barbenia.* — *J. Amorín* ».

La Comisión recaudadora para justificar su « Por autorización » mostraba un documento otorgado ante escribano público en el cual se declaraba que Aparicio Saravia y el doctor Alfonso Lamas ordenaban á los ciudadanos del Uruguay que pagasen los impuestos correspondientes.

Estos impuestos debían ser pagados á ellos como jefes y directores del Ejército Nacional. (1)

Aquí encaja la siguiente anécdota publicada en los diarios de la época:

(1) El gobierno resolvió más tarde que los contribuyentes volvieran á pagar al Fisco lo que habían pagado á la revolución. Esto produjo grita general en campaña.

L' Italia del 16 de Marzo se ocupaba de la cuestión en los siguientes términos:

«No hace muchos dias publicábamos una carta de Florida en la cual se protestaba contra la intimación hecha por el administrador de Rentas á los contribuyentes exigiéndoles el pago de las patentes de giro y del impuesto inmobiliario dentro de un plazo perentorio. La protesta era originada por el hecho de haber los contribuyentes efectuado el pago de los referidos impuestos á los representantes de Saravia.

De Carmelo, la bella ciudad del departamento de Colonia, recibimos ayer el siguiente telegrama:

«Director de *L'Italia al Plata.* — Montevideo. — La colonia italiana reunida en asamblea protesta unánimemente contra el decreto por el cual el gobierno exige nuevo pago impuestos, patentes é inmobiliario, ya efectuados á las fuerzas revolucionarias.

Los italianos piden se hagan valer sus razones. — *Doctor César Mongini*».

Estamos en presencia del segundo caso; primero el de la Florida y ahora el del Carmelo, y probablemente tendremos las mismas protestas en San José, en Flores y en todos los puntos por donde hayan pasado los revolucionarios.

Que las protestas de los contribuyentes son justas y que el gobierno está en el deber de atenderlas, nadie puede ponerlo en duda.

Durante el pasaje de las fuerzas revolucionarias las ciudades han estado desguarnecidas de fuerzas legales y por lo tanto los ciudadanos han estado por completo á merced de los rebeldes, los cuales se han aprovechado de la situación para imponer, por la fuerza, el pago de los impuestos.

Pretender ahora que los ciudadanos vuelvan á pagar, es pretender demasiado. Los ciudadanos pagan los impuestos mientras el gobierno defiende sus propiedades, salvaguarda sus bienes y garante sus derechos. Faltando este estado de hecho, era natural que los ciudadanos, para salvar su vida — porque la recaudación se hacía con amenazas — pagasen á quienes tenían las armas en la mano.

El gobierno, por lo tanto, no puede exigir un nuevo pago de impuestos. En ese caso especial debe retirar de los bienes interdictos de los nacionalistas el importe de los impuestos cobrados por ellos.

Si los revolucionarios han concedido una rebaja á los contribuyentes, el gobierno tiene el derecho de exigir la diferencia, pero no el impuesto íntegro. La suma principal la debe retirar de los bienes interdictos».

Al señor Balbino, encargado de los corrales de abasto, las tropas revolucionarias le mataron tres vacas. Balbino se dirigió al coronel González pidiendo que se le reembolsase el importe de dichos animales. González accedió y dijo á Balbino que pasase por el Hotel Central, donde la comisión recaudadora entregaría el importe. Balbino fué al hotel y los miembros de la comisión accedieron al pago, pidiéndole un recibo que otorgó en la siguiente forma: « Recibí del ejército revolucionario la cantidad de $ 24, importe de etc. »

Los señores recaudadores apenas leyeron el recibo saltaron como un solo hombre, diciéndole:

— Ejército revolucionario?... Usted no sabe lo que dice. Merecería que le enseñáramos nosotros el modo de tratar. »

El pobre Balbino quedó desconcertado.

Uno de la comisión agregó:

— Ejército revolucionario!... Sepa usted que nosotros formamos el ejército nacional.

— Pero verdaderamente...

— Silencio. Los revolucionarios son aquellos que defienden al señor Batlle y Ordóñez.

— Pero se había dicho...

— Se había dicho mal. Los revolucionarios son los amigos de Batlle y Ordóñez y Batlle mismo.

El señor Balbino creyó prudente callarse.

Mientras el ejército revolucionario se alejaba cada vez más de la capital, la atención pública era solicitada por las noticias que llegaban de diversos puntos del país, revelando que la convulsión política había vuelto á generalizarse. El 6 de Febrero corrió el rumor de que fuerzas insurrectas mandadas por Luis Pastoriza se habían posesionado pacíficamente de la Colonia del Sacramento. *El Día* declaró que la versión carecía de todo fundamento. En la Colonia se encontraba el coronel Pedragosa, con fuerzas suficientes para repeler cualquier intentona de los insurrectos.

En la Colonia

Sin embargo, el rumor tenía su origen, sino justificado, por la menos explicable. En la noche del 3 de Febrero se produjo en la Colonia una gran alarma de la cual daba cuenta el diario local en los siguientes párrafos:

« Se habían sentido tiros del lado Norte, hacia el Real, y la Comandancia procedió rápidamente á disponer lo conveniente para prevenir cualquier eventualidad.

El vecindario cerró las puertas de inmediato y los ciudadanos enrolados y no enrolados, jefes de oficinas, empleados superiores y subalternos concurrieron sin la excepción de uno solo, á ocupar un puesto en el punto de reunión, que era la Jefatura.

Y mientras partía la comisión que debía traer el parte cierto de lo que ocurría se instalaron los cantones en los puntos más estratégicos de la ciudad.

Afortunadamente, pudo comprobarse que los tiros procedían de un vecino que defendía los frutales de su quinta de la mano traviesa de unos ladrones. Esos tiros fueron tomados por una seña convenida, en las guardias y de ahí la alarma que cundió de inmediato.

La acción del coronel Pedragosa en el caso, fué rápida y discreta, disponiendo personalmente desde el primer momento, la ubicación de cantones, provisión de municiones y demás medidas de orden.»

Mientras duró la aproximación de la izquierda nacionalista, que llegó hasta San Juan, los habitantes de la Colonia vivieron en la mayor zozobra. Durante quince días el jefe político, coronel Pedragosa, por temor á los nacionalistas que recorrían la campaña de aquel departamento, hizo acantonar los ciento cincuenta hombres con que contaba. Ocupaban éstos la iglesia y varios edificios de la ciudad.

El mayor de las fuerzas gubernistas, Diamantino Depré, intentó dar una sorpresa á los revolucionarios que estaban en los montes.

Con cien soldados salió á campaña, con divisa blanca, simulando pertenecer á la revolución, para ver si de esta manera conseguía atraer á los blancos que estaban á la espera del coronel Valiente para incorporársele. Pero resultó que aquellos desconfiaron de la falsa jugada del mayor Depré, y en vez de incorporársele dieron aviso de lo que ocurría á los revolucionarios de Carmelo y Palmira, quienes concurrieron á San Juan buscando al improvisado revolucionario. Resultó que aquel se retiró en seguida que notó la presencia de los nacionalistas en tanto número.

Ataque al Rosario

El comandante militar, coronel Pedragosa, recibió el 6 de Febrero, noticias de que la Villa del Rosario se encontraba sitiada por fuerzas revolucionarias, compuestas de unos doscientos hombres, comandados por los oficiales nacionalistas, mayores Vergara y Galay.

Defendía la plaza, acantonado, el teniente coronel Ernesto Méndez, al mando de sesenta ciudadanos, los que sostuvieron un combate durante dos horas y media, de nutrido fuego.

El ataque lo efectuó una partida revolucionaria al mando de los vecinos del Rosario Juan Mos, Fabián y Esteban Vergara, Juan Pedro Oribe y Raimundo Esquivel, calculando unos que la fuerza revolucionaria era de cien hombres, y haciendo otros ascender á mayor número el total de esa partida.

A las 9 de la mañana las fuerzas legales ocuparon las azoteas de algunos edificios que rodean la Plaza Constitución.

Los revolucionarios avanzaron por el camino que conduce á Nueva Helvecia presentándose por el lado del molino Porvenir.

Algunos grupos revolucionarios avanzaron sobre el pueblo, entablándose la lucha con la gente al mando del comandante Méndez.

En la población se produjo la consiguiente alarma. Las casas de comercio, así como las de familias se cerraron como por encanto, y en las calles no se veían sino los soldados y los ciudadanos que iban á ocupar su puesto al lado de los defensores de la población.

Los revolucionarios llegaron hasta pocas cuadras de la plaza, tratando de rodear la población, entablándose un tiroteo muy vivo contestado con energía por las fuerzas gubernistas.

En lo más encarnizado de la pelea llegó el mayor Joaquín Olivera al frente de un escuadrón.

Este jefe colorado se hallaba en Riachuelo, pero habiendo recibido aviso de que los revolucionarios pensaban atacar al Rosario, corrió en auxilio de esa población á marchas forzadas, llegando cuando ya se había entablado la lucha.

La llegada del mayor Olivera hizo que los revolucionarios iniciasen su retirada, incorporándose á otro grupo que intentaba pasar una caballada por el costado Este de la población.

Sobre ese conjunto de fuerzas cargaron los defensores del Rosario. La lucha se entabló en las inmediaciones del cementerio y los revolucionarios opusieron poca resistencia, poniéndose en fuga perseguidos por la fuerza del mayor Olivera hasta pasar el molino Norte Americano. En la persecución se le hicieron un muerto y varios heridos, quedando en poder de las fuerzas legales 250 caballos.

El total de las bajas ascendieron á diez y seis. La primera víctima fué encontrada en un solar de la calle Cerrito entre Comercio y Solís. Ese revolucionario fué muerto de un balazo por la gente gubernista acantonada en la azotea de una de las escuelas locales.

El títulado jefe revolucionario Raimundo Esquivel fué también herido gravemente.

Una bala de máuser le atravesó el pulmón derecho, habiéndole entrado por el pecho y salido por la espalda. Algunos oficiales y soldados lo vieron caer del caballo, y por sus indicaciones fué buscado por varios vecinos para levantarlo y conducirlo al pueblo, pero no pudo ser hallado. Al siguiente día por la mañana, fueron de nuevo en busca del herido, y, por suerte, esta vez pudieron encontrarlo: el infeliz había pasado la tarde anterior y toda la noche tendido sobre el campo. Conducido al Rosario en un carrito, fué instalado en el hospital de sangre, en donde le hicieron la primera cura los doctores Borrás y Davyt.

En medio de la pelea una bala perforó una ventana de la casa que ocupa el sastre don Juan Lleonart.

La bala penetró en la habitación, dentro de la cual una niña hija del señor Lleonart estaba haciendo dormir á otra de muy corta edad. El proyectil atravesó el vestido de la pequeñita, sin herirla, y le produjo una contusión en un muslo á la niña mayor.

El tiroteo se prolongó hasta el medio día y á esa hora algunos señores de la Cruz Roja y otros vecinos, así cómo también los médicos de la población, salieron á recoger á los heridos y á los muertos. De los primeros se encontraron dos y fueron conducidos inmediatamente al pueblo y atendidos por los doctores Giampietro, Borrás y Davyt. Vecinos y médicos se hicieron merecedores de encomio por su humanitaria obra.

El 9 de de Febrero los revolucionarios que ocupaban la villa de Carmelo, recibieron orden de alistarse para marchar á campaña.

Ataque á Dolores

Los 80 hombres que al mando del señor Bardier se encontraban allí, así lo hicieron, y recibieron momentos después la incorporación del comandante Barrios, con una columna fuerte de 100 hombres, y de los capitanes Boné é Ibarra con 80 revolucionarios, aproximadamente.

Estas tropas entraron al Carmelo recorriendo sus principales calles y salieron á las 4 p. m. para campaña, buscando la incorporación de Gabino Valiente, que, había desembarcado el 8 en Palmira acompañado del comandante Anselmo Urán con una expedición de 300 revolucionarios (1).

(1) *La Prensa* bonaerense del 9 de Febrero registraba este suelto:

«Conocíamos los preparativos de invasión que se ha efectuado en la República Oriental. comandada por el coronel Gabino T. Valiente y el comandante Anselmo Urán, pero una discreta reserva nos había obligado á no dar detalles hasta ahora.

«El grupo invasor, según noticias recibidas en Buenos Aires, ha tomado y se ha posesionado de Nueva Palmira.

La noche del mismo día nueve lograron su fin, pudiendo calcularse entonces que la columna contaba 500 hombres, perfectamente armados y municionados.

Para esto los revolucionarios de Carmelo y Palmira habían tenido tiempo sobrado, puesto que nunca fueron molestados para nada por las tropas gubernistas que guardaban la ciudad de la Colonia, al mando del mayor Américo Pedragosa,

Durante la permanencia de los revolucionarios en Carmelo y Palmira, procedieron prudentemente, no molestando á vecino alguno y permitiendo que funcionaran libremente las oficinas públicas.

En el primer momento se dijo en Carmelo que la división revolucionaria á que hacemos referencia se dirigía á Dolores, pero luego se supo que llevaba rumbo á Colonia.

Después de la salida de las tropas revolucionarias que ocupaban los pueblos de Carmelo y Conchillas, volvieron á hacerse cargo de las oficinas públicas de dichas localidades los encargados de ellas, los que se habían ocultado por temor de ser aprehendidos por los revolucionarios.

Las fuerzas de Valiente á su paso por Miguelete, San Juan, Ombúes de Lavalle y demás puntos intermediarios, recibieron incorporaciones de nacionalistas que se hallaban guarecidos en los montes de aquellos parajes.

El 11 hubo un tiroteo entre la partida revolucionaria que dejó en Nueva Palmira el coronel revolucionario Valiente, ocupando la plaza, y la gente de los vaporcitos de guerra que estaban frente á aquella localidad, vigilando las costas.

Ese tiroteo fué empeñado debido á que la gente de á bordo intentó desembarcar para sorprender á los revolucionarios, los cuales, advertidos á tiempo de ello. lograron impedirlo, haciendo fuego desde las posiciones que ocupaban.

En la madrugada del 5 de Febrero hubo también un tiroteo entre un partida revolucionaria y las guardias avanzadas de la guarnición de Dolores.

La madrugada era obscura y tormentosa, prestándose por consiguiente para una sorpresa. Fué lo que intentaron con resultado negativo, los insurrectos.

Al venir el día los guardias avanzadas de las fuerzas legales se retiraban de sus puestos en dos grupos: uno al mando de los oficiales de Guardia Nacionales Alejandro y Delfino Madrid y el otro al mando del jefe de día, alférez de línea Juan Prandoni.

Favorecida por la obscuridad, una parte de la partida insurrecta, fuerte de 40 á 50 hombres bien conocedores del terreno, avanzaron tomando colocación en las primeras bocacalles del Oeste, por donde debían pasar las guardias gubernistas al dirigirse al cuartel.

La sorpresa se produjo á menos de ochenta metros; al dar el alto, los colorados fueron saludados con descargas cerradas. Hubo un instante de confusión, iniciándose en seguida un vivo tiroteo entre dichas guardias y los pelotones de insurrectos apostados en las bocacalles, tiroteo que se prolongó por espacio de veinte minutos.

El resultado fué la retirada de los insurrectos, llevándose á sus heridos. La

«El coronel Valiente, como recordarán nuestros lectores, es el jefe aquel á quien el ministro oriental, en Buenos Aires, le escribió una carta pidiéndole una cita para hacerle ofrecimientos en nombre del gobierno que representa, carta á la cual ni siquiera contestó el pundonoroso militar; y el comandante Urán, como también recordarán los lectores de *La Prensa*, fué uno de los jefes nacionalistas que apareció suscribiendo el manifiesto de la minoría de ese partido que apoya al Presidente Batlle, y que le pidió á uno de los miembros del Directorio que desautorizara su firma, pues él no había facultado á nadie para estamparla en el documento».

persecución fué imposible, dada la obscuridad que había en los momentos de la retirada.

El piquete de caballería gubernista que repelió el ataque se comportó con verdadera decisión: repuesto de la sorpresa, se tendió en guerrilla, no faltando un solo soldado. Eran unos quince, mereciendo mención los citados oficiales.

Mientras esto ocurría en las avanzadas, en el cuartel «Timoteo Domínguez» todo estaba preparado para repeler el ataque: un minuto después de la primera descarga, ya estaban cubiertos los cantones, con sus jefes. No hubo la menor confusión, demostrando todos el mejor espíritu.

Según informes que merecen fe, los insurrectos que tomaron parte en el tiroteo, eran unos cuarenta y venía al frente de ellos un titulado capitán Pérez. A pocas cuadras del pueblo quedó el resto de la partida.

Los insurrectos se retiraron con tres heridos. En la estancia «La Concordia» pidieron una jardinera para conducirlos. Hay quien dice que los heridos fueron cinco. Se supo seguro de un tal Ramírez y del segundo cabecilla Angel Kar.

Al producirse la alarma, se presentaron al cuartel y cantones muchos vecinos, de Dolores decididos á tomar parte en la defensa del pueblo.

Como se ve la aproximación del ejército de Saravia daba lugar á numerosos combates parciales en los departamentos de Colonia y Soriano. El 13 de Febrero, de madrugada, tuvo lugar en Coquimbo, un encuentro entre una partida de unos veinte insurrectos al mando de un tal Carballo, que se ocupaba en arrear caballadas para el ejército nacionalista y una fuerza compuesta de siete hombres mandada por el juez de paz, Bárbaro Pilas Ortegosa.

Encuentro de Coquimbo

Sabiendo Ortegosa que Carballo estaba arreando caballadas en las estancias de Coquimbo, aprontó su gente y al frente de sus siete soldados, salió al encuentro de Carballo, con el propósito de cortarle la retirada y apoderarse de la tropilla de caballos que conducían los insurrectos. Y así lo hizo. Los revoltosos al verse sorprendidos empeñaron combate con las fuerzas legales, habiendo durado el tiroteo no menos de media hora, luchando los unos por conservar la caballada y los otros por arrebatarla.

En la lucha, que no obstante el reducido número de combatientes fué encarnizada, quedó muerto Carballo, jefe de los insurrectos, habiendo sido heridos tres hombres más de las fuerzas alzadas en armas y dos de las del gobierno, siendo los nombres de éstos Manuel Medina y Sixto Soria. Este último falleció el mismo día á consecuencia de las heridas recibidas.

Los rebeldes, al sentirse tan tenaz y reciamente tiroteados, trataron de huir, circunstancia que favoreció á Ortegosa para apurarlos más en la fuga, cortándoles con una hábil maniobra la caballada que quedó á retaguardia.

El fogueo constante les dió apenas tiempo para huir, dejando en poder de la gente de Ortegosa, unos doscientos caballos, aproximadamente.

La Razón del día 13 Febrero dió noticias de otro hecho de sangre ocurrido en campaña y sensacional por la forma en que se había llevado á cabo y por las personas que en él aparecían mediando.

Noticia incierta

Según los informes de ese diario, el suceso pasó de la manera siguiente: «Juan Gastón Inda, Horacio Cumplido y Sandalio Valiente, todos estancieros de Soriano, militaban desde hacía algunos días en las filas revolucionarias.

Las comisiones que sus jefes les habían confiado para que se situaran en tales ó cuales puntos, dieron por resultado que los tales revolucionarios tomaran prisioneros á dos soldados pertenecientes á una división colorada.

Los soldados parece que se habían rendido con armas y bagajes y estuvieron muchas horas bajo las órdenes de los referidos revolucionarios.

Una tarde el señor Cumplido, deseando trasladarse hasta una pulpería cercana en unión de su compañero de jornada Juan Gastón Inda, comisionó á Valiente para que se quedara con los presos hasta su regreso, haciéndole al efecto toda clase de manifestaciones para que los prisioneros fueran respetados en la mejor forma.

Valiente, así que sus compañeros se retiraron, violó la orden que Cumplido le había dado, ultimando á los prisioneros que se le habían dado para custodia.

El bárbaro delito cometido por Valiente hizó exasperar el ánimo de Cumplido y al regresar éste de la pulpería reprochó acaloradamente á aquél la vandálica acción que había cometido.



CORONEL ANGEL CASALLA

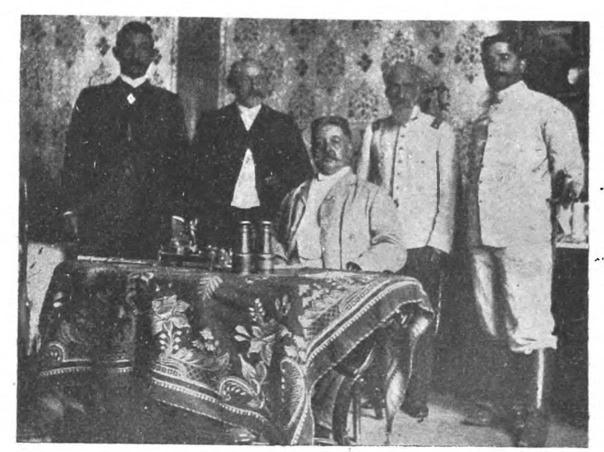
Valiente, creyéndose ofendido sacó un revólver descerrajando á Cumplido un balazo que le hizo caer en tierra y fallecer á los pocos momentos. Su compañero Gastón Inda, al ver la acción que había cometido Valiente, tomó la revancha, dando muerte á éste después de un momento de pelea ».

Sin embargo, cuatro días después, el señor Felipe J. Senillosa, en carta dirigida á *La Prensa* bonaerense, desmentía la noticia publicada según la cual el hermano político del señor Senillosa, el estanciero señor Horacio Cumplido, había muerto en la revolución. — El señor Senillosa había recibido un telegrama del señor Cumplido, fechada en Santa Ana do Livramento (Brasil) y con posterioridad á la fecha del supuesto asesinato, el *muerto* telegrafió que estaba en Trinidad.

Retirada del Durazno

En su marcha hacia el oeste, la derecha del ejército de Aparicio, pasó muy próxima á la villa del Durazno. Había en esa población fuerzas suficientes para repeler cualquier ataque, sostenerse durante días y esperar los contingentes de auxilio que podía llegar del norte por férrocarril. Pero cuando, al caer de una tarde, en los primeros días de Febrero, los vigías vieron hacia el sur, una densa columna de polvo, que señalaba el pasaje de una división de caballería, los defensores de la plaza creyeron que Saravia con todo su ejército caía sobre el pueblo. El coronel Feliciano Viera dió aviso de lo que ocurría al Presidente de la República y éste ordenó telegráficamente que las fuerzas se retiraran al río Negro. Observó el coronel Casalla que el peligro no era inminente, que debía reconocerse previamente las fuerzas enemigas que podían ser una división revolucionaria de pasaje para Flores (y era efectivamente la de Aldama, que iba en ese rumbo), que Saravia no estaba para perder tiempo en tomar pueblos desde que su empeño era pasar cuanto antes al norte del río Negro, que con la infantería bastaba para rechazar cualquier asalto, etcétera, etcétera.

Estas razones, fruto de la sensatez y de la experiencia fueron comunicadas al Presidente en un nuevo despacho, pero el señor Batlle reiteró la orden categórica. Acatándola, el coronel Casalla embarcó sus tropas al caer la noche en un convoy que estaba pronto en la estación; recogiéronse á prisa y mal los pertrechos bélicos depositados en la jefatura; arrojóse gran parte de la munición que no podía llevarse al aljibe de un edificio público. El coronel Viera se retiró con su división á caballo, una hora después de haber partido el convoy con la gente de Casalla. Lo curioso es que, como sospechaba este último, los revolucionarios no intentaron siquiera atacar al pueblo y pasaron de largo á tres leguas de distancia. La jefatura y otros edificios públicos quedaron desiertos y abandonados y fueron despojados de sus principales muebles porque el jefe político señor Santana Echeverrito tuvo la ocurrencia de aconsejar al pobrerío que se llevara cuanto pudiera—«puesto que, de todas maneras. se lo habían de llevar los blancos!»



BENITO CUÑARRO, JEFE POLÍTICO DE LA FLORIDA Y SUS AYUDANTES

Es inútil insistir sobre el efecto deplorable que este suceso produjo en la opinión. El coronel Casalla presentó pocos días después renuncia de su cargo en el ejército, queriendo significar su protesta contra todo lo acaecido. Esa renuncia fué muy comentada dividiéndose la opinión á favor de uno ú otro de los jefes que mandaban las fuerzas destacadas en el Durazno.

Con fecha 15 de Febrero el coronel Carlos Gaudencio, comandante militar de Paysandú, interrogado por un periodista bonaerense, daba su opinión sobre este asunto en la siguiente forma:

« Es incierto que el coronel Casalla haya abandonado el comando de las fuerzas gubernistas destacadas de este lado del Paso de los Toros, porque el coronel Viera no haya querido cumplir una orden dada por el primero. Lo que hay de cierto es que cuando el coronel Casalla tomó el comando de las fuerzas se encontraba enfermo, y que con la marcha rápida que tuvo que hacer desde el Durazno á Paso de los Toros, se empeoró y no pudo seguir más. A Paysandú llegó, del campamento, el día 10 á la tarde y el 12 salió por el vapor de la carrera para Montevideo. Si el coronel Casalla le hubiera dado orden al coronel Viera de que pasara al Paso de los Toros y atacara las avanzadas de Aparicio Saravia, el coronel Viera hubiera cumplido, pues tiene á sus órdenes tres mil quinientos hombres, en su mayor parte de línea. Casalla debe retornar inmediatamente que mejore á ponerse nuevamente al frente de las fuerzas ».

El asunto no era tan claro y sencillo como lo suponía en su buena fe el coronel Carlos Gaudencio, y quince días después daba lugar á una encarnizada

polémica en las columnas de *El Día* con el objeto de deslindar responsabilidades (1).

Parece indudable que el plan de Aparicio Saravia después de Fray Marcos fué dominar todo el sudoeste de la República recibiendo incorporaciones, juntando caballadas y favoreciendo el pasaje al través del Uruguay de contingentes bélicos que le había prometido el Directorio, para pasar al Norte del Río Negro por el paso de Navarro, dirigirse rápidamente al litoral, amagando al mismo tiempo un ataque á Paysandú y al Salto, y recibir la importante remesa de armas, municiones y hombres que se organizaba bajo la dirección del señor Guillermo García y que constituía el esfuerzo supremo del partido nacionalista para auxi-

Crítica situación de Saravia

(1) He aquí por extenso, las publicaciones referentes á la retirada del Durazno:

Señor Director de *El Día:*—Circulan diversas versiones sobre la retirada que hizo del Durazno, el coronel don Feliciano Viera, con su División Salto, y con el objeto de desvirtuar esas falsas versiones, voy á relatar los hechos, en la forma que se hizo la retirada.

Estábamos acampados entre el Durazno y el Arroyo Maciel, para proteger á una partida nuestra é impedir el paso de las fuerzas revolucionarias que venían sobre el paso de la Cadena en dicho arroyo, cuando se recibió comunicación, que fué reiterada, del Presidente de la República, ordenándole al coronel Viera que se retirase del Durazno, que no fuera á comprometer acción.

Nuestra División se componía de mil trescientos hombres y había sobre el paso del Puente del Yi, una fuerza acampada á órdenes del coronel Angel Casalla, que se componía, según se decía, de ochocientos hombres, y esta fuerza nunca estuvo á órdenes del coronel Viera.

Serían próximamente las nueve p. m., cuando pasamos por el pueblo del Durazno, con dirección al paso real del Yi, y acampamos del otro lado, á quince cuadras del pueblo, donde permanecimos en espera de la partida del coronel Casalla, que se hizo por ferrocarril; dos horas más tarde de haberse efectuado dicha partida, marchó la División Salto, con rumbo al Paso de los Toros, habiéndosele incorporado el señor Jefe Político del Durazno señor Echeverrito, y al dia siguiente, estando acampados en Molles, se incorporó el Regimiento que comanda el sargento mayor don Israel Domínguez, que había quedado cubriendo nuestra retaguardia.

En momentos de partir, recibió noticia el coronel Viera, que había quedado en el pueblo un carro abandonado con municiones, que contenía alrededor de veinte mil tiros. El coronel Viera suspendió la marcha hasta recibir el carro. Este carro fué reclamado en el Paso de los Toros, por el coronel Casalla, y el coronel Viera se negó á entregarlo y ordenó se diera recibo por el carro.

Esto es lo que ha ocurrido con las fuerzas del coronel Viera «División Salto». Ahora en cuanto á lo que ha ocurrido con las fuerzas del coronel Casalla y en aquella Jefatura, lo ignoro, puesto que estas fuerzas nunca estuvieron á órdenes del coronel Viera.—*Angel Bossio.*

Señor Director de *El Día.*—Muy señor mío:—Han llegado á mis oídos algunas versiones malevolentes con respecto á la retirada que hizo del Durazno la división Salto que comanda el señor coronel don Feliciano Viera, y para que el público no sea sorprendido con falsedades que propagan los enemigos de la situación, narraré lo ocurrido que fué lo siguiente:

Las fuerzas del coronel Viera se encontraban acampadas en un potrero que queda á la salida de las quintas ó chacras, á una legua del Durazno en dirección á Maciel, cuando se recibió orden de retirada, orden que fué reiterada para su cumplimiento. Las infanterías á órdenes del coronel Casalla marcharon por ferrocarril; y las fuerzas al mando de coronel Viera, sólo se movieron del Paso del Yí, después que partió el último tren que conducía las fuerzas.

Quedó en observación á retaguardia y como á tres leguas de allí, el 4.° Regimiento de la división Salto, cuyo Regimiento se incorporó á nuestras fuerzas al día siguiente.

Nada tenemos que ver sobre lo que pasó en la Jefatura del Durazno, desde que nuestras fuerzas jamás penetraron al pueblo, pues permanecimos siempre acampados fuera de él.

Yo tuve que quedar solo con mi asistente en aquel pueblo, permaneciendo en él hasta cinco ó seis horas después de la salida de las tropas, incorporándome á las fuerzas del

liar á su ejército. Ese plan fracasó por un accidente natural. Cuando llegaron las primeras avanzadas nacionalistas á Navarro encontraron que el río venía muy crecido y á las pocas horas estaba ya invadeable. Este era un contratiempo serio pues Aparicio había demorado las marchas creyendo tener asegurada esa salida. La división de González, al pasar por Flores, había sido licenciada por dos días para que los ciudadanos pudieran ir á sus casas á saludar á sus familias; y

coronel Viera, antes que éste llegara á Villasboas, pues estas fuerzas marchaban con toda lentitud, y reuniendo algunas caballadas.

En cuanto á las órdenes de retirada, quien las dictaba sus razones tendría para hacerlo. Mi actuación de oficial subalterno me impide hablar sobre las razones justificadas que hubieron para esa retirada; más tarde se conocerá el diario de nuestra campaña, el cual arrojará toda la luz necesaria á fin de que cada uno cargue la parte de culpabilidad que le corresponda, y en ese caso podremos saber si hubo precipitación al cumplir la orden referida.

Agradeciendo á usted la publicación de estas líneas, lo saluda atentamente S. S. S.— *M. Cosio Masden.* — Montevideo, 4 de Marzo de 1904.

Señor Director de *El Día.* — Recién en momentos de partir he tenido conocimiento de las versiones calumniosas que se han propagado con respecto á la conducta del coronel Feliciano Viera como jefe de la División Salto, en la retirada del Durazno. Como las versiones son varias y sería largo desvirtuar cada una de ellas, relataré lo que pasó con la veracidad con que debe hacerlo un militar de honor.

Como oficial y secretario del coronel estoy bien informado y puedo hablar con seguridad completa de no equivocarme.

Ahí va la verdad.

Estábamos (la División Salto) acampados en la costa del Yi cuando se recibió la noticia de que se aproximaban fuerzas revolucionarias que decían venian sobre el Durazno.

Como á dos leguas del pueblo recibió el coronel Viera orden del señor Presidente de la República de concentrarse sobre el Paso de los Toros.

El coronel Viera entonces contramarchó repasando el Yí y acampando sobre el paso real, á quince cuadras del Durazno.

Desde ese punto fuí yo comisionado para llevar al coronel Casalla el telegrama recibido por el coronel Viera, en el que se le ordenaba no comprometer acción.

No obstante lo terminante de la orden, al coronel Casalla se le ocurría que podía desobedecerse.

Habiéndosele reiterado la orden al coronel Viera de concentrarse hacia el Paso de los Toros, hizo saber al coronel Casalla que daría cumplimiento á ella.

El coronel Casalla se embarcó por el ferrocarril con toda la infantería que estaba á sus órdenes.

El coronel Viera esperó sobre el paso del Yi á que partiera el último tren que conducía al coronel Casalla.

Dos horas después de ocurrir eso, recién se puso en marcha el coronel Viera, á caballo, con su división, compuesta de 1300 á 1400 hombres, dejando el Regimiento que comanda el mayor Domínguez para cubrir la retaguardia, el que, dicho sea de paso, no vió enemigos, incorporándose al dia siguiente.

Al retirarse nuestra columna se recogió un carro con municiones (alrededor de 20 mil tiros), carro que fué reclamado por el coronel Casalla en el Paso de los Toros, pero que no fué entregado por el coronel Viera.

Nadie que diga verdad puede decir que hubo siquiera precipitación por parte del coronel Viera. Este fué el último en retirarse, lo hizo á caballo, se llevó un carro de municiones abandonado y no dejó un hombre, ni un tiro, ni un caballo.

Con respecto á lo que ocurrió en el Durazno, nada puedo decir, porque las fuerzas que allí estaban no dependían del coronel Viera; las fuerzas de éste permanecieron siempre acampadas fuera del pueblo.

Es de advertir que el coronel Viera sólo tenia á sus órdenes la División Salto, y que las demás fuerzas no dependían de él ni de él recibían órdenes, en consecuencia.

Nada más que lo relatado ha ocurrido, y el que dijere otra cosa miente, ó por ignorancia ó por maldad.

Saluda á usted atentamente.— *Marcos Viera.*

Señor Director de *El Día.* — Distinguido correligionario político y amigo: — He leído en

la izquierda revolucionaria, como se ha visto, habíase desparramado por el departamento de Colonia llegando á todos los pueblos. (1).

La situación de Saravia era muy crítica, porque durante esos días el ejército de Muniz, después de dejar una fuerte guarnición en Melo al mando del coronel Tezanos y de la cual formaba parte la división Colonia al mando del coronel Vera, emprendió marcha forzada hacia el sur, llegando el día 8 de Febrero á la altura de Nico Pérez donde recibió abundante caballada emprendiendo en seguida marcha rápida á través del departamento de Florida para iniciar de nuevo una tenaz persecución al ejército revolucionario. (2).

el número de ayer del diario que usted tan acertadamente dirige, tres publicaciones, en las cuales se hace una historia, bastante incierta, de la retirada de la ciudad del Durazno, efectuada por las fuerzas legales, y por orden terminante del Superior Gobierno.

Nada diré á propósito de la referencia del señor Marcos Viera, á mi actitud contraria al abandono de la ciudad, asegurando que pretendí desobedecer el mandato del señor Presidente de la República: dejo esto para explicarlo por la prensa, cuando las circunstancias me lo permitan.—Pero creo oportuno declarar, desde ahora, que los tres remitidos contienen opiniones falsas, por lo que á mi respecta, y que una vez terminada la contienda armada, deslindaré responsabilidades para que cada cual cargue con la parte de culpa que le corresponda, si es que hay realmente culpa para alguien.

Saluda atentamente al señor Director.—*Angel Casalla.*—Montevideo, 5 de Marzo de 1904.

(1) Decía *La Prensa* bonaerense del 24 de Febrero:

Según noticias recibidas por el directorio nacionalista, el coronel José González, cuando estuvo días pasados en el departamento de Flores, licenció por dos días á su división, fuerte de dos mil hombres, y él se fué tranquilamente á su estancia.

«Esto prueba—nos decía satíricamente el doctor Rodríguez Larreta—la tenaz persecución que hacen á los revolucionarios los ejércitos del gobierno!»

(2) La permanencia de Muniz en Cerro Largo se señaló por actos aislados de represalias, á pesar de las órdenes severas del citado general, y que se sintetizaron más tarde en la orden general que más abajo publicamos. Esos actos, de los cuales más tarde nos ocuparemos, fueron denunciados por los diarios de Yaguarón y Bagé.

Durante la estadía de Muniz en Melo, el encargado interino de la Jefatura de Cerro Largo, señor Pérez, publicó un bando, con fecha 25 de Enero, ordenando la entrega de armas que los ciudadanos tuvieran en depósito. Al mismo tiempo el general Muniz hacía conocer la siguiente orden general: —*Campamento en la costa del Chuy,* Enero 24.—Artículo 1.° Reconózcase como capitanes de guardias nacionales y ayudantes de este ejército, á los señores Ruperto Michaelson Pacheco y Héctor Gómez.

Art. 2.° A fin de que en lo sucesivo no se cometan atropellos en las propiedades, saqueando casas, carneando ganado mayor y ovejas, se hace saber á los jefes de las fuerzas de este ejército que serán responsables de cualquier acto de esta especie que cometan los individuos de sus respectivas fracciones.

Art. 3.° Igualmente, interpretando los deseos del presidente de la República, esta comandancia general hace saber á todos sus subordinados que deben tener el mayor respeto hacia los heridos, prisioneros y muertos, prohibiéndose en absoluto el degüello; hecho que es bochornoso é ignominioso para el ejército de la república.

Art. 4.° Se hace saber á todo individuo perteneciente al ejército que cometa los actos de violencia que expresan los artículos 2.° y 3.°, que será pasado por las armas.

Art. 5.° Los jefes de las distintas fracciones del ejército evitarán que sus subordinados se separen de las columnas en marcha. Si así no lo hicieran observar serán severamente corregidos.

Art. 6.° Igualmente se prohibe que estando el ejército acampado vayan individuos del mismo á casa de los vecinos á molestarlos con pedidos.

Art. 7.° Prohíbese terminantemente quemar postes, piquetes y alambrados. El que lo hiciera será rigurosamente castigado.

Art. 8.° Encárgase á los jefes de fuerzas que no omitan dar parte inmediatamente que tengan de ello conocimiento, de los actos cometidos por cualquiera de los individuos que componen este ejército en oposición á lo que dispone esta orden general.

Art. 9.° La presente será leída tan pronto como la reciban los jefes de fracciones y cuerpos, á toda la tropa formada.—*Justino Muniz.*

Al mismo tiempo Benavente y su ejército se habían encaminado hacia el Paso de los Toros y había acampado en las proximidades de Molles ocupando todos los pasos del río Yi mientras las fuerzas salidas por vía fluvial de Montevideo, al mando del coronel Cándido Viera, llegadas á Paysandú sin contratiempo, debían obstruir los pasos del Río Negro. (1).

Saravia estaba pues embolsado entre el río Negro, invadeable, el Uruguay y Río de la Plata y teniendo á sus espaldas á Muniz con el cual entraron sus fuerzas de retaguardia en contacto á la altura de Arroyo Grande. Pero el caudillo revolucionario dió en esta crítica situación nueva prueba de su serenidad y de su travesura. Rápidamente su ejército marchó al Sur, evolucionó sobre su izquierda y volvió á pasar por San José y Florida (departamentos libres de obstáculos) antes de que Muniz pudiera obligarlo á librar batalla. La extrema derecha de Saravia volvió á entrar en Florida á la altura de 25 de Agosto, causando su inesperada aparición la consiguiente alarma en las guardias que defendían el puente de Santa Lucía. El resto del ejército llegó el día 15 al pueblo de Florida.



OFICIALES DE LA GUARDIA NACIONAL DE FLORIDA Y DURAZNO

(1) El 12 de Febrero, el corresponsal que tenía en Concordia *La Prensa* bonaerense, telegrafiaba á ese diario lo siguiente respecto de la crítica situación de Saravia:

«Esta madrugada he hablado con el comandante militar del Salto, coronel Córdoba, y me informa que sobre el Río Negro, á la altura del Paso de los Toros, sobre el arroyo Carpintería, están reconcentradas todas las fuerzas de los ejércitos de Muniz y Benavente, rodeando á Aparicio Saravia.

Las tropas que habían desembarcado en Paysandú, (las del coronel Cándido Viera), se han incorporado al ejército del Norte.

«Saravia, — nos decía el coronel Córdoba, — tendrá que pelear obligadamente».

El mismo corresponsal comunicaba lo siguiente. dos días después:

«Concordia, Febrero 14. — Hoy se recibieron despachos telegráficos en la comandancia militar del Salto, noticiando que ayer Aparicio Saravia, con sus columnas, se encontraba al amanecer por Porongos, en dirección al departamento de Mercedes, abajo, y que era tiroteada su retaguardia por las guerrillas y avanzadas de la vanguardia del general Muniz.

El general Benavente sigue el mismo rumbo que el general Muniz. y ha dividido el ejército del Norte que comanda, en tres grandes columnas.

El Río Negro está sumamente crecido, y las balsas han sido retiradas de los pasos y las maromas cortadas, por comisiones gubernistas.

El general Muniz dicen que dispone de veinte mil caballos.

También dicen los oficialistas que el general Benavente dispone de grandes tropas de caballada.

También dicen aquéllos que Saravia no ha podido vadear el Río Negro por el Paso de los Toros, como era su intención, á estar al rumbo que tomara y las marchas que hiciera.

Era lunes de carnaval cuando se presentaron los blancos de la división departamental. Al siguiente día desfiló por las calles en dirección á San Gabriel todo el ejército de Saravia incluyendo las columnas flanqueadoras. Más de la tercera parte iban sin armas; el resto llevaba armas de diferentes sistemas: unos máuser de repetición, otros rémingtons, otros fusiles más antiguos. Una gran cantidad llevaban lanzas y otras armas. Gran parte de la población de Florida agasajó á los revolucionarios. Las familias blancas les arrojaban flores y hasta serpentinas! El 17, miércoles de Ceniza, se habían quedado en el pueblo unos 80 blancos rezagados del día anterior, quienes andaban muy confiados por cafés, hoteles, almacenes y casas de familia. A las dos de la tarde, sintiéronse tiros y descargas por las calles, gritos de ¡viva el gobierno! y ¡viva Saravia! Era aquello un infierno: gente á escape en todas direcciones; unos huian con divisas blancas y otros, con divisas coloradas, persiguiéndolos. Fué una sorpresa para los blancos: lo que llegaba era la vanguardia del general Muniz, y la primera gente que entró con singular audacia fué la policía de Florida al mando del mayor Cardozo, que recorrió todo el pueblo á escape, tomando prisioneros y cortando caballadas. Media hora más tarde entraron fuerzas del 2.° y 6.° de caballería con parte de la división de Basilisio Saravia.



JUAN B. MORELLI, JEFE DE LA SANIDAD DEL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO

En resumen: los blancos tuvieron tres muertos y algunos heridos que se ocultaron en las quintas de las inmediaciones de la población, otros se ocultaron en casas de familias amigas y muchos huyeron en todas direcciones. En la persecución se les tomaron cuatro ó cinco prisioneros. La gente de Cardozo no tuvo ningún herido; éste mató á un blanco de un balazo en la cabeza, cuando con otro compañero atacó á cinco para quitarles una caballada.

El doctor Morelli

El doctor Juan B. Morelli, miembro del directorio nacionalista, que se encontraba preso en Melo por no haber podido seguir al ejército revolucionario en sus marchas rápidas, fué puesto en libertad por orden del gobierno, después de dar su palabra de honor de que no tomaría parte activa en las operaciones de guerra, y que mientras estuviera en campaña, se limitaría en absoluto al ejercicio de su profesión. El doctor Morelli fué provisto del respectivo salvoconducto por el encargado de la jefatura de Cerro Largo.

El doctor Morelli, poco habituado á las marchas á caballo, en la persecución que Muniz hizo al ejército de Saravia desde Mansavillagra hasta Melo, se fatigó mucho, y quedó rezagado en la capital de Cerro Largo, donde fué aprehendido.

Se cuenta que el doctor Morelli iba en los últimos días en un carro, y que en una de las marchas, se encontraba tan rendido, que se durmió y en ese estado cayó del vehículo, sin despertar con el golpe, y sin que notara su caída el conductor del carruaje. — La fuerza revolucionaria que venía á la retaguardia del convoy recogió al doctor Morelli y lo llevó á Melo, donde lo alojó. Allí cayó más tarde en poder de las fuerzas gubernistas.

En su precipitación al retirarse de Colonia y Soriano, Saravia no pudo recoger las fuerzas de Valiente y otros caudillos que quedaron merodeando por el litoral. La permanencia de estas fuerzas duró hasta que, incorporados en una columna respetable, pudieron por su cuenta emprender marcha hacia el Norte. Durante su estadía en el litoral, que duró hasta principios de Marzo, estas fuerzas tuvieron varios encuentros. La cañonera *Suárez,* con los fuegos encendidos frente á Palmira, que estaba ocupada por los revolucionarios, hizo cuatro disparos de cañón el día 13 de Febrero sobre unos grupos nacionalistas que estaban en la costa. Las balas fueron á dar en el pueblo, lo que causó gran pánico. El vicecónsul de España, como los demás viceconsulados, izaron banderas, lo que dió por resultado que cesara el fuego. Los revolucionarios que estaban en la comisaría serían unos treinta hombres; pero en los arrabales de la ciudad había tres grupos que contaban más de doscientos hombres.

Cañoneo en Palmira

El 17 los revolucionarios que estaban en Palmira tirotearon á la cañonera *General Suárez* y á un vaporcito armado en guerra que tenía el gobierno. El comandante de la *Suárez* contestó el tiroteo haciendo fuego con máuser. Los revolucionarios tuvieron tres muertos.

Aquellos tirotearon á la *General Suárez* desde Punta Chaparro y las barrancas.

El comandante nacionalista Leopoldo Barrios y el capitán Tomás Pérez, al frente de una columna de 200 revolucionarios, ocuparon el 17 la villa de Dolores.

Las tropas del gobierno que allí se encontraban no opusieron la menor resistencia. En cuanto asomaron las primeras partidas relvolucionarias, abandonaron la ciudad con rumbo á Mercedes.

Un hecho que demuestra como los revolucionarios dominaban la costa, es el siguiente:—El vapor *Lafayette,* que hacía la carrera entre Buenos Aires y Carmelo, se vió intimado por el comandante militar de la Colonia, á no seguir viaje para Conchillas y Carmelo, no obstante estar despachado en forma para el último de los puertos citados. Se invocó para ello la razón de que el gobierno había clausurado todos los puertos que estaban en poder de la revolución, y que eran: Conchillas, Martín Chico, Carmelo, Nueva Palmira, Agraciada y Dolores.

El vapor "Lafayette"

En el acto de tener conocimiento el cónsul argentino en Colonia de la notificación, se apersonó al comandante militar del departamento, coronel Pedragosa, exponiéndole que el vapor *Lafayette* estaba perfectamente despachado por el consulado oriental en Buenos Aires con destino al Carmelo y escalas, por cuyo motivo había tomado carga y pasajeros para aquellos puertos. Manifestó, en consecuencia, que se trataba de una medida directamente perjudicial á los intereses del comercio argentino y además de una amenaza injustificada á la marina mercante.

Se trató de solucionar amistosamente este asunto y el cónsul propuso al comandante militar que, sin tocar tierra, se permitiera al buque ir á todos los puertos de su itinerario, fondeando á una distancia prudencial y que el desembarque de carga y pasajeros se hiciera por medio de lanchas, bajo la vigilancia del vapor designado á ese objeto, lo que fué aceptado.

Al efecto el comandante militar impartió las órdenes del caso al comandante del vapor *Yaguarí,* perteneciente á la escuadrilla del gobierno, permitiendo al *Lafayette* seguir su itinerario después de dos horas de detención.

Las fuerzas revolucionarias de Urán tuvieron otro combate en Dolores, el 28 de Febrero. Serían las 9 de la mañana, cuando una comisión de milicias gubernista al mando de don Enrique Badano, encargada de juntar caballadas, fué recibida á balazos por la gente de Urán, que se hallaba emboscada en la chacra de su hermano Blas. — No obstante la corta distancia que separaba á los revolucionarios de las fuerzas legales, aquéllos no pudieron hacer una sola víctima.

Nuevo combate en Dolores

Los soldados del gobierno, dándose inmediatamente cuenta de su situación, se desplegaron en guerrilla, tiroteando á los insurrectos, mientras desprendían algunos hombres en busca de protección, la que llegó más tarde, compuesta de 50 hombres de caballería, con lo que se logró desalojar y obligar á los revoltosos á una fuga veloz, después de dos horas de combate.

Los insurrectos, perseguidos tenazmente por las fuerzas gubernistas, fueron peleando en retirada hasta el Espinillo, en cuyo paraje, debido á sus caballos, sacaron gran ventaja á los soldados legales, imposibilitando una acción más enérgica, que hubiera terminado totalmente con la partida, compuesta de 150 hombres más ó menos, los que se dirigieron con rumbo á Palmira, llevando dos muertos y cinco heridos graves en una carreta. (1)

El número de las fuerzas legales al mando del comisario Belén, del teniente Díaz y de Badano, era de 58 hombres.

Urán y Cabo Negro, esperaban refuerzos que debían mandarles Barrios y Valiente, los que no enviaron un solo soldado, ignorándose las causas.

El Diario de Mercedes, comentando estos sucesos, decía:

«Esta derrota, que constituye un triunfo moral para el gobierno, pues no todos los actos han de medirse por su importancia material, viene á tranquilizar por completo al departamento de Soriano y alentar más el espíritu público.»

Mientras en el Sur tenía lugar esta serie de combates parciales, en el Norte se verificaban también algunos encuentros de relativa importancia. El 28 de Febrero el gobierno recibía los siguientes despachos, que se referían á un contraste sufrido por la gente de Amilivia y Trías, que había vuelto á pasar la frontera, y con pocas armas y escasos de municiones, no hacían más que vivir sobre el país, á la espera del armamento prometido por el Directorio:

Combate de "Galpones"

«Río de Janeiro, Febrero 6. — Al Excmo. señor Presidente de la República. — Acabo de recibir el siguiente telegrama: «Comunico á V. E. la derrota completa de la división del coronel Amilivia y del coronel Trías, en la sierra de Tacuarembó. Empezó el fuego á las 10 de la mañana y terminó á las 2 de la tarde, llevando al enemigo hasta el Brasil, en número de 800 hombres, donde se disol-

(1) El señor Santiago Rivas, delegado militar de Dolores, dirigió al comandante militar del departamento de Soriano, doctor Federico Fleurquin, el telegrama que publicamos en seguida y que se refiere á los resultados del combate:

«Dolores, Marzo 2 de 1904. — A Comandante Militar. — Mercedes. — Comisión enviada al Espinillo en busca de heridos que pudieran haber quedado abandonados, nos trae los siguientes datos rigurosamente exactos sobre bajas conocidas de los insurrectos en el tiroteo del 29.

Heridos curados en lo de Maiztegui: nueve, — entre ellos Anselmo Urán, Pérez, Vicente Oroná, José Martínez, Read y cuatro más, cuyos nombres se ignoran.

Heridos curados en lo de Masita, casa al lado de la anterior: cuatro. Muertos enterrados al otro lado del Espinillo: tres. — Total de bajas conocidas, diez y seis. — Saluda. — *Santiago Rivas*. Delegado militar.

vieron completamente. El número de las fuerzas de mi mando era de 700 hombres. Saludo á V. E. — *Julio César Barrios.* — *Susviela Guarch*».

«Livramento, Febrero 7. — Julio César Barrios entró en Rivera esta tarde, con más de 100 hombres. Me dice que comunique á V. E., que cuando derrotó en Galpones á los insurrectos, éstos entraron al Brasil. Agrégame que los insurrectos que pasaron la línea eran más de doscientos, contándose entre ellos el coronel Amilivia, Trías y otros jefes y oficiales. — *Gabriel Vázquez*, cónsul oriental en Santa Ana».

«Petrópolis, Febrero, 7. — Al Ministro de Relaciones Exteriores. — Montevideo. — El cónsul en Livramento telegrafía lo siguiente: El general Salles me comunica que el jefe del 4.° distrito tomó 82 insurrectos en Sarandí, con 22 lanzas, 32 armas de fuego, 66 caballos y un carro con 12.000 cartuchos de munición. Eran mandados por Montes Santos. Fueron internados. Hoy entraron aquí once insurrectos con 40 caballos. Fueron detenidos por el 5.° de caballería. Saluda á V. E. — *Susviela Guarch*».

El saladero "Nuevo Cuareim"

Otra noticia satisfactoria, que demostraba el empeño que el Brasil ponía en hacer efectivos los deberes de neutralidad, suministraban los siguientes despachos: — «Livramento, Febrero 7. — En este momento me comunica el general Salles que el saladero Cuareim, de propiedad de Enrique Calo, ha sido rodeado por fuerzas de línea para proceder al registro mañana, á fin de sacar las armas y municiones que tienen para los insurrectos, y ser aprehendido é internado Calo. Mañana comunicaré el resultado. — Firmado: *Gabriel Vázquez*, cónsul».

El general Salles comunicó con esa misma fecha al ministro de la Guerra del Brasil lo siguiente:

«Se registró el saladero Nuevo Cuareim por el jefe del 12.°, acompañándole las autoridades del Estado, sin encontrar ni armas, ni grupos. Se hallaba solamente el gerente Calo, enfermo en cama, con una complicación pulmonar. Se dejó una guardia á disposición ulterior del general Salles.

El día 30 siguió custodiado para Río Grande Abelardo Márquez, al que se descubrió el proyecto de pasar á Rivera».

Combates de San Eugenio

Derrotado Amilivia el 6 por Julio Barrios, y emigrado al Brasil según el parte categórico del audaz guerrillero á órdenes del Gobierno, reapareció sin embargo, una semana después, frente á San Eugenio, y con más fuerzas que nunca.

El domingo 14, al aclarar, atacaron al pueblo los blancos, en número de 700 hombres, á órdenes de Amilivia. La guarnición, que no excedía de 60 hombres armados pero mal municionados, sostuvo el fuego cerca de cinco horas, teniendo que retirarse, pero con todo orden, al vecino pueblo de Bautista (Brasil), por habérsele agotado las municiones.

Los defensores pelearon heroicamente. Tuvieron solamente dos muertos y cuatro heridos.

Una carta de San Eugenio de origen revolucionario daba los siguientes datos sobre la toma de ese pueblo:

«Al despuntar el día, avanzamos hacia la plaza en columna cerrada.

«Á las quince cuadras, más ó menos, el mayor Visillac desplegó una cadena de tiradores compuesta de treinta hombres, al mando del teniente Estomba para explorar el terreno.

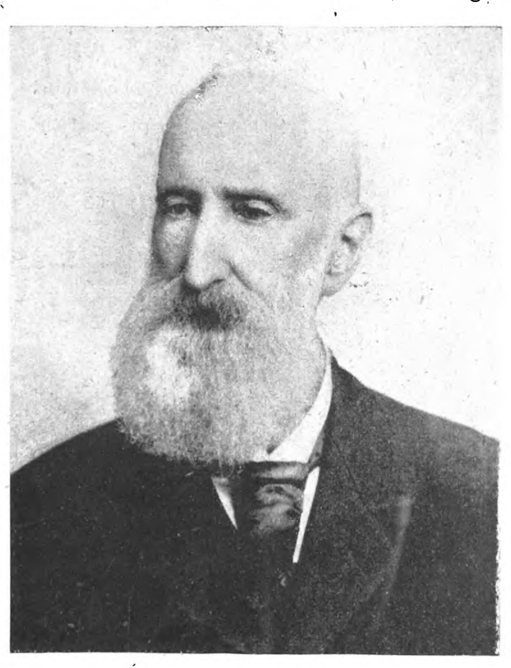
«Había avanzado 500 metros cuando las fuerzas del gobierno hicieron fuego. Resultó de este primer tiroteo, muerto un oficial de la gente del gobierno; lo que dió por resultado que las fuerzas gubernistas se replegaran al grueso de la guarnición, siguieran peleando en retirada y abandonaran el pueblo.

«En este encuentro, nuestras fuerzas tuvieron un muerto y dos heridos.

«San Eugenio fué tomado á las diez de la mañana con gran entusiasmo de la población.

«Después de haber tomado posesión del pueblo, se nos plegaron las fuerzas nacionalistas de Viera, Gastón y Urán, compuestas de cien hombres.»

Después de cinco días de permanencia en San Eugenio, los blancos, con algunas incorporaciones de grupos de desbandados del sur, llegaron á tener unos mil doscientos hombres, mal armados. Ya habían constituído autoridades, Jefe Político, Administrador de Rentas, Presidente de la Junta, etc., y se preparaban á recaudar impuestos, contribución y patentes, á cuyo efecto habían dado un plazo improrrogable de seis ó siete días.



CORONEL JERÓNIMO AMILIVIA, JEFE REVOLUCIONARIO

Antes de empezar la recaudación procedieron al nombramiento de los siguientes revisadores: Emeterio Leça, José Machado y Diamantino Giloca.

El viernes 19, el guerrillero Julio César de Barrios, se presentó frente al pueblo con una columna de quinientos hombres, inició el ataque contra los blancos, recuperando la población después de tres horas, habiéndoles hecho muertos y gran número de heridos, teniendo en cambio las fuerzas legales un solo muerto y cuatro heridos. Casi toda la columna de Amilivia pasó al Brasil, azotándose al Cuareim por el fondo del campo de don Carlos. (1)

El Día (número del 28 de Febrero) narraba así este suceso:

«El 17 de Febrero el coronel Amilivia declaró solemnemente que en cuarenta leguas á la redonda no había un colorado. Sin embargo, el 18 á la 1 de la tarde

(1) He aquí las noticias oficiales respecto á este suceso:

Livramento Febrero 20.—Al ministro de Relaciones Exteriores.—Montevideo.—El comandante Julio C. Barrios envió á su hermano Alfredo en esta ciudad, el siguiente: «Cuareim, 19 de Febrero.—Esta mañana libramos una encarnizada batalla, tomando San Eugenio, después de derrotar á más de mil hombres que huyeron al Brasil, junto con el general Amilivia.—*Julio C. Barrios*».—Saluda y felicita á V. E.—*Gabriel Vázquez*, cónsul.

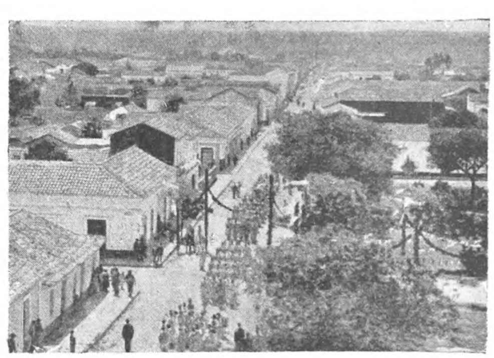
Cuareim, Febrero 20.—Al Ministro de Gobierno.—El coronel Barrios retomó á San Eugenio. Amilivia emigrado. Desarmados 600 revolucionarios.—Saludo.—*Onetti*, cónsul.

entró al pueblo un chasque á todo correr para anunciar que las fuerzas legales estaban cerca.

En seguida empezaron á correr versiones. La más generalizada era que llegaba la vanguardia de un ejército mandado por Julio César Barrios.

Los insurrectos trataron de descubrir el número de las fuerzas que avanzaban. pero Barrios, para no dejarse descubrir, prendió fuego al campo, quedándose tranquilamente oculto detrás de la humareda.

Al otro día bien temprano las fuerzas de Julio Barrios emprendieron enérgicamente el ataque. Eran unos doscientos hombres, y aunque iban contra fuerzas tres veces superiores, se vió pronto que iban á entrar fácilmente al pueblo. Amilivia comprendió la situación y al frente de cuatrocientos hombres y una regular caballada se quiso retirar hacia el arroyo Chiflero. Pero Barrios arrolló rápidamente las guerrillas que lo detenían, pasó de largo por San Eugenio y se lanzó á escape sobre los fugitivos de Amilivia no tardando en alcanzarlos.



CIUDAD DE MELO

Y al llegar á la misma barra del Chiflero, sobre el Cuareim, después de una serie de descargas cerradas, los guerrilleros de Barrios dieron una formidable carga á lanza haciendo unos sesenta muertos á los insurrectos, y obligando á toda la columna á que pasara al Brasil, donde fué inmediatamente desarmada.»— En Concordia se recibió el siguiente despacho telegráfico: «San Juan Bautista, Febrero 22. —Fuerzas incorporadas al mando del coronel Rodríguez y comandante Julio Barrios están en posesión de San Eugenio, que fué abandonado por los revolucionarios. El combate tuvo lugar entre arroyo Pintado y ese pueblo. Las fuerzas del gobierno sufrieron la pérdida de cinco muertos y trece heridos. De las bajas revolucionarias nada se sabe. Se dice que algunos heridos que aquellos no pudieron llevar han sido ultimados por el procedimiento criollo del degüello, pero la especie no está confirmada. Después de la entrada al pueblo, las fuerzas gubernistas no se han movido».

Cuatro días más tarde se recibía este otro telegrama de Paso de los Libres:

« Una división nacionalista de 500 hombres atacó ayer de madrugada á las fuerzas de Julio Barrios, desalojándolo de San Eugenio.

« Numerosas familias de allí, en virtud de la situación por que atraviesa el pueblo, emigraron al pueblo brasileño de San Juan Bautista.

« En el encuentro tuvieron de ambas partes numerosos heridos ».

Lo que parece evidente es que Julio Barrios había abandonado el pueblo para dirigirse á Santa Rosa donde debía recibir un armamento.

En resumen: entre las fuerzas de Julio Barrios y de Amilivia hubo durante quince días una serie de escaramuzas y pequeños encuentros, de los cuales ninguno tuvo importancia definitiva. Hubo una especie de *tira y afloja* constante por una parte y otra. Los vencidos de un día eran los vencedores del día siguiente. *Voilà tout.*

Mientras tanto, Saravia marchaba con rumbo al Cordobés, lo que hizo suponer al gobierno que tenía la intención de volver sobre Melo para tratar de copar allí los mil hombres dejados al mando del coronel Tezanos. Éste recibió orden de replegarse sobre Artigas, dejando abandonada la capital del Departamento de Cerro Largo. Pero la división revolucionaria que había merodeado alrededor de Melo y que se suponía ser la vanguardia del ejército grande no era más que un grupo de gente al mando del comandante Noblia que habiendo emigrado al Brasil un mes antes, (obligado por la persecución de Muniz) había traspuesto tranquilamente la frontera para hacer la guerra de recursos. Al saber que Tezanos había abandonado la villa de Melo, Noblia se aproximó á ella y la ocupó tranquilamente (1).

Marcha de Saravia

Saravia, en tanto, se había aproximado al Río Negro cruzando el Departamento de Durazno, y ocupando los pasos desde el de Bustillo hasta el de Pereyra.

Por el primero pasó casi todo el ejército tomando rumbo hacia Paysandú y cruzando la línea férrea de Rivera un poco más arriba de la estación Achar. Del paso de Bustillo destacó al comandante Cayetano Gutiérrez con 600 hombres para que fuera á Paso de los Toros á destruir el puente. Creía Saravia que había conseguido engañar á los generales del gobierno y que tanto Muniz como Benavente lo habían seguido, mal montados, en su larga vuelta por los departamentos de Florida y Durazno (2).

(1) He aquí un telegrama de Yaguarón de fecha 21 de Febrero, relativo á estos sucesos:

«La guarnición gubernista abandonó la ciudad de Melo. reconcentrándose en Artigas. á donde llegó esta mañana con sus carros de municiones.

Consta según los informes de la referencia, que la ciudad de Melo fué ocupada por fuerzas revolucionarias.

En la villa de Artigas se hacen trincheras para resistir, en el caso de que vayan hasta allí los revolucionarios.

La fuerza gubernista existente en Artigas se calcula en 1000 hombres, y es uno de sus jefes el coronel Tezanos.

El jefe político de Melo pasó por esta ciudad, y cambió correspondencia telegráfica con su gobierno».

(2) El pasaje del ejército revolucionario al Norte sugirió á *La Nación* de Buenos Aires, los siguientes comentarios:

«Contrariando planes gubernistas—si han sido exactos los informes que daban al Presidente Batlle y su gobierno empeñados en mantener el ejército revolucionario al Sur del Río Negro,—el caudillo Saravia, ha vadeado este río, al parecer sin mayores dificultades, operando actualmente en la zona Norte de la vecina República.

Cuatro departamentos ribereños, Río Negro, Paysandú, Salto y Artigas, uno interior, Tacuarembó y otro fronterizo, Rivera, forman aquella zona.

De los cuatro primeros, las capitales de Salto y Paysandú, poblaciones ambas de más de 20.000 habitantes, han sido indicadas como puntos fáciles de conquista por las huestes insurrectas.

Si la invasión de Saravia al Norte se hubiera efectuado hace un mes, aquellas poblaciones habrían corrido efectivamente grave riesgos, y según los cálculos más optimistas, hubieran sido otros tantos Fray Marcos para los soldados de la revolución.

Hoy la situación del litoral uruguayo ha cambiado radicalmente: las pequeñas guarniciones, compuestas en su mayoría de guardias nacionales, han sido reforzadas con elementos salidos de la capital montevideana, elementos combinados de las tres armas; las rivalidades de los comandantes de guarnición, hechas públicas más de una vez, han desaparecido con la dirección superior y absoluta del ciudadano Rufino T. Domínguez, y la misma situación geográfica de la zona ribereña permitirá al gobierno uruguayo acumular fácilmente los materiales necesarios para el éxito de sus nuevos planes.

Salto y Paysandú, ambas con más de 500 defensores, con trincheras naturales y artificiales, artilladas las dos, son á la fecha dos plazas cuyas guarniciones pueden resistir con ventaja los ataques de las tropas revolucionarias.

Los suponía á la altura de Nico Pérez, aislados de nuevo y privados de medios de transporte. Sin embargo, no era así. El general Benavente había recibido orden del Presidente de la República de volver con sus fuerzas al campamento de los Molles, y el general Muniz, después de perseguir á los nacionalistas hasta Florida, recibió á su vez la orden de cesar en la persecución y de tomar los trenes que se le enviarían para conducir al ejército hasta el Durazno. De esa manera el director de la guerra podía, una vez cerciorado del verdadero rumbo que seguía el ejército revolucionario, lanzar rápidamente sobre él (con el contingente de las líneas férreas y de las numerosas caballadas acumuladas) dos grandes ejércitos que sumaban entre si 15 mil hombres. Como el general Benavente y el general Muniz tenían el mismo grado siendo mayor la antigüedad del primero y como había sido, desde tiempo atrás, intención del gobierno dar al segundo el mando supremo de las fuerzas combinadas, el Presidente de la República había solicitado de la Asamblea el ascenso para Muniz elevándolo á la categoría de general de división (1).

Esto explica porqué, cuando el comandante Gutiérrez se aproximó á Paso de los Toros para dar cumplimiento á su cometido se encontró, con gran sorpresa suya, con que ese punto estaba ocupado por numerosas fuerzas del gobierno. El ejército de Muniz se había movido del Durazno á Paso de los Toros utilizando nuevas caballadas y habiendo recibido nuevo armamento, munición y uniformes, y el ejército de Benavente había también efectuado su aproximación desde Molles. El comandante Gutiérrez no tuvo más remedio que retirarse contentándose con destruir de paso el puente de Cardozo, y fué á comunicar á Saravia que un gran ejército estaba á su alcance. Saravia, cuyo gran defecto como militar fué siempre un gran desprecio por el adversario, no hizo caso de semejante aviso y creyó que el comandante revolucionario había confundido alguna división suelta destacada para defender el puente de Paso de los Toros con un ejército verdadero. Bien cara pagó poco después esta absurda confianza!

Un corresponsal de *La Nación* bonaerense, incorporado al ejército de Benavente, ha referido las marchas y contramarchas de la vanguardia que mandaba el coronel Escobar para dar con el ejército revolucionario. El 21 de Febrero,

La otra zona, la compuesta por los departamentos de Rivera y Tacuarembó, si bien no puede mostrar en su haber ninguna plaza en situación de resistencia, es, por sus condiciones naturales, campo estéril para el caudillo revolucionario.

Departamentos ambos cuyo suelo pedregoso no puede proporcionar ningún recurso para las caballadas, el principal elemento de las insurrecciones uruguayas, no serán más que un campo momentáneo de operaciones, si su reducido espacio no fuera motivo, como lo fué en 1897, para una batalla campal obligada como la de Cerros Blancos.

Otra desventaja nacionalista al Norte del Río Negro es el tradicional coloradismo de sus habitantes, que en las épocas de mayor peligro para el partido gubernista actual ha sido inagotable fuente de recursos, como negará en la actualidad á los revolucionarios, por esos mismos motivos, todo cuanto signifique ayuda moral ó material.

La misma frialdad con que ha sido recibida en el campo nacionalista la noticia de la última maniobra del jefe insurrecto prueba que nada se habrá ganado con aquella evolución y que la guerra seguirá desarrollándose con la lentitud y la incertidumbre que han sido hasta la fecha sus rasgos característicos».

(1) He aquí el decreto de promoción:

Ministerio de Guerra y Marina.—DECRETO.—Montevideo, 10 de Febrero de 1903.—Habiendo la Honorable Comisión Permanente, prestado la aquiescencia solicitada para promover al rango de general de división al que lo es de brigada don Justino Muniz, el Presidente de la República, decreta:—Artículo 1.° Promuévese al empleo de general de división al señor general de brigada don Justino Muniz.—Art. 2.° Comuníquese, publíquese y dese al L. C.—BATLLE Y ORDÓÑEZ.—EDUARDO VÁZQUEZ.

después de llegar hasta el Durazno, recibió Escobar la orden de retrogradar hacia el Norte, para seguir á Saravia que ya cruzaba el Este del departamento en dirección al Río Negro. El corresponsal hizo el siguiente elogio del proceder de las fuerzas de Escobar, durante el trayecto que recorrieron:

« Puedo asegurar, que he comprobado la corrección más completa de procederes, al punto de que se ha prohibido terminantemente separarse de la columna á ningún soldado, sin ser acompañado de oficiales, y no es esta medida el temor de que puedan desertar, pues el espíritu de la tropa es de contento y bienestar. Se han sacado caballos para llenar las necesidades del ejército y por muchos se han otorgado los vales respectivos, como se entregan por las reses que se obtienen para alimentación, y de las cuales se devuelven la mayor parte de los cueros ».

En el Durazno, el corresponsal abandonó el ejército de Benavente para pasar al de Muniz que iba en marcha á retaguardia. La división de Escobar marchó hacia el Noroeste, donde se sospechaba que había gente revolucionaria, sospecha bien fundada, por cierto; pues cinco horas de marcha bastaron para divisar las primeras partidas nacionalistas que iniciaron el tiroteo á unas cinco leguas del Durazno, llevando un chasque la noticia, de que por la mañana había cruzado el paso de Herrera una fuerza de quinientos revolucionarios que se suponía se dirigían al Río Negro con el propósito de hacer volar los puentes.

En la madrugada del 22 empezó á llegar á Durazno la división del general Muniz.

El primer tren — compuesto por un largo convoy de vagones de carga — llevó el 2.° y el 6.° de caballería, con sus respectivos jefes.

Apilados en los vagones para aprovechar el sitio, en pisos superpuestos, veíanse asomar, en lo más alto, lugar que debía ocupar el techo, las innumerables cabezas de los soldados, pertenecientes asimismo á la vanguardia del ejército de Muniz.

Las del 2.° y el 6.°, uniformadas, presentaban mejor aspecto, pues todos iban provistos de sus ponchos patrios.

Acampados frente á la estación Durazno, las familias afluyeron al campamento provisional, produciéndose en estas circunstancias escenas conmovedoras.

El 25 de Febrero, el corresponsal de *La Nación* hallábase en la costa del Yi, acampado con la vanguardia de Muniz. Componíase ésta de los regimientos 2.° y 6.° de caballería, 2.° de cazadores y divisiones Treinta y Tres, Soriano y Rocha, mandadas por el coronel Pablo Galarza. Aprovechó su estadía el corresponsal para tener una *interview* con este jefe. He aquí el relato de esa conversación:

« El coronel Pablo Galarza vestía el uniforme que ha hecho clásico en las guerrillas: blusa, pantalón y sombrero color rojo subido, ribeteado de ancha trencilla negra.

El coronel Galarza podrá tener 55 años, aunque su rostro, que revela al chaná de raza, no permite definir con precisión la edad. Eterna sonrisa amable juguetea en sus labios, y su aspecto duro desaparece ante la suavidad de su trato correcto y ameno.

Jugaba á su lado un niño que cuenta apenas 10 años, y vestido igual que el coronel, todo de rojo.

Apenas iniciada la entrevista con los preliminares de práctica, le interrogué acerca del infante: — « ¿ Y este niñito ? — Es mi ahijado. Venga amigo, — agregó dirigiéndose á él, — dígale á este señor quien es usted. — El niño se adelantó hacia mí, y previa venia que me hizo, perfectamente cuadrado, me dijo : — Servidor, señor. — ¿ Cómo te llamas ? — Pablo Wenceslao Pereyra Galarza, para servir á mi patria y al partido colorado. — ¡ Ah ! ¿ Eres colorado ? — ¡ Como sangre de toro, sí, señor ! — No pude menos que sonreir ante aquel niño, que manifestaba

ya, á su edad, en pleno albor de la vida, tan arraigado el sentimiento partidista. — ¿Y ha hecho toda la campaña con usted, coronel? — « Todita ». Figúrese que, en ocasiones, he querido hacerlo ir en la carreta de las provisiones, pero no hay forma; él va en su petizo y trota á la par que el ejército, es incansable, y hay que ver que muchos días hemos hecho leguas y leguas. — Jornadas muy largas. — ¡Es verdad! — El coronel Galarza tiene el hábito de usar frecuentemente en la conversación dos frases: « Es verdad » y « Así es ». — ¿Cuál ha sido la más larga de las marchas? — Veintiocho leguas. — ¿Cuándo la hicieron? — Cuando perseguimos á los *blandengues*. — ¿A quiénes? — A los blancos; nosotros les decimos *blandengues*... ellos nos dicen « bichos colorados »!... — ¿No ha sido herido? — En esta revolución, no señor; es cuestión de suerte. — Sin embargo, usted se expone; me han contado que siempre se halla en su línea de guerrillas.... — Así es, para animar á los soldados, que cuando lo ven á uno tiran más y hacen mejor puntería... — Es raro que habiendo actuado en todos los encuentros haya podido salir ileso. — Es verdad. Pero, amigo, « las balas vienen con nombre y apellido; no hay « pa » que sacarles el cuerpo ». (Textual). La ocurrencia es característica, y como éstas empleó varias en nuestro rato de charla. Tiene la suya la amenidad propia del paisano con ribetes de ilustración. — El coronel Pablo Galarza hace veinticuatro años que es jefe del segundo regimiento donde cada soldado tiene veneración por él, por su rectitud. — Continuamos charlando y me refirió distintas anécdotas, entre ellas la siguiente: — « El 75, en Perseverano, el fuego era fuerte y la línea enemiga nos volvía locos. Ocupaba mi puesto, y allí era inútil toda defensa si no se hacía de cerca. Llovían balas, y cuando llueven, los ponchos atajan algo, pero no todo... — Y cuando la lluvia es de plomo?... — Siempre ataja... Ese día atajó cuatro el mío... — ¿No lo hirieron? — Sí, señor; pegaron cinco en el cuerpo, pero no hicieron gran cosa ». — Me despedí del coronel Galarza y algunos minutos después galopaba por las cuchillas, rumbo al campamento de la división Treinta y Tres, que comanda el coronel Basilisio Saravia, hermano de Aparicio ».



EL AHIJADO DEL CORONEL PABLO GALARZA

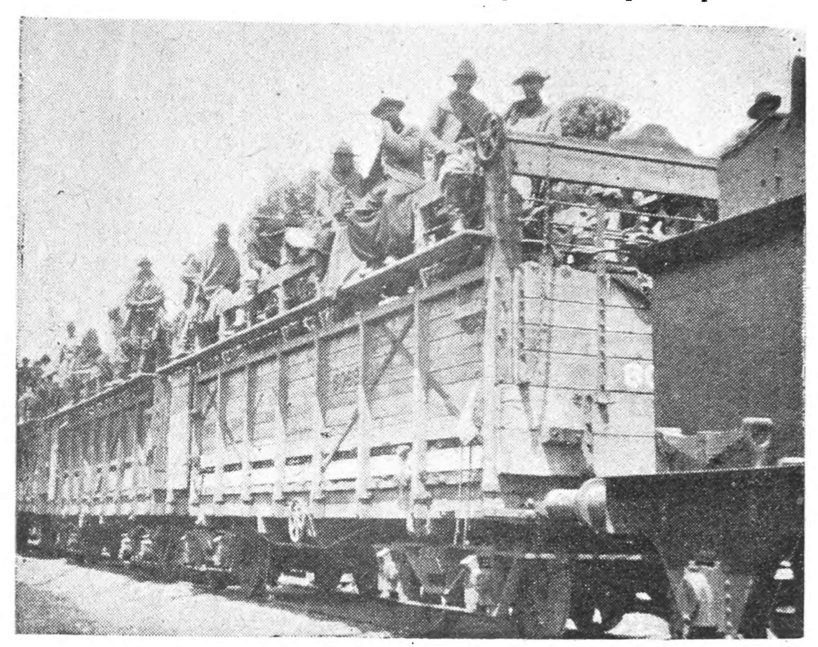
Tiene interés también el relato de la conversación que tuvo el corresponsal con Basilisio Saravia, que tan importante actuación debía tener más tarde en la guerra.

« Allá, en un bajo, una guardia me informó que el coronel Saravia se hallaba en la comandancia. Avancé, y á poco sentí galopar cerca de mí un grupo de jinetes; no conocía á nadie entre aquéllos, y con el propósito de buscar la carpa del coronel, me detuve para interrogarles.— « ¿La carpa del coronel Saravia? — Tiene por techo ese cielo azul — me repuso un paisano, grueso, muy grueso, de tostada faz, mirada franca, bigote escaso y fino, donde las canas han empezado á platear las hebras negras de otro tiempo. — Entonces, él estará en ella, — repuse sonriendo, porque me dí cuenta que mi interlocutor era el propio coronel que buscaba. — Sí, señor, y á sus órdenes; soy Basilisio Saravia, estanciero en tiempo

de paz, y coronel en tiempo de guerra. — *La Nación* de Buenos Aires me ha encomendado informaciones sobre la guerra, y le visito con el propósito de conversar con usted sobre estas cosas. — Muchas gracias. Me hace gran honor en preocuparse de mí, el más modesto de los ciudadanos y el que menos méritos tiene; pero, alléguese hasta mi campamento; aun falta un trecho ». — Apareados los caballos, emprendimos marcha al trotecito, reanudando el diálogo. — ¿ Usted se halla en armas desde el primer momento? — Sí, señor; el 2 de Enero me avisó el gobierno, y salí de Treinta y Tres con algunos amigos y mis soldados, y buscando la incorporación de las fuerzas del gobierno, empezaron nuestras marchas y contramarchas. — ¡ Qué extraño que en Treinta y Tres, departamento blanco, haya podido reunir gente y salir sin que se preocuparan de detenerlo! — En efecto; pero no fué porque no se preocuparan. Aparicio encargó que trataran de *cortarme*... — ¿ Cómo? — No se asuste. Quiero decir que buscaran medio de que no pudiese reunir á los muchachos y me hallara, solo, cortado, como decimos nosotros... —¡ Ah! ¿ Y no pudieron conseguirlo? — Cuando quisieron acordar, me hallaba lejos... Estaba en espera del 6.° de caballería, al que me incorporé el día 6 de Enero. — ¿ Han tenido muchos encuentros? — Algunos. No tantos como hubiera sido de desear, porque á este paso la guerra va á ser larga. Aparicio no nos presentará batalla, y esto conste que no es sólo un parecer mío, mientras pueda huir. Sabe bien que se la llevamos en robo y no correrá la carrera mientras pueda esquivarla. — A propósito de Aparicio, ¿ en qué estado se hallan sus relaciones con usted? — Amistosas como hermanos, enemigos como partidarios. — ¿ Se escriben? — No, señor, pero siempre sabemos el uno del otro por amigos comunes que van y vienen. — ¿ Hace mucho que no se ven? — En las guerrillas no, en las casas sí. — ¿ No se visitan? — Desde el 96. — ¿ Y cómo es eso, perdone la indiscreción? Usted sabe... — Sí, señor, que ustedes lo preguntan todo; pero, amigo, no se preocupe, tengo gusto en responderle, porque veo su empeño en informarse minuciosamente. — No me veo con Aparicio, porque después de la del 97, creí que como hermano mayor que soy, y sobre todo como él estaba en la buena, debía venir á verme y no ir yo... — El debe pensar de distinto modo probablemente. — ¿ Usted es mayor que Aparicio? — Sí, señor; yo tengo 51 años. — ¿ Y él? — 47 ». — Llegamos en ese momento á su campamento. Con agilidad extraordinaria, boleó la pierna y echó pie á tierra. — ¡ Está muy ágil! — Así es, y sin embargo peso la friolera de 115 kilos! — ¿ Tantos? — Como lo oye. Caballo que monte tiene que ser bueno, porque en estas marchas... — Supongo. Y dígame, coronel, me han dicho que tiene un hijo suyo con usted, ¿ es cierto? — Tengo cinco aquí, y no tengo los seis porque la que quedó es mujer... — Eso es dar todo...


LOS HIJOS DEL CORONEL BASILISIO SARAVIA

—Como pide éste!—y nos señaló un ayudante que llevaba como lema en su divisa, en grandes letras negras: «Todo ó nada». —¿Y sus hijos son todos colorados? —No, señor; hay uno blanco. —¿Está en la revolución? —Está conmigo. Si quiere conocerlo, monte de nuevo, vamos á ir hasta donde está». —Así lo hicimos, y pocos minutos después nos hallábamos frente á cinco jóvenes, vestidos de paisanos, y algunos de ellos con espada al cinto, y el coronel y padre me presentó: —«Un repórter de *La Nación* de Buenos Aires que quiere conocerlos; y volviéndose á mí me los fué nombrando, en orden de edad: Cristino, Carlos (éste blanco, pero les tira á los de él), Ciriaco, Cecilio y Pedro... —Casi empiezan con C todos los nombres. —Es verdad, á éste le puse Pedro por el padrino de



LA VANGUARDIA DEL GENERAL MUNIZ LLEGANDO AL DURAZNO

óleos, que si no... —¿Cómo le hubiera puesto? —Quién sabe, pero con C también para que hicieran «juego».—«Conversamos algunos minutos con los Saravia, y volvimos hablando con el coronel Basilisio. —«¿Le ha tocado estar en guerrillas con gente del propio Aparicio? —Sí, señor. En Las Palmas, sin ir más lejos. Allí fué donde le matamos el caballo. Se tiroteaban fortísimo, y de pronto ví que caía un jinete y la guerrilla se replegaba para rodearlo. «Ese es un grande», dije, y después supe que había sido Aparicio. —Ellos lo dieron á usted por muerto. ¿Supo? —¡Cómo no!—Hicieron más. Anduvieron mostrando un saco y unas bombachas, diciendo que eran las mías... y hasta me dicen que vistieron con prendas de luto para confirmar mi muerte... Eso no hubiera creído... En fin...» Y á pesar del esfuerzo por aparecer sonriente, una nube de melancolía pasó por sobre su frente ante el mundo de reminiscencias que probablemente en esos mismos instantes cruzaba por su imaginación de viejo bueno. Fué un relámpago. Para Basilisio no hay hora triste, y donde él está las carcajadas son fre-

cuentes; tiene en su fraseología de hombre de roce cierto dejo campero, de gracia propia, y su frase toda tiene sabor y colorido amenísimo. Su compañía fuéme tan grata, que lamenté el despedirme. Por último, rompiendo con mi voluntad, que trataba de hallar pretextos para quedarme, estreché la mano que me extendía y me dispuse á alejarme. — «Si no me matan de «endeveras», me dijo, he de ir á golpear algún día, próximo quizá, su casa de *La Nación*, «pa verlos». — Y será recibido con mucho gusto quien tanto vale... — Porteño viejo... pa lonjear á favor del pelo... ni hecho á medida...! — agregó, en lenguaje criollo, mientras me daba el último adiós con la mano en alto, para pararse á poco y gritarme: — «¡Elogie poco; mire que si exagera nadie lo va á creer!»

En el litoral

En el litoral, la presencia de don Guillermo García y de numerosos emigrados nacionalistas que amagaban desde Concordia con una invasión inminente, y la proximidad de las fuerzas al mando de Cabrera que merodeaban en el Arapey, mantenían á la guarnición del Salto en continua alarma. El coronel Córdoba que había salido á campaña á fines de Enero, al frente de 500 hombres con el propósito de batir los grupos revolucionarios que merodeaban por Itapeby, Valentín Chico y Arapey, regresó á la ciudad el 1.° de Febrero, sin haber dado con ningún grupo.

Desde el principio de mes, los empleados de aduana y de correos y telégrafos de Santa Rosa dormían en Caseros todas las noches y de día regresaban á sus puestos.

La aduana de Santa Rosa fué trasladada á Caseros, con el dinero en efectivo y los valores en sellos, letras, etc., que tenía.

El ex senador don Pedro Echegaray, al pasar el día 5, de viaje, por Concordia, manifestó que en las proximidades de la frontera brasileña, eran enormes los perjuicios en los establecimientos ganaderos orientales, tanto que se podía decir en realidad, que no quedaba en ellos piedra sobre piedra.

El mismo día se supo que el gran puente del Arapey, del Ferrocarril Nordeste del Uruguay, había sido destruído haciéndole volar con dinamita sus dos cabezales. Largos trozos de vía habían sido arrancados, y en todas partes donde las partidas revolucionarias interrumpían las comunicaciones ferrocarrileras y telegráficas, dejaban carteles expresando que por orden de Saravia se le pegarían cuatro tiros á todo aquel que intentara restablecer tales comunicaciones.

El 8 de Febrero se creía inminente el ataque al Salto por las fuerzas de Carmelo Cabrera. Efectivamente, en la madrugada del siguiente día se produjo un fuerte tiroteo entre las avanzadas nacionalistas y las guardias de las fuerzas de guarnición, destacadas hacia los corrales de abasto y á las órdenes del mayor Pedro Ipar.

El encuentro tuvo lugar á la altura de la Casa Amarilla, en unos terrenos próximos á ese conocido edificio.

Después de cambiarse los primeros disparos se retiraron los revolucionarios.

El tiroteo tuvo lugar á las 2 de la mañana; lo que causó gran alarma en la población salteña, pues los vecinos creían que Carmelo Cabrera atacaba la ciudad.

En el tiroteo no hubo más que un muerto de las fuerzas revolucionarias, y un herido del gobierno.

Parece que el muerto debía ser el comandante de las avanzadas nacionalistas, dado el empeño que pusieron los revolucionarios por recoger el cadáver; lo que no pudieron lograr debido al fuego que les hacían las tropas de la plaza, que tenían á su cargo el servicio avanzado de guardia.

Los revolucionarios avanzaron con una fuerte guerrilla.

Parece que se trataba tan solo de una descubierta.

El muerto no se pudo identificar. Era desconocido en el Salto.

El día 9, á la tarde, estuvieron las avanzadas revolucionarias en la casa de negocio de Ambrosoni, en San Antonio.

En ese lugar del establecimiento viñatero, arrancaron los aparatos telefónicos, los que se llevaron, así como también el aparato telegráfico de la estación del ferrocarril.

A la noche se desprendieron de la guarnición del Salto fuerzas en comisión al mando del mayor Pedro Ipar, con órdenes de batir á los revolucionarios que merodeaban por San Antonio. Aquéllas llegaron hasta la barra de los Itapebí, sin haber encontrado los grupos que se habían hecho sentir por las proximidades de la ciudad.

Al día siguiente, (10 de Febrero) súpose en el Salto que las fuerzas revolucionarias habían acampado en Belén y que habían engrosado con las incorporaciones procedentes de Entre Ríos, Corrientes y el Brasil. Súpose también que esa gente carecía por completo de armamento y municiones.

Fué puesto en libertad el señor Avellanal, miembro de la Comisión Departamental Nacionalista, que había sido arrestado y alojado en la Jefatura de Policía.

El señor Avellanal, eludiendo la acción de las autoridades, pasó á Concordia, á fin de evitar un nuevo arresto.

Ocupación de Santa Rosa

El día 11 entró al pueblo de Santa Rosa, una partida nacionalista de 80 hombres, al mando del comandante Quijano, comisión avanzada de las fuerzas de Carmelo Cabrera, que se encontraba en las puntas del Arapey.

Quijano halló abandonado el pueblo y sorprendió durmiendo la siesta á los guardias de aduana, los cuales emigraron en seguida á Caseros, libertados por Quijano, pues no les molestó absolutamente. — Santa Rosa estaba librado al cuidado de cada vecino: no había allí un solo soldado de policía.

El contrabando estaba allí á la orden del día, pues algunos negociantes producían alarmas para hacer emigrar á los guardas de aduana y otros empleados los que iban á dormir todas las noches á Caseros... mientras las carretas entraban impunemente en las calles de Santa Rosa y descargaban en las casas de comercio los artículos contrabandeados.

La caja de la Aduana de Santa Rosa estaba depositada en Caseros.

El comandante Quijano estableció su mayoría en la comisaría.

Los nacionalistas se condujeron con el mayor orden.

El 20 salió de Santa Rosa el comandante revolucionario, con 150 hombres, buscando incorporarse al grueso de la división que mandaba Amilivia. En su reemplazo quedó un señor Pintos, persona que no hacía mucho había desempeñado un puesto en la administración.

Después de tomar posesión del mando, Pintos mandó abrir la aduana, levantando minucioso inventario de las existencias, en presencia de los principales comerciantes y vecinos caracterizados.

Más tarde organizó las distintas reparticiones de las oficinas, para ponerlas en marcha, dotándolas de personal.

Los nacionalistas estuvieron en Santa Rosa hasta que Julio Barrios, abandonando San Eugenio, se dirigió á aquel punto para recibir armas y municiones.

Mientras en el Salto se suponía á Cabrera en puntas del Arapey, éste el día 11 de Febrero llegaba á Concordia y seguía por el ferrocarril Argentino del Este, con rumbo desconocido. Llegaba de Buenos Aires y lo acompañaban dos miembros del Directorio nacionalista.

Don Guillermo García

Carmelo Cabrera iba á buscar la incorporación con las fuerzas nacionalistas que á las órdenes de Amilivia se dirigían á San Eugenio. Lo acompañaban en su viaje el coronel Guillermo García, el ex diputado Luis Eduardo Segundo, el ex diputado Arturo Berro, su sobrino Bernardo. y el ex ayudante del extinto coronel Diego Lamas, mayor José Aguirre.

El coronel García, con quien habló un repórter á su llegada á Concordia, de donde siguió viaje para el Norte, iba muy animado y contento, de prestar su concurso á la revolución.

—«Aunque usted me ve medio achacoso, señor,—dijo el coronel García,—voy á echar esta última mano en favor de mi partido y por la felicidad de mi patria. «Así se lo manifestaré al general cuando lo vea».

El coronel García se refería á Aparicio Saravia.

Las fuerzas del Salto se empezaron á atrincherar el 16 de Febrero, en conocimiento de que se preparaba un ataque á la plaza.—Los trabajos de atrincheramiento comenzaron activamente.—En la ciudad súpose ese día que por la horqueta de los Itapebí habían sido vistas las partidas exploradoras de los revolucionarios.—El mismo día emigró del Salto á Concordia, un grupo de personas conocidas, temerosas de las consecuencias del ataque que según decían llevarían al Salto los revolucionarios.

Alarmas en el Salto

Unas patrullas revolucionarias arrebataron parte de la caballada del gobierno que había en San Antonio.

En el encuentro, los revolucionarios dejaron un muerto, un herido y un prisionero.

El 19 quedó concluída la trinchera más importante que se construía en la parte sudeste, entre la ciudad del Salto y el lazareto.

El 22 á las 12 de la noche se desembarcaron en el puerto del Salto varias piezas de artillería destinadas á la defensa de la ciudad.

El 24 de madrugada llegaron al Salto 600 hombres pertenecientes á la división Artigas, y que habían sido mandados á Paysandú días antes. También llegó un plantel de 60 artilleros.

Ese día la guarnición del Salto alcanzó un efectivo de 1.700 hombres.

Las fuerzas de la plaza, en combinación con las de Paysandú y las de San Eugenio, se disponían indudablemente á operar de acuerdo para batir á los revolucionarios que se suponía al mando de García y de Cabrera.

Las guardias de prevención del Salto se habían colocado en una forma estratégica, de manera que la vigilancia se hiciera en condiciones que respondieran á las conveniencias y necesidades que imponían los momentos, dada la proximidad de las fuerzas enemigas.

Varias comisiones, en descubierta, habían logrado penetrar sigilosamente en las filas enemigas, averiguando el número de fuerzas que merodeaban á cuatro leguas de la ciudad, la forma como estaban municionadas y la organización que tenían.

Una de las comisiones llegó á ir hasta Constitución: ésta fué encargada al teniente Teófilo Núñez, oficial de línea y conocedor de aquellos parajes.

La alarma en el Salto era general: prueba de ello fué la cantidad de trincheras que se levantaron en los suburbios y en el centro.

Las principales estaban situadas en las calles que miran al Norte y al Sur y tenían dos metros veinte de alto, tres y medio de espesor y dos metros de foso. Aquellas estaban en las calles Garay y Colón, Yaquey y Artigas, Daimán y Uruguay; plaza principal, (en las cuatro esquinas), con cuatro cañones; en la plaza Libertad y en el lazareto que queda al Este, con un cañón.

En el pueblecito denominado el Cerro, que queda al Norte, había dos grandes trincheras con un cañón cada una.

En la plaza denominada «Lorenzo Latorre», en la parte sudeste de la ciudad, estaba la trinchera mayor, pues abarcaba tres cuadras: una por el frente y dos á los costados; allí había también una pieza de artillería.

Para la defensa de la ciudad se confeccionó un plan especial combinado enforma de ordenar las operaciones por medio de señales, lo que permitía en un momento dado establecer la protección á las distintas líneas de defensa, en el caso de que lo necesitasen.

El día 25 se cerró el puerto y se suspendió la comunicación telefónica del Salto con Concordia.

La alegre ciudad del Salto quedó transformada en un cementerio.

Las nuevas trincheras en construcción eran de un espesor mayor que las primeras y daban lugar á suponer que las fuerzas que debían atacar la ciudad contaban con artillería.

Apenas quedaron casas de azotea que no fuesen utilizadas para cantones.

Ese día circuló la noticia de que el armamento que había enviado la Comandancia militar del Salto por el ferrocarril Argentino del Este, á Monte Caseros, para de ahí pasarlo á Santa Rosa y seguir á San Eugenio, consistente en 200 remingtons y 100.000 tiros, había sido tomado por una fuerza revolucionaria. La noticia era absolutamente falsa. Dicho armamento se hallaba depositado en la subprefactura de Monte Caseros á la espera de facilidades para ser remitido á su destino.

Ese día entraron tres heridos al Salto. Estos pertenecían á una partida revolucionaria que merodeaba por los campos de Amaro, en el Hervidero. También inicióse el enganche de gente para robustecer la guarnición, pagándosele á cada hombre la cantidad de veinte pesos mensuales.

El 27 de Febrero súpose que el armamento depositado en la subprefactura de Monte Caseros, para pasarlo en oportunidad, lo había recibido esa mañana á primera hora, Julio Barrios, en Santa Rosa quien había librado combate en Tres Cruces con las fuerzas de Villanueva, derrotándolas por completo.

El mayor Ipar, que había salido el día anterior del Salto al mando de cien hombres con rumbo á Constitución, se tiroteó con fuerzas revolucionarias, á las que correteó hasta el arroyo Espinillal, á tres leguas de aquel pueblo, y en el cual se hallaban acampados 250 revolucionarios que, ante las fuerzas del gobierno, levantaron campamento dirigiéndose al Arapey, sin haber hecho un solo tiro.

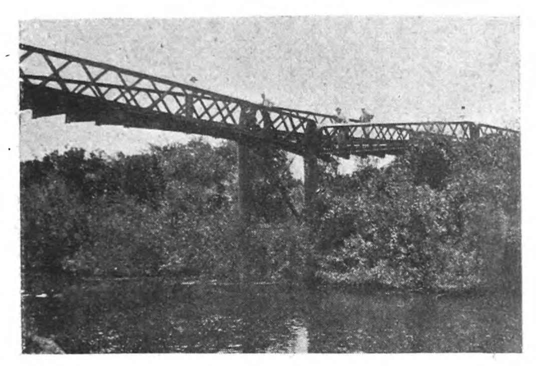
Súpose también que se hallaban otra vez acampadas las fuerzas nacionalistas que comandaban Cabrera, Moreira y Villanueva, en el Arapey, en el viejo cuartel que hay en aquel punto, y que en otro tiempo ocupó el 1.° de caballería.

Allí permanecieron, como se verá más adelante, durante algunas semanas, recibiendo incorporaciones, disiplinando sus fuerzas, subdividiéndolas en unidades tácticas con suficiente organización. Es inexplicable el hecho de que no hayan sido molestadas durante el largo período de su estadía en el Arapey.

Paysandú no sufría menos alarmas que el Salto. Sus autoridades estaban á la espera de una gran batalla, que debía librarse al Norte del Río Negro si Saravia lograba vadearlo. Se sabía á ciencia cierta que el plan del jefe revolucionario consistía en dirigirse rápidamente al litoral y se creía que tenía especial interés en apoderarse de Paysandú para establecer en esa ciudad su base de operaciones futuras.

En Paysandú

En previsión, pues, de lo que pudiera suceder, desde los primeros días de Febrero, en la calle Daymán esquina Sarandí se instaló definitivamente un hospital de sangre á cargo del señor Juvenal N. Nin. Las camas estaban distribuídas en dos salas, con capacidad para más de cien heridos, con abundancia de ropas, colchones, etc., y un botiquín muy bien provisto de artículos de curación. El señor Nin había preparado tres cajas portátiles con materiales de sanidad indispensables para la cura de primera intención, de los heridos, sobre el campo de operaciones. — De campaña llegaron el 13 á Paysandú varios heridos. A unos se les alojó en la exposición rural y á otros en el Ateneo y Asilo, que habían sido habilitados como hospitales de sangre.



PUENTE DE ITAPEBÍ, VOLADO POR LOS REVOLUCIONARIOS

Ese día hubo más de treinta locomotoras reconcentradas en la estación de Paysandú, por haber sido cortadas las vías férreas entre el Salto y el Paso de los Toros.

Las líneas telegráficas que comunican á Paysandú con el Salto y Fray Bentos, estaban interrumpidas. — El administrador del ferrocarril Midland había recibido el día 6, en Paysandú, el siguiente despacho telegráfico:

«Guichón, 6 de Febrero.—A S. P. Meyer, administrador del ferrocarril Midland. — Paysandú. — De orden de mi superior, el comandante Felipe Fraga, jefe del primer batallón de tiradores de Paysandú, tengo el pesar de comunicarle que he hecho volar la vía cerca de Guichón; participándole á la vez, que así que componga la vía del telégrafo se observarán las terminantes disposiciones al respecto, del general en jefe del ejército nacional revolucionario, que usted conocerá. — Salúdalo. — *Pedro M. Bermúdez Acevedo* ».

El coronel Gaudencio, comandante militar de Paysandú, así que tuvo conocimiento del telegrama anterior, se fué con él á la estación, donde un hijo de Fraga estaba empleado como telegrafista.

Lo hizo llamar é imponerse del telegrama que contenía la orden impartida por su padre. Luego le dictó, para que lo firmara y transmitiera á Bermúdez Acevedo, el siguiente telegrama de contestación:

« Paysandú, 6 de Febrero. — A Pedro M. Bermúdez Acevedo. — Guichón. — El comandante militar coronel Gaudencio me ha puesto á la vista el telegrama que usted ha dirigido al administrador del ferrocarril Midland, diciéndole que ha hecho volar la vía por orden de mi padre.

El coronel Gaudencio me ha reducido á prisión, notificándome que si se produce cualquier desgracia, como consecuencia del hecho inaudito y de la traición cometida por mi padre, *me hará pegar cuatro tiros*. — *Rogelio A. Fraga* ».

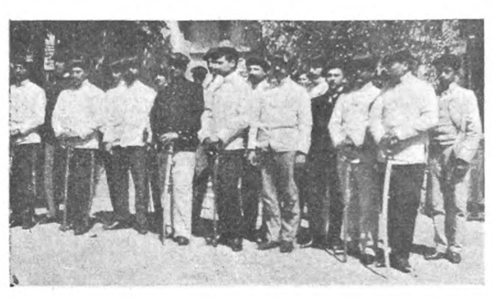
El coronel Gaudencio hizo luego componer la vía, y el joven Fraga, quedó detenido.

El calificativo de traidor que aplicó el coronel Gaudencio al comandante nacionalista Fraga, se explica de esta manera: Gaudencio tenía orden de prender á Fraga, como á otros jefes nacionalistas, pero en vez de hacerla efectiva lo hizo llamar y le dijo: « Si usted quiere irse á Entre Ríos, le doy pasaje; si quiere irse á la revolución, le doy caballo; pero si prefiere quedarse aquí con su familia, me va á dar la palabra de honor de no meterse en nada ».

Fraga empeñó su palabra... pero se fué así que pudo.

Esta es la explicación que dió Gaudencio para justificar su actitud, poniendo á Fraga en el caso de imitar á Guzmán el Bueno, sacrificando voluntariamente á su hijo. La opinión fué unánime en condenar, como inhumano y bárbaro, el procedimiento de coacción moral empleado por el jefe de Paysandú.

Este hecho mereció los siguientes comentarios por parte de *La Prensa* bonaerense: — « Lo que ha indignado grandemente á los uruguayos, es la acción que acaba de cometer el coronel Carlos Gaudencio con el joven Fraga, telegrafista de Paysandú, á quien no solamente impuso que le escribiera una carta conminatoria á su padre, que se halla en las filas revolucionarias, sino que lo constituyó en prisión y lo ha amenazado de muerte, para evitar de esa manera — dice — que el mayor Fraga vuelva á cortar otra vez el telégrafo.



OFICIALES DE LA GUARDIA NACIONAL DE PAYSANDÚ

«El coronel Gaudencio — según los nacionalistas — es un elemento refractario á la cultura política. Hoy, como ayer, es siempre arbitrario: y recuerdan con ese motivo su actuación en la revolución de 1870, en la que hasta tomó criaturas para el servicio de un batallón, contándose entre otros jóvenes de aquella época, al escribano público señor Cedrés, que fué una de las víctimas de la tiranía de ese jefe, por ser nacionalista, al cual hizo servir como soldado toda la guerra en las filas del gobierno ».

El 16 llegó á Colón (Entre Ríos) con otros compañeros, el joven Rogelio Fraga, que había sido puesto preso el día 6 por orden del coronel Gaudencio en las circunstancias ya explicadas. El día anterior, como se encontrara enfermo, se le pasó al hospital, de donde consiguió evadirse. Inmediatamente de llegar á Colón siguió para Concordia.

El día 13 hicieron volar con dinamita, los revolucionarios, el puente del ferrocarril Midland, del Chapicuy Grande. También cortaron las líneas telegráficas que funcionaban entre Paysandú y el Salto. Otro puente destruído con dinamita por los revolucionarios fué el del ferrocarril Noroeste del Uruguay sobre el Itapebí, que apareció volado ese mismo día.

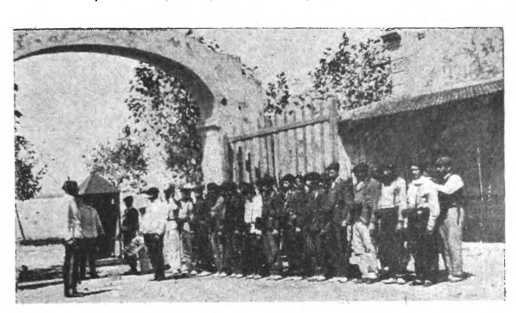
Una partida revolucionaria tuvo el 17 un encuentro con la guarnición de Paysandú en las proximidades de Sacra, y acampó en la Colonia Porvenir, á cuatro leguas de Paysandú. El número de bajas de ambas partes fué reducido.

Las fuerzas de la guarnición de Paysandú recibieron orden de alistarse para salir con dirección á la Colonia Porvenir donde se encontraban las fuerzas na-

cionalistas.—Esas fuerzas se habían movido ya en dirección al Queguay, donde fueron alcanzadas el día 23, y tiroteadas durante media hora. Los revolucionarios se retiraron.

Ese mismo día se pidió urgentemente al agente del señor Mihanovich en Colón, el envío de chatas para transportar 600 hombres al Salto; pero éstas no fueron enviadas porque no las había disponibles.

Paysandú, en los últimos días de Febrero, parecía sumergida en un letargo. En las calles de la ciudad no se veía gente alguna. Al este del departamento hasta Salsipuedes, límite por Tacuarembó; al sur por el Río Negro, hasta sus puntas, que dan en Cuchilla de Haedo; al norte hasta la barra de Daymán, estaba todo, sin embargo, completamente tranquilo. En los importantes establecimientos de Guis, Esperanza, Bares Catá, Gutiérrez, Zorrilla, Alcorta, Barreto, García y muchos otros estaban abandonadas las pocas haciendas que quedaban, por falta de caballadas.



LA GUARDIA NACIONAL DE PAYSANDÚ

En el Arapey

En los primeros días de Febrero prodújose la incorporación á las fuerzas revolucionarias mandadas por Carmelo Cabrera del coronel Luis López Jáuregui.

La expedición cruzó el Uruguay, arriba de la barra Mocoretá.—Acompañaban al coronel López Jáuregui, los jefes y oficiales siguientes: comandante Pasandini, capitanes Bravo, Palacios y Laborde; tenientes Avalos, Navarro, Bejarano, Córdoba y Silveyra; alféreces González, Liborio Lagos, Aparicio — nieto éste del general de este apellido, Timoteo Aparicio, — Gregorio Steve y Domingo Gutiérrez.

A mediados de Febrero se incorporó el capitán Norbis con 30 hombres. Llevaban todos buenos máusers y bastantes municiones.

De las fuerzas revolucionarias reunidas en el Arapey, el periodista G. García Selgas, director de un diario nacionalista que aparecía en el Salto, decía lo siguiente, en carta de 11 de Febrero:

« Bajo las órdenes del coronel López Jáuregui, se ha dado principio á la organización definitiva de la división del Salto, que constará de 700 á 800 hombres, formados por las gentes que en diversos contingentes han logrado pasar de la Argentina y las que se hallan en este departamento al mando inmediato de jefes prestigiosos como los comandantes Quijano, Villanueva y Jordán.

El plantel organizado ya está perfectamente armado y municionado y se cuenta con numerosa y excelente caballada.

Todo quedará terminado en breve, para entrar de inmediato á la acción.

Ayer llegaron hasta este campamento algunas avanzadas de las fuerzas del coronel Carmelo Cabrera, que se hallaba acampado muy cerca de aquí.

La división revolucionaria del Salto recibe diariamente importantes incorporaciones y reina en las filas el mayor entusiasmo: desean todos entrar en acción. Puede calcularse que la revolución cuenta en este momento aquí con más de 3.000 hombres é importantes elementos.

El pensamiento y el deseo que reina en el campamento es de que se opere so-

bre el Salto, pero se ignora lo que proyectan los jefes superiores. Es más de creer que en breve el ejército del Norte se ponga en marcha hacia el río Negro á fin de favorecer el pasaje del gran ejército que comanda el general Saravia ».

Invasión de Guillermo García

El 14 de Febrero se anunciaba en Buenos Aires, que el coronel Guillermo García, acompañado de Carmelo Cabrera y otros amigos, había invadido por el Alto Uruguay, y que el coronel Ramón Martirena con numeroso efectivo invadiría por el paraje denominado Conchillas, en la costa del Río de la Plata. — Sin embargo, recién al siguiente día tomaban en Concordia un tren especial con rumbo al Norte, el estado mayor de Guillermo García y una expedición revolucionaria. Dirigíanse á Chajarí, para de allí cruzar el río frente á Belén é incorporarse á las fuerzas nacionalistas que se organizaban en el Arapey. — *La Prensa* bonaerense, órgano oficioso de la revolución en la capital vecina, daba el 16 por efectuado el pasaje del señor Guillermo García á través del Uruguay y decía:


GUILLERMO GARCÍA, JEFE REVOLUCIONARIO

« Este jefe nacionalista, que acaba de invadir por el Alto Uruguay, y que se ha hecho cargo del mando superior del ejército revolucionario del Norte, es uno de los jefes más distinguidos que militan en las fuerzas revolucionarias.

Hijo de una familia patricia de la República Oriental, el coronel García ocupa en Montevideo una posición espectable por sus antecedentes militares y sociales, por ser poseedor de una gran fortuna. Es padre político del acaudalado caballero señor Heber Jackson.

El coronel Guillermo García es un hombre de sesenta y tantos años, antiguo servidor del partido nacionalista: fué jefe de la escolta de don Bernardo P. Berro, y ha tomado parte en todos los hechos de armas hasta la revolución del Quebracho.

Su participación en el movimiento revolucionario ha causado sensación en Montevideo, especialmente en las esferas oficiales, donde se creía que el coronel García, por su posición social y pecuniaria, se abstendría de tomar la parte activa en que acaba de manifestarse. »

En la noche del 15 de Febrero pasó por el campo La Curtiembre, arriba de Paysandú, una expedición revolucionaria compuesta de unos cincuenta hombres, la que destruyó el cable de que disponía el gobierno oriental para comunicarse con la Argentina. — Esa misma partida destruyó un puente del ferrocarril á la altura del arroyo San Francisco.

Otra partida revolucionaria invadió á la altura del saladero Casas Blancas.

Componíase de unos cincuenta hombres. El armamento que llevaba era máuser.

Según noticias recibidas en Buenos Aires por vía de Yaguarón, se supo que había invadido una fuerte columna de revolucionarios por las fronteras del departamento de Cerro Largo.

El 17 de Febrero tuvo el Directorio Nacionalista confirmación del pasaje simultáneo por Belén de Guillermo García, y por Cocotillas del coronel Martínez.

El coronel García se puso en seguida al frente del ejército del Norte, y nombró á Carmelo Cabrera — que lo acompañaba desde Buenos Aires, donde había estado dos días en misión del ejército revolucionario — jefe de estado mayor.

El 19 cruzó el Cuareim, para incorporarse á las fuerzas nacionalistas que se organizaban en el Arapey, el comandante Salgado, ríograndense, al frente de un escuadrón compuesto de ciento cincuenta hombres bien armados y municionados. Llevaba una buena caballada.

También invadió un grupo de revolucionarios por la provincia de Entre Ríos, frente á Federación, en el Alto Uruguay.

Entre los invasores, se encontraban el doctor Emilio Berro, el ex diputado Luis Eduardo Segundo y los jóvenes Teodoro A. Berro, Percovich, Turene, Zubillaga, Sala y Albistur, que habían salido de Buenos Aires acompañando al coronel Guillermo García, pero que tuvieron luego que separarse de él en Concordia.

La situación en Montevideo hacia fines de Febrero se presentaba cada vez más crítica, especialmente en lo que se refiere al comercio. Las operaciones estaban paralizadas en su mayoría y los Bancos, comprendido el de la República, restringían de tal manera los descuentos que era imposible operar.

Situación difícil

La interrupción continua y casi total en los servicios de los trenes daba lugar á que no se recibieran comunicaciones de la campaña, de manera que trascurrían las fechas de los vencimientos de los pagarés sin que se pudiera conocer la situación de los deudores.

Reflejaban la penosa impresión producida en el comercio por semejante estado de cosas, las siguientes apreciaciones publicadas en *La Razón* del 22 de Febrero:

« Hay impaciencia por que la guerra acabe cuanto antes, y con verdadera desesperación asisten al triste espectáculo los ilusos que soñaron con el engrandecimiento rápido del país al galope desenfrenado de los ejércitos á través de la catástrofe inmensa en que está convertido nuestro suelo.

A medida que corren los días se multiplican en proporción geométrica, los males y angustias de esta situación excepcional.

Montevideo está como si de pronto se hubiera suspendido toda manifestación de vida en sus arterias.

Ha cesado la actividad comercial; los muelles están desiertos; la comunicación normal directa con la campaña está interrumpida; no se ve gente sino allí donde se *mariscalea* en grande, en la puerta del Club Uruguay ó en la librería de Barreiro, donde el doctor Aréchaga pontifica en contra de todas las revoluciones habidas y por haber, y desploma sus proféticas frases de augur sobre la muchachada, respetuosamente incrédula.

Aparicio huye, Muniz lo sigue, lo persigue; los días de la revolución estarán contados desde que sea posible la gran batalla. Todo esto está en el público convencimiento; pero la batalla definitiva tarda en venir.

Mientras tanto, cunde la desolación en la campaña y aumenta la emigración de gentes y ganados. Hay que terminar cuanto antes para evitar ruinas mayores, irreparables. Hay ganaderos que sostienen que si « esto dura dos meses más, el país va á quedar sin ganados para invernar el año próximo. »

Noticias procedentes de Rivera comunicaron, que las fuerzas legales de Julio César Barrios habían trabado combate en Tres Cruces, con fuerzas de Villanueva, haciéndole más de doscientas bajas, (!) ó sea el cincuenta por ciento del total de sus hombres.

Combate de Tres Cruces

Este resultado extraordinario se explicaba, según *El Día*, en primer término, porque esta vez el valiente guerrillero no peleó con un hombre contra cuatro, como generalmente acostumbraba, sino con fuerzas superiores á las del enemigo, pues el prestigio de sus lanzas le había permitido reunir unos seiscientos ó setecientos hombres.



JULIO BARRIOS

También debe atribuirse el resultado á la forma como peleaba Barrios, quién como es sabido, después de dominar con el fuego al enemigo, le lleva repetidas cargas con sus hombres armados de lanza, cargas para las cuales se reveló terrible especialista.

El sangriento combate de las Tres Cruces no impidió á Julio César Barrios llegar á Santa Rosa sin mayores retardos, para desalojar de allí á los insurrectos y tomar posesión del armamento y de las municiones que le había mandado el gobierno.

Respecto á este combate el Ministro de Relaciones Exteriores recibió el siguiente telegrama:

«Livramento, 29 Febrero, 6 p. m.— Acabo de ver telegrama de Julio Barrios á su hermano Alfredo de esta ciudad que dice así: «Monte Caseros, Febrero 29, 3 p. m.— Ataqué Santa Rosa, hice prisionera pequeña fuerza. El día 25 combatí Tres Cruces. Hubo 4 heridos míos. — *Julio César Barrios.*» — Saluda á V. E. — *Gabriel Vázquez,* cónsul oriental.»

A fines de Febrero ingresaron al Hospital de Caridad con procedencia de Florida los siguientes heridos: Francisco Méndez, sargento de la división del Durazno; Guillermo Muggeberg, división Soriano; Bernardo González, división Rocha; Marcos Bordeano, capitán de la división del coronel Basilisio Saravia; Martín Cáceres, división nacionalista de José González, (Flores); Tirso González, soldado del batallón 3.° de cazadores; Juan Pereyra da Rosa, división del Salto; Tomás Padrón, soldado, división Salto; Gregorio Bagariños, soldado, división Minas; Advimento Méndez, división Rocha; Pablo Borges, del 3.° de cazadores; Marcos Alberti, división Tacuarembó; Honorato Viera, división Tacuarembó; Fonsino Núñez, división Minas; Fernando Rodríguez, sargento 2.°, división Florida; Dionisio Pérez, división Minas; Cecilio Sosa, del 14 de guardias nacionales.

Llegada de heridos

Entre esos heridos figuraba el revolucionario Martín Cáceres, perteneciente á la división nacionalista de Flores. Cáceres presentaba seis heridas de bala de rémington y tres lanzadas. De las heridas de bala, la más grave era la de la

pierna derecha, con fractura del fémur; lo que le había producido una gangrena infecciosa. Las demás eran de carácter leve.

Parece que Cáceres y un compañero suyo que formaba parte del ejército revolucionario tuvieron un fuerte altercado. Más tarde, encontrándose nuevamente entre el grupo que formaba la retaguardia del ejército revolucionario, renovaron las animosidades y entonces Cáceres dió á su contendor una puñalada terrible, á consecuencia de la cual falleció. Entretanto los que formaban el grupo dispararon sobre el heridor sus armas, y á consecuencia de la descarga cayó al suelo como muerto. Allí lo lancearon, dejándolo abandonado. Unos vecinos que recorrían el campo, después de la marcha de los revolucionarios, lo encontraron casi desfallecido y lo recogieron, haciendo entrega de él á la Junta de Auxilios de la Florida.

Una equivocación

En la madrugada del día 27 hubo entre el vaporcito *Resguardo*, encargado de la vigilancia nocturna de la bahía de Montevideo y un grupo de fuerzas del gobierno, una equivocación que pudo tener fatales consecuencias. Por las cercanías de la costa de Bella Vista, á un errante adorador de Baco le dió el vino por hacer disparos de revólver á las olas, lo que hizo acudir á la policía de los alrededores. Precisamente el vaporcito *Resguardo* hacía en esos momentos su acostumbrada gira de vigilancia y como sus tripulantes oyeran los disparos del borracho, trataron de acercarse á la costa. La gente de policía de la costa, al distinguir la luz del farol del vaporcito, sospechó que se trataba de un desembarco revolucionario, y sin más ni más empezó á hacer descargas sobre los asaltantes. Las gentes del *Resguardo*, apagaron las luces y rumbearon mar afuera. Al arribar al puerto, dieron cuenta del suceso, y entonces el jefe del Resguardo telefoneó á la Comisaría respectiva, para efectuar las indagaciones del caso. Más tarde quedó aclarado el asunto, y la cosa terminó sin más consecuencias que la detención del borracho, principal factor y causante de la peligrosa equivocación.

El 24 de Febrero regresó á Montevideo el batallón 14 de guardias nacionales que había salido por la vía de Mercedes, á restablecer las líneas telegráficas del ferrocarril, con 200 plazas, acompañado de diez y siete peones. Su tarea principal consistió en refaccionar las líneas cortadas en diferentes puntos. También se refaccionaron 900 metros de la vía férrea. En cumplimiento de su misión llegó el batallón hasta la estación Santa Catalina, muy cerca de Mercedes y dejó las comunicaciones restablecidas desde la capital hasta aquel punto.

Capítulo V

LA POLÍTICA Y LA ADMINISTRACIÓN DURANTE EL MES DE FEBRERO

SUMARIO: El manifiesto nacionalista. — Un reportaje imprudente. — Declaraciones del doctor Arturo Berro. — Reportaje del señor Daniel Muñoz. — Segundo reportaje del señor Muñoz. — Desautorización del doctor José P. Ramírez. — Primera carta del doctor José P. Ramírez. — Contestación del Ministro Muñoz. — Réplica del doctor José P. Ramírez. — El famoso reportaje. — La palabra del doctor Gonzalo Ramírez. — La palabra del Presidente. — La palabra del doctor Martín C. Martínez. — Réplica del doctor José P. Ramírez al Presidente. — El "Ultimátum". — Carta del doctor Juan A. Ramírez. — La cuestión de la intervención. — Elección de Presidente del Senado. — El coronel Pampillón y el derecho de asilo. — Opinión del doctor J. J. de Aréchaga. — Opinión del doctor Sáenz Peña. — Opinión del doctor G. Rodríguez — Emplazamiento del coronel Pampillón. — Otra opinión del doctor Sáenz Peña. — Opiniones encontradas. — Opinión del doctor Romeu. — Supuesta fuga de Pampillón. — Neutralidad brasileña. — El entredicho con Italia. — Primera "Legión Garibaldi". — Estado del país. — Los excesos de la guerra. — Trabajos por la paz. — Discurso del doctor Bourel. — El triunvirato pacificador. — Comentarios sobre la iniciativa. — La paz... ¿pero en qué forma? — Intervención de la mujer argentina. — Por los heridos uruguayos. — Cambios Legislativos. — La ley de interdicción. — Los bienes del señor Heber Jackson. — La interdicción y "El Dia". — La misión Mongrell. — La "leva". — La censura. — Convocatoria de la Guardia Departamental. — Medidas administrativas. — La emigracion. — La terminacion de la guerra. — Treinta años después... — Robo de armas en el Parque. — Rechazando un grado. — El Banco de la República. — Javier de Viana. — Politica.

El manifiesto nacionalista

El Directorio Nacionalista, emigrado en Buenos Aires, había publicado, el último día de Enero, un extenso manifiesto, que por sus afirmaciones y su tendencia, dió inmediatamente origen á una polémica sensacional. Ese documento concentraba sobre la personalidad del señor Batlle y Ordóñez todas las responsabilidades de la guerra civil, procurando atraer, sobre la cabeza del primer magistrado, no sólo las iras del partido nacionalista, sino también las del país entero. Presentábase al señor Batlle, como obstáculo *único* para la paz, procurando así que el espíritu público hiciera esta deducción lógica: eliminarlo de la escena política equivalía á eliminar todas las dificultades que se oponían al desarrollo de los mayores progresos morales y materiales en la República. He aquí, en extenso, el manifiesto que pretendió arrojar la manzana de la discordia en el campo *colorado*, y que, como más tarde se verá, no dió para los nacionalistas sino resultados contraproducentes:

« *El directorio del Partida Nacional á sus correligionarios y á la opinión sensata de los pueblos limítrofes de la República Oriental del Uruguay.* — Repentinamente, sin que ningún acontecimiento ó indicio lo hiciese prever, se

ha encendido de nuevo la guerra civil en nuestro país. Millares de ciudadanos pertenecientes al partido Nacional se han visto obligados á tomar las armas, mientras otros tantos han tenido que abandonar la patria, refugiándose en los países fronterizos, que les ofrecen una noble hospitalidad. En ese número nos encontramos los miembros del directorio de ese partido, quienes hemos creído deber nuestro dirigir la palabra á los que, dentro del país y fuera de él, se interesan sobre las causas que han provocado sucesos tan inesperados como calamitosos.

Es bien sabido que la revolución de 1897 terminó por un pacto de pacificación. Entre sus bases figuraba la obligación de dar cierta participación al partido Nacional en la administración pública, como una garantía parcial del sufragio mediante la cual se aspiraba á ir conquistando graduálmente mejores destinos asegurando la tranquilidad pública y el ejercicio de todas las libertades, hasta coronar la obra, fundando una situación regular y sólida con el concurso de todas las fuerzas políticas de la Nación.


CARLOS ROXLO, DIPUTADO NACIONALISTA DECLARADO CESANTE.

El pacto de pacificación fué lealmente cumplido por el gobierno del señor Cuestas. Esa situación, un tanto anormal, pero que proporcionaba un descanso relativo á la República, fué prolongándose por acuerdos sucesivos, que dieron lugar á las dos últimas presidencias constitucionales, la del señor Cuestas, presidente provisional hasta entonces, y la del señor Batlle y Ordóñez. Uno y otro debieron su elección á asambleas legislativas que traían su origen de los acuerdos celebrados entre los dos grandes partidos uruguayos. — El señor Batlle y Ordóñez ascendió al poder sin el voto de la mayoría nacionalista de la Asamblea, si bien obtuvo el concurso de una débil minoría de ese partido. Su primer acto consistió en apartarse de la tradición de los gobiernos anteriores, que llamaban á sus consejos á alguna personalidad caracterizada de esa agrupación política.

Luego rompió con el pacto histórico de la Cruz, reduciendo el número de las jefaturas departamentales concedidas á los nacionalistas hasta entonces. Esa medida, tan violenta como impolítica, provocó una formidable manifestación, ante la cual se sintió conmovido y alarmado el mismo gobierno, quien se apresuró á iniciar gestiones activas para restablecer la paz, que los revolucionarios aceptaron con abnegación, no obstante su indisputable superioridad en aquellas circunstancias. El mismo presidente se hizo un honor en reconocer en esa oportunidad el patriotismo de los ciudadanos en armas.

El antiguo pacto quedó nuevamente afianzado. Su cumplimiento liso y llano hubiera llevado al país, sin dificultades y sin zozobras, hasta las elecciones generales de Noviembre próximo, mediante las cuales debía normalizarse y consolidarse difinitivamente la situación.

Tal era la convicción generosa del partido Nacional y de su prestigioso jefe el general Saravia, quien al disolver sus tropas les decía que las armas de guerra se enmohecerían por inútiles, debiendo ser reemplazadas por las únicas armas que podían salvar á la República, que eran las boletas del sufragio. Todos tornaron á reanudar sus tareas pacíficas, empezando por los jefes, en mucha parte hombres de capital y de trabajo, ganaderos, agricultores, comerciantes, que á causa talvez de su prolongado alejamiento de la cosa pública, han logrado alcanzar su bienestar ó su fortuna.

¿Cuál era, entretánto la línea de conducta observada por el gobierno del señor Batlle? ¿De qué manera se apresuraba á restablecer la confianza pública, remover escollos, hacer honor á sus promesas, consolidar la paz é impulsar los progresos morales y materiales de la Nación?

El presidente se dedicó inmediatamente á renovar el armamento, gastó ingentes sumas en preparativos bélicos, creó nuevas fuerzas de línea, formó un parque considerable, organizó militarmente las policías, distribuyó las tropas en posiciones estratégicas y llegó á su mayor exaltación la intransigencia de su círculo, por medio de la propaganda iracunda de su prensa.

La máquina estaba montada y se esperaba acaso que la agresión partiera de los nacionalistas. Pero como esto era imposible, se acabó por urdir el pretexto. Se dijo que el partido Nacional había exigido el retiro de dos regimientos destacados en Rivera, donde hacían ilusorias en realidad las garantías que debía representar la jefatura política, encomendada á un ciudadano de la confianza de los nacionalistas. Pero jamás se presentó esa exigencia en forma alguna. El partido toleraba esos actos, por más que los considerase graves y violatorios del pacto de Nico Pérez; el directorio nunca se ocupó de ellos, si bien en ningún momento habría llegado á suponer que tales reclamos hubiesen podido bastar para envolver al país en los horrores de la guerra civil.


FIBRINO VIANA, DIPUTADO NACIONALISTA DECLARADO CESANTE.

El presidente Batlle buscó entonces en sus propios actos los motivos que necesitaba para realizar un plan inconfesable. Aun no se había movido un solo hombre en la campaña, y ya el estado de guerra era un hecho. De un día para otro, el país se sintió conflagrado. Los departamentos administrados por ciudadanos nacionalistas se vieron cercados por tropas del gobierno, como si se preparasen para una cacería. Esas tropas avanzaban hacia las capitales de cada uno de ellos, ejecutando una acción envolvente. El general Saravia y los jefes nacionalistas telegrafiaban á Montevideo inquiriendo la causa de tan extraños movimientos y solicitando una palabra que tranquilizase los ánimos. No sabía á qué atribuir aquella marcha agresiva, sin precedentes en la historia. Difícil, era á la verdad explicar lo que ocurría. La clave de los sucesos estaba en manos del presidente.

El general Muniz, al frente de un poderoso ejército, avanzaba á marchas forzadas sobre la capital de Cerro Largo, mientras el general Saravia se paseaba por sus calles tranquilamente, sin dar crédito á la noticia extraordinaria que circulaba.

Todo esto era tan estupendo, que el mismo presidente Batlle pareció en cierto momento, accesible á ideas de concordia. Autorizó á una delegación del directorio nacionalista para que llevase á Melo ciertas proposiciones cuya aceptación pondría término al estado de guerra; prometió iniciar una ley relativa al ejercicio del derecho de voto de las fuerzas de línea. Formaron la delegación los señores Lamas, Baena, Berro, Morelli, Fonseca y Haedo Suárez.

Momentos después de la partida, el ministro de Hacienda, doctor Martín C. Martínez, buscó al doctor Rodríguez Larreta, y le inició en el pensamiento íntimo del presidente Batlle: lo que éste deseaba en realidad, era el acuerdo electoral de los partidos. — « Vaya Vd. á Melo, agregó; traiga el acuerdo y la tranquilidad pública durará por muchos años». — En la madrugada del 3 de Enero llegaba á manos del doctor Rodríguez Larreta un mensaje del secretario del

presidente Batlle, en el que le pedía se viera á primera hora con el ministro Martínez. El mismo día, á las 8 a. m., recibía el doctor Rodríguez Larreta, del ministro de Hacienda, estas líneas escritas por el mismo, bajo el dictado del presidente:

«Si los partidos celebraran un acuerdo electoral que asegurase la tranquilidad y la paz durante todo el período de esta administración, el presidente de la República, convencido que de esa manera desaparecería toda causa de inquietudes y zozobras, no tendría inconveniente en hacer que los regimientos que están hoy en las cuchillas, se retiraran á sus cuarteles.»

Encareciendo el ministro Martínez la necesidad de una partida inmediata, el doctor Rodríguez Larreta salió el mismo día en tren expreso, acompañado por los señores Durán y Castellanos, miembros del directorio.

Se sabe que la gestión encomendada al doctor Rodríguez Larreta obtuvo un éxito completo en lo que dependía del partido Nacional. Las bases fueron aceptadas lisa y llanamente. Esa aceptación fué comunicada al presidente Batlle.



DOCTOR JOSÉ LUIS BAENA, MIEMBRO DEL DIRECTORIO NACIONALISTA

Todo debía darse por concluído, de la manera más satisfactoria. Aun en el dominio privado, una proposición hecha y aceptada, tiene la fuerza de una obligación perfecta. ¿Qué decir cuándo en esa obligación está interesado todo un pueblo, cuya sangre y cuya riqueza se trata de salvar?

Pero el presidente Batlle por segunda vez, retiró sus proposiciones á título de que las circunstancias habían cambiado, ó de que aquellas habían sido formuladas antes de que los nacionalistas se hubiesen sublevado, afirmación errónea, pero que, aun siendo exacta, jamás explicaría el extraño razonamiento oficial, tan opuesto al que empleó al producirse el primer movimiento armado, tan ilógico y tan contrario á todo sentimiento de humanidad y de patriotismo. Si se buscaba la paz para prevenir la guerra, en condiciones aceptables y aceptadas en definitiva, antes ó después, ¿qué razón puede haber para retractarse de ellas siendo el país el que sufre y expía nuestras aberraciones é inconsecuencias?

Entretanto el plan de ataque del gobierno se desenvolvía rápidamente. La delegación nacionalista regresaba y Muniz seguía su marcha apresurada sobre Melo, donde el general Saravia aun continuaba tranquilo. Numerosos correligionarios, sorprendidos y alarmados, buscaban refugio en los montes, pero hasta allí los perseguían las tropas oficiales que los ametrallaban, como si obedeciesen á una consigna de exterminio, impartida en horas de sombrio furor, que nos hacen retrogradar más de medio siglo.

Estos son los hechos; esta la razón de la lucha actual. Que los hombres imparciales que nos escuchan digan ahora de qué parte están las responsabilidades de esta guerra que nuevamente nos deshonra en el exterior y nos aniquila en una época en que el país se reponía de sus quebrantos pasados y asombraba con los prodigios de su exuberante riqueza, empezando á recuperar su crédito en los mercados extranjeros.

¿Hasta donde se prolongará este nuevo sacrificio? No obstante la decisión

con que se baten los ciudadanos del partido Nacional acometidos en su confianza y abandono, sin medir el número ni el poder de sus adversarios; no obstante la firmeza con que afrontan una guerra que no han provocado ni deseado, antes y después del alzamiento en armas, el partido Nacional es y será consecuente siempre con sus tradiciones más honrosas. Quiso la paz en 1872; la aceptó en 1897; la aclamó con júbilo en Marzo último, y hoy mismo hace votos porque ella extienda sus alas protectoras sobre nuestro suelo, tornen sus hijos á esgrimir las armas del trabajo, regresen á sus antiguos hogares los millares de compatriotas que desde los pueblos vecinos contemplan ansiosos el gran desastre, y continuemos el noble aunque difícil ensayo de nuestras instituciones, esforzándonos por armonizar el orden y la libertad. ¡Dios salve á la patria!

Buenos Aires, Enero 28 de 1904. —*Aureliano Rodríguez Larreta, José Luis Baena, Rodolfo Fonseca, Francisco Haedo Suárez, Arturo Heber Jackson, Jacinto D. Durán.*

Un reportaje imprudente

Tres días después de publicado el manifiesto anterior, uno de los primaces nacionalistas—reputado como hábil y travieso político—revelaba en *La Prensa* bonaerense el verdadero pensamiento del Directorio frente al programa de la paz.

«La paz—decía—se impone, bajo cualquier forma decorosa, por ineludible deber de alto patriotismo.

«¿Quién será el que se oponga á que ella se realice?

«El partido Nacional, según públicas manifestaciones de su directorio, la aceptaría complacido. Nunca se ha opuesto á ella, siempre que se le reconozcan sus derechos ciudadanos.

«¿Es entonces el gobierno, el que más empeño debe tener en hacer la paz, quien se opone á su realización?

«Pero existe una dificultad, que nosotros somos los primeros en reconocer, y ella es la permanencia del señor Batlle y Ordóñez en la presidencia de la República.

«Como cualquier arreglo que se haga, debe empezar forzosamente por el sometimiento de los revolucionarios á las autoridades constituídas, *eso es imposible tratándose del presidente Batlle, pues el partido en armas, después de la conducta de este gobernante, provocador de la revolución, no puede ni debe por dignidad someterse á su autoridad. Su eliminación, pues, ó por renuncia del alto puesto que inviste, cuyo paso refluiría en honor de su personalidad, ó por exoneración decretada por la asamblea legislativa, se impone patrióticamente en uno ú otro sentido.*

«Los revolucionarios, producido este hecho, como tendrá que producirse á la corta ó á la larga, depondrán inmediatamente sus armas, estamos seguros, para entrar á tratar en seguida de las condiciones del arreglo, que afiance la paz de una manera sólida y estable.

«Este movimiento de opinión ha empezado ya á esbozarse en el mismo partido dominante. Las principales personalidades de ese partido han demostrado su descontento por la conducta política del señor Batlle, y le exigen el abandono de la presidencia como acto patriótico é indispensable para arribar á la paz que es la aspiración general, á pesar de los triunfos de la revolución, en el pueblo oriental.

«La renuncia ó exoneración del presidente Batlle llevaría al gobierno á un ciudadano distinguido, que no levanta resistencias, el doctor Juan Pedro Cas-

tro, vicepresidente de la República, que inmediatamente de llegar á la presidencia procuraría las negociaciones de paz y los revolucionarios se someterían á su autoridad sin inconveniente alguno.

«A no producirse ese acontecimiento, ó á no intervenir amistosamente, como se asegura, la República Argentina ó el Brasil para obviar las dificultades, continuará esa guerra de recursos, devastadora, sangrienta, que hace retroceder al país á medio siglo de nuestra época».

Al mismo tiempo el doctor Arturo Berro, emigrado en la capital vecina, declaraba lo siguiente, al enterarse de que se iniciaban gestiones para obtener la paz por un grupo de bien inspirados caballeros argentinos.

Declaraciones del doctor Arturo Berro

«En mi concepto, para la paz, la condición ineludible sería la de un gobierno provisorio, *previa renuncia del señor Batlle y disolución del actual Parlamento.*

La actuación del señor Batlle durante diez meses de presidencia ha revelado la carencia absoluta de condiciones para desempeñar el difícil cargo de primer magistrado del Estado.


DOCTOR JUAN PEDRO CASTRO

Es la segunda vez que sus desaciertos políticos y sus provocaciones al Partido Nacional, incendian en la República Uruguaya la guerra civil, con sus inmensos desastres.

El Partido Nacional, por el movimiento que terminó por el pacto de Marzo de 1903, teniendo la victoria, puede decirse, asegurada, renunció á continuar la guerra, para evitar patrióticamente al país la ruina á que lo arrastraría la lucha armada.

El señor Batlle, en su insensato anhelo de despedazar al Partido Nacional y de arrebatarle algunas ventajas obtenidas con cruentos sacrificios en la guerra de 1897, y ratificadas en parte en Marzo de 1903, no vaciló en los primeros días de Enero del corriente año en pretender sorprender con las fuerzas de línea, estratégicamente colocadas de antemano, á los departamentos administrados por jefes políticos nacionalistas.

Dándose cuenta de la responsabilidad gravísima en que incurría ante la historia, tomando la iniciativa personal de una guerra civil, hace ya algún tiempo que ostensiblemente provocaba al Partido Nacional á que se levantara en armas con el propósito preconcebido que ya hemos enunciado.

Pero, como éste rehuía patrióticamente esas provocaciones, persuadido de que el señor Batlle no llegaría hasta extremar las cosas y arrastrar al país á una guerra, se resolvió, al fin, á asumir sobre sí la enorme responsabilidad de ensangrentar de nuevo nuestro hermoso territorio.

Es completamente incierto que el Partido Nacional haya dado paso de ninguna clase con el fin de exigir del gobierno el retiro de los regimientos que éste había ubicado en el departamento de Rivera, confiado á la administración de un jefe político nacionalista. El *ultimátum* nacionalista relacionado con el retiro de esas fuerzas, es *una invención del señor Batlle* para mistificar á la opinión pública.

Un tratado de paz que no tuviera por base la eliminación del señor Batlle de la primera magistratura del Estado, sería de resultados completamente contraproducente. Sería la guerra civil de nuevo en perspectiva, á corto plazo: el señor Batlle en el poder significa la bandera roja del más estrecho partidarismo flotando por encima de la bandera nacional: los intereses de la Nación, sacrificados á los intereses exclusivistas de una bandería política.

En cuanto al Poder Legislativo, entregado á una mayoría colorada que recibe las inspiraciones insensatamente partidarias del señor Batlle, está totalmente inhabilitado, como aquél, para proceder á la obra de reconstitución nacional, que debería ser la consecuencia de un tratado de paz.

Es bien entendido que para una situación racional es indispensable que el ejército de la Nación cese de ser exclusivamente colorado, como lo ha sido hasta la fecha, desde el 20 de Febrero de 1865, en que el partido colorado se apoderó del poder.

Esa circunstancia de que el ejército de la Nación sea genuinamente colorado, exclusivamente colorado, tiene como consecuencia lógica que el partido nacional, despojado de toda ingerencia en la fuerza pública, se vea en la absoluta necesidad de tener, dentro del mismo país, elementos de fuerza que le permitan defenderse en un momento dado contra esa fuerza pública, que no representa á la Nación, sino al partido del poder».

En vista de estas declaraciones, el Ministro Uruguayo en la Argentina, don Daniel Muñoz creyó del caso contestarlas y rebatirlas, en un extensísimo reportaje que vió la luz pública en *La Nación* de Buenos Aires, el 2 de Febrero. De ese reportaje, transcribiremos los párrafos de más significación é importancia:

Reportaje del señor Daniel Muñoz

«En la elección del señor Batlle y Ordoñez, no sólo no cooperó la fracción nacionalista presidida por Saravia, sino que declaró excomulgados y proscriptos del partido nacional á todos los que adhirieron á aquella candidatura, entre los que contaban gran parte de los elementos de más alta intelectualidad, y de mayor cultura del partido. Ese solo hecho desvinculaba por completo al señor Batlle de todo pacto anterior con Saravia, cuya fórmula en la cuestión presidencial fué ésta: «Cualquiera menos Batlle», fórmula que acataron sus secuaces plegándose á todas las combinaciones que pudieran excluir al candidato vetado por el caudillo. No obstante esto, el señor Batlle, con una ecuanimidad y una altura que eran lógica manifestación de sus antecedentes cívicos y de sus sentimientos patrióticos, mantuvo el pacto llamado de La Cruz, nombrando jefes políticos de caracterizada significación nacionalista, en los seis departamentos designados en aquel pacto, y llevando al ministerio á un ciudadano que tenía alta espectabilidad entre el elemento ilustrado dirigente del partido.

¿Cómo respondió Saravia á aquella magnanimidad del nuevo presidente? Todos lo saben. Se alzó en armas contra el gobierno constitucional como acto de protesta contra el nombramiento del doctor Luis Gil, hombre culto, ciudadano intachable, servidor leal del partido nacionalista en la prensa, en la tribuna, en los campos de batalla, en épocas en que Aparicio Saravia era apenas un ignoto guerrillero riograndense, perdido en las filas de su hermano Gumersindo, caudilló de la causa federalista.

Aquel extraño levantamiento de Marzo, del cual los primeros y más sorprendidos fueron los propios miembros del directorio de la fracción saravista, terminó, como es sabido, con un nuevo pacto, llamado de Nico Pérez, por el cual

quedaban los nacionalistas con los mismos seis departamentos, de los cuales cinco serían administrados por ciudadanos propuestos al gobierno por el directorio, y el restante, el de San José, por el que designase á su voluntad el mismo gobierno.

Y aquí entra una parte importante del pacto que es necesario dejar esclarecida. Terminadas casi las negociaciones de Nico Pérez, surgió la cuestión de la ubicación de las fuerzas del ejército Nacional y se pidió al doctor José Pedro Ramírez obtuviese del presidente Batlle la promesa de que no las mandaría á los departamentos de administración blanca. *El doctor Ramírez opuso algunas dificultades para proponer aquella cláusula, que consideraba impertinente y subversiva;* pero con todo, como negociador del pacto, fué á ver al presidente Batlle y expuso la pretensión saravista, dulcificándola en lo posible para no extremar la paciencia del presidente, quien la rechazó en absoluto y terminantemente, declarando que no admitía la mínima restricción á sus facultades constitucionales, de llevar y situacionar la fuerza pública donde quiera que lo creyese conveniente, para mantener el orden interno ó custodiar la integridad nacional. *Así lo transmitió el doctor Ramírez — según me lo ha asegurado hace muy pocos días, — á los miembros del directorio que intervenían en las negociaciones de Nico Pérez y repetidamente lo hizo constar así para evitar futuras complicaciones ó exigencias.*


DON DANIEL MUÑOZ, MINISTRO URUGUAYO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

Pocas horas después el pacto quedó sancionado, dejando en pie la facultad presidencial de disponer sin limitación regional alguna la marcha y situación de las fuerzas del ejército, y esto nadie podrá desmentirlo.

Se quejan los ciudadanos firmantes del manifiesto, de que el señor presidente Batlle, á raíz de los sucesos de Marzo, de lo primero de que se ocupó fué de organizar, aumentar y armar el ejército, y esa queja no es más que una nueva ofuscación, porque el organizar la fuerza pública es no sólo un acto propio y legítimo de las facultades de un gobernante, sino que es un deber primordial, porque el orden social y el desenvolvimiento de los intereses materiales tienen por único cimiento la paz pública, y esa paz sólo puede hacerla efectiva y duradera el gobierno que tenga la bastante eficacia de fuerza para hacer imposible la guerra, y es la evidencia de esa eficacia la que hace la prosperidad de los pueblos que saben que trabajan al amparo de una custodia inconmovible. Porque no basta que un gobierno sea fiel observador de las leyes y honrado administrador de los bienes públicos, sino que es necesario que esas virtudes estén apuntaladas por la fuerza, que es también una virtud cuando no se la aplica á la opresión. Si algún error puede atribuírsele al gobernante oriental, es el de haber confiado demasiado en que el cumplimiento del pacto de Nico Pérez era suficiente garantía de paz, no armándose lo bastante para mejor cimentarla, como lo aconsejaban los sucesos de Marzo, que se hubieran repetido en este Enero si las impaciencias de unos y las jactancias insensatas de otros no hubiesen denunciado la existencia de un plan subversivo.

Y lo más curioso es que se quejan los miembros del directorio saravista de que el gobierno legal de la república se armase, cuando ellos no han hecho otra cosa desde el día siguiente del pacto de La Cruz, lealmente mantenido según confesión de ellos por el señor Cuestas, lo que no impedía que á pesar de esa reconocida lealtad se preparasen para la guerra contra el mismo señor Cuestas ó

contra cualquier otro; y esto es tan notorio que nadie se atreverá á negarlo, pues todos saben que durante el gobierno del leal mantenedor del pacto de Septiembre del 97, los saravistas compraron armas y municiones y formaron todo un parque que fué el mismo que sirvió para la asonada de Marzo y para este nuevo alzamiento preparado y organizado mucho antes de que el gobierno del señor Batlle moviese un solo hombre.

Deploro tener que desmentir á mis distinguidos compatriotas firmantes del manifiesto, cuando afirman que jamás se exigió del señor Batlle en forma alguna, el retiro de los regimientos de caballería destacados en el departamento de Rivera. Quiero creer que ellos no lo sepan, pero el hecho cierto es que la exigencia se hizo y en forma de ultimátum. Puedo afirmarlo así porque lo sé de procedencia insospechable, no sólo porque así lo denunció el diario más adicto al señor Batlle, *como porque personalmente me lo dijo el doctor José P. Ramírez, cuya honorabilidad y rectitud lo acreditan como testimonio irrecusable.* La exigencia se hizo en esta forma: «la permanencia de los regimientos en Rivera la consideramos *casus belli*». *De la transmisión de esta monstruosidad no quiso hacerse intermediario el doctor Ramírez*, y solicitada la intervención del doctor Martínez, tampoco quiso tomarla, de tal manera la consideran vejatoria.

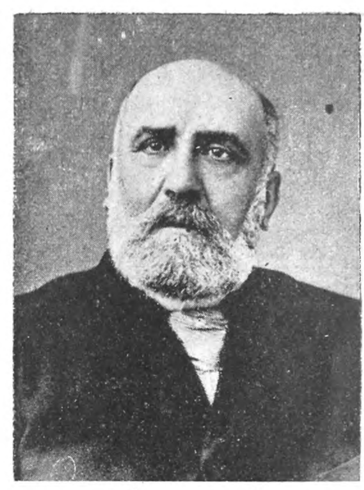
Este asunto del retiro de los regimientos fué tratado en la entrevista que tuvieron con Saravia los miembros del directorio cuando fueron á consultarlo sobre los puntos á tratarse en la convención nacionalista, pero nada se resolvió allí, quedando en iniciar las gestiones para el retiro á principios de Enero, época para la cual tendría ya Saravia preparados sus elementos para reproducir la demostración hípica de Marzo.

No, el gobierno del señor Batlle no provocó á nadie ni á nadie «madrugó» como lo pretenden los señores del directorio. Para lo único que tuvo tiempo fué para prevenirse de un malón análogo al de Marzo, pero no el suficiente para impedir que las divisiones se alzasen y se incorporasen á Saravia como pudo haberlo hecho si realmente su intención hubiera sido la de violar el pacto de Nico Pérez, respetado lealmente por él en todas sus partes con toda la sinceridad de su carácter ajeno á la doblez y á la superchería. Harta paciencia ha tenido el señor Batlle para tolerar que á cada paso se le exigiesen declaraciones sobre el cumplimiento del pacto, porque cuando un hombre de honor como él lo es, ha empeñado su palabra de mantener lealmente lo pactado, no se le anda tocando á cada rato la corneta, como el viejo Silva á Hernani, para recordarle su compromiso.

Quien ha roto el pacto ha sido el partido que se ha alzado en armas y sobre él caen las responsabilidades de esta guerra inicua que no tiene por móvil ninguno de los motivos de dignidad cívica ó de patriotismo que en determinadas circunstancias precipitan á los pueblos á ese doloroso extremo.

Que el señor Batlle se retractó de sus proposiciones, dicen los autores del manifiesto. Nó, no fué él quien se retractó, sino que fué la actitud de rebeldía en que se colocaron los saravistas la que le impuso el retiro de aquellas proposiciones que no podían persistir desde que hubiese en el país un hombre alzado en son de guerra, porque aquella concesión se hacía sólo para evitar la revuelta, pero nunca para transar con ella. El alzamiento fué un acto de prepotencia del caudillo, tendente á demostrar que una vez más el gobierno cedía á la presión de las armas, y eso era intolerable para el decoro y el prestigio del propio gobierno que había llevado sus condescendencias y contemplaciones á su colmo. No era posible conceder más á quien tan malamente correspondía á la hidalguía de un gobernante recto, honrado y pundonoroso.

Mi creencia es que si, como lo pretenden los miembros del directorio, son ellos los que tienen la dirección de su partido, la guerra no continuará, porque ellos son hombres inteligentes é instruídos, incapaces de fomentar la ruina de la patria: pero si, como desgraciadamente lo vienen demostrando los hechos, es Saravia la cabeza dirigente de ese partido, es indudable que querrá hacer durar la guerra hasta que el lamento del país ensangrentado y empobrecido mueva nuevamente á piedad al gobierno y compre la paz á trueque de la piltrafa de una jefatura más ó menos. Pero á ese extremo no se llegará esta vez, porque el gobierno tiene elementos sobrados para reducir á sosiego á los restos de la falange que empezó á dispersarse en Mansavillagra.


DOCTOR JOSÉ P. RAMÍREZ

Y ahora, para concluir, voy á referir un dicho de Sarmiento que es de palpitante actualidad para mi país. Paseaba una tarde en compañía de aquel eminente ciudadano argentino, y hablando de una biografía reciente que de él se había publicado exaltándolo como literato y educacionista, detuvo el paso y me dijo estas palabras: — «Nadie me ha comprendido todavía. Como literato no he hecho más que externar una afición de mi juventud, y como educacionista sólo me he preocupado de preparar el porvenir de mi país echando esa semilla de la instrucción que es de tardía cosecha. Pero lo que realmente he hecho de provechoso, eso no me lo reconoce nadie, y será sin embargo, el pedestal de mi personalidad en la historia argentina. Mi grande obra, mi joven amigo, ha sido acabar con el gaucho montonero y anular al gauchi-político!» Tal vez es esa misma hora histórica la que está sonando en la política interna de la República Oriental!»

Segundo reportaje del señor Muñoz

Respecto á las manifestaciones hechas en los diarios bonaerenses por varios miembros del directorio nacionalista, en el sentido de que la eliminación del señor Batlle y Ordóñez pondría término inmediato á la revolución, el señor Daniel Muñoz creyó del caso tomarlas en cuenta en un segundo reportaje.

«Confieso que tales declaraciones me han causado una profunda y dolorosa impresión, porque en ellas se revelan una ofuscación y una intransigencia que pueden conducir á las más deplorables consecuencias,» — decía el 4 de Febrero en *La Nación* bonaerense.

«Reconcentrar en el señor Batlle todas las abominaciones de la guerra é indicar en seguida como único remedio para curar tanto daño la eliminación del presidente de la república, importa arrojar al viento una mala semilla que encontrará fértil campo para germinar en las alucinaciones, en los fanatismos, en el romanticismo histórico de esos ignorados salvadores de la patria que surgen de repente en el fermento de las exaltaciones, como los hongos en los fermentos de la humedad. No ha sido esa, seguramente, quiero y debo creerlo, la intención de aquellos mis distinguidos conciudadanos; pero ella fluye, tal vez á pesar de ellos

mismos, de sus propias declaraciones, que son una reproducción de la fórmula presidencial de Aparicio Saravia: ¡Cualquiera menos Batlle! con la diferencia de que antes de la elección la sentencia eliminatoria del candidato podía cumplirse por las combinaciones del sufragio, mientras que ahora sólo puede hacerse efectiva por medios violentos, de que se haría ejecutor, como siempre, ó casi siempre, algún irresponsable, trastornado por malas lecturas ó sugestionado por insinuaciones de las que todos después repudian la paternidad, horrorizados de sus funestas consecuencias.

«Hasta la misma metáfora empleada por los declarantes para expresar su pensamiento ha sido desacertada, pues pudiendo haber dicho «retiro» ó «espontánea separación», como fué sin duda el pensamiento de aquellos caballeros, han hablado de «dolorosa amputación», y las amputaciones, lo sabe bien el doctor Fonseca, que es uno de nuestros más hábiles cirujanos, no se hacen sin derramamiento de sangre. Por lo demás la fórmula de paz saravista es absurda, porque, no ya admitirla, pero discutirla siquiera, importaría reconocer la prepotencia del veto de la lanza sobre el voto de una asamblea legal.



CARGANDO ARMAMENTO EN LA JEFATURA

«La elección del señor Batlle, no fué, como es de pública notoriedad, el fruto de ninguna coacción, ni de ningún fraude, ni siquiera de una intriga política. Fué la obra de una perfecta legalidad, y de una completa independencia, cooperando en ella importantes elementos intelectuales de todos los partidos. Legítima en su origen la elección del señor Batlle, ninguna razón superviniente la ha bastardeado, pues sus actos como gobernante han sido intachables; á nadie ha perseguido; las libertades públicas se han ejercido sin la mínima restricción; el erario han sido administrado con escrupulosidad y pulcritud por todos reconocidas. ¿Qué fundamento legal ó moral, puede, pues, tener el pedido de eliminación de un funcionario que tan sincera y honradamente ha dado cumplimiento á su mandato?

«Creo posible la paz sobre base mucho más racional y menos compleja que la que apuntan los señores del directorio. La paz sería un hecho mañana mismo, por el sometimiento de los alzados en armas, que sería algo más lógico que la eliminación del presidente constitucional, restableciendo así el sosiego sobre el principio fundamental de toda organización política y social: el respeto y acatamiento de los poderes constituídos. Entonces sí que tendría la República Oriental una paz grande y duradera, en vez de esa paz pequeña y precaria de los pactos fundados en concesiones regionales que se convierten en feudos inaccesibles á la acción y á la administración del poder central.

«Dentro de esa paz amplia, sin estrecheces y limitaciones, es que podría el presidente Batlle dar expansión á sus sentimientos de altruísmo y ecuanimidad, y tengo por seguro que todos los partidos se encontrarían holgados y tranquilos, librando la gestión de sus intereses á los hombres llamados por su ilustración y su experiencia á dilucidarlos en la prensa, en el comicio, en la legislatura, en vez de confiarlos á la custodia de una lanza siempre pronta á la acción brutal;

procurando por la evolución lo que nunca se alcanzará por la revolución, y buscando en los acuerdos soluciones pacíficas y nobles, que lleven á ese pueblo anheloso de trabajo y de progreso al reposo necesario para que pueda desenvolver sus fuerzas entumecidas en los encogimientos de la zozobra perpetua. Esa es la base ancha y sólida de la paz uruguaya y á ese fin deberían tender todas las influencias y encaminarse todos los consejos, en vez de insinuar la eliminación del señor Batlle, después de acumular sobre su cabeza todos los desastres de la patria, para que mañana un loco ó un fanático se haga el brazo sanguinario de esa idea. »

El mismo dia que vió la luz, en Montevideo, la reproducción del primer reportaje del señor Muñoz, el doctor José P. Ramírez hizo publicar en los principales diarios la siguiente desautorización, tan lacónica como terminante:

Dasautorización del doctor José P. Ramírez

Señor Director: — Acabo de leer en *El Telégrafo Marítimo* un reportaje hecho al señor don Daniel Muñoz por *La Nación* de Buenos Aires, en el cual se hacen diversas referencias á mi persona. Desautorizo en absoluto esas referencias por inexactas, y no entro en mayores explicaciones en razón del régimen anormal á que está sometida la prensa en el actual momento.

Suplico á usted quiera ordenar la inserción de estas líneas y se lo agradecerá. — *José P. Ramírez.*

Como se ve, el doctor Ramírez manifestaba que no entraba en explicaciones *en razón del régimen anormal á que estaba sometida la prensa.* Enterado de ello el Presidente de la República, envió á su secretario, señor Román Freire, para que manifestara al doctor José Pedro Ramírez, en su nombre, que en vista de su rectificación publicada, se complacía en advertirle que tenía absoluta libertad para aclarar en las columnas de la prensa la cuestión que dió mérito al reportaje del señor Daniel Muñoz y que en tal concepto, creía que el doctor Ramírez estaba en el deber de hacer estas aclaraciones.

El doctor José Pedro Ramírez, había enviado ya una carta sobre el asunto á *La Nación* de Buenos Aires, pero prometió hacer en Montevideo una publicación análoga.

En cuanto al doctor Gonzalo Ramírez, también recibió del Presidente Batlle por intermedio del doctor Domingo Arena, el pedido de que explicara su actuación en los sucesos, pudiendo expresarse con completa libertad y sin sujeción á ninguna censura.

He aquí la carta que por intermedio del doctor Aureliano Rodríguez Larreta remitió el doctor José Pedro Ramírez á *La Nación* de Buenos Aires y á que poco más arriba hemos hecho referencia:

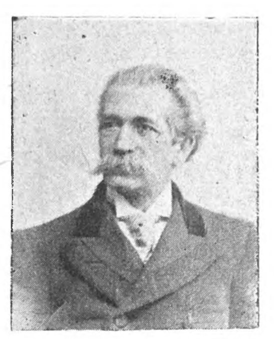
Primera carta del doctor José P. Ramírez

« Señor Director de *La Nación:* — He tenido ocasión de leer el reportaje que hizo ese diario á don Daniel Muñoz, nuestro ministro en ese país, con motivo de la aparición del manifiesto nacionalista, y como en ese reportaje se me hace figurar, para abonar tales ó cuales apreciaciones respecto de sucesos en que tuve intervención, cúmpleme declarar que desautorizo por inexactas las declaraciones y las apreciaciones que el señor Muñoz me atribuye, salvando naturalmente, su sinceridad, al tergiversar y confundir cuanto dije en la breve conversación íntima que mantuvimos cuando estuve, hace quince días, en esa ciudad.

Pocos días antes se me había exhortado á esclarecer esas mismas cuestiones. y con todos los antecedentes de que podía disponer por mi intervención principal y directa en ellas, escribí extensamente, pero el mismo día en que debía entregar los originales á la imprenta, se promulgó un decreto, prohibiendo toda apreciación ó comentario de cualquier género que fuese, respecto de los sucesos políticos de actualidad, y tuve que reservar lo que había escrito.

Como se comprende, residiendo en mi país, no debo ni quiero sustraerme al imperio de ese decreto, publicando en un país extranjero lo que no puedo publicar en el mío, y esa es la razón por que no entro en explicaciones y rectificaciones concretas que me obligarían á dar mucho vuelo á mi contestación y á reproducir lo que con otro motivo había escrito ya. —Todo eso se hará á su tiempo.

Suplico al señor Director de *La Nación* quiera admitir estas líneas en su ilustrado diario y lo agradecerá su muy atento y S. S.—*José P. Ramírez.*—Montevideo, Febrero 3 de 1904.»



DOCTOR ALFREDO VÁSQUEZ ACEVEDO

A esta carta contestó el señor Daniel Muñoz con otra muy extensa que fué publicada en las columnas de *La Razón*, y de la cual reproducimos aquella parte que se concreta y ciñe al punto debatido:

Contestación del Ministro Muñoz

« Supe á mediados del mes de Enero, (no recuerdo precisamente el día) que el doctor Ramirez había llegado á Buenos Aires, y como el mismo diario que daba la noticia agregase que en el día se reembarcaría para Montevideo, fuí por la tarde á la dársena para esperarlo y conversar con él siquiera unos minutos. Pero llegó la hora de la partida del vapor, y como el doctor Ramírez no apareciese, volví á mi casa donde supe casualmente por persona que estuvo á visitarme que aquél no partiría hasta el día siguiente. Pregunté por teléfono al Hotel Helder si paraba allí y me contestaron negativamente, con lo que dejé para la mañana siguiente averiguar su apeadero. Lo conseguí cerca del medio dia, sabiendo que estaba en el Hotel Metropole, y allí me dirigí, pero no encontrándolo, le dejé escritas cuatro líneas en las que le manifestaba los deseos que tenía de verlo y le apuntaba la dirección de mi casa para que se sirviese indicarme á qué hora y dónde podría encontrarlo. El doctor Ramírez tuvo la deferencia de venir á mi casa ese mismo día hacia las dos, y á solas en mi escritorio nos pusimos á conversar de los sucesos que se desarrollaban en nuestro país. que lo tenían á él muy preocupado. Y entonces empecé yo á preguntar y él á contestarme, con toda esa sinceridad y vehemencia que le son características.

—Pero Vd. que intervino en el pacto de Marzo,—le dije,—debe saber positivamente si se convino algo sobre la ubicación de los regimientos.

—Claro está que lo sé,—me contestó—tanto más que esa dificultad surgió á última hora, cuando estaban ya casi ultimadas las negociaciones del pacto. Avisado de lo que ocurría en Nico Pérez, empecé por objetar que me parecía imprudente tocar ese punto, pero urgido por una contestación categórica, fuí á ver á Batlle y lo enteré de la dificultad surgida. Batlle no titubeó ni un momento para darme su respuesta franca y resuelta: « No admito, dijo, la mínima restricción á mi facultad constitucional de situar las fuerzas donde lo crea necesario para el mantenimiento del orden interno ó para el resguardo de la so-

beranía nacional». Comprendí en el tono de Batlle, — agregó el doctor Ramírez. —que era inútil toda insistencia, y no insistí, pero Batlle, como adelantándose á destruir toda sospecha que pudiera nacer sobre la sinceridad de sus propósitos ulteriores me dijo:— « A Vd. como amigo, *pero sin que esto entre para nada en el pacto*, le declaro que yo no haré uso de esa facultad con fines electorales ». Entoces yo, — continuó el doctor Ramírez, — comuniqué á los negociadores del pacto, *clara y terminantemente*, que Batlle no admitía cláusula ninguna que importase una limitación de su facultad de llevar la fuerza pública donde lo creyese necesario cuando las circunstancias se lo aconsejasen, y esto sin duda se discutió en Nico Pérez largamente, pero al cabo de dos ó tres horas vino la respuesta de que el pacto quedaba aceptado sobre las bases antes convenidas, sin hablar para nada de la ubicación de los regimientos.

Yo creo que si el doctor Ramírez quiere hacer un pequeño esfuerzo de memoria, reconocerá que he reproducido casi textualmente su relato, pero aun cuando no fuera rigurosamente textual lo narrado, afirmo que virtualmente eso fué lo que me dijo.

Y ahora continúo la narración del diálogo.

— Pero ¿cómo, si así quedó establecido, ha podido ahora surgir esta exigencia del retiro de los regimientos, llevados á Rivera á pedido del mismo Jefe Político?

— Esto es obra, — me contestó el doctor Ramírez, — de una imprudencia (creo recordar que dijo también intemperancia) inexplicable del doctor Lamas. Le voy á contar los antecedentes: en la reunión que celebraron los delegados del Directorio con Saravia á principios de Diciembre, se tocó el punto del retiro de los regimientos. Algunos opinaron que era necesario formular la exigencia inmediatamente, pero otros, y entre ellos el mismo Saravia, consideraron que sería más prudente esperar á que el gobierno los retirase espontáneamente, y si para mediados de Enero no lo hubiese hecho, empezar entonces á hacer las gestiones conducentes á aquel resultado. Y así parece, según mis informes, que quedó convenido.

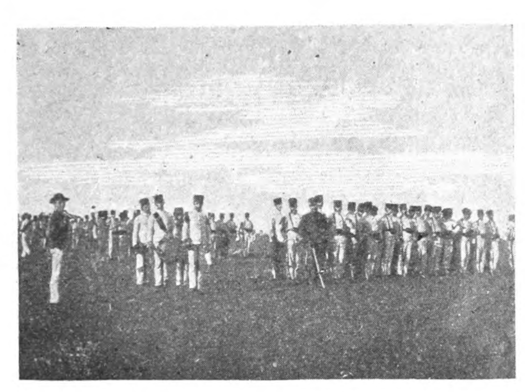
Abro aquí un paréntisis para hacer una salvedad, pues no quiero adelantar una sola afirmación en mi relato que no esté confirmada por una profunda convicción. No puedo pues afirmar si lo que el doctor Ramirez me dijo fué que á él le llevase primeramente el doctor Lamas la fórmula del ultimátum ó al doctor Martín C. Martínez; pero lo que sí puedo afirmar rotundamente es que la fórmula fué la que yo he hecho pública: « el no retiro de los regimientos lo consideramos *casus belli*. Recuerdo que yo lo interrumpí interrogándolo: *¿Casus belli?* Y el doctor Ramírez con su vehemencia habitual me repitió:— Sí, asómbrate, *casus belli*—y agregó: « textual! »

Pero sea que la fórmula se presentase primeramente al doctor Ramírez ó al doctor Martínez, el detalle no altera en nada lo fundamental de mi relato que prosigo así:

El doctor Martín C. Martínez hizo llamar ó fué él á ver (tampoco lo recuerdo precisamente) al doctor José Pedro Ramírez, á quien consultó sobre si trasmitiría al Presidente el ultimátum.— « El caso era gravísimo, — continuó el doctor Ramírez, — porque conociendo como conozco á Batlle comprendía que aquella exigencia (tal vez dijo monstruosidad) lo iba á exasperar y entonces convinimos con Martínez en no decir nada á Batlle y procurar que Lamas retirase el ultimátum ó que por lo menos, iniciase la gestión para el retiro de los regimientos en términos más conciliatorios. Comprendiendo sin embargo, que una imprudencia ó una indiscreción cualquiera podía echarlo todo á perder, establecimos

con Martínez guardar la más absoluta reserva, y á tal extremo, que me pidió Martínez que ni siquiera á mi hermano Gonzalo se lo dijese, y así se lo prometí.

Cuál no sería mi sorpresa, continuó el doctor Ramírez, cuando al llegar á casa poco rato después, me encontré con mi sobrino Antonio, quien de buenas á primeras me preguntó: — « ¿ No sabe la noticia que corre ? — ¿ Que noticia ? lo interrogué. — Pues, que los blancos le han pasado un ultimátum al Presidente para que retire los regimientos de Rivera.— Comprendí que todo estaba perdido y ya no quise intervenir en nada más, desesperado al ver que la guerra era inevitable por la imprudencia inconcebible de quien había divulgado la noticia del ultimátum, que no fuímos, como comprenderás, ni Martínez ni yo, únicos que creíamos saberla fuera de los proponentes. Para mí ha habido en todo esto una precipitación que no sé á qué atribuir, pues como ya te he dicho, lo resuelto en la reunión de los delegados con Saravia fué esperar hasta mediados de Enero el retiro de los regimientos de Rivera por espontánea voluntad del Gobierno, y tan es así, que ese telegrama de Saravia que habrás visto publicado preguntando al Directorio cuál es la causa de la agitación que empezaba á notarse en campaña, es sincero, porque él realmente ignoraba que se hubiese presentado el ultimátum en la fórmula perentoria que te he contado ».


BATALLÓN 6.° DE GUARDIAS NACIONALES

Lo fundamental en el testimonio que he citado del doctor Ramírez son dos únicos puntos: 1.° Que en el pacto de Nico Pérez, no se incluyó ninguna cláusula restrictiva de la facultad presidencial de situar la fuerza pública donde mejor conviniese para garantir el orden interno y custodiar la integridad Nacional. 2.° Que el pedido de retiro de los regimientos de Rivera se formuló en carácter de ultimátum y que por consiguiente la provocación de la guerra partió de la fracción saravista.

Esto era lo que yo tenía que argumentar contra el manifiesto de los miembros del Directorio emigrados, y para atestiguar mis aseveraciones las solemnicé con el único documento de que disponía; un documento humano que tenía para mí la garantía de una indiscutible honorabilidad. Tal vez me queda como única culpa el haber hecho uso de referencias privadas que no debí publicar sin previo asentimiento del referente, pero yo creo que cuando se trata de hacer la historia de los hechos no caben reservas, sobre todo cuando esos hechos han sido tergiversados con el propósito de acumular graves responsabilidades á quien no las ha contraído.

Comentarios, conjeturas, apreciaciones, todo eso debe morir en la reserva de quien confidencialmente las escuchó, porque así lo exigen la hidalguía y la discreción, pero los hechos no pertenecen á los hombres que en ellos han actuado sino á la historia, y yo me he concretado á los hechos que constituyen la historia de los antecedentes del sangriento conflicto que hoy asola y enluta mi país.»

Como réplica al señor Muñoz publicó el doctor José P. Ramírez, en *El Tiempo* del 6 de Febrero, la carta y el reportaje que á continuación transcribimos:

Réplica del doctor José P. Ramírez

Señor Director de *El Tiempo*: — Remito á usted el reportaje que se sirvió hacerme inmediatamente de fracasar las negociaciones de paz en que intervino el doctor Martínez y que quedó en mi poder á consecuencia del decreto del Gobierno limitando la libertad de la prensa, y cuya remisión he demorado, porque no estaban incorporados los telegramas que instruyen mi exposición; me encontré con que los había extraviado y he tenido que recurrir á las oficinas telegráficas para otener nuevas copias.

Me ratifico en que nada «conversé» con Daniel Muñoz, que no esté de acuerdo en lo fundamental con lo que expongo en ese reportaje, «ya escrito cuando conversaba con Muñoz», y consignado con anterioridad en carta que tiene en su poder el doctor Alfonso Lamas.

Como se comprenderá, á menos de ser un insensato, no podía yo complacerme en referir á Muñoz cosa diversa de lo que había escrito para publicar y me prometía publicar así que se restableciese la libertad de la prensa, y sobre todo de lo que estaba consignado bajo mi firma, en un documento que se me había pedido para hacerlo valer solemnemente. — Naturalmente, hay algo de verdad en lo que refiere Daniel Muñoz, y se demuestra leyendo mi reportaje; pero modificado, alterado y tergiversado de una manera irritante, sí, irritante, por más que me empeñe en persuadirme y esté persuadido de que modifica y tergiversa lo que conversamos, inconscientemente, aunque sugestionado, en el primer reportaje, por el natural empeño de ser agradable á su gobierno, en su último artículo por salir airoso de una aventura que acusa por lo menos una ligereza imperdonable.

Las cosas han pasado como las refiero en mi reportaje, y han sido apreciadas por mí en todo tiempo como en ese reportaje las aprecio, y á eso ha de estarse y no á las conversaciones *familiares* que por recuerdos vagos traslada á la prensa ese estimado compatriota.

Saludo al señor Director de *El Tiempo* con mi más distinguida consideración. — *José P. Ramírez.*

He aquí ahora el famoso reportaje á que alude la carta anterior:

Repórter. — Suplico á usted quiera explicarme ante todo lo ocurrido respecto al primer punto.

El famoso reportaje

Doctor Ramírez. — Lo ocurrido á ese respecto es lo siguiente: El 27 de Marzo, el mismo día en que se ratificó la convención de la paz que puso término al alzamiento del Partido Nacional, ajustada en Melo con el jefe del movimiento, á condición de ser ratificada por los jefes de su ejército que debían reunirse en Nico Pérez, el doctor Lamas me dirigió un telegrama desde esa misma localidad, invitándome á concurrir á la estación del Ferrocarril Central á las 10 a. m., para conferenciar. — Concurrí á la hora indicada y el doctor Lamas me manifestó «que llegaba á su noticia y de sus amigos que el Presidente de la República tenía en vista colocar fuerzas de línea en los departamentos que debían ser administrados por ciudadanos afiliados al Partido Nacional, y que como ese rumor ó noticia podía obstar á la aprobación de la convención de paz, por los jefes allí reunidos ya con ese objeto, me pedía que me apersonase al Presidente de la República y le pidiese explicaciones y seguridades al respecto.»

Me apersoné inmediatamente al Presidente de la República; puse en su conocimiento la comunicación telegráfica del doctor Lamas, y el Presidente de la República me manifestó que no tenía el propósito que se le atribuía, que así me lo manifestaba confidencialmente y que en la misma forma podía transmitirlo al doctor Lamas, pero previniéndole que eso no formaría parte del pacto ya ajustado ni sería objeto de otro compromiso cualquiera de su parte.

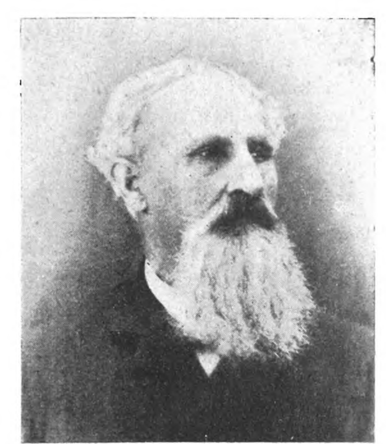
Consideré que eso podía y debía tranquilizar á los jefes del movimiento revolucionario y contesté al doctor Lamas en estos términos:

«Celebré conferencia con Presidente, sobre departamentos nacionalistas con resultado completamente satisfactorio, pero todo eso, como lo indicó, en forma puramente confidencial y sin que eso sea objeto del pacto ya convenido y de otros compromisos cualesquiera. Sabe usted que no me avanzo ni aventuro en tan grave asunto, y que pueden confiar en mis manifestaciones y declaraciones.

«Creo conveniente no entrar en detalles por telégrafo. Presidente me ha dicho manifieste á usted que en vista movimiento Abelardo, ha ordenado se efectúen ciertas concentraciones de las fuerzas del Gobierno, pero naturalmente manteniendo el compromiso de suspensión de hostilidades.

«La ansiedad cada vez mayor y el sentimiento de la paz cada vez más imperioso. Prepárase un mitin colosal para realizarse inmediatamente de que se tengan noticias de la ratificación de la paz.

«Diga ¿cuál es el estado de cosas ahí? ¿Cuándo quiere que vuelva á la estación para comunicarme nuevamente?»



PEDRO ECHEVERRÍA, EX JEFE POLÍTICO DE TREINTA Y TRES

Pocas horas después, del mismo día, recibí este otro telegrama del doctor Lamas:

«Imponente asamblea veteranos y hombres jóvenes del partido nacional con espada al cinto acaban de votar por aclamación la paz de la república. Acepte un abrazo de—*Alfonso Lamas.*»

Eso es todo lo ocurrido por mi intermedio, y entiendo que es todo lo ocurrido al respecto.

Me creí habilitado para decir al doctor Lamas que el resultado de mi conferencia con el Presidente de la República había sido satisfactorio, porque me bastaba que desautorizase como desautorizó los rumores ó las noticias que alarmaban á los jefes del ejército revolucionario, y no debía preocuparme de fórmulas y compromisos escritos, dado que las negociaciones se habían planteado en el terreno de una confianza ilimitada en la lealtad del Presidente de la República.

En telegrama al Presidente de la República, del 22 de Marzo, cuando regresábamos con el doctor Lamas, de Melo, desde Nico Pérez, le decíamos:

«Debemos agregar que las dificultades relativas á la forma de establecer las condiciones de la solución á que nos referimos en nuestro telegrama de anteanoche han desaparecido, por cuanto el general Saravia y los delegados del Directorio están dispuestos á librar el fiel cumplimiento de lo que se convenga á la lealtad del Presidente de la República».

Y á ese telegrama el Presidente de la República contestaba en estos términos:

« Recibí con satisfacción el patriótico telegrama de ustedes.

« Al iniciar las negociaciones de paz confié siempre en el patriotismo, que es patrimonio de los orientales, y en que mis adversarios de ocasión habrían de confiar también en la lealtad de mis sentimientos y en mis antecedentes cívicos. »

Repórter. — ¿Cuál era en su concepto el significado y el alcance de esas manifestaciones del Presidente de la República?

Doctor Ramírez. — En mi concepto el presidente de la República no quiso enajenarse en absoluto el derecho de llevar fuerzas de línea á los departamentos administrados por ciudadanos nacionalistas, pero significó bien claramente que no tenía el propósito de ejercitar ese derecho como medio de neutralizar las ventajas que la Convención de Paz de Nico Pérez acordaba al Partido Nacional, en cuanto en ella se establecía que ciertos y determinados departamentos serían administrados por ciudadanos afiliados á ese partido, y para más afirmar esas ventajas, que los delegados del Poder Ejecutivo en esos departamentos serían nombrados con acuerdo de su Directorio.

No cabe duda que el presidente de la República al enviar el 2 de Noviembre del año pasado al departamento de Rivera los regimientos números 4 y 5, no tuvo en vista consideración alguna de política interna, sino razones de interés general y hasta de carácter internacional, al extremo de que, según entiendo, la presencia de los regimientos en Rivera fué requerida por el propío Jefe Político entonces, señor Cabrera, representante hasta cierto punto del partido nacional en ese departamento, según el régimen anormal y subversivo de todo principio institucional en que vivimos desde la solución de paz de 1897.

Tampoco cabe duda de que la permanencia indefinida de esos regimientos en el departamento de Rivera, después de solucionado el conflicto internacional y regularizadas las perturbaciones de carácter interno, que fueron su consecuencia, dejaría de tener el significado de su origen, convirtiéndose en un medio calculado para neutralizar las ventajas alcanzadas en ese departamento por el partido nacional conforme al pacto de Nico Pérez, sobre todo si se les hiciera servir para fines electorales; pero la verdad es que no había llegado, en mi concepto, el momento de plantear la cuestión en términos absolutos.

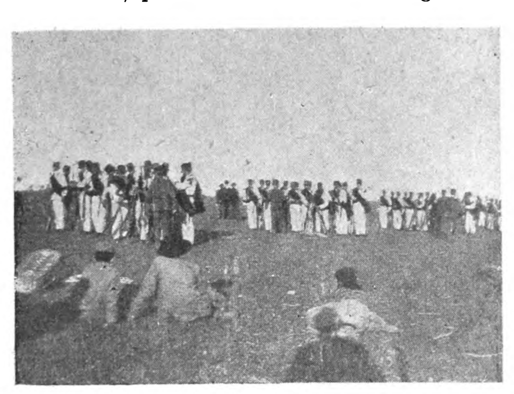
A fines de Diciembre, el conflicto internacional no había tenido solución ni la ha tenido hasta la fecha, y subsistía por consiguiente la razón que había determinado la presencia de esos regimientos en el departamento de Rivera. Aunque tal razón no existiese en puridad de verdad, existía el pretexto legal, y era una imprudencia formular ninguna exigencia perentoria á ese respecto, y sobre todo ante la perspectiva, más que probable, por el conocimiento que se tenía de la disposición de ánimo del presidente de la República en ese momento, de que formular la exigencia era decretar la guerra civil con todas sus perturbaciones y todos sus horrores.

Repórter. — De manera que usted inculpa exclusivamente al partido nacional ó á su Directorio ó á su jefe militar, en el incidente que ha creado esta situación de guerra.

Doctor Ramírez. — Absolutamente, no. — El pacto de La Cruz, prorrogado por el señor Cuestas para fines personales y aceptado después por el señor Batlle, por evoluciones y exigencias de la lucha presidencial, imponía suma prudencia y tolerancia en el mantenimiento de las relaciones extrañas que establecía entre el gobierno y los partidos, y si bien no puede acusarse al señor Batlle de

ningún acto atentatorio, así como debe reconocerse que ha administrado y administra con irreprochable corrección y rectitud, se le puede reprochar que no se haya colocado dentro del ambiente del convencionalismo que él mismo autorizó y prestigió bajo el señor Cuestas y aceptó para venir á la Presidencia de la República. En mi concepto, en vez de distanciarse de los hombres dirigentes del partido nacional y colocarse en el terreno de los recelos y de la desconfianza á su respecto, debió atraerlos y tranquilizarlos para mantener la paz y la concordia durante el interinato singular en que le cabía gobernar el país, por su propia y deliberada voluntad.

Desde que el señor Batlle aceptó *enfeudar*, por decirlo así, varios departamentos de la República, no podía ni debía desdeñar ciertas explicaciones cuando se veía precisado á enviar cuerpos de línea á esos departamentos y á conservarlos en ellos por tiempo indeterminado. El sacrificio de su autoridad estaba hecho por la aceptación del pacto de La Cruz, que no se acentuaba ni se agravaba por actos que eran su consecuencia y que se imponían por razones de tacto político y de franca sinceridad. Sólo á esa condición era posible mantener la paz y la concordia, una vez aceptado el régimen anormal y subversivo del convenio de paz de 1897.


EJERCICIOS DE LA GUARDIA NACIONAL

Repórter. — ¿Pero cómo es posible que llame usted régimen anormal y subversivo al que estableció el pacto de La Cruz, á que usted prestó su asentimiento, como que fué uno de los negociadores de ese acuerdo?

Doctor Ramírez. — Me felicito de que usted me ponga en el caso de explicar esa aparente contradicción.

Lo pactado en el convenio de La Cruz era aceptable como expediente para salir de una situación de fuerza y concluir con las devastaciones de una guerra civil interminable, restablecer la paz y garantizar relativamente á todos los ciudadanos en los comicios que debían celebrarse inmediatamente después y debían ser la base de la nueva situación á constituirse. Realizadas las elecciones, las estipulaciones de aquel pacto caducaban virtualmente y el nuevo gobierno ejercía su autoridad en pleno régimen institucional y sin reatos ni limitaciones de ningún género. Eso y nada más que eso fué el pacto de La Cruz, y con esa limitación y sin más alcance podía ser refrendado por el más escrupuloso de los ciudadanos en el culto de las instituciones.

Fuera de las instituciones se encontraba el país en el momento en que se pactaba, y fuera de las instituciones se conservaba para encarrilar nuevamente en el régimen institucional; pero en honor de la verdad y para apreciaciones ulteriores debo revelar ó recordar antecedentes que no todos conocen y que muchos habrán olvidado.

Esa misma solución, que, si era admisible, no era la más elevada ni la más patriótica, no fué una exigencia de la revolución. — Por el contrario, fué resistida tenazmente. — Empeñados en esa discusión, que empezó á las 11 de la noche

en mi primer viaje al ejército revolucionario, nos sorprendió la aurora del día siguiente. — «Esa solución es pequeña, raquítica — decía el coronel Lamas — preñada de dificultades y abocada á conflictos frecuentes, como lo que es subversivo al régimen institucional. Levantemos el punto de mira y hagamos algo más grande. Pongámonos de acuerdo en una candidatura presidencial que á todos tranquilice y á todos satisfaga, y dejemos que el elegido gobierne sin limitaciones ni reatos convencionales dentro de las instituciones y con arreglo á las leyes. A esa condición, agregaba, renunciamos á las jefaturas políticas y á las demás ventajas subalternas que el gobierno nos ofrece» y cabe aquí observar que los jefes revolucionarios hablaban en el concepto de que esas candidaturas su buscarían fuera de sus filas, como lo demostraron en las negociaciones de Aceguá proponiendo una terna compuesta de don Tomás Gomensoro, don Jacobo Varela y del ciudadano á quien usted reporta, de actuación militante en el partido dominante los dos primeros y hasta cierto punto vinculado al mismo por antiguos recuerdos y tradiciones el último.

Excusado es decir que el coronel Lamas, calurosamente ayudado por el general Saravia, predicaba á un «convertido», sólo que el «convertido» sabía que era tiempo perdido buscar la solución en esas altas regiones del más puro patriotismo. — Por entonces el señor Cuestas no era el candidado del partido nacional y ni siquiera de su propio partido, y evolucionaba ya para ser obligadamente el Presidente de la República, sin reservas y sin escrúpulos, como lo demostró más tarde, derrocando para serlo á la propia Asamblea á que debía su investidura presidencial, puesto que la ejercía como presidente del Senado que derrocaba.

A convencerlos, pues, de la imposibilidad de toda otra solución que la propuesta se concretaron mis esfuerzos aquella noche, que triunfaron, al fin, en una segunda conferencia del día siguiente.

Recuerdo todavía que, cuando en ocasión del levantamiento de Marzo me empeñaba en convencer al general Saravia de que ese movimiento no tenía bandera, que si la tenía no era bastante amplia y que el país no le perdonaría que lo lanzase á las devastaciones de la guerra civil por una Jefatura más ó menos, me recordó la conferencia de aquella noche memorable de La Cruz, exclamando: «Usted recordará, doctor Ramírez, que el coronel Lamas y yo resistíamos esa solución de las Jefaturas; — no se quiso entonces dar al Partido Nacional otra garantía que la administración de seis departamentos, y el Partido Nacional tiene el derecho y está en el deber de conservar las únicas garantías que se le ofrecieron, se le dieron y se le han confirmado por acuerdos posteriores.»

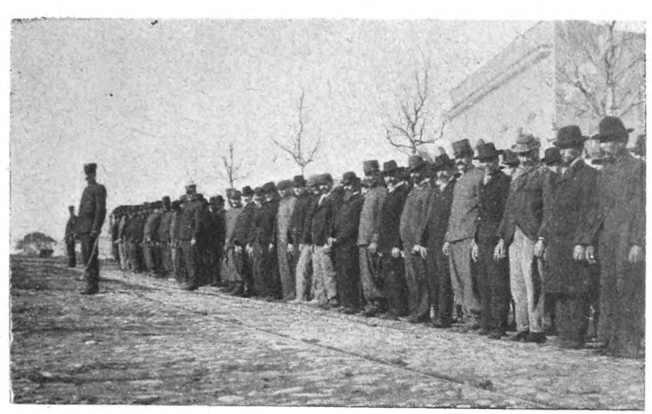
No faltarán espíritus suspicaces que crean descubrir en esa actitud de los jefes revolucionarios en las conferencias de La Cruz una actitud de aparato, que descansaría en el propio convencimiento de la misma imposibilidad con que yo les argüía, pero tengo demasiado alta idea del malogrado compatriota que la inspiraba para suponer móviles tan menguados en tan noble y patriótica actitud.

Repórter. — Pero, ¿no le parece doctor Ramírez que nos alejamos de la cuestión concreta y palpitante?

Doctor Ramírez. — De ninguna manera. — He necesitado explicar como se incubó ese régimen en que hemos vivido desde 1897, y cómo de accidental, para salir de una situación de fuerza y reconstituir el país sobre la base de elecciones libres y regulares, dando representación á los dos partidos militantes á favor de una ley que establecería esa grande y saludable reforma, se convirtió en régimen permanente de los períodos presidenciales sucesivos, y como todos he-

mos concurrido á crearnos esa situación inclusive el señor Batlle como ciudadano durante la Administración del señor Cuestas y como candidato á la presidencia de la República después, para fulminar á los que llegado el caso de una dificultad ó conflicto, originado del convencionalismo de esa situación excepcional, discurren para afrontarlo y resolverlo prescindiendo absolutamente de la *realidad viviente*.—Me explico perfectamente que en Buenos Aires donde se impresionan profundamente por nuestros desastres, pero muy poco nos acompañan en el proceso político de las situaciones que se suceden, se escandalicen de que el Directorio de un partido mantenga relaciones de ningún género con el Presidente de la República y encuentren insólito que se preocupe del derecho con que se llevan fuerzas militares de la Nación á departamentos determinados; pero no me explico que eso subleve de indignación á los mismos que aceptaron colocar al Presidente de la República bajo la tutela de un partido político para el nombramiento de sus delegados en esos mismos departamentos.

La subversión es grave, y los hechos han venido á demostrar que es más grave todavía de lo que nos imaginábamos al pactarla y prorrogarla indefinidamente para satisfacer exigencias y conveniencias de política militante, pero no es práctico ni patriótico pretender salir de esa situación «á sablazos» y hundir al país en los desastres de una guerra civil interminable.


INSTRUCCIÓN Á LA GUARDIA NACIONAL DEPARTAMENTAL

Lo que el patriotismo aconsejaba y aconseja, es afrontar las dificultades y los conflictos inherentes á esa situación excepcional con ánimo sereno, con prudencia y con abnegación, preparando la solución dentro de su término natural. porque existe de por medio una convención irrevocable.

Nadie más penetrado que yo de la gravedad de esa situación anormal — y nadie más convencido de la necesidad de volver al régimen institucional. (1)

Y aquí permita, señor Repórter, que dé por terminado este reportaje. — A despecho de mis anhelos y de mis augurios, la solución está planteada en el terreno de la guerra.

Se cree generalmente que es la única posible y la que resolverá todos los problemas y extirpará de raíz todas las subversiones. Hasta la opinión de las clases conservadoras del país abona y legitima y prestigia esa solución en el momento actual.

(1) Aquí recordaba el doctor Ramírez algunos párrafos del discurso que pronunció en el banquete en honor del señor Batlle, y que nuestros lectores conocen, pues están transcritos en el primer capítulo de esta recapitulación.

Me explico esa reacción de la opinión por el desencanto de las soluciones de otro orden, que sólo han hecho de la paz una tregua, pero no la comparto. — Por mi parte continúo creyendo que la guerra civil por la guerra civil no tiene término, y que aun cuando lo tuviese no aseguraría, después de haber dejado al país en escombros, una paz más estable y más fecunda, y que en cambio de la subversión de los « dos gobiernos » que extirparía « á sablazos », nos depararía subversiones de otro orden y de más deplorables consecuencias tal vez.

Excusado es decirle que deseo sinceramente ser yo el equivocado. »

El doctor Gonzálo Ramírez, por su parte, atendiendo á la invitación del Presidente, manifestó en la prensa lo que sigue:

La palabra del doctor Gonzalo Ramírez

« Si los hechos que constituyeron las últimas negociaciones de paz no fuesen materia de discusión en su parte fundamental, y sólo hubiese mérito para comentar sus consecuencias y deslindar responsabilidades, habría guardado el más absoluto silencio, absorto en la suprema aspiración de solucionar por medios pacíficos, á la vez que institucionales, el conflicto armado que enluta y devasta el país.

Pero el siguiente párrafo del manifiesto publicado en Buenos Aires por algunos miembros del Directorio nacionalista, y un justo pedido del Presidente de la República, formulado á su respecto, me obligan á rectificar aseveraciones que, á ser ciertas, echarían sobre mí grandes responsabilidades.

El párrafo aludido dice así:

« La máquina estaba montada y se esperaba acaso, que la agresión partiera de los nacionalistas. Pero, como esto era imposible, se acabó por urdir el pretexto. Se dijo que el partido nacional había exigido el retiro de dos regimientos destacados en Rivera, donde hacían ilusorias, en realidad, las garantías que debía representar la Jefatura Política, encomendada á un ciudadano de la confianza de los nacionalistas. Pero jamás se presentó esa exigencia en forma alguna. El partido toleraba esos actos, por más que lo considerase graves y violatorios del pacto de Nico Pérez. El Directorio nunca se ocupó de ellos, si bien en ningún momento habría llegado á suponer que tales reclamos hubiesen podido bastar para envolver al país en los horrores de la guerra civil. »

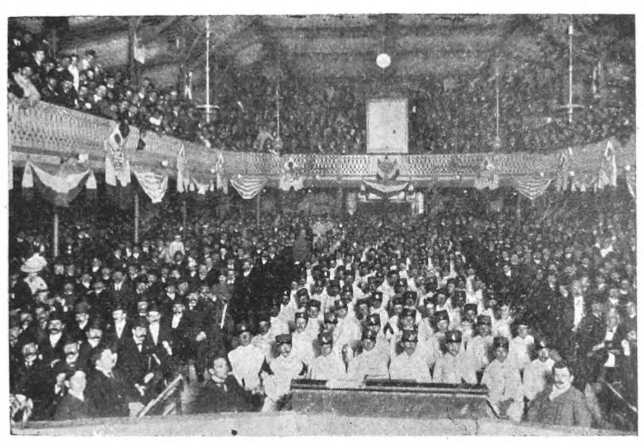
La guerra civil es algo tan monstruoso que no es extraño que los combatientes hagan esfuerzos inauditos para echar sobre el adversario toda la responsabilidad de la lucha armada.

Pero si el hecho es esencialmente humano, no debe permitirse que prevalezca la acusación injustificada, porque si bien su injusticia puede bajo otros conceptos no absolver de toda culpa á aquél á quien se dirige, convierte, fuera de toda realidad, en impecable á uno de los combatientes, y es entonces difícil apaciguar á quien se da el lujo de no tener falta alguna que redimir.

Actor, entre otros ciudadanos, en las negociaciones de paz, desgraciadamente fracasadas, cumplo con el deber de declarar solemnemente al país, y ante él me responsabilizo de la verdad de mis afirmaciones, que á pedido reiterado del Presidente del Directorio nacionalista, hice saber al doctor Martín C. Martínez, entonces Ministro de Hacienda, para que lo pusiese en conocimiento del Presidente de la República, que el Partido Nacional consideraba violado el pacto de Nico Pérez con la permanencia de los regimientos 4.º y 5.º de Caballería en el departamento de Rivera, y que su retiro se imponía porque de otra manera la guerra civil era inevitable é inminente.

Como tal exigencia encontrase por parte del Presidente la más tenaz resistencia, hice cuanto esfuerzo de convencimiento estuvo á mi alcance para persuadir al doctor Lamas de que el problema, colocado en términos tan violentos nos llevaba al salvajismo de una guerra injustificada, pero ninguna atenuación al ultimátum me fué posible conseguir en las dos conferencias que tuve con aquél compatriota, que accidentalmente presenció mi hermano el doctor José P. Ramírez.

Si todo esto ha quedado ignorado para los miembros del Directorio Nacionalista que firman el manifiesto de la revolución, es necesario confesar que ha habido algo de fatal y superior á la voluntad de los hombres, en el desarrollo de los sucesos que ponen á la República al borde del abismo, cuando hace apenas un mes era completamente normal su vida civil y política, y un hecho práctico la coparticipación de los partidos en el gobierno del país, resultado lógico de una ley de representación de minorías, cuya amplitud pueden justamente envidiar los demás pueblos de Sud-américa.



LOS GUARDIAS NACIONALES EN EL TEATRO

No le falta al país ni civilización ni instituciones — somos humanos y caballerescos, hasta en los días en que nos matamos por verdaderas sutilezas. — Pero somos también unos grandes insensatos atacados del delirio de las persecuciones. — Todos teníamos patria y derechos y los hemos tirado á la calle. — Tengamos un momento siquiera de sinceridad y volveremos al uso discreto de la razón á tiempo de conjurar el supremo desastre. — *Gonzalo Ramírez.*»

El reportaje del doctor José P. Ramírez, por su procedencia y por su forma, produjo honda sensación. Un redactor de *El Día* se creyó en el caso de entrevistarse con el Presidente de la República, para recoger sus impresiones sobre las declaraciones del distinguido ciudadano.

La palabra del Presidente

En la conferencia sostenida entre el primer magistrado y el referido periodista, dijo lo siguiente:

— Es voz pública que el señor Presidente no encuentra completamente exactas las aseveraciones del reportaje al doctor Ramírez que se ha publicado ayer.

— Así es. El doctor Ramírez me atribuye una declaración que no he hecho. Más aún: una declaración diametralmente opuesta á las que en realidad hice. Afirma que yo le manifesté, confidencialmente, que no tenía el propósito de enviar fuerzas á los departamentos nacionalistas y que lo autoricé para que transmitiese tal confidencia al doctor Lamas. Y eso es falso.

De la manera más terminante dije al doctor Ramírez que me reservaba la facultad de enviar la fuerza pública donde la creyese necesaria ó conveniente y que no admitía ninguna limitación de esa facultad. Lo que dije al doctor Ramírez, y él debe recordarlo, fué que no enviaría nunca la fuerza pública á los departamentos de administración nacionalista para modificar situaciones electorales, y, además, que, por el momento, no la enviaría á ninguno de ellos porque ya había resuelto colocar los regimientos en otros puntos. Pero agregué que esta última declaración no debía tomarse *ni como la sombra* de un compromiso.

No me explico cómo el doctor Ramírez puede haber olvidado ésto. Le repetí varias veces las mismas palabras, recalcándolas con la mayor energía posible y expresándole mi vivo deseo de que no hubiera malos entendidos al respecto. La importancia del asunto parece, por otra parte, que excluye el olvido á tan corto plazo.

Felizmente, estas declaraciones no las hice solamente al doctor Ramírez. Apenas llegó el doctor Lamas de Nico Pérez, dos días después, cuando me apresuré á hacérselas también á él en forma igualmente precisa y categórica. Y estas declaraciones las recordaba hace dos meses el doctor Lamas. No se las negó, en efecto, al doctor Martín C. Martínez, cuando éste le observaba que yo me creía con pleno derecho á hacer entrar los regimientos en Rivera, y se limitó á decir que esa declaración se la había hecho yo demasiado tarde, cuando ya las divisiones de Saravia volvían á sus departamentos.

No recuerdo ni tengo tiempo para confrontar los datos necesarios para poner en claro si las divisiones de Saravia se habían puesto ya en marcha, pero observo que si mí declaración pudo ser tardía, se debió sólo á que la exigencia lo fué también, y recuerdo perfectamente que el doctor Lamas no me dijo entonces nada de eso, ni se quejó de que aquello fuera una sorpresa. Saravia, por otra parte, habría podido ordenar fácilmente una nueva reconcentración de sus fuerzas, ya que ellas se disolvieron muy lentamente y en medio de las mayores alarmas y sobresaltos.

Por otro lado, hay una prueba evidente de que yo no contraje el compromiso en cuestión. El convenio con Saravia no se consagró en un documento firmado; pero se acordó que, para precisar las ideas, y para que no hubiese malas inteligencias, sería escrito por el doctor Ramírez y se sometería ese escrito á mi aprobación y á la de Saravia. Pues bien: en ese documento que yo hice publicar algún tiempo después, no se dice nada de tal compromiso.

¿Por qué? No es posible explicarlo si el compromiso existía. Yo no habría podido negarme á que se precisase su sentido como se había hecho con los otros compromisos contraídos. Ni siquiera habría valido á mi excusa la necesidad de que aquel punto quedase envuelto en una reserva mayor que la de los otros. La fijación de las ideas por escrito se habría hecho, ineludiblemente, aunque con mayor reserva, y yo no habría podido negarme á ello sin poner de manifiesto una intención desleal. Si no se hizo, pues, tratándose de punto tan importante y que tanto convenía no dejar expuesto á apreciaciones diversas, fué, evidentemente, porque no existía tal compromiso y, sí, mi declaración franca y resuelta de que no lo contraería.

Esto es lo más fundamental que puedo decirle. Desearía extenderme en otras consideraciones, pero no puedo hacerlo porque otros asuntos reclaman con imperiosa urgencia mi atención».

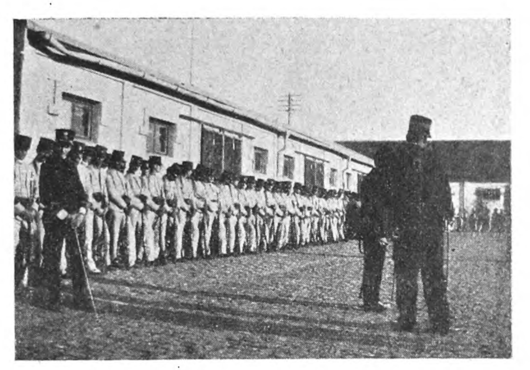
Con motivo de la referencia que hacía el Presidente de la República en el reportaje que antecede á manifestaciones oídas por el ex ministro de Hacienda de labios del doctor Afonso Lamas, otro de los redactores de *El Día* se entrevistó con el doctor Martín C. Martínez, para pedirle que expusiese lo que sobre ese particular le constase.

La palabra del doctor M. C. Martínez

« Para satisfacer su pedido, — dijo el doctor Martínez, — necesito recordar las circunstancias en que me entrevisté con el doctor Lamas y que me habilitaron para oir sus manifestaciones y hacerle observaciones sobre el alcance que él atribuía al pacto de Nico Pérez.

En la misma noche del 1.° de Noviembre, en que se produjo el incidente fronterizo de Rivera, yo visité al doctor Lamas y le expliqué lo que ocurría, para que tranquilizase á sus amigos políticos de campaña, como así lo hizo.

Dos días después el doctor Lamas me pidió á su vez una entrevista y en ella me manifestó que reconocía la legitimidad con que las fuerzas habían entrado á Rivera, pero que, con ocasión de rumores que llegaban á sus oídos, no como presidente del directorio del partido nacional, ni al ministro, sino al compatriota, se creía en el deber de comunicarme que su partido y los jefes militares habían aceptado el pacto de Nico Pérez, en la creencia de que no se estacionarían fuerzas del ejército en los departamentos cuyas jefaturas deberían proveerse con nacionalistas designados por el Presidente de acuerdo con el Directorio; que por consiguiente la permanencia de los regimientos. más allá del tiempo en que ella se justifique como consecuencia del incidente de frontera, comprometería la paz pública.



EL 12 DE GUARDIAS NACIONALES

El doctor Lamas no me habló de la guerra como de un hecho á producirse inminentemente, pero sí como una consecuencia fatal de « la militarización de Rivera », según él decía. Las manifestaciones del doctor Lamas, que llegaron á dar á la guerra el carácter de un hecho inmediato, fueron las que dos meses después hizo el doctor Gonzalo Ramírez.

Antes de esta entrevista del doctor Lamas conmigo, y á pesar de los motivos de orden internacional que justificaban la entrada de los regimientos en Rivera, desde el primer momento nos preocupó á algunos de los ministros la repercusión que ese hecho podría tener en nuestra política interna.

Comunicamos tales aprensiones al Presidente de la República, y le oímos que ningún compromiso lo ligaba á no situar en esos departamentos las fuerzas del ejército; que eso se lo había expresado terminantemente al doctor Ramírez, cuando otra cosa pretendieron los revolucionarios de Marzo, aun cuando no tenía entonces, y así se lo significó al doctor Ramirez confidencialmente, el propósito de llevar fuerzas á dichos departamentos; y agregó el señor Batlle: que si por acaso el doctor Ramirez no había sido suficientemente explícito, el mismo día del regreso del doctor Lamas de Nico Pérez, lo llamó á éste y le repitió aquella reserva absoluta de su facultad constitucional.

Al tanto, pues, de este antecedente personal, se lo recordé al doctor Lamas, y éste me contestó, palabra más ó menos, que era cierto, que el señor Batlle le expresó en la oportunidad indicada, que ningún compromiso había contraído ni contraía sobre colocación de la fuerza pública, pero, me agregó el doctor Lamas: cuando esa manifestación me hizo el señor Presidente, ya Aparicio Saravia y sus jefes estaban lejos, y yo no podía hacerlos volver á Nico Pérez para convenir la respuesta.

Esto es lo que recuerdo y atañe al punto sobre que se pide mi declaración».

Réplica del doctor José P. Ramírez al Presidente.

En presencia del reportaje hecho al Presidente de la República, en el cual consignaba sus impresiones respecto al que anteriormente le había hecho al doctor Ramírez, un redactor de *El Siglo* se apersonó á este ciudadano para saber si se proponía decir algo todavía, y si no tendría inconveniente en decirlo desde luego.—El doctor Ramírez manifestó que algo se proponía explicar, y siéndole indiferente la forma aceptaba la invitación, manifestándose en los siguientes términos:

«Entiendo que muy poco difiere lo que he referido en mi reportaje, y consigné en mi telegrama inmediatamente después de conferenciar con el Presidente de la República por indicación y á pedido del doctor Lamas, de lo que al fin y al cabo, «depone respecto al punto concreto» el Presidente de la República— y para poner esta afirmación en evidencia, necesito recordar lo que el señor doctor Lamas me pedía en su conferencia telegráfica inicial del incidente.

El señor doctor Lamas me decía:

«Llega á mi noticia y de mis amigos que el Presidente de la República tiene en vista colocar fuerzas de línea en los departamentos que deben ser administrados por ciudadanos afiliados al Partido Nacional y como ese rumor ó noticia puede obstar á la aprobación de la convención de paz por los jefes aquí reunidos ya con ese objeto, hágame el gusto de apersonarse al Presidente de la República pidiéndole explicaciones y seguridades al respecto.»

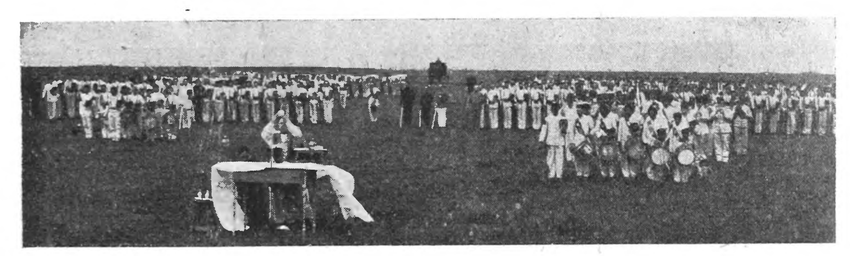
Esto fué lo que puse en conocimiento del Presidente de la República, y no la exigencia de incorporar al «convenio» de paz ya ajustado, una cláusula por la cual se estableciese de una manera absoluta, que en ningún caso podría el Presidente de la República llevar fuerzas nacionales á los departamentos administrados por ciudadanos afiliados al Partido Nacional—exigencia que no habría llevado á conocimiento del Presidente de la República, porque desde que se iniciaron las negociaciones manifestó «que no admitía modificación alguna en las bases», y eso mismo ratificó durante ellas en las conferencias telegráficas que con él celebramos el doctor Lamas y yo desde Melo, en ocasión de manifestarle que las bases eran aceptadas, pero con una ligera modificación.

Fué, pues, á esa manifestación del doctor Lamas, circunscripta á comunicar la alarma que producía entre los jefes del ejército revolucionario el propósito que se atribuía al Presidente de la República de colocar fuerzas en los departamentos Nacionalistas, que contestó manifestando que no tenía tal propósito, y que así me lo hacía saber confidencialmente», si bien agregando, que no contraería compromiso alguno á ese respecto, y eso fué lo que consideré satisfactorio, expresándolo así al doctor Lamas, y eso lo que he interpretado en mi reportaje, diciendo «que el Presidente de la República, no había consentido enajenarse el derecho de llevar fuerzas á determinados Departamentos, pero había manifestado su propósito de no usar de ese derecho para neutralizar» ó anular

las ventajas que por los pactos existentes y prorrogados se habían acordado al Partido Nacional; y eso es precisamente lo que confirma el Presidente de la República, en último resultado, en lo fundamental, cuando dice:

«Lo que dije al doctor Ramírez y el debe recordarlo, fué que no enviaría nunca la fuerza pública á los departamentos de administración nacionalista para modificar situaciones electorales, y además que por el momento no las enviaría á ninguno de ellos, porque había resuelto colocar los regimientos en otros puntos — agregando que esta última declaración no debía tomarse ni como la sombra de un compromiso.»

En cuanto á esto último, no pude ser más esplícito, puesto que dije en mi telegrama al doctor Lamas que el Presidente de la República « no contraía compromiso alguno á ese respecto y en ninguna forma », y en cuanto á los términos en que me significó el Presidente que no tenía el propósito que se le atribuía de enviar fuerzas de línea á los departamentos nacionalistas, sea ó no substancial la divergencia, me ratifico en lo que he expresado en mi reportaje, sin creer como el Presidente de la República, que la tergiversación ó mala inteligencia de conceptos cambiados en la conferencia á que se refiere, acuse precisa-



GUARDIA NACIONAL. — MISA CAMPAL EN PUNTA CARRETAS

mente una falsedad ó adulteración de la verdad cometida conscientemente, y que me enrostra sin ambajes en cambio de la lealtad y de la espontaneidad con que reconozco y exalto los méritos de su gobierno y de su propia personalidad en el reportaje que da causa á esa acusación; pero colocadas las cosas en ese terreno tengo el derecho de decir y digo, que si existiese una falsedad y no una tergiversación de conceptos, la falsedad no estaría de mi parte sino de parte de quienes me impugnan.

No he salido á la prensa á tomar la causa de ningún partido ni de ninguna persona, como que en el carácter de intermediario en las negociaciones de la paz de Marzo me debo más que nunca á la verdad. En ese carácter he sido instado por ambas partes para referir lo que pasó en la conferencia que celebré con el Presidente de la República el 27 de Marzo, y lo he referido según mis recuerdos con entera sinceridad y sin preocuparme de halagar ó de favorecer ni á una ni á otra parte, como era mi deber. — Hace más de mes y medio que hice esa exposición al presidente del Directorio Nacionalista y no le satisfizo; la hago ahora por la prensa por indicación del Presidente de la República, y se me acusa de falsedad.

La verdad es, sin embargo, lo que he referido, que no puedo justificar ni con documentos ni con testigos, porque nada se escribió y la conferencia se celebró á puerta cerrada, entre el Presidente de la República y yo, pero asimismo confío en que cuando calmen las pasiones, y se trate de establecer la verdad definitiva con criterio racional y reflexivo, ha de buscarse en el reportaje del interme-

diario desapasionado de la negociación controvertida, y no en las versiones interesadas de las partes mismas, consignadas bajo la presión de exaltaciones del momento, muy patrióticas no lo pongo en duda, pero exaltaciones al fin, que si no tuercen la conciencia en las almas fuertes, la predisponen á las exageraciones, al error, á la injusticia muchas veces.

Esta será mi última palabra.»

Un miembro de la redacción de la *La Prensa* bonarense manifestó á algunos de los caballeros que formaban parte del directorio nacionalista, residentes en Buenos Aires el deseo de conocer con exactitud la manera como se habían producido los hechos que dieron lugar al *ultimátum*, que, según decía el doctor Gonzalo Ramírez, había formulado por su intermedio el doctor Alfonso Lamas presidente del directorio, al gobierno oriental, respecto de la permanencia de los regimientos de línea en el departamento de Rivera.

El "ultimátum"

— « Es completamente inexacto que haya existido semejante *ultimátum*, — (dijeron los caballeros aludidos). — Todo lo que hubo fué una simple conversación entre el doctor Lamas y el doctor Juan Andrés Ramírez, hijo del doctor Gonzalo Ramírez, y director á la sazón de *El Siglo*, de Montevideo, en la cual aquél le dijo que consideraba que podría ser un peligro para la tranquilidad pública la presencia de esos regimientos en Rivera. Ni más ni menos.

« Esta conversación puramente privada, pues el directorio no había acordado absolutamente nada sobre el particular, ni siquiera hablado del asunto, se la trasmitió luego el doctor Juan Andrés Ramirez, á su padre, tergiversándola quizás, y este según parece sin mayores antecedentes y sin buscar la confirmación del directorio, se la había comunicado en esa ó en otra forma al presidente de la República.

« Esto es todo lo que ha habido... Lo garantizamos bajo nuestra palabra de caballeros, y tan es así, que cuando el doctor Lamas fué interrogado en Melo por el general Saravia, en presencia del directorio, si era cierto que él hubiera formulado un *ultimátum*, como lo aseguraban los diarios de Montevideo, no solamente negó el hecho rotundamente, diciendo lo que había sucedido, sino que se mostró indignadísimo contra semejante aseveración absolutamente falsa.

« No será extraño, — terminaron diciendo los señores directores, — que hasta llegue á producirse algún incidente desagradable con el doctor Lamas, si el doctor Gonzalo Ramírez ó su hijo Juan Andrés, insistieran en sostener sus afirmaciones. »

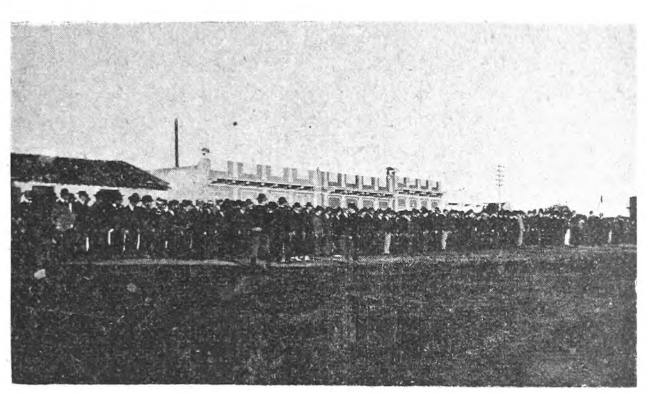
Refiriéndose á tales declaraciones publicadas en *La Prensa* bonarense, el doctor Juan A. Ramírez (aludido en ellas) publicaba en *El Siglo* del 9 de Febrero una extensa carta aclaratoria.

Carta del doctor Juan A. Ramírez

« Es cierto — decía el reputado periodista — que en los primeros días de Noviembre el doctor Alfonso Lamas me manifestó que la permanencia de los regimientos 4.° y 5.° de Caballería en Rivera traería como inevitable consecuencia la guerra civil, repitiéndome lo mismo en conversaciones casi diarias, hasta que, en los últimos días de Diciembre, me anunció el conflicto como inminente. Es cierto también que hablé con mi padre varias veces sobre estas cuestiones, pero no es menos cierto que mi padre no necesitó que yo le suministrara informes respecto de la opinión del doctor Lamas acerca de la permanencia de los regimientos en

Rivera, porque me consta que los recibió directamente de labios de aquel distinguido ciudadano, en conferencias celebradas en su consultorio y en el estudio del doctor José Pedro Ramírez. Queda suprimida pues toda sospecha de tergiversación de las manifestaciones del doctor Lamas, y eliminada, en consecuencia, la insidiosa afirmación de los miembros del directorio á quienes me veo en el caso de contestar.

En cuanto á que por la insistencia en lo que se ha dicho pueda verme envuelto en un incidente desagradable con el doctor Lamas, declaro que estoy absolutamente tranquilo. Diciendo la verdad, se tienen incidentes con los embusteros, no con hombres como el doctor Alfonso Lamas. Si mintiera, entonces sí, me sentiría sobrecogido, no ante la perspectiva del incidente desagradable, anunciado por esos señores directores, sino por la idea de perder la estimación de tan noble compatriota.



GUARDIA NACIONAL EN FORMACIÓN

Santo y bueno que los miembros del directorio que han tenido á bien ocuparse de mi humilde persona, traten de salir de la desairada posición en que se han colocado acompañando un movimiento revolucionario de cuya preparación no se les dió, según parece, la menor noticia, pero háganlo sin descender á torpes calumnias y sin hablar de hechos que ó no conocen ó falsean á sabiendas ».

La cuestión de la intervención

Desde los primeros días de Febrero, fué evidente, para cuantos poseían cierta perspicacia y algún conocimiento de los asuntos de Estado, que se había producido extremada tirantez en las relaciones con la República Argentina. El gobierno uruguayo creía notar una evidente hostilidad en los procederes del general Roca, á quien suponía inclinado á favor de los nacionalistas, no sólo por la influencia personal de su amigo y consejero don Agustín de Vedia, sino también por la acción atávica de sus primitivas afinidades con el partido federal. Recordábase su decidida protección á los revolucionarios cuando el movimiento que comenzó y finalizó en el Quebracho, y temíase que esta vez, no limitara su acción á tolerar, como en aquella época, la organización de expediciones armadas dispuestas á invadir por Entre Ríos ó Corrientes. En los círculos oficiales temíase una cooperación más eficaz, ya en el sentido de facilitar subrepticiamente las armas y las municiones de que carecían los revolucionarios, ya en el de cooperar á su triunfo, por medio de una rápida y enérgica intervención diplomática. Los nacionalistas contribuían á fomentar tales recelos, proclamando que la revolución contaba con las simpatías del gobierno argentino, y que éste traduciría en hechos esa inclinación, reconociendo cuanto antes la beligerancia del ejército insurrecto, y en caso necesario, poniéndose de acuerdo con el Brasil, para ini-

ciar una intervención conjunta, á pretexto de salvar el decoro de esta parte de América, comprometido por la frecuente repetición de las revoluciones uruguayas.—Ya, en un capítulo anterior, hemos dado cuenta de cómo el Ministro Argentino doctor Mariano De-María se apresuró á desvirtuar, por medio de una declaración terminante, los rumores sobre dicha intervención. Pero á pesar de ello, los rumores se acentuaron. Los suspicaces creyeron ver, en dos ó tres reuniones que celebró el cuerpo diplomático en Montevideo, la prueba indirecta de que tan grave asunto se hallaba sobre el tapete de los debates internacionales. Verdad es que era difícil conciliar el deseo que se atribuía al general Roca de intervenir en nuestros asuntos para terminar pronto la guerra, á pretexto de quitar la ocasión á las potencias europeas de intervenir á su vez (como lo acababa de hacer Alemania en Venezuela), con el otro propósito, que también se le suponía, de fomentar nuestras revoluciones, para desangrar y aniquilar al país, evitando progresos y adelantos, que podrían con el tiempo, hacer sombra á los argentinos!... Las dos teorías eran, sin duda, opuestas, pero la multitud no raciocina, ni procede por lógica, sino por sentimiento, y de ahí que surgiera en la masa algo así como un vago disgusto contra los argentinos, ante el vejamen eventual de una intervención, que parecía equivaler á un acto de tutela...

Por otra parte, el doctor Mariano De-María no se había captado—muy lejos de ello!—las simpatías del gobierno uruguayo... Algunos de sus procederes fueron considerados casi como ofensivos, y entre otros, el pedido urgente que hizo el 2 de Febrero al Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, para que enviara un buque de la armada para permanecer de estación en aguas orientales. El Ministerio de Marina, al transmitírsele el pedido, dispuso que se alistara el *9 de Julio* al mando del capitán de fragata Saracha. Dicho crucero se encontraba en situación de desarme y fué necesario el empleo de algunas horas para alistarlo. Dicho crucero vino con toda su dotación de marinería completa y el armamento proporcional del buque. El comandante Saracha traía instrucciones especiales que se mantuvieron en reserva.

No es pues de extrañar que el disgusto en el partido de gobierno tomara muy pronto formas concretas. El 4 de Febrero, el Cuerpo Diplomático celebró una nueva reunión, y las versiones más generalizadas atribuían al doctor De-María la iniciativa de lo que ya se consideraba un *principio de acción* internacional. Muy comentado fué al día siguiente, el artículo editorial que *Diario Nuevo* decididamente afecto y muy vinculado al presidente Batlle dedicó al asunto:

«Empieza á descubrirse el misterio que envolvían los conciliábulos diplomáticos, y se esboza con acentuados rasgos la figura del ministro que ha intentado embarcar á sus colegas en una aventurada coalición contra la soberanía de la república, so protexto de uniformar ideas respecto de la extensión del derecho de asilo, y llegar á una *entente* provisional, en el caso de que las fuerzas insurrectas iniciasen un ataque contra Montevideo.

«En realidad se ha pretendido explorar la disposición de ánimo del cuerpo diplomático en el sentido de una intervención que ponga término á la guerra y haga posible el relajamiento del principio de autoridad, con beneficio exclusivo de las huestes saravistas.

«*Esta intentona contra los fueros nacionales ha sido inspirada y dirigida por el representante argentino*, quien de esa manera, ha puesto de relieve sus amores con la causa nacionalista, y ha guardado consecuencias con las tradiciones federales que han ahogado siempre sus ideales de político y viven inextinguibles en el ambiente que le rodea.

« Felizmente la tentativa no ha dado resultado satisfactorio, obstaculizada por la sensatez de la mayoría de los ministros, aun cuando no ha faltado quien sintiera inmenso placer en que en esta región de América ya se hablara de intervenciones y se preparara el terreno para el logro de ambiciones que hace tiempo amenazan la libertad y la integridad del continente.

« Pero si la actitud del cuerpo diplomático hubiese respondido al propósito que criticamos, bueno es dejar sentado que su mediación en cualquier forma, habría herido la susceptibilidad de la República, provocando la única contestación que se merece: « que en las contiendas intestinas, toda intervención extranjera es una amenaza á la soberanía patria, y un evidente desconocimiento de los deberes que imponen las relaciones internacionales, fuera de la ofensa que al decoro de la nación implicaría ese abuso de los representantes extranjeros. »

« El gobierno dispone de sobrados elementos para restablecer el orden y mantener incólume el principio de autoridad, sin que sea menester encontrar una solución, más ó menos vejatoria, mediante la intromisión de extraños en nuestras cuestiones privadas, con mengua evidente de los fueros nacionales.


DR. DUVIMIOSO TERRA

« La guerra que azota á la República, ya que ha sido provocada, el gobierno sólo debe terminarla por la acción eficiente de la fuerza pública, y por el sometimiento de los rebeldes, como único medio de que la paz sea duradera, y cesen para siempre las amenazas que hacen imposible la administración regular, proficua y la consecución de los ideales que encarnan las aspiraciones verdaderamente progresistas y patriotas. »

Ese mismo día, *La Nación* bonaerense dedicaba un artículo á los rumores de intervención. — « Los lances y alternativas — decía — de la tragedia que ensangrienta al país vecino le auguran larga y reñida duración, alejándose las probabilidades de una paz estable y definitiva, que termine con el estado de conflagración en que se halla toda la República.

« Hemos emitido un juicio institucional sobre ese conflicto ya crónico, y cada vez más enconado que mantiene con las armas al cinto á los dos partidos; y con la neutralidad de simples espectadores, deplorando la calamidad que se cierne sobre la República vecina y reconociendo que pudiera aparejar complicaciones en la vecindad, no compartimos, con todo, de la idea que se viene insinuando, de entregar esos disturbios domésticos á una sanción conjunta internacional.

« *Nos parece peor el remedio que la enfermedad,* á lo menos hasta que los acontecimientos tomen otro aspecto y sea por su gravedad, sea por la amenaza ó el peligro de intromisiones extrañas, indiquen la necesidad ó la conveniencia de la intervención.

« Lo primero que se ocurre es si la aceptarían los rivales en lucha. Y si la aceptaban qué criterio se adoptaría para zanjar tan profundas disidencias, de modo que la autoridad y la insurrección quedasen conformes y desagraviadas.

« Y salvados estos inconvenientes, arribados á una solución ó acuerdo pacífico, restaría la parte más ardua y enojosa: la de garantir esa pacificación por los mediadores, es decir, un plan de política internacional; que nos constituiría en agentes del orden y de la tranquilidad de los vecinos y nos obligaría á estar listos á dirimir las emergencias y acudir cuando fuera necesario con el único poder de las intervenciones extrañas: el de las armas.

« A todo esto obligaría una pacificación de índole diplomática, si no había de ser una intromisión tan laboriosa como inútil.

« Por esta gratuita y aventurada política de policía internacional, habríamos incurrido impremeditada ó inocentemente en una iniciativa del imperialismo sudamericano, instituyéndonos en árbitros y guardianes de la paz interna de los países vecinos, comprometiéndonos en sus conflictos y creando otros mayores suscitados por complicaciones que pudieran surgir entre los mismos interventores.

« Graves y dolorosos, como son, de todo punto de vista, los sangrientos sucesos uruguayos, no están llamados á reprimirse ni curarse por intromisiones que implican allanar su propia soberanía.

« El pensamiento sería simpático en su intención, si él pudiese realizarse con la simplicidad con que se formula; si fuese posible que una influencia extraña, de recelosa actuación, pudiera encalmar y conciliar las profundas pasiones que incitan la guerra civil. Pero esto es imposible y la mediación amistosa y común tendría que asumir el carácter violento de pacificación internacional, ejercida por dos naciones é impuesta, si fuese necesario, por las armas.

« Así formulada la cuestión, nos parece inaceptable y contraproducente á los mismos móviles plausibles que la inspiran. Es posible que los sucesos indiquen un momento en que la influencia confidencial de la diplomacia pueda insinuarse para inducir á la tolerancia y la benignidad, á fin de poner término á la conflagración; pero ésta es cosa muy distinta de la pacificación por acuerdo diplomático de dos naciones para restablecer el orden de un país con el cual se mantienen las mejores relaciones. »

Este artículo parecía confirmar la existencia de trabajos diplomáticos en favor de la intervención, y produjo tan honda sensación en los círculos políticos, que el gobierno argentino se creyó en el caso de desautorizar las versiones circulantes, con la siguiente información oficial, que vió la luz, el 9 de Febrero, en los principales diarios bonaerenses:

« En el Ministerio de Relaciones Exteriores se nos ha autorizado para afirmar que, según comunicaciones de nuestro ministro en la República Oriental del Uruguay, durante la reunión que celebró últimamente el cuerpo diplomático acreditado ante el gobierno uruguayo, no se emitió idea alguna sobre mediaciones ó intervenciones; que las noticias transmitidas á nuestra cancillería por el doctor De-María han sido todas de origen oficial, quedando comprobadas por los hechos, y, por último, que el proceder del representante diplomático argentino en aquella república con motivo de los sucesos que se desarrollan actualmente en ella, ha merecido hasta ahora la aprobación de nuestro gobierno. »

Con todo, la situación del doctor De-María ante nuestro gobierno, era cuando menos violenta, y era creencia general que sería trasladado á otra legación. El diario *Sarmiento*, anunciaba el mismo día en que aparecía la información transcrita, que el doctor Terry proyectaba trasladar á Santiago de Chile al doctor Mariano De-María, ministro plenipotenciario en Montevideo.

Sin embargo, dicha noticia, no tenía por aquel entonces ningún fundamento, y la permanencia del doctor De-María al frente de la Legación Argentina, como se verá después, no hizo sino ahondar la división y enconar las hostilidades latentes entre el gobierno del general Roca y el del señor Batlle y Ordóñez.

Esta cuestión de la intervención tuvo sus extrañas proyecciones en la política interna, y modificó por completo, el resultado de la elección de presidente del Senado que debía efectuarse el 14 de Febrero. En el período anterior había sido electo para ocupar tan elevado cargo — (que, como se sabe, lleva aparejadas las funciones de vicepresidente de la República) — el senador por Tacuarembó, doctor Juan P. Castro, el cual con su conducta moderada y ecuánime se había granjeado generales simpatías. Amigo íntimo del señor Batlle y Ordóñez, colaborador principal en su política, y sin duda alguna figura descollante entre las más preparadas del círculo de gobierno, parecía tener tan asegurada su reelección por méritos propios, como por la adhesión y la simpatía de los elementos batllistas. Por su desgracia, la moderación que forma el fondo del carácter del doctor Castro, atrajo sobre él los elogios públicos de un miembro del Directorio Nacionalista, quien, como ya se ha visto en un famoso reportaje transcrito anteriormente, proclamaba la *exoneración* inmediata del señor Batlle y Ordóñez, para ser sustituído por «un ciudadano distinguido, *que no levantaba resistencias,* y que inmediatamente de llegar á la presidencia *procuraría las negociaciones de paz,* sometiéndose los revolucionarios á su autoridad sin inconveniente alguno». Se traslucía la traviesa intención de tales elogios: no conducían sino á producir ó á fomentar un cisma entre los elementos de gobierno, provocando la ira ciega de la fracción más radical y más exaltada, contra la otra fracción moderada que hubiera deseado cimentar en los beneficios de la paz el triunfo de un elevado coloradismo á la vez práctico y doctrinario. Era evidente la maquiavélica intención del reportaje, pero, con todo, produjo su efecto. El doctor Castro fué desde ese momento considerado, por los entusiastas de la guerra á *outrance,* como un verdadero peligro para la situación, desde que el Directorio Nacionalista lo consideraba candidato viable para ocupar la presidencia, respondiendo á una fórmula cualquiera de conciliación...

Elección de Presidente del Senado



CORONEL SEGUNDO BAZZANO, JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO

Desde ese momento, la reelección del doctor Castro para la presidencia del Senado, de segura y casi fatal como antes era, pasó á ser imposible. El elemento radical consideraba dicha reelección como una prueba de debilidad, que alentaría á los nacionalistas en sus combinaciones, sobre la base de la supresión, en cualquier forma, del señor Batlle. Había que poner, al frente del Senado, para que, en un caso dado pudiera sustituir al presidente, á persona que representara sus mismas tendencias y hasta sus mismos sentimientos frente al problema de la paz y de la guerra. Era necesario quitar á los nacionalistas toda esperanza de arribar á una solución satisfactoria para ellos, dentro del juego regular del mecanismo constitucional.

La cuestión de la intervención Argentina vino á complicar el asunto. Si bien el general Roca negaba que su propósito fuera intervenir de una manera violenta en el pleito entre los dos partidos uruguayos, no ocultaba que, en el caso de ser

solicitado por el gobierno del señor Batlle, tendría verdadero placer en ofrecer su mediación amistosa entre los adversarios en lucha, para arribar á una fórmula de paz. Esos propósitos los manifestó privadamente á principios de Febrero, al periodista uruguayo don Alfredo Duhau, residente en Buenos Aires, y sabedor de que era viejo amigo del señor Batlle, le encomendó que hiciera llegar á conocimiento de éste la oferta desinteresada de sus buenos oficios. El señor Duhau tuvo reparo en comunicar directamente al presidente de la República la conversación que había tenido con el general Roca, y prefirió hacerlo por intermedia persona, eligiendo para ello al doctor Castro, con quien le ligaban antiguos y probados vínculos de amistad... Por esa circunstancia fortuita y accidental, el doctor Castro apareció, á los ojos de los colorados más exaltados, como ofertador oficioso de esa intervención que se repudiaba como un vejamen y como una vergüenza...

Al reunirse el Senado en sesiones preparatorias, eligió, sinembargo, presidente provisorio al doctor Castro. Pero, al día siguiente, apareció en *Diario Nuevo* el siguiente suelto, tan significativo como breve:

«Nada hay resuelto, todavía, sobre elección de presidente del Senado. Los votos están divididos. Se esperaba la reelección del doctor Juan P. Castro, pero algunas imprudencias periodísticas cometidas en Buenos Aires, y que se atribuyen á inspiraciones montevideanas, ocasionaron cierta disgregación de electores.

Ha dicho un diario argentino que la paz, á que aspiran los emigrados uruguayos, se basaría en la renuncia del presidente Batlle y en el provisoriato de un presidente del Senado con vinculaciones en los altos círculos saravistas y del comercio. El pensamiento es absurdo y torpe, pero parece que ha encontrado quien lo discuta en serio, atribuyéndole conexiones con las pretendidas iniciativas diplomáticas.

De todas maneras el asunto no será resuelto hasta última hora.»

El doctor Castro creyó de su deber tomar en cuenta el suelto referido, y en consecuencia envió á *El Siglo* la carta que en seguida transcribimos:

«Señor director de *El Siglo*: Publicó *Diario Nuevo* de anteayer la nota de redacción con que encabezo esta carta. No se la dirigiría, por cierto, si sólo de la presidencia del Senado se tratara, pero esa nota es la primera aparición pública de una intriga que pretende rozar hasta mi decoro, y aprovecho la oportunidad que se me ofrece para ponerla en transparencia.

El alto cargo que ocupo me permite opinar, sin que se me suponga atacado del delirio de las persecuciones, que de tales intrigas vengo siendo objeto hace un año. No diré por quienes.

Cuando, en Marzo, el señor presidente de la República optó por la paz, con viva contrariedad de esos señores, se echó á rodar la especie de que yo censuraba violentamente aquella solución pacífica, que había aburrido al primer magistrado con mis belicosas proclamas, etc.; tanto se generalizó el rumor que (no por el señor presidente, que bien sabía á qué atenerse) sino por evitarme continuas interpelaciones de amigos, aproveché la oportunidad de una carta al doctor José P. Ramírez para hacer constar cuáles fueron entonces mis opiniones.

Hoy las circunstancias son inversas. Los sucesos llevaron al país al camino de la guerra, y los mismos que antes me exhibían como un jacobino, dieron en decir que el presidente había roto conmigo relaciones, atosigado por mis homilias de mal colorado.

Como la especie no me hacía más daño que el de enfriar (pasajeramente, pues estas injusticias no perduran) mis relaciones con ciertos amigos, poca importan-

cia le daba, tanto más cuanto que, á despecho de ella y evidentemente despreciándola me habían ofrecido sus votos para la presidencia del Senado casi todos mis correligionarios del mismo; pero he ahí que cierto día en un diario argentino, surge un reportaje «anónimo», que se dice hecho á un miembro del Directorio Nacionalista, y el cual — entre las posibles soluciones de paz — indica la muy sencilla de que renuncie el presidente de la República — al cual reemplazaría transitoriamente el del Senado — quien, según el anónimo reportaje, «sería una garantía de orden y de respeto á todos los ciudadanos, como lo ha demostrado en diversas y solemnes ocasiones.»

Permítaseme una modesta protesta contra la injusticia del parangón tácito. Por ningún concepto puedo yo ser considerado una garantía mayor que el señor Batlle, de respeto á las libertades cívicas, pues cuando de él pude dar alguna prueba, lo hice siempre junto al actual presidente y sin sobrepasarlo.


DOCTOR JUAN CAMPISTEGUY

Según el suelto que da oportunidad á esta carta, el anónimo reportaje habría hablado del «provisoriato de un presidente del Senado con vinculaciones en los «altos círculos saravistas y del comercio». La cita no es textual, ni mucho menos, como puede notarse cotejando ese párrafo con mi anterior transcripción. Bien se deja ver en el inspirador de la primera, el propósito doblemente maligno de hacerme aparecer vinculado á saravistas y á comerciantes. Aceptando esta última imputación — cualquiera que sea su gravedad — niego en absoluto la primera: sin haber roto toda relación con nacionalistas (y ¿quién no tiene algunas?) llegando hasta negarles el saludo — pues entiendo que á tales cosas no obliga la política — confieso, no obstante, que desde que la revolución se produjo me impuse en mi trato con aquéllos una actitud de extremada reserva, por razones de delicadeza fáciles de explicar.

Mi actuación no puede ser más clara. Las luchas de partido á partido para los que colaboramos en la situación pasada, comenzaron con las elecciones senaturiales de 1899; traído al Senado por el voto de mis correligionarios, he respondido sin una claudicación á su confianza, interviniendo con mi palabra y con mi voto en todos los asuntos de carácter político que allí se promovieron, incluso el de los poderes del senador por Salto, que tanto interesó á ambas agrupaciones por las condiciones especiales de la elección, y cuya decisión tuvo lugar en los días que precedieron á la de presidente del Senado; no me preocupé, «ni entonces», de captarme simpatías de nacionalistas. Y tampoco después tuve con ellos una sola debilidad: — que supe cumplir imparcialmente mis deberes lo evidencia la actitud de mis colegas colorados ofreciéndome sus votos para mi reelección, con excepción de dos candidatos al mismo cargo. — Tales son mis vinculaciones en los círculos saravistas.

Agrega *Diario Nuevo:* «El pensamiento es absurdo y torpe, pero parece que ha encontrado quien lo discuta en serio, atribuyéndole conexiones con las pretendidas iniciativas diplomáticas.» — Así es en efecto: á un pensamiento absurdo, al que nadie sinceramente dió importancia, se ha aparentado dársela, discutiéndolo en serio y hasta, por lo que ahora veo, relacionándolo con «pretendidas iniciativas diplomáticas». — Así se ha fraguado la intriga.

Y para coronarla, se ha publicado en el mismo número de *Diario Nuevo*, como remitida de Buenos Aires, una seudo-correspondencia cuyo autor, residente en Montevideo, se denuncia por el estilo. Como muchos no la habrán leído y para que la burda especie reciba el condigno castigo del desprecio público, hago constar que, según el autor de la epístola, quizás habría yo inspirado aquellas «pretendidas iniciativas diplomáticas». — Cuadran aquí bien los epitetos «absurdo» y «torpe»!

Para terminar, haré dos rectificaciones:

No es verdad que la intriga de que me ocupo haya ocasionado «cierta disgregación de electores»; la lucha había concluido en el Senado hace algún tiempo, y todos los distinguidos colegas comprometidos á votarme han protestado indignados contra aquellas insidias.

Finalmente, es inexacto que el asunto «no será resuelto hasta última hora». — El asunto ha sido resuelto ya: he relevado de todo compromiso á mis colegas, retirando indeclinablemente mi candidatura.

Saludo á usted con toda consideración. — *Juan Pedro Castro.*»

Al publicar la carta que antecede, *El Siglo* constataba un cambio repentino en la actitud del Senado.—«Ayer—decía — dábamos con toda certeza como resuelta la elección del doctor Juan Pedro Castro para la presidencia difinitiva del Senado. Había sido electo presidente provisorio y se le atribuía una mayoría de votos de senadores colorados para la elección que ha de efectuarse el 14. Nuestros informes procedían de algunos miembros del Senado que afirmaban encontrarse resuelta la votación á favor de aquel distinguido ciudadano.

«¿ Que ocurrió después ? Se habla de una reunión de senadores efectuada anteanoche en casa del senador Canfield y de otra reunión realizada ayer en las antesalas del Senado.

«Esas conferencias han coincidido, si es que no han sido originadas por la resolución de que instruye una carta del doctor Juan Pedro Castro á sus colegas del Senado que se habían comprometido á votarlo presidente, relevándolos del compromiso contraído á su favor.

«Anoche conversamos con algunos senadores, y á estar á sus referencias, aun no se han puesto de acuerdo los legisladores de la alta Cámara para votar presidente de la misma.

«Dan por seguro que va á presentarse la candidatura del doctor Anacleto Dufort y Alvarez, quien tiene estrecha vinculación con el gobierno del señor Batlle, y hacen referencias también á la candidatura del señor José B. Gomensoro, que cuenta con muchas simpatías en el Senado y á quien á la vez se considera persona grata dentro de la situación».

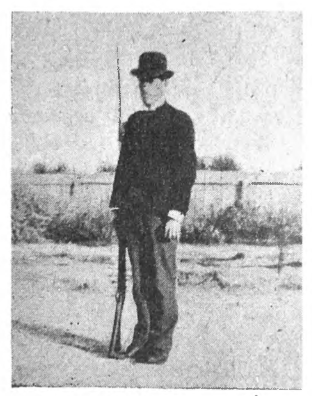
La carta del doctor Castro fué objeto de vivos comentarios, sobre todo en la parte en que se refería á una intriga dirigida contra él. Un corresponsal escribió á Buenos Aires diciendo que el doctor Castro atribuía al ministro de Gobierno, doctor Juan Campisteguy, los trabajos de zapa contra su candidatura para ocupar la presidencia del Senado. Para desautorizar tales versiones, el doctor Castro publicó en *El Día,* la siguiente carta:

Montevideo, Febrero 12 de 1904. — Señor director de *El Día*. — En una correspondencia dirigida de aquí á *El Diario* de Buenos Aires, se me supone atribuyendo nada menos que á mi distinguido amigo el doctor Campisteguy, una correspondencia que no obstante estar fechada en aquella ciudad, sospechaba yo había sido fraguada en Montevideo.

Un deber de caballerosidad elemental me obliga á declarar, aunque innecesario parezca, que tal cosa no ha pasado por mi idea, y que conozco al doctor Campisteguy lo bastante para saber que no es capaz de tales actos.

Saludo á Vd. atte. — *Juan Pedro Castro.*

El 14 de Febrero se procedió á la elección del presidente del Senado, resultando electo por seis votos sobre diez sufragantes el doctor Anacleto Dufort y Alvarez. También fué electo primer vice, el doctor Juan Gil, por nueve votos entre diez sufragantes; y segundo vice, Diego Pons, por cinco votos. (1) — Al día siguiente se inauguró el nuevo período Legislativo reuniéndose la Asamblea General con asistencia de solo cinco senadores y veinte diputados siendo presidida por el señor Dufort y Alvarez.



UN GUARDIA NACIONAL DE LA DEPARTAMENTAL

Se dió cuenta de un mensaje del ejecutivo en el que declaraba solemnemente abiertas las sesiones ordinarias del tercer período de la XXI legislatura.

El mensaje era breve, y sola tenía por objeto cumplir con la formalidad impuesta por la Constitución. Los momentos no eran como para escarceos literarios y para disertaciones doctrinarias. El Presidente de la Republica no podía concentrarse en la soledad de su bufete, para praducir un extenso documento público, cuando hasta él llegaban, de todas partes del país, el estruendo de los repetidos combates!... — Manifestaba en ese mensaje el Ejecutivo que estaba concentrada toda su atención al imperioso deber de restablecer el orden y la paz pública, que se encontraban perturbadas por causas notorias; lo que impedía presentar en este acto solemne un cuadro condensado de los trabajos de orden político y administrativo que se habían iniciado y llevado á término durante el primer año de gobierno constitucional del señor Batlle; pero que tan pronto desapareciera la situación anormal del país y quedara restablecida la tranquilidad en la República, se apresuraría á elevar la relación detallada á que hacía referencia sin perjuicio de las memorias que por separado presentarían los ministros, de las tareas realizadas durante el mismo período.

(1) *El Diario*, de Buenos Aires publicó la siguiente biografía del señor Dufort y Alvarez, electo Presidente del Senado:

«El doctor Dufort y Alvarez es personalidad de simpáticos y viriles antecedentes cívicos, orador de aquel bien recordado Ateneo del Uruguay en los buenos tiempos en que todos eran oradores; figuró entre los fundadores de *La Razón*, se confinó luego en San Fructuoso, departamento de Tacuarembó, donde ejerció algunos años la abogacía; apasionóse por la astronomía y volvió por fin á entrar en la vorágine política ocupando después de la evolución revolucionaria de 1898 un puesto en la Cámara de Diputados que vino á cambiar en 1902 por el de Senador. Grande y decidido amigo de Batlle, lo ha acompañado siempre con su voto, y como representante del grupo batllista ocupó durante la presidencia de Cuestas el cargo de ministro de Hacienda. Es hombre austero, consecuente, de carácter recto y colorado de una pieza.»

El coronel Pampillón y el derecho de asilo.

Una discusión de cancillerías, respecto al derecho de asilo otorgado al coronel Pampillón debía llevar á extremo grado de tirantez las relaciones entre la Argentina y el Uruguay. El 3 de Febrero, fué reducido á prisión por orden superior el coronel José María Pampillón, que se encontraba desde principio de Enero en Montevideo con pase del Estado Mayor del Ejército. El coronel Pampillón, como se recordará, después de declararse adicto al gobierno, suscribió el manifiesto de la Junta del partido nacional, condenando el movimiento revolucionario. Desde hacía días, sin embargo no podía salir, de su alojamiento en el Hotel París por orden de la autoridad. Puesto á las pocas horas en libertad por empeño de algunos miembros de la minoría nacionalista y bajo palabra de honor el coronel Pampillón, sintiéndose vigilado por la policía secreta, pidió asilo en la Legación Argentina con objeto de embarcarse para Buenos Aires bajo la salvaguardia de dicha legación, como lo habían hecho el día 3 los siguientes ciudadanos afiliados al partido nacionalista: Alfredo Vásquez Acevedo, senador por Flores; Escolástico Imas, diputado por Flores; Diego Martínez, representante por el Salto, Manuel Balparda, Guillermo Clulow, Marín Demaría, Rodolfo Ponce de León, Carlos Percovich y Antonio Raffo.

El Gobierno, sabedor de que el coronel Pampillón pretendía salir del país, pásó una nota al ministro Argentino comunicándole que no lo toleraría.

Según informes corrientes en las esferas oficiales, el ministro de Relaciones Exteriores hizo gestiones en el sentido de que se retirara el asilo prestado al nombrado militar, sin obtener resultado satisfactorio. Se alegaba por nuestra cancillería que no correspondía la protección á militares, y mucho más á un militar en situación de cuartel, pero el ministro doctor De-Maria sostuvo que el derecho de asilo era ilimitado.

El ministro doctor De-María, dió el 11 de Febrero comunicación oficial de sus opiniones, por nota, al ministro de Relaciones Exteriores.

El *Diario Nuevo,* ocupándose de este asunto, decía con la misma fecha:

« Parece que nuestra cancillería ha hecho saber al representante argentino doctor De-María, á los efectos á que hubiere lugar, que siendo el coronel Pampillón un jefe del ejército de línea á sueldo íntegro, y á quien el gobierno, dando fe á su palabra de honor le ha dejado en libertad á condición de no salir de esta ciudad, no asentirá á su embarco como á los otros ciudadanos asilados en la legación, por cuanto ese militar está á la orden del ministerio de la Guerra, y su proceder tiene que ser considerado como una deserción.

En lo que re refiere á su asilo, nuestra cancillería no ha dicho nada.

En las esferas oficiales se comenta acremente la conducta del coronel Pampillón, á quien el gobierno acababa de hacer abonar por tesorería los meses de su sueldo militar.

El domingo Pampillón fué hasta su establecimiento de campo en Santa Lucía, acompañado de su esposa, para lo cual solicitó una máquina que el gobierno no tuvo inconveniente en concederle. »

La primera nota del doctor De-María sobre este asunto se limitaba á consignar que consultaría el caso á su gobierno.

Por correo envió entonces el doctor Romeu al ministro señor Daniel Muñoz instrucciones para gestionar del gobierno argentino la entrega de Pampillón.

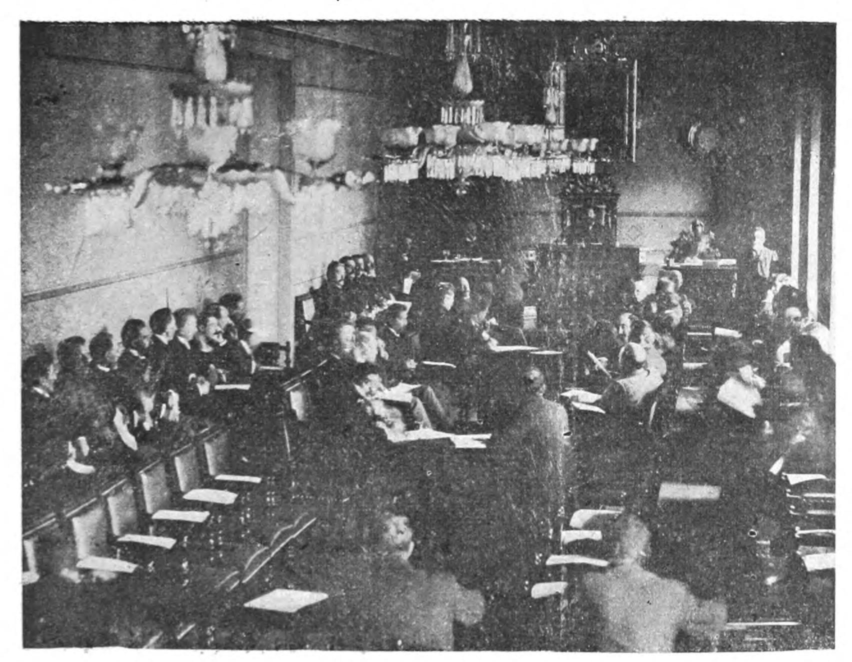
Nuestra cancillería sostenía que era dudoso el derecho de asilo para un militar como Pampillón, que se hallaba en situación especial á las órdenes inmediatas del Poder Ejecutivo, pero sostenía que en ningún caso podía ser embar-

cado, apoyándose en los tratados vigentes con la Argentina sobre Derecho Internacional Privado.

El artículo 17 en que apoyaba su doctrina el doctor Romeu, dice en uno de sus párrafos:

« Dicho asilo será respetado con relación á los perseguidos políticos, pero el
» jefe de la legación está obligado á poner inmediatamente el hecho en conoci-
» miento del gobierno del Estado ante el cual está acreditado, quien podrá exi-
» gir que el perseguido sea puesto fuera del territorio nacional dentro del más
» breve plazo posible ».

El doctor Romeu entendía que ese párrafo era claro, y que « *no exigiendo* nuestro gobierno que el coronel Pampillón fuera sacado del territorio nacio-



UNA SESIÓN EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS

nal », sino por el contrario, deseando que « quedara en la legación en que se encontraba », ésta no podía embarcarlo y no lo embarcaría...

El asilo en la legación, ó en un buque de guerra, cosa que parece idéntica, tenía sin embargo, según el doctor Romeu, sus diferencias, porque saliendo éste á aguas neutrales podría quedar en condiciones de dar libertad á los asilados.

En cuanto al artículo del Tratado que se ocupa de los desertores, no era aplicable en el caso Pampillón, por referirse únicamente á la marinería y así lo entendió también el ministro de Relaciones Exteriores, no haciendo cuestión al respecto.

Comunicada esta doctrina á la Legación Argentina, ésta la transmitió á su gobierno. El 12 de Febrero se anunció que el ministro de Relaciones Exteriores doctor Terry, celebraría una conferencia especial sobre ese asunto con el Presidente General Roca, dando los diarios argentinos extraordinaria importancia á

esa próbable entrevista. Mientras tanto, *La Opinión*, órgano oficial de la candidatura del actual presidente Quintana, despojaba de toda posible gravedad al supuesto conflicto, y publicaba las impresiones de un *distinguido internacionalista*, quien manifestó lo que sigue:

« El asunto, que hasta ahora apenas tiene importancia, puede degenerar en una grave cuestión internacional que debe ser evitada.

Estoy completamente en desacuerdo con la forma en que dicen que interpreta el ministro argentino en Montevideo el derecho de asilo, pero estoy más en desacuerdo con la actitud del coronel Pampillón, que dió su palabra de no salir de un perímetro marcado por el gobierno uruguayo.

Los defensores del derecho de asilo en las legaciones, se apoyan en casos anteriores y citan el ejemplo de militares chilenos que durante la revolución á Balmaceda, se refugiaron en buques alemanes anclados en la bahía de Valparaíso.

Pero aquello era excepcional; el caso del coronel Pampillón es bien distinto. Este jefe cobra sueldo del gobierno de su país; el hecho de llevar un uniforme le priva de los derechos del simple ciudadano; su palabra de honor solemnemente empeñada lo imposibilita de abandonar su patria bajo el pabellón de un país amigo ».

A todo esto el coronel Pampillón seguía asilado en la legación y el gobierno oriental más convencido que nunca de su derecho para no dejarlo embarcar para Buenos Aires.

El diario *El Día*, el 14 de Febrero, decía ocupándose del asunto:

« Aquí, oficialmente, no se habla de la cuestión. El asunto se está tramitando en Buenos Aires, entre nuestro ministro y el gobierno argentino, y todo hace suponer que no se tardará en dejar triunfante la verdadera doctrina.

Las opiniones de los jurisconsultos, entre ellos los argentinos, están de acuerdo en que la razón está de parte de nuestro gobierno, y para demostrarlo transcribimos algunas de ellas ».

Interrogado el doctor Justino Jiménez de Aréchaga, manifestó lo siguiente:

Opinión del doctor J. J. Aréchaga

« Estoy perfectamente de acuerdo con la opinión sustentada por el ministro de relaciones, doctor Romeu, en este caso, y considero que el representante diplomático argentino, doctor De-María, está abusando enormemente de las facultades de extraterritorialidad que le confiere el tratado internacional invocado, por cuanto éste consagra claramente el asilo en las legaciones tan sólo para los perseguidos por delitos políticos, caso en el que no está comprendido el coronel Pampillón, porque no es un perseguido por delito político alguno, sino simplemente un jefe militar desertor.

El gobierno uruguayo, á mi juicio, está dentro de sus facultades, negando el derecho de asilo que el ministro argentino acuerda para ese jefe, y puede oponerse é impedir el embarco de éste, porque la extraterritorialidad se comprende dentro de la legación. Cualquier asilado, fuera de ésta, hallado en territorio uruguayo, está sujeto á las decisiones de nuestras autoridades.

El ministro del vecino país se ha convertido en exportador de individuos que quieren irse para Buenos Aires á radicarse allí, ó para engrosar las filas de los revoltosos.

El gobierno uruguayo podría exigir al ministro argentino el embarque del coronel Pampillón, de acuerdo con ése tan zarandeado tratado. »

« Como base ilustrativa sobre el alcance é interpretación del asilaje y extraterritorialidad, — concluía diciendo el doctor Aréchaga,— está el brillante informe que expuso el erudito doctor Roque Sáenz Peña, en su carácter de miembro informante de la comisión de derecho penal en el congreso internacional celebrado en Montevideo, donde se discutió y aprobó ese mismo tratado en vigencia.

Los términos del informe son clarísimos, y dan la verdadera pauta del asunto ».

Opinión del doctor Sáenz Peña

El informe del doctor Sáenz Peña á que aludía el doctor Aréchaga, dice en su parte sustancial: « Los Estados Unidos, como todas las potencias marítimas, acuerdan sin dificultad la extradición de desertores de mar, pero otra cosa sucede con los del ejército de tierra. La comisión no los excluye, sin embargo, en su proyecto de tratado, si bien me consta que el principio va á ser atacado en discusión particular.


DOCTOR ALFREDO NAVARRO, JEFE DE EXPEDICIÓN DE AUXILIOS

Si hay necesidad y conveniencia de mantener la moral y disciplina del militar, á bordo de las naves, esa conveniencia no se siente menos viva en el ejército, el que se vería comprometido seriamente con el asilo é impunidad que se acordara al que se ha desertado de sus banderas. Representamos países en su mayor parte limítrofes, que cuando no tienen divisiones de ejército, conservan destacamentos sobre las líneas fronterizas. Pues bien, esas fuerzas regulares que los estados tienen necesidad de conservar sobre puntos determinados de su territorio, se verían pronto desmoralizadas, disueltas, cuando el soldado alcanzara á percibir su impunidad con atravesar la línea imaginaria que está á diez pasos de su campamento. — Se dice que la deserción es un acto especialísimo, pero no puede afirmarse que deje de ser un delito. Jurídicamente considerada, importa la inejecución de una obligación de hacer, que se impone al acreedor, que es la nación, por actos reprobados, como la fuga: actos que ponen en peligro la seguridad del Estado, pudiendo disolver cuerpos y divisiones de ejércitos en momentos decisivos para la estabilidad del orden y de los gobiernos.

Se habla también de la severidad de los castigos en el fuero militar, pero el temperamento que se busca sería contraproducente, porque los que tienen el mando y la responsabilidad de esos ejércitos se verían obligados á duplicar la vigilancia y agravar las penas; de donde resultaría castigada con crueldad la tentativa y el delito consumado, absolutamente impune.

Se ha querido notar analogía inadmisible entre el delito político y el de deserción que Weiss rechaza con tanta verdad como elocuencia. Si los refugiados políticos, — dice este autor, - tienen derecho de hospitalidad, es porque para ellos el destierro es el único medio de sustraerse á la venganza de sus adversarios triunfantes, y porque después de haber combatido legalmente por su causa, ellos pueden marchar con su frente alta, esperando que brillen mejores días.

Pero ¿se puede decir otro tanto del desertor, de ese hombre que, formado en su patria, al abrigo de la protección de sus leyes, le niega los servicios que

ella reclama de sus hijos, y toma la fuga, dejando á otros el cuidado de defender sus hogares y sus bienes? »

Consultado el doctor Gregorio Rodríguez, se expresó en los siguientes términos:

Opinión del doctor G. Rodríguez

« La legación que ha recogido y ampara al coronel Pampillón, comete, á mi juicio, un grave error, pues en contra de la doctrina en extremo perniciosa que está sustentando, se hallan, no sólo las disposiciones claras y categóricas de los tratados del Congreso de Montevideo, sino también las teorías, bien radicales por cierto, del eminente internacionalista Carlos Calvo, que debe ser autoridad indiscutible para el jefe de la referida legación.

El caso de Pampillón no puede apreciarse sin tener á la vista nuestro código militar, que simplifica extraordinariamente las dudas que hayan podido surgir al respecto.

El artículo 468, dice que el destino ó comisión de los jefes y oficiales es de la libre voluntad del Poder Ejecutivo. Es de notoriedad que el presidente de la República puso al coronel Pampillón en situación de cuartel con goce de sueldo íntegro, que hasta le adelantó el importe de algonos haberes, y le ordenó últimamente no salir de la capital, lo que equivalía á un arresto. Si se quisiera extremar el rigor con dicho militar, se le podría acusar hasta como reo de traición, á estar á lo dispuesto en el artículo 826 del código citado, que dice:

Comete crimen de traición todo militar que ejecuta algunos de los hechos siguientes:

Inciso 5.—Dejar de cumplir, militar, total ó parcialmente, una orden oficial etc. Pampillón ha dejado de cumplir órdenes expresas dadas por el presidente de la República. Pero sin necesidad de ser tan severos, basta para probar que Pampillón es con arreglo á nuestra legislación un reo del delito común, recordar el artículo 865 del mismo código, que dispone: *El jefe ú oficial que quebrante el arresto obligatorio, sufrirá la pena de un mes á dos años de prisión.*

Pampillón estaba arrestado, teniendo la ciudad por cárcel; ha quebrantado el arresto, refugiándose en una legación extranjera; luego es reo de un delito común penado hasta con dos años de prisión.

Es aún más riguroso el artículo 914, correspondiente al capítulo «infracciones y deberes inherentes del carácter militar», cuando dice: « El quebrantarse el deber militar por temor á un peligro personal, será castigado con prisión hasta de tres años, y si el culpable fuera jefe ú oficial, será además destituído del empleo ».

No hay duda que Pampillón, por temores completamente imaginarios de peligros personales, ha faltado á sus deberes militares. En consecuencia, se ha hecho acreedor á las penas indicadas en el artículo citado.

Es indudable que por los artículos del código militar citados, Pampillón es reo de delitos comunes, previstos, descritos y castigados por el referido cuerpo de leyes y tratados de derecho penal internacional del congreso de Montevideo, por su artículo 17, que dispone lo siguiente:

« El reo de delitos comunes que se asilase en una legación deberá ser entregado por el jefe de ella á las autoridades locales, previa gestión del ministro de Relaciones Exteriores, cuando no lo efectuase ».

A mi juicio, pues, la legación que está amparando á aquel militar, so pretexto de considerarlo como reo de un delito político, no ha tenido presente la condi-

ción especial del asilo, y las disposiciones que lo gobiernan, y de su clase. De lo contrario, se habría dado cuenta de que tal acto implica el desconocimiento de la soberanía.

El 15 de Febrero se publicó en todos los diarios el siguiente aviso, referente al militar asilado en la legación argentina:

Emplazamiento del coronel Pampillón

Por disposición del juez militar de instrucción de primer turno, coronel graduado José Luis Gómez, cito, llamo y emplazo por el término de treinta días á contar desde la fecha, al coronel José María Pampillón, para que se presente á este juzgado á deducir los derechos que le puedan asistir, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 467 del Código Militar. — Montevideo, Febrero 16 de 1904. — *Antonio Simone García*, secretario.

Tres dias después la Agencia Havas informaba desde Buenos Aires, que el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Terry, anunciaba que en su concepto en breve quedaría resuelta la reclamación uruguaya sobre el asilo del coronel Pampillón, y la Agencia Havas agregaba por su cuenta: « Parece que será reconocida la doctrina del gobierno uruguayo, no procediendo el amparo del pabellón argentino en ese caso. » Como después se verá, nada de eso hubo ...


FEDERICO CANFIELD

Poco á poco los diarios de una y otra orilla comenzaron á tomar intervención en el debate sobre el derecho de asilo. *La Prensa* bonaerense del 20 de Febrero, publicó un extenso artículo sobre el asunto, basando su conformidad con la actitud asumida por el ministro De-María, en las opiniones del doctor Roque Sáenz Peña, invocadas antes en contra por el doctor Justino Jiménez de Aréchaga.

Otra opinión del doctor Sáenz Peña

« Se ha probado hasta la evidencia — decia el diario argentino — por los artículos que hace días se vienen publicando en la prensa de esta capital, que el coronel Pampillón es un asilado político. Lo que todavía se pone en duda por algunos, es el derecho que tiene el jefe de la legación argentina para embarcarlo, esto es, á colocarlo en la frontera de la República Oriental.

Pues bien, para demostrar que nuestro representante en Montevideo tiene ese derecho, bueno es transcribir parte del discurso pronunciado por el doctor Roque Sáenz Peña, al exponer ante el Congreso sudamericano reunido en Montevideo en el año 1889, las opiniones y principios que prevalecieron en la comisión del derecho penal, de la cual era él, miembro informante. Decía así:

« Tengo encargo de introducir una adición en el artículo 17.° de la que se ha de servir tomar nota el señor secretario:

« El jefe de la legación podrá exigir á su vez las garantías necesarias para que el refugiado salga del territorio nacional, respetándose la inviolabilidad de su persona. »

Este artículo tal como queda redactado, consulta las garantías necesarias del reo, pero también las que son indispensables al Estado; no se derramará la sangre de los que son víctimas de las persecuciones del poder y llegan á ampararse de un escudo extranjero, pero ese escudo no encubrirá tampoco á sediciosos ni

á rebeldes, cuya acción se duplica en eficacia por efectos de la impunidad de que disfrutan; es sabido, señores, que la presencia de un caudillo ó de un agitador en la capital de una república puede ser más peligrosa y más temible que nuestros regimientos armados; y no es posible reconocer la facultad de imponerla, al representante de una misión de paz y de concordia; si no es posible suponer como se ha dicho un Estado dentro de otro Estado, es menos admisible todavía suponer un Estado enemigo dentro del territorio de un Estado amigo.

Mis honorables colegas saben bien todos los conflictos á que ha dado lugar la prerrogativa del asilo cuando ha sido ejercida imprudentemente por los jefes de misión; el aviso á los gobiernos que la comisión prescribe, no como cortesía, sino como deber, evita conflictos entre el gobierno que persigue y la legación que ampara al delincuente. Es conocido el caso ocurrido con el marqués de Fonteney, embajador de Francia en Roma: el diplomático francés había asilado en su palacio conspiradores napolitanos en gran número, y al tratar de hacerles salir de la ciudad en sus propios carruajes, fueron detenidos por la autoridad y reducidos á prisión. La discusión se empeñó entre la embajada y el estado de la iglesia; pero el estado triunfó de la embajada sosteniendo que si ella se tomaba la libertad de proteger á los malvados, la soberanía del estado, bien podía permitirse recuperarlos donde los encontrara; este conflicto no se hubiera producido ciertamente; si en lugar de imponerse un asilo tan clandestino como la evasión, se hubiera llevado el hecho á conocimiento del estado y exigido las garantías de que gozan los delincuentes políticos, para ser colocados en la frontera, etc., etc. »

Como se ve, es terminante el derecho que asiste en este caso al ministro argentino para embarcar al coronel Pampillón.

Esta doctrina es, además, la misma que sustentan los tratadistas de Derecho Público Internacional. Fiori, en su tratado de derecho internacional público, página 1221, hablando del derecho de asilo dice textualmente: «Debe, pues el ministro tomar todas las medidas necesarias para garantizar la seguridad personal de los refugiados y obtener del gobierno local su salvo-conducto, para que aquellos puedan salir libremente del territorio del estado, etc. »

El 20 de Febrero llegó procedente de Buenos Aires el ministro en la Argentina, señor Daniel Muñoz. Visitó en seguida al Presidente de la República, para el cual trajo importantes comunicaciones referentes al asunto Pampillón.

Un repórter de *El Dia*, se entrevistó con el señor Muñoz quien le anticipó, refiriéndose al caso del coronel Pampillón, que «podía darse por seguro que ese militar, asilado en la legación Argentina, no conseguiría salir del país, de acuerdo con la doctrina sostenida por el gobierno. »

El señor Daniel Muñoz conferenció ese mismo día de mañana y de tarde con el Presidente de la República en su domicilio particular. También visitó en su despacho oficial al doctor José Romeu, con quien permaneció largo rato, tratando, entre otros asuntos, el referente al coronel Pampillón. En el Ministerio de Relaciones Exteriores se dijo que este asunto quedaría solucionado en breve en forma satisfactoria para las cancillerías argentina y uruguaya. Sobre lo que no cabía duda — en concepto de *El Dia* — era sobre esto: el coronel Pampillón no podría embarcarse para Buenos Aires.

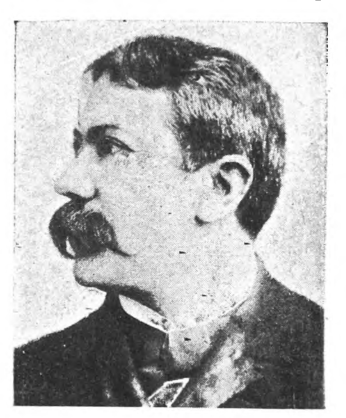
El ministro Muñoz regresó el mismo día para Buenos Aires.

Á consecuencia del asunto del coronel Pampillón uno de los redactores de *La Nación* bonaerense entrevistó á un especialista en materia internacional, el ex-ministro argentino Luis Maria Drago, quien consideró, como el doctor Miguel Cané, que la legación estaba en su perfecto derecho de asilar y exigir garantías para que el asilado pudiera abandonar el territorio oriental. — El senador Carlos Pellegrini, por su parte, encontraba acertada la resolución de la cancillería uruguaya, de que el coronel Pampillón no pudiera salir del territorio, pues el derecho de asilo cesaba desde que aquél abandonara el local de la legación.

Opiniones encontradas

El 24 de Febrero el ministro de Relaciones Exteriores argentino recibió un telegrama de su ministro en Montevideo, de carácter grave. Á pesar de la reserva que se mantenía alrededor de ese despacho, logróse reconstruir su forma, concebida en los siguientes términos:

«Aun después de la solución que se le ha dado al asunto del coronel Pampillón, continúa siendo vigilada esta legación por el gobierno, de una manera indecorosa, que no puedo aceptar bajo ningún concepto.»



DOCTOR ANACLETO DUFORT Y ÁLVAREZ

Esa solución á que hacía referencia el telegrama, se basaba en un convenio según el cual el coronel Pampillón, asilado en la Legación Argentina, podría embarcarse para Buenos Aires con pase del gobierno uruguayo, una vez que hubiera sido dado de baja. Era la fórmula transaccional que nuestra diplomacia había conseguido.

Pocos días después el ministro de Relaciones doctor Romeu, explicaba á un periodista la doctrina sostenida por el gobierno uruguayo en el caso de asilo del coronel Pampillón. — El doctor Romeu sintetizó el caso de la siguiente manera: «El artículo 17 de los tratados sobre Derecho Internacional Privado, celebrado por el Congreso Sudamericano de Montevideo y sancionados por la Asamblea General, dice así:

Opinión del doctor Romeu

»El reo de delitos comunes que se asilase en una legación deberá ser entregado por el jefe de ella á las autoridades locales, previa gestión del Ministerio de Relaciones Exteriores, cuando no lo efectuase espontáneamente.

»Dicho asilo será respetado con relación á los perseguidos por delitos políticos; pero el jefe de la Legación está obligado á poner inmediatamente el hecho en conocimiento del Gobierno del Estado ante el cual está acreditado, quien podrá exigir que el perseguido sea puesto fuera del territorio nacional dentro del más breve plazo posible.

»El jefe de la Legación podrá exigir, á su vez, las garantías necesarias para que el refugiado salga del territorio nacional, respetándose la inviolabilidad de su persona. — El mismo principio se observará con respecto á los asilados en los buques de guerra surtos en aguas territoriales.

»Amparándose en este artículo, el doctor De-María viene prestando asilo. Dado como legal ese asilo, el Gobierno oriental discute la facultad de sacar á los asilados de dentro de la Legación.

» En efecto, dice: una vez prestado el asilo el Gobierno *podrá exigir que el perseguido sea puesto fuera del territorio nacional dentro del más breve plazo posible.* »

» La acción es puramente facultativa *para exigir*, dice el artículo.

» Ahora bien. El párrafo siguiente establece que el «*el jefe de la Legación podrá exigir, á su vez, las garantías necesarias para que el refugiado salga del territorio nacional, respetándose la inviolabilidad de su persona.*»

» Este párrafo tiene inmediata aplicación, según nuestro canciller, cuando el Gobierno hace uso del derecho facultativo que le confiere el inciso anterior, es decir, cuando *exige* que el asilado abandone el territorio nacional.

» No exigiéndolo, el segundo párrafo no tiene aplicación. Luego en el preciso momento de abandonar un asilado la Legación por su voluntad ó por la del representante diplomático puede ser aprehendido por la policía.

» Hay más. — Todo esto en el caso de que el asilo prestado fuera aceptable. Nuestro Gobierno discute aún ese punto. El internacionalista argentino de más reputación, y actual representante de su nación en París señor Calvo, dice á ese respecto, en su Diccionario Diplomático, que «se podrá asilar á un perseguido político sólo en el caso de que haya peligro de vida», y agrega:

» Cuando un ministro extranjero abre sus puertas á un acusado político, este derecho debe ser solamente en vista de no querer hacer oposición.

» Precisamente no se ha dado caso de que haya corrido peligro la vida de ningún asilado político, y de acuerdo con la referida obra — que constituye casi legislación en la materia—el señor doctor De-María no ha podido dar refugio á nadie.

» Todos los asilados hasta ahora en la Legación argentina se han embarcado para Buenos Aires, con pase del Gobierno, que, como acto de condescendencia amistosa, ha transigido con el señor ministro argentino, hasta tanto no se esclarezca plenamente el punto, merced á la aprobación del protocolo que se agregará á los tratados existentes. De ese modo se embarcaron el doctor Alzáibar, el cívico Canosa y todos los demás asilados, es decir, indultados y con pase del Gobierno oriental. »

Para concluir de una vez con este asunto de Pampillón, tan zarandeado, diremos que en los primeros días del mes de Marzo circuló la noticia de que el jefe asilado en la Legación Argentina, había logrado burlar la vigilancia ejercida sobre él, escapándose para la revolución.

Supuesta fuga de Pampillón

El Día se creyó en el caso de desmentir esta noticia. — Pero como siempre sucede, en esta noticia, por absurda que fuere, había una causa, un motivo. En esa ocasión el rumor de la fuga del coronel Pampillón nació de la circunstancia insignificante, pero sugestiva para la cavilosidad pública, de darse diariamente el caudillo maragato el inocente placer de montar á caballo dentro de la quinta de la Legación y en el pingo escarceador que tenía para su solaz el ministro señor De-María.

Como es natural, Pampillón se permitió el gusto — cierta vez que se vió bien afirmado en los estribos, — de acercarse á la verja de la calle Agraciada como para amagar una *disparada* hacia la cuchilla de Juan Fernández.

Dos ó tres veces esa maniobra produjo gran agitación entre los numerosos elementos de policía que vigilaban la antigua quinta de Berro y fué con francas risotadas que el coronel Pampillón sofrenó de pronto su caballo haciéndole rayar la tierra en el portón mismo, límite extremo de la ficción de la extraterritorialidad....

El 16 de Marzo vencieron los treinta días de plazo que se le habían dado al coronel José M. Pampillón para presentarse al estado mayor. Como no cumplió la orden fué dado de baja y quedó en condiciones de salir del país según lo convenido con el gobierno argentino.

El 27 de Marzo el Presidente de la República Argentina conferenció con el ministro del Uruguay, señor Muñoz, y con el representante argentino en Montevideo, doctor De-María, sobre el asunto del asilo del coronel Pampillón.

Asistió á la conferencia el subsecretario de Relaciones Exteriores, doctor Miranda Naon, encargado interinamente del despacho del ministerio.

Después de explicar el doctor De-María la situación creada por el gobierno oriental con la vigilancia establecida á la legación argentina, se convino en que el ministro señor Muñoz propondría á su gobierno una solución inmediata del caso sobre la base de que el coronel Pampillón se trasladara á Buenos Aires, bajo la promesa de no volver al territorio uruguayo hasta tanto se pacificara el país.



DOCTOR JOSÉ ROMEU

Independientemente de este caso, las cancillerías debían llevar á término un protocolo aclaratorio del tratado que regía sobre la materia.

Como algún diario argentino opinara que el coronel Pampillón sería vigilado en Buenos Aires, *La Nación* bonaerense de fecha 29 de Marzo, insertó en sus columnas la siguiente aclaración:

«No son completamente exactos los informes que han publicado algunos colegas respecto á los procedimientos que se adoptarán con el coronel Pampillón.

«Si bien es cierto que será traído á esta capital, no lo es, según nuestros informes, la versión de que será confinado y vigilado por el gobierno.—Se le dejará en libertad bajo promesa de no tomar parte en la guerra».

Sobre este mismo asunto dijo *El Día* del 30 de Marzo:

«El ministro de Relaciones Exteriores recibió ayer de la capital Argentina algunas comunicaciones que se relacionan con el ya tan zarandeado asunto Pampillón. Se guarda reserva sobre ellas porque no han sido aún sometidas á estudio y discusión».— Eran las bases cuya síntesis había adelantado *La Nación*.

En los primeros días de Abril, y contra lo que había vaticinado durante dos meses nuestra cancillería, el coronel Pampillón fué embarcado para Buenos Aires, acompañándolo hasta á bordo uno de los secretarios de la Legación que le había prestado asilo. Pampillón se dirigió á Luján, desde donde, pocos días después, comunicaba á un amigo suyo en Buenos Aires, que se aburría extraordinariamente á pesar de algunas excursiones que hacía á caballo por los alrededores de la villa.

El coronel Pampillón se mostraba en esa epístola muy apesadumbrado por las desgracias que afligían á su patria, y mucho más por no poder él contribuir á remediarlas, dada la situación en que se hallaba. Sin duda para sacudir el *spleen*, fué que comenzó en seguida los preparativos de la famosa expedición que tuvo tan desastroso resultado, meses más tarde, en las playas de la Colonia!

A medida que las relaciones diplomáticas entre el Uruguay y la República Argentina asumían un carácter de peligrosa tirantez, se estrechaban por el contrario, de manera sensible y progresiva, las relaciones entre nuestra cancillería y la brasileña. Síntoma de la cordialidad que reinaba, fué el telegrama que en los últimos días de Enero recibió de nuestro gobierno, el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario del Uruguay en el Brasil, doctor Federico Susviela Guarch. Decía así el despacho:

Neutralidad brasileña

« El gobierno ha ordenado al ministro de la Guerra que haga investigaciones respecto de los perjuicios que se han causado en las estancias de los brasileños; y además de las serias medidas adoptadas serán indemnizados aquéllos de todos los perjuicios sufridos, y será castigado todo abuso, evitando así perturbación en las buenas relaciones que mantenemos con el pueblo brasileño ».

Sobre la neutralidad que observaban las autoridades brasileñas de la frontera se recibían noticias que ponían en perfecta evidencia la actitud resuelta de las autoridades del Brasil.

En los últimos días de Enero,— decían algunos despachos recibidos — se tuvo noticia en la frontera de la llegada de los doctores Baena y Haedo Suárez, á quienes se señalaba como conductores de un armamento destinado á la gente de Saravia. No bien pasaron aquellos ciudadanos el muelle de Río Grande, los agentes de la autoridad brasileña hiciéronles conocer su calidad de presos, para ser inmediatamente internados á Porto Alegre, capital del vecino Estado. Mientras eran conducidos á su destino, en compañía de Abelardo Márquez que continuaba en asistencia en la ciudad de Río Grande, cuatro agentes de la absoluta confianza de las autoridades brasileñas pasaban á bordo del vapor en que habían viajado los doctores Baena y Haedo Suárez, con objeto de hacer una prolija investigación en el buque y cerciorarse de si era ó no portador del armamento.

Además de la internación de los ciudadanos nombrados, fueron alejados de la frontera, como ya se sabe, los jefes Varela Gómez, Saavedra, Muñoz, padre é hijo, etc. Algunos de los nombrados, á quienes por diversas circunstancias no se les pudo internar en el acto de su llegada, fueron provisoriamente llevados á un cuartel, donde permanecieron presos hasta la hora de su partida para Porto Alegre.

De Río Janeiro comunicaban con fecha 4 de Febrero que con motivo de los sucesos que se desarrollaban en la República del Uruguay era probable que el gobierno federal reforzara la guarnición de la frontera de Río Grande. El ministro de la Guerra, mariscal Argollo, se dirigió telegráficamente al jefe de las fuerzas federales destacadas en Río Grande, general Salles, pidiéndole informes sobre el fundamento que la denuncia de que hubieran sido fusilados por los revolucionarios algunos oficiales brasileños en el Río Negro. Ese hecho resultó ser completamente falso.

En vista de las noticias que llegaban á Río Janeiro sobre el desarrollo de los sucesos en el Uruguay, celebraron el 5 de Febrero una conferencia el presidente de la República Brasileña y los ministros de Guerra y Marina. En esa entrevista quedó resuelta la inmediata partida para Montevideo de un buque de la escuadra.

Respecto del fusilamiento de dos brasileños por las fuerzas de la revolución se comprobó oficialmente que el hecho era exacto; pero que aquellos no pertenecían al ejército brasileño como se denunciaba.

Se estableció en Río Grande un servicio especial de policía para fiscalizar las embarcaciones que condujeran emigrados.

El ministro de la Guerra del Brasil recibió un telegrama del doctor Carlos Berro, vicepresidente del directorio nacionalista, fechado en Porto Alegre y firmado también por los doctores Suárez, Baena y otros miembros de la misma agrupación, en el que reclamaban contra su internación, que había sido ordenada por el jefe de la guarnición brasileña de Río Grande, general Salles.

Manifestaba el telegrama que tal medida era injustificada, pidiendo que fuera anulada la orden, que se les restituyera su libertad, á los detenidos, que se les permitiera viajar y fueran amparados por la justicia que esperaban encontrar en el territorio brasileño. — En el Ministerio de Relaciones Exteriores se recibieron el 5 de Febrero comunicaciones telegráficas del cónsul oriental en Río Grande asegurando que Basilio Muñoz había sido internado en Porto Alegre.

El mismo cónsul avisaba que Antonio Saavedra se asistía de sus heridas, en calidad de preso, en el hospital militar de Porto Alegre, razón por la cual no había podido ser enviado á Río Grande. El cónsul en Santa Victoria (Brasil) anunciaba que los revolucionarios hermanos Amorim, Pereyra y un tal González que pasaron á aquel país por el Chuy, habian sido internados en Río Grande.


UNA DESPEDIDA

El entredicho con Italia

A mediados de Febrero llegó á Montevideo el buque italiano de guerra *Liguria* trayendo á su bordo al Duque de los Abruzzos. El príncipe no bajó á tierra, como se esperaba, y siguió viaje para Buenos Aires. Una delegación de las sociedades italianas de Montevideo, en vista de que el duque no visitaba nuestra ciudad, se trasladó á la ciudad vecina con el objeto de hacerle entrega de una artística medalla de oro, como demostración de aprecio de parte de los italianos residentes en Montevideo.

A los dos días regresó de Buenos Aires la delegación compuesta por los señores Luis Fidanza, Santiago Molfino, Antonio Lébano, y José Fiocchi, y manifestaron que el duque de los Abruzzos les había encargado hicieran saber á la colonia italiana de Montevideo los motivos de su negativa á visitar esta capital.

El duque les manifestó lo siguiente: « Algunos días después de mi llegada á Buenos Aires, el ministro Conde Bottaro Costa recibió una nota del ministro Muñoz en la cual, á nombre del gobierno oriental, se expresaba un profundo sentimiento por no poderme recibir á causa de la anormal situación política con la solemnidad y el boato que dicho gobierno habría deseado.

« Solicité de Bottaro Costa que respondiera al ministro Muñoz que agradecía la recepción que el gobierno oriental me hubiera hecho á mi llegada á Montevideo, pero, agregando que me veía obligado á no visitar esa ciudad, no por la actual situación revolucionaria, pues habría deseado compartir con mis compatriotas su estado angustioso, sino por los procedimientos usados por el gobierno oriental con el ministro Bottaro Costa.

Me refiero á las varias reclamaciones y al incidente de la *María Madre*.

(Aquí entraba el duque en varias consideraciones sobre esa antigua reclamación diplomática, que consideramos del caso suprimir, y concluía diciendo):

« Nuestro ministro no podía tolerar nada de eso y se retiró del Uruguay ofendido. — La ofensa hecha al ministro es ofensa hecha á nuestra nación.

« Por eso es que no voy á Montevideo. Ni yo ni mis compañeros podemos sancionar con nuestra presencia una injuria inferida á nuestro país. »

Estas mismas declaraciones fueron comunicadas al ministro Daniel Muñoz, para que éste las comunicara oficialmente al Poder Ejecutivo.

El ministro en la Argentina, se creyó en el caso de rectificar y aclarar la información anterior.

De la publicación que hizo el señor Muñoz, tomamos los siguientes párrafos:

« No tengo nada que decir al público respecto de las negociaciones que se tramitan entre las cancillerías, pero sí debo aclarar algo que personalmente me atañe.

« Yo no he pasado nota ninguna al conde Bottaro Costa disculpando á mi gobierno de no poder agasajar al príncipe Luis de Saboya por las circunstancias del país, pues no tenía instrucciones para hacerlo. Escribí sí una carta privada en tono familiarísimo, en la que poco más ó menos le decía que sabiendo que en aquel día tenía como huésped en su mesa al duque, á quien he tenido ocasión de tratar varias veces durante mi residencia en Italia, le pedía que le presentase mis saludos y le expresase que por razón de las circunstancias en que se encontraba mi país « no podía yo » obsequiarlo como era mi deseo, no como retribución de las muchas atenciones de que era yo deudor á la Real Corte á que el pertenece, sino como demostración de mis reconocimiento por esas cortesías.

« Esa carta escrita al conde Bottaro era privadísima, encabezada con un «Caro colega » y terminada con un besamanos á la señora condesa, fórmulas que quitaban á la misiva todo carácter oficial.

« Cierto es que al contestarme el señor ministro agradeciéndome y retribuyéndome en nombre de Su Alteza mis saludos lo hizo en forma de nota oficial para expresarme las razones en que según él, fundaba el duque su retraimiento de tocar en Montevideo, punto de escala fijado en su itinerario; pero el tono y forma de la comunicación del conde Bottaro no pueden alterar el significado puramente personal de la mía, de manera que mi gobierno queda completamente descartado del asunto. »

Estos dimes y diretes trajeron como consecuencia una frialdad, felizmente pasajera, en las relaciones diplomáticas con Italia, que tuvo repercusión en el asunto de las Legiones Italianas que estuvieron á punto de formarse para auxiliar al gobierno. Ya á últimos de Enero se había presentado á la autoridad superior militar de la Florida un grupo de ciudadanos italianos ofreciendo sus servicios para el caso de que se hiciera necesaria la defensa de la plaza. El ofrecimiento fué debidamente agradecido, prometiéndoseles que su cooperación sería requerida en la primera oportunidad. Un diario floridense decía, con ese motivo:

« La actitud de estos residentes italianos está perfectamente encuadrada en los antecedentes de esa simpática y laboriosa colonia, que en todas nuestras contiendas civiles ha prestado su valioso contingente á la defensa de la causa institucional.

« La heroica tradición garibaldina se mantiene siempre viva en el corazón de los italianos, y ella justifica plenamente el caballeroso ofrecimiento de que damos cuenta.»

Pocos días después, un señor Sasso se presentaba al gobierno, proponiéndole organizar una legión italiana, tomando como modelo la célebre legión garibaldina. La oferta fué aceptada.

Al día siguiente, el diario *L'Italia al Plata* comentaba la noticia en estos términos: «Lo que ayer se decía oficialmente, nos ha sorprendido de dolorosa manera.

Primera "Legión Garibaldi"

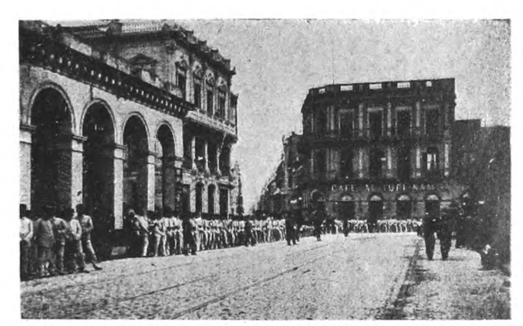
No conocemos al señor Sasso y no ponemos en duda que habrá hecho su propuesta movido por el deseo de sostener al gobierno contra la delictuosa revolución. Pero nos preguntamos: ¿es oportuna la propuesta? No por cierto.

Sabe el gobierno que la colonia italiana, laboriosa y tranquila, aborrece la revolución, condena severamente el movimiento subversivo. Sabe también que mira con simpatías al presidente Batlle; pero sabe, por último, que es enemigo de participar en luchas fratricidas.

Fuera de eso, la propuesta Sasso, y esto es lo que particularmente tememos, tendrá terrible repercusión en la campaña.

Hace algún tiempo se habló en la Florida de formar una legión italiana.

Pues bien, el lunes último, algunos connacionales nuestros, venidos de aquella ciudad, nos contaban, aterrorizados, que las tropas nacionalistas se habían ocupado de buscar á los proponentes de la legión y que uno de ellos tuvo que esconderse porque consideró que estaba su vida en peligro.



BATALLÓN 4.º DE GUARDIA NACIONAL

¿A qué llegaremos con la nueva legión que se quiere formar en Montevideo? A poner en grandísimo peligro la vida de los compatriotas nuestros esparcidos por la campaña.

Esos desgraciados quedan señalados por la ferocidad de los revolucionarios: se les entrega al degüello.—El proponente de la legión no ha pensado ciertamente en estas consecuencias dolorosísimas.»

Los representantes de las sociedades italianas se creyeron en el caso de protestar contra la idea del señor Sasso. Reuniéronse el 24 de Febrero, y al día siguiente dieron á la luz pública un manifiesto. Era evidente que en tan resuelta actitud influían indirectamente los agravios del duque de los Abruzzos y del conde Bottaro Costa, respecto al caso, no solucionado, de la barca *María Madre*.

Decía así el manifiesto de los representantes de las sociedades italianas:

«En medio de la tempestad que hoy agita á la República, se ha levantado una voz la que en vez de llevar la palabra de concordia y paz, incita á reavivar odios latentes y dar nuevas fuerzas á la lucha fratricida.

Esta vez se ha levantado para proclamar la creación de una legión de italianos, invocando el recuerdo y ejemplo de aquella legión que en un tiempo relativamente lejano combatió por la defensa de la libertad en esta República.

Contra ese llamado, contra ese abuso del nombre italiano y de la sacra memoria de Garibaldi, nosotros protestamos enérgicamente en nombre de la patria.

Hoy no se trata como en los tiempos de la legión garibaldina de rechazar la invasión de un tirano extranjero: se trata de una lucha entre hermanos, y esto ¡oh connacionales! sería de parte nuestra, una traición, un crimen. Sería jugar el papel del que entra en la casa de otros para ayudar á un hermano á matar á otro hermano.

No es para esto que nosotros hemos dejado nuestra patria y hemos venido á este país, que nos ha abierto liberalmente sus puertas, ofreciéndonos campo donde ejercitar nuestra actividad.

Nosotros estamos aquí para contribuir con nuestra fuerza moral y material, trabajando al mismo tiempo por nuestro interés, al progreso del país en que vivimos.

La obra nuestra debe ser obra civil, obra de conciliación, de paz; obra dirigida no á prolongar, sino á hacer cesar lo más pronto posible el estado de cosas que trae daños incalculables para el país entero.

Nosotros tenemos confianza en el buen sentido de la colonia y su verdadero afecto por esta tierra tan bella cuanto desventurada. Tenemos confianza en vuestro patriotismo!

No olvidéis, connacionales, que por disposiciones del Código Civil, quien de nosotros tomara armas en favor de una nación extranjera, pierde los derechos del ciudadano italiano.

Creemos que pensaréis también en nuestros hermanos esparcidos por toda la campaña indefensa, expuestos á las represalias.

Afortunadamente, la noticia circulada no era del todo exacta. No es una legión italiana sino extranjera, la que se quiere formar, y su propio iniciador, si bien es italiano de nombre, no es italiano.

Pero desde que á la legión se pretende dar el nombre de José Garibaldi, que es emblema de italianidad, nosotros sentimos el deber de hacer pública esta protesta, para hacer saber que la idea de unos pocos iniciadores, no es la opinión de nuestra sensata y laboriosa colonia.

En una cosa debemos estar de acuerdo; en desear que en el ánimo de los orientales el sentimiento de la patria se sobreponga eficazmente al de partido, y haga que depongan para siempre las armas, y se unan en un abrazo, del cual sólidamente puede nacer la felicidad del país ».

Como se vé, había resultado contraproducente la resolución oficial que daba el carácter de « legión italiana » al batallón de voluntarios que pretendía formar el señor Gerardo Sasso, con objeto de tomar parte en la guerra.

El espíritu italiano se conmovió ante las noticias de que se formaba la legión y en la prensa, en los círculos sociales, en todas partes donde actúa esa colectividad surgió la protesta unánime contra la pésima idea de intervenir en las contiendas internas del país.

En la reunión en que se firmó el manifiesto se protestó contra el hecho de que se diera el nombre de Legión Italiana á un batallón que, según se había averiguado, iba á estar compuesto de toda clase de extranjeros, no comandados por un italiano sino por un brasileño, y que llevaría por lema el nombre del héroe de Messina y Aspromonte.

A este respecto dijo *L'Italia*:

« El nombre de nuestro héroe no puede ser adoptado por aquel á quien se le antoja sin herir la justa susceptibilidad italiana. Si el gobierno oriental acepta la oferta de un batallón de extranjeros lo hará porque es muy dueño de ello, pero no puede consentir que ostente el nombre de nuestro héroe, sin faltar á ciertos deberes de delicadeza para con nosotros. Quienes representan la colonia en Montevideo, son las sociedades, y éstas protestan. El gobierno no puede, ni debe enajenarse la buena voluntad de nuestra colonia. Son ya muchos los incidentes desagradables que han surgido. Este vendría á aumentar la serie, por cierto, nada satisfactoria ».

Un redactor de *L'Italia*, habló sobre el asunto con el coronel Jerez, quien le aseguró que al aceptar la oferta de Sasso no había querido por cierto implicar á la colectividad italiana en las luchas civiles.

El jefe político agregó amplias declaraciones, autorizando al diario á tranquilizar en su nombre á todos sus connacionales.

El futuro jefe de la proyectada legión extranjera resultó ser el dueño de un despacho de vinos y licores situado en la esquina de Canelones y Andes. El futuro comandante, al ser entrevistado por un repórter, negó que hubiera ofrecido al gobierno el apoyo de la legión italiana, y agregó que si había ofrecido su concurso al jefe político señor Bernassa y Jerez, había sido instigado por numerosos amigos orientales, italianos, franceses, alemanes, ingleses, rusos, españoles, etc., que le pidieron que se pusiera á la cabeza de un batallón de extranjeros para dar á conocer sus instintivas facultades de mando. — Declaró también que no era italiano sino hijo de tal y nacido en Río Grande; y manifestó que pondría á su batallón el nombre de *Garibaldi* en recuerdo de que su padre fué garibaldino. — Dijo que contaba ya con 103 hombres, de los cuales la mitad eran italianos y que en el cuadro de oficiales tenía como á su segundo á Honorio Sosa, y como secretario á Andres Mata, ambos orientales.



MANUEL R. ALONSO

Sasso manifestó que sabía de cosas militares porque había combatido en Río Grande bajo las órdenes de Gumersindo Saravia.

El ministro de Italia, conde Bottaro Costa, confirmó y apoyó con el siguiente telegrama la protesta de las sociedades italianas sobre organización de una legión militar, recomendando á sus compatriotas el abstenerse de cualquier intervención en las luchas internas.

« Para que sirva de oportuna norma de conducta á los súbditos italianos residentes en las repúblicas del Plata, — decía el diplomático, — se recuerda que deben abstenerse rigurosamente de tomar parte, en cualquier manera ó forma, en las luchas internas de los países en que les den hospitalidad.

Al mismo tiempo debe recordarse que el que falte á ese deber, incurrirá en la pérdida de la asistencia de las regias autoridades diplomáticas y consulares.

Le ruego que dé á esta nota la mayor publicidad. — *Bottaro Costa.*

La legión del señor Sasso quedó en proyecto. Durante cuatro ó cinco días viéronse algunos individuos con garibaldinas y boinas rojas, pero después desaparecieron como por encanto. Pero un mes después (á fines de Marzo) *El Día* anunció que se había constituído una Legión Garibaldi, comandada por oficiales italianos y boers. *L'Italia* publicó, al siguiente día, este suelto:

Segunda "Legión Garibaldina"

« Cuando hace algún tiempo se habló de una Legión Garibaldi, nuestra colonia protestó enérgicamente declarando que á nadie permitía adoptar el nombre de nuestro héroe para participar en la guerra civil. Igual declaración hizo el Círcolo Garibaldino.

Ahora, ante el nuevo anuncio, recordamos la protesta é invitamos nuevamente al gobierno á tomarlo en cuenta

El gobierno, por deferencia hacia la colonia italiana y por su propio interés, no puede ni debe hacer nada que la disguste ó que no sea de su agrado.

El nombre de *Garibaldi* en una legión implica la participación de nuestra colonia en la guerra civil, participación que la colonia rechaza resueltamente.

El gobierno, por consiguiente, haría mal en aceptar una legión con el nombre que tan de cerca interesa á los italianos.—Y además, para salvaguardar á la colonia, creemos que nuestro encargado de negocios haría cosa utilísima indicando al gobierno — si ya no lo ha indicado — la conveniencia de cambiar el nombre de la legión y de anunciar públicamente el cambio.»

Con motivo de este suelto reanudóse entre los residentes italianos, y muy seriamente, la propaganda de protesta por la formación del batallón de voluntarios con el nombre de *Garibaldi.*

El señor Nicolás Massa, cónsul general de Italia, pasó á los presidentes de las sociedades italianas una carta concebida en los siguientes términos:

« Distinguido señor: Ha llegado á mi conocimiento que algunos connacionales, que olvidan su propio deber y se muestran poco escrupulosos del decoro del nombre italiano, haciendo caso omiso de la circular del señor ministro, no sólo toman parte en la guerra civil que arrasa esta República, sino que intentan cubrir su funesta y antipatriótica acción con el nombre de Garibaldi, nombre que debe ser sagrado y que todos nosotros debemos hacer respetar.

Creo, pues, oportuno volver á llamar su atención sobre la circular que en seguida transcribo, y le ruego haga de su parte todo lo posible para que el ejemplo de unos cuantos extraviados no tenga imitadores.

El patriotismo bien notorio de usted no necesita exhortaciones, y sin agregar nada más, aprovecho la ocasión para confirmarle de nuevo las protestas de mi distinguida estima. El real cónsul general. — *Nicolás Massa.* »

Con motivo de este asunto, la Directiva de la sociedad de socorros mutuos « Operai Italiani », la más numerosa de Montevideo, celebró el 23 de Marzo una reunión, resolviendo « renovar á los italianos la prevención de abstenerse de cualquier manifestación política, manteniendo la más estricta neutralidad en los actuales momentos y recordando el artículo 11 de los Estatutos que establece que serán expulsados de la sociedad aquellos socios que tomaran las armas en las luchas civiles de nuestro país. »

También la prensa de la otra orilla se ocupó de este asunto, calificando de *inconveniente* la proyectada creación de un cuerpo militar extranjero. *La Nación* de Buenos Aires, al juzgar la iniciativa, decía:

« No obstante las advertencias que se han hecho y las razones que existían para oponerse á ello, se ha persistido en la formación de un cuerpo de voluntarios italianos para que tomen parte en la guerra civil.

« Hemos demostrado la inconveniencia de la creación de ese cuerpo y el flaco servicio que con ello se presta á la colectividad cuyos intereses se pretende amparar ó exponiéndola en cambio á mayores peligros. Por eso dicha colectividad en vez de aplaudir la iniciativa, protesta seriamente contra ella, porque esa intervención de los italianos en favor de uno de los bandos en lucha puede provocar las venganzas y represalias del bando contrario, colocando en una situación difícil á los numerosos industriales, comerciantes y agricultores que se hallan diseminados por todo el territorio oriental, aunque no tengan la menor culpa ni responsabilidad en la iniciativa mencionada. Y esas represalias, bien lo sabe el gobierno oriental, no harán más que acarrearle dificultades diplomáticas y costosas indemnizaciones más tarde.

« A raíz del primer anuncio de la formación de ese cuerpo, se dijo que se había desistido y que se formaría un cuerpo de voluntarios extranjeros de distintas nacionalidades: esto habría sido preferible, si bien no habrá quien reconozca la necesidad de una institución semejante, pues si hay extranjeros que quieran tomar parte en la guerra, pueden hacerlo en los cuerpos del ejército, como algunos lo harán probablemente en las fuerzas de la revolución, sin necesidad de distintivos especiales.

« No son algunos centenares de hombres más ó menos los que han de decidir de la suerte de la campaña. »

El gobierno no podía desoir tan imparciales y sensatas indicaciones. El 2 de Abril — finalmente! — disolvióse por orden superior la legión garibaldina formada por un grupo de italianos.

El encargado de dar cumplimiento á la orden fué el comandante Calleriza, ayudante del Estado Mayor. Este militar se presentó en el cuartel que ocupaba la legión y comunicó que el gobierno había resuelto disolver ese grupo de voluntarios.

La orden fué acatada, y de inmediato se procedió á la disolución de las fuerzas.

A los voluntarios venidos de Buenos Aires se les ofreció pasaje para regresar á dicha capital. Algunos de ellos, los oficiales, partieron esa misma tarde.

Los que quisieron continuar sirviendo al gobierno, fueron agregados á los cuerpos de la guardia nacional.

Estado del país

La situación del país acentuaba sus dolorosos caracteres con motivo de la prolongación de la guerra. La censura sobre la información periodística era severísima en todo el país. Los diarios argentinos, que solían publicar fantásticas noticias favorables á la revolución, eran secuestrados por la policía. Claro está, que en tales circunstancias, esas publicaciones molestaban los intereses gubernistas, por cuyo motivo, en Montevideo se hizo guerra sin cuartel á *La Prensa,* que se distinguía por sus vinculaciones con el elemento revolucionario, llegando el caso de que á los mismos pasajeros, que venían de paso, se les sacara ese diario de sus valijas. Resultó pues que en Montevideo *La Prensa* fué un artículo, más que prohibido, equiparado al « contrabando de guerra », secuestrable y confiscable. Cuando algunos números escapaban á la vigilancia, se vendían á 25 y 30 centésimos. Para introducir esos números, se les arrancaban las páginas de avisos y sólo se les dejaba la que se ocupaba de los sucesos de la localidad y en esa forma, como ofrecían menor bulto, podían pasar inadvertidos.

A mediados de Febrero, en las calles más centrales de Montevideo, se veían numerosos grupos de paisanos que llevaban en sus sombreros amplias divisas rojas. Esas divisas decían: « ¡Viva el partido colorado! ¡Vivan las instituciones! ¡Muero por mi partido! » ó cosas por el estilo. De noche recorrían las calles comisiones compuestas de dos ó tres sargentos y clases y á veces oficiales, unas con uniformes y otras vestidas de civil, que detenían á los ciudadanos para pedirles sus documentos.

La circunstancia de haber estallado la revolución en el momento en que se realizaban los productos agrícolas y en que mayor actividad tenían las transacciones comerciales, produjo una perturbación económica tan honda como si hiciera varios meses que durase la guerra.

La paralización de las actividades de nuestra campaña era completa y el efecto de esa situación repercutía en la capital de una manera cada vez más sensible.

Los ganaderos sufrían perjuicios inmensos. No eran sólo los cortes de alambrado, las arreadas de caballos, la falta de peones y las carneadas, lo que más preocupaba á los pobladores rurales.

Los perjuicios afectaban á la campaña en sus fuentes vitales. Las haciendas que quedaban en los campos se extraviaban, y lo que podía, con grandes dificultades, enviarse á Tablada, se vendía á precios ruinosos, en mucha parte por su falta de preparación conveniente, siendo explicable el envío de tropas al mercado sólo por el *sálvese lo que se pueda* que hacía que cada criador ó invernador se resignara á recoger una pequeña parte del valor de lo que poseía.

De la última zafra de lanas aun quedaba en campaña más de una tercera parte del producto, que vino al mercado tarde y en malas condiciones, por deficiencia de cuidado, humedades, merma, etc., sufriendo la consiguiente disminución de precio.

En las zonas agrícolas la situación era igualmente desconsoladora. Como se sabe, las trillas se suspendieron en la época de mayor actividad y la cosecha de trigos sufrió enormes perjuicios. Mucho grano se perdió en el campo por falta de brazos que lo recogiera. Los encargados de esa tarea habían dejado los instrumentos del trabajo para tomar una lanza ó un fusil.

El comercio, tanto mayorista como minorista estaba completamente paralizado. Las mercaderías en su mayor parte eran enviadas de rembarco á Buenos Aires y se sabe que algunas casas importadoras habían conseguido colocar en la plaza vecina grandes cantidades de géneros de algodón con positivo beneficio.

La mayoría de las grandes casas habían telegrafiado á Europa suspendiendo pedidos de mercadería, especialmente en los artículos de fantasía y de lujo.

El malestar era general y la convocatoria de la guardia nacional departamental agravó la situación, pues paralizó la actividad en los talleres y privó de medios de vida á numerosos hogares.

Por otra parte, con la salida á campaña de los cuerpos recientemente formados, se había producido en Montevideo el abandono de varios servicios públicos. Con los barrenderos públicos se había formado un batallón, motivo por el cual la ciudad no tenía barrido, y se quemaban las basuras en las mismas calles. La ciudad carecía también por completo de servicio de vigilancia, porque los agentes de policía habían formado varios batallones. Pequeñas patrullas de cuatro y cinco soldados, al mando de un clase, hacían aquel servicio, bastante defectuoso.

Ya comenzaba á sentirse la miseria, no solamente en la clase proletaria, sino también en la clase media, pues debiendo los hombres abandonar sus empleos ú ocupaciones, ó por tener que servir en la guardia nacional, ó por irse á la revolución, quedaban las familias desamparadas, sin recursos de ninguna especie, ni probabilidades de obtenerlos.—Para mayor desgracia, la escasez de los artículos de primera necesidad, como ser la carne, y las legumbres provenientes de campaña, subieron sus precios de una manera inverosímil, contribuyendo, como es consiguiente, á hacer la vida más difícil ó casi imposible.

Los excesos de la guerra

La guerra, con sus inevitables excesos, traía también sobre la República, la positiva calamidad del descrédito en el exterior. Los diarios de la Argentina y del Brasil denunciaban á cada paso horrores cometidos por las fuerzas beligerantes. Refiriéndose á esas noticias, *El Diario* de Buenos Aires, se creyó en el caso de escribir lo siguiente:

«Los diarios argentinos, no pudiendo comprobar la exactitud real de todos

esos datos, cosa tanto más difícil cuanto que el gobierno uruguayo ha adoptado el sistema de silencio absoluto sobre las operaciones militares, tienen, naturalmente, que atenerse á las informaciones de los corresponsales, fundados en gran parte sobre díceres.

«Pero creemos que en este caso se imponen las salvedades expresas y una cuidadosa moderación en los juicios basados sobre esas noticias. Porque no se trata sólo de que un país amigo viene á ser colocado en la picota del peor de los desprestigios, expuesto á las miradas del mundo como un foco de salvajismo atroz sino que la prensa de la República Argentina viene así á convertirse en vehículo de inmenso descrédito político de una nación americana.

«Ahora bien; si al producirse la revolución uruguaya la República Argentina la ha condenado no sólo por lo que en sí misma significa como fenómeno regresivo, sino por lo que ese hecho afecta el prestigio y lesiona el crédito de las repúblicas de América ante la Europa, con el mismo criterio la República Argentina, asumiendo la representación y defensa de la civilización americana en las naciones del Sur, que los pueblos del viejo continente suelen involucrar en un concepto común, debe tender á evitar que la mácula de barbarie caiga inconsideradamente sobre el país vecino, « aun cuando realmente » algunos rasgos de la lucha se marcaran en rojo, inclinándose más bien á presentarlos como fenómenos de excepción, como hechos anormales y anacrónicos antes que como síntomas característicos de un estado social, tanto más cuanto que el pensamiento argentino sabe y siente que los orientales, si bien bravíos por nativa tendencia hereditaria, no son bárbaros indignos de la cultura ríoplatense, como podría creerse por muchas de las noticias que sobre detalles de la guerra trasmiten los corresponsales á título de información, si la prensa de Buenos Aires no dejara constancia expresa de las salvedades opuestas á esas noticias de primer momento, haciendo así honor á la nobleza de su misión y respondiendo á los deberes que la República Argentina se ha impuesto respecto de los demás países de América, cuyo prestigio está tan estrechamente vinculado al suyo.



DOROTEO NAVARRETE, SENADOR DECLARADO CESANTE

«Por nuestra parte hemos creído oportuna la constancia expresa de estas salvedades, ya que las exigencias de la información rápida nos obligan á dar muchas noticias que para honor del pueblo oriental y de la cultura americana, esperamos que serán más tarde rectificadas. »

Entre esos excesos, que nos desacreditaban en el extranjero, figuraban los destrozos de que había sido objeto la estancia del general Muniz, asaltada por una partida revolucionaria, la cual no dejó en pie ni los ranchos, que fueron incendiados por las partidas que pasaron por ellos. En cambio, el general Bena-

vente colocó una fuerte guardia del 1.º de cazadores, en la posesión de Saravia para garantizar en lo posible sus bienes.

Por su parte el diario *O Comercio* de Yaguarón, de fecha 14 de Febrero daba cuenta de atrocidades cometidas por soldados de Muniz durante su breve permanencia en Melo. Esos soldados fueron á una chacra perteneciente á los herederos de Manuel Sonora, ocupada entonces por el súbdito español Antonio Cazón y con el pretexto de que esa propiedad, durante el último período revolucionario, había servido de depósito de armas para los revolucionarios, invadieron las habitaciones y rompieron todos los muebles que encontraron á mano. No contentos con esa fechoria, asesinaron á dos pobres trabajadores brasileños que estaban al cuidado de la chacra. El cónsul brasileño en Cerro Largo, señor Joaquín M. Pedreira, tomó las providencias necesarias para descubrir el sitio donde habían sido enterrados sus compatriotas, cuyos restos fueron exhumados á fin de establecer su identidad.

El señor Cazón entabló reclamaciones por intermedio de su gobierno por los daños y perjuicios que sufrió su propiedad.

Los diarios ríograndenses narraron estos otros hechos:

Un joven nacionalista, llamado Amaral, sin armas, fué encontrado en los suburbios de la ciudad de Melo por un grupo de soldados del ejército de Muniz. Sin más forma de procedimiento el jefe de la patrulla ordenó al infeliz que se pusiera de rodillas y en seguida lo hizo matar de un tiro en la cabeza.

A otro desgraciado, se le ató á un poste y fué degollado. No contentos con esto, los matadores se dirigieron al rancho de la víctima y dijeron á su mujer, que preparaba la comida, que su marido estaba algo indispuesto y que debía llevarle una taza de caldo. La mujer se apresuró á cumplir esa obra piadosa y al llegar al sitio donde le habían indicado que estaba su marido, y al ver el cuadro horroroso que presentaba la víctima, corrió despavorida atravesando el campo. Los verdugos que presenciaban la escena, reían á carcajadas!

Fué después de tener conocimiento el general Muniz de esos actos de salvajismo, — imputables á los dañinos elementos aislados que siempre se encuentra en toda milicia improvisada — que mandó imprimir y distribuir una órden del día en la que amenazaba con hacer fusilar á los autores de nuevos asesinatos y desmanes.

Los revolucionarios, por su parte, tampoco quedaban atrás.

La Prensa, del Salto, con fecha 29 de Febrero, consignaba lo siguiente:

« El joven Juan Torres, de 24 años de edad, hijo de un comerciante de Tacuarembó señor José Torres, fué tomado por los insurrectos que lo obligaron á servir con ellos en una partida mandada por el titulado capitán Barbosa y el titulado teniente Plácido Pereira.

El 23 del corriente se vió á Torres acompañado de dos revolucionarios que se alejaban de la casa de comercio de José Siciliano, en Valentín Grande, y cerca del monte parece que dicho Torres trató de huir. Los acompañantes le descerrajaron seis tiros sin lograr herirlo. Torres viendo que su caballo, estaba cansado, se apeó y siguió á pie en dirección al monte, llevando en las manos el freno y el rémington.

Los perseguidores lo cazaron, y según cierto individuo que presenciaba el hecho desde un pajonal, lo tomaron de los brazos asestándole una fuerte puñalada en el pecho. Luego lo derribaron y lo degollaron de oreja á oreja, notándose además dos tajos cerca de la oreja derecha. También se pudo constatar que los criminales hicieron esfuerzos por separar por completo la cabeza del cuerpo.

Los vecinos dieron sepultura al cadáver de Torres, que había sido desprovisto de las ropas por sus matadores y abandonado en el mismo lugar del crimen. A unos veinte pasos del cadáver se halló el arma que los revolucionarios habían dado á Torres, que era un rémington con esta inscripción: «Gobierno de Entre-Rios». Este hecho ocurrió en el campo de don Juan Gutiérrez, Valentín Grande.

En la costa de Arerunguá se llevó á cabo otro crimen horroroso, el 14 del corriente mes, es decir pocos días después de haber aparecido partidas insurrectas, en aquellos lugares. Víctor da Silva fué asesinado y sometido su cadáver á la acción de una hoguera. El cuerpo estaba casi totalmente carbonizado.

Trabajos por la paz

La desventura nacional, con todo su cortejo de horrores y vergüenzas, inducía á los hombres bien intencionados, á trabajar con empeño por poner un fin á semejante estado de cosas. Dentro y fuera del país eran muchos los que deseaban y esperaban una paz inmediata que terminara con el trágico derramamiento de sangre. La dificultad estaba en encontrar las bases de paz *posibles,* desde que el encono de los bandos opuestos había sembrado de dificultades el camino de la conciliación. Haciéndose intérprete de la aspiración verdaderamente nacional y colocándose á la altura de su posición, el Arzobispo de Montevideo, envió al capellán del santuario de Luján la siguiente carta pidiéndole quisiera elevar sus preces á la Virgen en favor de la tan anhelada paz de la República.

La carta del preleado uruguayo decía así:

R. P. Davani, capellán del Santuario de Nuestra Señora de Luján. — Muy estimado padre: Ha vuelto la intranquilidad á conturbar esta república. Ante la amenaza de la guerra civil mandé hacer preces públicas en todas las iglesias, y he pedido por telégrafo se ruegue por la patria en el Santuario de Nuestra Señora del Huerto en Palestina. Pero ¿cómo dejar de recurrir nuevamente á tan poderosa intercesión de la Taumaturga y Protectora de las repúblicas del Plata para pedirle que nos alcance del Señor y Redentor nuestro, su divino Hijo, el beneficio de la paz y concordia ciudadana, ante la amenaza terrible de una horrorosa guerra civil?

«No creíamos probable en el primer momento la desgracia de una lucha fratricida, pero hoy parece inevitable. Golpeo, pues, de nuevo á las puertas de ese querido Santuario, é imploro de la caridad de S. R. se digne hacer rezar por nuestra intención á fin de que el Señor inspire á nuestros hombres públicos en el más acendrado patriotismo, para conjurar el supremo mal de esta querida rep ública, con el restablecimiento del orden y la paz.

«Ah ¡si nos consiguiera para siempre el afianzamiento de tan precioso don!

«Con tal motivo me es grato reiterar á V. R las consideraciones de mi estimación y aprecio. — MARIANO SOLER, Arzobispo de Montevideo.

Al mismo tiempo que se publicaba esa carta, algunos ciudadanos argentinos tomaban á su cargo la iniciativa de un movimiento de opinión en la vecina república con objeto de influir en la pacificación de nuestro país. El pensamiento era generoso, digno de aplauso. Entraba en el plan el envío á Montevideo de una delegación de hombres espectables investida con la misión de mediar entre los contendientes.

La comisión organizada quedó formada con los señores Pedro Bourel, Adolfo S. Gómez, Manuel M. Bahía, Rómulo S. Naón, Juan G. Beltrán, Manuel M. de Iriondo, Mariano Escalada, José Juan Biedma, José Bianco, Osvaldo Saavedra, Ricardo Guido Lavalle, Nicolás E. Videla, Baldomero Gayan, Carlos Rolón,

Enrique Figueroa, Martín A. Martínez, Carlos Vega Belgrano, Arturo Reynal O'Connor, Carlos Varangot, J. M. del Campo, Manuel Avila é Hilarión García.

Estos caballeros resolvieron citar á una reunión que se celebró el 8 de Febrero en los salones del Club del Progreso, de Buenos Aires.

En la reunión preliminar celebrada se acordó constituir la comisión provisional con los asistentes y volverse á reunir en el mismo local.

Discurso del doctor Bourel

La segunda asamblea de los ciudadanos Argentinos en favor de la paz, tuvo lugar el 11 y fué presidida por monseñor Romero. Los doctores José Victorica, Bernardo Irigoyen y Luis Sáenz Peña, fueron designados con el objeto de realizar trabajos para conseguir la paz.

También se designó una comisión compuesta de diez personas para recolectar auxilios destinados á los heridos de la guerra y demandar el concurso de la Cruz Roja Argentina.

Abierta la Asamblea hizo uso de la palabra el doctor Pedro Bourel. Empezó su discurso recordando el objeto de la invitación, que fluía—según dijo—de su breve texto. Este objeto consistía en realizar el deseo de todos, de que la paz uruguaya fuese un hecho. ¿Cómo lograrlo y por qué procedimiento? El medio mejor sería éste: que los presentes eligieran dos ó más ciudadanos espectables por su ilustración y sus antecedentes y que se les confieran amplios poderes para mediar entre los combatientes. Si hubiera acierto en la elección, el pueblo argentino la ratificaría con un mitin popular en honor de los elegidos.

« Los que viven dentro del ritualismo de los códigos y de los recetarios diplomáticos,—agregó,—encontrarán un poco original y atrevida esta manera de intervenir en las cuestiones de otro país, y exclamarán desdeñosamente; ¡cosas de esta tierra! ¡ pero estoy seguro que los que me escuchan, hombres de pensamiento, han de coincidir con nuestra opinión abonada por la experiencia, propia y ajena! Como decía un gran estadista, Gladstone, el progreso humano teje la trama de la federación del universo. Los medios fáciles y rápidos de comunicación van realizando el sueño de los poetas y de los filántropos; la patria universal. »

« Esta opinión, — siguió diciendo, — sobre la eficacia de nuestra acción directa, de pueblo á pueblo, está abonada por nuestra propia experiencia, como lo demuestran nuestras íntimas vinculaciones con Italia, España y otros países, sin la intervención de las cancillerías y á veces por las simples visitas de viajeros distinguidos.— Y si esto era posible entre países lejanos; cómo no ha de serlo también tratándose de un pueblo vecino y hermano? Porque el origen; la tradición, la lengua, y en fin la naturaleza, más irresistible que las leyes humanas, nos unen de tan indisoluble manera, que hace un mes vivimos aquí bajo la preocupación intensa de los menores accidentes del sangriento duelo, como si se tratara de un desgarramiento de nuestra propia entraña.

« Que vayan, pues, allá, misioneros de paz para decirles que economicen su sangre para emplearla en la defensa de la integridad de la América, y para cumplir la gran misión que nos está reservada en el curso del tiempo.

« Se ha llegado á insinuar que sin la mediación del gobierno no podría hacer nada la del pueblo. Esto carece de fundamento. Si se tratase de intervenir entre la Rusia y el Japón, se comprende que lo hiciera el gobierno; pero tratándose de los orientales, hermanos nuestros, debíamos abrigar completa fe en el buen éxito de la iniciativa del pueblo argentino. Además, la mediación en esta forma tiene la ventaja de que excluye la dolorosa eventualidad de herir las susceptibilidades de un pueblo altivo desde su origen.

« Que vayan, pues, allá nuestros misioneros de paz; que apaguen los gemidos de las madres y el llanto de los hijos, y que se haga la paz, si es posible, porque las únicas victorias que debemos celebrar son las que obtengan estos pueblos de América sobre sus propias pasiones, y en la defensa de su integridad. »

Después de algunas otras consideraciones tendientes á ensalzar la iniciativa que se va á poner en práctica y á evidenciar las ventajas que su buen éxito reportará á los pueblos de América, terminó así su discurso el doctor Bourel:

« Queda, señores, bajo vuestros auspicios la idea que ha motivado la invitación, haciendo un segundo voto no menos ardiente que el primero, por que esta idea no muera con la causa que le dió origen y pueda convertirse en la base de un centro permanente con el nombre de comité ó congreso de la unión americana ó con cualquier otro, pero con el espíritu alto y trascendental que inspira su primer paso. »



POR LA PAZ. — LLEGADA DE LOS COMISIONADOS Á MONTEVIDEO

Expuestos en esa forma los sentimientos generosos que animaban á los concurrentes, se acordó, después de un breve cambio de ideas, designar una comisión de tres ciudadanos de reconocida espectabilidad que tendría á su cargo los trabajos tendientes á conseguir la paz oriental.

El triunvirato pacificador

Con ese objeto y con el título de Comisión de Pacificación, fueron designados los doctores José Victorica, Bernardo de Irigoyen y Luis Sáenz Peña.

Con la misión de recolectar auxilios para los heridos de la guerra y demandar el concurso de la Cruz Roja Argentina, se eligió una comisión de diez personas, designándose á ese efecto á los señores David Peña, Carlos Vega Belgrano, Carlos Delcasse, Alberto Rodríguez, José M. Cabezón, Gervasio Granel, Jesús M. del Campo, coronel Oliveros Escola, Narciso Terrón y doctor Alfredo Palacios.

Por último se constituyó un comité ejecutivo en la siguiente forma:

Presidente, monseñor Romero; vice, doctor Pedro Bourel; secretarios: doctor Adolfo Decoud, doctor José Blanco y sargento mayor Juan F. Moscarda; vocales: Carlos Guido Spano, José O. Machado, Guillermo Leguizamon, Alfonso Durado, Carlos Vega Belgrano, A. Reynal O'Connor, Adolfo F. Gómez, Manuel M. Bahía, Rómulo S. Naón, Juan G. Beltrán, Manuel M. de Iriondo, Mariano Escalada, José Juan Biedma, Osvaldo Saavedra, Ricardo Guido Lavalle, Nicolás E. Videla, Baldomero Gayan, Carlos Rolón, Enrique Figueroa, Martín A. Martínez, Jesús M. del Campo, Hilarión Larguía, G. Videla Dorna, Manuel Avila, Carlos Varangot, Isaac P. Areco, Octavio Llames Massini, Carlos Delcasse, Carlos Alberto Rodríguez, Eusebio Gómez, Hilario Vallejos, E. D. Rodríguez,

A. S. Palacios, Luis Jacobsen, Emilio Lahore, Gervasio F. Granel, Tomás Santa Coloma, Mariano Saavedra Elía, Manuel Salas, Alfredo de Oliverio Escola, Pedro Alcorta, Luis Aráoz.

La Nación de Buenos Aires, comentando el resultado de la reunión, decía al día siguiente: «Muy noblemente inspirada la iniciativa en pro de un movimiento de opinión que exprese sus votos de paz y concordia á los partidos uruguayos trabados en lucha fratricida.

Comentarios sobre la iniciativa

Es realmente simpática tan fraternal inspiración por lo que respecta á los uruguayos, y por lo que eventualmente pudiera afectar á los países vecinos.

Es de suponer, sin embargo, que en su carácter de misión internacional, de embajada popular de pacificación, la idea será madurada con detenimiento y explorada previamente antes de entrar en gestión, á fin de no dar un paso en falso, y no poner al gobierno vecino en una desagradable y difícil posición.

Hay que obrar con prudencia y esperar la ocasión de terciar amistosamente entre los dos bandos en lucha.

El caso es muy delicado é impone una exquisita discreción antes de arriesgarse en una gestión que pudiera ser desairada en términos enojosos para los que la sustentan y para el mismo gobierno que la desestimase.

Deseando como el que más, poder contribuir á encalmar las pasiones y restablecer la tranquilidad entre los vecinos, creemos oportuno aconsejar á los iniciadores de tan simpática idea, que antes de adoptarla y aventurarse en una mediación oficiosa, procuren explorar los ánimos para ver si es posible tentar la gestión sin exponerse á un papel forzoso ó desairado, y sin colocar en ingrata posición á alguna de las partes.

Se debe eludir todo lo que pueda dar á la iniciativa el carácter de una enojosa intromisión, porque la condenaría á un fracaso perjudicial para todos.

Por lo demás, cuanto se haga para restablecer la paz en el país vecino y poner término á las diferencias y antagonismos que existen entre los miembros de la familia oriental, merece todas nuestras simpatías y es digna de los mayores aplausos».

Los doctores Irigoyen, Victorica y Luis Sáenz Peña aceptaron inmediatamente la designación para realizar trabajos en pro de la paz en el Uruguay.

Pero... ¿en que forma debía plantearse el problema? Ese era el *quid* de la cuestión. Los nacionalistas exigían la eliminación del Presidente Batlle, y esa no era una solución transaccional: equivalía á un triunfo. *La Prensa* bonaerense constataba que en el campo nacionalista la opinión era unánime á favor de la paz, y que todos los prohombres del partido se mostraban sumamente agradecidos á los esfuerzos de la comisión argentina.

La paz... ¿pero en que forma?

—«Nuestro partido — habría declarado según ese diario uno de ellos — ha sido siempre un partido de orden, amante de la paz y del progreso de la República: si ha ido á la guerra algunas veces, como sucede ahora, es porque lo ha provocado su adversario. — Sin embargo — agregaba — *con el presidente Batlle no es posible llegar á un arreglo decoroso*, pues sus exigencias han de ser contrarias á la paz honrosa y benéfica».

Entre los colorados, residentes en Buenos Aires, predominaba, según *La Prensa*, poco más ó menos, la misma opinión.

—« Nuestro partido — dijeron — ó al menos el elemento intelectual y el elemento conservador, ve con desagrado esta guerra, pues ella nos hace retroceder en el progreso material y en la cultura política, en que tanto habíamos adelantado.

Pero con el señor Batlle de presidente, — ¿ porqué lo hemos de negar ? — que ha sido el factor principal de la guerra, no será posible la paz: exigirá seguramente, como paso previo á toda negociación pacífica, el sometimiento de los revolucionarios; cosa imposible en el estado en que han llegado las cosas, por dignidad del partido Nacional y porque ya la revolución, dígase lo que se quiera en contrario, ha tomado grandes proporciones, para que pueda someterse lisa y llanamente al gobierno ».

El diario argentino, vinculado á los intereses de la revolución, sacaba en consecuencia que nacionalistas y colorados, estaban conformes en que la paz se realizaría inmediatamente, si el presidente Batlle renunciara ó lo exonerase la asamblea legislativa. Todo dependía de esa *pequeñez*...

Un miembro de la redacción del mismo diario entrevistó al doctor Juan J. Britos, recientemente llegado á Buenos Aires, solicitándole noticias sobre la guerra civil que afligía á la República.

Preguntóle el periodista:

— ¿ Cree posible, doctor, la paz en la República Oriental, en presencia de la colosal hoguera que arde ?

— Sí, y sin la menor duda, — contestó el doctor Britos. — Puedo á usted asegurarle, que, desde el más modesto habitante de la República hasta su Presidente, inclusive, todos, sin excepción alguna, desean la paz, haciendo consistir en ese deseo el máximum de sus aspiraciones.

Es verdad que ciertos y muy limitados elementos del partido colorado llegan hasta poner en boca del Presidente de la República palabras que harían presumir lo contrario, pero, por confusión acaso; se impone desautorizar semejantes afirmaciones.

Lo que en puridad de verdad hay, es que el señor Batlle entiende que la paz sólo puede y *debe haeerse duradera*, en lo que tiene completa razón y todos debemos estar de acuerdo.

No es menos verdad que el señor Presidente esboza algunas otras condiciones que, del punto de vista de los intereses partidarios, acaso son demasiado severas con relación á los del partido nacionalista. Pero son estas cuestiones de detalles que, en el cambio de buenas y tranquilas rázones, afirmo y no creo equivocarme habrían de concluir por ser arregladas, cediendo unos y otros, como se cede siempre que se arreglan cuestiones entre hermanos, y más cuando se empeñan altas y bien intencionadas interposiciones para que la paz y la armonía vuelva á reinar en el rico y simpático hogar uruguayo ».

Aparicio Saravia no veía con malos ojos las iniciativa de pacificación, pero dificultaba su éxito posible con imprudentes declaraciones. Lo prueban los siguientes párrafos de una carta fechada el 20 de Febrero en Montevideo y de origen nacionalista:

» Acá se espera con impaciencia á la comisión de los doctores Irigoyen, Sáenz Peña y Victorica, que dice vendrá con proposiciones de paz del noble pueblo argentino. Se hacen grandes preparativos para recibir dignamente á tan distinguidos comisionados.

» Me escribe Ponce de León, de la Florida, con fecha 16 del corriente, que el general Saravia, — de quien es uno de los secretarios, — se alegró mucho cuando

supo que los argentinos se preocupaban tan simpáticamente de nuestros asuntos. Se expresó en términos elogiosos de ese pueblo, haciendo la historia, á grandes rasgos, de los generales San Martin y Belgrano, fundadores, dijo, de la independencia sudamericana. El general ha leído la historia de esos dos grandes próceres argentinos escrita por el general Mitre.

Manifestó, por último, el general Saravia, vehementes deseos de conocer personalmente á los ilustres ciudadanos que han sido designados para gestionar la paz, pues conoce su actuación política y su distinguida posición social.

Por desgracia, — agregó, — tropezarán esos caballeros con la obcecación de Batlle y Ordóñez, que si llega á aceptar en principio la paz, propondrá cosas imposibles de poderse ni siquiera discutir entre ciudadanos que se estimen: la mejor solución para cualquier arreglo que se proponga, sería la renuncia inmediata de ese gobernante,— ó que lo destituyan ó derroquen sus mismos correligionarios, — pues cuanto más se demore en hacerlo sería más y más difícil la paz. »

El 21 de Febrero se reunió en Buenos Aires la sección femenina de la Liga de la Paz americana y, resolvió dirigir la siguiente nota á la señora Matilde Pacheco y Obes de Batlle y Ordóñez, esposa del primer magistrado uruguayo: — « Señora de nuestros respetos:—Un sentimiento profundo de humanidad ha despertado el alma de la mujer argentina en estos momentos en que los hogares uruguayos sufren las zozobras é inquietudes del hijo y del hermano ausentes.

Intervención de la mujer argentina

Esos jóvenes brazos han sido arrancados de la labor productiva por la cruel guerra civil que ha empapado el suelo de vuestra patria, hermana de la nuestra, con demasiada sangre generosa.

Dios, ese grande Creador, ha colocado al lado de los hombres cuyas pasiones partidistas los conducen á los extremos lamentables, á ese otro sér, la mujer, que con un ruego, con una lágrima de sangre si es necesario desarma esos cerebros agitados que parecen prontos á estallar.

Esposa: Por la tranquilidad de tantas madres inquietas hoy, por la paz de los hogares hermanos en donde se nota la ausencia de los seres queridos, por la prosperidad de esa patria llamada á grandes destinos, venimos, las jóvenes que constituímos la sección argentina femenina de la Liga de la Paz americana, á hacer á la inteligente dama uruguaya, á la esposa y madre, un ruego, conociendo sus sentimientos cristianos y bondadosos: Paz, para los hogares uruguayos; paz, para su propio hogar; paz, para que la patria hermana evolucione y progrese.

Es llegada la hora del ruego, de la lágrima de sangre, si es necesario para obtener la paz uruguaya.

Y los buenos corazones de América señalarán á la dama uruguaya y, como tal, generosa, que demostraba á los *patres-patriae* que los sentimientos generosos de una mujer eran las razones más poderosas que triunfaron en las cuestiones de los intereses partidistas.

A la señora Batlle y Ordóñez saludamos con la consideración de nuestra más alta estima ».

Firmaban esta nota cerca de ochocientas señoritas argentinas.

En Dolores (provincia de Buenos Aires) se efectuó también una reunión numerosa en el local de la sociedad Italia, con el objeto de adherirse al movimiento en favor de la paz de la República Oriental. Abrió el acto el señor Jaime Molins, quien manifestó en conceptuosas palabras, el objeto de la reunión. Des-

pués de un breve cambio de ideas, se nombró la siguiente comisión encargada de correr con los trabajos: señores, Jaime W. Molins, Alberto Mathieu, Alberto Luisoni, Arturo R. García, Carlos Macchi y Manuel Orayen.

Por los heridos uruguayos

La sociedad argentina hizo gala de generosidad y de altruísmo al preocuparse de llevar su socorro á los heridos de la guerra civil. El 26 de Febrero, accediendo á una invitación de la Comisión Ejecutiva Central de Propaganda en favor de la paz uruguaya, concurrió al Club del Progreso un núcleo de damas argentinas. Después de un cambio de ideas rosolvieron constituirse en Comisión para arbitrar recursos con objeto de socorrer á las familias de los heridos de la contienda.

La Comisión de damas quedó constituída en la siguiente forma:

Presidenta, señora Albina V. P. de Salas; vice, señorita Damiana Méndez Texo; tesorera, señora Carlota M. de Machado; secretaria, señora Catalina A. de Bourel; prosecretaria, señora Petrona B. de Guerrero; vocales: señoras Cipriana L. de Sáenz Peña, Rosario M. de Doncel, Isolina T. de Zavalía, Alejandrina Ll. de Daract, Delfina M. de Drago, Carmen R. de Pizarro, Celina H. de Estrada, Sara M. de Machado y doctora Bárbara M. de Imaz.


DIPUTADO DR. ANGEL FLORO COSTA

Esta Comisión resolvió celebrar varias fiestas para socorro de las familias de los heridos uruguayos y entre ellas una velada literaria musical en los salones de la Biblioteca Nacional.

La Comisión Ejecutiva de Propaganda recibió. entre otras adhesiones, las del profesorado de los colegios nacionales de Salta, Uruguay, Rioja, Catamarca y Córdoba. Asimismo recibió una entusiasta declaración de los orientales residentes en Mercedes y de las sociedades de beneficencia de General Paz y de la Rioja y *El Orden* de Tucumán.

El Consejo Nacional de Mujeres recibió por su parte, las siguientes adhesiones: Sociedad de Beneficencia de Concepción del Uruguay, Patronato de la Infancia de Chivilcoy, Sociedad Protectora Belgrano, de Mercedes (provincia de Buenos Aires), y de las señoras Cipriana L. de Sáenz Peña, Teresa M. de Echevarría. M. de Levallois, Lucía P. de Dualde, doctora Elvira D. López y Teresa Hornos de Martínez.

La primera de las fiestas organizadas en favor de los heridos uruguayos, tuvo lugar el 25 de Febrero, ante concurrencia tan numerosa como distinguida, en el Club del Progreso. La base del programa era una disertación del doctor Palomeque, quien eligió como tema el origen de la independencia argentina, que el conferenciante desarrolló con amenidad y con la ilustración y el conocimiento de la materia que todos le reconocen.

El punto principal, no fué propiamente la independencia, sino uno de sus incidentes más importantes y menos conocidos: el de las gestiones diplomáticas hechas en Norte América el año 1817 hor los señores Manuel Hermenegildo Aguirre y Gregorio Gómez, nombrados por el gobierno de Pueyrredón, el primero como agente confidencial y el segundo como secretario, para que obtuvieran del gobierno de los Estados Unidos, el reconocimiento de la independencia de las provincias Unidas del Río de la Plata. Para explicar estos hechos, el conferenciante hizo un estudio del medio ambiente político en que iban á producirse y

mencionó los principales hechos de la guerra de la independencia para poner en autos á los oyentes.

Durante un breve descanso que se tomó el conferenciante, fué amenizado el acto con un concierto musical. La señora de Mantegazza cantó algunos números, entre ellos una vidalita que tuvo que repetir para corresponder á los muchos aplausos que se le tributaron. Fué acompañada con piano y violín por las señoritas de Vatuone. Después la niñita Dolores Vidal recitó con mucha propiedad una poesía que le valió muchos aplausos. Por último y cuando ya había terminado el doctor Palomeque su conferencia, el maestro Pons ejecutó al piano un número de música que sirvió como de grata despedida á la numerosa concurrencia.

Cambios legislativos

El 19 de Febrero se reunió el Senado. El señor Canfield manifestó que era llegado el momento de que se impusieran correcciones á algunos miembros del Senado, pues era de pública notoriedad que el doctor Alfredo Vásquez y Acevedo se había asilado en una legación extranjera y luego embarcado para Buenos Aires, y que el docor Doroteo Navarrete figuraba en las filas revolucionarias. Por lo tanto, según el señor Canfield, esos señores estaban inhabilitados moralmente para seguir formando parte del cuerpo legislativo, y en consecuencia formuló la siguiente moción que fué aprobada por unanimidad: «Que se emplace por el término de cuatro días á los senadores Alfredo Vásquez y Acevedo y Doroteo Navarrete, á fin de que comparezcan al Senado á dar las explicaciones convenientes sobre su conducta política en las circunstancias actuales, bajo apercibimiento de lo dispuesto en el artícnlo 52 de la Constitución.

Previo el juramento de estilo ingresaron el 23 de Febrero á la Cámara de Representantes los señores Adolfo Ortega, Juan Arimendi, Eduardo Vargas, respectivamente, suplentes de diputados por Canelones, Soriano y Tacuarembó que ocuparon las vacantes dejadas por Bernardo García, Juan Gil y Carlos Roxlo.

El doctor Vargas pronunció un discurso, haciendo pública la actitud que asumiría en la Cámara como afiliado á la minoría nacionalista. Combatió enérgicamente la revolución é hizo una apología entusiasta del gobierno del señor Batlle y Ordóñez.

La Cámara de Representantes resolvió la expulsión de los diputados nacionalistas Diego Martínez, Leopoldo González Lerena, Escolástico Imas, Francisco López, Bernardino Orique y Luis Eduardo Segundo, por haberse asilado en las legaciones argentina y brasileña.

También fué expulsado el doctor Arturo Berro, diputado por Montevideo, que había sido preso y estaba procesado por revolucionario.

La ley de interdiccion

A mediados de Febrero el Poder Ejecutivo envió al Cuerpo Legislativo un proyecto de ley destinado á provocar grandes debates y á tener una influencia trascendental en el ulterior desarrollo del movimiento nacionalista. Nos referimos á la ley famosa de interdicción de bienes, que facultaba al Gobierno, en resumidas cuentas, para privar á los nacionalistas ricos del uso inmediato de sus fortunas, á pretexto de que quedaban afectadas al pago de los perjuicios que causara la guerra. De este modo se procuraba impedir que el partido alzado en armas, allegara los elementos pecuniarios indispensables para las compras de per-

trechos bélicos que el ejército de Aparicio necesitaba. El gobierno pretendía sitiar por hambre á los revoltosos, y sobre todo, impedir los progresos de la insurrección privándola del concurso de los comerciantes y hacendados nacionalistas, para quienes la pena de la interdicción de bienes equivaldría á una catástrofe. El proyecto del Ejecutivo estaba inspirado en una idea lanzada en Marzo de 1903 por el doctor Angel Floro Costa, á raíz del primer movimiento armado contra el presidente Batlle. Este encomendó después al diputado por el Salto la confección de un proyecto en ese sentido, y lo acompañó con un extenso mensaje, nutrido de doctrina en el fondo, claro y preciso en la forma, cuya redacción en su mayor parte, se ha atribuído por algunos al doctor Justino Jiménez de Aréchaga, quien habría sido consultado previamente sobre el punto.

Ese mensaje no ha visto aún la luz pública y se conserva secreto.

Como el mensaje recomendaba el mayor sigilo en la tramitación del asunto, á fin de que este no trascendiera y los nacionalistas no pudieran burlar los propósitos del Ejecutivo, poniendo á buen recaudo sus bienes, la Cámara de Representantes se reunió en seguida en sesión secreta, y después de largo debate aprobó el proyecto. Las actas relativas á esa sesión y á la que celebró cinco días más tarde, se mantienen aún reservadas, por resolución expresa de la Cámara, pero con todo se sabe que un grupo de representantes colorados combatieron la idea de la interdicción. El 20 de Febrero ya estaba el asunto en el Senado. La Comisión de Legislación de ese alto cuerpo se reunió, con asistencia del Ministro de Gobierno doctor Campisteguy, para estudiar el proyecto. Más tarde, la misma Comisión volvió a reunirse con asistencia del doctor Campisteguy y del ministro interino de Hacienda, ingeniero Serrato, quienes dieron á los miembros de aquélla algunas explicaciones por ellos pedidas sobre el proyecto de ley en cuestión. Esas explicaciones fueron también oídas por los demás senadores que habían concurrido para asistir á la sesión secreta que poco después debía celebrarse.

Esa sesión empezó poco después de la hora señalada en la convocatoria á los miembros del Senado, terminando á las cinco y media sin que se arribara á ninguna resolución definitiva en el asunto en debate. Para continuar la discusión del mismo, el Senado se reunió de nuevo el 22, aprobándose el proyecto tras empeñosa discusión, pero con modificaciones, por lo cual hubo de volver á estudio de la Cámara de Representantes. Esta se reunió el día siguiente, y rechazó las modificaciones del Senado, por lo cual el día 24 tuvo que reunirse la Asamblea General para adoptar una resolución por dos tercios de votos. La discusión en la Asamblea fué tan agitada como difícil, y abarcó dos sesiones consecutivas; la primera duró desde las 5 hasta las 7.30 de la tarde, sin haberse arribado á una solución. La segunda comenzó á las 10 y terminó á las 11.30 de la noche, quedando sancionado el proyecto en una nueva forma, distinta á la vez de la aconsejada por el Senado y de la sancionada por la Cámara de Representantes.

Inmediatamente la ley fué enviada al Ejecutivo, que le puso el cúmplase y la dió á la publicidad. Héla aquí:

Artículo 1.° Los autores y cómplices en el delito de que tratan los artículos 118 del código penal y 842 del código militar, responden solidariamente con sus bienes y acciones, de cualquier clase que sean, de los daños y perjuicios que causen, todo de conformidad con los principios de la legislación ordinaria.

Art. 2.° Autorízase al Poder Ejecutivo para dictar provisoriamente la interdicción sobre los bienes de las personas comprendidas en el artículo anterior.

Los que se consideren perjudicados por la interdicción decretada por el Poder

Ejecutivo podrán reclamar contra ésta ante los jueces en lo civil, con apelación ante el tribunal pleno ó alta Corte, en su caso, — cuya resolución hará cosa juzgada, — á los efectos tan sólo de la interdicción decretada administrativamente, sin que esto importe prejuzgamiento alguno. Estas reclamaciones se tramitarán en la forma del juicio de interdicto posesorio, siendo el Poder Ejecutivo representado por el Fiscal de Hacienda.

Art. 3.º Las acciones á que diera lugar la responsabilidad civil á que se refiere el artículo primero, deberán deducirse por los interesados dentro del plazo de seis meses á contarse desde la terminación de los hechos de la rebelión, pasado lo cual quedarán prescriptas.

Art. 4.º El Poder Ejecutivo reglamentará la presente ley. (1)

La Cámara de Representantes se reunió el 24 de Marzo en sesión secreta, bajo la presidencia del doctor Antonio M. Rodríguez, para considerar las actas de las sesiones celebradas el 18 y el 23 de Febrero de 1904, en las cuales se discutió y sancionó la ley sobre interdicción provisional de los bienes de los revolucionarios.

Fueron aprobadas, rechazándose la indicación que hizo un señor diputado para que se diera publicidad á dichas actas.

Durante los debates secretos pudo traslucirse su objeto real, pero la opinión nó alcanzó á precisar el verdadero alcance de las disposiciones aconsejadas por el Gobierno. Algunos hablaban de *confiscación* lisa y llana, otros de *retención* de bienes complicada con destierro. Pocas horas antes de ponerse el cúmplase á la ley, se escribía á Buenos Aires, las siguientes enormidades:

« Como ya se ha comunicado, ha sido sancionada en asamblea general la fa-

(1) Va á continuación el decreto reglamentario de la ley de interdicciones, dictado por el gobierno:

Ministerio de Gobierno. — Montevideo, Marzo 3 de 1904. — El Presidente de la República, reglamentando la ley de 25 de Febrero próximo pasado sobre interdicción provisoria de los bienes de los autores y cómplices de que tratan los artículos 118 del Código Penal y 842 del Código Militar, acuerda y decreta:

Artículo 1.º Los embargos decretados por el Poder Ejecutivo en cumplimiento de la ley citada producirán los mismos efectos que las leyes atribuyen á los embargos é interdicciones judiciales y los funcionarios que tengan intervención en ellos, quedarán sujetos á todas las penas establecidas en la legislación vigente.

Art. 2.º Para el mejor cumplimiento de lo preceptuado en el artículo anterior se observarán las siguientes disposiciones:

El ministerio de Gobierno transcribirá al Encargado del Registro General de Embargos é Interdicciones Judiciales, los decretos del Poder Ejecutivo, determinando las personas sobre cuyos bienes ha recaído la interdicción provisoria á que se refiere la ley ya citada de 25 de Febrero próximo pasado y hará igual transcripción á los Bancos establecidos en la República, notificándoles que, de acuerdo con dicha ley les está prohibido hacer entrega á las personas mencionadas en los referidos decretos, de los dineros, acciones y valores que tengan en ellos depositados.

Art. 3.º Los arrendatarios é inquilinos de los propiedades pertenecientes á las personas comprendidas en el artículo precedente, deberán hacer entrega al administrador de rentas ó en su ausencia al Jefe Político ó comandante militar del departamento donde estén situados dichos bienes, del importe de los arrendamientos ó alquileres vencidos y aquellos funcionarios á su vez, los depositarán inmediatamente en el Banco de la República ó sucursales del mismo, observando las formalidades que rigen para los depósitos judiciales.

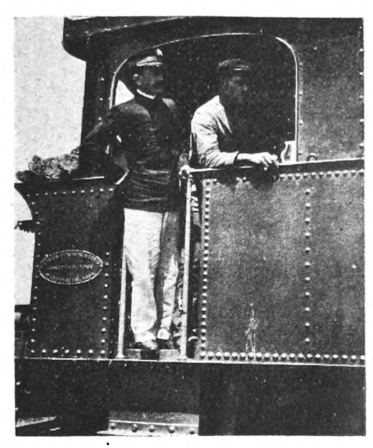
Art. 4.º El ministerio de Gobierno también pasará una relación de las personas de que habla el presente decreto á las Juntas Económico-Administrativas, á fin de que estas corporaciones lo hagan conocer de los respectivos tenientes alcaldes, para que no expidan guías de ganados de propiedad de dichas personas.

Art. 5.º Comuníquese, publíquese y dese al L. C. — BATLLE Y ORDÓÑEZ. — EDUARDO VÁZQUEZ.

mosa ley secreta que remitió el Ejecutivo á las Cámaras y que éstas, para demostrar que son más realistas que el rey, la han ampliado á tal punto, que según los que votaron en contra, resulta aquella una belleza ideal comparada con esta. Pero lo que no se ha publicado, porque no se conocerá hasta que no se ponga el cúmplase del Ejecutivo, es que los proyectos abarcan cuatro puntos, á saber: *interdicción de bienes* de los nacionalistas hasta pagar el monto de los daños y perjuicios causados por los revolucionarios en campaña: *destitución de los empleados nacionalistas* ó sospechados de tales, que simpaticen con la revolución; *creación de un impuesto por cada puerta y ventana;* y *rebaja de un 30 °/₀ en los sueldos de los empleados* que ganen más de 50 pesos mensuales ». (*La Prensa* de Buenos Aires, 27 de Febrero de 1904).

Apenas publicada la ley, comenzó el gobierno á publicar también, casi diariamente, largas listas con los nombres de los revolucionarios interdictos. Algunos gerentes de Bancos se dirigieron en consulta á sus abogados, interrogándoles sobre ciertos puntos. Uno de los que más interesaba esclarecer era el que se refería á los depósitos que pudieran tener en los Bancos algunos de los señores interdictados por los decretos del gobierno. Se trataba de determinar si la resolución legislativa obligaba á consentir el traslado de esos depósitos á otros bancos, ya fuera por determinación expresa del mismo interesado ó por disponerlo así el encargado de velar por el cumplimiento de la ley.

Consecuencias de la ley


MÁQUINA EXPLORADORA

A los pocos días de promulgarse la ley fué la esposa de un conocido médico que militaba en las filas revolucionarias, se apersonó á un Banco extranjero para hacer efectivo el cobro de un giro de 5.000 pesos, con resultado negativo, á causa de estar intervenidos los bienes de su esposo.

Igual cosa sucedió respecto de varias personas cuyos nombres figuraban en las listas de interdicción de bienes dictadas por el gobierno.

Corrió la misma suerte un súbdito de la Gran Bretaña que, en representación de fuertes capitalistas, se presentó á fin de correr los trámites necesarios para transferir sus bienes raíces, sin poder conseguir su objeto. Un acaudalado estanciero, el señor Heber Jackson, hipotecó en Buenos Aires á una casa inglesa, por 900.000 pesos, todos los bienes raíces que poseía en el país. Pero la estratagema para eludir la ley no surtió efecto y la oficina de impuestos se negó á reponer los sellos de las respectivas escrituras; requisito esencial previo á la inscripción del gravamen en el registro de hipotecas.

Ante esta negativa el agente de la operación presentó una protesta por daños y perjuicios.

Ocupándose de este último hecho, escribía *Diario Nuevo* que la legislación había previsto el caso para invalidar tales escrituras y pactos, y que el Poder Ejecutivo tenía energía suficiente para conseguirlo, y agregaba: — « Es menester que los hombres de fortuna que comparten las responsabilidades con los revolucio-

narios y prohijan sus desaguisados, indemnicen al Estado y á los particulares explotados por ellos, de los perjuicios que les han hecho sufrir por simple espíritu de rebelión ó por simple incentivo burocrático. »

La ley de interdicciones creó á los revolucionarios inmensas dificultades para procurarse recursos. A mediados de Abril el directorio nacionalista radicado en Buenos Aires contrató cierto número de armas de fuego y sus respectivas municiones con un agente alemán. Hecho el trato y confirmadas las condiciones del pago, llegó el momento de hacerse entrega de las armas, previo un documento en forma, firmado por uno de los personajes nacionalistas que posee mayor fortuna.

Pero (según información que publicó *El Día)* el agente alemán al ir á entregar las armas y recibirse del documento, dijo que no podía aceptar éste último por cuanto los bienes del que lo suscribía se hallaban interdictados, lo cual significaba que no podía disponer de dinero.

Consecuencia de esto fué que el negocio quedó deshecho. — Y con este aditamento que el agente alemán, considerándose burlado y perjudicado en sus intereses, presentó una acción de indemnización contra el comité de guerra...

Más tarde, á mediados de Mayo se produjo un caso curioso. Un señor Smith y el apoderado del doctor Aureliano Rodríguez Larreta, se presentaron en la escribanía del doctor Osvaldo Acosta y el segundo pidió se extendiera una escritura por la cual, en su calidad de apoderado de Rodríguez Larreta cedía al primero las rentas de las propiedades de su poderdante.

El escribano público hizo notar al cedente y al cesionario que existía una ley que interdictaba los bienes del señor Larreta. Ambos manifestaron entonces que conocían dicha ley y que insistían en la negociación concertada. Ante tan terminante decisión, que desatendía la prudente previsión del escribano, éste autorizó la operación haciendo notar el conocimiento que cedente y cesionario tenían de la ley de interdicciones, á los efectos ulteriores.

Apenas promulgada la ley de interdicción, el señor Herminio Areco, director del abasto de la Tablada, fué nombrado interventor general de los ganados y frutos que pertenecían á las personas cuyos bienes estaban interdictados por decreto del gobierno, que se pretendieran negociar por esa oficina y anexas.

Con este motivo circularon rumores de que al señor Heber Jackson se le había interdictado gran número de animales, pero esos rumores carecían de seriedad. El señor Heber Jackson negoció en el abasto de la Tablada, un ganado por valor de 6.400 pesos. Cuando el señor Areco se hizo cargo de su puesto, la operación estaba ya hecha y el dinero entregado. En vista de eso el señor Areco distribuyó en el abasto de la Tablada y demás oficinas anexas, como ser los mercados, ferrocarriles, controles, etc., una nómina completa de las personas cuyos bienes están interdictados, para facilitar así la tarea. Para evitar la aglomeración de ganados y frutos permitió que se hicieran operaciones de venta, pero reteniendo el producto en metálico de éstas, rigiendo también esta medida para los valores que estaban en depósito en las oficinas ya indicadas.

Origen de la ley

El Bien se hizo eco de una versión según la cual la ley de interdicciones había sido inspirada por gestiones de la empresa del Ferrocarril Central, la que había observado que era necesario establecer quién compensara las reparaciones á los destrozos de los insurrectos, desde que la ley de 1862 declara que el gobierno no es responsable de aquellos perjuicios Agregaba ese diario que la referida empresa obtuvo la gestión amistosa de la.

Legación Británica, la cual, con la cita de las leyes de responsabilidades dictadas en la guerra del Transvaal y en otros casos, dió origen á que el Presidente de la República fijara su atención sobre la ley de la referencia.

Esta información fué desautorizada por *El Día* del 23 de Marzo, en los siguientes términos·

« Bien informados, podemos asegurar que la versión del colega carece de fundamento, pues el Presidente de la República, para proyectar la ley de interdicciones se inspiró en razones de distinto orden, sin que para nada mediara la empresa del Ferrocarril ni la Legación Británica.

La primera razón que tuvo en cuenta el Presidente, fué el clamor de los arruinados por la insurrección. Ese clamor venía de lejos. A raíz de la manifestación armada de Marzo se le presentaron muchas personas haciéndole ver la situación angustiosa en que quedaban aquellos cuyas haciendas habían sido arrasadas por la insurrección. Al presidente le parecieron justísimas aquellas quejas, encontró que era inicuo tolerar que los insurrectos pudieran asolar impunemente la propiedad privada, y en seguida trató de buscarle un remedio á la enorme injusticia.

Otra razón que inspiró al Presidente fué el propio texto de la ley penal. Tanto el Código Militar como el Penal establecen que los insurrectos, verdaderos criminales, paguen los daños que causen con sus hechos. Luego, con la ley de interdicciones, no se ha hecho otra cosa que garantir el cumplimiento de la ley, embargando los bienes de los culpables.

Por último, decidió al Presidente de la República á tomar su iniciativa, el bando de Aparicio Saravia que amenazaba con la pena de muerte á todas las personas que se prestasen á reparar los destrozos causados por sus hordas en las líneas telegráficas y en las vías de ferrocarriles. »

Los bienes del señor Heber Jackson

La más importante de las interdicciones decretadas por el Gobierno era la recaída sobre la cuantiosa fortuna del señor Arturo Heber Jackson, á quien se acusaba de haber comprado en Europa el armamento de que disponía Saravia y que estaba sindicado como uno de los más importantes *contribuyentes* de la revolución. El señor Heber Jackson nombró abogados, para levantar judicialmente la interdicción, á los doctores Gonzalo Ramírez y Jacinto Casaravilla. Estos iniciaron sus gestiones, pero el 20 de Abril el Juez de lo Civil de tercer turno, señor Francisco Capella y Pons, dictó sentencia rechazando la pretensión del señor Heber Jackson de que se levantara la interdicción decretada contra sus bienes (1).

(1) He aquí ese auto, que creemos deber reproducir, dada la resonancia que tuvo:

Vistos los presentes autos promovidos por don Arturo Heber Jackson, solicitando el levantamiento de una interdicción que sobre sus bienes ha decretado el Poder Ejecutivo.

Resultando:

1.° Que el autor deduce su reclamo porque estima abusivo el decreto de 27 de Febrero último que declaró interdictos, entre etros, los bienes y rentas de su propiedad, convirtiéndolo así en autor ó cómplice del delito previsto en los artículos 118 del Código Penal y 842 del Código Militar; afirma que las facultades que se atribuye el Poder Ejecutivo al proceder como lo ha hecho, subvierten los principios de nuestra organización política, erigiendo al Presidente de la República, en grado de primera instancia, en juez de delincuencia y complicidades que no se basa en antecedente alguno; y agrega, que si tal subversión autoriza la ley, ni ella ni los decretos que la reglamentan podrían ser cumplidos por los Tribunales sin abdicar de la soberanía judicial; que aun reconociendo que en la economía de nuestra organización política, los jueces aplican la ley sin que les sea dado

Los defensores del señor Arturo Heber Jackson interpusieron recurso de apelación para ante el Tribunal Pleno, de la sentencia dictada por el Juez de lo Civil de 3.er turno, fundándose en que no habiendo probado el Poder Ejecutivo que el señor Heber Jackson hubiera incurrido en las responsabilidades establecidas en la ley de interdicción, debería esta levantarse.

A fines de Abril la Escribanía de Gobierno y Hacienda devolvió al ministerio del ramo, diligenciado, el expediente administrativo relativo al cobro de alquileres de las fincas del señor Arturo Heber Jackson. Quedaron notificados todos los inquilinos de que era nula la cesión que de esos alquileres había hecho el señor Heber Jackson á un tercero, cesión que llevaba la fecha de Enero, mientras que había sido protocolizada recién el 5 de Marzo.

desacatarla por inconstitucionalidad, ese principio carece de aplicación, cuando el legislador atenta contra la Constitución, despojando al Poder Judicial de una parte de su soberanía y produciendo un conflicto, que daría lugar á que la Alta Corte, ó el Tribunal Pleno haciendo sus veces, suspendiera el cumplimiento de las resoluciones que menoscaban aquella soberanía, ínterin no quedase resuelto el conflicto que esa misma usurpación plantea; que, por otra parte, el decreto que interdicta los bienes del reclamante, no contiene fundamentos, y como la delincuencia y complicidad no se presumen, corresponde la prueba á quien hace tales imputaciones, faltando la cual, la arbitrariedad de dicho decreto obligaría á declarar judicialmente su nulidad.

2.º Que en la audiencia señalada con arreglo al procedimiento demarcado por la ley 25 de Febrero, el actor reprodujo y amplió los mencionados argumentos insistiendo en sostener que los decretos de interdicción pronunciados por el Poder Ejecutivo suprimen las garantías del juez natural, que es el único que puede determinar en cada caso si se ha incurrido ó no en los delitos indicados en el artículo 1.º de la propia ley; é invocando el principio consagrado por el artículo 110 de la Carta Fundamental, que prohibió los juicios por comisión, pide que en definitiva se pronuncie la nulidad de la medida de que se agravia, confiando para ello en la independencia de los Tribunales, y en que «esa virtud primordial del magistrado no ha de salir hecha girones de este proceso».

3.º Que el señor Fiscal de Hacienda manifestó, á su vez, contestando la exposición de la demanda, que solamente procedería el levantamiento de la interdicción provisoria de que se trata, si se demuestra concluyentemente que el Poder Ejecutivo hubiese padecido error ó hecho un uso abusivo de la autorización conferida por la ley de Febrero, extremos ambos que el Fiscal decididamente niega; que sea dicha ley justa ó injusta, política ó impolítica, constitucional ó inconstitucional, á los jueces sólo toca examinar y defender su aplicabilidad en cada caso; que, por lo demás, la ley que se critica, lejos de desconocer la sagrada autoridad de los jueces, hace por el contrario depender de ésta, exclusivamente, la decisión final de los conflictos, y que si en estos casos extraordinarios, de verdadera anormalidad institucional, se ha concedido al Poder Ejecutivo la facultad transitoria que se discute, ha sido debido á la naturaleza de las cosas y á la condición de los sucesos; que el legislador, en fin, ha considerado, y con razón que indemnizando la Administración Pública los perjuicios ocasionados por las fuerzas de la Nación, sería injusto y hasta inicuo el que personas y ejércitos levantados en armas contra los Poderes legítimamente constituídos, devasten ó asolen la República sin sujetarles á su vez á ninguna responsabilidad civil ni criminal; y por eso, para hacer posible el ejercicio de los derechos que acuerdan á los damnificados las leyes comunes, es que se ha dictado la ley de Febrero: en consecuencia, el Fiscal solicita que se desestime la reclamación deducida, á menos que se demostrase plenamente que hubiera existido error por parte del Poder Ejecutivo.

4.º Que después de oídas las exposiciones cuyo resumen antecede, expresaron, categóricamente, tanto la parte actora como la demandada, que no ofrecían prueba alguna, en mérito de cuya manifestación el Juzgado llamó los autos para dictar la resolución del caso.

Y considerando, ante todo, como cuestión de verdadera trascendencia en la que principalmente se ha basado la acción deducida, que sean las que fueren las razones de excepción que para ello pretendieren invocarse, no es admisible, dentro de nuestro régimen institucional, que los jueces declaren inconstitucionales las leyes, estableciendo su consiguiente inaplicabilidad por tal concepto, puesto que la referida facultad política, ejercida por los Tribunales de los Estados Unidos del Norte y por los de una que otra Repú-

La interdicción y "El Día"

El Día, con motivo de la sentencia del Juez Capella y Pons dedicó un editorial á la cuestión de las interdicciones. Decía así: « Lo hemos dicho muchas veces y lo repetimos ahora: la sanción de la ley de interdicciones importa la sanción de una suprema justicia. Por ella no se busca otro propósito que salvar á las víctimas inocentes de la insurrección, dándoles los medios de que recobren un día lo que les ha sido destruído ó arrebatado de una manera cruel é inicua. Y para ello, se asegura los bienes de los que hacen el daño, desde que un principio elemental de derecho establece que quien destruye lo ajeno debe pagarlo, — imponiendo solamente á los insurrectos, lo que al fin y al cabo el gobierno se impone á si mismo al pagar escrupulosamente de lo que consumen sus fuerzas, no

blida del Sur, desconocida por la mayoría de los autores europeos, ha sido expresamente negada á nuestra Judicatura, cuando en el artículo 152 de la Carta Fundamental se atribuyó *exclusivamente* al Poder Legislativo la interpretación y explicación de los preceptos constitucionales, principio con el cual armonizaron luego los artículos 9 y 17 del Código Civil, al determinar que las leyes no pueden ser derogadas *sino por otras leyes*, ni desatendido su tenor literal al dictar sentencia, siempre que el sentido de ellas fuere claro; que descartada, pues, la posibilidad del supuesto conflicto de Poderes, más remoto aún en lo que á este Juzgado se refiere si se tiene en cuenta que la comunicación de la Ley de Interdicciones, así como la recaída sobre los bienes del señor Heber Jackson, le ha sido hecha por intermedio del propio Tribunal Pleno, no cabe la menor duda de que han de ser forzosamente tomados en debida cuenta los términos en que está concebida dicha ley para la correcta solución de la reclamación deducida, procediendo el infrascripto con el sereno convencimiento de que la absoluta independencia del magistrado no consiste en una sistemática hostilidad hacia los otros Poderes, sino en estar por encima de todas las pasiones, inconmovible, venga el impulso de donde viniere; y esa primordial virtud tanto desmerece mostrándose débil ante la imposición de los gobernantes como transigiendo con las ofuscaciones y extravíos de los gobernados, desde que ni aun las propias simpatías ó deferencias han de influir jamás en el cumplimiento austero de los altos deberes judiciales.

Considerando que es infundado el cargo hecho contra la ley 25 de Febrero último, al suponer que suprime las garantias del juez natural y que instituye una autoridad en comisión para juzgar en primera instancia de las responsabilidades de que trata; que las disposiciones alli adoptadas no han hecho más que facultar por su conocimiento inmediato de los sucesos para decretar medidas previsoras de interdicción, sin las cuales toda responsabilidad se haría completamente ilusoria, pero que en si mismas nada resuelven, desde que al lado de la autorización extraordinaria, como extraordinarias son las circunstancias que le dan origen, colocó el legislador, la tranquila imparcialidad *de los jueces* estableciendo un procedimiento breve, análogo al de los interdictos de derecho común, para que pudieran tramitarse rápidamente las reclamaciones á que el uso de dicha facultad diera lugar « con apelación — dice el artículo 2.° de la ley — ante el Tribunal Pleno ó » Alta Corte, cuya resolución haría cosa juzgada, á los efectos tan sólo de la interdicción » decretada administrativamente, sin que esto importe prejuzgamiento alguno »; que la interdicción judicial está, por consiguiente, inmediata á la medida simplemente preventiva, que nada juzga ni decide; y, todavía, después de resuelta en último grado la reclamación que á la interdicción especialmente se refiere, quedan todas las garantías del juicio amplio ordinario expresamente libre de prejuzgamientos, con todas las instancias y recursos, sin excepción de ningún género, habiéndose tenido el cuidado de restringir á sólo seis meses el término dentro del cual han de iniciarse las acciones por indemnización, so pena de quedar prescriptas; y que, por tanto, se han conciliado así con la efectividad de las responsabilidades, el respeto á la soberanía judicial, la garantía del juez natural, y la observancia del precepto prohibitivo consignado en el artículo 110 de la Constitución.

Considerando, además, en el caso concreto, que el actor no ha afirmado siquiera su prescindencia como actor ó cómplice en el delito de rebelión á que se refiere el artículo 1.° de la ley 25 de Febrero, á pesar de que, entablada la demanda para obtener el levantamiento de la interdicción provisoria reclamada, era al demandante á quien incumbía producir la prueba que diera mérito suficiente para acceder á su pedido, correspondiendo á la parte contraria, tan sólo tratar de destruir esa prueba con los elementos de convicción de que

obstante ser esas fuerzas las mismas que están encargadas de restablecer el orden en beneficio de todos.

Y si es justo que los insurrectos paguen lo que destruyen para atender necesidades primordiales de subsistencia, porque no es razonable que los que quieren la guerra la hagan á costa de los pacíficos vecinos, — ¿cómo no ha de ser equitativo, justísimo, que paguen aquellos que destruyan por el sólo gusto de destruir, nada más que como medio de azorar el país é impresionarlo por el horror y la ruina? ¿Qué hombre medianamente justo puede sostener que semejantes procederes sin precedentes en la historia, deben quedar impunes? — Salta á la vista que un gobierno con noción de sus deberes no puede cruzarse los brazos ante una enormidad semejante, que no sólo importa el desquicio de la fortuna de las clases trabajadoras, sino que equivale á dar estímulo y carta blanca á cuanto desequilibrado se le ocurre lanzarse á la revuelta.

A un pobre paisano que acosado de hambre carnea un capón, se le condena á dieciocho meses de cárcel, sin que nadie proteste contra el rigor de la ley. Los más humanos lamentarán el hecho, pero se consolarán recordando que la conservación social exige el sacrificio. Sin embargo hay personas — los pocos adversarios de la ley de interdicciones—que encuentran bien que se deje sin castigo, porque son insurrectos saravistas, á las turbas que sacrifican majadas enteras, que concluyen rodeos, que arrasan estancias, que en un día dejan en la miseria á hombres que se han labrado un bienestar con toda una vida de sacrificios y economías. Y los que esto pretenden, no advierten, — ó aparentan no advertirlo — que contra los grandes depredadores de la propiedad no existe siquiera la atenuante de la necesidad, ni notan que la mayor parte del daño que causan, no tiene otro fin que el daño mismo, — por lo cual serían acreedores á una pena mucho mayor de la que piden para el miserable autor de un abigeo, siempre menos perjudicial y menos culpable que el último de los insurrectos, cuando ese insurrecto va contra un gobierno como el actual, modelo de probidad y de respeto á todos los derechos ciudadanos.

Se hace un cargo á la ley de responsabilidades que nos ocupa, se dice que con ella podrán pagar justos por pecadores, desde que no siempre será posible infligir el castigo al mismo que ha hecho el daño. Es un profundo error. La ley no podrá herir á ningún justo, desde que sólo irá contra los probadamente insurrectos, y todos los insurrectos, sin distinción de matices, son igualmente pe-

dispusiere y que creyere oportuno presentar; que entonces y sólo entonces, como resultado de la apreciación judicial de unas y otras demostraciones, habría podido el reclamante obtener su solicitada liberación de las medidas preventivas, autorizadas por el Poder Legislativo con el objeto de evitar la fácil burla de las responsabilidades dimanadas de la actual rebelión; y es evidente que tales medidas, simplemente administrativas, libradas á la prudencia del Ejecutivo y á su conocimiento de los hechos, no puede dejarlas el Poder Judicial sin efecto, cuando no se le proporcionan ni datos, ni pruebas, ni otra base ó corroboración alguna que meras opiniones personales, contrarias á la validez de la ley misma cuya aplicación le está constitucionalmente encomendada; mientras que reclamación semejante debió apoyarse necesariamente en la categórica premisa de inculpabilidad, sostenida por la confirmación material ó moral de ser esa aseveración verdadera; y todo lo que de ahí se aleje importa violentar abiertamente la índole de ese juicio, sujeto á las reglas del interdicto y á los principios más elementales de nuestro Derecho procesal que han llegado hasta consignar terminantemente en el artículo 329 del respectivo Código, que es siempre el actor á quien corresponde la prueba de los hechos en que funda su demanda.

Por tales motivos, no se hace lugar á la declaración de nulidad solicitada en el escrito inicial, y, en oportunidad, previo pago de las costas, archívese el expediente. — F. CAPELLA Y PONS.

cadores! Todos ellos, sea cual fuera su actuación, son colaboradores de la misma obra. Tanto el que aconseja, como el que suministra fondos, como el que actúa en un puesto distante del sitio en que se realiza un estrago, tiene una solidaridad evidente en toda la actuación común. Los unos se sostienen á los otros, y el resultado final es de todos. De manera que todos son igualmente responsables de los perjuicios materiales que cause cualquiera de ellos, que en definitiva no son más que perjuicios de la insurrección. Es justamente lo que establece la ley común, cuando dice que de los perjuicios materiales de los delitos, son solidariamente responsables todos los coautores, pudiéndose reclamar el monto total de cualquiera de ellos que tenga bienes suficientes. — Por otra parte, en el caso que nos ocupa, parece justo que las consecuencias de las hazañas saravistas recaigan con preferencia sobre los hombres pudientes del saravismo, generalmente los mejor preparados, y, por consiguiente, mucho más culpables del crimen que enluta el país, que la gran mayoría de la turba cuya ignorancia y pasiones explotan».


DOCTOR MARTÍN AGUIRRE

La mision Mongrell

El señor Luis Mongrell, miembro de la minoría del partido nacionalista, hizo á principios de Febrero un viaje al litoral argentino, llevando adelante su tenaz propaganda, á fin de disuadir á los emigrados de sus propósitos revolucionarios. — Llegó á Concordia donde sus trabajos no tuvieron éxito alguno, pues los orientales radicados allí eran saravistas á *outrance* y miraban con prevención al apóstol de la paz.

El Sr. Mongrell afirmó en Concordia á un corresponsal de *La Prensa* bonaerense (2 de Febrero) «que el general Muñoz no había sido derrotado por Aparicio Saravia, sino *que se había retirado cumpliendo órdenes superiores!* — Estimaba en 2000 hombres el número de las fuerzas de que disponía en aquel momento el caudillo nacionalista.

Dijo que en Illescas, Saravia tenía más de 14.000 hombres, que fueron desbandados, y si el general Muniz no se hubiera engañado, persiguiendo á la división del departamento Treinta y Tres, en la creencia de que con ella iba Aparicio Saravia, á la fecha hubiera terminado el movimiento revolucionario, que él consideraba completamente perdido.

He aquí, en extenso, el reportaje que se publicó al día siguiente:

Repórter. — ¿Qué cree usted, señor Mongrell, del movimiento revolucionario con que ha provocado el partido nacional al gobierno del presidente Batlle y Ordóñez?

Mongrell. — Como lo dice muy bien el manifiesto de la junta nacionalista á que pertenezco, la guerra que preparaba el elemento saravista y que al fin ha estallado con el obligado séquito de sangre y de ruina, no tiene justificación desde que el gobierno del señor Batlle y Ordóñez ha mantenido inalterables las posiciones políticas que ratificó el pacto de Nico Pérez, y desde que ningún acto de su gobierno podía dar pretexto á suponer que las elecciones generales, que deberán verificarse en noviembre próximo, fueran desnaturalizadas con intromisiones vergonzosas del poder público, para imponer soluciones que los parti-

dos políticos de mi país no estarían dispuestos á aceptar. Desde luego la primera causal no ha sido puesta en tela de juicio por el directorio saravista y la segunda aun no había tenido tiempo de ser apreciada, porque distamos mucho de la época eleccionaria y el último período de inscripción que podía haber dado algún elemento de juicio para apreciar la conducta del gobierno aun no había comenzado, y como es consiguiente el juicio de tachas que viene más tarde y que debería dar la luz necesaria respecto de la imparcialidad del partido del gobierno, no podía juzgarse absolutamente mientras aquél no estuviera funcionando. Por otra parte, si los antecedentes cívicos del señor Batlle y Ordóñez, que el mismo directorio saravista ha reconocido como intachables con documentos que son del dominio público y en artículos de la prensa adicta á aquella autoridad partidaria, no son bastantes para desarmar las ofuscaciones y extravíos de los hombres cuyos intereses políticos se consideran comprometidos en razón de actitudes anteriores de conducta equívoca, lo lógico, lo racional, ya que el patriotismo no entra en juego para nada, es que se hubiera encontrado una causa que pudiera haber sido explotada hábilmente para producir hechos de carácter irrevocable, que comprometen los progresos alcanzados en el orden político, que arruinan la riqueza pública, que empobrecen á los nacionales y sobre todo á los extranjeros, á los cuales no tenemos el derecho de arrastrar en la vorágine de nuestros desaciertos; comprometiendo el porvenir de nuestra nacionalidad en el incierto vaivén de las luchas pasionales.

Repórter. — ¿Cree usted que la guerra se prolongue por mucho tiempo?

Mongrell. — Es cuestión de caballos. Si el general Muniz los tiene, Saravia no irá lejos. Usted sabrá que Saravia presentó en Illescas 14.000 hombres y llegó con 4.500 á Melo. De allí se hizo perdiz y apareció en Nico Pérez con 2.000 hombres, con los que ha vencido según noticias circulantes á Melitón Muñoz, y que con algunas incorporaciones que no podrán ser más de 1.000 hombres, amenaza, según dice un boletín de Concordia, á Montevideo. Es un poco fuerte la cosa, pero para espíritus fantásticos hay trama para urdir una buena novela.

Repórter. — Y ¿se puede saber el objeto de su viaje á esta ciudad?

Mongrell. — No hago misterio de ello, señor, por el contrario, es para mí motivo de satisfacción poder realizar los nobles propósitos de la junta á que pertenezco, los cuales consisten en neutralizar á nuestros correligionarios en esta lucha oscura, sin precedentes en nuestros anales políticos partidarios. El partido, en este caso, va detrás del caudillo que se ha alzado en armas porque sentía la nostalgia de las misiones al Cordobés, de halagos que no le ha hecho el gobierno constitucional del señor Batlle. No quería ser olvidado, temía que su personalidad esfumada con la paz se anulara, y ha aprovechado todavía una vez más, para rehacer sus prestigios, la borrachera que aún perdura de la leyenda saravista destinada á terminar en breve plazo, así lo espero, para honor del partido que lo albergó en su seno, aunque para esto haya de derramarse mucha sangre todavía.

Hasta aquí el reportaje. Ese mismo día el señor Mongrell tomó el vapor de regreso para Montevideo. Su propaganda no podía obtener mayores resultados á raíz de la batalla de Fray Marcos. No era el momento más oportuno para convencer á los nacionalistas de que la revolución estaba fatalmente vencida!

La "leva"

El procedimiento de la *leva*, como medio de hacer efectiva la convocatoria de la Guardia Nacional, produjo durante el mes de Febrero algunos choques sin mayor importancia entre las *comisiones* destacadas para reclutar á los rehacios, y ciudadanos ó extranjeros munidos de sus correspondientes certificados de exención. No siempre los jefes de dichas comisiones procedían con la prudencia y el acierto convenientes. Entre esos pequeños choques, se destaca, con caracteres trágicos, el suceso acaecido el 8 de Febrero á las 7 1 2 de la noche próximamente, del que casualmente fué actor principal un hijo del Presidente de la República, el joven César M. Batlle Pacheco, subteniente del Batallón 1.° de Guardias Nacionales.

El alférez Laureano Torrens, que iba en comisión con cuatro soldados del 1.° de Guardias Nacionales, detuvo en la calle 18 de Julio y Defensa á un particular, á quien exigió le mostrara la boleta de enrolamiento. — Este así lo hizo, sacando su papeleta, en que constaba que pertenecía al batallón número 15, que fué disuelto el 1.° de Febrero por resolución superior.


LA FAMILIA DEL PRESIDENTE BATLLE. — 1. CÉSAR BATLLE Y PACHECO

El oficial se la pidió, pero el enrolado, que resultó llamarse Juan Ibáñez (a) Tamberito, se neg[illegible]ársela, por lo [illegible]lférez To[illegible] dió la voz de preso. Ibáñez, haciendo ademán de sacar armas, emprendió la fuga por la calle Defensa hacia Colonia y al llegar frente á la licorería del señor Pochintesta se encontró con otro oficial, el joven Batlle, quien, echando mano á la espada, le intimó que hiciera alto.

Por toda contestación Ibáñez sacó un revólver y le hizo un disparo, continuando en su carrera, perseguido siempre por Torrens y la comisión que le acompañaba, haciendo el oficial varios disparos al prófugo y continuando su persecución hasta Mercedes y por esta hasta Caiguá.

En ese trayecto se unió á los perseguidores el teniente Daniel Alcoba, comisario de Illescas, que iba á caballo. — Ibáñez, en su fuga, hizo otro disparo, que fué contestado por los perseguidores, hasta que se le vió llevarse la mano al costado derecho, como si estuviese herido y después de una corta carrera por la calle Caiguá, caer para no levantarse más, tras un nuevo tiro que casi á boca de jarro le descerrajó el teniente Alcoba.

El joven Batlle había caído sobre el cordón de la vereda, en momentos que pasaba Torrens, revólver en mano, en persecución de Ibáñez. Batlle, dirigiéndose á Torrens, y llevándose la mano al costado izquierdo del cuerpo, le dijo: « Creo que estoy herido ».

Los tenientes Irastorza y Martínez corrieron en auxilio del compañero mientras Torrens y la comisión seguían á Ibáñez.

El subteniente Batlle fué auxiliado por los dependientes de la casa de Po-

chintesta y por varios compañeros del cuerpo á que pertenecía, entre otros el capitán Luis Ignacio García, y otros que acudieron al sentir las detonaciones.

El herido solicitó que lo condujeran al Hospital Italiano, encargando al mismo tiempo que no se avisase nada á su familia para no alarmarla.

En un coche se hizo el transporte al hospital, lo más rápidamente posible, siendo atendido en el primer momento por el médico interno, doctor José Badellino, y después por el cirujano mayor del ejército, doctor Eduardo Martínez, y el médico de policía doctor Tagle.

Desde el cuartel se dió cuenta del hecho al Estado Mayor y á la Jefatura Política.—El señor Arturo Brizuela, que se encontraba en esta última repartición, recibió personalmente la noticia del desgraciado suceso é inmediatamente la transmitió al coronel Bernassa y Jerez, quien se trasladó con su secretario á casa del Presidente de la República.

Es de juzgarse la impresión que produjo la noticia al señor Batlle y Ordóñez, quien en el acto se dirigió al Hospital Italiano, donde no tardaron en presentarse, concurriendo poco después, llamados con toda urgencia, los doctores Martirené, Mondino, Velazco, Canessa, Prudencio de Pena y otros. También concurrió el jefe de la escuela de camilleros, señor Antonio S. Viana.

Además estuvieron en el Hospital Italiano los ministros, el secretario de la Presidencia, señor Román Freire, el jefe de Estado Mayor, algunos senadores, diputados, altos empleados públicos, numerosos militares y otras muchas personas de la amistad del Presidente de la República.

Así que ingresó el alférez Batlle al hospital, se trató de reconocerle la herida y practicarle la primera cura.

Los médicos presentes en ese momento opinaron en general que el estado del paciente era grave y exigía una intervención quirúrgica que se practicaría al día siguiente.

El proyectil penetró por el costado izquierdo del cuerpo, entre el cuarto y quinto espacio intercostal, interesando al parecer la base del pulmón y quedando alojado en la región dorsal del mismo costado.

El joven Batlle demostró mucha presencia de ánimo, tanto al ser herido como en la cura á que luego se le sometió y que soportó con entereza.

Después de pasada la primera impresión y una vez curado el joven oficial, el Presidente de la República se dirigió á su domicilio, de donde á instancias de su esposa, la señora Matilde Pacheco de Batlle, regresó en su compañía al Hospital Italiano.

Una vez allí se dirigieron á la habitación en que se hallaba ya instalado el subteniente Batlle Pacheco, quien con la misma entereza de ánimo demostrada desde que recibió la herida, trató de tranquilizar á su señora madre.

Cuando el desgraciado incidente de que nos venimos ocupando se hizo público, circuló entre otras versiones, la de que se le había roto la boleta en enrolamiento á Ibáñez y que ese hecho justificaba su actitud agresiva.

Un redactor de *La Razón* tuvo ocasión de ver ese documento y declaró, en honor de la verdad, que sólo presentaba una pequeña rasgadura en la esquina superior izquierda, de unos seis ó siete centímetros de longitud.

El Juez de Instrucción, doctor Piñeyro, acompañado de su actuario, el señor Barriére, se constituyó esa misma noche en la comisaría de la 5.ª sección para levantar el sumario correspondiente.

Prestaron declaración todas las personas que se vieron envueltas en este lamentable incidente. retirándose el Juez á hora avanzada.

El cuerpo de Ibáñez fué recogido por el oficial inspector de la 5.ª sección, señor Eusebio Ballesteros, quien concurrió en los primeros momentos.

Por orden de ese oficial se trasladó el cadáver á la comisaría en una camilla. Allí lo reconoció el doctor Tagle, comprobando que la muerte había sido instantánea, pues uno de los proyectiles interesó el corazón.

Ibáñez presentaba además otra herida, también mortal diez centímetros más abajo de la primera.

El Juez de Instrucción, doctor Piñeyro, dispuso que se practicara la autopsia del cadáver, operación que realizó el doctor Tagle en la sala anatómica del Cementerio Central.

La familia del extinto, domiciliada en la calle Cerro Largo 464 A, entre Gaboto y Magallanes, lo reclamó para velarlo y darle sepultura. — La víctima era oriental, de 20 años de edad. Había sido soldado de línea y sus antecedentes lo hacían aparecer como hombre de carácter violento. — Un detalle curioso: el subteniente Batlle, momentos antes de ser herido, había sido arrestado por el teniente Munar, por no haberse presentado á la lista, á las seis de la tarde, pero poco después, mediante algunas explicaciones le fué levantada la pena.



EJERCICIO DE LA GUARDIA NACIONAL EN CAMPAÑA

A las 7 p. m. se dió licencia á la mayoría de los oficiales hasta las once de la noche, para que pudiera salir del cuartel. — El joven Batlle aprovechó, como otros, de esa licencia, y á los pocos momentos de abandonar el cuartel (local del 2.º Cazadores), se encontró envuelto en el incidente que nos ocupamos. — Aunque echó mano á la espada, no la desenvainó completamente, logrando sacar sólo la mitad.

El revólver que empleó Ibáñez era de la fábrica Eibar. Al ser revisado se le hallaron dos cápsulas vacías y tres sin explotar.

El arma del subteniente Torrens era imitación Smith. Tenía tres cápsulas vacías.

El teniente Alcoba hizo uso de una pistola. Este oficial es hermano del caudillo colorado de Florida, coronel Manuel Alcoba, y se encontraba accidentalmente en la capital. (1)

(1) Ampliando la completa información anterior, *La Razón* publicó dos reportajes hechos al alférez Torrens y al teniente Alcoba, que aclaran aún más cómo se produjo el lamentable suceso.

El alférez Torrens narraba el hecho de este modo:

— «Como á las 7 de la noche más ó menos, salí del cuartel con cuatro hombres, en razón de haberme confiado el capitán ayudante, señor Manini Ríos, la comisión de conducir á todos los ciudadanos que no estuvieran enrolados.

En la calle 18 de Julio esquina Defensa, el clase dragoneante Juan Molinari, detuvo á dos individuos exigiéndoles la papeleta. Uno de ellos contestó que no la tenía, ni documento alguno que lo exceptuara del servicio militar. El otro, Juan Ibáñez (a) «Tamberito» respondió arrogantemente que estaba enrolado en el 15.º de Guardias Nacionales, pero que no mostraba la papeleta porque ya otras comisiones habían pretendido rompérsela.

Le respondí que yo no me hallaba dispuesto á proceder en igual forma, pues tenía instrucciones especiales al respecto, según las cuales debía respetar los documentos justifica-

El jóven Manuel César Batlle y Pacheco se encontró al siguiente día del suceso en un estado muy satisfactorio. Pasó todo el día sin fiebre, con el pulso normal, sin el menor síntoma inquietante que anunciara la inminencia de una complicación.

Por la noche durmió tranquilamente.

Los médicos de cabecera doctores Alfredo Navarro y Eduardo Martínez lo vieron durante el día frecuentes veces. celebrando además un par de consultas. Por la noche lo visitó también, en compañía del doctor Navarro, el doctor Américo Ricaldoni, médico de la familia del señor Presidente. Además le prestó asistencia permanente el doctor José Martirené, médico del 1.º de Guardias Nacionales.

Entre el Presidente de la República Argentina, general Roca, y el señor Batlle y Ordóñez, se cambiaron con motivo del desgraciado suceso los siguientes telegramas:

« Señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, don José Batlle y Ordóñez. — Montevideo. — « Lamento sinceramente el desgraciado suceso ocurrido en la persona de su hijo y que afecta tan hondamente á V. E., y hago votos por el pronto restablecimiento del herido. — Firmado: JULIO A. ROCA ».

« Señor Presidente de la República Argentina, general Julio Roca. — Buenos Aires. — Agradezco profundamente el interés que me demuestra V. E. — El enfermo va mejor. — JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ ».

Pocos días después de ese dramático suceso que impresionó hondamente á la sociedad montevideana, se produjo otro en la calle Yerbal esquina Cámaras, entre algunos oficiales del batallón 10.º de guardias nacionales y varias personas.

tivos que se me exhibieran; pero como á pesar de todas mis protestas se resistiera á entregar la papeleta, ordené á mis soldados que lo llevaran, conjuntamente con el otro remiso á que antes híce referencia.

Continuamos nuestro camino, marchando los soldados adelante, y en la calle Defensa entre Carmen y 18 de Julio encontré á los tenientes Martínez é Irastorza, con quienes me detuve á conversar un momento, pues de pronto sentimos un estampido y notamos en seguida que un hombre, Ibáñez, huía velozmente con dirección al Norte, seguido de los soldados que me acompañaban.

Corrí á incorporarme á ellos haciendo lo mismo los tenientes Martínez é Irastorza, y poco antes de llegar á las calles Colonia y Defensa, sentimos otra detonación y vimos casi en mitad de la calle al subteniente Batlle Pacheco, que nos dijo al aproximarnos á él: « Creo que estoy herido ».

Mientras los tenientes Martínez é Irastorza quedaban atendiendo al herido, yo continué con mis soldados la persecución del heridor, á quien hice el primer disparo en la calle Arenal Grande entre Colonia y Carmen, sin dar en el blanco. Un poco más adelante hice fuego nuevamente sobre él, y por fin, cuando ya se había agregado á nosotros el teniente Alcoba, que fogueaba de á caballo al perseguido, le hice el tercero y último disparo en la calle Mercedes entre Sierra y Caiguá.

No pude continuar el fuego, pues Ibáñez dobló por Caiguá con dirección á Uruguay, y antes de que se me pusiera nuevamente á tiro, ví que caía, como ustedes han dicho, cerca de un portón. Cuando me aproximé á él, Ibáñez estaba agonizando.

— ¿A usted le hizo Ibañez algunos disparos?

— Uno ó dos, sí, señor.

— ¿Y es cierto que en la travesía cargó Ibáñez su revólver?

— Sí, señor. Iba huyendo y cargando el arma, para lo cual sacaba las balas de una cartuchera que llevaba en la cintura, sobre el costado derecho.

— ¿Cuántos disparos calcula usted que hizo Ibáñez?

— Unos siete ú ocho: uno sobre el grupo de soldados, otro sobre el subteniente Batlle, dos. creo, que me hizo á mí, y el resto sosteniendo el tiroteo con el teniente Alcoba.

— Después que Ibáñez cayó, ¿se acercó alguien á él?

— No señor; pues en seguida que yo noté que se reunia gente, dispuse que mis soldados

Varias fueron las declaraciones que se les hizo prestar á los oficiales para saber la forma como ocurrió el hecho.

Ese choque no tuvo consecuencias lamentables.

El corresponsal especial que *La Nación* bonaerense tenía en Montevideo, envió á su diario las siguientes apreciaciones, con motivo de todos estos conflictos:

« Es digno de apuntar un detalle que evidencia el estado de ánimo que reina en esta población.

Nadie tiene otra preocupación ni otro pensamiento que los sucesos que se desarrollan, hasta el punto que las criaturas han relegado sus juegos habituales para jugar á « la guerra ».

Se reunen en dos bandos, eligen sus autoridades, se *uniforman* improvisando bonetes con diarios y proceden á llenar la misión que les confían.

Desprenden comisiones que se interponen al paso del transeunte y le dan la voz de ¡alto!

Ayer, me encontraba en la calle Caiguá entre Uruguay y Mercedes, en visita de inspección al lugar en que se produjo el desgraciado suceso de que resultó herido el hijo del señor Batlle y Ordóñez, cuando un grupo de cinco muchachos, el mayor de los cuales tendría siete años, me interceptó el paso, y el mayor, que ostentaba jinetas de sargento, me dió la voz de alto; me detuve, y me exigió la papeleta para ver si estaba enrolado.

Seguí la broma con la mayor seriedad. — « Soy argentino », — repuse á mi diminuto interlocutor.

— « Amuéstreme » la papeleta y sino marche al cuartel! — me dijo con tono imperativo.

— Marcharé, señor — y caminé algunos pasos hacía donde se hallaba instalado

sacaran sus bayonetas. é intimaran la disolución de los grupos, cuyas intenciones no podía sospechar, de suerte que el cádaver quedó completamente aislado hasta que se lo llevó la policía de la 5.ª».

Por su parte, el teniente Alcoba respondió en este forma á las preguntas que le hizo el repórter:

— « No puedo decirle con seguridad en qué punto me incorporé á la gente que perseguía al heridor del joven Batlle, porque no conozco bien las calles de Montevideo.

Iba á caballo cuando sentí la voz de « ¡atajen! » y como viera que un individuo huía haciendo fuego y notara que un oficial estaba herido, sin saber quien era, hice galopar mi caballo y le dí alcance, gritándole en alta voz que se rindiera.

Dió vuelta la cara, me miró, notó el pañuelo rojo que llevaba y llevo al cuello, me descerrajó un balazo y dijo: — « Yo no me rindo á salvajes ».

El estampido asustó á mi caballo que principió á caracolear, circunstancia que aprovechó el perseguido para sacarme alguna distancia, pero lo alcancé nuevamente y por segunda vez le insté á que se rindiera, respondiéndome con otro balazo.

Saqué entonces mi revólver é hice fuego sobre él, convencido de que obraba en propia defensa, trabándose un tiroteo hasta que Ibáñez se llevó la mano al corazón, vaciló, caminó aun unos treinta pasos, y cayó en la vereda.

— ¿Cree usted, teniente, que fué una de sus balas la que dió muerte á Ibáñez?

— Si he de ser franco, creo que sí, pues me parece que fuí el último en disparar mi revólver cuya detonación era más fuerte que la del alférez Torrens; pero quiero que conste que yo he procedido á mi juicio correctamente, interviniendo primero como militar en un hecho que reclamaba mi intervención, y defendiendo después mi vida seriamente amenazada, como lo demuestra claramente el detalle innegable de haber soportado cuatro disparos del perseguido.

— ¿ Después, qué hizo usted?

— Me dirigí al cuartel del 1.°, narré lo ocurrido, desensillé y después me presenté en la comisaría de la 5.ª, que telefónicamente reclamó mi presencia, llegando á aquella oficina acompañado de un oficial inspector ».

el «regimiento», me entregaron con las formalidades de estilo, donde después de entregarme como «porteño», me hubieran fusilado, si haciendo cesar la broma, no continúo mi camino.»

Las medidas contra la prensa se aplicaban con todo rigor. El 4 de Febrero el señor Horacio Labandera, oficial 1.° de la Jefatura Política, notificó á la gerencia de *La Razón* que orden superior se suspendía la aparición del diario por 15 días.

La censura

Interrogado el señor Labandera sobre la causa de la suspensión, contestó que la ignoraba, limitándose su misión á transmitir la orden.

Averiguaciones posteriores permitieron saber que la orden se había dictado á causa de un suelto titulado «La guarnición de Montevideo», y en vista de ello la dirección del diario presentó la prueba de que ese suelto había sido sometido á la censura, estando autorizada su publicación.

Claro está, que no teniendo fundamento la orden de suspensión, esta quedó sin efecto.

En el Salto fué reducido á prisión por haber dado á la publicidad noticias relacionadas con los sucesos de guerra y que no fueron previamente intervenidas por las autoridades militares de allí, don Aníbal Semblat, director-propietario del periódico *Ecos del Progreso.*

La comprobación de que el suelto publicado en *La Razón* había sido tolerado por la censura, motivó la separación del doctor Carlos Muñoz y Anaya, del cargo de censor policial. Pocos días después fué nombrado para subrogarlo el doctor Carlos M. Rivière.

El 16 de Febrero el Ejecutivo expidió el decreto que va á continuación:

Decreto.—Ministro de Guerra y Marina.—Montevideo, Febrero 16 de 1904.—El Presidente de la República acuerda y decreta:

Convocatoria de la Guardia Departamental

Artículo 1.° Convócase la Guardia Nacional Departamental de Montevideo, acordándose un plazo de cinco días para que los ciudadanos comprendidos en ella, procedan al respectivo enrolamiento.

Art. 2.° El enrolamiento deberá efectuarse en las comisarías de policía, inscribiéndose en sus locales los ciudadanos que residan en las secciones correspondientes.

Art. 3.° Institúyese la Junta Calificadora de excepciones en la forma determinada por el artículo 23 del Código Militar y en apelación como lo expresa el artículo 26 del mismo Código.

Art. 4.° Acuérdase el término de cinco días á contar desde el vencimiento del plazo de enrolamiento, para que se opongan ante la Junta Calificadora las excepciones que acuerda la ley.

Art. 5.° Todo ciudadano tiene derecho á hacerse reemplazar por un individuo que tenga las condiciones requeridas para el servicio de las armas.

Art. 6.° Los infractores á la presente disposición serán castigados con las penas establecidas por el Código Militar.

Art. 7.° Comuníquese, publíquese y dese al L. C.—BATLLE Y ORDÓÑEZ.—EDUARDO VÁZQUEZ.

Dos días después quedaron establecidas en todas las comisarías seccionales las mesas para la inscripción de los ciudadanos comprendidos en la guardia departamental.

Como se tenía la creencia de que las personas comprendidas en la guardia departamental eran quizás tantas como las de la móvil, se repartieron talonarios en cantidad suficiente á las comisarías para que no quedara ningún ciudadano sin enrolarse.

El Día, del 19 de Febrero publicó el siguiente suelto:

« Bien informados podemos dar una noticia tranquilizadora en lo que se refiere á la convocatoria de la guardia departamental.

« El Presidente de la República tiene el propósito de que aquella convocatoria produzca la menor perturbación posible en el seno de las clases necesitadas. Al efecto, va á disponer que cuando llegue el momento de la formación de los respectivos batallones, todas las personas que necesiten de su trabajo diario para sotener á sus familias, sean molestados lo menos posible. A esas personas, entre las cuales estarán comprendidas los obreros, pequeños empleados, etc., sólo se les exigirá que vayan á hacer ejercicios los domingos y días de fiestas, y no se les impondrán guardias. Sólo serían detenidos en los cuarteles en algún caso de gran alarma, que ya es de esperar que no se produzca. Naturalmente, que de estos beneficios, destinados á no perturbar la situación de las familias menesterosas, no gozarán las personas cuya situación les permite costearse personeros».



CARGANDO VESTUARIO PARA EL EJÉRCITO EN CAMPAÑA

Medidas administrativas

El 26 de Febrero apareció un decreto creando la intendencia de guerra, la que debía hacerse cargo de la provisión de los elementos y materiales de vestuario y equipo para todas las fuerzas legales y de la manutención de las de la capital. — Se creó una junta administrativa de guerra compuesta del coronel Adolfo Pérez, Salvador Sosa, Serapio del Castillo, Juan de Ambrosis y Juan Blengio Rocca, que debía tener á su cargo la intendencia.

En el ministerio de la Guerra se reunió pocos días después la Comisión de la Intendencia de Guerra, á fin de tomar las primeras determinaciones para su regular funcionamiento. Se consideró un proyecto de reglamento presentado por los señores doctores Blengio Rocca y Serapio del Castillo, aprobándose con carácter de provisorio. Se nombró jefe de Secretaría al señor Pedro C. Rodríguez, oficial 1.º del Ministerio de Fomento. Además de la designación de Presidente recaída en el coronel Adolfo H. Pérez, los restantes cargos fueron distribuídos de acuerdo con el reglamento adoptado, en esta forma: Director de Secretaría y Contratación, doctor Serapio del Castillo; Director de Contaduría, señor don Juan Deambrosis; Director de la sección Vestuarios y Equipos, señor Salvador Sosa; Director de la sección Rancho y Alojamiento, doctor Blengio Rocca.

El Poder Ejecutivo pasó un mensaje á la Asamblea pidiendo el retiro del proyecto que había remitido hacía seis meses destinando el millón votado en Marzo de 1903 para gastos de guerra, á obras y trabajos de vialidad.

Dicho proyecto había sido ya informado favorablemente por la Comisión de la Cámara de Representantes.

El millón volvió pues á su primitivo destino y sirvió para pagar una parte de los gastos de la nueva guerra. Pocos días después la Comisión de Hacienda de la Cámara de Representantes se expedía en el mensaje aconsejando se acordara la facultad al Ejecutivo para invertir en los gastos ocasionados por la guerra, el importe de aquella deuda.

En el Salto se expidió en la primera quincena de Febrero el siguiente edicto:

« El comandante militar del departamento, con el fin de regularizar la contabilidad de esta comandancia y garantir en todo lo posible los intereses de los señores hacendados, dispone:

Artículo 1.° Todo hacendado que provea de ganados ó caballos á las fuerzas legales del departamento, deberá munirse de un vale que otorgará el señor jefe del detall con un visto bueno de esta comandancia.

Art. 2.° Los vales expedidos ó que en adelante otorgarán los señores jefes y oficiales, que salen en comision ó para hacer tropas para la guarnición, son puramente provisorios y deberán ser cambiados á la mayor brevedad posible en el detall y en la forma establecida en el artículo anterior.

Art. 3.° No serán reconocidos á los efectos del pago, los vales que no hubieran sido cambiados con arreglo á la presente disposición.

Art. 4.° Se ruega á los señores hacendados den cuenta inmediata de cualquier irregularidad ó atropello que cometiesen los señores jefes y oficiales dependientes de esta comandancia militar.

Salto, Febrero 8 de 1904. — *T. Córdoba* ».

A fines de Febrero dictóse el siguiente decreto:

« Montevideo, Febrero 29 de 1904. — El Presidente de la República acuerda y decreta:

Artículo 1.° Nómbrase comandante del departamento de Cerro Largo al sargento mayor don Jerónimo Iriondo.

Art. 2.° Comuníquese, publíquese y dése al L. C. — BATLLE Y ORDÓÑEZ. — EDUARDO VAZQUEZ ».

La emigracion

Durante el mes de Febrero, fuertes estancieros del departamento de Paysandú instalábanse en la provincia de Entre Ríos, arrendando campos por un año, con opción á dos. Figuraban entre esos hacendados, firmas de las más fuertes, no ya de Paysandú sino de todo el país, que se llevaban los animales de raza y aun los de origen criollo.

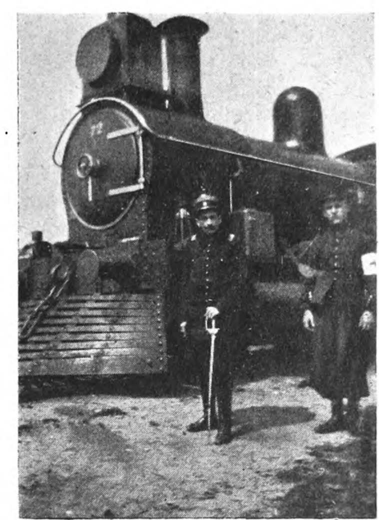
También numerosos agricultores se trasladaban á la inmediata provincia. Lo efectuaban con sus ganados, muebles, enseres y útiles de labranza. Habían esperado, en vano, terrenos para colonizar; y en lugar de esos terrenos, levantóse ante ellos el espectro de la guerra civil. A más de uno de aquellos hombres humedecíansele los ojos, al hablar de la querida tierra en que habían formado su hogar y donde de buen grado hubieran permanecido para siempre á oir tan sólo los dictados del corazón y á no atender á las exigencias imperiosas de la existencia.

Lleno estaba Entre Ríos de emigrados políticos. Respecto á ellos decía el corresponsal de un diario sanducero: — « Nos recibieron interesándose vehementemente por conocer lo que ocurría en su patria, aun cuando — agregaron — recibían telegramas y cartas procedentes de Buenos Aires y del Brasil. Nos pidieron muchos que diésemos á sus respectivas familias las seguridades de que nada le escaseaba de lo indispensable para la conservación. Y, en medio de los sinsabores de la ausencia dal suelo natal y del dolor que produce la sangre vertida, los

hombres sacrificados y el porvenir incierto, ninguno de los que con nosotros conversaron reveló decaimiento y sí, sobra de fe, de voluntad y de energía. Quienes, como nosotros deploran la guerra civil, lamentando la cruenta lucha fratricida y ansiando la paz, no pueden aparecer sospechosos al reflejar estado de ánimos: nuestros votos fervorosos son por la tranquilidad del país y, con ella, por la riqueza y prosperidad de la República».

La terminación de la guerra

La lucha prometía ser larga y no se veía vislumbre alguna de pronta terminación. — *El Diario* de Buenos Aires bajo el título «Las guerras del día», publicó un artículo en el que se ocupaba de la guerra que ensangrentaba á nuestro país, y de la que amenazaba estallar de un momento á otro entre Rusia y el Japón. Reproducimos á continuación la parte de ese artículo que se refería á nuestros sucesos.



TREN DE SANIDAD MILITAR

«La oriental del Uruguay — porque las dos guerras resultan orientales — se cierra al diagnóstico tenazmente. Sólo se puede saber que será larga — porque todos los síntomas visibles anuncian la montonera como la calamidad inminente. La revolución deriva á la finalidad proterva de guerrear contra el país. No cabe dudar, sin embargo, de que será aniquilada á la larga — pero á la larga! Y antes la razzia trashumante habrá aniquilado el país. El gobierno dispone de recursos relativamente enormes, que puede renovar por tiempo indefinido; la revolución carece esta vez á lo que parece, del cómodo y reconfortante refugio de la frontera brasileña, que fué en otras ocasiones su burladero; de modo que no se podrá escurrir toda la vida y acabará por verse obligada á librar combate con tropas de verdad, bastando para ello que el gobierno no se empeñe en el mismo error de Iriarte Borda, queriéndole echar encima ejércitos pesados, con gran tren y copiosa impedimenta.

Es cuestion de correr perros con perros, y no con dromedarios.

Aclaremos, sin embargo, que la hipótesis de que la guerra será larga, viene de que no admitimos la posibilidad de ninguna solución de paz que no sea el sometimiento del caudillo blanco y sus tenientes al gobierno constituído y mantenido en su absoluta integridad. Conjeturas muy serias y fundadas atribuyen á los partidarios de la revolución un celo significativo y ardoroso en sentido de mover iniciativas de arreglo, aprovechando la aparente ventaja de la incursión de Saravia hasta las cercanías de Montevideo y el contraste de Melitón Muñoz. La hora parece propicia para remediar en lo posible el barro y no perderlo todo. Esta suposición toma más acentuado viso al ver el apuro con que los diarios de Buenos Aires, afiliados á la causa de la revolución, piden intervenciones, renuncias y otras cosas igualmente peregrinas, — majaderias que estando en Febrero, se le pueden ocurrir á algún colega carnavalesco, pero que en el órgano presidencial resultan imprudentes, pues por más que nos consta, que no es eso sino cosa muy

distinta y muy cuerda lo que piensa el general Roca de las cosas del Uruguay, los interesados se apresuran á atribuírselo, como si se lo acabasen de oir dictar! »

Basándose en una curiosa coincidencia de nombres, *La Razón* publicó la siguiente *humorada* que merece sea transcrita, por la amarga filosofia que encierra:

Treinta años después...

« Mr. Ralfh O. Stevenson, es un grave señor inglés que pasó hace treinta y tres años por al puerto de Montevideo con destino á Punta Arenas, donde pensaba establecerse. Durante su estadía de horas en nuestro puerto, parece que preguntó entonces:

— Quién ser Presidento?

— Batlle — le contestaron.

— Quién pelear contra Presidento?

— Aparicio.

— All right! — dijo gravemente mister Stevenson, apuntando ambos nombres en su libro de memorias.

Llegado á Punta Arenas, este señor inglés fracasó en sus primeras gestiones comerciales. De resultas de ese fracaso tuvo que pasar á Tierra de Fuego, para dedicarse á la explotación de los bosques seculares. Ha vivido en medio de éstos, durante veinte años, sin otra preocupacion que hacer leña de « esos árboles gigantes — que parecen arrogantes — á los cielos desafiar! », y convertir su madera exportable en una gran fortuna. En las selvas de Tierra de Fuego no circulan los diarios, y fué una sorpresa para Mr. Stevenson, el otro día, cuando se embarcó en Ushuaia para retornar á Punta Arenas y tomar allí el vapor para Southampton, enterarse de que había muerto la dulce Queen Victoria! Los acontecimientos de la guerra anglo-boer lo dejaron boquiabierto.... Lo único que sabía el infeliz, es que aserrando madera durante veinte años, había reunido, en el Banco de Inglaterra, un depósito de más de cien mil libras esterlinas!

Hace una semana, llegó el flemático inglés á nuestro puerto, de paso para Europa, en el vapor « Orita ». Mr. Stevenson, con su libro de apuntes en la mano, se acercó á la borda en cuanto llegó el vaporcito de la Sanidad.

— Quién ser Presidento? — preguntó, como hace treinta años, con el lápiz ya apoyado sobre el papel, para escribir el nombre.

— Batlle — le contestaron.

— Aoh? — dijo el inglés, enarcando las cejas, — Parece que tener mucho duración y mucho paciencio este hooombre!.... Y quién pelear, contra él, en este momento?

— Aparicio.

— Aoh! Todavía? No juega conmigo, hooombre. No juega! Hacer treinta y dos años que estar peliando sin cansarse?.... Eso contárselo Vd. á su abuelita, hooombre, pero no á mí!

Hubo que explicarle al irritado M. Stevenson que se trataba de otros López, y entonces, un justo asombro por tan extraña coincidencia reemplazó á la primitiva indignación ».

Robo de armas en el Parque

La policía de Investigaciones inició con éxito lisonjero á fines de Febrero una pesquisa encaminada á descubrir á los autores de la sustracción de pertrechos de guerra en el Parque Nacional. Practicó indagaciones para el completo esclarecimiento del hecho, pues se pensó en los primeros momentos no de un simple robo sino de algo así como un complot fraguado con el propósito de suministrar armas y municiones á los insurrectos.

La pesquisa terminó y los comprometidos fueron á dar en la Jefatura á disposición de los jueces competentes.

Desde que se denunció la falta de munición en el Parque Nacional, se le ocurrió al coronel Herrera, jefe de la policía secreta, que algún peón de aquel establecimiento, realizaba sustracciones de pertrechos de guerra para venderlos y decidió entonces establecer vigilancia en los alrededores de algunas casas de compra-venta cuyos propietarios estaban sindicados como poco escrupulosos.

Noticias recibidas posteriormente, hicieron pues se redoblara la vigilancia frente á la casa de Ramón Sanjurjo, calle Colonia casi esquina Gaboto y cuando se adquirió la certeza de que aquél estaba comprometido en la negociación se comisionó al empleado Ignacio Scarone para que, fingiéndose comprador tratara de averiguar si Sanjurjo tenia armas y munición para la venta. — Scarone desempeñó bien su cometido, que no sólo supo que el cachivachero disponía de 1.300 tiros de máuser y dos carabinas rémingtons, sino que cerró trato con el socio de Sanjurjo, Rosé M. Rivas, por la suma de 50 pesos, que debía entregar dentro del plazo de una hora, tiempo suficiente para prevenir á sus superiores, que tomaron las medidas del caso para sorprender in fraganti al vendedor.


JAVIER DE VIANA

Y así fué. En momentos en que José M. Rivas, en ausencia de Sanjurjo, se hallaba encajonando el armamento y la munición, entró en escena el segundo jefe de Investigaciones, señor Salvador Russo, y pretextando la adquisición de un anillo de oro liso, observó los manejos del cachivachero y le dió la voz de preso, incautándose al propio tiempo de los pertrechos de guerra.

Rechazo de un grado

Después de los combates de Mansavillagra y las Conchas, varios amigos del coronel Pablo Galarza, jefe del Regimiento 2.° de Caballería, que tan sobresaliente actuación tuvo en la contienda civil, se dirigieron á aquel jefe, manifestándole que estaban dispuestos á solicitar para él, el grado de general, agregando que creían que su pedido sería resuelto favorablemente por ser de todo punto justo.

El coronel Galarza contestó á los amigos agradeciendo el ofrecimiento que se le hacía, pero pidiéndoles que desistieran por el momento de hacer ningún trabajo en el sentido indicado. Consideraba muy honrosa la distinción que se le pretendía hacer, pero manifestaba que su deseo era permanecer aun dos años más al frente de su regimiento, al final de cuyo tiempo haría veinticinco que lo comandara. En aquel momento hacía ya veintitrés, siendo por lo tanto el jefe que durante más tiempo había permanecido al frente de un cuerpo. Tenía por él cariño entrañable y deseaba celebrar las bodas de plata con su regimiento.

En vista de la contestación del coronel Galarza, sus amigos desistieron del proyecto que tenían en vista al escribirle á aquel militar.

El Telégrafo Marítimo del 22 de Febrero denunciaba que en algunas localidades de la campaña, ciertos comerciantes y particulares de extraña moral, se complacían en propalar voces de descrédito contra el Banco de la República, á fin de inducir á muchos infelices á convertir los billetes con fuertes descuentos, los que habían alcanzado en ciertos casos hasta el 60 por ciento del valor escrito.

El Banco de la República

El referido diario consideraba de su deber llamar la atención sobre tan incalificables abusos á fin de que se precaviera contra ellos la gente sencilla y muchos que, sin serlo, caían en la trampa armada por los hábiles negociantes de ocasión.

A ese fin recordaba que las sucursales del Banco se hallaban habilitadas para convertir los billetes de la emisión mayor y menor y que aun las que por exigencias transitorias del estado de guerra, se veían privadas en algún momento de su encaje ordinario, harían la conversión de billetes en giros á la vista contra la casa central.

El conocido escritor Javier de Viana, aplaudido autor de varias hermosas novelas nacionales, dió pábulo á animadísimas discusiones respecto á su proceder con motivo de su fuga, después de haber caído prisionero de las fuerzas de Muniz en Melo. Viajaba con rumbo á la capital, en compañía de la expedición médica á cargo del doctor Navarro, cuando ocurrió el suceso.

Javier de Viana

El literato había tenido que quedar en Melo á consecuencia de un ataque de pulmonía que había sufrido días antes.

Así que las fuerzas gubernistas se posesionaron de la capital de Cerro Largo el general Muniz dictó un bando conminando á los vecinos que tuvieran revolucionarios en sus casas que los denunciaran á la autoridad, bajo las más serias responsabilidades.

Javier de Viana fué denunciado entonces y conducido á la presencia de Muniz, quien lo retuvo en su poder algunos días.

La expedición médica á cargo del doctor Navarro se interesó por el preso y consiguió su libertad, por intermedio del señor José Urrutia, secretario del jefe gubernista.

Cuando la expedición emprendió viaje á la capital, Viana se agregó á aquélla, pero al llegar á San Ramón el viajero supo los detalles de Fray Marcos, cambió de parecer, montó, de madrugada, en el mejor caballo que traía la comitiva y... desapareció.

Más tarde el escritor fué á dar á Buenos Aires, donde ingresó en la redacción del diario *Tribuna*.

A raíz de la batalla de Fray Marcos, el 4 de Febrero, visitó al Presidente de la República en su domicilio, el señor Rufino T. Domínguez, celebrando con el primer magistrado una larga y cordialísima conferencia.

Políticas

El señor Domínguez fué á ofrecer al señor Batlle y Ordóñez, en nombre del grupo colorado á que pertenecía y de que formaban parte los doctores Juan Carlos Blanco, Carlos E. Lenzi, Joaquín de Salterain y otros ciudadanos, el más decidido concurso en las circunstancias y en las condiciones en que el Presidente deseara utilizarlo. El primer magistrado agradeció, como era de suponerse, ese ofrecimiento.

La actitud del grupo colorado de la referencia, contrastó singularmente, como

se ve, con la más que indiferente que observaban frente al poder público otras fracciones de ese partido.

El director del *Correio do Povo*, de Porto Alegre, entrevistó al vicepresidente del directorio nacionalista, el diputado Carlos A. Berro. Entre varias aseveraciones que hizo éste, figuraba la de que la guerra civil que ensangrentaba su patria había sido provocada por el gobierno del doctor Batlle. Interrogado sobre las fuerzas y plan de campaña del ejército revolucionario, dijo el doctor Berro, «que era intención del general Saravia sitiar y apoderarse de Montevideo».

Agregó que en Melo la flor de la juventud había acompañado al caudillo nacionalista y que sobre ella se ensañó el ejército de Muniz; por lo que se vió obligada á trasponer la frontera é internarse en el Brasil, después de haber sufrido graves pérdidas.

A principios de Febrero circularon insistentes rumores sobre renuncia del Ministro de la Guerra, general Eduardo Vázquez. Con ese motivo un repórter lo entrevistó á fin de conocer de sus propios labios el fundamento de la versión.



VIVAC DE GUARDIAS NACIONALES DE CAMPAÑA

—«Es inexacto—le dijo el Ministro Vázquez. — Cuando supe que se hacían comentarios sobre mi conducta, ofrecí mi renuncia, en efecto, al Presidente, á quien acompaño porque soy su amigo y creo que tengo el deber de ayudarlo en la medida de mis fuerzas al desarrollo de su plan patriótico de Gobierno. Eso es todo». — El Ministro refirió después sucintamente detalles sobre su actuación como jefe de las fuerzas al Norte, sobre los cuales pidió reserva por el momento, pues, agregó, sería inoportuna su publicación, autorizando en cambio al repórter, á comunicar que se hallaba tranquilo con respecto á su actuación como jefe militar, pues conservaba la documentación minuciosa que comprobaba en forma concluyente haber dado cumplimiento estricto á las instrucciones recibidas.

A título de curiosidad, y para cerrar esta serie de pequeñas notas políticas, reproducimos un reportaje hecho por *La Prensa* bonaerense (22 de Febrero) á un emigrado nacionalista y que contiene singulares vaticinios respecto á los resultados de la situación creada en el país por la revuelta. Habiendo preguntado el repórter, si el emigrado creía en la caída de Batlle, el emigrado contestó:

—«¿Si creo...? ¡Vaya! Más pronto de lo que puede imaginarse. Están ya en combustión los elementos que preparan su caída inminente: en el corazón de su organismo, hablando metafóricamente, ha penetrado la discordia que representa otro caballo de Troya.

El señor Batlle ha demostrado no tener absolutamente condiciones de hombre de gobierno. Caprichoso y sin tacto, ha precipitado este conflicto armado, creyendo que lo iba á destruir fácilmente, y se encuentra ahora que no sabe lo que ha de hacer, en un callejón sin salida, como el andaluz del cuento.

Sus mismos correligionarios, para quienes Batlle y Ordóñez ha sido en la prensa un azote, como lo fué Eduardo Acevedo Díaz, casi en idénticas condiciones, para el partido nacional — y que por consiguiente no lo quieren, — han de

ser y son hoy su mayor enemigo, pues no querrán que por su torpeza política y aún militar, — como que Batlle en persona dirige la guerra — les haga perder el gobierno, que á pesar de retenerle indebidamente hace 39 años, tratan de conservar por todos los medios á su alcance, lícitos é ilícitos.

Luego, hay una razón más poderosa que todas para pronosticar la caída de ese gobierno, y ella es el anacronismo que representa en esta época de civilización y de cultura política, el partidismo exagerado de Batlle y Ordóñez, *que convierte en rojo hasta las ideas;* el salvajismo del *degüello*, confiscación y saqueo de los bienes del adversario; el insulto procaz y la diatriba contra los ciudadanos en armas: la persecución en general y las medidas despóticas contra la mayoría de los habitantes de la República, y, por último, ese odio intemperante manifestado por el mismo Presidente de la República contra este país, y aun contra el mismo Brasil, su antiguo aliado... Todo eso es de otros tiempos, es retrógrado, anacrónico, y no puede subsistir.

— Y si cae Batlle, ¿la revolución depondría las armas?

— Según y conforme. Hoy la revolución, que ha sido favorecida por el mismo gobierno, no está en las mismas condiciones que ayer, y mañana estará todavía en mejor situación para ser exigente. Por lo tanto, cuanto más demore la caída de Batlle y Ordóñez será más difícil el arreglo para los colorados, pues si bien el partido nacional no ha provocado nunca la guerra, ya que se le ha obligado á ella y se encuentra fuerte, ni abandonará las posiciones adquiridas, ni dejará de exigir condiciones rigurosas en garantía de sus derechos y en garantía de la misma paz, es decir, de una paz duradera y fecunda para el porvenir. Si procediera de otra manera, su conducta no sería patriótica.

— Y respecto de los trabajos de paz en que está empeñada la comisión argentina, ¿cómo los mira la revolución?

— Con toda la simpatía con que mira lo que surge de este querido y hospitalario pueblo. Pero el obstáculo principal de que esos trabajos prosperen por ahora como ya lo ha dicho *La Prensa*, será la terquedad del señor Batlle, que exigirá el sometimiento de los revolucionarios á su gobierno; á lo que aquéllos, por más amantes que sean de la paz, no podrán acceder, en manera alguna, por dignidad ciudadana.

— ¿Cuáles son las ideas de gobierno del partido nacional?

— Están escritas en su programa del año 1872. No aspira al poder por la sensualidad del mando; tiene más en cuenta las ideas que las personas para los elevados puestos públicos; garantía de todos los derechos políticos, protección decidida al comercio y á las industrias nacionales, profesando los principios más avanzados en las cuestiones financieras y económicas. Con este programa de verdadera evolución política y financiera, llegaríamos á lo que es una aspiración unánime en la República Oriental, esto es, llegaríamos á implantar la verdadera democracia, sustituyendo nuestros partidos tradicionales por otros más encuadrados dentro de los adelantos políticos modernos, sustitución que se iría haciendo gradual y paulatinamente, en la evolución natural de los mismos partidos.

— Un buen programa. ¿Y cuenta con muchos hombres de gobierno el partido nacional?

— Sí, señor. Tenemos estadistas distinguidos, grandes jurisconsultos, periodistas, médicos, ingenieros y militares notables. Por último, tenemos una juventud ilustrada, de ideas liberales y muy amante de los estudios políticos y económicos de gobierno ».

Capítulo VI

PASO DEL PARQUE Y AGRACIADA

SUMARIO: Paso del Parque. — Suposiciones oficiales. — La guerra y la meteorología. — Nuevas versiones. — La versión de Beceiras. — Marcha de Muniz y Benavente. — Güerrillas del 1.° de Marzo. — Comienzo del combate.— La defensa de las carretas.— La toma del Paso.— Incidentes Muniz - Buquet.— Renuncia del coronel Buquet. — La "tenaz persecución". — La prueba del fratricidio. — El herido De la Hanty. — Opinión sintética sobre el combate. — Lo que dice Javier de Viana. — La advertencia de Gutiérrez. — Los hermanos Irureta. — Hechos parciales. — El final de la batalla. — Versiones fantásticas. — El parte del General Muniz. — Detalles topográficos del campo de batalla. — Comentarios.— Detalles de la acción.— Nueva versión de "La Razón".— Incidente Saravia - González.— Versión de Hilario Morales.— Optimismo.— Nueva versión nacionalista.— Versión de "La Nación".— Comentario de "La Nación".— Más detalles.— Reportaje á Buquet.— Por qué se libró el combate.— Versión de "El Diario".— Descontento contra Muniz.— Felicitación al Presidente — Los heridos de Paso del Parque.— La expedición salteña.— Después de la batalla.— Una "diablura" del pardo Adán.— Benicio Olivera.— Atanasildo Suárez.— Pablo Galarza.— La supuesta acción de Laureles.— Saravia en Rivera.— Actividad de Julio Barrios.— Combate del Cerro de Aurora.— La versión gubernista.— Incorporación de García.— El titulado "ejército del Norte".— Las fuerzas de García.— Cálculos alegres.— Saravia y Muniz frente á frente.— Reorganización del ejército revolucionario.— Reportaje á Saravia.— Encuentro de Curticeira.— Noticias oficiales.— Desconfianza respecto á Muniz.— El ejército de Benavente.— Acción del Paso de Navarro.— La fuga del comandante Gil.— Tiroteo en la "Barra".— Heridos y prisioneros.— La versión oficial.— Reportaje á un herido.— Primer combate de la Agraciada.— Declaraciones de Vázquez Crovetto.— Segundo combate.— Heridos de la Agraciada.— Narración de un herido.— Los hermanos Vergara.— Antecedentes y detalles.— Llegada á Montevideo de la división Fleurquin.— Los cívicos de Canelones.— Nuevos pormenores.— Una estratagema de Isasmendi.— La acción de la artillería.— La "china sargento". — Combate en Palmira.— En San Fructuoso.— En Paysandú.— En Cerro Largo.— En Mercedes.— En Belén.— En el Salto.— Medidas severas.— El 3.° de Guardias Nacionales.— Más sucesos del litoral.— Armamento apresado.— Líneas férreas y telegráficas.

Paso del Parque

La seguridad en que estaba Aparicio Saravia de que había dejado, lejos, detrás de sí, en los límites de Durazno y Tacuarembó, á los dos ejércitos del gobierno dedicados á perseguirle, le fué realmente funesta. Las marchas se hicieron lentas, como si hubiera por delante todo el tiempo necesario para llegar, libre de obstáculos y contratiempos, al punto del litoral donde debía verificarse el pasaje de las armas y municiones prometidas por el directorio. El 2 de Marzo tenía á sus alcances, sin que lo sospechara, al ejército de Muniz, y á su derecha, á pocas leguas de distancia el ejército de Benavente. Cuando las primeras fuerzas gubernistas se pusieron en contacto con las suyas, el caudillo revolucionario no se tomó siquiera el trabajo de reconocerlas en forma. ¡Creyó, en su imperturbable optimismo, que se trataba de una división suelta, y tomó sus disposiciones para *coparla!* Tan lejos estaba de la realidad de las cosas, que hizo pasar la mayor parte de su ejército al norte del Daymán, no á fin de tomar posiciones detrás de tan formida-

ble barrera natural para el combate próximo, sino para que siguiera viaje hacia el Salto. Con las divisiones de retaguardia que quedaron al Sur, sin apoyo y sin contacto con el resto de las unidades tácticas del ejército blanco, creyó tener bastante para llevar á feliz término el movimiento envolvente que proyectaba... Ese mismo día se hicieron notar las extremas avanzadas nacionalistas del ejército de Aparicio, á unas siete leguas del Salto, sobre el arroyo Laureles.

El día 3 de Marzo, á las 7 $^{1}/_{2}$ de la tarde, se recibió en la casa del Presidente de la República la noticia de que la retaguardia del ejército insurrecto había sido completamente derrotada por la vanguardia del general Muniz. La noticia cundió rápidamente por toda la ciudad, produciendo los más animados comentarios.

El gobierno no había recibido aún el parte detallado de la acción. La única noticia procedía de un chasque remitido por el señor Carlos Cash al comandante militar de Paysandú, y de un telegrama transmitido más tarde por el mismo señor, por intermedio del cual se pedían con urgencia médicos y elementos de curación para los muchos heridos que habían resultado de un encarnizado combate.

El señor Cash agregaba en sus informaciones que la retaguardia de Saravia, fuerte de 2.000 hombres, había sido alcanzada por la vanguardia del general Muniz á dos leguas del paso del Parque; que el combate había durado seis horas; que los insurrectos derrotados se habían retirado por el Paso del Parque; que habían sido recogidos muchos heridos y que iba á salir con varios vecinos hacia el sitio del combate para enterrar á los muertos.

El Día, comentando pocas horas después estas novedades, presumía que debía haber sido completo el desastre revolucionario, agregando las siguientes consideraciones como corolario á las versiones circulantes:

Suposiciones oficiales

«La retirada tuvo que hacerse por el referido paso, bajo el fuego de los perseguidores, y en condiciones excepcionalmente dificultosas, por estar el vado crecido, á causa de las lluvias torrenciales que se han estado produciendo en aquella parte del país.

«Por otra parte, para darse cuenta de la magnitud de la derrota, no hay más que tener presente que los insurrectos, después de pasar el Paso del Parque, ni pensaron en defenderlo, hecho que también se desprende del propio telegrama del señor Cash.—La derrota de que nos ocupamos tiene gran significación por este otro hecho: por haber sido, sin duda alguna, las derrotadas, las mejores fuerzas de Saravia, pues es sabido que cuando un ejército va en fuga, siempre deja á su retaguardia los elementos que considera más aptos para la resistencia.

«El nuevo desastre de Saravia ha dado lugar ayer á los más acerbos comentarios sobre la táctica del caudillo. Se hace notar que este señor no tiene otro procedimiento de hacer la guerra que marchar y marchar, dejando en los puntos estratégicos grandes carnadas para entretener al enemigo.

«Es lo que ha hecho en las sierras de Illescas, en Las Palmas, en todas partes. Las retaguardias de Saravia nunca tienen quienes las sostengan. Hace Saravia, habitualmente, lo que los ejércitos conscientes sólo hacen cuando se sienten perdidos: mandar una de sus partes al sacrificio para salvar el resto... De donde se deduce que Aparicio lleva sus hordas de sacrificio en sacrificio...

«Para concluir, una última noticia sobre la situación del ejército insurrecto:

«Con toda probabilidad, gracias á las medidas tomadas por el gobierno, no le será posible aproximarse al litoral, con lo cual quedará burlada la maniobra que le permitía acariciar la esperanza de poder obtener algunos pertrechos.

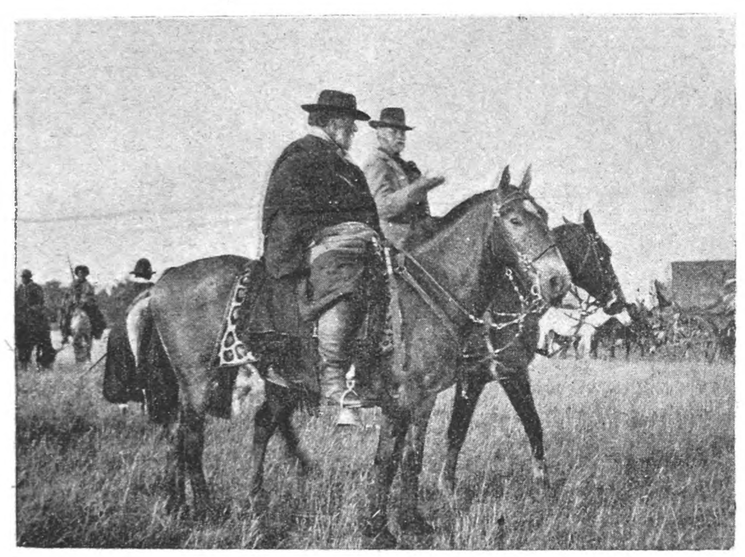
«Está demás decir que la vanguardia del general Muniz, ha continuado tenazmente la persecución de los insurrectos en fuga».

Esta última afirmación del diario oficial no era rigurosamente exacta, como se verá después.

La guerra y la meteorología

El general Muniz no persiguió *tenazmente* y de ninguna otra manera. Lo que era cierto, en cambio, es que la guerra, en aquellos momentos, estaba sometida á la meteorología. Belona tenía los ojos fijos en el pluviómetro del señor Morandi. La más ó menos rápida terminación de las operaciones, dependía de la cantidad de milímetros de agua que cayera esos días de las bondadosas nubes. Ya que aquí abajo costaba tanto arreglar las cosas, era hora de que intervinieran los elementos de *allá arriba* á ver si ponían, de una vez, remedio á nuestros males...

Con las lluvias, los campos se habían convertido en fangales, los caminos esta-



CONFERENCIA ENTRE EL GENERAL MUNIZ Y BENAVENTE

ban hechos unos *matetes* y los ríos habían salido de madre. La sabia meteorología, en veinticuatro horas, consiguió lo que dos meses de marchas y contramarchas estratégicas no pudieron lograr: «paró los pies á Saravia»... Este se encontraba preso en una inmensa red de ríos y arroyos desbordados, y debía agitarse, — en medio á las inesperadas apreturas que le imponía el sistema orográfico del Salto y de Artigas, — (prodigiosa trabazón de afluentes y confluentes) — con la desesperación de una mosca prendida en una tela de araña...

La Razón, comentando estas circunstancias, decía en un suelto:

«Los ríos del norte, encajonados y profundos, no son como los arroyitos del Este, que tienen hinchazones súbitas pero transitorias, como enojos femeninos, y aunque desborden, á las pocas horas franquean de nuevo el paso. El Queguay, el Daymán y el Arapey, son ríos de un carácter más serio y más constante. Si crecen, es para muchos días, y no por capricho, por causa de un golpe de agua cualquiera que ha caído allá, en alguna cuchilla lejana, sino por motivos muy

fundados... Si están fuera de barrancas á estas horas, es muy posible que en ocho ó diez días no vuelvan á dar paso...

Si los ejércitos legales están, como se asegura, encima de las fuerzas insurrectas, y éstas, por causa de una viaraza de la meteorología, no pueden seguir su fantástico galope à través del país, puede suponerse con fundamento, que de un momento á otro, viéndose acorralado Aparicio Saravia tendrá que tirar sus dados en la última jugada definitiva»...

Efectivamente, tal era la situación desesperada de Aparicio al día siguiente del combate, viéndose obligado á aproximarse de nuevo á Muniz para buscar una salida. Si Muniz hubiera avanzado un par de leguas, la revolución habría llegado á su último momento. Pero Muniz no se movió.

Nuevas versiones

Después de la comunicación de don Carlos Cash á que hicimos anteriormente referencia, ni en Paysandú, ni en el Salto, se habían tenido, hasta el 5 de Marzo nuevas noticias del paradero de Muniz, de Benavente y de Saravia. El gobierno estaba sin noticias positivas y concretas de ese triunfo, tres días después de la gran batalla.

Personas que acompañaron en el ferrocarril hasta Guichón á la expedición de la Cruz Roja que iba al Daymán, hablaron con dos viajeros llegados de las puntas del Queguay. Estos manifestaron que la pelea empezó el día 2 entre Queguay Chico y Grande; que Saravia peleaba en retirada y suponían que hubiera vadeado el Daymán; que el 3 á las 8 a. m. empezó el fuego en la costa del Daymán y que hubo cañoneo siendo el coronel Galarza quien inició el combate, siendo mayor de 50 el número de los heridos.

Por otra parte, en el Salto, antes de haberse transmitido allí la comunicación del señor Cash, era voz corriente que había habido un recio combate en el Paso del Parque, entre fuerzas de Saravia y Benavente, y que éste había derrotado por completo á los revolucionarios, tomándoles 14 carretas y haciéndoles numerosas bajas, agregándose que los insurrectos dispersos confesaban haber sufrido mucho en ese encuentro. No obstante, la noticia no tenía ningún carácter oficial ni que pudiera considerarse como serio, pues se atribuía á un individuo de apellido Troncoso de quien se decía que había estado de paso en la ciudad y á quien el coronel Domínguez no pudo encontrar para tomarle informes.

Entretanto en Montevideo algunos nacionalistas hacían correr la voz de que Saravia había dividido sus fuerzas enviando una parte de ellas hacia Tacuarembó. Según esta suposición habría fracasado el proyecto que se atribuía á Saravia de aproximarse al Uruguay para recibir allí pertrechos de guerra.

El gobierno recibió el día 7, informes de diversas procedencias, que confirmaban las primeras noticias sobre el desastre sufrido en Daymán por Aparicio. En San Fructuoso fué tomado un disperso nacionalista, según cuyas declaraciones en el Paso del Parque había habido una gran pelea en la que los insurrectos tuvieron más de cien bajas y gran dispersión, dejando en poder de Muniz un cañón y ocho carretas de municiones.

Por otro lado llegó á la estación Guichón del ferrocarril Midland, estación que dista unas 15 leguas del Paso del Parque y otras tantas de Paysandú — el oficial Rafael Pérez (hijo), del primer batallón de infantería de Guardias Nacionales de aquel departamento, que desde que se tuvieron las primeras noticias fué enviado por el coronel Gaudencio en busca de informes al lugar del suceso. Este oficial recorrió treinta y tantas leguas en cuarenta y ocho horas, á pesar del desborde de los arroyos y de la inundación de los campos, causados

por una lluvia torrencial consecutiva de seis días. Estuvo en Paso del Parque, de donde había ya salido el general Muniz y donde tomó informes del vecindario respecto á lo acontecido. Según esos informes, — que transmitió de Guichón á Paysandú por telégrafo, — la batalla se inició en los campos de Vázquez, Mesa, Gutiérrez y Menditeguy; los jefes que entraron en pelea de la gente de Muniz fueron los coroneles Pablo Galarza, Gervasio Galarza y Basilisio Saravia; el ejército de Aparicio entró todo en pelea; perdieron los insurrectos cuatro piezas de artillería, ocho carretas y treinta mil tiros máuser y rémington; los heridos recogidos fueron cuarenta, todos del gobierno, y los muertos ochenta, casi todos insurrectos; la batalla duró cinco horas y media, habiendo dos leguas desde donde se inició hasta Paso del Parque. Los muertos y heridos que quedaron en ese paso se suponía que hubieran sido llevados por las aguas, pues el río creció casi repentinamente, después de haberlo pasado los combatientes. Saravia huía con rumbos á Rivera y Muniz lo seguía de cerca.— Las comunicaciones recibidas por el gobierno desde Santa Ana y San Fructuoso confirmaban esto último, sabiéndose además que Julio Barrios y Luis Estévez con ochocientos hombres se hallaban cerca de Aparicio...



MAD. DE LA CRUZ ROJA

La versión de Beceiras

Mientras las versiones gubernistas, sin dar detalles precisos respecto á la forma en que se desarrolló el combate, magnificaban las proporciones de la derrota revolucionaria, insistiendo, precisamente, con raro acuerdo, sobre la actividad de una persecución que no existió y que á existir habría concluído con Saravia, los nacionalistas, por su parte, propalaban versiones completamente contrarias. Según ellos, el Paso del Parque habría sido un triunfo revolucionario aun más completo que el de Fray Marcos. Se basaban, para asegurarlo, en las supuestas declaraciones de un señor Beceiras, español, establecido con casa de comercio en el Daymán, y que había presenciado la batalla, tomando en seguida un coche para transportar á su asustada familia hasta Guichón y de ahí á Montevideo. Por cuenta de ese señor, se aseguraba que los nacionalistas, después de vadear el río, fingiendo una retirada presurosa, habían emboscado dos divisiones de su retaguardia en la espesura del monte, y que habían esperado en silencio, á que la vanguardia gubernista, mandada personalmente por Galarza, hubiera acabado de vadear á su vez. Cuando las fuerzas del gobierno estuvieron encajonadas en el estrecho camino abierto en el tupido bosque, los nacionalistas rompieron un terrible fuego cruzado que dejó un tendal de muertos y heridos. La gente del gobierno se había retirado, y al vadear de nuevo el Daymán, había sido fusilada por la espalda. Al intentar Galarza una nueva embestida con su famoso regimiento había recibido una bala en el pecho, y sus soldados apenas habían tenido tiempo de recogerlo. Unos lo daban como difunto; otros, más prudentes en el embuste, transaban por una herida grave...

¿Quién inventó este cúmulo de mentiras? Todo el mundo repetía: «Beceiras lo dijo en el Centro de Consignatarios». «Beceiras lo vió». Los repórters se echaron en busca de Beceiras, como unos desesperados. Pero fué imposible dar con él. Unos dicen que se ocultó en una casa del Reducto, atemorizado por las

consecuencias posibles de su novela; otros aseguran que nunca estuvo en Montevideo, y que le se atribuyó gratuitamente el cúmulo de mentiras de la versión circulante.

Veamos ahora lo que realmente había pasado en las márgenes del Daymán.

El general Muniz á su salida de la Florida en persecución del ejército de Aparicio, sabía las condiciones de aquél en cuanto se refiere á los elementos bélicos, de los que podría echar mano en un próximo encuentro.

Marcha de Muniz y Benavente

Al cruzar Muniz el departamento de Flores encontró en los cerros de Ojosmín á un caballero vestido con uniforme argentino. Encontrar en aquellas soledades á un señor ataviado con esa indumentaria, era cosa de llamar la atención. Se le interrogó. « Soy coronel del 10 del ejército argentino », dijo. Puede que lo fuera, pero de todos modos era un coronel sospechoso. Apremiado por el coronel Bouquet, que le hizo presente la delicada situación en qué ostentando aquel uniforme y aquel número en tales circunstancias ponía al ejército argentino, el presunto coronel acabó por confesar que se había vestido de aquel modo para que lo respetaran, porque su señora, con quien habitaba por allí, estaba en cinta y quería permanecer á su lado. Se le prometió la libertad á cambio de todos los informes que se necesitaban sobre el rumbo, condiciones y propósitos del ejército revolucionario, y el hombre los dió precisos y exactos, y fué en virtud de ellos que el ejército legal efectuó el pasaje al Norte del Río Negro, por el Paso de los Toros el día 26 de Febrero. Aparicio ya lo había hecho por el paso de Bustillo el 24.

En Paso de los Toros tuvo lugar una breve conferencia á caballo con el general Benavente en la que se convino que éste con su ejército interceptaría el camino del litoral hacia donde se dirigía Aparicio.

El 27 acampó Muniz á orillas del arroyo Salsipuedes, donde los revolucionarios habían destrozado una de las cabeceras del puente del ferrocarril. Al día siguiente pasó el arroyo Corrales por el paso del Sauce, que ofreció algunas dificultades por estar muy crecido y encajonarse las aguas en la calzada que hay entre el paso y un callejón que queda á la izquierda entre el tupido monte y que se aprovechó para pasar la caballada. El 29 se atravesó el Queguay Grande. Desde este punto empezaron á llegar datos ciertos sobre la marcha de los revolucionarios. Por otra parte los alambrados rotos y las *panzas* de reses, aún frescas, delataban su paso reciente por aquellos lugares. La marcha fué rapidísima y pronto el general Muniz con su pintoresco lenguaje pudo decirle al coronel Buquet, refiriéndose á Saravia:

— « Ya lo tenemos al hombre de vecino ».

Era la noche, víspera del combate.

El 1.° de Marzo los exploradores llevaron el parte de que una fuerza enemiga estaba acampada tranquilamente en el paso domando potros.

Guerrillas del 1.° de Marzo

El coronel Galarza, jefe de la extrema vanguardia, destacó al comandante Benicio Olivera y al inspector de policías de la Florida, Cardozo, para que efectuaran un reconocimiento y se retiraran sin comprometer acción seria.

Momentos antes una pequeña fuerza del 6.° de Caballería que había salido á reunir caballos se había encontrado con un grupo numeroso de revolucionarios, con los que estaban guerrillándose cuando apareció el inspector Cardozo en su

protección. Momentos después se agregaban á éstos unos 10 hombres de la división Soriano.

Estas fuerzas reunidas se batieron con fuertes guerrillas revolucionarias tendidas en buenas posiciones. Además, á cierta distancia se encontraba una columna nacionalista de la cual se desprendieron unos 200 hombres. Para detener su avance el Mayor Atanasildo Suárez, que se había adelantado al sentir las primeras descargas, mandó avanzar su gente en guerrillas, lo que se efectuó, suspendiéndose al poco rato, por caer la noche, este prólogo de la sangrienta batalla.

El reconocimiento del enemigo estaba hecho.

Ese mismo día se supo que Nepomuceno Saravia había cruzado el paso del Parque en dirección al Salto con una columna de 600 hombres más ó menos.

El día siguiente, es decir el 2 á las 3 $^1/_2$ de la madrugada se ensilló á la espera de luz que permitiera cruzar el Queguay Chico lo que no se pudo efectuar hasta las 6. Como una hora después de haber pasado el ejército se sintieron las primeras descargas de las guerrillas avanzadas de los revolucionarios colocados en la cuchilla San José á tres leguas más ó menos del paso del Daymán, en un cañadón. Después de una corta resistencia se retiraron.

Comienzo del combate

Al poco rato apareció detrás de un cerro otra guerrilla que sufrió la misma suerte, surgiendo casi instantáneamente otra oblicua que marchaba sobre la casa de un brasilero Gutiérrez, (donde momentos después se instaló el primer hospital de sangre), con la intención de flanquear á la que mandaba el Mayor Suárez —el que se vió precisado para contenerla á tomar por asalto uno de los costados del edificio y allí, patio por medio, se trabó en desesperada lucha logrando atajarles el paso. — Siempre avanzando se dirigió la extrema vanguardia hacia el enemigo, caminando como media legua, pero tuvo que detenerse debido á la gran cantidad de grupos revolucionarios amontonados en la misma cuchilla San José.


EL PASO DEL PARQUE

En protección de estas fuerzas y las del inspector Cardozo entraron á la línea de fuego las tropas que componían la vanguardia del ejército del Sur, en esta forma: derecha, el 2.° de Caballería, (jefe Coronel Pablo Galarza); División Soriano, (jefe coronel Gervasio Galarza); centro, 2.° de Cazadores, (jefe coronel Pedro Quintana); 6.° de Caballería (jefe coronel Ortiz); prolongándo sus líneas hacia la izquierda; divisiones Treinta y Tres y Rocha (reforzada), jefe Basilisio Saravia. Todo al mando del general Pedro Callorda, jefe de vanguardia.

Con bastante rapidez y disciplina, aunque luchando con los inconvenientes de las armas y falta de ejercicio en el tiro, contestaron los revolucionarios á los fuegos. — Pero cuando se dieron cuenta de las fuerzas que en número considerable se les iban encima, reforzaron sus guerrillas é intentaron un movimiento de avance para ganar tiempo, con objeto de salvar el parque extendido á lo largo de la cañada á que hemos hecho referencia.

En este movimiento los revolucionarios consiguieron doblar y hacer retroce-

der á la gente de la división Treinta y Tres, falta ya de munición en un espacio de varias cuadras. — Su jefe Basilisio Saravia despachó á un ayudante en demanda de protección y poniéndose al frente de sus dispersos los obligó á cargar.

Dos escuadrones del 1.º de caballería al mando de su segundo jefe el mayor Dufrechou que iban en protección, se vieron repentinamente delante de una fuerza á la que no pudieron reconocer en el primer momento, por cuanto carecía de uniforme y tenían el ala del sombrero echada hacia atras, lo que impedía ver la divisa. — Su actitud era además pacífica. Esa gente dejó que las fuerzas de caballería se acercaran, gritando: — No nos tiren ¡somos compañeros!

No obstante, el mayor mandó un cabo á reconocerlos y cuando éste estuvo á pocos pasos le gritaron:

— ¡Es un *pasao!*

El cabo se dió cuenta de que tenía que habérselas con enemigos; dió media vuelta y disparó — los insurrectos le hicieron una descarga, pero sin herirlo.

A poca distancia otra escena casi igual tenía lugar. — El capitán Villar, hermano del general del mismo nombre, fallecido — fué detenido por una fuerza con el sombrero en la nuca.

— No nos tiren, comandante, — le dijeron, — somos compañeros.

— ¿De qué gente?

— ¿Y ustedes?

— Nosotros somos del gobierno, colorados.

— Colorados! la p....! — y una descarga cerrada puso término al diálogo bandeando el grueso poncho patrio del capitán Villar en cinco partes sin herirlo á él en ninguna.

Mientras esto sucedía á la derecha, diversos episodios se producían en toda la línea que entró en lucha encarnizada. Se desalojaban posiciones á arma blanca; el teniente Calderón, ayudante del mayor Suárez fué muerto casi á veinte pasos del enemigo, mientras éste mismo caía herido con un brazo roto por una bala. A un alférez del 6.º que se retiraba falto de municiones le cortó el paso una fuerza insurrecta á la que cargó abriéndose camino á filo de sable. — Al alférez Santos Muniz del mismo regimiento, é hijo del general Muniz, una bala le destrozó el maxilar. Llevado ante el general, el oficial que lo conducía dijo á Muniz: «Aquí le traigo á Santos, herido». — Muniz, imperturbable, sin perder su impasibilidad, contestó: — «Bueno, métalo dentro de mi coche». Y siguió contemplando la batalla.

El secretario de Muniz, — Urrutia—que por orden de aquel fué á descubrir una fuerza, reconocido por ésta, que resultó ser insurrecta, fué herido al mismo tiempo que le gritaban:

— Tírenle, que es el traidor y ladrón Urrutia!

Un comandante Galarza, insurrecto, de valor temerario, se presentó en las guerrillas bien montado, haciendo tremolar un estandarte con los colores nacionales y aproximándose muy ufano á la línea de fuego. Ver los milicos á Galarza y echarse sobre él, todo fué uno.

El comandante, que con tanta arrogancia se presentara, tuvo tiempo apenas de arrojar su estandarte que quedó en poder de las fuerzas legales y montar en las grupas de un caballo que un compañero decidido le ofreciera — pues el suyo acababa de caer herido — y dar media vuelta para ocultarse en las quebradas de la sierra. Además del estandarte los milicos pudieron apoderarse de un rico apero con incrustaciones de oro y plata.

Iniciada la derrota en la izquierda de los insurrectos, en el centro y en la derecha se notaban ya síntomas de desastre. A las dos horas de iniciado el fuego, viendo los revolucionarios peligrar su parque emplazaron el ca-

La defensa de las carretas

ñón tomado al general Muñoz en Fray Marcos á un costado de las carretas, á la derecha, disparando dos veces sin hacer daño. —El primer momento fué de estupor al sentir los disparos en las fuerzas del gobierno pero en seguida la derecha se desprendió de la línea cayendo como una avalancha sobre los insurrectos. — Se produjo una confusión indescriptible. — Fuerzas del 2.° y 6.° de caballería y de la división Soriano, al mando de sus jefes se lanzaron como rayos sobre las carretas.

Desde ese momento no se oyó voz de mando; los jefes se confundían con los soldados con revólver y facón en mano.

Viendo los revolucionarios que tenían que abandonar las carretas ataron el cañón á la trasera de una de ellas que iba más liviana y trataron de salvarlo, logrando arrastrarlo unas quince cuadras.



EL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DEL SUR

Ahí quedó en poder de los gubernistas con su avantrén después de una lucha formidable. Mientras tanto los insurrectos caían al pie de las carretas en grupos numerosos defendiendo el terreno puñal en mano. — Fué la parte más sangrienta de la pelea, pereciendo más gente allí que en el resto del combate. — Las diez y seis carretas que contenían el parque revolucionario cayeron en poder al ejército del Sur.

Los insurrectos que hasta entonces habían peleado de una manera tenaz y como no lo habían hecho en otros encuentros, al ver perdido su parque y el cañón, se precipitaron desordenadamente sobre el paso, abandonando por completo las carretas y la boyada compuesta de 60 hermosos animales finos, tomados días anteriores en la estancia de Barreto, en la que habían hecho no pocos destrozos. Un carrito pintado de verde en que iba el dinero recaudado en Florida y San José fué salvado á duras penas, «prendiéndole» varias cuartas.

En esos momentos llegaban á la línea de fuego en protección del 6.° de caballería dos compañías del 4.° de cazadores al mando de su segundo el mayor Dubra, la división Durazno al mando del coronel Bernabé Herrera,

La toma del Paso

la artillería mandada por el teniente Núñez Brián protegida por dos compañías del 4.° de cazadores al mando del coronel Caballero y el teniente Scabini con las ametralladoras, protegido por el resto del 4.° de Cazadores.

El empuje de todas estas fuerzas vino á producir la derrota que ya había empezado con la toma de las carretas. Los insurrectos empezaron á retirarse precipitadamente sobre el paso, donde intentaron resistir nuevamente, aprovechando

las tortuosidades del terreno logrando por breves instantes, detener el avance del ejército, lo que les dió tiempo para pasar sus últimas caballadas. En la cumbre de unas lomitas que dominan el paso y á la entrada de éste volvieron á repetirse las escenas sangrientas, sucediéndose los cuerpo á cuerpo sin interrupción. La artillería aunque tarde, debido al cansancio de las caballadas que la servían, logró hacer algunos disparos que sembraron el espanto entre los fugitivos. En el paso, convertido por la lluvia y el pasaje del ejército que se retiraba, en un horrible fangal, cayeron hombres y bestias para no levantarse más.

Del otro lado del río el ejército insurrecto amagaba una carga á lanza, pero una descarga de infantería le hizo volver grupas y desaparecer á escape; á unas seis cuadras más ó menos del paso intentaron hacer su última resistencia, colocando la ametralladora tomada en Fray Marcos, en la pulpería de Monteiro, sin resultado positivo porque al poco rato se retiraban abandonando el terreno.

La persecución continuó por espacio de una legua escasa, pero hubo que hacer alto porque los caballos no daban más.

La lluvia que había cesado al medio día, volvió á caer con más fuerza.

Los insurrectos dejaron en poder del ejército legal 16 carretas con 220.000 tiros rémington, 40.000 tiros máuser, (que al día siguiente fueron repartidos entre la tropa), dos cajones sables, un cajón fusiles, dos cajones con cintas de ametralladora Colt, 200 lanzas, un aparato telefónico, numerosos tercios de yerba, tabaco, papel, cerda, grasa, licores, varios aparatos para practicar barrenos y los instrumentos de banda del 6.° de caballería que habían tomado en Florida.

Además dejaron sobre el campo unos 170 muertos, llevándose numerosos heridos que iban instalando luego en las casas del camino.

El gobierno tuvo en ese encuentro unos 38 muertos y 64 heridos, que fueron curados durante la pelea por los doctores Eirale, Ferraz y Bonet y por varios practicantes entre los cuales se destacaba el señor Sanguinetti.

Incidentes Muniz - Buquet

Esa misma tarde, una vez que el ejército — gracias á la insistencia del coronel Buquet—hubo pasado el río Daymán, acampando del otro lado, se presentó á este jefe un vecino de nombre Carballo y le significó que el ejército revolucionario que marchaba en dirección al Arerunguá, se vería detenido por estar aquél desbordado y tendría necesidad de pelear ó de hecharse á nado, cosa casi imposible debido á la fuerte correntada. El hombre se comprometía á llevar á Muniz donde estaba Saravia por ser baqueano de aquellos parajes.

El coronel Buquet comunicó al general lo dicho por Carballo y se convino, aunque de mala gana por parte de Muniz, que el ejército marcharía al día siguiente en persecución del enemigo. Muy de madrugada del día 4 se ensilló y con el caballo de la rienda esperaron los jefes durante dos largas horas el toque de marcha, y viendo el coronel Buquet que éste tardaba, se acercó al general y sostuvo con él el siguiente diálogo:

— General, el ejército está pronto para marchar.

— ¿Y los heridos?

— Los heridos están en casa de los vecinos, bien atendidos.

— Es que yo no quiero que los degüellen...

— Yo no lo temo general. Ningún riesgo corren y menos el de ser degollados. Además, si V. S. quiere, podemos dejar en su custodia á la división Minas, pues no es el caso de que perdamos de dar otro golpe que puede ser decisivo por quedarnos á cuidar los heridos.

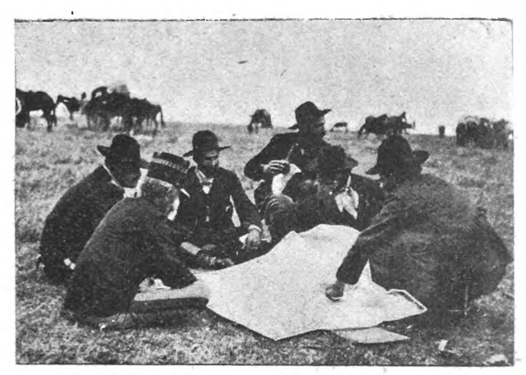
—Bueno,— contestó el general—póngalos en las carretas.

—Pero es que vamos á perder mucho tiempo y se van á mojar. (Llovía copiosamente).

—No importa—interrumpió el general ya algo contrariado.—Quiero que se haga así!

El coronel Buquet se retiró á hacer cumplir la orden y cuando esta se hubo realizado eran las dos de la tarde y no había que pensar en la marcha. Lo único que se hizo fué cambiar de campamento.

Si las indicaciones del jefe de Estado Mayor hubieran sido atendidas, ese mismo día habría tenido lugar un encuentro con el ejército de Aparicio, que habiendo marchado hasta el paso de las Piedras de Arerunguá, se vió impedido de pasarlo (como suponía Carballo), contramarchando á buscar la cuchilla del Arbolito para despuntar los innumerables arroyos. Además, la división de Basilio Muñoz que había protegido la retirada en el paso, se encontró completamente cortada del grueso del ejército y detenida en Arerunguá. Ese jefe, creyéndose perseguido por Muniz y en la imposibilidad de seguir adelante, llamó á consejo de oficiales resolviendo que una vez que el ejército de Muniz, se encontrara con ellos, echarían sus caballadas hacia aquél y atropellarían á lo loco salvándose el que pudiera. Así fué que pasaron todo el día sin ser molestados, hasta que el arroyo dió paso.


EL GENERAL MUNIZ Y SU ESTADO MAYOR CONSULTANDO EL MAPA EL DÍA ANTES DEL PASO DEL PARQUE

Renuncia del coronel Buquet

Después de este primer incidente con el general Muniz el coronel Buquet tuvo otro que dió origen á que este distinguido militar se retirara del ejército. El incidente á que nos referimos y que dió tema en la capital á muchos comentarios, todos falsos, es el siguiente:

Un capitán Ojeda, ayudante de Muniz y hombre de su confianza, se presentó á éste y le dijo que á los heridos no se les daba alimento. Buquet se informó y constató la falsedad de la denuncia del capitán, mandándolo arrestado por breves momentos.

El general Muniz al saberlo se indignó y llamando á su jefe de Estado Mayor, —á quien debía respeto ante sus soldados por su jerarquía y por su condición social,—le increpó de esta manera:

—Coronel; le prohibo que me toque á los míos!—Es el caso—respondió Buquet—que los suyos están en el ejército y si no tenemos autoridad sobre ellos, tampoco podemos tenerla sobre los demás y para mí todos son iguales.

—Es que yo soy aquí quien mando!—contestó muy irritado y agregó—y sépase que estoy acostumbrado á andar con el puñal entre las tripas de los demás!

—Hágole saber á V. S.—replicóle Buquet con voz reposada pero enérgica—que yo no estoy acostumbrado á eso, pero sé hacerme respetar en todos los terrenos.

—Ya lo se!

—Y si lo sabe, ¿por qué me obliga á que se lo repita?

Pocos momentos después enviaba el coronel Buquet su renuncia de jefe del Estado Mayor y pedía permiso al general para retirarse, lo que le fué concedido por nota, marchando al día siguiente de madrugada con dirección al Salto. Sin embargo de haber dado su consentimiento, á los pocos días daba el general una orden del día deshonrosa para aquel brillante oficial, después de una señalada victoria á la cual había contribuído con sus conocimientos militares y acertadas disposiciones.

La "tenaz persecución"

Confirman en parte los datos anteriores, y explican cuanto aconteció en los días siguientes durante la pesada marcha de Muniz, (que los diarios montevideanos calificaban de *tenaz persecución* á Saravia), los siguientes detallados informes que un corresponsal de *La Nación* bonaerense publicó en esa hoja el 22 de Marzo:

«Iniciada la persecución á las fuerzas de Saravia después del combate del Parque, en la primera etapa de la persecución, el general gubernista dió contraorden, acampando de nuevo el ejército.

La nueva orden causó el asombro consiguiente en el ejército, pues nada es capaz de poner de manifiesto el deseo de que se reanudara la batalla, sobre todo, el entusiasmo con que se esperaba ver de nuevo tendidas las líneas de guerillas (es de notar que en la batalla del Parque, siempre se peleó en orden abierto, pues no se llevaron más que dos cargas de caballería, una por la división Treinta y Tres y otra por el 6 de caballería, división y escuadrón que estuvieron luchando cuerpo á cuerpo con las fuerzas contrarias) é iniciado de nuevo el combate. Ese afán está explicado por el deseo unánime de la tropa de terminar cuanto antes con esta vida de campaña, cuyas marchas y contramarchas son fatigadísimas y realmente abrumadoras.

Pero el general en jefe, que quizás haya tenido sus razones reservadas, dijo que no se marchaba ese día 3 porque era imposible abandonar los heridos, y no se avenía á dejarlos ni aún custodiados. El 4 no levantamos campamento hasta más de las 11 de la mañana.

El transporte de heridos fué lento y se hizo con todo el cuidado posible, acomodándolos en los carros y carretas de que se disponía, utilizándose para el caso algunas que ya habían sido arregladas, de las que hasta dos días antes campeaban entre las filas revolucionarias.

Siempre lloviendo, emprendimos por fin la marcha, marcha pesada, que duró cuatro horas, rumbo á las Cañas, siguiendo el rastro que el numeroso ejército blanco iba dejando á su paso.

Cerca de las 4 de la tarde, acampamos en Guayabos, á poco más de una legua de Las Cañas, y allí, en la pulpería de Estevez, tuvimos informes del movimiento efectuado por los revolucionarios y que realmente era el que se anunció de su viaje á las Cañas arriba, su regreso á Arerunguá, entre cuyos puntos se creyó poderlo obligar á presentar batalla al señor Saravia, pues el crecimiento de Las Cañas lo imposibilitaba para retirarse y era el caso de defensa obligada, no teniendo otro remedio que aceptar la lucha.

Pero los revolucionarios, aliviada la marcha por la demora del ejército legal, lograron contramarchar á tiempo, volver sobre sus pasos y continuar despuntando Las Cañas, para tenderse al noroeste, rumbo á Rivera.

En el almacén de Estévez, el ejército revolucionario había dejado siete heri-

dos, tres de los cuales murieron durante nuestra permanencia allí.—Llamábanse los muertos: Santurio, Antonio Recuero y Cándido Peza.

Á los cuerpos se les dió sepultura, operación en que tomé triste participación, fabricando las cruces y pintando en ellas el nombre de los extintos.

Mal impresionado por aquella lúgubre tarea, regresé á la casa de Estévez, donde debía visitar á los heridos, algunos de ellos graves.

La casa de Estévez era un verdadero hospital: en una pieza, la primera en que entré, tenía dos camitas de hierro, donde se hallaban Alberto Maeso, joven de 20 años, y enfrente Angel Irisarri, de 24.

La prueba del fratricidio

Al aproximarme á las camas de los heridos, se adelantó un oficial del ejército á que vengo incorporado y saludándome afablemente, me dijo conmovido:

—Ahí tiene, amigo, lo que son estas guerras nuestras: aquí encuentra usted dos enemigos que son dos hermanos: dos seres que el mismo seno engendró, que



LA VANGUARDIA ENTRANDO EN EL PASO

se quieren entrañablemente y que quizás ayer, en las horas del encuentro, han cambiado sin vacilaciones los proyectiles de sus armas.

Quien así me hablaba era Jaime J. Maeso, hermano de Alberto (revolucionario herido), á quien me indicó con el ademán, mientras agregaba:—Somos tres hermanos, este otro (me señalaba á un alférez), es el tercero, dos colorados y uno blanco.

—¿Cómo supieron que estaba herido Alberto?—les pregunté.

—Nos hizo avisar, contestó Jaime, que actúa como ayudante de Basilisio, y pedimos autorización para cuidarlo.

Interrogué al herido:

—¿Cómo se encuentra, joven Maeso?

—Regular, señor. Me molesta la herida que tengo en la tetilla derecha, y aunque crea el médico que estoy ligeramente curado, pienso que es indispensable otra cura más detenida.

Maeso tiene alguna ilustración, y su acento era triste, revelador del pesar que le abrumaba de verse entre las fuerzas enemigas colmado de las atenciones que le faltaron entre sus correligionarios.

—¿Quedó aquí á su pedido?

—No señor, pero el jefe nos dijo que nos iban á dejar aquí, porque en los carros, en la forma que venía marchando el ejército, era imposible seguir. Sufríamos mucho.

Irisarri, de la división Treinta y Tres, que mandaba en el ejército revolucionario Pancho Saravia, nos interrumpió para decir:

—¡Siguiendo en los carros nos moríamos! El ejército viene apresurando las marchas, y, sobre todo, las carretas nos eran inaguantables.

Á las 10 de la mañana del siguiente día volvimos á marchar hacia el Paso Guayabos, á tres leguas escasas de donde nos hallábamos acampados.

Ese día, 5 del corriente, el tiempo fué más benévolo y pude acercarme á dos estancias, donde recogí informes y visité algunos heridos.

Al llegar al Paso Guayabos, en la casa de don Miguel Rivas, supe que allí habían quedado heridos dos prisioneros, pues el ejército saravista había cruzado el camino real á esa altura, y me apresuré á llegar á los ranchos, donde entablé con los jóvenes heridos conversación.

Eran dos: uno me dijo llamarse Ernesto Baquero, tener 23 años, agregando que hacía solamente un mes que era casado; estaba herido en la tetilla derecha.

—¿Y cómo, amigo, se decidió á abandonar su mujercita apenas casado para entrar en estas pellejerías?

—Qué quiere!... ¡el cintillo!

—¿Y qué le parece? ¿No sería mejor estar en casa, tranquilo, á sufrir por partida doble, por usted y por ella? Entretanto la pobre debe sufrir también.

Aquellas reflexiones le turbaron. Baquero bajó los párpados y me pareció que su triste expresión se esforzaba por esconder un montón de lágrimas que pugnaban por saltar al rostro.

El herido De la Hanty

El otro herido era más interesante. De nombre José Sixto de la Hanty, hijo del ingeniero de ese nombre, pertenece á una familia distinguida y su entusiasmo de partidista joven lo ha embarcado en la empresa, que le cuesta dos heridas de bala, una que le rozó ligeramente la cavidad toráxica y otra la mano derecha, que tenía en cabrestillo. Es un muchacho de rostro simpático, ojos verde claros, enjuto de carne, nervioso, vivo y se expresa con palabra fácil; ha sido soldado distinguido en la artillería, y conoce á numerosos jefes y oficiales del gobierno. Sus conocimientos le merecieron que en las filas revolucionarias se le nombrara segundo de Serralta, que venía encargado de los cañones.

—¿Y dónde se incorporó De la Hanty?— le preguntó el teniente Núñez Brián, que se hallaba en la habitación cuando llegué.

—En San José. Yo había ganado el monte, y allí esperaba, porque ¿á qué negarlo? Me gustaba la cosa cuando pasó el ejército y me incorporé.

— Y Serralta, ¿viene entonces de jefe de los cañones?

— Así es. El teniente Silveyra Colina, que cayó prisionero, se los dejó arreglados...

—¿Es posible?

Intervine para obtener detalles.

—¿Quiere repetirme, amigo, en qué se basa para hacer esa afirmación, demasiado grave?

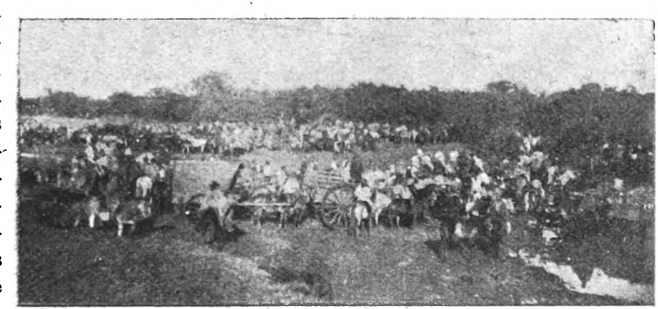
— Señor, como Colina es hermano político de Abelardo Márquez, he oído decir que cuando se le ofreció la libertad, dijo que en agradecimiento á ello iba á componer los cañones.

— ¡ Pero eso sería indigno !. . . — exclamó un oficial, también presente.

Y el coronel Buquet, á quien habían informado de lo mismo, llegó al rancho para preguntar á De la Hanty lo que supiera al respecto, con el objeto de levantar la información correspondiente y evidenciar los hechos ». (1)

Opinión sintética sobre el combate

De lo narrado resulta que, considerada militarmente, la acción del Paso del Parque, no fué en realidad una batalla. Fué un avance. No hubo plan previo por parte del general Muniz, que mandaba el ejército gubernista, ni por el general Callorda que mandaba la vanguardia. No se tomaron las medidas conducentes á parar al enemigo, envolverlo, ó dificultarle la retirada. No hubo una sola orden que revelara malicia ó propósito de estrategia ; no se adoptó disposición alguna que denotara el principio de una combinación de táctica. Las fuerzas legales triunfaron por el ímpetu, por el arrojo; porque los Galarza, y Ortiz y Benisio Olivera, y Atanasildo Suárez y Basilisio Saravia, se arrojaron sobre el enemigo, pensando tan sólo en llegar primero al peligro, á la muerte y á la gloria... Los cuerpos no conservaron sus líneas de formación, ni ocuparon sus puestos en el combate como unidades independientes:


EN EL PASO

llegaron á la pelea en fracciones desordenadas, dejando tras de si el tendal de rezagados que no podían hacer marchar más de prisa á sus malas cabalgaduras. En el momento de la lucha formaron un conglomerado heterogéneo, con muchos jefes para mandar un montón de hombres de distintas procedencias. Este sistema de combatir habría sido fatal, si los revolucionarios hubieran tenido disciplina, y jefes de cierta capacidad en el arte de la guerra. A estar todo el ejército revolucionario al sud del Daymán, la vanguardia gubernista pudo verse copada por un movimiento envolvente. Las protecciones estaban lejos, y casi ningún cuerpo se presentó en la línea con la totalidad de su efectivo. Los jefes salvaron la situación con su heroica tenacidad en avanzar siempre y sin cesar, no obstante todos los obstáculos.

Creemos interesante intercalar aquí algunos pasajes del relato patético que el escritor nacionalista Javier de Viana ha hecho del combate de Paso del Parque:

Lo que dice Javier de Viana

« Á las 8 de la mañana, recién á las 8, los clarines tocaron á ensillar. Casi en seguida se ordenó que los hombres desarmados permanecieran en su sitio, con los caballos de la rienda.

Sonó después el toque de — á caballo! ¡ marcha ! — y los fusileros desfilaron al trote para ir á ocupar la posición de combate.

(1) Como se habrá visto en el capítulo referente á Fray Marcos, esta versión del corresponsal respecto al teniente Silveira Colina fué completamente desautorizada más tarde, por el mismo señor De la Hanty.

Cuando se desplegó en guerrillas y se puso en contacto con el enemigo, la división del coronel Gutiérrez, que formaba la vanguardia, venía ya derrotada.

En una línea inmensa, parapetados en las asperezas del terreno, los gubernistas hacían un fuego terriblemente mortífero.

Sin embargo, Pancho Saravia, que ese día fué valiente hasta la locura, mandó cargar. Con el sombrero en la mano, brillantes los ojos, transfigurado el rostro habitualmente plácido: — ¡Adelante, muchachos, adelante! — gritaba sin cesar, — é iba el mismo al frente, ofreciéndose á las balas con soberbia indiferencia.

— No tenemos casi munición — le advierte el mayor Masa.

— No importa! Pelearemos á rebenque y á cuchillo. ¡Adelante!

Describir el combate del Paso del Parque es imposible. Aquello no fué una batalla, sino un delirio sangriento. El general Muniz, inepto como siempre, repitió su táctica de siempre: amontonar fuerzas, echarnos encima batallones y batallones, para aplastarnos con el peso de su enorme superioridad numérica. Tan es así, tanta falta de tino demostraron ese día los gubernistas, que desde el comienzo de la pelea se produjeron entreveros inexplicables. De repente aparecían destacamentos nuestros á retaguardia de la línea adversaria, y en varias ocasiones fuerzas gubernistas se vieron de pronto rodeadas, sorprendidas á veinte metros de distancia, habiendo avanzado en la creencia de que eran compañeros.

Por su parte, el general Saravia, convencido bien pronto de su error, no tardó en darse cuenta de la situación. Vió que no había batalla posible, y se concretó á mandar divisiones sobre divisiones, exigiéndoles sacrificios heroicos para salvar el ejército. — En efecto; no era siquiera soñable que con poco más de mil tiradores se pudiera combatir contra los doce mil hombres de Muniz.

Porque es necesario advertir que no sólo la mitad del ejército estaba ausente, — diez leguas más allá del Daymán, — sino que ninguna de las unidades restantes estaban completas. Todas ellas habían desprendido comisiones de diez, de veinte á treinta hombres, con objeto de *potrear;* es decir, de requisar caballada.

¿El general Saravia ignoraba esta circunstancia?

Es muy posible; y no debe hacérsele un cargo por ello.

La única inculpación que puede hacérsele es no haber dado crédito á la palabra de su jefe de vanguardia, el coronel Gutiérrez.

La advertencia de Gutiérrez

— «¡Es Muniz con todo su ejército!» — le mandaba decir aquel jefe, repitiéndolo en chasque sobre chasque.

Y el general llegó á encolerizarse.

— «No puede ser Muniz — afirmó. — Dígale al coronel Gutiérrez que está viendo visiones».

Y todavía agregó algo más, que era una gran injusticia, como él mismo lo reconoció al día siguiente, yendo noblemente á dar amplias satisfacciones al jefe ofendido.

Después de la derrota, ignorándose las causas y los por qué, hubo general disgusto contra Saravia; pero este disgusto duró muy poco tiempo, y el reconocimiento exacto de los hechos hizo crecer todavía el prestigio del incomparable caudillo.

¿Por qué no aprovechamos la noche del 1.º de Marzo, — una espléndida noche de luna, — para retirarnos, vadear el Daymán, tomar posiciones y librar la batalla en el paso, en situación ventajosísima?

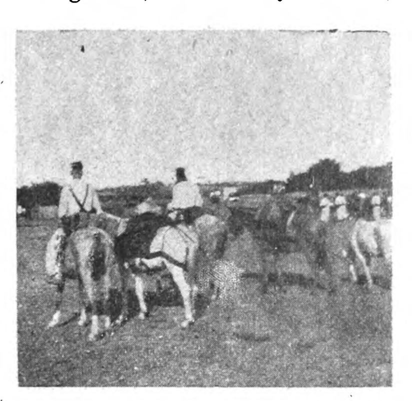
¿Por qué no sacar partido de la torpeza del adversario que, en vez de hostilizarnos en la noche, se acostó á dormir tranquilamente?

Ya lo hemos dicho; porque el general — engañado respecto al enemigo que tenía enfrente — de dónde procedía su engaño, no podemos saberlo nosotros, — quiso mostrarse en condiciones de inferioridad, para que aquél se entusiasmara y no rehuyese un combate que él juzgaba fácil y que podría proporcionarnos un buen botín de elementos bélicos.

En tanto, en toda la línea del fuego, ya no era una batalla, sino una sucesión de cuadros sangrientos, de episodios terribles en que chocaban las iras gubernistas y la desesperada resistencia de los nuestros.

Los contingentes de Durazno, Florida y Cerro Largo habían sido diezmados y peleaban en grupos, retrocediendo lentamente ante el enemigo, cada vez más numeroso.

Las fuerzas nacionalistas, agobiadas por el número inmensamente mayor del adversario, no habían cedido, pero se habían roto, formando múltiples grupos. La batalla no existía ya, en su carácter de lucha general, armonizada y conexiva, que obedeciera á un propósito preconcebido. Sólo quedaban grupos dislocados, en cada uno de los cuales los asaltantes cargaban con rabiosa sed de matar; y los asaltados se defendían con admirable despreocupación de morir».


CARGUEROS DE CABALLERÍA LLEVANDO MUNICIÓN Á LAS GUERRILLAS AVANZADAS

Los hermanos Irureta

«Por eso en cada resto de guerrilla popular, aquí y allá, en este plano y en aquellas peñas, en toda la línea irregular del combate, se desarrollaron escenas terribles, dramas que horripilan por lo grande, por lo heroico, y, sobre todo, por lo bárbaramente feroz.— Tal fué el episodio de los hermanos Irureta.

Formaban parte de una guerrilla compuesta de veinte hombres, de los cuales la mitad había caído ya. La otra mitad, sin jefe, sin orden, sin objeto, seguía avanzando, como una desesperación que va en busca de la inclemencia, como si desearan ahorrarle camino al plomo. Durante su avance, uno de los Irureta oye el grito de una voz conocida y grata. Es su hermano, que larga el fusil y se desploma con el pecho desgarrado por un balazo. Corre hacia él, lo levanta.

— ¿Puedes ir á caballo? — le dice.

— Sí, — responde el herido.

Y luego, temblando nerviosamente, agrega:

— No me dejes, hermano: no me dejes, que me van á degollar!

— No, hermano, no te dejo; agárrate en mi hombro.

Y con infinito trabajo lo sube á caballo, monta él á su vez y emprenden la retirada al tranco.

De pronto los dos hermanos son detenidos por un compañero que, herido y tirado en el suelo, los implora con voz angustiosa.

— ¡Por favor, compañeros!....

¡No me abandonen, compañeros!... ¡me van á degollar!

¡No me dejen!...

Era un muchacho joven. Tenía los ojos húmedos, brillantes en medio de la pa-

lidez del rostro, y su súplica era un lamento desesperado en que se oía la ardiente ambición de vivir.

Los hermanos se consultaron con la vista. El herido exclamó con sublime compasión:

—No lo debemos dejar, es un compañero.

El otro echó pie á tierra y levantó al mozo herido.

En ese momento una guerrilla enemiga aparecía en el flanco y hacía fuego. Se oyeron dos gritos; una bala había atravesado el brazo de Irureta y había partido el corazón al jovencito, que se desplomó exánime.

—¡Vamos! ¡Vamos!

El quiere montar, se oye otra descarga y su hermano cae del caballo, el pecho destrozado, la boca llena de sangre.

Can la mano lívida hace un enérgico ademán á su hermano indicándole que se salve, que él va á morir, que no haga un sacrificio inútil.

El valeroso mancebo titubea un instante, luego se acerca, le da un beso en la frente, monta y sale al trote sin sentir el silbido de las balas que llueven sobre él. Cuando había andado unos cien metros, volvió la cabeza y se estremeció de horror.

Dos jinetes enemigos habían llegado hasta donde quedara su hermano agonizando, y mientras uno lo levantaba por el cabello, el otro le hundía la daga en el pescuezo, degollándolo de oreja á oreja.

El infeliz testigo de esa escena horrible lanzó un grito de espanto, castigó el caballo y echó á correr, perseguido por la visión horrenda que flotaba en el aire espeso saturado con el perfume del odio» (1).

«En el otro extremo de la línea de batalla Pancho Saravia, agitando en la mano el sombrero y el rostro cubierto de lágrimas, mandaba:

—¡Á la carga! ¡Adelante, muchachos!

Hechos parciales Y la brava división de Treinta y Tres, iba, ya hecha pedazos, á hacerse matar sin protestas y sin vacilaciones.

Las guerrillas avanzaban y hacían fuego.

En una de las últimas guerrillas cayó herido un jovencito hijo del patriarca don Manuel Coronel. Los compañeros se ven obligados á retroceder. La fuerza enemiga se acerca, y al llegar al herido, tres tiradores echan pie á tierra y con las culatas de los fusiles deshacen el cráneo al pobre muchacho ya herido de muerte.

En otro rincón de la batalla, el mayor Galarza, el temerario guerrillero, cae y queda apretado bajo el caballo muerto. Tres indios de aspecto siniestro se acercan, desenvainando los cuchillos con sed de degüello. Pero Galarza es también uno de aquellos indios fuertes que no se tragan «sin mascar», y desde el suelo hace fuego con el revólver, mata á uno de los enemigos, hiere á otro y obliga á la fuga

(1) Publicado este episodio en un periódico de Buenos Aires, un *joven colorado* dijo en *El Día* de Montevideo,—y aprovechó la oportunidad para insultarme,—que no podía ser cierto. Dijo además que era ofender á la patria narrar esas vergonzosas escenas de barbarie. Es error. Lo que avergüenza á una nación no es pintar sus defectos; la vergüenza está en los gobiernos que permiten infamias como la que he descripto,—y de cuya autenticidad hay cien testigos que responden conmigo,—y los que se convierten en defensores incondicionales de esos gobiernos. El criminal es el que comete el crimen, no quien lo denuncia. El patriotismo es una cosa muy distinta del patrioterismo.—*(Nota del señor Javier de Viana).*

al tercero, que al escapar le arroja las boleadoras sobre el lomo. En ese momento el escribano Severo Rodríguez, un maturrango, alcanza á pasar por allí y salva, sacándolo en ancas, al valiente compañero.

En otro lado el comandante Del Puerto bregaba, incitando á sus muchachos. Tres de sus ayudantes han sido heridos y á su lado cae herido el clarín, que toca incesantemente á la carga. Le matan el caballo. Un asistente fiel, — hay que nombrarlo, el negro Bocha — le trae otro. En ese instante el viejo comandante Basilio Pimienta se acerca y le dice:

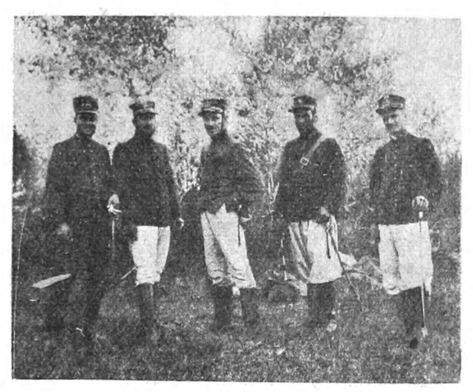
— ¿Qué hacemos?

— Avanzar siempre! — responde Del Puerto.

— Es lo que pienso — replica el veterano; — de todos modos, morir aquí ó morir en otro lado es lo mismo. ¡Á la carga!»

«Pero por todos lados las fuerzas nacionalistas van cediendo, dominadas por el número infinitamente mayor del adversario. — De pronto una voz cunde en las filas. «¡Al parque! ¡Nos toman el parque!»

El final de la batalla


OFICIALES DE LAS AMETRALLADORAS

En efecto; el enemigo se había corrido á la izquierda y el regimiento 6 de caballería, ayudado por la división de Basilisio Saravia, caía sobre el parque indefenso, amenazando tomarnos los cañones, las pocas municiones que nos quedaban y hasta la célebre *gateada,* la caja con nuestra fortuna.

En un momento solo se oyó un grito desesperado:

—¡Al parque! ¡nos toman el parque!... ¡Defendamos el parque!...

¿Defenderlo?... ¿Con qué?... — En la línea del fuego, entre numerosos compañeros, habían caído el comandante Ponce, el comandante Coito y el comandante Nepomuceno Denis. Este último era uno de los más veteranos, de los más bravos, de los más modestos jefes de Treinta y Tres; cayó herido, y, antes de que pudiera levantarse, montar á caballo y escapar, fué alcanzado por la guerrilla enemiga, y ultimado en presencia de sus hijos.

Pancho Saravia, con sus fuerzas diezmadas y sin municiones, se retiraba llorando. La división Florida se alejaba con el luto de sus muchas pérdidas; la heroica de Cerro Largo arrastraba por el llano sus restos ensangrentados.

Y en ese momento, el general, loco de dolor, se abalanzaba sobre las carretas del parque, donde el enemigo cargaba con frenesí.

La escolta que le rodea, formándole una muralla humana, no es bastante para protegerlo. El jefe de aquellos valientes, el valiente y fiel Abel Sierra, es herido; el plomo y el hierro causan bajas á granel. Una bala le mata el caballo á Saravia, y el caudillo, sublime de valor en aquel trance amargo, exclama rabiosamente:

— En el corazón me hubiera pegado esa bala!...

No hay más remedio que retroceder, dejando en manos del adversario un cañón y varias carretas que contenían más enfermos que munición.

Pero antes de abandonar el parque se mantuvo una lucha épica, en la cual la sangre de los orientales corrió á torrentes y el valor legendario se mostró, en un bando y en otro, con una tenacidad que asombra y conduele.

— Hermano, — me dice Hilario Percíbal, que ha corrido á pie veinte cuadras para escapar al cuchillo gubernista; — hermano, estamos perdidos.

— Todavía no, — le respondo. — La patria está mal herida, pero vive aún.

Las columnas empiezan á desfilar, retirándose, buscando el paso del Daymán. Van tristes, pero van en orden perfecto, serenas y resignadas y soportando con entereza el desastre sufrido.

En ese momento, el general Saravia, con el sombrero en la nuca, con el rostro pálido y contraído, manchado de barro el clásico poncho blanco, cruza al galope, y las tropas, buscando en el fondo del alma una última energía, le vivan calurosamente.

El caudillo sofrena su caballo, se lleva la mano al pecho y exclama con voz desesperada:

— No me viven, que no lo merezco!...

Y su rostro, aquel rostro varonil de líneas enérgicas, se anubla de pronto y las lágrimas mojan sus mejillas tostadas.

Sí; él merecía los vivas y el cariño y la admiración de los hombres libres que conducía en la penosa odisea!

Él organizó la defensa; él hizo vadear el arroyo por las últimas carretas del parque, él contuvo al enemigo con las insignificantes fuerzas que le quedaban; él hizo pasar todo su ejército, exponiendò su vida á cada instante, y él salvó la revolución en aquel trance amargo, por el solo influjo de su valor, de su actividad y de su energía ».

Versiones fantásticas

Nada de esto se conocía en Montevideo cuatro días después del combate. El gobierno sólo sabía positivamente que había tenido lugar un encuentro muy sangriento, y que, aparentemente, estaban de su parte todas las ventajas. Pero no tenía un solo informe oficial, siendo inexplicable, sobre todo, el silencio del general en jefe de las fuerzas legales, pues cuatro días después de la batalla aun no había pasado el parte referente á ella. La opinión vacilaba perdiéndose en un mar de dudas. Se ordenó que todos los heridos que hubieran mejorado de los que se encontraban en el Hospital de Caridad, fueran dados de alta para hacer lugar á los nuevos que se esperaban y que eran numerosos.

La Prensa bonaerense, sintetizaba la impresión nacionalista respecto al Paso del Parque, en esta forma:

« Nada ha publicado aún la prensa gubernista, con carácter oficial, sobre el Paso del Parque, cuyo triunfo se atribuye el gobierno, basándose en simples referencias que han hecho algunos vecinos y que tienen mucho de fantástico.

El diario del Presidente de la República se limita á transcribir algunas de esas referencias, á las que el público no presta fe, pues en general la opinión se mantiene pesimista.

Se sabe que el ministro inglés en Montevideo ha recibido telegrama del cónsul de esa nacionalidad en Paysandú, confirmándole que las tropas del gobierno fueron completamente derrotadas por la retaguardia de Saravia en el Paso del Parque, y que sufrió numerosas bajas. » — (Marzo 7 de 1904).

Con la misma fecha llegaban de Concordia las informaciones más contradictorias, como eco de las versiones, disparatadísimas, que circularon en el Salto. Todos

los rumores eran contradictorios. No se tenía siquiera noción exacta de las fuerzas que habían entrado en combate. Decían que el campo donde se había librado la acción estaba sembrado de muertos y heridos; que el día 2 se peleó en el Paso Gauchitos, y siguió el combate encarnizado hasta atravesar el Paso del Parque; que se les tomó ese día á las fuerzas revolucionarias 12 carretas; que las fuerzas que tuvieron actuación más peligrosa, fueron las que comandaban los coroneles Viera y Rodríguez, pertenecientes á la vanguardia de Benavente (!); que había sido herido de gravedad el segundo jefe de las fuerzas que comandaba el coronel Viera; que el coronel Rodríguez había recibido un balazo en un brazo; que se les había tomado á los revolucionarios los dos cañones que éstos llevaban desde Fray Marcos...

Contrastaban con estas versiones las de orígen revolucionario.

Según ellas, la retaguardia del ejército saravista fué sorprendida por la vanguardia legal sobre el Paso del Parque, en el Queguay Chico, en momentos en que vivaqueaba, y se vió obligada á retroceder, tomando por un camino escabrosísimo, que le permitía resistir ventajosamente el avance enemigo, buscando la incorporación al grueso del ejército.



EL MAYOR SUÁREZ, HERIDO EN PASO DEL PARQUE

Y aquí comenzaba la novela: la vanguardia colorada, al mando del coronel Galarza, persiguiendo tenazmente á los revolucionarios había caído en una emboscada tendida por aquéllos, que la sorprendieron.

Se combatió encarnizadamente y quedó el campo lleno de muertos y heridos, en su mayoría gubernistas.

En ese instante cayó sobre la retaguardia gubernista la división revolucionaria de Mariano Saravia, la que sorprendió al enemigo, llevándole una terrible carga á lanza y sable, que hizo en sus filas una verdadera carnicería.—Se hacía ascender el número de bajas de las fuerzas del gobierno á 536, según unos, y á 1.036, según otros. No era nada la diferencia!

Las bajas revolucionarias eran muy inferiores.

Y así eran todos los informes. En Paysandú no se tenían más noticias del combate que las primeras que mandó el señor Cash, á pesar de que habían empezado á llegar los heridos que mandaba la comisión de auxilios que salió de esa ciudad, y que en su mayoría eran del gobierno. Esos heridos eran rigurosamente incomunicados.

Las estancias donde había heridos en las cercanías del Paso del Parque, eran las de Mellado, Francisco Pedro Piegas, Carlos Stevenson, Pedro Díaz, sucesión de Leguizamon y casas de negocio de Enrique Vives, Juan Maceo, Adolfo Vázquez, Andrés Renoldi, sucesión de Dalmado, Jacinto Larrachea y Manuel Gutiérrez.

Por comunicaciones oficiales recibidas de Paysandú, se supo que se había presentado á las fuerzas desprendidas de esa ciudad, un grupo de doscientos revolucionarios.

Según el parte oficial, esa gente estaba muerta de hambre y cansancio, y muy pocos de ellos tenían armas.

Los nacionalistas del litoral *garantizaban* por su parte que el grueso del ejér-

cito revolucionario, al mando del general Saravia, estaba tendido sobre el Guaviyú, en una extensión de cuatro leguas, habiendo recibido una partida de 5.000 fusiles y gran cantidad de municiones.

El parte del General Muniz

Por fin, después de cuatro días de espectativa, en los que era difícil adquirir una certidumbre absoluta sobre la magnitud de lo acontecido en el combate del Parque, el 7 de Marzo, á las 8 de la noche, llegó el parte del general Muniz sobre esa importante acción de guerra.

Como se verá, este documento no sólo confirmaba las versiones favorables á las armas del gobierno, que ya se conocían, sino que atribuía al triunfo obtenido proporciones mucho mayores de las que aquellas le asignaban.

El retardo con que llegó el parte, cuya tardanza había sido tan comentada, se explicaba de la manera más natural. El chasque que debía llevar la comunicación á Montevideo salió de las Puntas del Daymán con rumbo á la estación más próxima del ferrocarril Midland, que era la de Guichón, recorriendo unas veinte leguas á caballo. Al llegar á la estación nombrada, después de vencer los tropiezos opuestos por las lluvias, el oficial portador del parte se encontró con que no podía hacer el viaje en ferrocarril por estar la línea interrumpida. El jefe de estación, en vista de la urgencia del caso, telegrafió á Paysandú, y desde allí, enterado de lo que acontecía el coronel Gaudencio, se despachó una locomotora para que fuera á buscar á dicho oficial.

Cuando éste llegó á Paysandú, el coronel Gaudencio ya había sido autorizado por el Presidente de la República para que abriese el pliego cerrado y le hiciera trasmitir su contenido directamente á su domicilio particular, donde existía un aparato telegráfico.

La noticia de que se había recibido el parte del general Muniz circuló por la ciudad con extraordinaria rapidez, difundiéndose luego de tal manera los datos esenciales que contenía, que ya andaban de boca en boca cuando los dieron á la publicidad los boletines de *El Dia* y *Diario Nuevo.*

He aquí ahora el parte del general Muniz:

Campamento en marcha, en Puntas del Daymán, Marzo 6 de 1904. — Excmo. señor Presidente de la República, don José Batlle y Ordóñez: — Oportunamente envié á V. E. noticias del encuentro habido en las proximidades del Paso del Parque del Daymán entre las fuerzas de mi mando y las que capitanea el titulado general Aparicio Saravia, pero como puede haber ocurrido que mi comunicación no haya llegado aún á vuestro conocimiento, por este nuevo conducto os remito las nuevas más importantes de ese día.

El 26 de Febrero próximo pasado, de acuerdo con lo convenido en las conferencias telegráficas celebradas con V. E., salí de Rio Negro buscando el flanco derecho de la insurrección y marché hasta el día 1.° de Marzo actual sin que ocurriesen novedades de importancia.

En el trayecto fuí encontrando en el camino señales recientes de la marcha destructora de Aparicio. El puente de Salsipuedes destruído, casas asaltadas, campos desvastados, alambrados quemados en grandes extensiones y por todas partes la protesta unánime de la gente honrada, por la insurrección.

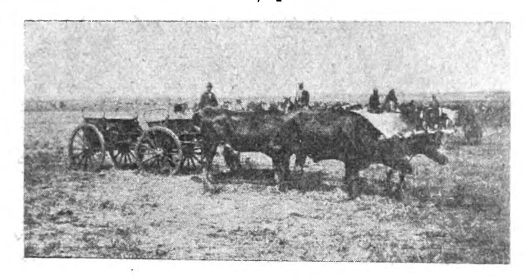
El 1.° de Marzo por la tarde mis avanzadas encontraron las primeras guerrillas de Aparicio, y al dia siguiente mi ejército aprovechaba una nueva ocasión de derrotar completamente á los insurrectos, que se veían forzados á librar batalla en el Paso del Parque por la imposibilidad de vadearlo en presencia nuestra.

Serían más ó menos las 8 y 20 de la mañana cuando de la extrema vanguardia se me comunicó que el enemigo, en fuertes columnas, se dirigía hacia nosotros, que nos encontrábamos á unas dos leguas y media del ya citado Paso. Inmediatamente se tomaron todas las disposiciones para el combate, y á las 8 y 35 empezaba el fuego reciamente.

En las posiciones ventajosas que había escogido en un espacio de dos leguas, el enemigo pudo sostenerse por algunas horas y su número de siete á ocho mil hombres me determinó á emplear en el combate una parte del grueso del ejército, á más de la vanguardia: en todo unos cuatro mil quinientos hombres.

Mis soldados avanzando y tomando posiciones tras posiciones y los insurrectos retrocediendo y corriéndose hacia el Paso donde se apoyaba su derecha. Así transcurrieron dos horas y media, al cabo de las cuales la batalla llegó á su período culminante.

El cañón perdido en el desgraciado accidente de Fray Marcos, intentó defender el parque de los insurrectos, haciendo dos disparos, que no tuvieron otro resultado que el de enardecer el ánimo de mis soldados, que se lanzaron bravamente á su reconquista.—Inútiles fueron todos los esfuerzos del enemigo: el cañón volvió á nosotros y con el carro completo de municiones.



EL CAÑÓN PERDIDO EN FRAY MARCOS Y RECUPERADO EN PASO DEL PARQUE

Inmediatamente caían en nuestro poder doce carretas y carros cargados con más de 200.000 tiros de rémington, de 7 á 8.000 de máuser, 80 proyectiles de cañón Canet, 4 cajas acondicionadas de tiros para ametralladoras Colt y gran cantidad de pertrechos de guerra de toda clase. Después de la toma del parque empezó á pronunciarse resueltamente la derrota de los insurrectos, que no se preocuparon más que de salvar el mayor número posible de caballos, lo que no impidió que sobre el Paso mismo se le cortaran algunas caballadas que se vienen utilizando en mi ejército, tan escaso de ese artículo de guerra, por cuya razón no ha sido posible seguir la persecución con la rapidez que hubiera sido de desear.

Por separado envío á V. E. la nómina completa de todos los heridos de esa acción, que ascienden á más de setenta. Por su parte los insurrectos han tenido que lamentar pérdidas considerables. Según datos del vecindario y algunos heridos que se han visto obligados á dejar por el camino y que he hecho atender y curar, los muertos son más de cien y se aproxima á trescientos el número de heridos.

Todas las fuerzas de mi mando han observado en el combate un comportamiento correctísimo que las ha hecho merecedoras de mis más efusivas felicitaciones.

Con mi saludo envio á V. E. mis respetuosos plácemes.—*General Justino Muniz.*

Por optimista que fuera este parte, estaba muy lejos de dar exacta cuenta del combate. El general Muniz es indudablemente un buen militar, pero en cambio es un pésimo literato. Pasó el parte de una hermosa batalla, en un documento que empequeñecía la acción y el esfuerzo del ejército legal. Nadie, ni el más

optimista — al leer el parte del general Muniz — pudo suponer jamás que refería un hecho de armas que resultó más tarde ser de los más considerables y sonados en la historia de la República.

El general Muniz no literatea. Cuentan que Capdevila increpaba cierta vez á Diego Lamas por haberse dejado vencer en Aceguá por un general que no sabía escribir... — « Sí! Pero sabe pelear! » — contestó Lamas con amargura. Lo demostró nuevamente, en el Paso del Parque, obteniendo una victoria cuyas proporciones aumentaron hora por hora, á medida que se conocieron los detalles *significativos* que el general, tan reservado como victorioso, consideró conveniente guardar, en el primer momento, en el archivo de sus modestas satisfacciones personales.

El ministro del Uruguay en el Brasil doctor Federico Susviela Guarch, recibió esa noche un telegrama del gobierno en el que le comunicaba que el combate librado en el Paso del Parque del Queguay, podía considerarse casi definitivo para el término de la revolución.

Agregaba el telegrama que el general Muniz había derrotado al ejército de Aparicio Saravia, tomándole sesenta mil cartuchos máuser y rémington, ocho carretas de pertrechos, recogiendo sesenta muertos y numerosos heridos revolucionarios.

Cuando el 3 de Marzo, llegó la noticia de la acción de que daba detallada cuenta el parte del general Justino Muniz, se creyó que el paraje en que aquella había tenido lugar era el Paso del Parque del Queguay Chico.

Detalles topográficos del campo de batalla.

Cuando se supo la verdadera ubicación de la batalla, comenzó á comprenderse las razones topográficas de su desarrollo. El paso del Daymán se encuentra muy próximo á las puntas de ese río, á unas cinco ó seis leguas á lo más y lo flanquean, por la vertiente norte, dos arroyos, el Alemán y el de Aréchaga, los que tienen frente á su confluencia, en la vertiente sur, á otros dos arroyos, el del Sauce y del Pescadero, que dejan entre si una lengua de tierra de unos seis ú ocho kilómetros de ancho. Esa faja de tierra la forman terrenos anegadizos que en épocas lluviosas se convierten en verdaderos tembladerales que dificultan sobremanera la marcha de la caballería. Son, lo que en lenguaje campero se denomina campos blandos.— El paso, que en los días ordinarios es fácilmente vadeable, alcanza en los lluviosos gran anchura de fuerte correntada.

La vegetación es espesa, formando los talas, los sarandíes y los molles gran número de islas que ofrecen impenetrable escondite.

Casi á partir desde el paso, la cuchilla del Daymán, llamada también del Salto, corre paralelamente al río hasta las puntas de este, donde forma un recodo hacia el sur, corriendo luego por ella la línea divisoria entre Paysandú y Salto hasta el departamento de Tacuarembó. Allí se une á la cuchilla de Haedo, la que divide, á su vez, á los departamentos de Salto y Tacuarembó, para tomar, al separar los departamentos de Artigas y Rivera, el nombre de cuchilla Negra.

Próximas á las puntas del Daymán se hallan, en la vertiente sur las nacientes del arroyo Queguay Chico, desprendiendo allí dos cañadas, la de Soto y de la Horqueta.

Riegan el rincón formado por las cuchillas Daymán y Haedo una infinidad de arroyos, entre los cuales son los de más importancia el Laureles, el Sarandí, el Guayabos, Piedras y toda una red de cañadas y cañadones que en los días lluviosos se convierten en pequeños torrentes.

Diario Nuevo juzgando el triunfo anunciado oficialmente, obtenido por las fuerzas legales en Paso del Parque, escribía lo siguiente el 8 de Marzo:

Comentarios

«El propósito de Saravia de no comprometer batalla sino cuando pudiera copar divisiones aisladas de las fuerzas legales, ha debido quebrantarlo en una de las horas más críticas porque ha pasado la revolución después de los días cruentos de persecución hasta Melo.

Descartando la positiva importancia material del triunfo obtenido, debemos atribuirle mayor importancia moral aún, por la resistencia inaudita que siempre ha opuesto el caudillo insurgente á la pelea formal con fuerzas legales.

Cuando un ejército resuelto á no pelear, á huir siempre delante del enemigo, tiene que presentar combate forzado por la acción de sus perseguidores, ya entra en acción quebrantado, desmoralizado, bajo el peso de una derrota moral, previa al desastre de las armas.

Esto le ha sucedido á Saravia y está evidenciado por el hecho constatado en el parte, de que todas las fuerzas revolucionarias entraron en pelea para resistir el brioso ataque de las fogueadas fuerzas del general Muniz».

Del litoral seguían llegando las versiones más fantásticas y absurdas. De Colón pasó el día 7 á Paysandú un vecino, primo de uno de los heridos de lanza



EL PARQUE REVOLUCIONARIO PERDIDO EN PASO DEL PARQUE

en aquel combate, que llegaron allí, pertenecientes á las fuerzas gubernistas. Aquél falleció, pero pudo antes comunicar á su pariente algunas generalidades de dicho combate.

Según el tal vecino, el soldado gubernista había narrado que el ejército revolucionario de Mariano Saravia había sido rodeado por el del gobierno de tal modo que le quedaba tan sólo un paso para la retirada, el que fué también reforzado.

En este estado, midiendo la gravedad de la situación, Mariano Saravia ordenó una inmediata carga á lanza y sable, la que se llevó en manera tan formidable é impetuosa, que arrolló al enemigo, dispersándolo en todas direcciones, después de dejar numerosos muertos y heridos.

El referido coronel Saravia después de la victoria, abandonó el campo de acción, porque no le convenía mantener dicha posición.

Por su parte una señorita de la buena sociedad sanducera, afiliada al partido revolucionario, escribía á otra señorita de la misma sociedad, residente en Buenos Aires la carta siguiente:

«La batalla del Paso del Parque del Queguay Chico, fué un triunfo completo para la revolución. El escuadrón de Galarza, de 600 plazas, ha quedado reducido á 180. Esta noticia me la dió un sargento disperso de la fuerza gubernista, que llegó aquí huyendo de la batalla. Después la han confirmado estancieros de aquellos parajes, que han llegado á Paysandú anteayer y ayer.

Se habla de infinidad de heridos, muertos en cantidad, ahogados muchísimos: lo que no es de extrañar, si se tiene en cuenta las grandes lluvias de estos días,

que han desbordado ríos y arroyos. La batalla fué de esta manera: cuando supo Mariano Saravia, el Bayardo uruguayo, que venía el enemigo al paso, tomó precauciones para esperarlo, y en cuanto se acercó empezó á tirotearlo débilmente, aparentando temor, y así que vadearon fraguó una fuga desesperada, parándose á las cuarenta cuadras y dando media vuelta, se arrojó sobre el enemigo con una carga formidable de lanza y sable. Aquello fué un entrevero atroz, y en la disparada causada por la sorpresa de aquella avalancha que se les venía encima, fué que se ahogaron tantos desgraciados!

Ayer salió á campaña la guardia nacional con la caballería del departamento. Llevaban mucha caballada, potros la mayor parte, y 500 mulas chúcaras. ¿Tendrán tiempo para domarlas, ó se encargará de ello Aparicio Saravia?

Ayer llegaron aquí, huyendo también del campo de batalla, los coroneles Mesa y De los Santos ».

Los emigrados en Buenos Aires creían á pies juntillos en estas informaciones más ó menos fantásticas, que publicaba con visible complacencia una parte de la prensa argentina. Pero no eran sólo los revolucionarios los que adulteraban los hechos: sino léase esta versión de origen oficialista procedente del Salto, y remitida por el corresponsal que *La Prensa* bonaerense tenía en Concordia:

« Transmito los siguientes datos que recojo en la comandancia militar del Salto:

» El general Muniz lleva en su ejército unos 200 prisioneros tomados en el paso del Parque.

» El secretario de Aparicio Saravia, señor Ponce de León, *fué muerto en esos combates.*

» Un hijo del general Muniz fué herido en el pómulo derecho; le atravesó la bala que le produjo la herida, de un lado al otro de la cara.

» Los batallones que entraron primero, en pelea fueron el 1.° y el 2.° de línea, y el 2.° y 3.° regimientos de caballería.

» El coronel García, (?) que mandaba el 1.° de caballería *fué muerto.*

» Benicio Olivera, jefe de la división que manda el coronel Basilisio Saravia, de las fuerzas del general Muniz, fué muerto.

» El 2.° jefe del 6.° de caballería de línea fué herido.

» El coronel José González, segundo jefe de Aparicio Saravia, que mandaba la división de Flores, *fué muerto.*

» El coronel Bernabé Herrera y Obes, jefe del gobierno, fué herido.

» El secretario del general Muniz, Urrutia, fué herido en una pierna.

» La artillería del gobierno hizo treinta disparos en el paso del Parque.

» La primera línea la mandó el coronel Pablo Galarza; la segunda el general Callorda, y en la tercera entró todo el grueso del ejército con el general Muniz á la cabeza.

» En esos combates se dice que se peleó hasta á puñal, como se peleaba en las fronteras argentinas antes de la conquista del desierto.

» En el paso del Parque murió la gente apretada por los caballos; tal fué allí la aglomeración de las fuerzas revolucionarias.

» A Aparicio Saravia se le tomó todo su parque: diez y seis carretas y los carros.

» El coronel Basilisio Saravia fué quien tomó el cañón que tenían los revolucionarios; habiéndose apoderado de él cargado, pues los que lo servían, huyeron. —(*La Prensa*, Marzo 10)».

No sólo los diarios de la otra orilla caían en tales errores. La prensa nacional no estaba mejor informada. Según *La Razón* del 10 de Marzo habían muerto en la acción del Parque: *Cayetano Gutiérrez*, segundo jefe de la división nacionalista de Flores, (que murió meses más tarde en Santa Rosa), el comandante Gauna, prestigioso jefe de la división nacionalista del Durazno, y el jefe del Detall del ejército de Saravia. Como heridos se citaban á José González, al segundo de Juan José Muñoz y algún otro que en estos momentos no recordamos.

Detalles de la acción

De los jefes del gobierno que resultaron heridos en el paso del Parque se sabía que el coronel Bernabé Herrera y Obes, seguía en el ejército, pues la bala que le hirió, en vez de atravesarle el pulmón, (cómo se dijo en un principio) se había corrido por encima de una costilla, produciéndole una herida leve; que la fractura del brazo de Atanasildo Suárez era delicada, habiendo sido producida por un balazo de rémington, y que el secretario de Muniz, señor Urrutia, tenía apenas una rozadura en la mano.— Según el mismo diario los vecinos de la margen derecha del Dayman afirmaban que el ejército revolucionario iba muy desmoralizado y que muchos de sus jefes consideraban que la suerte de la revolución estaba ya decidida.


CASA DONDE SE INSTALÓ EL PRIMER HOSPITAL DE SANGRE DURANTE LA PELEA DE PASO DEL PARQUE

Súpose también que el día nueve encontraron los peones de la estancia Salgado, en una picada, once ahogados, cuyos cadáveres estaban enredados en los sarandíes de la costa. La mayor parte tenían heridas de arma blanca. En las costas del Dayman también se había empezado á encontrar ahogados.

Un sargento gubernista del batallón primero de infantería, que se había encontrado en Paso del Parque, y que llegó herido al Salto, refirió que durante la pelea, la compañía primera de que él formaba parte, estuvo haciendo durante una hora, fuego continuo sobre Aparicio Saravia, el que se encontraba con su estado mayor á unos 1.600 metros, y que habiéndole hecho tantos disparos, lo que consiguieron fué herirle dos veces el caballo, y obligarle á sacarse el ponchillo blanco para guarecerse de la lluvia con un paraguas.

El 10 se recibieron nuevos detalles que confirmaban que los insurrectos habían sufrido un gran desastre en aquella acción de guerra.

El presidente de la República conferenció largamente por telégrafo con el señor Héctor Gómez, ayudante del general Muniz, quien de parte de su jefe, trasmitió pormenores muy interesantes.

Hizo saber que los muertos dejados por los insurrectos sobre el campo de batalla fueron justamente 164, según inventario minucioso levantado por orden del general Muniz.

En cuanto á los heridos de las fuerzas revolucionarias, podían calcularse en unos cuatrocientos.

Los insurrectos, aunque hicieron esfuerzos para llevarse los heridos tuvieron que dejar gran cantidad por el camino, en los ranchos circunvecinos.

Los heridos confirmando noticias del vecindario, daban pormenores impresio-

nantes sobre la desmoralización que había cundido en el ejército insurrecto, después de la derrota.

Según el señor Gómez, los desbandados se contaban por miles, habiendo empezado las deserciones con el principio de la batalla.

La retirada resultaba una verdadera fuga.

Centenares de soldados y oficiales no hacían más que preguntar á todos los que encontraban al paso, si la frontera quedaba muy lejos.

Entre los muertos saravistas se contaban muchos jefes y oficiales. Hasta el presidente de la República llegaron algunos nombres pero no los quiso dar á la publicidad, hasta no tener confirmación plena, para no afligir inútilmente á las familias interesadas.

También se tomaron, al fin de la batalla, algunos grupos de prisioneros, que quedaron rezagados sobre el paso. Su número alcanzaba á un centenar.

En el combate de Paso del Parque, Aparicio hizo funcionar una de las ametralladoras que su gente tomó en Fray Marcos al general Melitón Muñoz, pero no dió resultado, por haber operado á gran distancia del otro lado del río; motivo por el cual no cayó también, como el cañón Canet, en poder de las fuerzas legales.

Un carrito en el cual los revolucionarios, según declaración de los heridos, llevaban el dinero de las contribuciones cobradas por ellos, estuvo á punto de caer en poder de los soldados del gobierno.

Desde las guerrillas legales se vió á los insurrectos trabajar afanosamente, con cuartas, para sacar el carrito del paso donde se había empantanado.

El gobierno tuvo también noticia de que una columna de insurrectos no menor de 600 hombres, había pasado cerca de Tacuarembó en completa dispersión, con rumbo á la frontera.

El Tiempo, diario colorado, agregaba que más de doscientos insurrectos dispersos habían llegado á Paysandú, acogiéndose al indulto del gobierno.

Por su parte el ministro de Relaciones Exteriores recibió telegrama de la legación en Río de Janeiro, retrasmitiendo otro del cónsul uruguayo en Santa Ana do Livramento en el que le comunicaba que había pasado la frontera por aquel punto, gente de la vanguardia del Ejército de Saravia.

Agregaba el despacho que toda esa gente llegaba muy desmoralizada, confirmando también la derrota sufrida en el Paso del Parque, la pérdida de la mayor parte de las municiones con que contaban, y las bajas hechas por el ejército legal en la oficialidad superior de las fuerzas insurrectas.

Esos mismos hombres de la vanguardia de Aparicio decían que detras de ellos iban también muchos compañeros, dispuestos también á quedarse allí.

Según *Diario Nuevo*, también colorado, las casas de los alrededores del Paso habían quedado repletas de heridos revolucionarios, lo mismo que las estancias situadas hasta tres leguas á la redonda. Era también un hecho innegable la nueva desbandada que habían sufrido las fuerzas de Saravia, ascendiendo á más de mil hombres los que se dispersaron en todas direcciones.

Nueva versión de "La Razón"

Como el parte de Muniz era tan parco en detalles, cada diario se esforzaba en reconstruirlo con las informaciones que conseguía parcialmente. *La Razón*, por ejemplo, publicó la siguiente versión, que contenía, si no nuevos datos exactos, por lo menos apreciaciones bastante novedosas:

«La batalla en que el general Muniz ha batido completamente á las fuerzas re-

volucionarias de Aparicio Saravia, comenzó el día 1.º de Marzo á las cuatro de la tarde á tres leguas del Paso del Parque y sobre un cañadón entre los arroyos Molles Grande y Molles Chico que cruza el campo de don Alejandro Vázquez.

Las fuerzas revolucionarias que ocupaban el cañadón eran las de Miguel Aldama y estaban churrasqueando cuando cayó sobre ellas de improviso la vanguardia del coronel Galarza. Las fuerzas revolucionarias emprendieron la retirada hasta encontrar un gran corral de piedra situado en el mismo campo de Vázquez, en el cual se atrincheraron, sosteniéndose hasta conseguir protección de las fuerzas revolucionarias de San José.

Desalojados de aquellas espléndidas posiciones y á pesar de los esfuerzos conseguidos por el denodado ataque de la infantería gubernista, los revolucionarios volvieron á retirarse para hacer frente en las cerrilladas de las cuchillas de San José, que da su nombre á la estancia del señor Cash y que ellos tenían á la espalda. Allí emplazaron por primera vez la pieza útil de su artillería, pero los dos disparos con que denunció su presencia tuvieron la virtud de inflamar el ardor de las fuerzas de Galarza que se lanzaron á la conquista de las posiciones enemigas trabándose una lucha cuerpo á cuerpo de la cual salieron ya deshechos los revolucionarios.



CURACIÓN DEL HIJO DEL GENERAL MUNIZ POR EL PRACTICANTE SANGUINETTI

Mientras esto pasaba á un par de leguas del rio, el grueso del ejército de Saravia procuraba vadearlo en pésimas condiciones, pues el Daymán estaba á volapié. Por consiguiente las divisiones se habían acumulado sobre el Paso del Parque en la márgen izquierda y en un callejón hondo que cruza el monte y separa los campos de Maya y de Gutiérrez. En este último campo, y fortificada en un nuevo corral de piedra, hizo su último esfuerzo la retaguardia revolucionaria. Cuando fué vencida se batió en retirada hacia el paso, produciéndose una confusión indescriptible. Muchas divisiones no se atrevían á intentar el pasaje del río y sin embargo era necesario vadearlo inmediatamente, pues la vanguardia del ejército legal ejecutaba con rapidez y energía extraordinarias, un movimiento envolvente, avanzando su ala derecha por el campo de Gutiérrez y su ala izquierda por el campo de Maya y encerrando al ejército revolucionario, oprimido en el callejón, entre dos fuegos terribles y mortíferos. Cuentan que en este duro trance el caudillo Aparicio Saravia dió, como en el paso del Olimar, ejemplo de lo que debía hacer su ejército, arrojándose á caballo en medio de la corriente impetuosa.

Como no había tiempo que perder, hasta los más irresolutos se lanzaron al Daymán, cuyo pasaje era menos peligroso que la permanencia en el callejón bajo el fuego diezmador de las fuerzas legales.

Los revolucionarios fueron perseguidos hasta tres leguas más allá del Daymán tomándoles una caballada que, según el corresponsal de un diario de Buenos Aires, asciende á la respetable cantidad de seis mil animales. El campo quedó

cubierto de cadáveres de nacionalistas: el día 2 se encontraron 140, el día 3 se dió sepultura á ochenta y tantos, el día 4 se seguían abriendo fosas. Son más de cien los prisioneros que han llegado ya al Salto y por orden del comandante militar han sido incomunicados hasta que el gobierno disponga otra cosa.

A la lista de heridos nacionalistas, debemos agregar el nombre del doctor Luis Ponce de León, secretario de Aparicio Saravia. Según parece, su herida no reviste gravedad alguna.

Los cincuenta heridos nacionalistas que han sido llevados á Galpones, sobre la frontera del Brasil, son todos jefes y oficiales, pues los soldados han sido alojados en las diferentes estancias del trayecto.»

Los diarios del Gobierno hiciéronse eco de una curiosa versión que suponían de origen revolucionario. Según ellos Aparicio Saravia y el comandante de la división nacionalista de Flores, don José González, habían tenido un incidente durante el combate del Paso del Parque en el Dayman.

Incidente Saravia-González

González mandaba ese día la retaguardia del ejército revolucionario, y á cierta altura de la pelea envió aviso al jefe superior revolucionario de que las fuerzas que tenia al frente eran mucho más importantes de lo que se había creído en un principio. No se trataba de una división, como había supuesto Saravia, sino de un ejército entero. Esto se lo comunicaba para que proveyera al indispensable refuerzo de la retaguardia.

Saravia recibió el aviso y contestó que no podía ser; que por esas alturas no había ningún ejército enemigo. Como en ese momento ya «quemaban las papas» y el fuego de las guerrillas era muy fuerte, González se contentó con disponer de la mejor manera una honrosa retirada. Pero media hora después envió nuevo aviso á Saravia, diciéndole que el enemígo, con fuerzas considerables, atacaba en tres columnas que amenazaban flanquearlo. Saravia contestó al ayudante con un poco de impaciencia: —Digale al coronel González que se refriegue los ojos!

Resultó después, como se sabe, que el que tenía necesidad de «refregarse los ojos» para ver más claro en esa memorable ocasión era el mismo caudillo revolucionario...

Esta versión de los diarios gubernistas era exacta en el fondo, pero el jefe de división que intervino en el incidente fué Cayetano Gutiérrez.

Versión de Hilario Morales

Hilario Morales, soldado de artillería que había caído en poder de la revolución en Fray Marcos y formaba parte del batallon «Libertad» que Saravia había formado con prisioneros, dijo, al ser rescatado, que el tal batallón había llegado bastante hecho al Paso del Parque.— Contaba entonces cien hombres, de los cuales treinta estaban armados con armas viejas, ferrujinosas, con los caños sujetos á las culatas por medio de alambres, de las cuales apenas una docena daban fuego. Así y todo, en lo más fuerte de la pelea del referido paso, se les echó de carnada, á defender unas mangueras, poniéndole detrás la división de Cerro Largo para que les cortase la retirada.— Esto motivó la siguiente reflexión por parte de *El Día*: «La circunstancia de haber mandado á la línea á los hombres sin armas del batallón, hace presumir que se tuvo la santa intención de mandarlos al muere. Pero la suerte, que no es siempre ciega, quiso que mientras los saravistas caían por cientos, los violentados del batallon «Libertad» sólo tuvieran dos bajas».

La pérdida del parque saravista, fué una verdadera lotería para el batallón de prisioneros, el cual, entre otros desagradables cometídos, tenía el nada liviano de ayudar á los bueyes cuando las carretas se empantanaban.

Morales declaró, que no eran sólo los prisioneros los desarmados del ejército insurrecto. Una gran parte de sus hombres estaban en la batalla pésimamente armados, sin contar los que no entraron en pelea por estar absolutamente desarmados. Y entre las armas abundaban los fusiles ferrujientos, los que no daban fuego los que, después de dos ó tres disparos, se atascaban. *El Día* comentaba: « Esto explica que los guerrilleros insurrectos, á juzgar de la ineficacia de sus disparos, tengan por lo menos tanto de pirotécnicos como de hombres de guerra ».

Contó Morales que la desmoralización que se produjo entre los insurrectos al fin de la batalla del Paso del Parque, fué realmente indescriptible. Los soldados mejor templados no pensaban más que en disparar. Muchos, para ir más ligero, tiraban sus armas y sus municiones. Los oficiales que se atrevían á dar órdenes de resistencia eran recibidos con ternos é insultos. En esa triste resistencia vió morir al comandante Coito, de la división Cerro Largo, sin conseguir hacerce oir por ninguno de sus subalternos.

Y sí grande fué la desmoralización durante la pelea, mayor fué todavía durante toda la retirada hasta la frontera. Por el camino no se oía más que « Yo me voy » « Yo no sigo más », « Este no es modo de hacer matar la gente », « Parece que estamos vendidos ». Los que hablaban así no eran sólo los soldados, sino también los tenientes y los capitanes. Y muchos soldados y oficiales no hacían más que preguntar cuántas marchas faltaban para llegar á la línea para poner los pies en polvorosa. Sin contar los muchos cientos que no perdían tiempo en preguntar y por las noches abandonaban para siempre el campamento.

Como todos tenían prisa en llegar á la frontera, los insurrectos no tardaron en alcanzarla. Marchando noche y día, comiendo poco, no durmiendo nada, consiguieron llegar á la línea el ocho de Marzo, seis días después de la pelea. Se avistó el marco divisorio á las seis de la mañana. Sobre la línea se puso una guardia para que se evitaran las deserciones, pero la medida resultó impotente. En cuanto se avistó el Brasil los cansados no supieron contenerse. Pelotones grandes se pasaban sin cumplimientos, á la vista del propio Saravia que desde la puerta de un almacén asistía impasible al desgrane.

Se veía á centenares de hombres quitarse las divisas, entregar las armas y pasar la frontera. Los guardias brasileños atajaban á los dispersos, para registrarlos y sacarles las armas de pelea que algunos llávaban desarmadas en las maletas ó en los ponchos.

Y entre los que se iban abundaban los oficiales. Morales recordaba al capitan Núñez, al teniente Alvarez, al capitan Pintos, al teniente Souza, estos dos últimos encargados nada menos que de las ametralladoras. — El desorden que se produjo fué tan grande, que Morales con veinte compañeros más pudieron escaparse tranquilamente.

El desbande no sólo se produjo á la llegada á la frontera, sino que se continuó también en los días subsiguientes.

Según los vecinos de Santa Ana, por la noche se producían verdaderas romerías de ginetes que abandonaban el campamento revolucionario para trasponer la frontera.

Según Morales las divisiones revolucionarias eran otras tantas hordas de salvajes que llevaban por delante todo lo que encontraban. En marcha, cuando se avistaba un miserable rancho, docenas de ginetes se lanzaban sobre él, á escape

para registrarlo y sacar lo que les convenía. Las carneadas con frecuencia se hacían á tiros.

Centenares de vacas se sacrificaban sólo para aprovecharles la lengua. Majadas enteras quedaban degolladas sin que nadie las utilizara. Nadie comía asado que no fuera con cuero. No se dejaba un alambrado en pie; se quemaban hasta los galpones, se arrasaba el maizal, el zapallar, la huerta de todas las chacras. Verdad era, según *El Día*, que de cuando en cuando Saravia hacía publicar órdenes prohibiendo que se cometieran atropellos y se perjudicàra inútilmente á los estancieros, pero parece que en esta parte las órdenes del caudillo eran letra muerta. «Los salvajes, — decía el diario oficial, — salvo raras y honrosas excepciones, se despachan como si anduvieran sin cacique».

Sintetizaba el deplorable estado de la revolución, según los elementos afectos al gobierno, el siguiente suelto que *El Tiempo* publicaba el día 11 de Mayo:

Optimismo

«Respecto al estado de la guerra, podemos informar que está todo en calma, dentro de la relatividad posible.

Las fuerzas de Saravia, extenuadas después del cómbate del Paso del Parque, cuya importancia aumenta á medida que se conocen nuevos detalles, demuestran ciertos deseos de descanso, que contrastan con la actividad hasta ahora desplegada.

Pasajeros llegados procedentes de Tacuarembó, Paysandú y otras poblaciones de aquella región de la República, refieren que llegan continuamente dispersos insurrectos, los que después de haber vendido ú ocultado sus armas, se llaman á sosiego, no dando á conocer el lugar de donde vienen, por natural precaución.

En la Bolsa y otros sitios concurridos era voz corriente que la guerra durará poco, habiéndose concertado apuestas á base de que todo estará tranquilo para el 1.º de Mayo, el 15 del entrante mes, á fines del corriente y aun para el 20.

El gobierno, por su parte, abriga esperanzas de que la guerra terminará en breve, siendo ese el ambiente que reinaba anoche en la casa del señor Batlle y Ordóñez.

Tales son las impresiones que hemos recibido, si bien parece que la quietud será breve, pues la proximidad de los ejércitos hace suponer que no sería difícil un nuevo encuentro, pues el general Muniz marcha á retaguardia de los revolucionarios y éstos se verán en precisión de abandonar la República, disolverse, ó romper el círculo de fuerzas que los envuelve, para poder dirigirse al Sur.

Por el momento, no cabe más que la expectativa, quizás precursora del término completo del estado anormal por el cual atravesamos.»

Pues bien: esas suposiciones optimistas no tenían razón de ser. Exageraban los Hilario Morales; exageraban los pasajeros llegados de la frontera; exageraban los informantes oficiales... Todos, poco ó mucho, adulteraban, adulteraban la verdad al ponderar el desbande. Era cierto que pasaban centenares de nacionalistas la frontera, pero la experiencia de lo que había sucedido pocas semanas antes en el paso de Centurión, debía haber aleccionado un tanto á los optimistas recalcitrantes: los revolucionarios efectuaban lo que en lenguaje de teatro se llama una *salida falsa*. Se iban, para descansar unos días, para dormir en poblado, para vestirse y con la intención de volver más tarde. Muchos separábanse del campamento con licencia; muchos sabían que Aparicio pensaba dar en Rivera un descanso de muchos días. Había que reponer municiones, y si no habían llegado las que estaban en depósito en la frontera argentina podían llegar las que esperaban de territorio brasileño. Con todo, la impresión en la capital

era tan favorable, que nadie dudaba de que la revuelta entraba en un período agónico. El gobierno recibía noticias oficiales según las cuales los revolucionarios que estaban en Rivera confesaban que después de la batalla del Paso del Parque habían tenido más de dos mil dispersos. *El Día* decía que podía concluirse, «dada la notoria manera como los saravistas manejaban las cifras, que los dispersos subían á cuatro ó seis mil».

Noticias del mismo origen oficial daban cuenta de que Abelardo Márquez se encontraba en Rivera; lo que significaba que había burlado la vigilancia de las autoridades ríograndenses.

La Prensa de Buenos Aires, publicaba el día 12 el siguiente telegrama de su corresponsal en Concordia:

«Por comunicaciones particulares recibidas en el Salto, se sabe que Aparicio Saravia se encuentra acorralado por las fuerzas del gobierno, en Arerunguá.

Dicha noticia fué dada por un hacendado que se halla en el Salto y que llegó anoche (9 de Marzo) de esos parajes, en donde tiene un establecimiento de campo.—Decía que hoy es imposible pasar por el Valentín, el Cañas ó el Arerunguá, pues estos arroyos están completamente desbordados, y que en ese estado se sostendrán unos días, dada la gran altura de las aguas del Arapey y la lluvia que todavía continúa.


INTERROGANDO Á UN PRISIONERO

Aquél, en su parte más ancha, tiene 13 y 14 cuadras, y son muy correntosas sus aguas.

Informan también que se tropieza en esas crecientes con grandes pantanos, y que los «chircales» de los alrededores de los arroyos, están todos bajo el agua; lo que impide mucho nadar á los caballos.»

Como se ha visto, á esas horas todo el ejército de Aparicio estaba ya en Rivera. Así eran casi todas las informaciones que veían la luz pública.

Por su parte los nacionalistas comenzaban á convencerse de que no habían tenido la parte más brillante en la sangrienta batalla. He aquí la nueva versión que, como exacta, circulaba clandestinamente entre ellos:

Nueva versión nacionalista

«El general Saravia recibió chasque con la noticia de que el enemigo se aproximaba; pero él no hizo caso y siguió. Estando en marcha, el ejército nacionalista se encontró con el enemigo y empezó el tiroteo. El parque y el tesoro había vadeado el paso, salvándose todo, y solamente quedaron atrás cinco carretas, que conducían yugos, cueros, cargueros vacíos, una barrica con yerba, cacerolas, tientos, coyundas y *guascas* para enlazar y unir; ninguna había con municiones ni armas; así pues el parte de Muniz á Batlle, en el que comunica que tomó 12 carretas con munición y 300.000 tiros, es una gran falsedad.

«Bien. Rehechos de la sorpresa, se inició el combate serio con las fuerzas gubernistas, y funcionó una de las ametralladoras Colt, que tiene el general Saravia tomada en Fray Marcos, con la que se barrió desastrosamente á las fuerzas del

gobierno, las que en orden cerrado y por tres veces seguidas intentaron desalojar á las fuerzas del general Saravia de sus posiciones. La ametralladora por una parte y las cargas de lanza, — hasta entreverarse — por otra, me dicen que causaban una mortandad horrible. Así se inició una persecución tenaz que duró dos días, y quedó el camino todo sembrado de muertos y heridos. Calculan los de nuestro partido que ha tenido el gobierno más de 1.200 bajas entre muertos y heridos; perdió armas y municiones que están hoy en poder de los nuestros. El cañón tomado por los del gobierno se abandonó, porque estaba descompuesto y más servía de estorbo que de elemento destructor.

« En el Daymán pelearon la división de San José mandada por el coronel Marín; la de Porongos del coronel González; la gente del comandante Gutiérrez; la de Nepomuceno Saravia; división Maldonado al mando del coronel Juan José Muñoz; división Treinta y Tres al mando del coronel Pancho Saravia; división Florida al mando del coronel Fernández y división Tacuarembó al mando de Mariano Saravia. Mandaba el general Saravia el combate.

» Nosotros perdimos al comandante Coito, capitán Vázquez, comandante Ponce, de San José, y conocidos de la división San José, Martín Domínguez; heridos hubo 130 que he visto en el hospital: varios leves y muertos 70.

» La retirada fué sostenida brillantemente por el coronel Basilio Muñoz y Nepomuceno Saravia; quedando en el paso del Daymán una fuerza nuestra de 800 hombres, cuidándolo; y el ejército se retiró en orden, dando al otro día sepultura en un cementerio que hay cerca del paso, al comandante Ponce.

» En el combate del Daymán, pelearon 6.000 hombres del gobierno; era la vanguardia del ejército; la mandaban Callorda y los Galarza.

» Entre los heridos nuestros, levemente se encuentra el mayor José Maza, capitán que perteneció al ejército argentino y formaba en el 2.°. Sirvió el 97 en la división de Mongrell. »

La Nación de Buenos Aires, tuvo también su información propia que le trasmitió su enviado especial, que marchaba con el ejército del general Muniz. Hela aquí:

Versión de "La Nación"

« A las 8.30 se inició el combate, á dos leguas del citado paso, iniciando el fuego de parte del gobierno los regimientos 6 y 2 de caballería.

El ejército revolucionario, realmente sorprendido, pues no sospechaba al de Muniz tan próximo, atribuyéndole á Saravia el dicho: « Muniz no me alcanza aunque vuele », organizó sus guerrillas y presentó batalla. El fuego recio desde el primer momento se prolongó durante más de seis horas, haciendo los revolucionarios una desesperada defensa del parque, del cual se le tomaron trece carretas conteniendo 20.000 tiros de rémington y 20.000 de máuser, dos cajas de cintas de ametralladoras, un cañón y avantrén de otro (los perdidos por Muñoz en Fray Marcos), sesenta y tantos bueyes y diversas armas.

A Aparicio le hirieron el caballo que montaba, de dos balazos, siendo herido en la acción su secretario doctor Luis Ponce de León. Algunos anunciaron que éste había sido muerto, confundiéndole con Venancio Pons, jefe nacionalista que sucumbió.

Santiago de Anca, comandante prestigioso de la revolución fué muerto por el teniente Acevedo, de la división de Treinta y Tres que comandaba Basilisio Saravia. El teniente Acevedo, herido en la rótula, pretendía montar á caballo, cuando Anca, próximo á él, le descerrajó dos tiros de pistola que le atravesaron el

poncho. El teniente cargó entonces su máuser é hirió á Anca de un balazo en la frente que le produjo una muerte instantánea.

Murió también en la acción el coronel gubernista Benicio Olivera, segundo jefe de Basilisio Saravia y que gozaba de gran prestigio por su valor temerario.

El mayor Atanasildo Suárez, segundo jefe del regimiento 6 de caballería, resultó herido de bala en el brazo derecho; la bala le interesó el húmero, siendo su estado delicado.

Santos Muniz, subteniente, hijo del general, fué herido en los primeros momentos del combate, de un balazo en la boca.

El secretario del general Muniz, José Urrutia, que por orden de aquél fué á descubrir una columna que se avistó sobre nuestro flanco derecho, resultó herido de una bala de rémington en la pierna derecha, á los 20 minutos de hallarse en la línea y cnando había enviado á su último ayudante para comunicarle á su jefe que eran fuerzas revolucionarias las que avanzaban. — Fué asimismo herido muy levemente el coronel Bernabé Herrera y Obes, jefe de la división Florida, que entró en lo más recio del combate y se impuso por su arrojo.


EL SECRETARIO DE MUNIZ, HERIDO

Dos compañías del 4.° de cazadores al mando del mayor Dubra desalojaron á los revolucionarios del Paso del Parque, después de dos horas de recio tiroteo.

En momentos en que Aparicio tuvo noticia de que el parque revolucionario corría riesgo inminente de ser tomado, apareció en la línea del fuego y se cree que entonces fué herido el doctor Ponce de León. Hay quien afirma que éste quedó en una estancia donde Saravia lo dejó muy recomendado.

Un prisionero de apellido Vera, tomado en la acción, y que traía unas vendas cuando en la confusión cayó en poder de las fuerzas del 2 de caballería, dice que era secretario de Venancio Pons.

Se han tomado 28 prisioneros. El cálculo de bajas es de cien entre muertos y heridos, por parte del gobierno, y de 480 á 500 de los revolucionarios.

He contado personalmente 130 muertos sobre el campo de batalla, y el informe del estado mayor consigna que 161 muertos fueron encontrados en el paso.

Junto al parque revolucionario cayeron 34 insurrectos.

Los heridos que dejaba el ejército revolucionario en su retirada, fueron atendidos por los médicos Bonet y Cirale, de las fuerzas del gobierno.

La Cruz Roja del Salto y de Paysandú fué á recoger heridos, no habiendo regresado aún, debiéndose su demora á las continuas lluvias que impiden el transporte.

Se sabe que Aparicio se dirigió primero hacia el arroyo Las Cañas, que no pudo vadear, viéndose obligado á contramarchar y dirigirse según todas las probabilidades á Rivera ».

Comentando esta misma acción, *La Nación* bonaerense decía lo siguiente con fecha 11 de Marzo:

Comentario de "La Nación"

«Ya no cabe duda sobre la importancia del combate habido el día 2 en este punto: las noticias oficiales, ampliadas ayer, ratifican lo aseverado por el general Muniz en su parte, y los informes particulares provenientes del litoral uruguayo, del Salto y Paysandú particularmente, están contestes en presentar á la batalla de Paso de Parque como una de las más sangrientas y encarnizadas que registran los tristes anales orientales.

Pasajeros llegados ayer en el vapor *París*, con procedencia de la ciudad del Salto, informan que ya se tienen en aquella capital detalles completos sobre la acción de los ejércitos en lucha.

Entre otras personas llegadas á aquella ciudad del mismo teatro de los sucesos, se encuentra un rico hacendado que, fuera de hallarse su estancia sobre el mismo Paso del Dayman y haber presenciado el encarnizado combate, tuvo oportunidad de hablar con el generalísimo Saravia, después de pronunciarse la victoria á favor de las tropas gubernistas.

—«Yo creía pelear con las tropas del general Benavente»—fueron las palabras del caudillo revolucionario, refiriéndose á la acción; y tan parece cierto lo aseverado por Saravia, que nuestros informantes nos cuentan que las primeras noticias llegadas al Salto indicaban al general Benavente como presunto actor en Paso del Parque.

El mismo hacendado salteño presenció la marcha del ejército revolucionario después de la derrota, é informa que aquella se hizo con relativo orden, en una sola columna, con el fin de evitar dispersiones, lo que en parte consiguió el sereno jefe nacionalista.

No llevaban las tropas comandadas por éste más que dos carretas con municiones, habiéndose apoderado Saravia en aquellas alturas de la diligencia que hace los viajes del Salto á Arerunguá, aparte de varias carretas de las estancias y chacras vecinas, con las cuales condujo gran parte de sus heridos graves.»

Más detalles

Los detalles de la acción iban llegando paulatinamente. El día 14 se supo, de fuente fidedigna, que en la estancia de San José, de propiedad del señor Cash, fueron enterrados después del segundo día de la sangrienta acción, setenta y tres muertos. En las estancias vecinas se procedía simultáneamente á dar sepultura á numerosos cadáveres. Súpose también que las fuerzas revolucionarias trataron de ocultar sus pérdidas llevándose todos sus numerosos heridos. En el campo del combate sólo quedaron unos treinta, que según todas las probabilidades fueron olvidados ó quedaron perdidos sin que sus compañeros los vieran caer.

La matanza fué tan horrible en ciertos momentos, que un joven ayudante del general Muniz que estaba contemplando el entrevero desde el guardapatio de la casa del señor Cash, exclamaba á cada descarga: — «¡Cómo se matan esos bárbaros! ¡Qué manera de pelear!»

En la estancia del señor Cash, las fuerzas revolucionarias no hicieron más destrozos que el derribo de alambrados en una extensión que puede calcularse en dos ó tres leguas.

En cambio, en la estancia contigua, de los señores Menditeguy, una partida lanceó una tropa de ganado compuesta de sesenta vacas y solamente cesó en la matanza, cuando se dieron cuenta de que ese ganado pertenecía al señor Cash.

Súpose también que el José Gonzalez herido en el Paso del Daymán, no era el jefe de la división nacionalista de Flores. Este se llama José Felipe González y los telegramas hablaban de José Antonio Gonzláes. Había en la división de Cerro Largo dos oficiales hermanos nombrados José Antonio y Lucas Gonzáles. El primero tenía el grado de mayor. Ese era el jefe que estaba herido.

En la comandancia militar del Salto se aseguraba que la artillería del gobierno había hecho treinta disparos en el Paso del Parque; que la primera línea gubernista la mandó el coronel Pablo Galarza; la segunda el general Callorda, y en la tercera entró todo el grueso del ejército con el general Muniz á la cabeza, que en el paso murió la gente apretada por los caballos, pues tal fué allí la aglomeración de las fuerzas revolucionarias. De Concordia telegrafiaron que después del combate del Paso del Parque, Saravia se había apoderado de una tropa de más de cinco mil animales vacunos.

Como consecuencia de los incidentes entre Muniz y Buquet, que ya hemos narrado, este último se separó del ejército, con gran disgusto de la oficialidad colorada, que veía en él á un oficial de valer y mérito, y comenzaba á rebelarse contra la hosca misantropía de Muniz y la prepotencia de sus íntimos y allegados. Con Buquet se separaron del ejército varios oficiales. Uno de ellos suministró lacónicos informes á un corresponsal de Concordia.

Al ser preguntado sobre el número de fuerzas que llevaba Saravia, dijo que alrededor de 12.000 hombres.

—¿Y Muniz?—le preguntó el periodista.

—Siete mil hombres.

—Terminada la batalla, ¿persiguieron ustedes al ejército revolucionario?

—No. Carecíamos de caballos, y recién dos días después nos pusimos en marcha.

—¿El general Benavente se ha incorporado al ejército del general Muniz?

—No.

—¿Qué causa motiva la renuncia que dicen que presentará el coronel Buquet?

—La renuncia del coronel Buquet obedece á que se le ha confiado un importante puesto en Montevideo, y su separación ha sido muy lamentada en el ejército, por estar reputado como uno de los jefes más distinguidos é ilustrados y ser un hábil organizador.

Acompañaban á Buquet, su hermano el teniente coronel Leodoro Buquet, capitan Joaquín C. Sánchez, secretario de estado mayor, Ciriaco Acosta, ayudante del estado mayor, mayor Nicolás Sambucetti; tenientes Francisco Granada, José Gadea y Ciriaco Silveira; alférez Vázquez y varios sargentos, cabos y soldados.

El coronel Buquet recorrió en el término de dos días, cerca de cincuenta leguas, pues salió de Sarandí—punto distante tres leguas de la estación Tambores (departamento de Tacuarembó),—el día 8 á la madrugada, y llegó al Salto el día 10 á la 1 de la tarde, poco más ó menos.

Reportaje á Buquet

Interrogado en presencia de sus acompañantes—sin que pudiera ocultar la inmensa satisfacción que experimentaba por la victoria de las armas gubernistas,—dijo lo siguiente:

«En efecto, la derrota de los revolucionarios ha sido completa, y si Muniz hubiera dispuesto de caballadas para la persecución,—que tan sólo pudo hacerse en un trayecto de dos leguas,—la revolución habría recibido en ese encuentro «el golpe de gracia».

La gente de Aparicio Saravia, con él á la cabeza, peleó con valentía, pero ante el empuje y el grito de ¡adelante! ¡adelante! que escapaba de todos los labios, tuvo que retroceder, y retroceder en forma desastrosa, dejando doscientos cadáveres, centenares de heridos y numerosos prisioneros.

Entre los muertos fué hallado también uno de los jefes acreditados de Aparicio, — Santiago Anca, — de la división Cerro Largo; el comandante Tomás Blanco, jefe del detall; José Gutiérrez, comandante de un cuerpo. Otro jefe se llevó consigo el ejército revolucionario ».

El coronel Buquet llevaba consigo la bala que se halló en el cañón reconquistado, y narró que cuando la gente del gobierno se apoderó de ella, se produjo en toda la tropa un contento indescriptible, dando lugar á grandes manifestaciones de alegría.

Preguntado por el ánimo de la tropa dijo que reinaba en todo el ejército un espíritu de valor increíble, y el convencimiento profundo de que la revolución tocaba á su término.

— Bastará otro encuentro, — declaró, — y caballos para la persecución.

Con gran diplomacia, — después del incidente ocurrido y ya relatado — el coronel Buquet y todos los jefes y oficiales que lo acompañaban, manifestaron el mejor concepto respecto al general Muniz, como jefe valiente, organizador, de gran golpe de vista, insuperable guerrillero, reposado y severo en la pelea..... ¡Así se escribe la historia!

Reportado por *La Nación* de Buenos Aires sobre la acción del Paso del Parque, el coronel Buquet hizo las siguientes declaraciones:

« Debo advertir que la disposición de nuestro ejercito en sus marchas, aunque á veces abarca largas extensiones, permite disponer, como es deber militar, de todas nuestras fuerzas en cualquier momento dado y en brevísimo plazo, pues se opera á base de cuatro escalones con sus puntos de contacto.

La persecución á las tropas revolucionarias no se efectúa siguiendo el rastro, como antaño se efectuaba, sino usando prácticas que la ciencia militar moderna enseña y que al general Muniz le han permido conseguir el triunfo sobre un enemigo mucho mejor montado y más liviano que el suyo.

En las proximidades del Queguay Chico (estancias de Cash y Barreto) supimos que Saravia se encontraba cerca, á distancia que no dejaba lugar á duda sobre la inminencia de un encuentro.

Nuestros exploradores, — uno de nuestros servicios mejor dotados y atendidos, — nos hicieron saber que una fuerza revolucionaria se hallaba acampada tranquilamente al norte del paso y que se creía la extrema retaguardia de un ejército al parecer sin el menor cuidado.

Ese fué el primer error revolucionario; y que su jefe no pensaba en nuestra proximidad, lo prueba su conversación con varias personas en el establecimiento del señor Cash.

Amaneció el día 2, y á las 3.30 de la madrugada el general Muniz que presentía un triunfo, ordenó montar á caballo y seguir la marcha; á las 5.30 había pasado todo el ejército del gobierno al Norte del Queguay, y avanzaba rápidamente en dirección al Paso del Parque.

Las primeras fuerzas en iniciar las guerrillas fueron las del capitán Cardoso, y á dos leguas próximamente del paso entraron á su vez á la línea del fuego las tropas que componían la vanguardia de nuestro ejército.

Estas fuerzas rompieron de las primeras el fuego, y por una coincidencia que hará reflexionar á los hombres buenos, la derecha revolucionaria era comandada

por Pancho Saravia, mientras nuestra izquierda lo era por Basilisio, lo que dió motivo para que los dos hermanos, con sus respectivos hijos, se encontraran frente á frente reproduciendo así escenas de románticas edades.

Con la rapidez necesaria, aunque luchando con los inconvenientes insuperables de falta de disciplina para las evoluciones rápidas, los revolucionarios se aprestaron á la lucha, contestando sus guerrillas nuestro fuego, no con la precisión y el orden del caso, por la intercalación de hombres desarmados en las guerrillas combatientes.

El río Dayman describe en aquellos parajes un semicírculo, cuya concavidad se halla situada al lado de Paysandú, es decir, mirando al Sur, y sobre ese terreno quebrado, compuesto todo él de enormes pedregales que dificultan la acción de la caballería, se encontraron prontas las dos líneas de combatientes, á las 9 de la mañana, poco más ó menos.

Nuestro ejército inició su acción en medio de dianas y vítores que todo el mundo tomaba como presagio de victoria. —Apenas desarrollada la primera página del plan del general Muniz, el avance del segundo de caballería, á cuya cabeza iba el coronel Galarza, permitió descubrir el parque revolucionario que, con la ayuda de mis anteojos de campaña, podía distinguir en sus menores detalles.



LA CRUZ ROJA ATENDIENDO Á UN HERIDO

Ese fué el momento culminante de la acción. Como ya he dicho, el honor de nuestro ejército exigía el rescate de aquel cañón que nos desafiaba en manos enemigas, imponiendo un esfuerzo que todas nuestras tropas hicieron con igual entusiasmo. — Ya no se pensó sino en reconquistar el parque perdido en Fray Marcos, y creo que las más de las bajas sufridas por nuestro ejército provienen de aquel esfuerzo sobrehumano.

Percibíamos claramente los movimientos de los revolucionarios alrededor del parque que se les iba de las manos y los esfuerzos de los caballerizos unciendo los bueyes á las carretas, en aquella jornada más perezosos que nunca.

Pero todo fué inútil: un sargento y cuatro soldados de la división Soriano realizaron triunfalmente la ardua empresa, y aquel acto, y la situación peligrosísima en que se hallaba una división revolucionaria fuerte de 600 á 800 hombres, que operaba sobre nuestra extrema izquierda y que, sin embargo, logró escapar del círculo de fuego en que Muniz la envolvía poco á poco, fueron lo precursores de la derrota final, que se inició por el retroceso de las guerrillas sobre el paso que nuestra infantería no cesaba de dominar, á merced de sus certeros disparos.

En esos momentos concluyéronse las municiones de la división comandada por Basilisio Saravia, y éste jefe, que había negado en un principio y en broma, los sables á los guardias nacionales á su mando, ordenó una carga que, realizada con toda corrección, concluyó por sembrar el desconcierto en las tropas enemigas que, fueron impotentes para recuperar aquel parque que iba á ser la desgracia mayor de su derrota.

Tanto un oficial revolucionario, de nombre Serralta, que comandaba el pequeño destacamento de artilleros, como su segundo, el joven De la Hanty, de San José con sus valientes compañeros pusieron una vez más á prueba el estoicismo de los ciudadanos orientales.

Fueron tomadas por nuestras fuerzas dos banderas, una oriental y otra celeste, y según se dijo en nuestro campamento, un mayor revolucionario, de nombre Galarza, había pagado con su vida la defensa de uno de aquellos trofeos.

Nuestra artillería jugó un papel secundario, haciendo apenas cuatro ó cinco disparos, y á fe que no hubo necesidad de ella para conseguir el triunfo, desde que no entró en pelea la mitad de nuestras fuerzas, que se descomponen en la siguiente forma: los batallones de cazadores números 3 y 5, y las divisiones de caballería de Florida, Durazno y Minas, fuerte ésta de 1.400 hombres, y parte de la de Rocha, que, como la de Durazno, sólo dieron para el combate una ínfima parte de sus totales.

Tal ha sido el hermoso triunfo conseguido por el general Muniz.

— ¿Lo cree usted decisivo, coronel?

— Sí, en cuanto á la desmoralización de las mejores tropas de la revolución; no, en lo que se refiere á la conclusión próxima de la guerra, porque considero á Saravia capaz de prolongarla, aunque solo tuviera un puñado de hombres.

— ¿Qué dirección siguió el ejército revolucionario, después del combate?

— Hacia el paso de las Piedras, del arroyo Arerunguá, vado que no pudo efectuarse y que obligó á contramarchar al ejército insurrecto, en un trayecto de 15 leguas, mientras Muniz, buscando las puntas del arroyo Las Cañas, se encontró junto, otra vez, al enemigo, sin recorrer la misma extensión.

— Para concluir, coronel, ¿cree usted en la paz?

— No puedo contestarle, porque soy militar; pero si puedo decirle que, como uruguayo, no puedo tener otro anhelo que ver á mi patria en completa paz y á los orientales confraternizando en una era de trabajo y de prosperidad ».

Por qué se libró el combate

Por su parte un corresponsal de *La Razón*, explicaba en las columnas de ese diario, el *porqué* de un combate que Aparicio no tenía aparente necesidad de librar, desde que había estado acampado sobre el Paso del Daymán más de veinticuatro horas, sin vadearlo.

Decía el corresponsal:

« Eso que se dijo en el primer momento de que Aparicio no había atravesado el Daymán porque el río estaba fuera de cauce, no es exacto: el río desbordó es cierto, en los últimos días de Febrero, pero el 1.° de Marzo bajó rápidamente y á la tarde era posible vadearlo en buenas condiciones. Lo que sí, á uno y otro lado del paso, las aguas dejaron en el camino, muchísimas lagunas y lodazales pantanosos.

Es evidente que Aparicio pudo pasar el Daymán en la tarde del 1.° de Marzo. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué en vez de poner río por medio entre él y Muniz, se alejó del paso para tomar posiciones en la cuchilla? Esto es lo que preguntarán ustedes en Montevideo sin comprender esta aparente derogación á la táctico habitual del caudillo nacionalista que consiste en poner distancia entre su ejército y el enemigo. Pues bien: la explicación es sencilla. Aparicio no podía trasponer el Dayman, porque si lo hacía y las fuerzas de Muniz ocupaban el paso detrás de él, quedaban embolsadas entre el Queguay y el Daymán, y en situación casi desesperada, varias divisiones volantes que había difundido por Paysandú, empleándolas en distintas operaciones de guerra. Entre esas divisio-

nes estaba la de Mariano Saravia que había ido hasta el Queguay á practicar un reconocimiento; la de Santos Saravia (hijo de Chiquito), que avanzó hasta el Hervidero, y la de Exaltación Saravia que se adelantó hasta Guaviyú para recibir la munición que llevó á Concordia el vapor *Paulita* ignorando que dicha munición hubiese sido secuestrada por las autoridades argentinas.

Aparicio tenía asegurada la salida libre para el grueso de su ejército, pero retirarse era hacer abandono de dos mil hombres de sus mejores tropas... Eso lo decidió á pelear, en cuanto le llevaron aviso de que el ejército gubernista se acercaba á marchas forzadas. El plan del caudillo nacionalista para realizar el paso del Dayman era este: encargar á tres divisiones de la retaguardia que contuvieran el avance de los gubernistas, parapetadas en los corrales de piedra de las estancias de Vázquez y Gutiérrez y en la cerrillada de San José; y pasar, mientras tanto, el río con el grueso de las fuerzas y el parque. Una vez efectuado el pasaje, la retaguardia debía replegarse rápidamente y cruzar á su vez el río, bajo la protección de las fuerzas ya apostadas en el monte de la margen derecha.

Mientras tanto las divisiones de Aldama, de González y de Gutiérrez acampadas á tres leguas del Paso recibían un aviso indirecto de que la hora de pelear había llegado. Esto lo comentaban varios oficiales de dichas divisiones mientras «mateaban» en el patio de la estancia del señor Cash.

—No lo dude usted: el baile va á ser esta tarde, si no empieza esta mañana —decía un oficial de Aldama al mayordomo del señor Cash.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque acabamos de recibir provisión extraordinaria de municiones y el general nunca las da si no es para emplearlas inmediatamente.

Entre esos oficiales estaba Cayetano Gutiérrez, quien preguntó con mucho interés al mayordomo si no sabía nada de las gestiones de paz en tramitación y si los diarios de Montevideo no se ocupaban «de la cosa».

En eso pasó á caballo y á todo galope, un muchacho hijo de un puestero del señor Cash. Pasó gritando: «Ahí se vienen tiroteando juerte por el lado del Queguay!» Inmediatamente los oficiales tomaron sus armas y fueron á ocupar su puesto en las filas.

Por lo que yo he podido ver, el combate se ha reducido á una retirada de la retaguardia de Aparicio sostenida con mucho tesón de cerrillada en cerrillada, de corral en corral, aprovechando todas las ventajas naturales del terreno para prolongar la resistencia y ganar tiempo, á fin de facilitar y proteger el paso del río al grueso de las fuerzas acumuladas en su orilla izquierda.

La retirada de las divisiones revolucionarias de Florida y Flores, por más que fué hecha en orden, resultó muy sangrienta. En los campos de Cash enterramos setenta y ocho cadáveres de los cuales tan sólo una cuarta parte del gobierno. Pero donde la acción se hizo verdaderamente terrible fué alrededor del parque. Las fuerzas insurrectas se replegaban exhaustas ya por el prolongado combate, y se encontraron con el accidente imprevisto del empantanamiento, y comprendieron que si querían salvar la suerte de la revolución había que defender hasta morir aquellas carretas, en torno á las cuales se apiñaba una muchedumbre desesperada, tratando de estimular á los pobres bueyes (cuyas energías estaban agotadas desde hacía ya largo rato) con vociferaciones, golpes y picanazos.

Los revolucionarios, al ver que las carretas no se movían, que la mayor parte estaban hundidas hasta los ejes y que los bueyes no daban más de sí, empeza-

ron á descargar los cajones de munición, procurando llevarlos á lomo de caballo. Pero la aproximación rápida de las divisiones de Rocha y Treinta y Tres, no les dió tiempo para ejecutar ese plan.

Un detalle curioso: mientras se desarrollaba esta escena llovía á cántaros. La cortina de agua era tan tupida que era imposible ver á través de ella á distancia de cincuenta metros. Cuando amainó el chaparrón se pudo ver á Aparicio Saravia que, con su Estado Mayor, contemplaba la acción desde una altura en la margen opuesta del Daymán.

Otro detalle: en el ejército revolucionario se le dan á Muniz diferentes apodos. Los brasileños al mando de Mariano, lo llaman *O bicho*, es decir el Cuco. Pero el apodo de los criollos es más pintoresco. Le dicen « el toro overo »: toro, por como embiste y como cornea; y overo, porque lo consideran medio blanco y medio colorado.... »

Un testigo ocular de la batalla en Paso del Parque dió los siguientes detalles á *El Diario* bonaerense:

Versión de "El Diario"

« Presencié la refriega desde un lugar cercano:

» No fué precisamente el ejército revolucionario el sorprendido, sino la retaguardia.

» Aquel se hallaba sobre el Paso del Parque con todo dipuesto para vadearlo, y ésta se encontraba á tres leguas próximamente, cubriendo el camino.—El ejército revolucionario desplegó su núcleo mayor de resistencia sobre la izquierda del ala derecha gubernista, defendiendo el parque, que se hallaba en marcha sobre ese costado, y haciendo operar una gruesa columna de caballería sobre la derecha, (ala izquierda de Muniz), favorecido por la configuración del terreno, y cubriendo el pasaje de sus caballos, operación larga y difícil, pues el Daymán, desbordado, arrastraba un caudal de agua de varias cuadras de ancho, con correntada impetuosísima, y la caballada revolucionaria sumaba varios miles de animales.

« Las fuerzas gubernistas llevaban cargas terribles á fin de tomar el parque revolucionario. En la línea de fuego se combatía bizarramente.

« Cerca de ocho horas duró la acción; en el ala derecha gubernista fué más recia la lucha, pues frente á ella se hallaba el parque revolucionario.

« La caballería nacionalista, que operaba sobre el ala izquierda de Muniz, llevó una carga. Á su vez Basilisio Saravia hizo cargar sable en mano á la división de Treinta y Tres, produciéndose con tal motivo un entrevero formidable, en el que se peleó cuerpo á cuerpo.

« Después las fuerzas revolucionarias vadearon el paso, tiroteándose por espacio de dos leguas con el ejército gubernista.

« El general Saravia se detuvo en la estancia del señor Stevenson, distante pocas leguas del teatro del combate, donde pernoctó.

« Demostró su sentimiento por la efusión de sangre, y recordó con pesar á los jefes y oficiales nacionalistas heridos, como asimismo á la brava juventud caída en el combate.

« El señor Stevenson le preguntó si tenía conocimiento de la ley de interdicción dictada por el gobierno, y el caudillo hizo sus comentarios sobre las consecuencias probables de esa ley.»

Llegó el 16 de Marzo á Concordia un conocido joven de Paysandú, que se había encontrado en la batalla del Paso del Parque, y dijo lo siguiente con respecto á esa acción:

«El ejército nacionalista sintió al ejército de Muniz cuando se ocupaba en pasar el Daymán, y no queriendo el general Saravia interrumpir esa operación, que era necesaria para el cumplimiento de sus planes, puso en acción la división de José González para que contuviera el avance de las fuerzas gubernistas.

«Esa división de 1.200 hombres contuvo á la vanguardia de Muniz mientras vadeaba el Daymán el grueso del ejército y el parque.

«La acción sobre el paso fué muy reñida y sangrienta; las bajas nacionalistas fueron numerosas, pero niego en absoluto que haya habido persecución de parte del ejército del gobierno y que el ejército de Saravia se haya retirado en desorden y desmoralizado, tanto más que el grueso del ejército no tomó parte en la pelea.

«Según mi apreciación, el ejército de Saravia no baja de 15.000 hombres, entre los que hay un fuerte número de hombres que todavía no están armados.»

También llegó al Salto, por la misma fecha, Serafín Zaccone, empleado del ferrocarril Midland, que estaba encargado interinamente de la estación Tres Árboles cuando le sorprendieron las fuerzas revolucionarias llevándolo como prisionero. Zaccone siguió con el ejército de Saravia y tuvo que actuar en la sangrienta batalla del Paso del Parque. Aprovechando la confusión que se produjo entre los revolucionarios cuando los atacaron las fuerzas del general Muniz, el joven logró desertar.



CURACIÓN DEL INSPECTOR CARDOSO

El joven Zaccone llegó al Salto, reuniéndose á su familia, que estaba afligida por ignorar desde hacía tiempo su paradero. Un redactor salteño pasó á entrevistarse con Zaccone y solicitarle algunos datos sobre su odisea, pero no quiso prestarse á una *interview*.

Descontento contra Muniz

Puede asegurarse hoy, sin temor de ser desmentido, que la persecución de Muniz á Saravia fué verdaderamente inocua. Las caballadas del ejército gubernista estaban en mal estado, ciertamente, pero las del ejército revolucionario estaban mucho peor. Además, Saravia se embolsó entre ríos desbordados, y no tuvo otro remedio que buscar la salida aproximándose de nuevo á Muniz. Con alargar éste la mano, hubiera recogido el fruto de una nueva y más completa victoria. Pero no lo hizo, y los oficiales colorados, no explicándose el porqué, murmuraban de tan extraña conducta. El descontento se generalizó más tarde, debido al aislamiento voluntario en que Muniz se colocó, distanciándose de los oficiales más distinguidos del ejército, los cuales recibían sus órdenes por intermedio del secretario Urrutia. Este personaje, verdadero inspirador del general en jefe, se había enajenado toda simpatía por sus modales altaneros, y Muniz, víctima de una dolencia cardíaca, lo dejaba hacer y deshacer á su antojo, permaneciendo días enteros en su carpa sin mostrarse á sus soldados.

Debido á esa apatía de Muniz, que debió ser consecuencia de su enfermedad,

y al desdén con que se consideraron los acertados consejos militares de Buquet, pudo salir Saravia casi incólume—pues doscientas ó trescientas bajas alteraban en muy poco el efectivo de su ejército—del espantoso atolladero en que lo había metido su eterna y heroica *insouciance*.... No hubo la dispersión que debía ser consecuencia lógica de tan gran descalabro, como era ese encuentro en que la revolución había perdido la casi totalidad de su parque; no hubo prisioneros; no hubo rendidos... Hubo dispersos de ambos lados: al Paso de los Toros llegaron el 4 y el 5 de Marzo varios pertenecientes á las caballerías gubernistas, de esos que huyen siempre á las primeras descargas y salen del combate con una impresión de pánico tal que no saben luego dar cuenta de lo que han visto ó han oído. Los nacionalistas de Montevideo fundaron durante algunos días grandes ilusiones en la aparición de esos dispersos de las fuerzas legales. Á Molles, en el Durazno, llegaron 15 días después del combate tres desertores de un cuerpo de línea, é interrogados por el mayordomo de la estancia de Reyles, dijeron que eran dispersos del ejército gubernista y que iban cortando campo en dirección á Rocha. Preguntados sobre el resultado de la batalla, dijeron que Muniz había sido derrotado, y que en el campo había dejado mil quinientos muertos!..... Y esto lo decían de buena fe, cegados aún por el terror, é inconscientes de las alternativas que la acción militar había tenido en torno suyo.... Habían *disparado* en lo más recio del fuego.... Lo mismo hicieron dos ó tres peones de don Francisco Vidal, pertenecientes á la división de Minas; pero con esta particularidad curiosa: que al huir se dieron maña para llevarse, de la caballada de su división, todos los caballos que tenían la marca de su patrón.... ¿Cómo realizaron esa *gauchada* en momentos de pánico? Es lo que nunca podrá explicarse.

El 3 de Marzo, Saravia había rehecho sus divisiones, restableciendo la moral de sus soldados con su sola presencia. Cuando el ejército derrotado pasó por lo de Mascarenhas, en el Salto, la marcha se efectuaba regular y ordenadamente. Saravia se aproximó con su estado mayor á *las casas*, donde estaban almorzando, y allí se les invitó á que se sentaran á la mesa. Los oficiales que acompañaban á Saravia aceptaron un plato de sopa, que tomaron de pie, agitados y nerviosos, con el oído atento á los rumores del exterior. Aparicio, por el contrario, se sentó un momento, tranquilo y sonriente, departiendo sobre los recientes y trágicos sucesos con su inalterable buen humor:—«Cosas de la guerra.... Donde las dan las toman.... Esta vez nos ha tocado la peor parte, pero ya vendrá la revancha». El general nacionalista no parecía dar mayor importancia, delante de extraños, á las consecuencias de la acción última. Por último se levantó y despidióse afablemente de todos, diciendo:—«Voy á la retaguardia á ver si hay novedad Tengo que mostrarme á la muchachada para que esté contenta».... (1)

(1) El presidente de la República no se hizo ilusiones respecto á los resultados inmediatos de la acción del Paso del Parque. Al contrario, fué muy comentada una frase suya al señor Acevedo Requena, secretario de la legación del Uruguay en Wáshington, quien, al despedirse del señor Batlle para tomar el vapor, le preguntó:

—¿Y, señor presidente, qué le digo al señor ministro respecto á la terminación de la guerra?

El señor Batlle le contestó:

—Dígale que con cuatro golpes como el que han recibido en el Paso del Parque, todo quedará terminado.

Se deducía de ello que el presidente consideraba que aun faltaba mucho que hacer para terminar con el movimiento armado.

El día 8 de Marzo el Presidente de la República recibió de los oficiales heridos que se asistían en el Hospital de Caridad esta felicitación:

Felicitación al Presidente

«Al señor Presidente de la República, ciudadano don José Batlle y Ordóñez.—Excmo. señor: Los que suscriben, oficiales heridos y enfermos pertenecientes á los ejércitos del Norte y Sur, con el respeto que se merece nuestro primer magistrado y jefe supremo del ejército, tienen el alto honor de felicitar sinceramente á S. E. por la victoria alcanzada por los verdaderos defensores de las instituciones en el Paso del Parque, convencidos de que muy pronto volveremos á la verdadera y única forma constitucional, para honor y gloria de la Patria y el Partido Colorado.—Hospital de Caridad, Sala Artigas.—Montevideo, Marzo 8 de 1904.—Oscar Olave, teniente 2.° del Regimiento 4.° de Caballería; Humberto Serra Caracciolo, maestro de armas del Regimiento número 1 de Caballería; Marcos Bodeau, capitán del 3.er escuadrón de la división Treinta y Tres; Avelino de los Santos, teniente 1.° de la división Lascano (Rocha); José Lagomarsino (hijo), teniente 2.° de la urbana de Canelones; Salvador Acuña, teniente 1.° de la división Soriano; Lorenzo Alonso, teniente 2.° de la división San José; Enrique C. Ríus, alférez de la división San José; Arturo Rodríguez, alférez de la división Artigas; Juan A. Doria, alférez de la división Minas.

El señor presidente envió inmediatamente á uno de sus ayudantes á visitar á los oficiales heridos, agradeciéndoles la felicitación recibida.

El día 11 de Marzo aun estaban por llegar á Montevideo los heridos del Paso del Parque.—El convoy no había salido aún de Tacuarembó, debido á que había sido pesada la tarea de recoger los centenares de heridos y transportarlos convenientemente á San Fructuoso.

Los heridos en Paso del Parque

Luego, los arroyos crecidos y otros inconvenientes habían sido nuevos obstáculos con que hubo que luchar.

De Paysandú comunicaban que la comisión de auxilios que había ido á recoger los heridos en el Paso del Parque, después de muchos contratiempos había logrado llegar al campo de la acción el día 6 y asistir á los heridos que recogió en los primeros momentos y á los que habían recogido los vecinos.

Recién el día 12 de mañana salió de la estación Pampa un tren expreso conduciendo los heridos gubernistas caídos en la batalla del Parque, y que el general Muniz había resuelto llevar consigo.

Entre esos heridos figuraba el valiente 2.° jefe del 6.° de caballería, comandante Atanasildo Suárez.

También figuraba entre ellos un jefe insurrecto: el comandante Gauna.

Los cincuenta ó sesenta heridos del convoy fueron custodiados hasta la estación Pampa, desde el campamento del general Muniz, por una fuerza al mando del periodista capitán Héctor Gómez.

Llegada á Montevideo con toda felicidad esa expedición sanitaria y conducidos los heridos al hospital, el doctor Alfredo Navarro practicó una difícil operación al comandante nacionalista Eustaquio Justiniano Gauna.

Esa operación, bautizada por los competentes en cirugía con el nombre de «laminectomia», es de las más peligrosas y rara vez se presenta en las clínicas hospitalarias.

Por esa causa, el cuarto de operaciones de la sala *Maciel* del hospital, momentos antes de la intervención, fué invadido por un grueso grupo de médicos y practicantes.

Después de todos los preparativos preliminares y anestesiado el paciente por el cloroformo, empezó su tarea el doctor Navarro, con una seguridad asombrosa, incidiendo resueltamente y dejando ver una herida por la espalda, paralela á la columna vertebral, donde, según su diagnóstico, radicaba todo el mal producido por la bala.

Descubierta la columna vertebral, se fué directamente á la médula para liquidar con rapidez la compresión que producía en el enfermo la paraplegia de las extremidades, ó sea una parálisis completa.

Terminada la operación con verdadera rapidez, fué el paciente conducido á la sala, en donde, vuelto de su sueño, expresó que se sentía un poco más aliviado.

Sin embargo, el doctor Navarro declaraba que la herida era de carácter reservadísimo. Operado el 14 de Marzo, el comandante Gauna fallecía dos días después en medio de horribles padecimientos.

El 15 se recibieron telegramas de Rivera comunicando que el jefe del detall del ejército revolucionario, señor Eladio Blanco, se encontraba sano y salvo en aquella villa.

Se había dicho en informes oficiales que era una de las víctimas de la batalla del Paso del Parque.

También, según el mismo despacho, gozaban de buena salud los jóvenes Ponce de León y Serratosa, del estado mayor de Aparicio Saravia, que se daban como heridos en aquella acción de guerra.

Después de ocho días de viaje regresó al Salto, el 16 de marzo, la primera expedición sanitaria á cargo del doctor Juan Rebassio, que había salido para el Daymán.

La expedición salteña

Cumpliendo su misión, llegó más allá del Paso Guayabos, distante del Salto 45 leguas.

La falta absoluta de caballos y el pésimo estado de los caminos impidieron que la expedición realizara con más premura su viaje.

A pesar de los inconvenientes mencionados, el viaje fué rápido si se considera que al regreso trajo los heridos menos graves y asistió en el Parque á muchos más.

Dos partidas revolucionarias proporcionaron caballos al regreso de la expedición; de lo contrario habrían tenido que demorar algunos días antes de llegar al Salto, pues en las estancias no quedaban ni petizos para mandar los peones á las pulperías.

La junta de auxilios salteña, á causa de la demora de 30 horas que sufrió el telegrama de la comisión central, no concurrió con mayor premura al teatro de la acción.

Á no ser por esa causa se hubiera encontrado con el ejército de Muniz y habría curado los 75 heridos que según todos los datos había recogido en el camino y llevaba consigo.

Á un miembro de la expedición llamábale la atención ver que la mayor parte de los caballos de los revolucionarios estaban cerdeados, y preguntó á un estanciero cuál sería la causa, á lo que le contestó que se proveían los soldados, vendiendo la cerda, de tabaco y yerba.

La expedición de auxilios confirmó que los revolucionarios habían llevado consigo á todos los heridos que pudieron, sirviéndose para ello de los carros, carretas y carruajes de las estancias que hallaban al paso.

Sólo habían dejado aquellos heridos á los cuales su estado de gravedad no les

permitía marchar, ó á los que, por haberse apartado del grueso del ejército, no fueron hallados.

Personas llegadas al Salto informaban que por Perico Moreno y Algarrobos, sobre el río Daymán, seguían apareciendo cadáveres. En Algarrobos fué encontrado un grupo de catorce. Diariamente, y cada vez que el río bajaba, aparecía entre los árboles, á la orilla del agua ó sobre los peñascos, algún cadáver.

Los hacendados de esos contornos daban sepultura á los muertos.

Las estancias donde habían quedado heridos eran las de Juan Paiva, Cuchilla, Arbolito, de Manuel Rivas, Paso de Guayabos, Israel, Cunha, Tapado, Manuel Palomeque, Cuchilla Batalla y otras.

El Paysandú de la ciudad de ese nombre, tuvo oportunidad de enterarse de comunicaciones recibidas desde Paso del Parque. Según esas comunicaciones, hasta el 8 de Marzo se habían enterrado ciento treinta muertos. llamando la atención que muchos de éstos se hallaran desposeidos de ropas casi por completo,

Después de la batalla



UN PRISIONERO DE FRAY MARCOS, RECUPERADO EN EL PASO DEL PARQUE.

En la piadosa tarea de dar sepultura á los cuerpos se hallaban empeñadas varias expediciones de las delegaciones de la junta central de auxilios, entre ellas las del Salto y Paysandú, con el eficaz concurso de numerosos vecinos humanitarios que concurrieron al lugar de la batalla á prestar voluntariamente sus servicios.

Muchos de esos muertos fueron encontrados junto al río en la copa de los árboles, detenidos por una red de ramas que impedían la caída.

Esta circunstancia demuestra que los combatientes habían peleado hasta trepados en los árboles, en los que creyeron encontrar posiciones ventajosas para el fogueo. — El diario sanducero constataba que los expedicionarios de la junta de auxilios que salieron de Paysandú y del Salto en busca de los heridos, hallaron á éstos en reducido número, pues Saravia se había llevado los suyos.

Según versiones nacionalistas, los señores Cash y Paysé, propietarios de campos inmediatos al Paso del Parque, afirmaban haber visto muchos nacionalistas degollados. «No sabemos—dice *La Prensa*—si esta declaración es cierta, pero lo que consta positivamente es que casi todos los cadáveres encontrados en el campo ostentaban la horrenda y bárbara herida de arma blanca en el cuello. Como esos cadáveres estaban completamente desnudos, resultaba difícil identificarlos y saber á qué filas pertenecían, pero es muy significativo el hecho relatado por un diario colorado, de que Basilisio Saravia, movido por sus humanitarios sentimientos y su nobleza de alma, creyera del caso poner guardias de su división hasta que pasara todo el ejército gubernista por aquellas estancias, puestos ó ranchos donde había heridos nacionalistas.»

Una "diablura" del Pardo Adán

Dos días después de la sangrienta batalla de Paso del Parque llamó la atención de los vecinos de San Fructuoso, según *El Diario* bonaerense, un jinete que á todo galope atravesaba las calles de la villa, en dirección á la jefatura política, que también era sede de la comandancia militar, donde se apeó. Allí estaba el coronel Islas, que era la primera autoridad del departamento, y á quien el recién llegado dijo:

—Manda decir el coronel Escobar que se digne enviarle apresuradamente la mayor cantidad posible de medicamentos, pues en su división hay varios enfermos y heridos que no pueden ser atendidos por haberse agotado los botiquines.

El pedido fué llenado con toda urgencia, y horas después el chasque volvía á salir de la población con gran cantidad de medicamentos. Dos leguas más allá de San Fructuoso el viajero penetró en una casa de comercio y, dirigiéndose al dueño del negocio, le preguntó:—¿No me conoce?

Y como el interrogado le contestara negativamente, añadió el desconocido:

—Soy Adán, hombre!

Era Adán, efectivamente, el famoso pardo Adán, de larga historia en los sucesos de la frontera.

—¿Y de dónde venís?

El endiablado pardo refirió entonces, riendo como un loco, lo que acababa de hacer.

—Mariano, mi jefe,—dijo, aludiendo á Mariano Saravia,—quedó cortado del ejército de Aparicio después de la pelea en el Paso del Parque, y como los remedios los llevó el general, tuvimos que ingeniarnos para conseguir esos que llevo ahí, que he logrado en San Fructuoso, del propio comandante militar, invocando el nombre del coronel Escobar.

Cuando las autoridades de Tacuarembó conocieron la *fumada*, despacharon varias comisiones para aprehender al pardo, pero éste se hallaba ya á ocho leguas y pudo llegar sin ningún contratiempo al campamento de Mariano Saravia, donde tuvieron eficaz aplicación los remedios que por medio tan ingenioso y arriesgado había conseguido.

Benicio Olivera

En el momento de arrebatar el cañón de Fray Marcos á los artilleros revolucionarios, cayó herido de muerte el comandante Benicio Olivera, oriundo de Rocha. La noticia sólo se supo el día 7, como se desprende del siguiente telegrama que el doctor Julián Graña, entonces diputado por Rocha, dirigió al respetable vecino de ese departamento don Eduardo Caballero, comunicándole la triste nueva.

«Marzo 8—Anoche el Presidente hízome saber la tristísima noticia de la muerte de nuestro leal amigo, comandante Benicio Olivera, en la pelea del Paso del Parque. ¡Cuánto hay que lamentar esta pérdida que priva á la patria y al partido de un abnegado servidor, siempre en las filas para defender la causa de las instituciones y de las tradiciones partidarias, por las cuales rindió su vida, sellando con su sangre los pergaminos de una raza caballeresca y valiente!

»Comunícala á la familia y á los amigos, contando conmigo en estas horas de tan profundas amarguras para los que siempre estimamos al pundonoroso compañero.—*Julián Graña.*»

La Democracia de Rocha, que no tiene vinculaciones con ninguno de los partidos tradicionales, comentando ese telegrama, escribía lo siguiente:

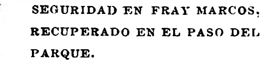
« En ese telegrama habla el amigo y el correligionario político del extinto, y á nuestra tosca pluma toca rendir tributo de justicia al miembro de esta sociedad y al ex funcionario público que en largos años de servicios supo captarse el aprecio de muchos y el respeto de todos.

» Es una pérdida sensible y hondamente sentida, no sólo por sus amigos políticos, sino también por los adversarios, que con nobleza y lealtad lo declaran, reconociendo sus indiscutibles méritos, que eclipsan los errores padecidos en su agitada vida pública.

» Á otras plumas mejor cortadas, y á otros ánimos menos afectados por la dolorosa sorpresa, dejamos la tarea de trazar siquiera sea los rasgos más sobresalientes del valeroso militar, en la hora del último tributo, pagado lejos de los suyos, en el campo de dolorísima tragedia de hermanos contra hermanos!

« ¡Malditas sean una y mil veces las guerras fratricidas! ¡Maldito el extravío que induce á los hermanos al tan estéril cuanto heroico sacrificio! »





PRISIONERO DEL ESCUADRÓN DE SEGURIDAD EN FRAY MARCOS, RECUPERADO EN EL PASO DEL PARQUE.

Persona llegada del Paso del Parque el día 14 de Marzo, refirió que la noche anterior al combate tuvo ocasión de hablar con el comandante Benicio Olivera.

Andaba el comandante Olivera recorriendo el campo con un grupo de hombres, observando principalmente las posiciones que ocupaban las fuerzas revolucionarias, y terminada su tarea se retiró al campamento de su división. Era próximamente la una de la mañana cuando pasó cerca de una estancia, con cuyo propietario se detuvo á conversar.

El estanciero interrogó sobre los sucesos al comandante Olivera y éste por toda contestación le dijo:

— « Lo que aseguro, señor, es que de donde están no pueden írsenos. Mañana temprano tendremos baile. »

Al día siguiente, cuando el comandante Olivera iba con su gente á ocupar su puesto en el combate, pasó nuevamente por la estancia, donde fué obsequiado con una taza de café. — Al despedirse agradeció el obsequio y exclamó: — « Hasta luego! »

Y poniendo al galope su caballo, marchó con sus bravos á la pelea, en la cual debía encontrar heroica muerte.

Al mismo tiempo que la noticia de la muerte del comandante Olivera, llegaba la de haber sido herido el valeroso comandante Atanasildo Suárez.

Atanasildo Suárez

El Presidente de la República, al enterarse de esa novedad, envió un atento recado á la esposa del sargento mayor Atanasildo Suárez anunciándole que el valiente militar llegaría de un momento á otro á Montevideo.

Agregaba que la herida no revestía gravedad é informaba á la señora que había mandado felicitar al mayor Suárez por su brillante comportamiento en la acción, donde se distinguió de una manera notable, reflejando honor sobre las armas del ejército.

Con motivo de la brillante actuación del comandante Suárez en el Paso del Parque, *La Razón* trazó su biografía en los siguientes elogiosos términos:

« En la vanguardia del general Muniz, junto á Galarza, á Benicio Olivera y á Basilisio Saravia se destacaba á todas horas la figura de un joven que, en uni-

forme, quepis de caballería, ceñida blusa y brillante sable, desafiaba una y mil veces la muerte con calma impertérrita. Era Atanasildo Suárez. Hijo del general Suárez, Atanasildo ha heredado el temperamento bravío y el valor temerario frente al enemigo, pero la educación, el medio, el tiempo, han dado más reflexión, más pensamiento, más intelectualidad al hijo que al padre, forjando en oro puro el molde de un jefe tan ilustrado como valiente que se destaca con contornos propios en el ejército.

Educado en la Academia Militar Atanasildo Suárez, todos recuerdan aquel joven cadete siempre dispuesto á cruzar la espada con el más temible adversario, pero poco discutidor, pensativo, tranquilo, nada vanidoso, reconcentrado en si mismo con un fondo de inocencia y de bondad muy semejante á la mansedumbre de los pequeños leones. De la Academia Militar, con el grado de teniente ya, Suárez pasó al Regimiento 1.° de Caballería, donde como antes había estudiado la teoría, conoció las prácticas rudas del campamento é hizo el verdadero aprendizaje de la guerra.

Su probado valor, su destreza infinita en el manejo del caballo, lo indicaron bien pronto para las más difíciles comisiones. Los sombríos montes del Arapey y del Daimán fueron testigos muchas veces de sus luchas con matreros, con criminales de toda especie, de sus *hombradas* de cada momento, que lo hicieron respetado y famoso en el pago.

En la guerra del 97 fué 2.° jefe de la escolta del general Villar, realizando en toda la campaña arriesgadísimas comisiones militares.

Ascendido á capitán, el gobierno, alarmado por los sucesos inquietantes de la frontera de Cerro Largo, lo nombró jefe del Resguardo, fijando Suárez con ese motivo su residencia en Melo y Artigas. Y en el mismo centro de la dominación nacionalista, el hijo de Goyo Suárez ciñó de tal modo su conducta á la corrección y al deber, que su temple moral, al mismo tiempo que la leyenda de su valor, hicieron de él una personalidad invulnerable.

Cuando el Inspector de Policías señor Zufriateguy terminó el sonado sumario al Jefe Político de Cerro Largo, muchas amenazas de gente de los bajos fondos llegaron hasta él, y el gobierno tuvo la convicción de que los comprometedores documentos no llegarían á Montevideo. Entonces buscó quien pudiera hacer el viaje á caballo desde Melo, y, naturalmente, las miradas se fijaron en Atanasildo Suárez, quien, sólo con un peón, salió á caballo de noche, y marchando sin descanso, hizo ochenta leguas hasta alcanzar una estación del Ferrocarril del Norte. Pocas horas después entregaba el proceso en manos del Presidente de la República.

Varios meses más tarde Suárez fué nombrado jefe de escuadrón del regimiento del coronel Galarza. Y en aquel nido de fieras en la pelea, Atanasildo se impuso, al decir del mismo coronel Galarza, como un modelo de capitán y un buen candidato á jefe.

Entretanto, se había decretado la formación del 6.° de Caballería de línea, y naturalmente, en aquellas lejanas comarcas del Cebollatí se necesitaban manos de hierro para organizar el Regimiento. El gobierno nombró jefe al veterano comandante Ortiz, y, promoviéndolo á sargento mayor, nombró 2.° jefe á Atanasildo Suárez.

El mismo día que estalló la actual insurrección, el 6.° de Caballería marchó arrogantemente á ocupar la extrema vanguardia del ejército de Muniz.

Con el Regimiento 6.°, á su frente muchas veces, Atanasildo Suárez ha realizado proezas sin cuento. Illescas, Mansavillagra, Palmar, Valentín, San Juan,

fueron otros tantos campos para su arrojo avasallador y más de una vez, la adoración que le profesan sus soldados lo hizo rescatar del poder de los enemigos en formidables entreveros.

En la marcha actual al Norte del Río Negro, Atanasildo Suárez siempre ocupó la extrema vanguardia, guerrillando al enemigo constantemente de día y de noche.

Este es el hombre que en la batalla del Paso del Daimán, después de tanto jugar con la suerte, acaba de ser alcanzado por el plomo, en el acto de atacar al frente de sus tropas el parque de Saravia.»

Como en realidad quien había dirigido el avance sobre el parque nacionalista había sido el jefe de la extrema vanguardia, coronel Galarza, el diario *La Razón* se creyó en el caso de presentar á sus lectores la siguiente silueta de ese militar:

Pablo Galarza

«El vencedor en el combate del Paso del Parque es, sin duda alguna, el hombre del día.—Pablo Galarza es la personalidad militar que acentúa con más vigor los lineamientos de su capacidad y su carácter en las filas del ejército legal, ricas, sin embargo, en oficiales de estudios, de méritos y de prestigio.



COMO QUEDAN LOS HERIDOS EN EL CAMPO DE BATALLA

Desde los comienzos de la guerra civil actual, Galarza se ha destacado como jefe de primer orden. Y no sólo ha podido comprobar que su regimiento, gracias á una admirable organización, está convertido en prodigiosa máquina de guerra, sino que ha demostrado facultades personalísimas, de inteligencia, de tesón y de audacia...

El *coronel* del 2.° de Caballería, no pertenece al montón de los remolones, de los que, «haciendo sebo», esperan que les caiga de arriba el ascenso codiciado.... Es, por el contrario, de los que siempre están en la punta, y no hay cargo más conforme con su temperamento que el que ahora desempeña en el ejército de Muniz. Por ser jefe de vanguardia, es el primero en ver al enemigo, el primero en atropellarlo, el primero en iniciar las persecuciones ... En esta campaña el *indio* Galarza ha demostrado, no sólo valor y audacia, sino pericia, serenidad, táctica aprendida y práctica campera. Es uno de los pocos jefes completos de nuestro ejército, y el concurso unánime de la soldadesca entusiasmada lo ha proclamado *taita* y *terne* después de las acciones de Mansavillagra, Illescas, Las Palmas y Centurión....

Es hombre que tiene el don de apasionar á los soldados. Aunque adusto y severo, aunque inflexible en las cuestiones de disciplina, se hace querer en tiempo de paz y admirar en tiempo de guerra... «Es un padre para sus «muchachos»; los contempla y los cuida como si cada uno fuera una alhaja.... ¡Y hay cada «peine» entre ellos! Pero él los ayuda con algunos reales de su bolsillo cuando se ven muy apurados y los saca de entre las garras de la policía cuando se «resfalan» en algún «batuque orillero»....

Galarza es alto, cetrino, de aspecto adusto. Su padre, el general, le hizo seguir estudios de agrimensor. Estudió con Alfredo Lerena, con Luis Machado,

con Joaquín Travieso. Pertenece á su misma camada, y con ellos aprendió á enfilar las banderolas rojas y á apuntar.... con el teodolito. Pero hoy está ya muy lejos de los senos y los cosenos, y se acuerda de las tablas logarítmicas como de la primera camisa que se puso...

Es caudillo. En Soriano ha obtenido en herencia (consolidada por conquista propia) el prestigio inmenso de su padre. Para los fines de la popularidad emplea modalidades, locuciones y figuras gauchescas.... Pero si se le escapa alguna de ellas delante de puebleros, agrega siempre, con una sonrisa: «como dicen nuestros paisanos». Tiene el afán de agradar á las personas que le piden servicios, y cuando se empeña es singularmente culto y afable.

Es víctima de una gran pasión: los caballos. En su cuartel del Durazno tiene ocho ó diez parejeros. El mismo los cuida; se pasa las horas en el patio mateando en cuclillas y contemplándolos en silencio. Una carrera ganada equivale para él á la más resonante de las bélicas victorias; una carrera perdida equivale á un desastre. Los «muchachos» saben, por dura experiencia, que la *luna* del coronel, en ese último caso, no entra en menguante sino á los quince ó veinte días después de la carrera desgraciada....

Es muy religioso y hasta beato. Toma parte en todas las funciones de iglesia sosteniendo el palio, ó con un cirio de á seis libras en la mano. Usa escapularios y medallitas, y, según díceres, da á los curas, anualmente, algo así como mil pesos de las rentas de su fortuna.

Es excéntrico en su manera de vestir. Ahora, en campaña, parece un Mefistófeles de ópera. Resulta como bañado en sangre de pies á cabeza. Gorro colorado, chaquetilla colorada, pantalón colorado, botas coloradas.... No usa espada, sino alfanje, corvo y ancho y de puño de oro, y cuando va á caballo lo lleva atravesado en la carona. Cuando un oficial se acerca á comunicarle una noticia, desenvaina el alfanje, lo empuña verticalmente, mientras oye con gran atención, y después de hacer un garabatito en el aire con el temible acero, lo envaina, murmurando indefectiblemente: «Que sea en hora buena!»

Usa actualmente carpa espaciosa con antecarpa. Lleva consigo un médico que sigue la curación de unas berrugas en el rostro. Es hombre frugal y fuerte á un mismo tiempo. Verdadero centauro, es capaz de realizar marchas casi fabulosas á lomo de caballo. Y como su indiada se identifica con él en el esfuerzo y en el estoico desdén de los cansancios, de ahí que la división Galarza sea tan temible en la pelea y tan obstinada en la persecución....

Galarza hace veintitrés años que está al frente del 2.° de Caballería. Se le han ofrecido las palmas de general y no las acepta. Desea celebrar sus bodas de plata con los indios *crudos* y *ternes* de su regimiento!»

La supuesta acción de Laureles

Dos días después de conocerse en Montevideo la noticia del Paso del Parque, corrieron con gran insistencia, en distintos circulos, versiones de haberse librado otro gran combate entre las fuerzas legales y los insurrectos, con resultado enteramente favorable á las primeras. Se aseguraba que se habían tomado 30.000 caballos á los revolucionarios, con todo su parque, y que éstos, desbandados, huían en dirección al Brasil. Agregábase que el combate había tenido lugar en Laureles. Circuló la noticia con extraordinaria rapidez, por lo mismo que era completamente infundada.

El encuentro no había podido verificarse en el arroyo Laureles, pues los ejércitos se encontraban lo menos á veinticinco leguas de este paraje, que había quedado á retaguardia.

Tampoco podía haberse librado el encuentro á márgenes del arroyo Laureles del departamento de Rivera, pues no había manera de que se hubieran salvado las 38 leguas largas que lo separan del Paso del Parque.

En el primer momento los círculos nacionalistas de Buenos Aires daban algún crédito á la versión sobre nuevo combate. Un miembro de la redacción de *La Prensa* preguntó á un caballero uruguayo que le había informado varias veces sobre la marcha de los acontecimientos revolucionarios:

— « ¿Qué hay de cierto sobre el nuevo combate que se dice efectuado en Laureles?

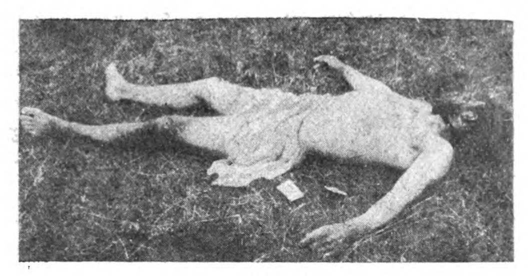
— Algo debe haber, — contestó el interpelado, — pues esta tarde recibió un comerciante de esta ciudad, que está en relación con otro comerciante de Santa Ana do Livramento, el telegrama siguiente: « Combate sangriento en Laureles. Ignóranse detalles. » Este hecho, si fuera cierto, demostraría también que no ha podido ser derrotado Saravia, como se dice en el parte fraguado de Muniz.

— ¿Entonces, lo de los cañones, parque con municiones y caballadas tomados á Saravia, no sería cierto?

— No, señor.

— ¿Qué le parece la situación del señor Batlle y Ordóñez?

— Malísima, como nunca. Triunfe ó no triunfe la revolución, es candidato para el derrumbamiento. Es un caso típico, exactamente igual al de Juárez Celman. Lo único que podría salvarlo sería una paz honrosa, cuya oportunidad le ofrece ahora la comisión argentina. »



UN DEGOLLADO

La noticia del combate en Laureles provenía de la comandancia militar del Salto, la cual las había recibido por conducto del coronel Leleu, que estaba con fuerzas avanzadas de la guarnición salteña en aquel punto. Dicho jefe informaba que nuevamente había sido batido Aparicio Saravia al entrar en el departamento de Tacuarembó, y que le había cortado el paso el general Benavente, que marchaba flanqueándolo.

Asegurábase en las comunicaciones oficiales referidas, que en el nuevo encuentro habían tenido numerosas bajas los revolucionarios y que eran las fuerzas de Muniz las que habían batido otra vez á Saravia.

Se agregaban detalles: que la diligencia del mayoral Medina había sido tomada por los insurrectos después de la pelea en los límites del departamento de Tacuarembó y llenada con jefes y oficiales heridos, y que el campo donde se había librado el combate había quedado sembrado de muertos y heridos.

Al mismo tiempo, y refiriéndose al combate del Daimán, se afirmaba que los revolucionarios habían perdido en esa acción seis mil caballos que estaban custodiados por cien hombres á una legua de donde estaba acampado Aparicio Saravia.

Esa gente resistió en los primeros momentos, pero después, cuando se le empezaron á hacer bajas, huyeron abandonando la caballada.

El corresponsal de *La Prensa* telegrafiaba el día 9 de Marzo á su diario desde Concordia: « Hasta esta noche no se ha tenido confirmación del combate en Laureles.

La noticia que he transmitido anteriormente debe tomarse como informe exclusivamente oficial, pues así la envío, bajo la responsabilidad de los jefes del gobierno que la han hecho circular. »

En el Salto se festejó el supuesto nuevo triunfo de las armas gubernistas. Pero veinticuatro horas después todo el mundo se dió cuenta de que se trataba de una *filfa* enorme.

Interrogados varios miembros del directorio nacionalista en Buenos Aires, manifestaron no creer que las fuerzas revolucionarias hubieran librado nuevo combate en Laureles, fundándose en que el mismo gobierno negaba tener conocimiento de que se hubiera efectuado. Por otra parte, ninguno de ellos había recibido noticia alguna de la infinidad de agentes que tenían en el litoral uruguayo, y consideraban muy sospechosas las informaciones que suministraba la comandancia del Salto.

En cuanto al combate del Daimán, sostenían aún las personas aludidas con una obstinación singular, que el derrotado había sido el gobierno y no la revolución; que la acción librada en Paso del Parque había sido una nueva sorpresa que preparó Saravia á la vanguardia del general Muniz, y que la mayor parte de los muertos que estaban enterrando pertenecían á las fuerzas gubernistas.... Los miembros del directorio se aferraban desesperadamente á la fantástica *versión Beceiras!*

Aparte de los informes ya mencionados en la comandancia del Salto, se recibió una comunicación para que fuera pasada al Presidente de la República. Procedía también del coronel Leleu, el que se encontraba en el paso de las Cadenas, en Laureles. En dicha comunicación Muniz daba cuenta de que tenía sitiado al ejército revolucionario entre Arerunguá y Cañas; que él tenía un ejército de 12.000 hombres; que los principales jefes que tenía allí eran Callorda, Basilisio Saravia, Viera, Galarza, y que el paso que le quedaba para salir á Saravia estaba guardado por 5.000 hombres.

Dicha noticia fué remitida del campamento del general Muniz con fecha 7 de Marzo.

El 10 de Marzo el Presidente de la República recibió el siguiente telegrama del cónsul oriental en Santa Ana do Livramento:

Saravia en Rivera

« La vanguardia de Aparicio está acampada á cuatro leguas de Rivera y el ejército á quince leguas.

Me dicen que Muniz y Benavente van á seis leguas del enemigo.

Aparicio trae numerosos heridos, entre ellos los coroneles Gonzáles y Gutiérrez.— De Porongos llegaron á Rivera los doctores Alfonso Lamas y Bernardo García. »

El Día comentaba ese telegrama en esta forma:

« Se han recibido noticias oficiales sobre la marcha de Saravia.

El hombre arrastra penosamente sus numerosos heridos á Rivera. Detrás de él va el general Muniz con todo su ejército.

Unos y otros marchan muy despacio, por las detestables condiciones en que se encuentran las caballadas, tanto en el ejército insurrecto como en el ejército del general Muniz.

Noticias procedentes de Rivera atribuyen á Saravia la intención de dejar sus heridos en Rivera y atrincherarse después en las sierras de Aurora, á una legua de aquella villa.

Si el hecho resulta cierto, importaría el fin de la insurrección, pues una revo-

lución que se atrinchera es una revolución que se considera perdida, máxime cuando esas trincheras se establecen á un paso del Brasil.

Si Saravia va á las sierras de Aurora, será para disparar sus últimos cañonazos. Es verdad que esto no lo puede hacer después del percance del Paso del Parque. Se limitaría, pues, á consumir sus últimos cartuchos... Pero eso mismo le sería difícil después del consabido percance, á menos que de la frontera le hubiese llegado clandestinamente alguna partida de municiones, lo que nos parece poco probable.»

Resultaba indudable que Saravia había llegado á Rivera sin ser molestado durante la retirada. Seis días después de llegar á esa población, acampando en sus alrededores, Muniz no se le había hecho presente con su ejército victorioso. El 16 de Marzo el Ministro de Relaciones Exteriores recibió un extenso telegrama cifrado del señor Gabriel Vázquez, cónsul oriental en la ciudad fronteriza de Santa Ana. Por manifestaciones de personas altamente colocadas se supo que en esencia, comunicaba que esa mañana, antes de las 8, había comenzado á retirarse de Rivera el ejército revolucionario. Se suponía que el caudillo nacionalista procuraba alejarse de la frontera para evitar ó por lo menos contener la deserción de sus soldados.


LA PULPERÍA DE ESTÉVEZ

Noticias de Livramento de ese mismo día aseguraban que habían abandonado el ejército nacionalista el comandante Agüero y el capitán Sotelo; que muchos grupos se internaban en la campaña brasileña; que más de quinientos hombres habían tomado rumbo á Bagé; que Aparicio Saravia acampaba á tres leguas de Rivera, y que quedaban varias divisiones alrededor del pueblo.

El Día anunciaba que por Reboledo habían pasado varias partidas sin divisa, que habían cortado el telégrafo, y que era gente dispersa de Saravia que volvía á sus pagos.—De distintos puntos de la campaña comunicaban que pasaban grupos dispersos, y el diario oficial terminaba sus informes estimando que las fuerzas de Saravia habían quedado reducidas á cuatro mil hombres.

Los principales pasos del río Negro estaban guardados por fuerzas del gobierno, para evitar el pasaje al sur del ejército revolucionario.

Con la misma fecha circulaba un boletín en la ciudad fronteriza de Uruguayana, en el que se decía más ó menos lo siguiente: que Aparicio Saravia ya había instalado en Rivera su hospital de sangre; que había constituído un gobierno federal, y que pediría al gobierno argentino la beligerancia. También decía el boletín que las fuerzas del gobierno que mandaba el general Muniz estaban acampadas á siete leguas de Rivera.

Se anunciaba además como inminente la incorporación á Saravia de Guillermo García y su titulado ejército del Norte, afirmándose que de los municipios brasileños más cercanos al territorio oriental habían sido sacados varios miles de caballos con destino al ejército revolucionario.

De Santa Ana comunicaban también que el ejército del general Benavente buscaba incorporarse al del general Muniz, llegaban noticias asegurando que Aparicio Saravia con sus fuerzas tomaba posiciones en las proximidades de Rivera y esperaba allí al ejército del general Muniz, al que se suponía á dos jornadas del lugar donde había *clavado la uña* el caudillo nacionalista.

Saravia había recogido el armamento y las municiones que tenía depositadas cerca de Santa Ana do Livramento en poder del coronel Juan Francisco Pereira.

Un miembro de la junta de guerra en Concordia, comentando el 17 de Marzo tales novedades, decía: — «Los nacionalistas sabemos que jugamos una partida decisiva, tanto que si somos vencidos nuestro ostracismo político continuará por largos años más.»

El mismo aseguraba que eso de los miles de dispersos nacionalistas que se hacían figurar asilados en el Brasil eran invenciones.

— «Y en prueba de ello — agregaba — ¿Cuántos derrotados han llegado á Concordia después de haber tenido lugar los combates en el Paso del Parque, el que se encuentra á doce ó catorce leguas de aquí? Ninguno!»

Actividad de Julio Barrios

Gradualmente se desvanecían, por la lentitud y la ineficacia de la persecución de Muniz, las favorables consecuencias del reciente descalabro nacionalista, en el sentido de próxima terminación de la guerra. Resultaba que el ejército de Saravia no había *huído* hacia el Brasil, sino que había realizado una operación de guerra, en procura de los elementos que le faltaban. El caudillo revolucionario parecía dispuesto á pelear de nuevo, y los nacionalistas entonaban sus apagados entusiasmos con telegramas como éste, fechado en Paso de los Libres el 17 de Marzo:

«En este momento comunican de Santa Ana do Livramento que las avanzadas del ejército del general Aparicio Saravia atacaron y destrozaron completamente á la vanguardia del general Muniz.

»Se le tomaron más de mil caballos y un carro de municiones.

»Las fuerzas gubernistas tuvieron numerosas bajas, y se dispersaron, perseguidas por el enemigo, que las obligó á pasar la frontera, donde fueron desarmadas por las autoridades brasileñas.

»El grueso del ejército de Muniz emprendió la retirada al sur.»

El combate á que se refiere el telegrama anterior existió realmente, aunque no lo libraron los revolucionarios contra la vanguardia de Muniz, sino contra las fuerzas de Julio Barrios.

Este jefe había salido de Santa Rosa con su división, perfectamente armada y municionada.

Llegó sin novedad á San Eugenio y el 7 de Marzo, penetrando tranquilamente en el pueblo, pues los grupos revolucionarios que merodeaban por allí se retiraron al aproximarse el temible guerrillero.

La estadía de Barrios en Santa Rosa no había sido del todo apacible. Los diarios de Entre Ríos acusaban al guerrillero ríograndense de haber cometido deplorables excesos. He aquí lo que el corresponsal de *La Prensa* en Concordia comunicaba con fecha 3 de Marzo:

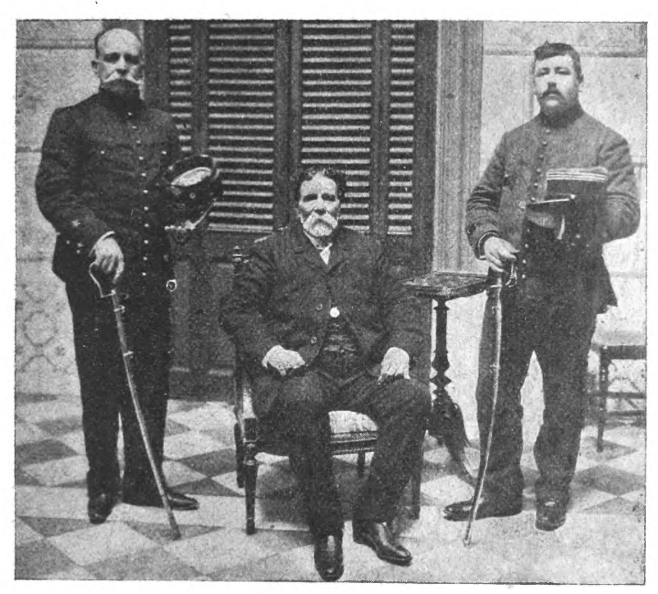
«Profunda indignación han producido las noticias publicadas por los diarios locales sobre los degüellos de ciudadanos argentinos en Santa Rosa.

»Se han suministrado nuevos datos sobre las atrocidades cometidas por las fuerzas del gobierno.

» Uno de los correntinos que prestaba servicios en la policía de Santa Rosa, en los momentos de la entrada de Julio Barrios y su gente en el pueblo se ocultó en una alcantarilla, de donde fué sacado por las fuerzas gubernistas y degollado en el acto.

» Otros catorce que permanecían también en la policía y que no habían hecho resistencia, fueron desnudados hasta medio cuerpo, atados por el cuello y llevados en esta forma, y bajo una lluvia torrencial, hasta la estación del ferrocarril, donde se encontraba Barrios.

» A estos desgraciados argentinos se les hizo blanco de cuanta crueldad es imaginable, vejándolos en la forma más condenable, con lujo de procedimientos que dejan atrás las torturas de antes ».



EL GENERAL MUNIZ Y SUS AYUDANTES

Por su parte el comandante Barrios hizo un telegrama al coronel Domínguez, en el que decía que cuando él entró en Santa Rosa se encontró con que las fuerzas nacionalistas que salieron de allí habían degollado tres individuos, dejando los cadáveres escondidos en las barrancas de la costa del río Uruguay.—Agregaba que él, por queja que tuvo de vecinos de Santa Rosa respecto á la conducta observada por Telmo Pintos, y sabedor de que éste se había apoderado de 600 pesos que no le correspondían, le mandó decir que si no los devolvía á su dueño, le pegaría cuatro tiros á su hermano, al que tenía preso. Con esta amenaza, Pintos mandó el dinero.

Al transcribir esta noticia, el corresponsal de *La Prensa* telegrafiaba á su diario:

« Al dejar constancia de tales explicaciones, no necesito repetir que están desautorizadas por los informes que he transmitido, por las referencias del corresponsal de *La Prensa* en Monte Caseros, y por el testimonio del vecindario de ese pueblo, vecino del de Santa Rosa, el cual consta en documentos enviados al Ministerio de Relaciones Exteriores, y ha motivado la reclamación de la cancillería por los actos de la gente de Barrios. »

La Prensa del Salto escribía lo siguiente sobre estos sucesos:

« El comandante Barrios, que no ha descansado un momento, emprendió marcha con dirección á Santa Rosa, pueblo situado sobre el Uruguay y á poca distancia de la desembocadura del Cuareim. Santa Rosa estaba ocupado por

los insurrectos que, desalojados de San Eugenio, instalaron allí «la capital» del departamento de Artigas, designando como jefe político, en reemplazo del señor Muguerza, que fué á Concordia después de su derrocamiento, al sujeto Telmo Pintos, que está procesado en este país y fugó hace algún tiempo á la Argentina para eludir las penas que la justicia le señalara, de acuerdo con la ley. Telmo Pintos se ocupó en Santa Rosa de cobrar contribución de guerra y hacer cosas por el estilo. A un pobre comerciante de Santa Rosa que había emigrado á Monte Caseros, le mandó prevenir que si no le enviaba en el término de *cuatro* horas la suma de ciento cincuenta pesos, haría saquear su casa de comercio. El comerciante, ante tal amenaza, no tuvo más remedio que acceder á la exigencia de Pintos, enviándole la suma indicada.

»El comandante Barrios llegó á Santa Rosa y tiroteó á los insurrectos, que ya habían preparado embarcaciones para atravesar el Uruguay en caso de apuro. Los revolucionarios tentaron una resistencia, pero fué en vano. Las tropas legales entraron victoriosamente á la plaza, causándoles á los rebeldes diez bajas, ocho heridos y dos muertos, y tomándoles 22 prisioneros. El «Jefe Político», que era el director de la defensa, pasó con los primeros á Monte Caseros con una herida de bala en una pierna.

»Habiendo tenido conocimiento el comandante Barrios de que Pintos había cobrado contribución de guerra, trató de que las sumas indebidamente arrancadas por éste fueran devueltas, y para ello hizo lo siguiente:

»Entre los prisioneros había un hermano de Telmo Pintos. El comandante Barrios escribió á Pintos enviándole al efecto un propio, que era precisamente otro de los prisioneros, y le mandó decir que devolviera todo el dinero que hubiera recibido en Santa Rosa como contribución de guerra; que si no lo hacía antes de veinticuatro horas, fusilaría al hermano que había caído prisionero; y que si accedía, lo dejaría á éste en libertad. Telmo Pintos mandó en seguida casi todo el dinero, agregando que no enviaba el total porque había dispuesto de algo y no tenía con qué sustituir lo que faltaba.

»El comandante Barrios, haciendo honor á la palabra empeñada, dejó en libertad al hermano de Pintos. Los fondos entregados por éste fueron devueltos á los respectivos contribuyentes por el comandante Barrios.»

Con fecha 7 de Marzo transmitían de Concordia la siguiente información:

«Una carta recibida hoy consigna el rumor de que Julio Barrios, al pretender vadear el arroyo Ayacuy, se ahogó por habérsele dado vuelta el caballo.» La noticia era uno de los tantos embustes que se inventan en tiempo de guerra. Ese mismo día 7 de Marzo el vapor *Surubí* regresaba al Salto, procedente de Santa Rosa, y el comandante Nemesio Ceballos, que se encontraba en Monte Caseros, y que había bajado en ese vapor, aseguró que el día antes había estado con Julio César Barrios en Santa Rosa, y que aquél se encontraba sano, gordo y contento.

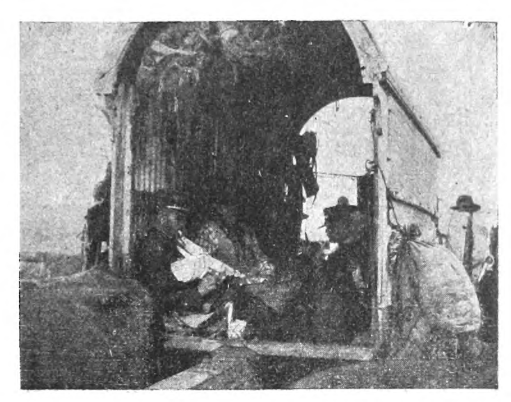
Barrios manifestó que no tenía enemigos á varias leguas alrededor, pues había hecho una batida hasta el Arapey, sin dar con un solo grupo revolucionario.

El mayor Espalter había quedado en Santa Rosa con un plantel del batallón de marina.

Súpose también que en las fuerzas de Barrios iban como tenientes los oficiales Luis Esteves y B. Chagas, el primero comandante militar de Rivera y el segundo prestigioso jefe en las guerras civiles de la provincia brasileña de Río Grande.

Al salir de San Eugenio el comandante Barrios, con su división reforzada hasta la cantidad de mil hombres, bien armados y municionados, considerando que las fuerzas de Saravia estarían completamente desmoralizadas después del golpe terrible del Paso de Parque, concibió el proyecto de hostilizarlas durante su estadía cerca de Rivera, y hasta de dispersarlas por completo en un ataque nocturno. Los que se encontraban enterados en Montevideo de los planes que abrigaba el audaz guerrillero ríograndense, aseguraban que tenía el propósito de atacar á Rivera, de improviso y á la desesperada, para apoderarse de Aparicio Saravia en persona, aprovechando de la sorpresa. Efectivamente, Barrios — á quien *el campo*, según la frase vulgar, *se le había hecho orégano*, — intentó ese ataque que había anunciado con su jactancia de impetuoso meridional, pero el resultado estuvo lejos de corresponder á sus deseos. Sin embargo, las primeras noticias publicadas en Montevideo respecto á sus hazañas, le fueron completamente favorables. *El Día* de 18 de Marzo decía: — « El Presidente de la República ha recibido telegramas de Santa Ana, segun los cuales las fuerzas de Julio César Barrios y Luis Esteves han embestido por dos veces á la retaguardia del ejército de Saravia en los alrededores de Rivera, produciéndole un verdadero desbarajuste.

Combate del Cerro de Aurora


LOS HERIDOS DEL PARQUE CONDUCIDOS EN CARRETAS TOMADAS Á LOS REVOLUCIONARIOS

La primera acometida la dieron los valientes guerrilleros Barrios y Esteves en la tarde de anteayer (16), atacando en el Cerro de la Aurora, á cuatro leguas de Rivera, á una fuerte columna saravista. — El desconcierto que produjo el atrevido avance fué tan serio, que el mismo Aparicio Saravia se vió en el caso de acudir con numerosos refuerzos para sostener á su retaguardia.

La aparición de Saravia al frente de mucha gente obligó á retirarse á las huestes gubernistas. Pero su ánimo debe de haber quedado bastante levantado, cuando se han sentido con valor para renovar ayer la carga, y renovarla con grandes bríos, pues en momentos en que se transmitía el telegrama á que nos referimos, seguía el tiroteo é iban llegando á Rivera muchos heridos saravistas.

Estos ataques de Barrios y Esteves, que tienen que ser repelidos por el propio Saravia al frente de grandes divisiones, son la mejor prueba de que aquello es el verdadero *acabóse*, pues hay que tener en cuenta que Barrios sólo tiene unos ochocientos hombres, aunque armados con armas de precisión y provistos de todo lo necesario.

Según las comunicaciones á que nos referimos, los insurrectos de Rivera extrañan que todavía no se les haya incorporado Guillermo García con unos cuatrocientos hombres, y manifiestan temores de que haya sido derrotado.

Sobre esto sólo podemos decir que el gobierno nunca ha podido saber á ciencia cierta la ubicación de ese ejército de García, que parece un verdadero ejército fantasma, pero es indudable que si él existe y ha tenido la mala fortuna

de trenzarse con la gente de Barrios, es seguro que ha salido completamente derrotado.

Se confirma que las deserciones en el ejército saravista siguen en aumento. »

La acción del Cerro de Aurora no había producido *desbarajuste* en las filas revolucionarias. El comandante Barrios había sido «completamente deshecho», y á ese descalabro se refería el telegrama de origen nacionalista sobre dispersión de *la vanguardia de Muniz.*

Barrios había sido derrotado, dejando 40 muertos y llevándose los heridos que pudo, pues otros quedaron en el Brasil. Barrios salió con 60 hombres de los 800 que mandaba ese dia, y escapó milagrosamente porque cerró la noche. El encuentro fué en Los Galpones, distante dos leguas y media de Rivera y sobre la línea fronteriza. Lo batieron Basilio Muñoz y Francisco Saravia.

Un prisionero que tomaron los insurrectos dijo que Barrios pretendía *copar* el parque de Aparicio Saravia.

La tropa de Barrios peleó bien, prefiriendo muchos hacerse matar antes que entregarse, como sucedió; y dos días después del combate, recorriendo un periodista el camino donde tuvo lugar el encuentro, vió las tumbas que quedaron después olvidadas y borradas por la gramilla y el paso de las haciendas. Barrios anduvo un par de días por los montes.

Un telegrama de Yaguarón daba cuenta de que «el día 16 la división de Nepomuceno Saravia (1) había derrotado en las proximidades de Marco, lugar divisorio cerca de Rivera, á las avanzadas de la vanguardia del ejército de Muniz mandadas por Juan David y Julio Barrios, compuestas de 640 hombres.

»Los gubernistas habían dejado en el campo 100 muertos y muchos heridos, varios carros de munición, 800 caballos y bastante ganado.

»Julio Barrios escapó á pie con 20 hombres y se introdujo en el lugar llamado de las Grutas.

»Los nacionalistas perdieron en la jornada á los capitanes Crosa y Botana.»

Comentando este hecho, decía *La Nación* de Buenos Aires:

«Ya no puede dudarse: el comandante nacionalista Julio Barrios, con un grupo de compañeros que no alcanzan al número de 200, ha atacado en Sierras de Aurora al ejército revolucionario comandado por el mismo Aparicio Saravia. (2)

Aunque los hechos en que ha actuado el comandante nacionalista Julio Barrios han tenido siempre un sello de hazañas heroicas, de audacias casi inconcebibles, como aquella defensa memorable del puente del Cuñapirú en 1897, donde con sólo 30 hombres contuvo al coronel gubernista Américo Fernández con fuerzas diez veces superiores en número; aunque estos hechos, decimos, pudieran indicar claramente el temple de aquel famoso guerrillero, no es menos cierto que este último episodio de Sierra de Aurora ha sobrepujado lo concebible en materia de acciones guerreras.

Los mismos nacionalistas revolucionarios — pues es preciso tener en cuenta que esta vez la lucha ha sido entre partidarios, entre ciudadanos afiliados al partido uruguayo en armas — han declarado la importancia del combate que nos ocupa y en el cual Julio Barrios, parapetado á la usanza boer en las rocas de

(1) Es un error: las fuerzas nacionalistas que pelearon estaban al mando de Basilio Muñoz (hijo).

(2) Las fuerzas de Barrios pasaban de 800 hombres.

aquella conocida y abrupta sierra, ha contenido durante dos días el empuje de fuerzas revolucionarias más de diez veces superiores en número y comandadas por jefes distinguidos como Basilio Muñoz (hijo).

Dos tendencias opuestas—fuera de la diversidad momentánea de opiniones—dividen á los dos protagonistas del nuevo drama.

Julio Barrios es el prototipo del gaucho guapo, de la naturaleza primitiva puesta al servicio de lo que considera derecho, sin profundizar el alcance del vocablo; y Basilio Muñoz, hombre joven como aquél, con título académico, de distinguida familia uruguaya, es el representante del hombre de ciudad puesto al servicio de un ideal revolucionario en que el espíritu civilizador de las ciudades es supeditado por el instinto primitivo del caudillaje de otras épocas.

Por otra parte, la última acción, sin ventaja positiva y definitiva para uno de los combatientes, solo habrá puesto á prueba otra vez el valor y la pericia de los ciudadanos orientales.»

Un herido de las fuerzas de Julio Barrios, el sargento Teodoro Mendoza, fué reportado respecto á los combates que tuvo aquel jefe con las fuerzas de Basilio Muñoz. Entre otras cosas, dijo el herido lo siguiente:

La versión gubernista

«No teníamos más que quinientos hombres cuando supimos que Saravia estaba con varios miles en la Sierra de Aurora, cerca de Rivera. A cualquiera se le hubiese ocurrido sacarle el cuerpo, pero á nosotros nos pareció más natural llevar el ataque. Y sin más ni más empezamos á escalar las posiciones.

Pronto fuimos sentidos, y pronto marchó sobre nosotros todo un ejército. Los vimos avanzar en tres grandes columnas, de cuatro en fondo. Debían ser como tres mil seiscientos. Parece que venía con ellos el mismo Aparicio. En seguida que los tuvimos al alcance, empezamos á fusilarlos. Y como venían amontonados, los volteamos como moscas....

Cuando las columnas insurrectas se sintieron muy mortificadas por el fuego, se tendieron en guerrillas.

Eso fué á las 2 de la mañana más ó menos. Y desde esa hora hasta el obscurecer se peleó con verdadero encarnizamiento, sin que el puñado de hombres de Julio César Barrios perdiese sensiblemente terreno.

Cuando llegó la noche, Barrios comprendió que era necesario retirarse para evitar que lo envolvieran.

Entonces, para obrar completamente sobre seguro, se deslizó por las profundas grutas que surcan aquellas regiones, que él y Estévez conocen como su casa, y con las cuales había contado al llevar su ataque. Cuando amaneció el otro día y Saravia quiso buscarlo, ya se había hecho humo.

Es verdad que en la penosa marcha nocturna se le extraviaron algunos hombres, pero esos mismos ya se han incorporado.

El caso es que mientras sus fuerzas no tuvieron más que quince bajas entre muertos y heridos, las de Saravia subieron á más de ochenta, á juzgar por las noticias que los mismos saravistas llevaron á Santa Anna do Livramento.»

Ovidio Migues, que fué prisionero de los soldados del coronel Julio Barrios, llegó el 25 de Marzo á Concordia y manifestó que, marchando por la frontera del Brasil, fué alcanzado por varios dispersos de Barrios, quienes le noticiaron la completa derrota de éste. Pasaron con él la línea divisoria del Brasil, donde fueron detenidos y desarmados por la guardia brasileña, la que puso en libertad á los prisioneros é internó á las fuerzas coloradas.

En realidad lo que pasó en el Cerro de la Aurora fué lo siguiente: Barrios pretendió sorprender al ejército revolucionario y fué en cambio sorprendido. Saravia supo de su aproximación y destacó á Basilio Muñoz con fuerzas suficientes para contenerlo. Barrios había emboscado su gente con rara pericia entre la espesura del Cerro, y recibió á la columna revolucionaria con un fuego mortífero, que causó bajas numerosas. En ese momento cayeron los oficiales Crosa y Botana, amigos y parientes de Basilio Muñoz. Éste, exasperado por esa desgracia, ordenó escalar las alturas y acuchillar á las fuerzas gubernistas. Éstas fueron desalojadas y perseguidas de peñasco en peñasco, de matorral en matorral, con pérdidas enormes. La mortandad fué extraordinaria: calcúlase en doscientos; los demás huyeron al Brasil en dispersión. Barrios logró salvarse buscando amparo en una gruta. Basilio Muñoz tomó tal intervención en el entrevero que llegó á romper su espada....

Incorporación de García

La tentativa de Barrios tenía por objeto principal desbaratar al ejército de Saravia antes que se produjera la incorporación de las fuerzas de Guillermo García, que venían desde el Arapey á marchas forzadas. Pero el desastre de la Aurora dejó el camino expedito al titulado ejército nacionalista del Norte: la incorporación se produjo el 19 de Marzo. Una correspondencia del señor Alejandro Warnes, secretario ayudante de Guillermo García, dió completos detalles sobre el suceso en *La Prensa* bonaerense.

He aquí ese relato:

« Rivera, Marzo 19. — El ejército nacionalista del Norte, al mando del coronel Guillermo García, se incorporó hoy al ejército que manda el general Aparicio Saravia. Esta incorporación da un valioso elemento de acción á nuestra causa.

La incorporación alcanza á cuatro mil ciudadanos nacionalistas bien armados y un parque de guerra que hemos trasportado en 16 carretas, con algunos contratiempos, es cierto, por los caminos quebrados que se han recorrido, pero se ha llegado al fin, después de una jornada de 40 leguas, á Rivera.

Con nuestra incorporación, el ejército nacionalista cuenta 23.000 hombres, y es la primera vez que se conoce en nuestro país, un elemento armado tan numeroso y poderoso, así como también es la primera vez que un caudillo militar consigue reunir bajo su bandera lo granado del partido: en jefes, en soldados y en intelectualidad; lo que se explica por la inmensa simpatía y el cariño que se profesa al general Aparicio Saravia.

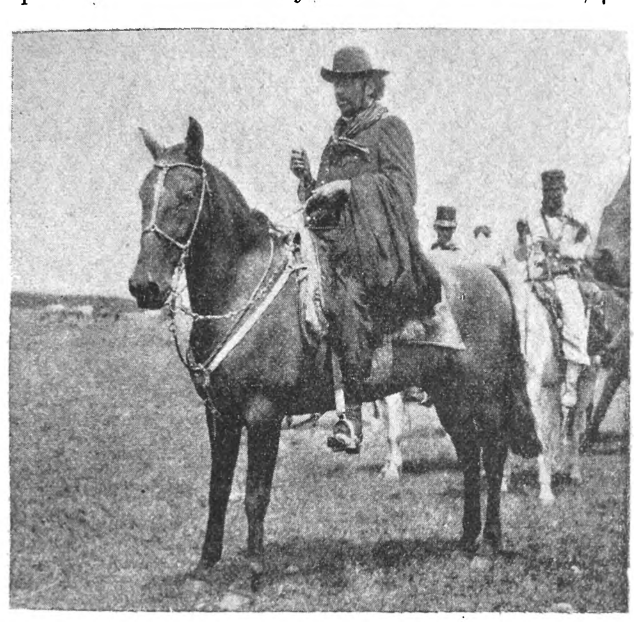
Para llegar hasta Rivera, hemos salido del Arapey Chico y del punto donde derrama sus aguas el arroyo Ceballos, siguiendo rumbo al Nordeste; después que dejamos las puntas del arroyo Ceballos, seguimos el arroyo Cañitas, y en el camino tuvimos noticias de que Muniz con su ejército quedaba en Arapey Grande (Paso del Horno). Él tenía conocimiento de nuestra marcha y cuando intentó cortarnos el paso de nuestro camino, marchamos por la noche avanzando diez leguas y dejándolo muy á retaguardia, imposibilitándolo para perseguirnos.

Dejando el arroyo Cañitas, penetramos en la Cuchilla Belén, escabrosa y difícil de cruzar con un convoy de guerra tan pesado como el nuestro; pero la buena voluntad de la tropa y las espléndidas boyadas y muladas nos permitieron amanecer en el arroyo Mataperros el 17: lo vadeamos y continuamos caminando jornadas de 6 y 8 leguas diarias, bajo torrenciales aguaceros, que más dificultaban la marcha de Muniz, porque han crecido los arroyos, y los bañados se han puesto intransitables, así como el camino de las picadas que hay que

cruzar. El 18 por la noche estábamos en el arroyo Catalán, y penetramos en la Cuchilla Negra, la que es mucho más accidentada y más terrible que la de Belén.

No pueden imaginarse ahí todo el trabajo que hemos soportado en la cruzada de la sierra, que está erizada de piedras, y por la que se entrelazan valles y picadas peligrosísimas. Había que continuar la marcha, y así se hacía hasta alcanzar las Puntas de la Aurora, donde, después de cuarenta horas, recién comimos carne calentada y media cruda. Se ha debido este apuro al temor de que las lluvias nos impidieran seguir viaje.

Hoy nos encontramos unidos y fuertes; la revolución es invencible y se ha impuesto. — La campaña está desolada. No hay víveres en los almacenes, ¡se paga un real por una galleta! No hay caballadas; la división nuestra, la del Norte solamente, tiene 14.000 caballos de reserva, y las del general Saravia son incalculables. Todos piden la paz, porque si continúa la guerra, el hambre hará guerra á los habitantes del país.



CORONEL PABLO GALARZA, EN LA BATALLA DEL PARQUE

Da francamente lástima ver á nuestra patria. ¡Cuánto cuesta un mal gobernante!

De Muniz nada se sabe; — el pobre viejo, según dice el coronel Buquet, «es un guapo, pero un gran bruto! (textual) para mandar ejércitos»....

El doctor Lussich está á cargo del hospital de sangre de Rivera, acompañado de los practicantes Salvador Cicao, Vicente L. Juliá, Ramón Pérez, Juan Arrambide y Héctor C. Carrasco. El hospital está admirablemente atendido, y los enfermos contentísimos. Hay una comisión de damas distinguidas que se prestan desprendidamente para este acto humanitario. Ellas son: Juana A. de Oriol, Josefa L. de Avella, Samacena B. de Solera, Juana L. de González, Rosa B. de Machado, de Baseda, Elvira T. de Díaz, señorita Adela Ferrera, Laura López, Ormesinda Machado, Zoraida Machado, Isaura Arseno, Lila Garragoide, María A. Cabeda, Luisa Avella, Ramona Avella, María Milán, Celina Marcos, Leoni Bordenave, Aida Bordenave, Carmen Brunel, Rosa Díaz, Eudoxia Márquez, Emilia López y Micaela C. de Majó.

Acabo de saber que se ha nombrado jefe de estado mayor al coronel Gregorio Lamas, nombramiento que ha sido recibido con entusiasmo.

El general Amilivia se encuentra con nosotros, después de haber hecho una gran jornada por el Brasil para incorporarse.

Acaba de llegar el general Saravia de visitar el ejército que condujo el coronel Guillermo García; viene contentísimo de haber conocido una tropa tan escogida y que lo recibió con dianas y vítores.

Muniz ya vadeó el Arapey Chico y se encuentra á doce leguas de Rivera. Sus vanguardias han llegado á la casa de comercio de Masanés é hijos, en Cuchilla Negra; así es que lo tenemos muy cerca, y es más que probable que cuando ésta vaya en viaje tengan ustedes la noticia de una gran batalla: batalla que será muy sangrienta y la que decidirá la suerte de esta contienda. Por lo pronto no tenemos ninguna clase de temor, salvo que se eclipse nuestra estrella.

Las lluvias torrenciales que están cayendo ponen los arroyos á nado, lo que demorará la marcha del ejército de Muniz; vivimos bajo agua y no hay carpas ni encerados que la resistan; pero esto no quita el entusiasmo y el buen ánimo y temple de la tropa voluntaria, la que se encuentra deseosa de tener un encuentro con las de Muniz, para *quebrarlas,* como se dice en jerga militar.

Se encuentra en ésta Abelardo Márquez, quien se unió al ejército. Se desmiente la noticia de que estaba distanciado del general Aparicio Saravia.

Depende de la batalla probable con Muniz el rumbo del ejército. Esto es lo que he podido saber, pues hoy por hoy el general Saravia se ocupa en organizar los comandos para tan numeroso elemento de lucha. Sin embargo, es muy probable que divida el ejército en dos: uno operará al Norte y el otro al Sur; aunque se dice que irá con todo el grueso al Sur, tal vez sobre Montevideo. »

Oficialmente, por telegrama de Aparicio Saravia, transmitido de Santa Anna do Livramento, el 20 de Marzo tuvieron los nacionalistas de Montevideo la confirmación de haberse incorporado el general Guillermo García al ejército revolucionario.

El coronel Gregorio Lamas, que iba con el general García, fué nombrado en seguida jefe de estado mayor; y después de haber tenido una larga conferencia con el general Saravia y de haberse informado minuciosamente de las condiciones de las fuerzas revolucionarias, entró de lleno á ocupar su puesto.

Las fuerzas del general García que se habían incorporado ascendían á dos mil hombres.

El titulado ejército del Norte

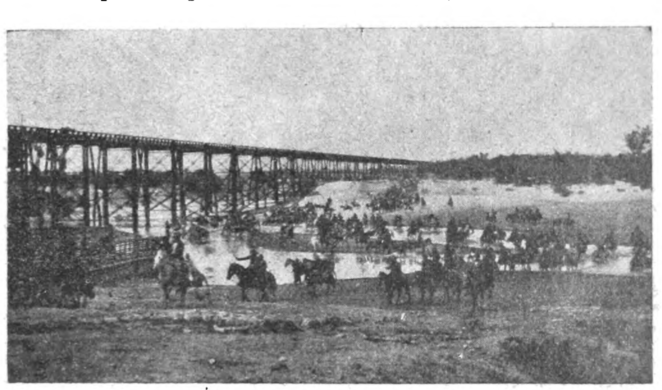
En los círculos oficiales no se tuvo noticia de la incorporación de García hasta muchos días después de producida. El mismo día de verificarse, previa censura y con la debida autorización superior, *Ecos del Progreso* del Salto publicó un reportaje sobre el ejército revolucionario titulado *del Norte* y que había estado en el Arapey al mando de Guillermo García. Hacía más de un mes que se encontraba acampado á dos leguas de la estación Santa Ana, entre el Arapey y puntas del Yacuy. El diario salteño afirmaba que esa gente, de la cual « partían aquellas temibles patrullas que recorrían la campaña sembrando el espanto y la muerte », se había retirado á cuatro leguas del Yacuy, estableciendo campamentos en Parada María, Ceballos y Patitos.

Siempre según el colega, había tomado la dirección técnica de la organización el ex coronel Gregorio Lamas, ayudado por Abelardo Márquez, Tomás Márquez, Carmelo Cabrera, los Villanueva, Benítez, que comandaba antes la Urbana de Rivera, y otros jefes « cuyos nombres se habían hecho célebres desde el pronunciamiento, por sus hechos vandálicos y criminosos. »

Decía *Ecos del Progreso:*

Márquez y Benítez que, como se sabe, se hallaban en el Brasil haciéndose asistir de las heridas que recibieron al principio del alzamiento, se incorporaron al titulado ejército hace ya varios días, haciendo el viaje por entre los dos Arapey. Cuando salieron del vecino estado, los acompañaban tan sólo veinte hombres, pero al tiempo de incorporarse, contaban con más de ciento cincuenta. Es que no dejaron, por donde cruzaron, ni viejos ni muchachos. Hicieron la «leva» en masa, y si no arrearon con más gente, es porque no encontraron. Cabrera se incorporó con sólo diez hombres, pero con abuntante provisión de dinamita.

«Márquez y Benítez hicieron sentir á los habitantes de las márgenes del Arapey el peso de sus terribles venganzas dirigidas contra los colorados ó indiferentes que se habían negado á dar dinero para la revolución. Esas venganzas de los dos enemigos de la civilización y el orden consistían principalmente en recoger caballadas y perseguir á los ciudadanos refugiados en los montes. Mientras tanto, Cabrera se ocupaba en probar la dinamita nueva, haciendo volar dos ó tres columnas más del magnífico puente del Arapey.»



EL EJÉRCITO DEL SUR PASANDO EL RÍO YI

Ecos del Progreso afirmaba que Márquez ordenó que se apaleara y estaqueara á Pedro Bonilla, brasileño, por el solo delito de ser colorado. Bonilla, en estado lastimoso, desnudo completamente, con el cuerpo lleno de contusiones, llegó á la casa de un vecino, quien apiadado hasta las lágrimas, le dió ropa, recado y dinero para que se fuera. Este hecho fué presenciado por algunas personas que hoy se hallan en el Salto, y que entonces se encontraban en poder de los revolucionarios. Tomás Saucedo, un carrero de Palomas, fué tomado á pretexto de que era espía. Le quitaron el carro, y porque lo vieron hablando con una mujer, que dijo ser su legítima esposa (y luego resultó que no lo era, pues según la confesión, se había confundido y equivocado), le dieron una paliza terrible, acusándolo de delación. *Ecos del Progreso* hacía un patético relato de la escena.

«Nada pudo ablandar—decía—el corazón de aquellas hienas; ni los ruegos de una mujer que imploraba, transida de dolor, el perdón para su marido, ni los ayes de la pobre víctima. Allí, delante de la cariñosa esposa, en el silencio de una tarde llorosa, triste, tan triste como el cuadro que se desarrollaba teniendo por marco la selva callada, cayó Saucedo á los golpes de machete, casi en brazos de aquella Magdalena del desierto.»

Saucedo fué puesto en libertad después de este suceso y curado de sus contusiones y heridas en casa de unos generosos vecinos.»

He aquí otro cuadro del mismo estilo, que no carece de colorido romántico:

«En la llanura, en la triste y solitaria llanura, reinaba la quietud de los días so-

focantes.—Un jinete avanzaba al galope tendido de su jadeante cabalgadura hacia la carpa del señor de vidas y haciendas del Arapey (Abelardo Márquez). ¿Quién sería? Por el movimiento que á los pocos segundos se operó en el silencioso campamento, no tardó en saberse. Era otro delator, otro miserable, un puestero de un estanciero de Palomas que no atreviéndose á provocar en liza generosa á su enemigo político, se valía del robusto y ejercitado brazo del émulo de Troncoso para *eliminarlo.*

«Felizmente, el sentenciado atropelló una noche la guardia, antes de que las custodias le hicieran algunos disparos y en medio de la confusión se precipitó á las aguas del arroyo Palomas, desapareciendo por algunos segundos de la plateada superficie, volviendo á aparecer á la distancia para volver á ocultarse, y al día siguiente, como Dios lo echó al mundo, apareció en la estancia de Dondo, donde se le proveyó de ropa. Este héroe, (no hallamos otro calificativo que mejor cuadre á su hombrada), después de andar á monte varios días huyendo de las partidas de *cimarrones* que salieron en su busca, se presentó á las fuerzas de esta guarnición, donde fueron aceptados sus servicios.»

Ocupándose de Juan Moreira, decía *Ecos del Progreso* que era hombre de regular prestigio, con reputación de ser valiente y amigo del orden.

«Refieren los habitantes de Constitución, Belén, Palomas, Arapey, Parada María y demás contornos del cuartel general insurrecto, que debido á él no se han cometido mayores atrocidades. Moreira, nos decía un rico hacendado colorado, es un excelente hombre. Pero, para su mal, para su mayor desprestigio, está rodeado de gente entre la que hay de todo: bueno, muy bueno; y malo, muy malo.»

«Ese es el ejército revolucionario del Norte que hace más de un mes implantó el régimen del terror en el Arapey y al que tan sólo el valeroso guerrillero Julio César Barrios hizo purgar en el espacio de dos horas los crímenes y depredaciones que ha cometido en el término de más de cinco semanas.

«Salvo honrosísimas excepciones que en otra ocasión reseñaremos, los insurrectos del Arapey se han comportado pésimamente, particularmente con los *recomendados*, á los cuales en ninguna ocasión y por ningún motivo se les tuvo la más mínima consideración.»

Por no cansar al lector, renunciaba *Ecos del Progreso* á referir «lo que le pasó á un conocido hacendado á quien se tuvo varios días al raso y al que se le dió libertad mediante una gruesa suma de dinero; ni los inmensos perjuicios que al mismo hicieron en sus haciendas, ni los actos vandálicos que cometieron en la casa de un juez de paz, al que no teniendo ya que destruirle, le degollaron dos lobos; ni los medios de que se habían valido para surtirse de ropa y víveres en las casas de comercio de los «recomendados», de las que se retiraban dejando por todo pago, una «orden» para el capitán de la partida; ni las violaciones de domicilios, á los que penetraban como amos; ni las carneadas por puro gusto, ni lo que hizo el propio Márquez,—el arbitrario mayor, el más grande bandido—con un pobre vecino conocido por Francisco el Cordobés, á quien después de simular con él su fusilamiento para arrancarle una hija, una humilde y feliz paisanita, se le maltrató en pago del desgarramiento de su corazón; ni lo que hizo otra partida en casa de un hacendado de Constitución, al que le llevaron toda la ropa, todo cuanto era transportable, no sin antes beber buen vino y desparramar parte del sobrante en demostración de júbilo...»

En Concordia se recibieron el 23 de Marzo despachos de Santa Ana do Livramento confirmando la noticia de la incorporación del ejército revolucionario del Norte á las fuerzas de Aparicio Saravia. «A estar á esas noticias, el general García llevaba un cuerpo de ejército perfectamente organizado, militarizado, fuerte de 4.300 hombres, y además varios carros y carretas con elementos de guerra. Aquéllos contenían 2.834 fusiles maunlicher, 800 rémington, 1.460 carabinas, 417 fusiles máuser y 1.257 lanzas.

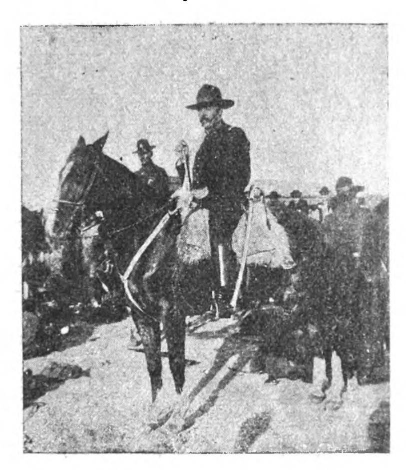
Las fuerzas de García

Llevaban también una gran cantidad de municiones.

Las tropas de García llegaron al ejército de Saravia con una dotación de 200 tiros por hombre.

La caballada conducida por García ascendía á 14.000 cabezas, y toda era de refresco.—La presencia de García y de sus tropas fué recibida con delirantes manifestaciones de entusiasmo.—Llamó la atención en el ejército de Saravia el armamento y los correajes que llevaban los soldados de García, pues eran nuevos y de primer orden, así como la organización de las divisiones, pues la mayoría de ellas parecían de tropas de línea.

Llegaron también al ejército revolucionario 330 (!) carretas cargadas con armas y municiones.»



CORONEL BUQUET, JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DEL SUD

El mismo día el comité revolucionario de Concordia recibió noticias de que Aparicio Saravia había nombrado jefe de estado mayor general de su ejército al coronel Gregorio Lamas, á quien hizo reconocer militarmente por las tropas.

El coronel Lamas debía dar nueva organización á las tropas sobre un pie estrictamente militar, y manifestaba contar con elementos sobrados para organizar un gran ejército y para hacer que se humanizara la guerra por medio de medidas de disciplina.—De Santa Ana también informaban telegráficamente que habían pasado por esa frontera brasileña más de 200 hombres pertenecientes á las fuerzas gubernistas de Barrios, derrotadas pocos días antes por las avanzadas revolucionarias.

El directorio del partido nacionalista en Buenos Aires recibió este telegrama:

«Santa Ana do Livramento, Marzo 22.—Tengo el agrado de comunicar á ustedes que en esta fecha se ha incorporado á mis fuerzas el cuerpo de ejército comandado por el general García, así como el coronel Gregorio Lamas. El ejército nacional á mis órdenes se prepara á operar.—*Aparicio Saravia.*»

El conocimiento del anterior despacho produjo inmenso entusiasmo entre los nacionalistas emigrados. El anuncio del caudillo revolucionario de que su ejército se preparaba á operar, fué muy comentado, pues los nacionalistas entendían que significaba que Saravia tomaría la ofensiva, atacando al ejército gubernista del general Muniz.

De Santa Ana do Livramento, con fecha 24 de Marzo, se informaba que el consejo de guerra del ejército revolucionario nombrado para juzgar al soldado apellidado González, perteneciente á las fuerzas de Guillermo García, que se hallaba

acusado de varios robos y asesinatos, había comprobado las acusaciones y condenado á muerte á González, quien debía ser pasado por las armas.

También había sido sometido á consejo de guerra el comandante nacionalista Tomás Márquez, á quien se acusaba del saqueo de varias casas de comercio en el departamento de Artigas.

Para entonar aún más el ánimo de los emigrados que se aprestaban á invadir por el litoral, y para su uso exclusivo, se publicaban versiones alentadoras y optimistas por el estilo de la que en seguida consignamos á título de curiosidad:

Cálculos alegres

«El teniente Antonio Ramón Valle, oficial de la división revolucionaria de San José, encontrándose de paso en Concordia, aseguró que el núcleo principal á las órdenes inmediatas de Aparicio Saravia contaba aproximadamente de 24.000 á 25.000 hombres.

Dicho oficial corrió el riesgo de caer en poder de la gente de Muniz en el desempeño de una misión que se le había confiado. y consiguió escapar después de una corta refriega, para incorporarse días más tarde al escuadrón al mando del comandante Felipe Fraga.

Valle, con 30 hombres, salió del ejército á fin de recoger unas caballadas y volvía de regreso cuando sintió las descargas que se hacían en el paso del Parque.

Dejó las caballadas á retaguardia y apresuró la marcha, pero se encontró con gente de Muniz que en ese instante vadeaba el paso y que inmediatamente le tendió guerrillas dobles.

Á Valle consiguieron bolearle el caballo y pudo felizmente escapar á pie por el monte del Daymán con toda su gente.

Habiéndosele pedido detalles á Valle en Concordia sobre la organización del ejército dijo que no podía dar cifras exactas, pero sí cálculos muy aproximados, casi precisos.

He aquí los detalles que proporcionó:

Coronel Enrique Yarza, 2.700 hombres; división Treinta y Tres, primera columna, coronel Francisco Saravia, 1.000; íd. segunda columna, coronel Bernardo P. Berro, 700; División Maldonado, coronel Juan José Muñoz, 2.400; íd. Florida, primera columna, coronel Antonio M. Fernández, 600; íd. segunda, coronel Miguel Aldama, 800; íd. íd. tercera, coronel Rafael Zipitría, 400; íd. íd. y Cerro Largo comandante Nepomuceno Saravia, 400; íd. San José, primera columna, coronel Cicerón Marín, 1.000; íd. íd. segunda, Bonifacio Agüero, 400; íd. íd., tercera, Pedro Sánchez, 300; íd. íd. cuarta, comandante Antonio González, 300; íd. Durazno, coronel Basilio Muñoz, 3.600; íd. Flores, primera columna, coronel José González, íd. íd., segunda, coronel Cayetano Gutiérrez, 2.700; división Tacuarembó, coronel Mariano Saravia, 3.000; íd. Río Negro, comandante Benito Ayala, 300; íd. Rivera, que mandó Abelardo Márquez y á cuyo jefe actual no conocía el teniente Valle, 2.000; escuadrón de Santos Saravia, 300. Total, 24.100.

Existen además, dijo el teniente Valle, varios escuadrones comandados por jefes que no se han incorporado á ninguna de las divisiones enumeradas, que son 19, los que, en conjunto, ascienden á más de 1.000 combatientes.

Agregó el teniente Valle que los piquetes de las compañías urbanas, aunque incorporados á sus respectivas divisiones, formaban planteles de infantería, á los que se les iban incorporando todos los ex soldados de línea que se presentaban.

Dijo también que el ejército llevaba cinco bandas de música, que pertenecían á las urbanas de Rivera, Maldonado, Treinta y Tres, San José y Cerro Largo.

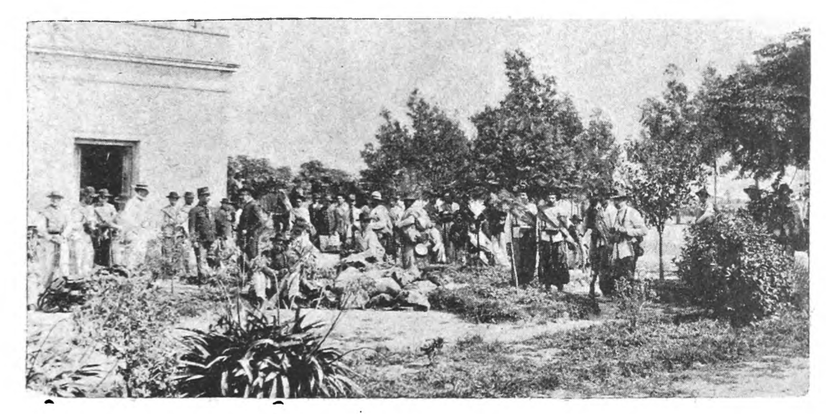
Agregó que las divisiones estaban organizadas por cuerpos de infantería y caballería, pero que á este respecto sólo podía dar datos referentes á la división de que formaba parte, pues que no conocía á la mayoría de los jefes.

Respecto á su división, la primera de San José, comandada por el coronel Cicerón Marín, dijo que tenía por segundo jefe al coronel Ramón Baptista, y por jefes de cuerpos á los tenientes coroneles Miguel Cortina, Pedro Bastarrica, Agustín Alvarez, Pedro Sánchez, Francisco Vignolis, Nicasio Arebul y Ramón Albarenque.

Dijo finalmente Valle que había en el ejército el mayor entusiasmo y que cada uno de sus combatientes tenía absoluta fe en el triunfo de la causa.»

El 21 de Marzo sostuvo nuevamente la retaguardia del ejército revolucionario un fuerte tiroteo en Cuchilla Cuñapirú con las avanzadas de la vanguardia del ejército de Muniz.

Ese mismo día salieron para Buenos Aires, de Paso de los Libres, con comunicaciones del general Saravia para el directorio nacionalista, tres de los miembros



DIVISIÓN «SORIANO» QUE PELEÓ EN LA AGRACIADA

de éste. Esos señores daban á la revolución un efectivo de 22.000 hombres, y afirmaban que la permanencia sobre Rivera del ejército revolucionario, le había valido la incorporación de numerosos grupos que se habían presentado con armas y bien municionados.

Agregaban que desde el día 16 eran frecuentes los tiroteos.

Por Santa Rosa pasó una nueva expedición de cincuenta hombres. Estas fuerzas, con otras que pasarían después, debían incorporarse á las que mandaba el coronel García, para formar una legión que sería mandada por un oficial argentino, nacido en Entre Ríos, que pertenecía al ejército nacional. Este oficial había conseguido permiso del Ministerio de la Guerra por un año.

El general Muniz se encontraba con su ejército en Mataperros, á diez leguas de Rivera. Las avanzadas de ambos ejércitos estaban en contacto diario. La gente de Saravia guerrilleaba todos los días.

Por Uruguayana habían pasado numerosos soldados salidos del ejército revolucionario, los que afirmaban que en las filas reinaba el mejor ánimo.

Manifestaban además, que hasta poco antes los revolucionarios luchaban con la falta de armamento, pero que ya el ejército estaba en su mayoría armado y bastante municionado.

El 23 de Marzo telegrafiaban de Santa Ana que Saravia continuaba con su ejército en Rivera, dando á sus tropas una sólida organización, sin que nadie lo molestara.

Se creía que los revolucionarios marcharían á Cerro Largo.

Saravia y Muniz frente á frente

El general Muniz, con un ejército de más de diez mil hombres, estaba en Cuchilla Negra, á ocho leguas de Rivera, y no parecía tener miras de atacar al de Saravia.

El ejército de Muniz luchaba con escasez de caballada.

El presidente de la República recibió el 22 de Marzo un telegrama del general Muniz, en el que le anunciaba que una batalla entre su ejército y el de Saravia era inminente *y que esperaba poderle comunicar en breve buenas noticias.*

De Santa Ana do Livramento informaban también que de allí había partido con destino á Buenos Aires, el doctor Alfonso Lamas, presidente del directorio nacionalista, con el propósito de adquirir ambulancias y material sanitario destinado al ejército de Aparicio Saravia.

Á Santa Ana había llegado el ex secretario de la legación uruguaya en los Estados Unidos, doctor Luis Alberto de Herrera, con una nota de las damas argentinas de la «Comisión pro paz uruguaya», destinada á Aparicio Saravia.

El comisionado se la entregó en Rivera. Saravia manifestó al doctor Herrera que era partidario de la paz, pero de una paz verdadera, estable, sobre bases sólidas, inconmovibles.

El ejército revolucionario desprendía á fines de Marzo numerosas partidas volantes, las que recorrían permanentemente la línea fronteriza, para impedir que pasaran caballadas para el ejército del general Muniz.

Reorganización del ejército revolucionario

El jefe de estado mayor revolucionario, coronel Gregorio Lamas fué facultado por Saravia para dictar y firmar una orden general en la que reiteraba, entre otras cosas, la orden de severa aplicación que se haría de penas á jefes, oficiales y tropa.

Les hacía saber el coronel Lamas que todo individuo del ejército que en acción de guerra ó fuera de ella, atentara contra la vida ó infiriera innecesariamente, malos tratamientos al enemigo rendido, sería sometido á un consejo de guerra.

También se dispuso que se uniformase el armamento por divisiones y se clasificase la munición por carros numerados. El coronel García, recientemente incorporado al ejército fué nombrado jefe superior de las divisiones de San José y Colonia.

Las demás divisiones quedaban á cargo de sus respectivos jefes (1).

(1) He aquí las primeras órdenes generales expedidas en Rivera por el coronel Gregorio Lamas, y por medio de las cuales intentó la organización militar del ejército revolucionario:

ORDEN GENERAL NÚMERO 4. — Habiendo sido nombrado jefe de estado mayor el señor coronel don Gregorio Lamas, quien ha aceptado el cargo en los términos que á continuación se transcriben, reconózcasele en tal carácter con todas las atribuciones y prerogativas inherentes al cargo.

La nota aceptación del coronel Lamas dice así: «Estado Mayor del Ejército. — Señor General en Jefe del Ejército Nacional don Aparicio Saravia.—Señor General: Tengo el honor de acusar recibo á la nota de V. E. por la cual se me nombra Jefe de Estado Mayor del Ejército á su mando.

Carmelo Cabrera salió á campaña con una misión reservada del ejército relativa á la aplicación de explosivos.

Con dinamita se destruyó completamente el puente de Curticeiras, á dos leguas de Rivera.

Fué aprehendido por las fuerzas del gobierno el jefe de la estación Tranqueras, á quien se mantuvo incomunicado.

También fué detenido un italiano llamado Santine y el jefe de la cuadrilla de Tranqueras señor Box.

A los oficiales de línea argentinos y orientales que estaban en el ejército revolucionario, el estado mayor dispuso que se les entregaran los comandos; á fin de que diariamente dieran instrucciones á las divisiones.

Parte del ejército nacionalista que mandaba el coronel García se encontraba el 27 de Marzo acampado á dos leguas de Rivera, en el camino de Tranqueras.

A pesar de considerar este alto y honroso puesto muy superior á mis méritos y servicios, no trepido en aceptarlo guiado exclusivamente por el solo fin de ser útil á los soldados ciudadanos que con las armas en la mano representan por el momento los defensores de la legalidad y de las instituciones de mi patria.

Lo acepto también, señor General, confiado en que desde V. E. hasta el último soldado no verán en mí otra cosa que el compañero que muchas veces tendrá que posponer sus sentimientos de amistad y compañerismo á los deberes del soldado.

Deseo también dejar sentado de una manera terminante que así como considero que debe llevarse la guerra de una manera violenta y sin vacilaciones, también considero un deber de todos y cada uno de los que forman parte del Ejército el más sagrado respeto á la vida é intereses del vencido, sea éste quien fuese y sin distinciones, de ningún género; pues ésta es una demostración más ante el mundo de lo santo y justo de nuestra causa.

No terminaré, señor General, sin hacerle presente que el día que por cualquier circunstancia consideremos uno ú otro conveniente el cese de mi cargo lo haré para pasar á servir á nuestra causa donde el Ejército lo crea más provechoso.

Solicito al mismo tiempo la venia de V. E. para incluir en la orden general la presente nota.

Solo me resta ofrecer al señor General las consideraciones de mi más alto respeto. — Marzo 23 de 1904. — Firmado: *Gregorio Lamas*». — Cuartel General en Rivera, Marzo 23, de 1904. — Firmado: Aparicio Saravia.

Orden general número 5. — Queda facultado el Jefe de Estado Mayor para suscribir las Ordenes Generales que en lo sucesivo se dicten. Cuartel General en Cuchilla de Santa Ana, Marzo 26 de 1904. — Firmado: Aparicio Saravia. — Es copia exacta de los originales que quedan archivados en esta secretaría. — *Luis Ponce de León*, secretario.

Orden general número 6. — Artículo 1.° El que suscribe ordena: A los señores jefes oficiales, tropa y demás personal que dependen directamente de este Estado Mayor General, de dar cuenta de todas las novedades del servicio, sin perjuicio de hacerlo también como hasta el presente al señor general en jefe del ejército.

Art. 2.° El que suscribe, dispone: Que toda solicitud verbal ó escrita que se presente á este Estado Mayor, debe ser hecha siguiendo la vía jerárquica, salvo los casos de quejas ó reclamaciones contra sus superiores inmediatos.

Art. 3.° El que suscribe, dispone: Que en toda marcha, ya sea de noche ó de día, se observe el mayor orden en las columnas. Queda terminantemente prohibido separaree de ellas sin la autorización del jefe de la unidad á que pertenezca.

Se recomienda á los jefes de unidad que hagan marchar inmediato — ya sea á retaguardia ó á los flancos de sus respectivas columnas — á todo el personal auxiliar que no tiene dentro de ellas formación táctica, como ser asistentes, cargueros, conductores de vehículos, caballerizos, etc.

Se aprovecharán los altos que hagan las columnas por cualquier motivo, para ponerlas en orden, tomando distancias, cerrando sobre la cabeza de la columna, haciendo entrar en ella á los rezagados, arreglando el armamento y equipo del soldado, así como también los recados del caballo y atalajes de vehículos. — Campamento en Itacuatiá, Marzo 27 de 1904. — P. O. — *G. Lamas*.

Orden general número 7. — Artículo 1.° Desde esta fecha regirá para el Ejército la siguiente organización, la que se pondrá en vigencia inmediamente de leída esta orden:

El grueso del ejército revolucionario estaba en esa fecha sobre los cerros Batoví y Chapeu, á siete leguas y tres respectivamente de Rivera.

Las retaguardias, numerosas, estaban escalonadas en la cuchilla de Santa Ana sobre los caminos del Parque. El parque del coronel García se componía de 26 carretas.

El ejército gubernista permanecía inmovilizado, sin poder moverse por falta de caballos.

El comercio de Rivera se mostraba satisfecho del orden que guardaba el ejército nacionalista.

En Quarahy había grandes caballadas, que eran llevadas por hacendados brasileños para el ejército de Muniz, pero las que, á consecuencia de las exigencias de éste, respecto á elección y precio, no pasaron la frontera.

Las avanzadas revolucionarias del ejército de Aparicio Saravia, al mando de Abelardo Márquez, Juan José Muñoz y Nepomuceno Saravia, ocupaban la reta-

Cuartel General.— General en jefe; secretario del general; ayudantes; personal de imprenta; escolta; trompas de órdenes; asistentes; carro de bagajes ó cargueros; caballerizos.

Estado Mayor General.— Jefe de Estado Mayor; ayudantes; instructores de las tres armas; escolta; trompa de órdenes; asistentes; carro de bagajes ó cargueros; caballerizos y caballos.

Inspección de Armas.— Inspector; ayudantes; asistentes; carro de bagajes ó cargueros; caballerizos y caballos.

Sanidad.— Médicos; cirujanos; practicantes; enfermeros; asistentes; vehículos ó cargueros; caballerizos y caballos.

Parque.— Jefes; ayudantes; armeros; artilleros; asistentes; conductores; caballerizos; animales de tiro; vehículos y cargueros; caballos.

Intendencia General.— Intendente general; tesorero; recaudadores: jefe de detall; jefe de carneada; ayudantes; asistentes; caballos; carro de bagajes ó cargueros.

Remonta.— Jefe; ayudantes; asistentes; caballerizos; cargueros; caballos.

Hospitales de Evacuación.— Médicos cirujanos; practicantes; enfermeros; asistentes.

Comandancia General de Fronteras.— Comandante general; ayudantes; comisionados; asistentes; caballos.

Divisiones.— 1.er jefe; 2.° jefe; ayudantes; asistentes; caballerizos; carro divisionario de munición; carro de bagajes ó cargueros; caballos.

Subdivisión de cada División.— Jefes; oficiales; tropa de las diferentes unidades de combate que componen la División, á saber: Campañías de tiradores; escuadrones de tiradores; escuadrones de lanceros.

Art. 2.° En lo sucesivo regirá para el Ejército el Reglamento de insignias que á continuación se expresa:

a) El cuartel general se distinguirá por una bandera nacional;
Los ayudantes de esta repartición usarán una banda de los mismos colores de la bandera;

b) El Estado Mayor se distinguirá por una bandera á doble franja blanca y azul;
Los ayudantes del Estado Mayor usarán un brazal en el brazo izquierdo de los mismos colores y formas de la bandera;

c) Las divisiones se distinguirán por una bandera azul con el número correspondiente de color blanco en el centro;

d) El cuerpo médico se distinguirá por una blanca con una cruz azul en el centro;
Los miembros de este cuerpo usarán un brazal de los mismos colores y forma de la bandera;

e) El parque se distinguirá por una bandera azul con una franja diagonal blanca;
Los ayudantes del parque usarán un brazal de los mismos colores y formas que la bandera;

f) La Intendencia del ejército se designará por una bandera verde, usando sus ayudantes un brazal del mismo color;

g) El servicio de remonta se distinguirá por una bandera á doble franja verde y amarillo, usando los ayudantes un brazal de los mismos colores y forma de la bandera.— Campamento, Marzo 28 de 1904.— P. O.— *G. Lamas.*

guardia del general Guillermo García, y se habían situado en las vertientes de Cuchilla Negra.

La batalla parecía inminente, pues se creía que cuatro mil hombres desprendidos de los ejércitos de Muniz y Benavente para batir al ejército que comandaba Guillermo García, se iban á encontrar con éste de un momento á otro. En Montevideo se suponía á García separado de Saravia por una distancia pequeña, pero que la interposicion de fuerzas legales hacía infranqueable; pero, como se ha visto, el llamado ejército del Norte llevaba ya varios días de incorporado al grueso de las fuerzas revolucionarias.

En Santa Ana do Livramento se aseguraba que Saravia había impartido órdenes á los jefes de las divisiones de su ejército para ocupar posiciones de combate, noticia que produjo en aquella ciudad brasileña gran exitación y profunda ansiedad.

El 28 de Marzo un enviado especial de *La Prensa* bonaerense conversó con Aparicio Saravia, y transmitía el siguiente telegrama á su diario:

Reportaje á Saravia

« Regreso del campamento donde están las fuerzas de la retaguardia revolucionaria.

Allí hablé con Aparicio Saravia, quien manifestó sus grandes simpatías por *La Prensa.*

El general Saravia me dijo que espera el ataque del enemigo, pero cree que aquél no llegue á la línea divisoria, pues se le desbandaría mucha gente.

En el momento en que hablaba con Saravia, llegó un chasque del comandante Joaquín Correa, quien ocupa la extrema avanzada de la retaguardia sobre el enemigo.

Saravia leyó el parte de Correa y después me dijo.

—No le decía amigo, que son *sumacos?*

—Por qué, general?

—No quieren visitarme, pues le mandaron cien hombres á Correa y éste los dobló.

Le pregunté á Saravia si creía que Muniz intentaría bajar la cuchilla, pasar á Tacuarembó y salir sobre los Corrales, y me dijo:

—No lo creo, porque hay sierras y arroyos que le dificultan la marcha.

—Entonces ¿vendrán por el camino de Cuchilla?—pregunté al jefe revolucionario, á lo que me contestó:

—Sí, después que se realice el plan.

El general Saravia durmió anoche en Rivera.

En dicha ciudad fué tomado, tarde de la noche, un bombero de la vanguardia gubernista, y lo llevaron á presencia de Saravia, quien lo puso en libertad diciéndole: «Díles á tus compañeros que estoy solo».

En efecto, anoche no había gente revolucionaria en Rivera. »

El coronel revolucionario Juan José Muñoz, que estaba enfermo en Rivera, se restablecía rápidamente. La mayor parte de los heridos del hospital de sangre habían sido dados de alta.

El 28 de Marzo los heridos nacionalistas que estaban en asistencia en el hospital de Rivera fueron trasladados á Santa Ana, lo que indicaba la intención de Saravia de moverse de aquel paraje. Ese mismo día, por comunicaciones recibidas del coronel Correa, jefe de la guarnición de Santa Ana, se supo que la vanguardia del ejército del gobierno, al mando del coronel Escobar, había pasado á la una de la tarde por Marcos Barro, á tres leguas de Rivera.

La retaguardia estaba á cinco leguas.

Todo daba á suponer que al día siguiente habría una batalla campal.

Un corresponsal argentino telegrafiaba:

«He visto las armas decomisadas á los soldados desertores del ejército del gobierno, que se encuentran en Rivera. Su número es considerable. Serán aquéllas incorporadas al ejército revolucionario cuando marche.»

Las avanzadas de la vanguardia del ejército de Muniz empezaron la tarde del 28 á tirotearse en las sierras cercanas á Rivera con las fuerzas revolucionarias que estaban en observación. Eran éstas, la división de Rivera y las fuerzas del comando de Villanueva.

La retaguardia de Muniz estaba á dos leguas de Rivera, en Curticeiras.

El entusiasmo en el ejército revolucionario era indescriptible. Todos esperaban la revancha del Paso del Parque.

Se dió orden de que salieran las familias de Rivera, por si atacaban las fuerzas gubernistas.

El combate del día 28 se mantuvo fuerte, y al siguiente día comenzaron á entrar heridos de los revolucionarios á Rivera.

Encuentro de Curticeiras

El encuentro tuvo lugar en Curticeiras, y las fuerzas nacionalistas que pelearon pertenecían al ejército que mandaba el coronel García.

Las guerrillas de las fuerzas del gobierno tuvieron algunas bajas y se retiraron.

La división revolucionaria de Rivera, estuvo con las líneas tendidas desde la madrugada, y recién después que recibió refuerzos la avanzada nacionalista, se empezó á pelear, á las tres de la tarde.

Las fuerzas del gobierno eran mandadas por los coroneles Escobar y Galarza. Se retiraron á las 6 de la tarde, quedando los revolucionarios en su línea.

En la escuela de Rivera se instaló un hospital de sangre.

Esos tiroteos no tenían otro objeto que disimular la retirada hacia el Este del ejército revolucionario, retirada que se había iniciado secretamente días antes. El día 29 de Marzo la retaguardia nacionalista abandonó el pueblo de Rivera que fué ocupado á las cinco de la tarde por fuerzas de Muniz.

La lucha trabada por la división revolucionaria al mando de Guillermo García, á veinte cuadras del pueblo y siete de la línea divisoria, fué sostenida con brío por los nacionalistas, los que quedaron en sus posiciones. Paró el fuego á la entrada del sol.—La guerrilla gubernista que batía á García, quiso pasar la línea divisoria internacional pero fué rechazada por fuerzas brasileñas.

El ejército de Saravia, completo, acampó cerca del paso de Carpintería, á pocas leguas de Rivera. Se construyó una balsa para pasar el parque.

El ejército gubernista acampó en las orillas del pueblo.

Las fuerzas que habían peleado el 29 eran las vanguardias de los ejércitos: la del de Muniz estaba mandada por los coroneles Galarza y Basilisio Saravia, y la revolucionaria por Correa y Moreira.

Lo más recio de la pelea tuvo por teatro el paraje llamado Curticeiras.

El ejército gubernista de Muniz acampó esa noche en el paso de Bargas y las puntas de Curticeiras, conservando el contacto con su vanguardia.

El ejército gubernista de Benavente se encontraba entre las estaciones Ataques y Tranqueras, sobre el flanco derecho de Muniz. Formaba una inmensa media luna, con su concavidad hacia el Este.

La vanguardia gubernista ocupaba la margen derecha del Cuñapirú y había tomado los pasos.

Las fuerzas de la retaguardia nacionalista acampaban á una legua de Rivera, en las mismas posiciones que ocupaban anteriormente. Estaban allí para hacer creer que todo el ejército esperaba á pie firme, y que Saravia sólo había dejado la posición de Rivera para asegurarse la retirada por el camino de Cerro Largo y no verse obligado, en caso de desastre, á trasponer la frontera.

Como consecuencia del combate habían entrado heridos á Rivera: alcanzaban éstos á veinte y los muertos á catorce.

Se tomó por los revolucionarios un chasque para Muniz, en el que se le comunicaba que recibiría una caballada procedente del Brasil. Se engañó al dueño de los caballos y aquéllos fueron tomados por los nacionalistas. —Los jefes gubernistas Julio Barrios y Luis Estévez quedaron de guarnición en Rivera con 400 hombres.


CHINAS DEL EJÉRCITO PASANDO EL RÍO NEGRO

Las grandes lluvias habían hecho crecer los arroyos y había quedado la vanguardia gubernista separada del ejército de Muniz. Eso tal vez explicaría que no hubiese sido más rápida la acción contra los revolucionarios.

Los miembros del comité de guerra revolucionario que funcionaba en Santa Ana recibieron orden de internarse, de lo que protestaron, pues no eran militares.—El ejército de Saravia emprendió el 30 de Marzo su marcha sobre Melo. — Se esperaba de un momento á otro un choque de la vanguardia gubernista con las fuerzas nacionalistas.

El presidente de la República había recibido sobre estos sucesos los siguientes telegramas del cónsul en Santa Ana do Livramento:

Noticias oficiales

«Livramento, Marzo 28, á las 11 p. m.—Se sienten tiroteos desde esta tarde. Se supone que la vanguardia de Muniz ha alcanzado á los insurrectos.

Livramento, Marzo 29, á las 9.39 p. m.—El tiroteo de ayer fué con la gente de Julio César de Barrios. Este le hizo al enemigo siete heridos. El ejército de Saravia se retira, parece, al Río Negro. Ha quedado una pequeña fuerza en observación.

Livramento, Marzo 29, á las 12 m.—Lo que marchó de Rivera fué el parque, custodiado por algunas divisiones, acampando á siete leguas de aquí, sobre la linea, junto á la casa de Ignacio Pedrosa. Las fuerzas legales se tirotearon nuevamente con los insurrectos en el paso de Vargas.

Livramento, Marzo 29, á la 1.40 p. m. — Aparicio Saravia ha simulado una marcha. En este instante coloca la mayor parte de su ejército emboscado en los cerros que rodean á Rivera.

Livramento, Marzo 29 á las 10.10 p. m. — Las últimas guerrillas insurrectas se retiraron con rumbo á Batoví, perseguidas y tiroteadas por las fuerzas de

Escobar. El general Muniz está acampado á dos leguas de Rivera. Hay mucha inmigración de insurrectos. El grueso del ejército de Aparicio Saravia siguió con rumbo á Batoví».

Del ministro uruguayo en el Brasil recibió el presidente este telegrama:

Petrópolis, Marzo 29, á las 8.15 a. m.— Acabo de recibir el siguiente despacho: «Livramento, Marzo 29, á las 6.30 p. m. — En este momento entran las fuerzas del coronel Escobar á Rivera. Las últimas fuerzas revolucionarias que quedaban, huyeron con rumbo á Batoví. El ejército de Muniz está á dos leguas de Rivera. — *Vázquez*, cónsul.».

Saravia había conseguido nuevamente su objeto, aprovechando la incalificable desidia del general Muniz. Había levantado el espíritu de su gente, dándole veinte días de descanso, frente al enemigo, y disipando la impresión de la derrota de Paso del Parque, con la jactancia de esa inmovilidad que probaba confianza y entereza á la vez. De un ejército agobiado por un desastre, hizo un nuevo ejército confiado y ensoberbecido, que creía ver temor en la conducta de los generales gubernistas, y cada vez se envalentonaba más con su asombrosa pasividad. Si Aparicio, después de Paso del Parque, hubiera querido sacar distancia á Muniz y Benavente, lo habría conseguido tal vez, pero el efecto moral de esa gauchada no habría sido tan completo como el de esa permanencia en Rivera, que pareció tener en jaque, durante veinte días, y á seis ó siete leguas de distancia á los dos grandes ejércitos de la República: catorce mil hombres, en conjunto. La detención en Rivera hizo suponer por otra parte que Saravia había recibido los elementos bélicos que le hacían falta. No era verdad; semanas después recibió una parte por la frontera de Aceguá. Tan es así, que un miembro del comité nacionalista de Concordia anunciaba el 31 de Marzo que Aparicio Saravia se retiraría de Rivera con sus fuerzas, dejando las posiciones que ocupaba y en cuyas cercanías se tiroteaban las guerrillas de sus avanzadas con las del general Muniz, porque *aun no había llegado el momento de dar una batalla decisiva que fuera iniciada por el ejército revolucionario.*

Con relación á las operaciones militares emprendidas por Aparicio, informaban en Concordia los señores Herrera y Serratosa Cibils, llegados recientemente de Rivera, que el ejército revolucionario tenía ya escalonadas sus divisiones por el camino á Cerro Largo, y que algunas se extendían hasta el paso de Carpintería, sobre el Río Negro, á cuarenta y cinco leguas de Rivera, respondiendo al plan de operaciones determinado por Aparicio Saravia. — Agregaron aquéllos que ya habían vadeado dicho paso algunas fuerzas de descubierta.

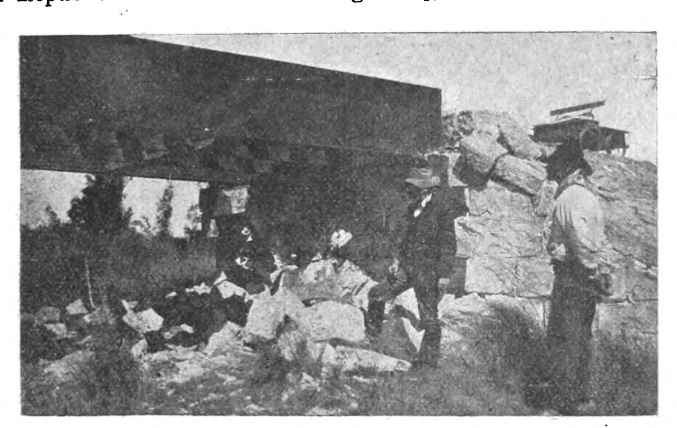
Estos informes confirmaban que el grueso del ejército revolucionario se corría por un flanco para pasar al Sur del Río Negro, dejando á Muniz y Benavente esperando caballos por las serranías de Rivera, entretenidos con alguna división que enmascaraba el movimiento principal, tiroteándolos mientras tanto que realizaba Saravia esa nueva operación estratégica importante.

Desconfianza respecto á Muniz

El diario *El Día* publicaba en los últimos días de Marzo los siguientes informes: «Se sabe que el ejército del general Muniz ha comenzado á proveerse de excelente caballada y que no tardará en estar total y perfectamente montado, en condiciones, por consiguiente, de reanudar la tenaz persecución de las hordas saravistas.—Los acontecimientos importantes no pueden tardar en producirse.»

Pero la opinión no participaba de esta aparente confianza del diario oficial. Hasta ella había trascendido el disgusto general y la sorda desconfianza que

comenzaba á anarquizar las filas del ejército de Muniz. Llovían, y del más caracterizado origen colorado, las denuncias sobre la conducta incomprensible de ese general, atacado de misantropía, que solo tenía ásperas palabras para sus jefes y que encerraba un continuo mal humor entre las cuatro paredes de su tienda. El ejército victorioso en Paso del Parque, ansioso de rematar aquella acción feliz con un nuevo encuentro, había tenido que «morder el freno» de sus explicables impaciencias, en largos días de no explicable inmovilidad, en la tristeza y el aburrimiento del campamento azotado por aguaceros constantes. El enemigo estaba allí, á pocas leguas, en contacto con las avanzadas: ¿porqué no se le atacaba? ¿Por falta de caballos? Las cinco ó seis ú ocho leguas hasta Rivera se podían hacer á pie!... Y mientras tanto, la revolución, aniquilada el 2 de Marzo, rehacía sus fuerzas á las barbas del ejército victorioso y como burlándose de él... Muchos jefes de división y de cuerpo escribían al presidente de la República dándole cuenta del disgusto que reinaba en las filas y que tenía por causa única la conducta, cuando menos extraña, de Muniz. Los incidentes desagradables se multiplicaban y había jefes que pedían su separación del ejército, al mismo tiempo que Muniz, cansado de su insubordinación, la solicitaba también por separado. Alguno de ellos hubo que fué á la tienda del general en jefe —al ver que los nacionalistas se escapaban de Rivera impunemente—con un revólver en el bolsillo para levantarle á Muniz la tapa de los sesos... Hubo que hacer cambios en las divisiones, para evitar los graves incidentes que la indignación de algunos jefes colorados estuvo á punto de hacer estallar.



EL PUENTE DEL QUEBRACHO DESTROZADO POR LOS REVOLUCIONARIOS

Mientras tanto, en Montevideo se murmuraba (lo que no era cierto) que el presidente de la República, profundamente disgustado con el proceder del general Muniz,—cuya prolongada inacción no se explicaba satisfactoriamente,—había fijado un plazo á ese jefe superior para que procediera á atacar á Saravia, y estaba dispuesto, en el caso de no cumplirse esa orden, á reemplazarlo en el mando del ejército del Sur.

Los que se hacían eco de esta versión,—y eran muchos—agregaban que el presidente de la República desconfiaba que el general Muniz, por celos y rivalidades existentes entre ese jefe, el coronel Galarza y el general Benavente, no se prestaba á aplastar y arruinar, quizá para siempre, á su partido político, el partido nacionalista.

Agregaban más todavía: que el general Benavente y el coronel Galarza,—bajo cuyo mando habían sido puestas las mejores tropas del ejército del Sur, con prescindencia del general Muniz— habían recibido orden de atacar á Saravia

Nada de esto era verdad: el presidente de la República jamás compartió la desconfianza de muchos de sus principales jefes colorados respecto á Muniz.

Cuando, algunas semanas más tarde, lo sustituyó de hecho con el coronel Galarza, fué por complacer á amigos que se sacrificaban por su causa en el ejército, y que tenían derecho á exigir mucho de su consideración y su amistad, pero nunca porque creyera que Muniz hubiera dejado de hacer en el mando de las tropas legales, y en cualquier momento, sino todo lo que *pudo,* por lo menos todo lo que *supo*...

El ejército de Benavente

Respecto á la actuación frente á Rivera del ejército mandado por Benavente, hay que referirse al diario de la campaña, escrupulosamente llevado por el comandante Venancio Etcheverry, secretario del general.

Ese diario da cuenta de todos los movimientos de un ejército que hubiera bastado por si solo para poner término á la guerra civil, pero cuyo jefe, subordinado á Muniz por cuestión de jerarquía, sólo procedía con arreglo á las órdenes de aquél. No tiene el general Benavente responsabilidad alguna en la vergonzosa pasividad de los ejércitos legales frente á las fuerzas nacionalistas acampadas en Rivera, y, como se verá, ni aun siquiera estuvo en contacto inmediato con el enemigo, puesto que en los últimos días de Marzo hallábase á retaguardia de Muniz, dejando á merced del ejército de éste todas las glorias posibles pero también todas las responsabilidades de las proyectadas operaciones de guerra....

He aquí unos extractos interesantes del *diario* que llevó el comandante Etcheverry:

«23 de Marzo. — Jueves. — Tambores. — Hoy llegué á la Sierra de Tambores, donde se halla acampado el ejército, poco más ó menos á unos 20 kilómetros de la estación del mismo nombre.

El cuartel general está situado en una eminencia, desde la cual se domina gran parte de las fuerzas legales diseminadas aquí y allá y semejando por las simétricas hileras de las carpas de los jefes y oficiales, pequeñas poblaciones de casitas blancas.

El general estaba instalado en un carrito de dos ruedas, cubierto con un techo improvisado de lona al que había hecho agregar, para no ser traspasado por las lluvias ó por las heladas, algunas jergas. En él tendía su cama durante las pocas horas de la noche que dormía (si es que dormía). A este respecto abrigo mis dudas. Su lecho se reducía al recado y no era menos duro que el del último soldado. No hacía uso de carpa.

Durante el día y ni aun en los más lluviosos jamás he visto al general guarecerse dentro del carro. Se ponía unos zuecos y hacía colocar sobre el suelo húmedo, entre las dos varas del vehículo, una tabla cualquiera, y así se le veía soportar, recostado al pescante, durante horas enteras las inclemencias del viento y de la lluvia sin más abrigo que un capote de goma que reemplazaba al poncho vicuña de verano que usa en buen tiempo, y siempre de pie, incansable, pues nadie habrá visto al general sentado, á no ser en el momento de comer que lo hacía una vez al día.

Muchas veces ni aun para comer tomaba asiento.

Intrigado por esto, recuerdo haberle preguntado un día si no sentía cansancio de estar de pie continuamente. y me contestó que no.

Nada pasaba desapercibido para él desde la posición que ocupaba en aquella especie de observatorio. Nada escapaba á su mirada escrutadora. Desde allí

mandaba arrestar al incauto soldado que tenía la poca suerte de pasar á diez cuadras, á veinte cuadras del cuartel general llevando una sola rama de leña encima del caballo. Esto lo había prohibido en una orden general con las penas más severas. Y es también verdad que el caballo no tenía en el ejército mejor amigo y protector que el general Benavente. Los caballos eran la continua pesadilla de los ayudantes y de los asistentes y por culpa de los primeros, ó más bien dicho por no cuidarlos bien, eran todos los arrestos que sufrían.

El general perdonaba cualquier falta á no ser la falta de atención con los caballos. Para esta clase de comisiones era inexorable. Muchas veces le oía decir: «el peor enemigo del caballo es el caballerizo; por no trabajar tanto, lo pastorean en rondas cerradas, cuando yo tengo ordenado que lo hagan en rondas abiertas».

El ejército tenía la organización siguiente:

Cuartel general. — General en jefe: general de brigada don Manuel Benavente.

Secretarios: teniente coronel graduado Venancio Guillermo Etcheverry, sargento mayor Adolfo M. Delgado.

Auxiliar de secretaría: capitán de GG. NN. José Freire.

Cuartel general y tropas al mando directo del general en jefe..........	812
Primera brigada..........	1.242
Segunda brigada..........	732
Tercera brigada..........	981
Cuarta brigada..........	733
Sexta brigada..........	659
Total..........	5.159

Hoy empezó á distribuirse entre la tropa el vestuario de invierno que llegó de la capital custodiado por el batallón de GG. NN. número 11, al mando del coronel don Joaquín Machado.

Llega un telegrama del señor Presidente con una buena nueva: la de que elevará hasta nueve mil el número de la fuerza efectiva del ejército.

22 de Marzo. —Tambores. — Se considera probable la marcha del ejército sobre *Laureles* desde que el general Muniz ha solicitado el concurso del general Benavente en vista de que la escasez de caballadas le impedían perseguir por sí solo y con éxito al ejército revolucionario.

Hoy se han recibido por ferrocarril 600 mulas. Su estado es deficiente.

El general Benavente resuelve comunicar al señor Presidente siempre que reciba una partida de caballos, el verdadero estado en que se encuentran para que, si son comprados, los vendedores no puedan explotar al Estado.

Se hace un recuento de todos los caballos utilizables del ejército dando un total de siete mil.

En cuanto á la proyectada marcha sobre *Laureles* el general Benavente opina que habría un serio inconveniente en establecer allí un campamento por la malísima calidad de los pastos. Es bueno recordar que en la insurrección de 1897 el general Villar perdió por las inmediaciones de la Estación Laureles casi todas sus caballadas. Meditando sobre este obstáculo, el general Benavente cree que se puede conseguir el mismo objetivo por otro camino más favorable. Este sería, por ejemplo, dirigir sus fuerzas por el tren hasta Paso del Cerro, desde donde podría seguir después cruzando el río Tacuarembó por el paso del Cerro,

y una vez del otro lado seguir hacia el Norte por la cuchilla Cuñapirú ó sino atravesar el arroyo Cuñapirú por el paso de Garín, para tomar la cuchilla de Corrales. Tendría entonces dos direcciones á seguir: una lo conduciría sobre el flanco izquierdo de Saravia y la otra sobre su flanco derecho. La elección dependería de la actitud que tomase el enemigo.

Al general Benavente le parece dudoso que Saravia trate de atrincherarse en la Sierra Aurora como parece desprenderse de los informes que se reciben del general Muniz, pero aun en ese caso la marcha preindicada sería la mejor, siempre á juicio del jefe del ejército del Norte, para caer sobre los insurrectos.

Marzo 25. — Se recibió un telegrama del señor presidente ordenando que podía mandar la extrema vanguardia y demás fuerzas á Paso de Cerro en vez de hacerlo á Laureles, en vista de las observaciones atendibles que hizo el general Benavente.

Inmediatamente quedó ordenado el embarque en ferrocarril de la extrema vanguardia.

El comandante militar de Tacuarembó denuncia que un jefe de alta graduación, durante su permanencia en San Fructuoso, ha hecho tropas por su cuenta, á pesar de haber recibido órdenes en contrario.

El general censura á dicho jefe su proceder incorrecto y ordena levantar un sumario, autorizando á la vez al comandante militar á que proceda con toda energía en el caso de que se repitan esas irregularidades.

Es muy sensible tener que consignar estos hechos, pero también es necesario corregir el mal donde quiera que se encuentre para que no sufra el buen nombre de un general en jefe por la conducta incorrecta de algunos de sus subordinados.

Desgraciadamente es tarea sobrehumana evitar el que se cometan delitos ó irregularidades en un ejército de 6000 hombres, y no me detengo á explicar el porqué desde que estas cosas son bien sabidas.

Pero de todas maneras hay que condenar que mientras la mayor parte de los jefes, oficiales y tropa vayan á campaña dispuestos á sufrir con toda abnegación los peligros de la guerra, haya también algunos jefes que se olviden de sus deberes y no atiendan á otra cosa que á aumentar su fortuna privada.

Por orden superior se procede á la aprehensión de los telegrafistas de las estaciones Pampa y Piedra Sola.

El general Muniz se encuentra acampado en el Cerro Lunarejo.

Marzo 26, sábado. — Puntas de Tambores. — Hoy mudamos de campamento, aproximándonos á la estación Tambores.

Empiezo á darme cuenta del orden admirable que ha sabido imprimir en las tropas el general Benavente y sus jefes y oficiales subalternos durante los tres meses de campaña transcurridos. Los regimientos de caballería y batallones de infantería de guardias nacionales rivalizan con las mismas unidades del ejército de línea en disciplina y uniformidad de vestuario y armamento.

Los coroneles Ramos, Foglia y Pérez y Rovira marchan al frente de sus respectivas brigadas, y los mayores Ramasso y Da Costa en la sección de artillería.

Los carros y las piezas Canet son conducidos en su mayor parte por mulas que no se destacan ni por su cuerpo ni por su gordura. Parece que esta clase de bestias tan fuertes y sufridas son muy escasas en el país.

La vanguardia del ejército, al mando del coronel don Feliciano Viera, ha recibido orden de incorporarse á la extrema vanguardia en el paso del Cerro.

El señor presidente de la República resuelve que el ejército del Norte se traslade al Paso de los Toros para recibir allí elementos de fuerza y movilidad que lo pongan en condiciones inmejorables para alcanzar y batir al enemigo donde quiera que lo encuentre.

Hoy ha tenido lugar en la estación Tambores una conferencia telegráfica entre S. E. el señor presidente de la República y el general Benavente.

He aquí la referida conferencia de la que tomo lo más interesante:

El señor presidente. — Lo llamé para hablarle de la marcha del coronel Cándido Viera, pero ahora poco tengo que decirle al respecto, pues las noticias que tengo de Rivera indican que no hay que modificar las órdenes dadas por V. S. Ahora en lo que hay que pensar es en los caballos. ¿Ha mejorado algo el estado de los suyos con el descanso?

El general. — Ha mejorado muy poco, porque eran animales muy trabajados y su estado de flacura era considerable.

El señor presidente. — ¿Están buenos los campos por ahí?

El general. — Sí, señor presidente.

El señor presidente. — Cuando lo crea conveniente puede cambiar campamento aproximándose al Paso de los Toros en marchas de dos ó tres leguas por día. ¿Los caballos que tiene herrados son buenos?

El general. — Estoy haciendo herrar los mejores. Hasta hoy tengo mil herrados.

El señor presidente. — Yo estoy haciendo herrar también para su ejército en Paysandú, Santa Lucía y Canelones una buena cantidad. ¿Los herreros que V. S. tiene trabajan bien y con buena voluntad?

El general. — Trabajan bien, pero no con muy buena voluntad. Dos se han ido enfermos y los he reemplazado con soldados del ejército.

El señor presidente. — Saben ellos que se les abona diez centésimos por cada cuatro herraduras que coloquen?

El general. — Sí, señor presidente.

El señor presidente. — Cuando hayan colocado una cantidad regular se les puede hacer un pago para estimularlos. De Rivera tengo estas noticias: Aparicio parece que se ha puesto en marcha definitivamente para Cerro Largo. La división de Guillermo García, que había ido á la Sierra Aurora, volvió anoche á Rivera y acampó por sus inmediaciones. En Sierra Aurora dicen que ha quedado gente emboscada aunque no lo creo. Aparicio volvió anoche á Rivera con cinco ayudantes y decían allí que harían volver su gente para pelear, pero parece que fué solamente para hablar con Juan José Muñoz que ha quedado enfermo en aquella localidad. El general Muniz sigue comprando caballos y marchando por Cuchilla Negra. Julio Barrios está en Ataques con 200 hombres, protegido por Escobar. El coronel Machado está con su batallón en Tranqueras, y allí también está Luis Esteves. En este momento recibo el siguiente telegrama del cónsul en Livramento: «Aparicio pasó el ejército del otro lado de Cuñapirú, teniéndolo en » las proximidades del Paso de Castro hasta Batoví y ha dejado el parque á dos » leguas de Rivera, muy sobre la línea divisoria. Dice que va á esperar las » fuerzas legales para librar batalla. — *Gabriel Vázquez.*»

¿Qué opina general, de esto?

El general. — Yo opino que Saravia no ha de esperar y que ya se habría ido si se hubiera dado cuenta de que yo podría atacarle desde Paso de Cerro, pues creo que las fuerzas de Barrios y Esteves han cubierto el movimiento de mi extrema vanguardia.

El señor presidente. — ¿Entonces, cree V. S. que Saravia tiene interés en atraer á Muniz sobre la frontera para venirse sobre V. S.?

El general. — Es probable.

El señor presidente. — Encontraría á V. S. en condiciones muy distintas de lo que yo quiero que lo encuentre. Consecuencia: tal vez lo mejor es curarse en salud y trabajar un poco más bajando hacia el Sur, de manera que Saravia tenga que matar sus caballos y V. S., entretanto, pueda recibir refuerzos muy fácilmente de Montevideo.

El general. — Muy bien, señor presidente. En nombre de este ejército agradezco á V. E. todo el vestuario y equipo que acaba de enviarme.

El señor presidente. — ¿Es bueno todo ?

El general. — Sí, señor presidente.

El señor presidente. — Su traslado al Paso de los Toros lo creo muy conveniente; esa posición tiene la ventaja de que podrá V. S. elegir el momento de dar combate y permitirme reforzarlo como quiero. La persecución de Saravia la iniciará en breve el general Muniz, y el resultado será, sino una batalla en la cual quede vencido el enemigo, por lo menos dejarlo á pie. En ese momento será cuando V. S. tendrá que tomar la iniciativa con elementos superabundantes de fuerzas y de movilidad. Según el general Muniz, Aparicio tiene actualmente de 7 á 8.000 hombres. Para hacer V. S. su traslado puede servirse del ferrocarril. Hágame V. S. las observaciones que considere pertinentes. He empezado ya á mover las fuerzas que deben incorporársele.

El general. — Conduciré las tropas por el tren, enviando los caballos por tierra. Considero de gran utilidad que en los departamentos del Sur se haga una requisa rigurosa de caballos que aun deben quedar. La experiencia me aconseja indicar á V. E. que conviene dar á este respecto órdenes muy severas, porque sino no se cumplen. He ordenado la vigilancia de la vía férrea. »

Hasta aquí la conferencia.

Son reducidos á prisión tres turcos, vendedores ambulantes, en quienes recaen sospechas de espionaje.

Marzo 27—Domingo. — Puntas de Tambores. — Se ordena al jefe de vanguardia su regreso al campamento de Tambores, operación que se efectuó en el día.

El número de enfermos aumenta considerablemente en el ejército.

Marzo 29.—Martes. — Arroyo Malo. — Hoy marchó el ejército más de 35 kilómetros, acampando en el paso de Cardozo del Arroyo Malo á las 4 p. m.

Al llegar á la estación Tambores se dispuso embarcar en tren las piezas de artillería, el parque y las fraguas y algunas fuerzas en su custodia, encargándose de la dirección del embarque al mayor Coralio Enciso.

El arroyo Malo es bastante correntoso, pero aun así, los carros pasan con facilidad. — El cuartel general se instaló en las inmediaciones del paso donde hay abundancia de leña y de pasto.

Desde allí presencié el desfile del ejército y más tarde el de las caballadas. Éstas venían sedientas y costaba trabajo concluir el pasaje.

Durante las marchas, y cada diez kilómetros aproximadamente, el general mandaba hacer alto, echar pie á tierra y quitar los frenos á los caballos para que descansaran un poco y « pellizcaran » un poco de pasto. Generalmente se elegía la costa de alguna cañada para que también bebieran.

El general desensillaba y ensillaba por si solo su caballo. Para esta operación no admitía los servicios de sus asistentes, porque, como él decía, nadie lo hacía mejor que él.

Poco antes de llegar al paso de Cardozo puede verse un pequeño grupo de ranchos miserables y donde desde lejos se adivina la morada de la más espantosa miseria.

El general se acercó á uno de estos ranchos, que parecía estar deshabitado y en ruinas y que, más próximo que los demás, se hallaba al borde del camino.

De repente aparece, saliendo de aquella especie de cueva una negra á la que pronto rodeó un verdadero escuadrón de negritos. ¿Dónde podían alojarse tantos? Completamente desnudos, no cesaban de mirar con ojos espantados y llenos de asombro al general y á los ayudantes que lo acompañaban.

El general, que ese día estaba de muy buen humor, cambió alguuas palabras con la negra y le dió un socorro.

—¿Dónde está el patrón?—le preguntó.

—Está en la división del coronel Escobar y mire lo que son las cosas — añadió, — tengo un hijo y un hermano en la «regolución!»

Marzo 30. — Miércoles. — Achar. — Al amanecer empieza á desplomarse una lluvia torrencial, y bajo esta lluvia inicia su marcha el ejército, á las 8 a. m., con rumbo á la estación Achar. Antes de mediodía llegamos muy cerca del pueblo de San Máximo, dejándolo á nuestra izquierda.—¿Cómo se llama este pueblo?—pregunté al baqueano, teniente Bacelo. — Le llaman el pueblo de las *ratas*, pero su verdadero nombre es San Máximo.— Después averigüé que las ratas aquellas eran de dos patas.



OFICIALES DE LA DIVISIÓN MAURENTE

Á las 5 p. m. el ejército acampó próximo á la estación Achar, después de recorrer, bajo una lluvia torrencial, cuarenta kilómetros. Las tropas que se habían embarcado en Tambores acababan de llegar en ese momento y la extrema vanguardia también encontrábase acampada muy cerca de aquel paraje.

Con motivo de una denuncia formulada por el estanciero Alejandro L. Rivero contra un jefe de las fuerzas pertenecientes á la vanguardia, sobre abusos en las carneadas, hoy se insertó en la orden general el siguiente artículo 2.º: «El que » suscribe ha recibido con desagrado algunas denuncias sobre carneadas arbi- » trarias cometidas por oficiales del ejército que salen en distintas comisiones. » Con el fin de que estas irregularidades cesen por completo, se hace saber á los » jefes de brigada que cualquier repetición de estos hechos será castigada seve- » ramente, haciéndose responsables, á los que cometan cualquier abuso, de todo » el daño que causaren. — *M. Benavente.* »

En cuanto al caso concreto denunciado se mandó instruir el sumario respectivo.

Ha llovido durante toda la noche.

Marzo 31. — Jueves. — Achar. — Hoy presentó renuncia el general Benavente del cargo de jefe superior del ejército del Norte.

Dicha renuncia está fundada en motivos de salud y, efectivamente, la salud del general no le permite dedicar al cuidado del ejército sus reconocidas actividades.

Las tareas que pesan sobre él son muchas si se tiene en cuenta que no hay á su lado un jefe de estado mayor que comparta con él las obligaciones y responsabilidades del mando.

¿Hay alguna otra causa, á más de la referida, que haya obligado al general á presentar renuncia? No lo sé. Pero varias veces lo he oído expresarse con bastante disgusto del rol que le ha tocado en lote en las operaciones de la guerra. Con una de sus expresiones características que muchos de sus amigos y subalternos le habrán oído muchas veces, nos decía á este propósito un día: «Siempre me ha tocado arrear el avestruz á Muniz para que él lo bolee!».

Mientras al Norte del Río Negro se desarrollaba la gran tragedia del Paso del Parque, al Sur se producían también varios combates de menor importancia, pero todos ellos sangrientos. El 4 de Marzo el jefe revolucionario Gabino Valiente que — como ya lo dijimos — no había podido incorporarse á Saravia durante la breve estadía de éste en los límites de Soriano, y que había estado cobrando contribución de guerra en ese departamento, llegó al Paso de Navarro, sobre el Río Negro, perseguido por una parte de la división de Soriano que mandaba el doctor Fleurquin.

Acción del Paso de Navarro

Valiente supo maniobrar con habilidad y vadeó el Paso de Navarro antes que llegara el comandante Grau y lo atajara en ese punto, como había dispuesto el doctor Fleurquin.

El Diario de Mercedes de fecha 7 de Marzo relataba así el tiroteo, del cual no se tuvo conocimiento en Montevideo hasta el día 10:

«Llegó á esta ciudad un peón del establecimiento ganaderil que posee el señor Calixto Martínez Buela, inmediato al paso de Navarro, departamento del Río Negro.

El señor Buela dirigía una carta á su amigo el doctor Juan Chans, médico de policía de esta ciudad, rogándole que se interesase con la Junta delegada de auxilios á los heridos para que á la mayor brevedad enviase una expedición con los elementos necesarios para prestar auxilios á siete heridos que habían quedado en su estancia, resultantes de un combate producido el día anterior entre las fuerzas del gobierno y revolucionarias, al mando éstas de Gabino Valiente.

Agregaba el señor Buela que entre los heridos había dos de gravedad.

Inmediatamente la Junta local de auxilios dispuso, de acuerdo con el jefe político interino, señor Tomás Belén, que partiese sin pérdida de tiempo una expedición compuesta de los facultativos doctores Manuel Ferreyra y Juan Chans, quienes, con los ayudantes y elementos de curación necesarios, se pusieron en marcha momentos después.

Como el lugar del encuentro dista de esta ciudad unas veinte leguas, es presumible que recién en las primeras horas de hoy habrán llegado al punto referido.

Por datos recogidos del emisario conductor de la carta mencionada se sabe que los siete heridos dejados en la casa de Buela pertenecen á las fuerzas revolucionarias y que es uno de ellos oficial de las mismas.

El mismo peón agrega que la columna revolucionaria siguió su marcha, llevando además algunos heridos leves.

En cuanto á las bajas de las fuerzas legales, sólo menciona dicho peón á un solo herido de bala en una pierna, el cual quedó en una casa próxima al paso, en nuestro departamento.

Se cree fundadamente que la columna del gobierno que batió á los insurrectos es la desprendida hace cuatro días de las fuerzas que partieron últimamente de Mercedes á las órdenes del doctor Federico Fleurquin, siendo aquélla mandada por el comandante Grau.

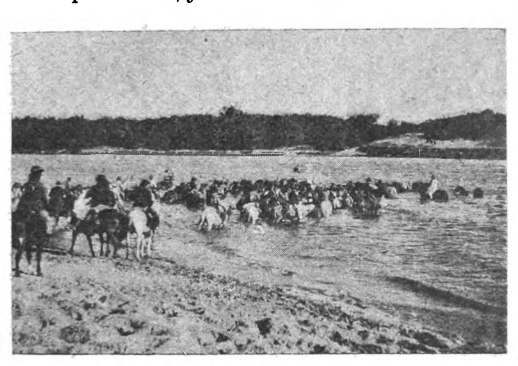
Según la versión oficial, la división de Soriano había recibido la noticia de que un grupo de revolucionarios, al mando de Valiente, Urán y Martirena, había abandonado el litoral con rumbo al Norte del Río Negro.

Inmediatamente el comandante Fleurquin, de acuerdo con órdenes recibidas, se puso con todas las fuerzas de su mando en persecución del referido grupo.

En esa actitud llegó á la estación Drable del ferrocarril á Mercedes. Allí se supo que los insurrectos se movían á marchas forzadas con rumbo al Paso de Navarro y que ya había pocas esperanzas de alcanzarlos.

No obstante esto, se dispuso que el 5.° de Caballería, al mando del comandante Grau, se adelantase para ver si era posible trabar combate.

El comandante Grau se adelantó rápidamente, y esa misma tarde — 4 de Marzo — se encontró una columna insurrecta acampada sobre el mismo paso de Navarro, en actitud de churrasquear al rededor de los fogones.



PASO DE UNA CABALLADA POR EL RÍO NEGRO

Aunque el comandante Grau no llevaba más que 200 hombres, número bastante inferior al de los insurrectos, cargó con toda resolución. Los insurrectos, evidentemente sorprendidos, creyéndose tal vez en presencia de la vanguardia de toda la división de Soriano, se batieron en retirada desde el primer momento, retirada que no tardó en transformarse en fuga por temor de que se vieran envueltos y no pudieran vadear el Paso del Río Negro. »

El Día agregaba:

« En la acción, que fué breve y brillante, las fuerzas de Grau tuvieron cinco heridos.— En cambio los insurrectos debieron tener muchísimos más. Sólo siete quedaron en la estancia de los señores Martínez Buela. Los leves fueron llevados por la partida.

Los insurrectos tuvieron también varios muertos. Se conoció este hecho por la forma como fueron sacados de las filas algunos caídos, pues se asegura que varios de ellos fueron arrastrados á cincha de caballo.

Entre los muertos insurrectos se cuenta un titulado comandante Miranda. »

En realidad lo que hubo fué un tiroteo, río por medio. La partida revolucionaria lo vadeó sin estorbos, cuando, si el comandante Grau hubiera apresurado su marcha y el ataque, el pasaje hubiese sido mucho más difícil, sino imposible. El jefe de las fuerzas gubernistas se contentó con tirotear á los insurrectos, cuando la orden expresa que tenía de su jefe, el doctor Fleurquin, era *cortar campo* para ocupar el Paso de Navarro antes que Valiente llegara á él, y sostenerse allí hasta recibir el auxilio del resto de la división Soriano. Los nacionalistas se atribuyeron el triunfo en esta acción, que fué, por lo demás, insignificante.

Dos días después del combate del Paso de Navarro se desarrollaba otro á las mismas puertas de Montevideo.

La fuga del comandante Gil

Se recordará que al iniciarse el movimiento revolucionario habían sido aprehendidos en San José los jefes nacionalistas Gil y Baptista, dándoseles la ciudad por cárcel.

El primero de estos jefes pretendió huir de la capital en la noche del 6 de Marzo, acompañado por un grupo de 55 correligionarios, y sorprendido con una parte de sus elementos en la Barra de Santa Lucía, libró combate con la policía.

En la lucha hubo dos muertos y seis heridos, tomándose prisioneros á los restantes, excepción del comandante Gil, capitán Añón y otros pocos que lograron atravesar el río.

El 6 de Marzo á las 7 de la tarde empezaron á llegar grupos pequeños de individuos al paraje conocido por Rincón de las Mulas, inmediato á la Barra de Santa Lucía. El comandante Gil hallábase allí y recibía á los que llegaban.

La policía tuvo noticia de que se había producido alguna agitación entre ciertos elementos nacionalistas y distribuyó varios grupos de hombres armados en diversos parajes del departamento con orden de ejercer severa vigilancia.

Á las 12 de la noche un grupo de 30 hombres (unos á pie y otros á caballo) al mando del comandante Gil se puso en movimiento del Rincón de las Mulas hacia la Barra de Santa Lucía, marchando por la vía del ferrocarril.

El comisario de la Barra señor Laborde había recibido un refuerzo del personal de la sección 22.ª, al mando del comisario Mourigán.

A la una de la mañana se hallaban conversando en sus puestos de observación los comisarios Mourigán y Laborde, cuando sintieron en las inmediaciones vivas al partido nacional.

Tiroteo en la Barra

Las fuerzas policiales, que tenían noticias, por referencias de vecinos, de que los revolucionarios formaban un grupo numeroso y que traían dos carros de municiones, se parapetaron en el edificio de los Corrales de Abasto é iniciaron el fuego, que contestó inmediatamente la fuerza de Gil.

El fuego se hizo general y los revolucionarios se corrieron por la orilla del pequeño pueblo hasta el local donde estaba amarrada la balsa que sirve para el transporte de ganados y pasajeros en aquel punto, posesionándose de ella é intentando pasar el río.

Las fuerzas policiales los persiguieron hasta allí, siguiendo el tiroteo durante tres cuartos de hora.

Los revolucionarios, atentos á la lucha entablada, no podían realizar su tentativa de vadear el río.

Fué entonces que en los intervalos del tiroteo con la policía se oyó gritar: «¡Nos rendimos! nos rendimos!»

El comisario Laborde, que mandaba las fuerzas policiales, suspendió el fuego y contestó á los revolucionarios que aceptaba su rendición y que pasaba á hacerse cargo de los heridos y prisioneros.

En momentos en que las fuerzas policiales llegaban al paraje donde se hallaban los rendidos se vió al comandante Gil que desde la balsa se azotaba á caballo al Santa Lucía.

Caballo y jinete desaparecieron en el río y un momento después se les vió reaparecer. El comandante Gil iba agarrado á la cola del caballo en dirección á la

opuesta orilla del Santa Lucía que en aquel paraje tiene un ancho aproximado de quinientos metros.

Otro grupo de revolucionarios se corrió durante la pelea por la orilla del río hacia la derecha del fondeadero de la balsa y tomando uno de los botes que sirven para la pesca de cangrejos y transporte de pasajeros, se lanzó también hacia la opuesta orilla.

En ese bote iban el capitán Añón, que pertenecía al disuelto batallón de Guardias Nacionales número 16, y cuatro compañeros. La policía hizo varias descargas á los que iban en el bote, creyéndose que alguno de los fugitivos fuera herido.

El comisario Laborde recogió á los heridos y aseguró á los prisioneros.

Los heridos fueron: Prudencio Catalogne, Pedro Conde, Antonio Sosa, Arturo Rivadavia, Flor Duarte Barroso y Cándido Lacio. De éstos se hallaban en estado grave Arturo Rivadavia y Flor Duarte Barroso.

Murieron en la refriega el revolucionario Antonio Caridad y el joven Juan Miranda, hijo del guarda de la Barra de Santa Lucía, que por curiosidad iba con la fuerza de policía. El joven Miranda recibió un balazo sin importancia en una pierna, pero falleció á consecuencia de una hemorragia que no fué atendida á tiempo.

Los heridos fueron conducidos al colegio local, donde una comisión de vecinos que forman la delegación de la Cruz Roja, los atendió en los primeros momentos, aunque sin disponer de los elementos necesarios.

A las 4 de la mañana partió para la Barra el secretario de la Jefatura de Policía, señor Arturo Brizuela, comisionado para llevar médico y elementos de curación. Una máquina exploradora precedía el tren en que iban el señor Brizuela y el doctor Arturo Ferrer con gran cantidad de elementos de curación. Los viajeros pudieron constatar que los teléfonos estaban cortados en todo el trayecto.

El doctor Ferrer, una vez llegado á la Barra, practicó las curaciones del caso á los heridos, transportándolos en seguida á Montevideo, á donde llegó el tren á las nueve y media.

Heridos y prisioneros

En el mismo tren llegaron los prisioneros tomados en la Barra cuya nómina es la siguiente: Alfredo Apel, Arturo Oreiro, Santiago Peirano, Lino Roda, Cristóbal Sergi, Luis Nidas, Santiago De León, Francisco Varela, Carlos Servando, Pablo Mangracho, Bautista Sosa, José Trigo, Carlos A. Beltrán, Leandro Sienra y Alfonso Torres.

La policía de la 20.ª sección apresó otro grupo de revolucionarios en el que figuraban los siguientes: Cayetano Daglio, Ricardo Daglio, Bernardino Daglio, Enrique A. Poyet, Augusto M. Poyet, Antonio Cea, Juan Prado, Conrado Nin Lavalleja, José Espina Lavalleja y Servando Varela.

La policía de la 19.ª apresó á Saúl Canosa, Noé Canosa, Samuel Canosa, Adolfo Denis, Pedro Pérez, Porfirio Batista, Eduardo Batista, José P. Garcé.

Por su parte las fuerzas legales al mando del coronel Maurente y Juan José Fernández aprehendieron otro grupo en que figuraban Secundino Meneses, Inocencio Zubillaga, José Santamarina, Pedro Batista, Juan López, Juan Esteiro, Leopoldo Rodríguez, José María Casitún, Juan Carlos Yentschik, Manuel San Juan, Ulises Bordeharte, Mario Sánchez, Alberto Morelli, Martín Amestoy y Celedonio Martín. — Estos últimos grupos, que no pudieron incorporarse al comandante Gil, se entregaron á las fuerzas legales sin hacer resistencia alguna.

Todos los prisioneros fueron alojados en la Jefatura Política hasta nueva resolución.

Las únicas armas halladas en poder de los revolucionarios fueron varias carabinas rémington, facones, bayonetas, lanzas y algunos revólveres.

Los heridos fueron conducidos al Hospital de Caridad.

Los prisioneros se mostraban quejosos de su jefe el comandante Gil, acusándolo algunos de que había querido ir escoltado hasta la Barra para huir de la ciudad.

Según las mismas referencias, el comandante Gil les hizo creer que del otro lado de la Barra de Santa Lucía se hallaba esperándolo el coronel Gregorio Lamas, ex jefe de la Academia Militar, con una fuerza de más de 200 hombres.

La persona que reveló á la policía el plan y detalles de la partida de los nacionalistas que al mando del comandante Gil debía efectuarse por la Barra de Santa Lucía, fué — según se dijo — el señor Daglio, fabricante de carruajes, quien tenía tres hijos entre los que se preparaban á incorporarse á la revolución.

Según parece, Daglio denunció el hecho á la policía para impedir la fuga de sus hijos. Por lo menos, esta versión se generalizó en la capital al día siguiente del suceso.

El Día, publicó lo siguiente respecto al fracaso de la expedición nacionalista:

La versión oficial

«Los insurrectos llegaban en grupos de dos ó tres, unos á pie y otros á caballo.— Entre ellos apareció el organizador de la expedición, comandante Gil, de San José.

Gil, según lo aseguran sus compañeros, llegó á la cita ebrio. Cuando se vió entre una treintena de amigos ensayó una proclama. Les dijo á sus hombres que no debían preocuparse de armas, ponchos, recados, etc., porque en la Barra los esperaban unos 200 correligionarios provistos de todo, sin contar con que al otro lado del río estaría el coronel Gregorio Lamas con mucha gente.

Como las horas pasaban sin que sintieran las novedades anunciadas, hubo entre los congregados un principio de motín, pero Gil consiguió reprimirlo rápidamente.

Al mismo tiempo que los insurrectos se congregaban en el Rincón de las Mulas, el coronel Jerez, procediendo con encomiable actividad, ponía en movimiento toda la policía de extramuros, haciéndole ocupar los puntos estratégicos. Simultáneamente ordenaba al comisario de la Barra, comandante Laborde, que se colocara en condiciones para resistir cualquier agresión.

Y es efectivamente cierto que todavía no se acababan de dar estas instrucciones al comandante Laborde, cuando la línea telefónica quedaba interrumpida, por haber cortado los hilos una comisión de Gil.

Á las 12 de la noche los insurrectos se pusieron en marcha.

Antes de esa hora el comisario Mourigán había llegado con todo el personal á la comisaría de la Barra.

Á la 1 de la mañana estaban los dos comisarios conversando sobre los sucesos que se desarrollaban, cuando oyeron gritos de ¡Viva la patria! ¡Muera el partido colorado!

Eran los insurrectos que avanzaban con intenciones de sorprender la comisaría.

Fueron recibidos con una descarga cerrada. Contestaron con otra, y, cambiando de rumbo, se dirigieron rápidamente hacia el paso, seguidos por el resuelto pelotón de policía. Cuando estuvieron en el paso, los insurrectos se apoderaron de la balsa. Pero antes que pudieran hacerla funcionar, ya tuvieron

encima á los que los perseguían; de manera que no pudieron hacer otra cosa que aprestarse á la defensa. Se trabó en el acto un violento tiroteo, que duró tres cuartos de hora y sólo cesó cuando los insurrectos empezaron á gritar que estaban rendidos.»

En cuanto los heridos llegaron á los Corrales, el doctor Ferrer abordó la tarea. Se encontró con algunos casos graves. Á un infeliz le había entrado la bala por una mejilla, y después de destrozarle el paladar, había ido á incrustarse en las vértebras cervicales. Á otro, una bala de rémington le había abierto una formidable boca en un pulmón. Un tercero tenía una de las manos completamente destrozada por una bala de rémington.

Los heridos llegaron á Montevideo en el mismo tren en que venían los prisioneros de la Barra. En la estación del tranvía del Norte los esperaban los miembros de la Comisión de Auxilios doctores Martín Suárez, Milans Zavaleta y Laureano Brito, con 6 camilleros y 12 hombres del 4.º de Guardias Nacionales. Inmediatamente fueron instalados en cómodas camillas y conducidos en tren hasta el Hospital de Caridad. — Tanto los prisioneros como los heridos de la Barra iban custodiados por fuerzas de la 19.ª sección policial.



LA DIVISIÓN SORIANO ACAMPADA EN SAYAGO

Reportaje á un herido

Entrevistado un herido insurrecto sobre los hechos que acaban de relatarse, dijo más ó menos á un repórter de *El Día:* «Nosotros teníamos desde tiempo atrás idea de incorporarnos á los revolucionarios, trasladándonos al efecto al pueblo de Libertad (San José), ocupado por aquéllos. Sin reunirnos en punto fijo, nos pasábamos la voz todos los días, y casi siempre, por una ú otra circunstancia, fallaba la incorporación.

Por fin, el domingo se dispuso que partiríamos, dándonos cita en el Paso de la Arena. De la ciudad partimos unos á caballo y dos ó tres á pie. Á las nueve y media estábamos todos reunidos: éramos treinta y dos. Marchamos hacia el pueblo de la Barra, cuando ya en una de sus calles sentimos los primeros disparos.

'Nosotros no teníamos sino revólvers (muy pocos) y cinco rémingtons con escasa munición. Atravesamos el pueblo bajo las balas de los policianos que nos perseguían y llegamos á la balsa sobre el río, y entonces nos dimos cuenta que ella estaba cortada. Desde la balsa contestábamos el fuego, pero sin resultado, pues no veíamos á los enemigos y sólo divisábamos el fogonazo. El fuego duró un poco más de una hora.

—¿Pasaron el río algunos de sus compañeros? le preguntamos.

—Sí, señor—nos respondió:—alcancé á divisar al comandante Gil, que era nuestro jefe, que se tiró al río, y lo vi á mitad de él prendido de la cola de su caballo. Me supongo que habrá ganado la orilla opuesta. Vi también que con dos botes pasaron un capitán y un subteniente de Guardia Nacional que pertenecieron á uno de los disueltos batallones (15 ó 16), acompañados de cinco ó seis hombres.

Á las doce menos cuarto nos entregamos, pues ya nada teníamos que hacer sin municiones y siete ú ocho de nosotros heridos.

—¿Es cierto que algunas personas de esta localidad—volvimos á interrogarle—les facilitaron elementos y armas?

—No lo sé, señor; pero creo que el único que se ocupaba de nosotros era el comandante Gil.»

El lugar de donde surgió de golpe el grupo de insurrectos dando voces subversivas y alaridos salvajes, es un pequeño monte natural que está junto á la vía del ferrocarril y frente á la estación hacia el Este.

De allí, haciendo disparos y sin obedecer á las voces de ¡alto! que les daba un vigía que estaba apostado sobre el mirador de la estación, se dirigieron á la barra del río Santa Lucía por la parte más despoblada, atravesando un trayecto de costa baja, fangosa y descampada, pues apenas se levantan amarillentas las enclenques varillas de junco.

Por allí asaltaron la balsa y los botes, apoderándose de estas embarcaciones.

En la primera habían, cuidándola, seis personas de las fuerzas legales; entre ellas Ramón Miranda, N. Lacuna, marinero del Resguardo de allí, y Juan Miranda, el cual falleció á consecuencia de una herida de bala.

Pues bien: estos hombres, para salvarse, no tuvieron más remedio que meterse en el cajón de la embarcación que se encuentra debajo del piso de la misma.

Es de imaginarse la terrible escena que se hubiese desarrollado en aquel antro estrecho si los insurrectos se resuelven á bajar en persecución de sus enemigos.

El joven Miranda, muerto en la refriega, fué de los que después de herido entraron al cajón de la balsa, donde su padre se vió obligado á tenerlo á su lado, mientras se iba en sangre, defendiéndolo á tiros contra los que pretendían ultimarlo.

Los insurrectos que cayeron en poder de las fuerzas legales entregaron pocas armas de fuego.

Parece que algunos tiraron las suyas al río, pues en éste se encontraron después varias carabinas máuser.

Gil, antes de abandonar á los suyos, arrojándose al agua, se desnudó rápidamente.

La policía encontró su pantalón y el chaleco, en uno de cuyos bolsillos había 80 pesos.

En la barra de Santa Lucía ambas riberas son sin montes, muy despobladas, y sólo en la parte que está situada frente al paso, después de salvar un gran arenal, se divisa una arboleda algo espesa, de acacias silvestres y eucaliptos que prestan vida á aquel paisaje solitario.

Por esa arboleda se encaminó el titulado comandante Gil después de vadear el río con su caballo, y siguió huyendo por el camino que conduce al pueblo Libertad, departamento de San José, camino que corre, hasta cierta distancia, casi paralelo con la ribera del Plata.

Recorrido un trayecto, bosques de frondosos árboles flanquean el camino, y en algunos puntos el boscaje es impenetrable y obscuro.

El bote de que se sirvieron algunos de los fugitivos se encontró varado en la costa opuesta al paso.

En su interior se notaban numerosas manchas de sangre, lo que daba á comprender que alguien herido vadeó en él.

El comandante José Gil escapó ileso en la refriega habida en el Paso de la Balsa de Santa Lucía, y el 8 de Marzo se hallaba en el pueblo de Libertad (departamento de San José) con 170 hombres que había alcanzado á reunir en la sección donde había sido comisario y tenía mucho prestigio.

El 7 de Marzo á las 10 de la mañana ingresaron al Hospital de Caridad los siguientes heridos procedentes de la Barra de Santa Lucía:

Arturo Rivadavia, oriental, 23 años, herrero, con herida de bala en la mejilla derecha con salida cerca de la clavícula, fracturando el maxilar. Hubo que practicarle la traqueotomía. Su estado era grave.

Cándido Lasso, oriental, 28 años, con herida de bala en el pulmón izquierdo con salida por el hombro también izquierdo. El estado de Lasso era gravísimo.

Francisco Ibalde, oriental, 28 años, lechero, con herida de bala en la mano derecha con fractura de los dedos índice y medio, los que le fueron amputados.

Arturo Sosa, oriental, 22 años, con herida superficial de bala en la oreja izquierda.

Eduardo Barrozo, oriental, 24 años, con herida superficial de bala en la rótula derecha.

Prudencio Calcagno, oriental, 26 años, tipógrafo, con herida de bala en la mano izquierda.

Pedro Conde, oriental, 28 años, labrador, con dos heridas de bala en las partes blandas de ambas piernas.

Primer combate de la Agraciada

El 15 de Marzo tuvo lugar el primer encuentro de la Agraciada, que fué, después del combate del Daymán, la más importante acción de armas de este período de la guerra. Los revolucionarios habían dejado en Soriano fuertes partidas para que cobraran contribuciones en tan rico departamento y protegieran los desembarcos futuros de armas y municiones. Juzgaron quizás que dichas partidas gozarían de completa impunidad, por el hecho de no haber en aquella zona del país más fuerzas legales que una improvisada división de conscriptos al mando de un doctor en leyes.—Pero sus cálculos salieron fallidos, pues precisamente dió el doctor Fleurquin pruebas de excepcional capacidad militar, no tan sólo en la energía con que buscó á los insurrectos, en la habilidad con que les libró batalla, sino también en el tesón con que los persiguió después de obtener la victoria, aniquilándolos por completo en pequeños combates sucesivos. El joven y bizarro diputado demostró poseer mejor el arte de la guerra que algunos generales envejecidos en los combates y que nunca supieron, ni por casualidad, *rematar la suerte.*

El presidente de la República recibió el día 16 el parte del comandante Fleurquin dando cuenta de la derrota que sus fuerzas habían infligido á los revolucionarios que estaban en los campos de Artagaveytia y que fueron dispersados después de dejar en el campo de batalla 18 muertos y 7 heridos.

La Junta de Auxilios recogió otros 14 heridos y se suponía que llevaban algunos más, por lo que se podía calcular un total de 45 á 50 bajas.

Se les tomó á los revolucionarios 5 máuser Dovitis y carabinas, mucha munición, una bandera, varios recados y como 400 caballos.

Eso decía, en síntesis, el primer parte del comandante militar de Soriano. *El Día,* por su lado, ampliaba los informes en estos términos:

«Acaba de producirse un serio choque entre la división de Soriano mandada por el comandante militar señor Federico Fleurquin, y un grupo de insurrectos mandado por un tal Barrios.

Estas fuerzas insurrectas andaban merodeando por los límites de los departamentos de San José y Colonia, en los alrededores del Rosario, á la espera, según

parece, de la expedición que había de aportarles el comandante Gil y que abortó en la Barra de Santa Lucía.

La división del comandante Fleurquin emprendió hace días la persecución de los referidos insurrectos, que se fueron replegando hacia la Agraciada, donde al fin se vieron obligados á dar combate.

La acción, como era de esperarse, resultó una verdadera derrota de los insurrectos, que dejaron sobre el campo muchos muertos y se internaron en los montes de la Agraciada llevando consigo un sinnúmero de heridos.»

Sobre esta acción el Presidente de la República recibió el siguiente telegrama:

«Soriano, Marzo 15. — A presidente de la República. — He tenido conocimiento que las fuerzas del comandante militar doctor Fleurquin han peleado en Agraciada, á unas quince cuadras de la capilla, habiendo tenido un muerto, cabo Herrera, heridos capitán Fabregat y teniente Juan José Díaz Galarza. Los revoltosos han dejado diez muertos, un herido y dos prisioneros, tomándoseles una bandera nacional. Se cree lleven muchos heridos los que se han internado en el monte de la Agraciada. — *Belén*. — Jefatura de Soriano.»

Comunicaciones de Palmira transmitidas por teléfono á Soriano, de donde habían sido retransmitidas al presidente de la República en la misma forma, confirmaban y ampliaban el telegrama transcripto.

Por ellas se supo que habían llegado á Palmira, de los Galpones de Artagaveytia, más de veinte heridos y un muerto insurrecto, agregando que la Cruz Roja local estaba recogiendo otros heridos insurrectos.

Declaraciones de Vázquez Crovetto

El 19 de Marzo llegó á Montevideo el señor Alfredo Vázquez Crovetto, ayudante del comandante Arturo Isasmendi, quien fué portador de pormenores interesantes sobre el combate de la Agraciada, en el que las fuerzas al mando del comandante Federico Fleurquin iniciaron la derrota completa de los insurrectos que merodeaban en aquella región.

La división de Fleurquin salió el 2 de Marzo de Mercedes en persecución de los insurrectos, y recorrió los departamentos de Soriano y Colonia sin encontrar más grupos que el de Gabino Valiente, con quien peleó el comandante Grau en las proximidades del Paso de Navarro.

En esta situación se llegó el 14 á San Salvador, á seis leguas de la Agraciada, y allí supieron que cinco horas antes había pasado una columna de cuatrocientos insurrectos, bastante mal armada, al frente de la cual iba un tal Barrios. Inmediatamente los jefes de las fuerzas resolvieron lanzarse en persecución de ellos.

El 15 por la mañana se levantó campamento y se marchó en la dirección en que se suponía encontrar al enemigo. Todavía no se había andado una legua cuando se avistó á una guerrilla enemiga, tendida á unas cinco cuadras del monte. Inmediatamente salió á su encuentro una parte de la vanguardia, formada por el 2.º de Canelones y el escuadrón Escolta. (1)

Se inició un violento tiroteo y cinco minutos después los insurrectos abandonaban sus posiciones para huir hacia el monte, dejando sobre la cuchilla un muerto atravesado por una bala de máuser.

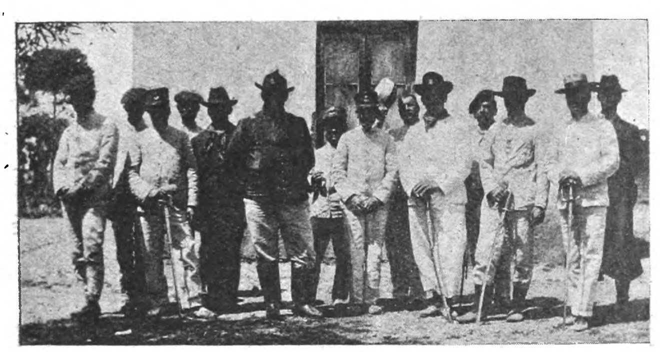
(1) Es un error. La vanguardia la formaban ese día el 5.º de Caballería de Soriano, el escuadrón Escolta y otro escuadrón de Soriano.

Inmediatamente dos compañías del 2.° de Canelones y otras del 2.° de Soriano avanzaron resueltamente sobre el monte, tendiéndose en guerrillas á pocos metros de éste.—Se trabó sobre tablas un nutrido fuego que duró desde las 11 de la mañana hasta las 3 1/2 de la tarde.

Durante el fuego, á pesar de la desventaja en que se encontraban las fuerzas del gobierno—pues mientras ellas peleaban á cuerpo descubierto, los insurrectos lo hacían desde el monte, indicando su presencia solamente por los fogonazos de sus disparos,—los cívicos de Canelones se batieron con un denuedo admirable, vivando constantemente al partido colorado, al presidente de la República y á su jefe el comandante Isasmendi.

Los insurrectos fueron perseguidos por los cívicos de Canelones durante unas quince ó veinte cuadras.

Después volvieron á donde se encontraba el resto de las fuerzas, y allí el jefe superior, comandante Fleurquin, mandó formar cuadro y pronunció una calurosa arenga felicitando á la tropa y á los oficiales.


JEFES Y OFICIALES DE LA DIVISIÓN SORIANO

Otra calurosa arenga pronunció el comandante Isasmendi y después se mandó tocar la diana de Palleja mientras la tropa estallaba en vivas atronadores.

Durante la ceremonia el comandante Isasmendi regaló á la división de Soriano una bandera que el oficial José R. López arrebató al abanderado insurrecto, después de matarlo, al iniciarse la dispersión. (1)—Las fuerzas legales no tuvieron en el brillante encuentro más que un muerto, el cabo Herrera, que cayó en momentos que estaba parado al lado del mayor Isasmendi. También salieron ligeramente heridos el capitán Fabregat y el teniente Juan José Díaz Galarza.

Los insurrectos, al huir de la división de Soriano, tomaron para Palmira, pero allí se encontraron con el 5.° de Guardias Nacionales al mando del señor Pelayo, que los rechazó enérgicamente, causándoles nueve bajas.

El día 16 el comandante Fleurquin renovó su ataque, desalojando nuevamente á los insurrectos en el Paso del Sauce é infligiéndoles numerosas bajas.

Segundo combate

Las fuerzas derrotadas en la Agraciada y escondidas en los montes de aquella región, fueron batidas más tarde, por la división de Soriano en colaboración con el 5.° de Guardias Nacionales mandado por el coronel Pelayo. Este cuerpo tuvo su bautismo de sangre guerrillándose durante tres horas, sin tener ninguna pérdida, el mismo día 15, fecha de la primera de-

(1) Según informes de oficiales colorados que tomaron parte en la acción, la bandera abandonada por los nacionalistas, estaba clavada ó atada á un árbol. Nadie la defendió. Un soldado gubernista se apoderó de ella y la entregó á su superior.

rrota revolucionaria. — Referentes al primer combate el presidente de la República recibió los siguientes nuevos telegramas:

«Cruz Roja de Palmira recogió en Agraciada dos muertos y cinco heridos, resultado del ataque que llevó el comandante Grau (en puerto Montevideo) á la estancia Artagaveytia, donde quedan más heridos.

Batallón 5.° bautizóse hoy en guerrillas que duraron media hora, no habiendo tenido pérdidas. — *Comandante Militar Colonia.*

«Colonia, Marzo 15. — Excelentísimo señor Ministro de la Guerra. — Comunícame comandante Pelayo que partida exploradora de fuerza encontró en los galpones de Artagaveytia, en Agraciada, varios heridos de las fuerzas insurrectas mandadas por Vergara que fueron batidas por fuerzas de Soriano. Heridos los recoge Cruz Roja Palmira. Me piden indulte al cabecilla Esquivel, tomado prisionero en ataque Rosario. Ruego á V. E. me conceda autorización. — *Pedragosa.*»

El presidente de la República, que á raíz de recibirse este telegrama tuvo una conferencia telegráfica con el coronel Pedragosa, comandante militar de la Colonia, autorizó sin ningún inconveniente el indulto de Esquivel.

El comandante Fleurquin persiguió hasta los montes de la Agraciada á la partida insurrecta y tomó disposiciones para que no pudiera escapar. Anunció al gobierno que era inminente la rendición incondicional de esas tropas, puesto que había negado á los jefes revolucionarios las 48 horas de tiempo pedidas para deliberar sobre la rendición á que se veían obligados. (1)

Después de recibido este telegrama, el presidente de la República tuvo noticia á última hora de un nuevo combate.

Los insurrectos, atacados por las fuerzas del comandante Fleurquin en el monte donde se habían refugiado, lo abandonaron, dirigiéndose hacia la costa del Uruguay, perseguidos por la gente del gobierno.

Salieron de aquí varios vapores á hacer crucero frente á la costa para impedir el pasaje de los insurrectos á la Argentina.

(1) He aquí el primer parte que pasó al gobierno el comandante Fleurquin:

«Campamento en marcha. — Puerto de Montevideo, campo de Artagaveytia, 16 de Marzo de 1904. — Excelentísimo señor: Tengo el honor de comunicar á V. E. que siguiendo el plan de persecución al enemigo, logré alcanzarlo en el día de ayer y en el paraje arriba expresado, produciéndose los hechos en la forma siguiente: Una guerrilla exploradora de 20 hombres al mando del teniente Díaz, del Escuadrón Soriano, fué la que inició el ataque siendo próximamente las 11 a. m. Desprendí la Escolta y el Regimiento 5.° de Caballería de guardias nacionales. Esas fuerzas desalojaron de sus posiciones al enemigo, que se replegó á la entrada del monte, donde empezaron á hacer una resistencia desesperada. Una vez allí, y convenientemente parapetados, hubo necesidad de hacer avanzar nuevas fuerzas, para lo cual ordené que por el flanco derecho atacara una compañía del batallón 2.° de guardias nacionales de Canelones, y por el centro é izquierda otras dos del batallón de guardias nacionales de Soriano.

El enemigo, después de un nutrido fuego, abandonó la orilla del monte, corriéndose á una segunda posición más al interior, de donde fué también desalojado, produciéndose entre ellos en ese instante una completa dispersión. A las 2.15 p. m. terminó el fuego, por haber abandonado el campo los insurrectos.

Debo hacer presente á V. E. el excelente ánimo y comportamiento de todas las fuerzas á mi mando.

El enemigo tuvo las siguientes bajas: Dejados en el campo de batalla: 8 muertos y 7 heridos; recogidos por los vecinos de Palmira y la delegación de la Junta de Auxilios, 14 heridos, suponiéndose, por datos que me han llegado, que lleva algunos heridos más por lo que puede calcularse un total de 45 á 50 bajas.

Por nuestra parte tuvimos que lamentar la muerte de un cabo y siete heridos; de éstos 3 oficiales. Se han tomado 5 máuser Dovitis y carabinas, mucha munición, una bandera, varios recados y como 400 caballos. — Cúmpleme felicitar á V. E. — *Federico Fleurquin.*»

Noticias procedentes de fuentes oficiales daban cuenta el 22 de Marzo de que las fuerzas que componían la división Soriano, al mando del diputado doctor Fleurquin, habían trabado nuevo combate con los revolucionarios de Agraciada.

El combate se realizó en el paraje conocido por Galpones de Artagaveytia, y fueron derrotados nuevamente los insurrectos, los que volvieron á refugiarse en el monte.

En telegrama que el presidente de la República recibió de Palmira, el doctor Fleurquin comunicaba que había sido completo el desbande del enemigo, el que, después de correrse hacia el norte, abandonó el campo en grupos.

Los insurrectos se pusieron en fuga, abandonando armas, municiones y toda clase de pertrechos de guerra.

El número de dispersos en el nuevo combate pasaba de 300, de los cuales 250 salieron para la orilla de la Agraciada, siendo perseguidos.

En total el número de bajas hechas á los revolucionarios pasaba de 50, y las del gobierno eran un muerto y cuatro heridos.

Algunas partidas sueltas exploraron el monte, y como consecuencia de esta exploración se tomaron cinco prisioneros y gran cantidad de fecados.

Terminaba su telegrama el doctor Fleurquin diciendo que el monte donde estaban los revolucionarios había sido explorado en toda su extensión, no quedando allí enemigos.

Los informes de las comisiones enviadas en su persecución confirmaban la dispersión general de aquéllos.

Se recibieron también comunicaciones telegráficas del comandante Pelayo, jefe del batallón 5.° de guardias nacionales, según las cuales ese cuerpo tomó parte con todo éxito en el nuevo combate de la Agraciada.

El Diario de Mercedes de fecha 19, traía lo siguiente:

« A los datos que hemos dado respecto á lo ocurrido en los montes de la Agraciada entre las fuerzas que comanda el doctor Fleurquin y los insurrectos al mando de Barrios, Bergara y otros, tenemos que agregar que las fuerzas legales tomaron 800 caballos, algunos ensillados, y una buena punta de ganado que los insurrectos tenían dentro del monte. »

Habían sido conducidos á Mercedes los siguientes heridos gubernistas del primer encuentro de la Agraciada:

Capitán de guardias nacionales Emilio F. Pérez, herida de bala en un brazo.

Luis Castro, del batallón 2.° de Soriano, herida de bala en una pierna.

Gregorio Torres, del 2.° de guardias nacionales de Canelones, herida de bala en un dedo de la mano.

Sobre este nuevo combate el presidente de la República recibió los telegramas siguientes:

« Palmira, marzo 21. — A presidente de la República. Hoy nuestras fuerzas tomaron los galpones y estancia de Artagaveytia. Atacaron también posiciones, del enemigo consideradas inexpugnables. El enemigo huyó al centro del monte dejando muchos caballos y municiones. Hemos tenido cuatro heridos. Ignoramos aún las bajas del enemigo, que deben ser numerosas. — Felicito á V. E. — *Federico Fleurquin.*

Palmira 22.—7 y 42 p. m. — A presidente de la República. — Montevideo. — El monte ha sido explorado en toda su extensión. No quedan enemigos. Se han encontrado algunos muertos y pertrechos. Informes de comisiones en persecución confirman la dispersión general de los insurrectos. Saludo á V. E. — *Federico Fleurquin.*

Palmira, 22. — Según tuve el honor de comunicar telegráficamente á V. E., un nuevo hecho de armas que ha sido una prueba más del valor y entusiasmo de las fuerzas de mi mando, ha tenido lugar ayer contra los insurrectos acantonados en los montes de la Agraciada. El resultado de esta acción ha sido mucho mayor que el que puede suponerse si no se tiene en cuenta más que el número de bajas de los insurrectos. Él ha sido el completo desbande del enemigo, que después de correrse hacia el norte, abandonó el campo grupos que representan la dispersión de 300 hombres. Á las 8 de la mañana del día 21 hice entrar en el monte al regimiento 5.° de caballería y la 3.ª compañía del batallón 2.° de Canelones para que tomasen posesión de la estancia y galpones de Artagaveytia y de la picada que pone en comunicación ambas orillas del monte, cruzando por aquellos dos puntos. La operación se realizó sin dificultad alguna y á las 9 a. m. toda esa línea era nuestra. Simultáneamente con la marcha de las fuerzas citadas desprendí las compañías 2.ª y 4.ª del 2.° de Canelones para que atacasen al enemigo en su campamento principal en las proximidades de la boca de la calle de la Uruguaya. Á las 9 y 15 a. m. se inició el ataque, que fué sostenido con recias descargas y tiroteo de una y otra parte hasta las 10 a. m., hora en que la 1.ª compañía del batallón 2.° de Soriano concurrió al fuego como refuerzo, al mando directo del comandante Isasmendi, que era el jefe de las fuerzas de infantería que entraron en pelea y había procedido á su distribución. La llegada de esa compañía decidió en un instante el resultado del ataque, pues con un arrojo que merece especial mención, la 1.ª de Soriano, con su jefe al frente, tomó por asalto las posiciones del enemigo, parapetado en su campamento del monte en condiciones excepcionales de defensa. El enemigo se puso en fuga, abandonando armas, municiones y toda clase de pertrechos de guerra. Á las 11 a. m. sólo se oían disparos sueltos á gran distancia, procedentes de nuestras partidas en persecución. Á las 2 p. m. el escuadrón Soriano, destacado en observación en la costa del arroyo de la Agraciada, dióme aviso de que numerosos grupos de insurrectos abandonaban el monte á todo lo que daban sus caballos y la mayor parte de ellos montados en pelo. En seguida mandé esas fuerzas y además la 2.ª compañía del 2.° de Canelones en persecución de los dispersos, á los que siguieron por seis leguas, hasta entrada la noche, habiendo podido hacerles ocho bajas entre muertos y heridos. El número de dispersos en el día de ayer pasa de trescientos, de los cuales doscientos cincuenta salieron por la orilla de la Agraciada, siendo perseguidos, según queda mencionado. En total el número de bajas hechas ayer al enemigo pasa de cincuenta y el de las nuestras un muerto y cuatro heridos. Algunas partidas sueltas exploraron el monte hasta las 6 ½ de la tarde, encontrando solamente grupos aislados de dos ó tres individuos. Como consecuencia de esta exploración se tomaron cinco prisioneros y gran cantidad de recados. Creo, excelentísimo señor, que en toda la extensa zona de los montes de la Agraciada no quedan veinte enemigos, si como tales puede considerarse á individuos sueltos, más caracterizados por su condición de bandoleros. Felicito á V. E. por este nuevo triunfo de las fuerzas legales. Saluda á V. E.— *Federico Fleurquin.*

Palmira, 22 de Marzo de 1904. — A presidente de la República. — Un parte del comandante Grau, destacado en los galpones de Artagaveytia, háceme saber que en la persecución á los insurrectos ayer, prestaron concurso decidido las fuerzas del 5.° de guardias nacionales comandadas por el comandante Pelayo y guardias nacionales de Palmira. Lo que complacido pongo en conocimiento de V. E. Saluda. — *Federico Fleurquin.* »

En el vapor *Luna* fletado expresamente por la Junta Central de Auxilios, llegaron á Montevideo el 26 de Marzo los heridos de los combates de la Agraciada.

Heridos de la Agraciada

Custodiaba el convoy un piquete de 25 hombres de la división Soriano al mando del capitán Zampognaro.

En Nueva Palmira quedaron en asistencia, por no ser posible transportarlos, tres heridos revolucionarios y tres de las fuerzas legales.

He aquí el nombre de los heridos llegados:

Resendo Fernández, Regino Pereira, José M. Dáez, Bautista Ridanderena. Ventura Mancilla (revolucionarios), Juan Lacase (del 2.° de Canelones), Leocadio López, Máximo Goyena, Benito Ortiz, Carmelo Aguiar, Gabino Brusso, Vicente Bentancur (revolucionarios). Tomás Rey (de la división Soriano), Abdón Flores, Francisco Flores, Carmelo Sánchez, Aniceto Barrios (del 2.° de Canelones), Eliseo Alvarez, Vicente Iribarne, Mateo Bonet, Luis Koster, Lorenzo Iribar, Pedro G. y Aguirre, Juan Cuadrado (revolucionarios), Virginio Hércules (del 5.° de Guardias Nacionales), Juan Elizondo, Elías Ramírez, Marcelino Blanco (revolucionarios), Ezequiel Cabrera (del Batallón de Isasmendi), Hermenegildo Guillot, Angel Salvini, Pedro Ortiz, Valentín de León, Isidoro López (revolucionarios).—El soldado Virgilio Hércules, del Batallón 5.° de Guardias Nacionales, fué herido en el segundo combate de la Agraciada y traído á Montevideo. Era la única baja que había tenido su batallón.



DIVISIÓN SORIANO

Hércules ponderó con entusiasmo el «juego» que en presencia del enemigo había dado toda la muchachada del 5.° y sobre todo la serenidad del comandante Pelayo y demás oficiales de Guardias Nacionales, como asimismo elogió á la gente del 2.° de Canelones, al mando del comandante Isasmendi, y á la división Soriano, que tiene á sus órdenes el doctor Fleurquin.

Narraba que en lo más recio del tiroteo los vivas al presidente de la República y al partido colorado se entremezclaban con los fogonazos de los fusiles.

Dijo que el fuego invisible y traicionero que hacían los insurrectos desde los montes fué lo que determinó á los jefes á dar una batida en regla á la espesura, batida que se realizó á las 9 de la mañana en compañía de las fuerzas del doctor Fleurquin y las de Isasmendi.

A esa hora las fuerzas legales se pusieron en marcha, y desplegadas en guerrillas, comenzaron á hacer las primeras descargas al enemigo, al mismo tiempo

que se internaban los del 5.° en el monte, sobre el costado izquierdo del arroyo del Sauce, y agregaba el herido informante:

— « Así, avanzando nosotros y tiroteándolos, y disparando los insurrectos, los llevamos unas dos leguas... Nada más puedo decir, pues nada más he visto.

Fué entonces que me vi obligado á quedarme, á causa de mi herida, que me hacía sufrir mucho; pero, según oídas que tengo, los enemigos fueron totalmente dispersados, dejando en el campo algunos muertos, muchos heridos, caballos, municiones, etc. »

Juan Elizondo, oriental, de 23 años de edad, revolucionario, caído en uno de los combates de la Agraciada, contaba que la dispersión de sus compañeros se inició recién cuando vieron que fuerzas del gobierno rodeaban el monte y que les iba á ser imposible resistir á su empuje, por la superioridad en el número y en el armamento.

Dijo Elizondo que eran cuatrocientos ó cuatrocientos cincuenta hombres, de los cuales había muchos sin armas de pelea. Todos iban bien montados.

Mandaba esas fuerzas revolucionarias el caudillo Leopoldo Barrios y formaban en ellas contingentes de la Colonia, donde se hizo el plantel de Nueva Palmira, del pueblito Piedras de Espinosa, San Salvador, etc.

Las fuerzas dispersas se hallaban internadas en los montes de la Agraciada desde el 15 de Marzo, esperando el momento oportuno para incorporarse al ejército de Saravia.

Terminó diciendo que cuando cayó herido, su gente había tenido ya cinco muertos y trece heridos, y al caudillo Barrios le habían muerto el caballo que montaba.

El Diario de Mercedes entrevistó sobre el segundo combate en la Agraciada al señor Oscar G. Real, hijo del comisario de órdenes de Soriano, que había sido conducido herido á aquella ciudad.

Narración de un herido

Según el joven Real, hacía ya varios días que no podían ser vistos los insurrectos escondidos en los montes.

El 21 dispuso el comandante militar señor Fleurquin que se hiciera una exploración, á cuyo fin envió una parte de su gente al mando del comandante Isasmendi. Al pasar por una calle próxima al linde del monte, recibieron una descarga de los insurrectos parapetados tras la arboleda. Inicióse así el combate, atacando vigorosamente á los emboscados, aunque las tropas de Isasmendi tenían que luchar al descubierto. Durante más de hora y media mantúvose firme y graneado el fuego por ambas partes sin ganar ni perder terreno; entonces el comandante Fleurquin mandó destacar á la 1.ª compañía, la que, al mando del capitán Fermín Garrido, se incorporó á las fuerzas que ya operaban, arreciando el vigor del ataque durante media hora, y concluyendo por poner en dispersión á los emboscados insurrectos.

La fuga fué desordenada, saliendo los revolucionarios del monte precipitadamente hasta una legua y media del lugar del combate.

Encomendóse la persecución á una partida de diez y ocho hombres mandados por el comisario Eugenio Belén, los cuales les hicieron varias bajas, entre las que se cuenta el capitán Bergara, otro compañero que se tiró al agua, ahogándose, y un insurrecto á quien mató la guardia situada en la capilla de Villa Alejandrina.

Al penetrar en el monte las fuerzas legales, encontraron nueve insurrectos

muertos. Súpose, además, de diez y siete heridos, algunos de los cuales fueron recogidos por la Cruz Roja y conducidos á Palmira.

De las fuerzas legales hubo tres heridos: uno de ellos el joven Real, que fué transportado á Mercedes en el vaporcito de la carrera, y los otros dos pertenecientes al batallón Canelones.

Una prueba de la desorganización con que huyeron los insurrectos es que no hicieron resistencia alguna á la partida de diez y ocho hombres que los perseguía con inferioridad numérica.

El 25 de Marzo fué aprehendido el jefe nacionalista Fabián Vergara, uno de los que mandaban la división derrotada en la Agraciada.

Los hermanos Vergara

Fabián Vergara, después de la derrota y dispersión de la columna de que formaba parte, se refugió en su casa, donde fué aprehendido, remitiéndosele á Colonia.

La gente que lo acompañaba se dispersó, ocultándose muchos individuos en los montes.

El otro jefe de las fuerzas derrotado en el mismo combate de la Agraciada, Esteban Vergara, murió á consecuencia de las heridas recibidas en ese hecho de armas.

Esteban Vergara, herido gravemente, fué llevado por sus compañeros á casa de un vecino, y allí dejó de existir horas después.

El extinto era un antiguo vecino de la costa del Colla, donde gozaba de prestigio entre sus correligionarios.

Un oficial de las fuerzas de Dolores que llegaron á Montevideo custodiando á los heridos de la Agraciada suministró muy interesantes informes.

Antecedentes y detalles

Comenzó por relatar la captura del *Actos*, embarcación argentina que pertenecía á la receptoría de Ñancay y cuyo apresamiento fué comunicado en oportunidad á la Comandancia de Marina. La cosa pasó así:

Hacía servicio de vigilancia en el río San Salvador y parte del río Uruguay el vapor *Río Negro*, del Tren Nacional de Dragado, para impedir la salida de los nacionalistas que según se decía emigraban con la protección de un empleado público, saravista también. En Dolores se había establecido con ese objeto una verdadera agencia de emigración subrepticia, y un corredor sacaba ganancias pingües ofreciendo y vendiendo pasajes á razón de treinta pesos por persona. Así se fueron muchos, quizá cientos. El procedimiento empleado era, por otra parte, bien sencillo. Los emigrados y desertores se trasladaban á un punto de la costa del Uruguay previamente determinado, los recogía allí una balandra muy velera, que llevaba bandera de guerra argentina, — como que pertenecía á la subreceptoría de Ñancay! — y ésta los llevaba fuera de las aguas de nuestra jurisdicción, donde se les transbordaba á una balandra de mayor tonelaje, el « Quinto al Mare », barco que desde tiempo atrás practicaba ostensiblemente el contrabando entre los puertos argentinos y Dolores.

El capitán y propietario de esta embarcación, el entrerriano Gutiérrez, era quien aparecía como director de esa extraña compañía de transportes. Pero ocurrió que el *Río Negro* se puso en campaña y un buen día apresó en aguas orientales al barco de la receptoría del Ñancay. Llevaba bandera de guerra y gente uniformada á bordo. Por eso se le soltó. Se quería evitar á toda costa un conflicto. Sin embargo, no pasaron dos días sin que el *Actos* volviera á las

andadas y esta vez sin bandera de guerra. Se le condujo á Dolores, se le tomaron varias armas de uso en el ejército argentino y se hizo prisionera á la tripulación. No hubo reclamo. Recién dos ó tres semanas después, el receptor de Ñancay remitió una especie de nota en la cual decía que el barco apresado era de su propiedad particular y que había sido empleado sin su consentimiento para el contrabando de gente por un fulano que había quedado al frente de la Aduana durante su ausencia.

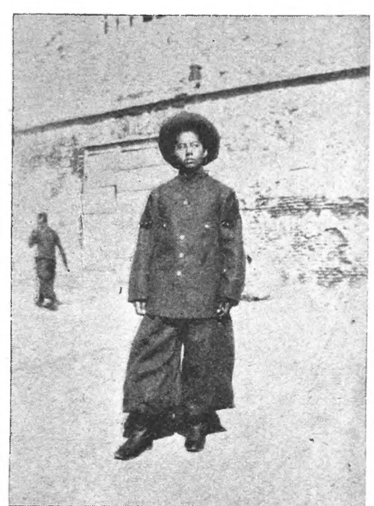
Cuando á los seis días del último combate de Dolores, en el mes de Febrero, recibieron orden de incorporarse á la división de Fleurquin, la fuerza existente en aquella localidad se dividió en dos mitades. Los que eran de á caballo fueron. Los que no lo eran y los enfermos se quedaron. Marcharon toda una noche y á la madrugada llegaron á Palmitas. Los capitanes Zampognaro y Blixén recibieron allí orden de embarcar la gente en ferrocarril para componer la vía y el telégrafo que los saravistas habían destruído entre Santa Catalina y Drabble. A este último punto llegaron apenas dos horas después de que el último grupo de insurrectos hubo pasado, y al día siguiente se les incorporó allí el resto de la división. Luego, siempre á vanguardia, avanzaron á Santa Catalina y después hasta Juan Jackson, donde acamparon y permanecieron algunos días. Por fin les llegó la orden de marcha. Fueron á la estación Arroyo Grande, tomaron rumbo á Piedras de Espinosa y de pronto, variando de dirección y en una marcha forzada, se plantaron en Nueva Helvecia. Se creía que iban pisando los talones al enemigo, pero éste jugaba sin duda á las «esquinitas», porque contramarcharon en seguida á Santa Catalina, donde la compañía, á las órdenes del capitán Zampognaro (Blixén se había separado en comisión hacía tres días) fué encargada de volver á componer la vía y los hilos telegráficos que los saravistas habían vuelto á destrozar horas antes. Terminado el trabajo, volvieron á emprender la marcha con rumbo á Agraciada. Tanto habían andado de un lado para otro que aquello les pareció mentira. Allí estaba por fin el enemigo!

Eran próximamente las nueve de la mañana cuando el teniente Juan José Díaz Galarza, que con sólo veinte hombres iba de avanzada, fué dignamente recibido con un fuego violentísimo que á las claras denunciaba la presencia del grueso de la partida de Barrios. Ese bravo oficial, que ya antes se había distinguido en el segundo combate de Dolores, mandó aviso de lo que ocurría, tendió su guerrilla y sin replegarse sobre las tropas que marchaban en su protección, sin perder una vara de terreno, tuvo á raya á los blancos durante la media hora que empleó el resto de la gente en llegar á la línea de fuego. Hubo de pagar su arrojo con la vida. Fué herido de dos balazos, uno en el vacío y otro en la muñeca. Para resolver la acción bastaron dos compañías del batallón de Canelones y la compañía de Dolores.

Los revolucionarios se habían retirado hacia el interior del monte y la gente de Fleurquin, á su vez, se retiró al campamento de la noche anterior. Sin embargo, parece que el campamento no ofrecía grandes seguridades. Pasando por la picada de San Carlos, en el arroyo del Sauce, el enemigo podía tomar á las fuerzas legales por uno de los flancos y aun amenazar su retaguardia. Fué, pues, indispensable posesionarse de ese paso, y esa comisión le cupo nuevamente á la fuerza de Dolores. Ya había cerrado la noche cuando el capitán Zampognaro dió la orden de marcha. Tendió su gente en guerrilla y así comenzó á avanzar por aquel monte intrincadísimo donde pululaban los grupos enemigos. El baqueano no conocía el terreno y empleó cinco horas en llegar al paso, que dista media legua del lugar donde acampaba el grueso de la división.

Durante ese tiempo, unas veces buscando el paso á la derecha, otras á la izquierda, habíamos batido el monte en una extensión de algunas leguas. Después de haber llegado al paso, una de cuyas barrancas es muy alta y cae casi á pico, un caballo cargado con una cangalla de municiones cayó al trepar y aplastó á un soldado Rodríguez, que murió al día siguiente. La compañía quedó guarneciendo ese punto estratégico, pero el capitán con diez hombres emprendió marcha á la madrugada siguiendo hacia Palmira, donde debió conferenciar con el comandante Pelayo acerca de los movimientos combinados de ambas fuerzas. Llegó cuando las fuerzas de la guarnición se tiroteaban con los insurrectos en el Paso del Sauce. Fueron fácilmente batidos, pero un chasque comunicó que habían tomado nuevas posiciones y se preparaban á hacer frente á la división Fleurquin. En esa circunstancia, la fuerza que guarnecía el Paso de San Carlos no podía quedar sin su jefe, y éste emprendió con sus diez hombres una nueva marcha nocturna entre los grupos enemigos.

Al día siguiente fué el segundo combate. Zampognaro se había ido de ayudante de Isasmendi, porque creyó que la gente de Dolores no iba á pelear. Pero á la media hora del fuego estaba toda ella distribuyendo munición á las avanzadas. Zampognaro se reunió con cuatro hombres al comandante Isasmendi y al lado de éste entró á la línea de fuego en el preciso momento en que los saravistas intentaban un movimiento envolvente corriéndose por entre un maizal. Con esos cuatro hombres y un pequeño piquete del batallón 2.° de Soriano que venía á retaguardia, Isasmendi en persona y peleando, carabina en mano, á la par de sus soldados, rechazó al enemigo y lo hizo retroceder como unas veinte cuadras en el interior del monte, hasta que en el punto denominado Tala Grande encontró una fuerte protección.—Protegidos por los troncos de los árboles ocultos entre el follaje, los insurrectos hacían á corta distancia un fuego vivísimo. Duró poco. Ordenó Isasmendi que avanzara la 1.ª compañía del batallón Soriano al mando del capitán Garrido, y, aunque desigual la lucha por la superioridad del enemigo en número y en la ventaja de sus formidables posiciones, la victoria no tardó en ser del gobierno. Un grupo de treinta á cuarenta insurrectos se había posesionado de una ranchería á la derecha de las fuerzas legales y desde allí hacía un fuego mortífero. Ordenó Isasmendi á Zampognaro que sacara cinco hombres y tomara las posiciones. Los cinco hombres que acompañaban á Zampognaro fueron Artemio Rodríguez, Bernabé Turqui, Reinaldo Duarte, Emiliano Talagorrix, de la gente de Dolores, y un soldado del batallón Soriano que, como los otros cuatro, se había ofrecido voluntariamente. El puñado de hombres avanzó bajo un fuego nutrido y sin ocultarse. Las balas silbaban, pero no pegaban. El jefe de las fuerzas blancas dedujo, por la vestimenta de Zampognaro, que era un revolucionario, y Zampognaro á su vez, viendo en el rancho á uno que se descubría más que los otros para hacer fuego, lo tomó á su vez por blanco. Y ocurrió que entre ambos



LA «CHINA SARGENTO»

oficiales se desarrolló un duelo á carabina que tuvo por resultado la herida del capitán nacionalista Iribar. Después del combate se reconocieron. — «A usted le he estado tirando cerca de un cuarto de hora». — «Pues durante un cuarto de hora le he estado tirando yo á usted». — Y se dieron la mano. Herido Iribar, los blancos abandonaron los ranchos y se internaron en el monte. Zampognaro emprendió su persecución, pero tuvo que suspenderla por orden superior. Por dos veces recibió orden terminante de retirarse... con gran descontento de sus cinco valientes, que entre el monte habían divisado una treintena de caballos atados á soga.

Los insurrectos escaparon por una senda oculta que serpentea entre el monte hasta llegar á la estancia de Caprario, y, una vez afuera, bien montados como iban, era imposible darles alcance. Esa senda era conocida por algunos de los soldados gubernistas baqueanos en aquellos parajes y pudo cortárseles la retirada á los revoltosos. Pero no se creyó, sin duda, que los blancos tuvieran la intención de abandonar el monte. Fué, pues, grande el desencanto cuando un chasque de la caballería de Soriano llevó aviso de que por aquel lado huía un grupo de ciento cincuenta hombres.

La artillería desempeñó en el combate, y por fuerza, un rol secundario. Fué emplazada á media cuadra de la orilla del monte, demasiado cerca quizás para evitar una sorpresa, que habría sido posible, sobre todo cuando la 1.ª compañía del batallón 2.° de Soriano, que la protegía, la abandonó para desalojar á los insurrectos que se habían hecho fuertes en el Tala Grande. Con la artillería habían quedado sólo veinte hombres. Los disparos fueron siete. El alza de mil ochocientos á dos mil cuatrocientos metros. En cuanto al resultado material, probablemente nulo, porque no se veía al enemigo, oculto en la extensión de un monte inmenso. En cambio, el vapor *Ingeniero* hizo dos disparos, de los cuales uno fué verdaderamente feliz. Dicen algunos que el proyectil cayó en medio de un grupo de insurrectos, causándoles los consiguientes destrozos. Lo cierto es que les hizo disparar una gran caballada que muy pronto consiguió copar la caballería del gobierno.

Es digno de hacer constar que apenas tres horas después de haberse librado el combate del 16, se presentó en el campamento el doctor Alberto Schuster, que desde Dolores iba con tres coches destinados á la conducción de los heridos y material completo de curación.

El 2 de Abril llegaron al puerto de Montevideo, procedentes de Nueva Palmira, los vaporcitos *Corsario, Cacique, Doli, Juan L. Cuestas* y *Adriático,* conduciendo al batallón 2.° de guardias nacionales de Canelones, que mandaba el sargento mayor Arturo Isasmendi, y á la división Soriano, comandada por el diputado Fleurquin y compuesta por los regimientos 1.° y 5.° de caballería de guardias nacionales de aquel departamento.

Llegada á Montevideo de la división Fleurquin.

Mucha gente acudió á los muelles para asistir al desembarco, llamando mucho la atención el pintoresco aspecto que ofrecían los vaporcitos cargados de soldados hasta los topes.

Los primeros en bajar á tierra fueron los cívicos de Canelones. Llegaban completamente transfigurados de su breve y valiente campaña.

El batallón cívico de Canelones formó frente á la Capitanía. Á guisa de trofeo de su campaña lucía á su frente la bandera tomada á los insurrectos en las peleas de la Agraciada.

Frente á los cívicos de Canelones formaron los cívicos de Soriano. Aunque vestidos de particular y con las ropas bastante estropeadas, formaban una división de primer orden, numerosa, dispuesta, compuesta en su mayor parte de mozos jóvenes y fuertes.

Cuando hubo terminado el desembarco, tanto los cívicos de Soriano como los de Canelones vivaron estrepitosamente al presidente de la República, al partido colorado y á los comandantes Fleurquin é Isasmendi, é inmediatamente, en medio de un gran pueblo que los seguía con vivo interés, rompieron la marcha para los cuarteles que les habían destinado. Los cívicos de Canelones fueron al cuartel del 10 de guardias nacionales y la división Soriano al cuartel del 3.° de Cazadores.

Los cívicos de Canelones

Interrogado el mayor Lapetra, 2.° jefe del 2.° de Canelones, sobre la actuación de ese cuerpo en la Agraciada, reflejó sus impresiones respecto al soldado de Canelones en breves palabras: «Es tan buen soldado como el mejor de la República, — dijo; — todo es cuestión de saberlos manejar y saberlos llevar á la pelea».

«Siempre tuve buena opinión del soldado de Canelones, — siguió diciendo. — El año 85, siendo alférez, pertenecí á un batallón formado por el hoy general Callorda con esos mismos *canarios*, y recuerdo que á pesar de haber sufrido unas cuarenta y ocho bajas en la pelea, no se produjo una sola deserción ni se señaló acto alguno personal de cobardía en las filas. Con esta impresión arraigada, no pudo menos de sorprenderme el contraste de Fray Marcos, sobre el cual no debo producir opinión en lo que respecta á los jefes que allí actuaron, — á algunos de los cuales aprecio en lo mucho que valen, — pero bien pronto tuve la certeza de que no era á mis antiguos compañeros, los canarios del 85, á los que había de culpar de cobardía, y en esa seguridad acepté el cargo que desempeño, cuando me fué ofrecido por el comandante Isasmendi.

«El recuerdo de Fray Marcos pesaba en los primeros días como una capa de plomo en el ambiente del cuartel, y todo nuestro esfuerzo entonces estuvo concretado, puede decirse, á alejarlo del ánimo de nuestra gente, alentándola con la esperanza de una revancha. Yo mismo arengué un día á los soldados, y aseguro que en muchos de mis soldados conocí, por su extraordinaria nerviosidad, el deseo de salir de las filas para protestar como hombres y como hijos de la República contra el ultraje que inferíanles al suponerles cobardes».

Nuevos pormenores

La llegada de las fuerzas que se habían batido denodadamente en la Agraciada dió ocasión á nuevos reportajes. Según ellos, las peleas de la Agraciada comenzaron el día 15 de Marzo, á las 10 a. m. El propio comandante Fleurquin inició la acción con una parte del 5.° de Caballería de Soriano, la escolta y el escuadrón. La lucha comenzó en campo abierto. Los insurrectos tendieron una fuerte guerrilla sobre una altura, y esperaron el ataque á pie firme. Pero pronto se retiraron precipitadamente, dejando un muerto y algunos heridos. Otra altura que encontraron más adelante, los tentó de nuevo para la resistencia, pero los cívicos de Soriano, siempre á las órdenes directas del comandante Fleurquin, no tardaron en desalojarlos por segunda vez, produciéndoles nuevas bajas.

La tercer guerrilla la tendieron los insurrectos en el mismo monte. Como esta circunstancia hacía la situación más difícil, el comandante Fleurquin dispuso que el comandante Isasmendi, con una compañía de los cívicos de Canelones,

avanzase por la derecha. Al realizar el movimiento ordenado, Isasmendi se encontró con una cañada intransitable en la que los caballos se hundían hasta las orejas. Para no perder tiempo buscando pasos, dispuso que el pasaje se hiciera á pie con los caballos de tiro, y para dar el ejemplo se lanzó el primero al barro, ordenando que si fuera necesario se le sacase á lazo... Gracias á esta resolución, la compañía no tardó en salvar el obstáculo, y montando rápidamente á caballo, se lanzó sobre el enemigo, deteniéndose apenas á unos sesenta y cinco pasos de la guerrilla insurrecta.

Apenas Isasmendi dió orden de echar pie á tierra, cayó á su lado herido el capitán Fabregat y muerto el cabo Herrera. Esto, lejos de amedrentar á los cívicos de Canelones, no hizo más que excitarlos, é inmediatamente empezaron á batirse con verdadero denuedo, no obstante tenérselas que haber con un enemigo invisible, cuya presencia, dentro del monte, sólo se hacía notar por los fogonazos...

Cuando se estaba en lo mejor del tiroteo, un prisionero nacionalista, que había sido tomado el día anterior, y que se estaba batiendo al lado del comandante Isasmendi, hizo notar á éste que un insurrecto, que había avanzado fuera del monte, y que parecía jefe, le hacía fuego reiteradamente.

Isasmendi comprobó el hecho, y después de mandar parar el fuego á los suyos para dar tiempo á que se enfriaran un poco los fusiles, le tomó el arma á uno de los soldados y empezó á hacer fuego contra el que desde hacía rato lo había tomado de blanco. Se produjo así un verdadero duelo á fusil entre los dos jefes de las fuerzas que se estaban batiendo, duelo que concluyó con la caída del oficial insurrecto, el cual, según se supo después, era un titulado capitán Boné.

La caída de Boné fué seguida de un violento avance de las fuerzas de Isasmendi, avance que realizaba á la vez Fleurquin sobre la izquierda de la línea de combate y el capitán La Llana, con otra compañía, sobre el centro. Ante este gran empuje, los insurrectos, que ya hacía rato que empezaban á ceder, se desmoralizaron por completo y se retiraron en fuga.

Mientras los cívicos de Canelones hacían proezas al mando de Isasmendi, no le iban en zaga los cívicos de Soriano al mando de Fleurquin. Entre estos últimos se realizaban también actos de valor y audacia que merecen consignarse. Uno de ellos se refiere al 2.º jefe del 5.º, mayor Etchevarría, quien, adelantándose de los suyos, ultimó á tiros al capitán insurrecto Silva, que se había parapetado detrás de un árbol y que durante largo rato hizo fuego graneado, como lo atestiguaron las 47 cápsulas vacías que se encontraron junto á su cadáver.

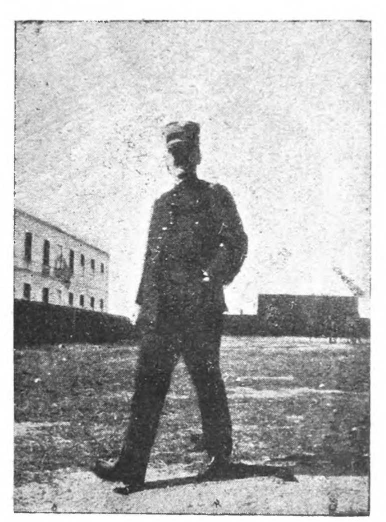
El 16 por la mañana el comandante Fleurquin comenzó por mandar al teniente Gabito con una comisión hasta Palmira. La suerte del comisionado no podía preocupar á Fleurquin, porque aquél había de ir por un trayecto que estaba completamente libre de enemigos. Inmediatamente dispuso que una parte del 5.º de Caballería fuera á tomar posesión de los galpones de Artagaveytia, que se encontraban á poca distancia del campamento.

Poco después recibió de aquella fuerza un chasque en que se le decía: «Hemos tomado ochocientos caballos al enemigo y nos estamos tiroteando.»—Al rato oyó Fleurquin una descarga cerrada. Creyó que era el destacamento del 5.º que se estaba batiendo en los galpones y dispuso que inmediatamente saliera el comandante Isasmendi con dos compañías de los cívicos de Canelones para coadyuvar en la acción. Pero desgraciadamente la descarga indicaba otra cosa. Los

del 5.º de Soriano no habían llegado todavía á los galpones, y por consiguiente no habían entrado en pelea. Lo que había sucedido era que el teniente Gabito, de vuelta de su comisión, se había internado imprudentemente en aquella parte del monte y había sido sorprendido por los insurrectos. Éstos no despojaron siquiera al cadáver de sus armas, pues más tarde se le encontró con la pistola y hasta con la espada en la mano.

Una estratagema de Isasmendi

Mientras tanto, Isasmendi, en cumplimiento de la orden recibida, marchaba hacia los galpones de Artagaveytia por medio de un estrecho callejón labrado entre el monte. Cuando había caminado unas veinte cuadras, encontrándose con ocho hombres al frente de la columna, lo sorprendió una descarga cerrada á boca de jarro. La mayor parte de sus compañeros cayeron del caballo, uno de ellos muerto, con el corazón partido, demostrando, por el fogonazo que le quemó la casaquilla, que le habían arrimado el fusil al pecho para hacerle el disparo. Isasmendi, sin perder un segundo, mandó echar pie á tierra. Pero se dió cuenta que había caído en una verdadera celada, porque desde el monte, á muchos lados del callejón, lo fusilaban. Entonces arengó rápidamente á sus soldados, diciéndoles que era necesario morir antes que repetir un Fray Marcos, y tendiéndolos en doble hilera, espalda contra espalda, les ordenó que hicieran un fuego feroz contra los que los fusilaban desde el monte. Inmediatamente, despidiéndose solo con su clarín, ganó la retaguardia de una de las alas enemigas, y mandando tocar á la carga, empezó á gritar: «¡Adelante y maten!»... como si realmente estuviera al frente de otro par de compañías. Los insurrectos le contestaron con una descarga que volteó de tres balazos el caballo del clarín. Pero como el clarín, de á pie, siguiera tocando á la carga é Isasmendi siguiera gritando, sable en mano: «Adelante y maten!»... los insurrectos concluyeron por creer que realmente estaban rodeados, y abandonando sus posiciones, fueron á replegarse sobre los compañeros que tenían del otro lado del callejón.


EL MAYOR ISASMENDI

Gracias á esta estratagema pudo Isasmendi ver despejado uno de los frentes de sus canarios, que seguían batiéndose con bravura. Esto le permitió concentrar sus fuegos sobre el otro lado del monte y batirse durante varias horas con pocos sacrificios.

Cuando vió que las municiones se le iban agotando empezó á hacer retirar á su gente, quintando las guerrillas, esto es, dejando en el terreno un solo hombre de cada cinco. Y así siguió hasta que se quedó solamente con diez hombres contestando el fuego de los insurrectos. — En esta situación estaba, cuando, dándose cuenta de ello, avanzó Fleurquin en persona con refuerzos, siendo recibido á descargas cerradas. Se consideró que era tarde para empeñar otra acción en medio de un monte espeso, y se resolvió aplazar el combate para el día siguiente.

Al otro día no se peleó porque se recibió un telegrama del Presidente de la República recomendando que se procediera con prudencia para evitar pérdidas inútiles, y que se esperara el concurso de la artillería para desalojar completamente los montes. Así se hizo, y en consecuencia se demoró la reanudación de la acción hasta el día 21, cuando ya se contaba con el concurso de los cañones. Y para dar idea de cómo se desarrollaron los sucesos, nos parece conveniente publicar la versión de los artilleros que intervinieron en la acción, tenientes Etchepare y Lagomarsino.

La acción de la artillería

He aquí ese reportaje:

— « ¿Cómo se inició el combate del día 21 en los montes de la Agraciada?

— « En la mañana del 21 se ordenó ensillar á la división, así como á la sección de artillería. Se formó en columna, con la artillería en el centro, el batallón 2.° de Canelones á la cabeza y el 2.° de Soriano á retaguardia. El 5.° de caballería, al mando del comandante Grau, había sido destinado á ocupar los galpones y estancia de Artagaveytia con antelación, cuyo regimiento había iniciado ya un pequeño tiroteo con algunas patrullas avanzadas del enemigo, según declaración de los jefes y oficiales del mismo.

« En aquel orden se emprendió la marcha por el camino real que atraviesa el monte y se dirige á Palmira. Al llegar á una pequeña cuchilla, á la izquierda, y á unos 2000 metros más ó menos de la capilla de la Agraciada, se hizo alto; en ese momento, sin conocer el objeto verdadero de nuestra marcha, vimos que se desprendía de la columna el batallón 2.° de Canelones, bajo el mando del comandante Isasmendi, y dirigiéndose por el flanco izquierdo nuestro, se internó en el espeso monte al galope y en una fila, sin previo reconocimiento del mismo. Pasaron, entretanto, unos quince minutos de calma; al terminar éstos, se sintió de pronto un vivo tiroteo.

« Después de cierto tiempo, durante el cual crecía el fuego, el comandante militar nos indicó que avanzáramos hasta una cuchilla menos elevada que la que ocupábamos, con el objeto de emplazar nuestras piezas; esa cuchilla se hallaba á unos 600 metros más ó menos á nuestra vanguardia. La posición, pues, era peligrosa, y más que peligrosa poco táctica, por la sencilla razón de que era menos dominante, aparte de que el monte comenzaba á unos 300 ó 400 metros de ella.

« En vista de ello, observamos la conveniencia de permanecer allí desde cuyo punto se podía batir una gran extensión con probabilidades más que seguras de obtener mejor efecto de los proyectiles y en general de las condiciones que caracterizan al cañón Canet.

« Se emplazó, pues, en ese punto la primera pieza. Como no se hubiese verificado la exploración indispensable, indicamos al jefe la conveniencia de hacerla en un gran maizal que existía á nuestra derecha y hacia vanguardia; así se hizo, empleándose *4 lanceros* de la escolta para ese servicio.

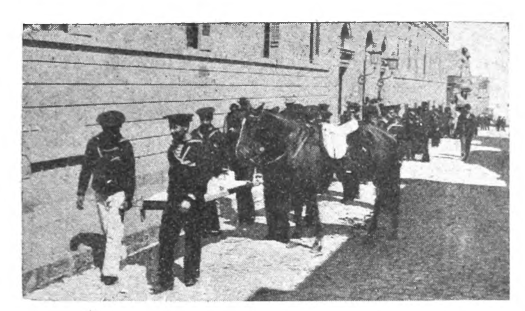
« Durante el tiroteo notábamos que las fuerzas enemigas se deslizaban hacia nuestra derecha; habían transcurrido más de veinte minutos desde la iniciación del combate, cuando apareció el jefe del batallón 2.° de Canelones del interior del monte, y dirigiéndose al jefe de la división, doctor Fleurquin, le indicó la situación del adversario; entonces el doctor Fleurquin nos ordenó que apuntáramos hacia la izquierda de un gran árbol que se destacaba del monte y que según nuestras apreciaciones se hallaba á unos 1700 metros de nuestra posición.

« En estas condiciones iniciamos el fuego con granada de balas, distribuyéndolo

en el sentido del frente y de la profundidad para batir una gran zona de terreno en donde necesariamente debía de cruzar el enemigo, que estaba oculto á nuestra vista, á estar á las informaciones del comandante Isasmendi, que había regresado del monte con las noticias necesarias para sacar partido de la artillería bajo nuestra dirección, volviendo nuevamente por el flanco derecho con la 1.ª compañía del 2.º de Soriano, al mando del capitán Garrido; y á no dudarlo, este ataque de flanco evitó que fueran envueltas algunas guerrillas del 2.º de Canelones que ya tenían, según se nos dijo, agotadas sus municiones.

«Facilitó el buen éxito de este ataque la desmoralización que produjeron en el enemigo los siete disparos de nuestros cañones y dos que hizo muy oportunamente el vapor *Ingeniero* sobre una fuerza y caballada que apareció en la costa.

«Hemos oído de labios de algunos prisioneros que se tomaron después, y por los propios de algunos que sirven en la división, que el titulado capitán Vergara y otros individuos habían sido muertos por fragmentos de granada: el indicado Vergara presentaba una gran herida en el abdomen, que necesariamente debió haber sido producida por aquellos fragmentos.


LLEGADA DE HERIDOS DEL COMBATE DE LA AGRACIADA

—«¿Creen ustedes que la dispersión de los insurrectos fué efecto de la artillería?

—«Sin pretensión de ningún género, pues no nos guió la idea del exhibicionismo en este caso, creemos sin duda alguna que ello es cierto, porque si no fuera así, la dispersión se hubiese efectuado en alguno de los combates anteriores. Munición les sobraba, pues varios días después se hallaron nuevos cajones conteniendo cartuchos de guerra, aparte de que no hay duda que haya mayor número aún, oculta en el monte.

«Según manifestaciones del comandante Isasmendi, toda la extensa zona de monte de la Agraciada había quedado limpia de revolucionarios. Acosados de cerca, perseguidos con incansable tenacidad, habían concluído por dispersarse.

«Aseguraba también el mismo jefe que los revolucionarios, en los diversos encuentros, tuvieron cien bajas entre muertos y heridos.

«—Sólo el 21 de Marzo —dijo—tuvieron once oficiales muertos. Hay entre ellos de todo: capitanes, tenientes, alféreces. Les tomamos 1300 caballos, 28 fusiles, 3000 tiros, 50 recados y una bandera.

«Agregaré, en lo referente á los muertos que tuvieron, que mi batallón, al explorar el monte, enterró catorce, y me consta que la Cruz Roja enterró seis desde el día 15 en adelante.»

La "china sargento"

Con el 2.º de guardias nacionales de Canelones llegó á Montevideo una mujer que ostentaba orgullosa sobre el brazo derecho unas jinetas de sargento, jinetas ganadas sobre el campo de batalla.

La referida mujer era una muchacha que contaba sólo diez y seis años, huérfana de padre. Era *morochita* y del todo acriollada para hablar. Y más que todo eso, era alegre, *chichona*... y confianzuda.

La curiosidad periodística se apoderó, como era inevitable, de la llamada *china sargento*. Un repórter la interrogó en esta forma:

—¿Su nombre?

—Carmen Robledo, oriental, nacida en Mercedes.

—¡Lindo! ¿Dónde y cuándo se incorporó á los de Canelones?

—Á la división Soriano me incorporé primero, y recién el día 14, en Dolores, me pasé al batallón de Canelones.

—¿Qué afección ó qué ideal la indujo á incorporarse á las fuerzas legales y tomar las armas para pelear? ¿Para compartir con su amante los azares de la guerra, acaso?

—Nada de eso; he peleado porque soy colorada hasta la *ese*, primero, y segundo, porque sabía que peleaba en favor del señor Batlle, por quien siento profundas simpatías.

—¿En qué tiroteos se halló?

—En todos los del combate de la Agraciada. Al lado del valiente comandante Isasmendi he hecho fuego contra los blancos los días 15, 16 y 21. Sólo he abandonado el máuser en algunos pocos momentos en que me dedicaba á curar los heridos que caían cerca de mí. El sargento Silva expiró en mis brazos, y como el sargento Silva otros.

—¿Y las balas la respetaron siempre?

—Siempre. En torno mío caían heridos y muertos, hombres y caballos, pero á mí no me tocaron.

—¿Cuándo le dieron las jinetas de sargento?

—Cuando hubimos terminado del todo con los blancos de la Agraciada, que, como se sabe, fueron corridos completamente. Después de eso, cuando acampamos frente á la capilla, el comandante Isasmendi vino á estrecharme la mano y felicitarme por mi comportamiento durante la pelea.

Y fué desde entonces que me colocaron las jinetas, que, naturalmente, no son para usar en la ciudad, donde, como ve, me he vuelto á poner polleras.

—¿Piensa continuar en el batallón?

—Sí, siempre al lado del valiente comandante Isasmendi, hasta que termine la guerra.»

Otros hechos de armas de menor importancia se desarrollaron en el país durante el tormentoso mes de Marzo. Fueron pequeños y múltiples encuentros que se producían como chispas de una gran hoguera inextinguible.

Combate en Palmira

Noticias procedentes de Colonia hacían saber en los primeros días del mes que los insurrectos que merodeaban en Villa de Carmelo y Palmira habían abandonado sus posiciones, y que el coronel Pedragosa, comandante militar del departamento, había enviado una expedición de 90 hombres para recuperar aquellas poblaciones.

Una partida insurrecta, bastante numerosa, llevó el 5 un ataque á Nueva Palmira, pueblo en el cual ya había entrado un pequeño destacamento de las fuerzas legales.

Los insurrectos fueron completamente derrotados, pues al retirarse dejaron seis heridos, abandonando además caballos, ponchos y algunos pertrechos de guerra.

La guarnición de Palmira recibió pocos días después como refuerzo al batallón de Guardias Nacionales número 5 al mando del valeroso comandante don Justo R. Pelayo.

Personas llegadas de San Fructuoso (departamento de Tacuarembó) daban curiosos detalles respecto al estado de la población durante los primeros días de Marzo.

En San Fructuoso San Fructuoso, que era un pueblo próspero, se había convertido poco menos que en una villa miserable y desolada. Nadie trabajaba, nadie circulaba por las calles y eran muchas las personas que sufrían la miseria más completa.

El pueblo había sido abandonado por las fuerzas legales, y estaba á merced de los insurrectos, que acampaban, en numerosa partida, á dos ó tres leguas de distancia.

Habíase constituído una comisión de vecinos encargada de hacer la vigilancia en el pueblo y prestar auxilio á los desamparados. Los miembros de esa comisión recorrían durante el día y la noche las calles de San Fructuoso, para garantizar en cierto modo el orden.

Acudían de continuo al pueblo algunas partidas de revolucionarios procedentes de los montes de los alrededores, con el fin de proveerse de ropas, víveres, etc. Esas partidas no pudieron ser disueltas debido á la falta de tropa.

El 8 de Marzo llegaron á Montevideo muchos vecinos de San Fructuoso en un tren expreso que el Presidente de la República hizo correr hasta esa villa á fin de que todas las familias que lo desearan pudieran embarcarse para la capital, saliendo de la situación difícil en que se hallaban, lejos de todo recurso y de todo auxilio, en un pueblo que parecía plaza conquistada.

Cuando el expreso salió de San Fructuoso, una partida revolucionaria, compuesta de unos cinco hombres, montados, corrió detrás del ferrocarril durante algunas cuadras, con el propósito, ridículo por cierto, de hacer detener el tren; pero el maquinista, burlándose de los insurrectos, dió gran impulso á la locomotora, dejando á éstos en un segundo á larga distancia.

Dos ó tres de los insurrectos se hallaban armados de carabinas, y, según las personas llegadas, parece que no continuaron su marcha detrás del ferrocarril por haber encontrado en el trayecto un alambrado que les impidió pasar.

Los comestibles costaban en San Fructuoso un ojo de la cara, pudiéndose decir que eran pocas las personas que comían pan, pues en su mayoría las familias se proveían de galleta y ésta costaba bastante cara.

Hacía cerca de un mes y medio que no llegaba á aquellos parajes un tren de carga, y los pocos que habían llegado en los primeros días del mes de Enero, conducían escasa cantidad de comestibles.

Con motivo de la venida á Montevideo del mayor Araújo, se hicieron cargo de las fuerzas de vigilancia de los alrededores de San Fructuoso el capitán Martínez y el teniente Gamboa.

El mayor Araújo llegó á la capital bastante enfermo, y se sometió á un tratamiento, bajo la dirección de un distinguido facultativo.

Una pequeña partida de revolucionarios pasó el 6 de Marzo por las proximidades de San Fructuoso siendo batida por fuerzas legales que se hallaban en aquellos alrededores. En la batida se tomó prisionero á un insurrecto, quien suministró algunos informes sobre la dirección que llevaban él y sus acompañantes.

Las familias que vinieron de San Fructuoso manifestaban que de un momento á otro iban á llegar á Tacuarembó los revolucionarios, pretendiendo cobrar impuestos.

Relataban también algunos hechos llevados á cabo en el pueblo por los ma-

treros, quienes, para apoderarse de cuanto comestible y ropa necesitaban, se colocaban en los sombreros anchas divisas coloradas. En esa forma entraban á los establecimientos, surtiéndose de todos los artículos que querían y diciendo luego al dueño de la casa que el gobierno llamaría en breve á los damnificados para satisfacerles el importe de la provisión de artículos á las fuerzas legales.

Á veces los matreros se colocaban divisas celestes y entraban á los establecimientos de propiedad de los colorados, saqueándolos.

El 16 de Marzo llegó á la costa argentina, á diez leguas al norte de Colón, el capitán nacionalista Norbis, con treinta hombres, los que se habían visto obligados á emigrar á causa del sitio que les había puesto el coronel Klinger, fuerte de trescientos hombres.

En Paysandú

El Presidente de la República recibió el siguiente telegrama de Paysandú respecto á este suceso:

«Excmo. señor: El coronel Klinger me informa que debido á una tenaz persecución hecha á los insurrectos, obligó á emigrar para Entre Ríos á Fraga, Norbis, Laborde y Moreira con 60 hombres, y que á causa del aviso que les dió el Juez de Paz Loreto E. Bidart á los revolucionarios, éstos no fueron tomados prisioneros. El coronel Klinger trae preso al mencionado Juez de Paz para ser sumariado.— *Carlos Gaudencio,* comandante militar de Paysandú.»

Un diario sanducero, refiriéndose á la sorpresa que llevaron las fuerzas del gobierno á los revolucionarios de Paysandú, decía lo siguiente, confirmando los datos oficiales publicados:

«Se han recibido noticias en esta localidad del encuentro que tuvieron las fuerzas que salieron de aquí la semana pasada al mando del coronel Klinger, con los revolucionarios acampados en Buricayupí al mando del titulado comandante Fraga.

Esa partida, compuesta de unos 140 hombres próximamente, bastante mal armada, se hallaba en Buricayupí desde hacía algún tiempo, y su misión parecía no ser otra que la de destruir la vía férrea siempre que se le presentara una ocasión oportuna.

Así es como inutilizó los puentes del Quebracho, Chapicuy, Guichón y otros de menor importancia, y habría hecho lo mismo con el del Queguay, si el coronel Gaudencio, conocedor de las intenciones que aquéllos abrigaban, no hubiese mandado una guardia para custodiarlo.

El coronel Klinger salió, como decimos, la semana pasada, al frente de algunas fuerzas de esta localidad,—un piquete de guardia nacional, otro del Urbano y el escuadrón de extramuros,—y el día 11 sorprendió á los insurrectos en la barra de Buricayupí, en momentos que se disponían á churrasquear.

Tan inesperada fué la *visita* de las fuerzas legales, que los revolucionarios no atinaron más que á montar á caballo y darse á la fuga, dejando abandonados sus pertrechos, carpas, útiles de cocina (!!), algunos máusers y una cantidad de dinamita, á más de varias bombas preparadas con sus mechas prontas para ponerlas en uso.

Al abandonar el campo, los insurrectos se subdividieron en dos partidas, á cargo una del titulado mayor Laborde y los capitanes Pedro W. Bermúdez Acevedo, ex director de *La Democracia,* y Antonio Norbis, alguacil del Juzgado Letrado del departamento, y otra, la más numerosa, al mando de Fraga.

Diez individuos quedaron prisioneros.

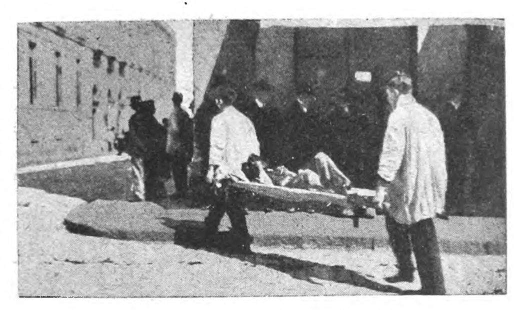
Después de incautado de los efectos dejados por aquéllos, el coronel Klinger inició la persecución, subdividiendo también sus fuerzas.

Un destacamento, al frente del cual se puso el capitán Tomás Camacho, salió en persecución de la partida de Laborde, que con 40 hombres tomó rumbo á Guaviyú, y el coronel Klinger, con el resto de las fuerzas, siguió detrás de Fraga, que se internó en el Queguay con toda su gente.

La partida de Laborde, Bermúdez y Norbis, bien montada, se dirigió á la costa del Uruguay, en fuga precipitada.

Al cruzar el Chapicuy, cortó la línea del Telégrafo Nacional en un trayecto de tres cuadras, precisamente en momentos que el telegrafista Pedro Lassabe acababa de restablecerla.

Lassabe, que ante la aproximación de los revolucionarios se refugió en la estancia de don Juan Lapitz, fué hecho prisionero poco después por Bermúdez, lo mismo que un peón que lo acompañaba.—Refiérese que el ex director de *La Democracia* hacía jactancia del telegrama enviado por él al coronel Gaudencio á raíz de producirse la voladura del puente de Guichón.


LOS HERIDOS DE LA AGRACIADA CONDUCIDOS AL HOSPITAL

Hallándose en Chapicuy, fueron alcanzados los insurrectos por las fuerzas mandadas por el señor Camacho, que iban en su persecución, las cuales los tirotearon.

Aprovechando la confusión que se operó entre los revolucionarios al emprender nuevamente la fuga, el telegrafista Lassabe y su peón se arrojaron al arroyo, consiguiendo vadearlo, incorporándose á las fuerzas de Camacho.

El ex prisionero de los revolucionarios, que acaba de regresar á Paysandú, después de restablecer la línea telegráfica, cuenta que el propósito de los revolucionarios mandados por Laborde era dirigirse á Entre Ríos para preparar otra expedición (!!).

Las únicas armas que tenían — agrega — eran 6 wínchester y 15 ó 20 carabinas. El resto de la gente no tenía más que armas blancas. En cuanto á municiones las poseían en escasísima cantidad.

Ayer llegó á la estancia del doctor Muró, en Guaviyú, la partida de Laborde y compañía, en número de 30 hombres, pues 10 habían quedado rezagados en el camino.

Carnearon y churrasquearon allí precipitadamente, y en seguida se apoderaron de una chata, en la cual lograron pasar á la vecina provincia.

En cuanto á la partida de Fraga, perseguida tenazmente por el coronel Klinger, no se sabe nada todavía.

Se espera que no tardará en caer en poder de las fuerzas legales.

Una vez conseguida su captura ó dispersión, nuestro departamento quedará completamente libre de revolucionarios en armas. »

Á principios de Marzo el comandante nacionalista Noblia se encontraba aún en Melo, dominando todo el departamento de Cerro Largo. Era, por lo tanto, incierto que fuerzas del coronel Tezanos hubieran batido á los revolucionarios en aquella localidad, como afirmaban los diarios de la capital. El coronel Tezanos estaba á esas horas en viaje de vuelta á Montevideo.

En Cerro Largo

Las fuerzas revolucionarias que se encontraban en el departamento de Cerro Largo formaban una división de caballería é infantería, que los nacionalistas hacían ascender á dos mil hombres, comandada por el comandante Noblia. Sus escuadrones recorrían también el departamento de Treinta y Tres, y no se habían encontrado hasta entonces con ningún enemigo. (1)

El 27 de Marzo circularon en Concordia noticias de que había sido tomada la plaza de Artigas por el comandante Noblia, el que había batido y dispersado las tropas del coronel gubernista Iriondo, que se había quedado ocupándola con una fuerza de quinientos hombres después del regreso á Montevideo del coronel Tezanos por vía Yaguarón. La noticia era falsa, pero muy verosímil. La división de Colonia, al mando del coronel Vera, había bajado desde Artigas á la capital, cruzando los departamentos de Treinta y Tres y Minas en marchas lentas y por los caminos menos transitados. La guarnición de Artigas parecía muy débil para resistir al empuje de una división entusiasta que deseaba á toda costa recuperar el pueblo para asegurar una entrada á los auxilios que pudieran llegar del Brasil y también para cobrar contribuciones muy importantes.

El ataque á Artigas, en esas condiciones, parecía inminente. En los últimos días de Marzo el comandante revolucionario Noblia se aproximó á aquella localidad pretendiendo posesionarse de ella.

Las fuerzas legales que se hallaban en aquella villa al mando del mayor Iriondo ofrecieron combate á los revolucionarios, rechazándolos.

Las fuerzas al mando de Iriondo ocuparon en esa pelea posiciones que se consideraban inexpugnables, siendo uno de sus baluartes la casa del señor Anido, convertida en una verdadera fortaleza.

Como se verá más tarde, esta aproximación de Noblia no fué más que una exploración previa para el ataque que algunos días después debía llevar contra el pueblo, defendido por Iriondo y fortificado por Lagarmilla.

El 24 de Marzo corrieron en Mercedes, con marcada insistencia, rumores de que en una estancia situada en Cololó se había notado la presencia de una importante partida de revolucionarios que se hacía ascender á doscientos hombres.

En Mercedes

Al principio todo el mundo creyó que se trataba de dispersos de la Agraciada, pero ante la afirmación de que entre dichos insurrectos se hallaba un conocido hacendado de Cololó, que se suponía incorporado al grueso del ejército de Saravia, se empezó á temer que la partida pudiera ser la avanzada

(1) «Anteayer partió de Montevideo, acompañado de unos treinta oficiales, el coronel Péndola, nombrado comandante militar del departamento de Treinta y Tres.

Hizo el viaje en ferrocarril hasta Nico Pérez, desde donde se dirigía á caballo con sus acompañantes, circunstancia en que fué sorprendido y *copado* por una fuerza que se supone que pertenezca á la división revolucionaria que opera en el departamento de Cerro Largo bajo las órdenes del comandante Noblia.

El hecho ha causado consternación entre los elementos oficialistas.» —(*La Prensa* de Buenos Aires del 21 de Marzo de 1904.)

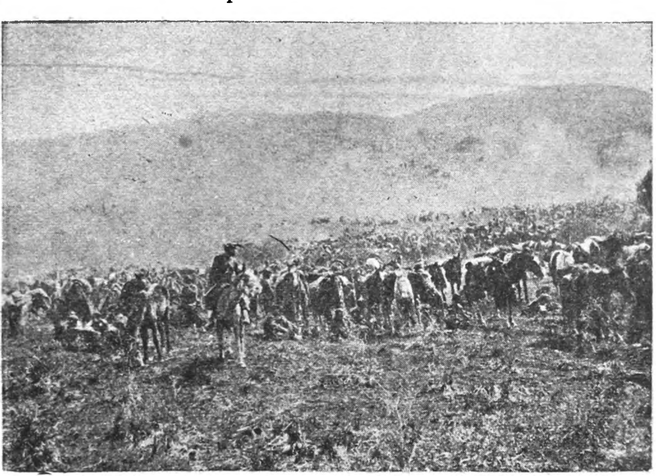
de fuerzas importantes que tuviera por misión reforzar ó proteger á sus compañeros de la Agraciada, y, cundiendo la alarma, se tomaron disposiciones militares de carácter urgente.

Felizmente nada de eso había, pues á la noche se supo que en todo el distrito de Cololó no se había notado movimiento alguno y que todo estaba tranquilo.

En Belén

Belén, pueblecillo ribereño oriental, situado frente á Villa Libertad, por donde habían pasado algunas expediciones de gente, armas y municiones para las fuerzas revolucionarias que se organizaron al norte del Arapey, continuaba en poder de los nacionalistas.

Una partida de 15 ó 20 hombres, al mando del comandante Espasandín, constituía su guarnición, y veía sucederse los días tranquilamente. Pero el 29 de Marzo 200 hombres desprendidos de las fuerzas del Salto amanecieron rodeando á Belén con el propósito de apresar á la guarnición.



EL EJÉRCITO EN LA SIERRA DE AURORA

Los gubernistas no rodearon del todo á Belén, puesto que el comandante Espasandín pudo escapar con un sargento y un asistente, pues la demás gente de su partida no se encontraba en el pueblo.—Al efecto, Espasandín tomó un bote y atravesó el río Uruguay en medio del fuego graneado que le hacían los 200 expedicionarios enemigos.

Espasandín llegó sano y salvo á la costa argentina con su sargento y su asistente.—Allí había numerosas personas de la colonia Rosario, próxima al lugar del tiroteo, quienes acudieron curiosas creyendo que se peleaba en Belén. Pero ni al bote alcanzó una sola de las numerosas balas que les tiraron los 200 expedicionarios gubernistas.

El comandante Espasandín manifestó que pensaba volver á ocupar el punto abandonado, tan pronto como los colorados se retiraran de allí.

La comisión desprendida de las fuerzas de la guarnición del Salto que sorprendió en Belén al comandante Espasandín se dirigió inmediatamente sobre Santa Rosa, pueblo que también tenía autoridades nacionalistas.

En el Salto

El día 27 de Febrero el comandante general del Salto, coronel Rufino T. Domínguez, acompañado del coronel Teófilo Córdoba, pasó revista á las tropas de la guarnición del departamento.

El batallón Flores y la Urbana, con sus jefes á la cabeza, formaron en la calle Artigas entre Daymán y Rivera, dando frente á la jefatura. El Batallón

de Guardias Nacionales Departamental formó frente al cuartel, igualmente con sus jefes á la cabeza.

A las 8.30 la presencia del coronel Domínguez fué anunciada por los redobles de los tambores. Poco después pasó revista á los batallones.

Terminada esta primera parte, el comandante general se dirigió á la aduana, donde estaban formados los móviles y el plantel del puerto, con sus jefes también á la cabeza. Esas milicias desfilaron en correctísima formación, llamando particularmente la atención la móvil, que ejecutó algunas evoluciones con precisión matemática.

El 2 de Marzo echaron anclas en el puerto del Salto la cañonera *General Suárez* y los vapores *Cacique, Tangarupá, Corsario* y el guardacostas de Paysandú. Los primeros conducían á su bordo las fuerzas de San Eugenio y el batallón 3.º de Guardias Nacionales de Montevideo, al mando del señor Antonio Bachini. El último iba remolcando un pailebote cargado de equipos.

Concurrieron al puerto á recibir las tropas mencionadas el comandante general, coronel Domínguez, con sus ayudantes, y el comandante militar, coronel Córdoba, con sus ayudantes, así como los jefes de las fuerzas de la plaza y un grupo numeroso de oficiales.

En el momento del desembarco se produjeron entusiastas manifestaciones.

También desembarcó un cuerpo de caballería al mando inmediato del comandante don Florencio Roldán.

Dichas fuerzas debían reforzar la guarnición del Salto.

En el acto del desembarco se distinguió por su entusiasmo y bizarría la juventud que formaba el batallón 3.º de Guardias Nacionales de Montevideo.

El día anterior las descubiertas de la plaza avistaron á la altura de la estancia del señor Gutiérrez, distante 16 leguas del Salto en dirección al Este, una fuerza revolucionaria que se reconoció como la vanguardia del ejército de Saravia que marchaba precipitadamente en dirección al Norte. Eso pasaba el día antes de la batalla del Paso del Parque.

Con tal motivo se redobló la vigilancia, distribuyéndose por la noche las fuerzas en los cantones y trincheras, siendo inmenso el número de voluntarios que se presentaron á solicitar un puesto en la defensa de la plaza.

Felizmente la noche pasó sin novedad.—El 3 de Marzo presentó renuncia del cargo de jefe político de la ciudad del Salto el señor Aurelio Novoa.

Reportado por un diario local, dijo el señor Novoa, entre otras cosas:

—«Yo no puedo quejarme de la conducta observada por las fuerzas revolucionarias que han estado en mi establecimiento de campo. Á excepción de algunos caballos que me llevaron, no me han causado un solo perjuicio.

—¿Y á los vecinos?

—Según los informes que tenemos, no han perjudicado tampoco á nadie.

—¿De manera que no son ciertos los malones pampeanos á la propiedad ajena de que se ha venido hablando?»

Á esta pregunta repitió el señor Novoa la misma declaración que dejamos anotada.

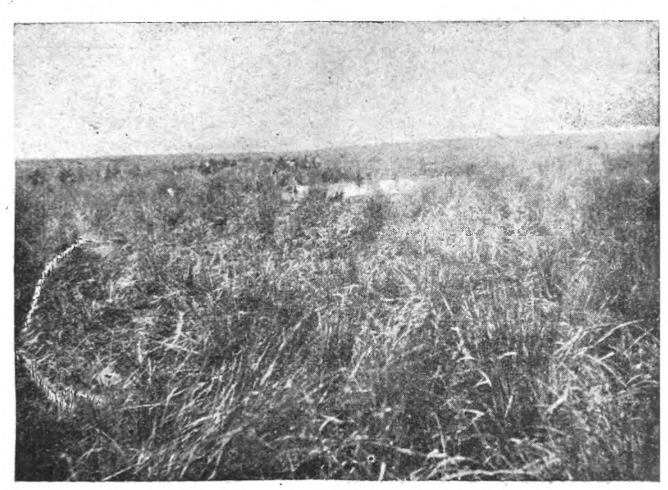
Ese mismo día salieron los vapores al servicio del gobierno conduciendo fuerzas de la guarnición del Salto con rumbo al Alto Uruguay. Llevaban orden de desembarcar é incorporarse á las fuerzas que comandaba Julio Barrios, las que marchaban con dirección al Salto en busca de municiones y las que, dada la gran lluvia, habían tenido que suspender la marcha con motivo del desborde de los arroyos.

Causaron mucha impresión en el Salto las medidas tomadas por el coronel Rufino Domínguez ordenando la suspensión del diario colorado *La Prensa* por quince días.

Medidas severas El 10 de Marzo fueron citados por orden del coronel Domínguez todos los que habían pagado personero y sido exceptuados por orden del coronel Córdoba.

Por disposición del mismo jefe se refundieron los batallones «General Flores» y «Urbano», formándose con ellos uno que se denominó «Batallón Urbano».

Como consecuencia de dicha medida pasaron el comandante de Clemente y el mayor Rodríguez, primero y segundo jefes respectivamente del «Batallón Flores», á prestar sus servicios en la comandancia, y se nombró en su reemplazo al teniente coronel Arenas, primer jefe, y al mayor Peláez, — ex jefe del Urbano, — segundo jefe. — Al hacer las fuerzas gubernistas una arreada de caballos y mulas cargadas, le sacaron varias á Luis Ambrosoni, pero sin dejar recibo alguno, y aun sin permitir que quedara allí una yunta de mulas para el servicio indispensable de la chacra.


LOS BAÑADOS DEL RÍO NEGRO

Sabedor de esto el señor Ambrosoni, — persona caracterizada del Salto, hacendado, comerciante, dueño de una cuantiosa fortuna y que goza de respetuosa consideración pública, — se presentó al coronel Domínguez con las buenas formas que establece la cultura é hizo presente que le habían llevado unas mulas de una chacra que tenía en el Salto, y que no le habían dejado recibo ni había querido dar su nombre el que mandaba á los arreadores.

El coronel Domínguez contestó que aquél tenía orden de arrear los caballos y mulas y nada más, y que él no tenía que darle ninguna explicación.

Como el señor Ambrosoni replicara, hubo un violento cambio de palabras, cuya consecuencia fué que aquel vecino, de nacionalidad italiano, y que durante los 42 años que vivía en el Salto había gozado de las mayores simpatías y de general estimación por su honradez y laboriosidad, fuera encerrado en un calabozo, donde permaneció tres horas.

En el vapor *París* siguió á Buenos Aires el señor Ambrosoni, y allí se presentó al Ministro de Italia en ésa para que iniciara una reclamación.

El 9 de Marzo presentó por telégrafo su renuncia al Presidente de la República el comandante militar del Salto, coronel Teófilo Córdoba, que se había singularizado por su acción tolerante y prudente con los nacionalistas dentro

del cumplimiento de sus deberes.—La renuncia de aquél era indeclinable y la motivaba la conducta por demás enérgica del coronel Rufino T. Domínguez, su inmediato superior, como jefe militar de los departamentos del Salto y Artigas.

La renuncia del coronel Córdoba fué inmediatamente aceptada, siendo nombrado para sustituirlo el coronel Cristóbal Ferreira.

El 11 de Marzo se nombró una comisión fiscalizadora de los recursos y para la proveeduría de la guarnición del Salto. La componían los doctores Bernardo Silva y Rosas y Herminio Núñez y los señores Diego Mendoza, Enrique Comas y Carlos M. Roja.

El mismo día prodújose un nuevo incidente entre el coronel Domínguez y el señor Ambrosoni.

Como la casa del señor Ambrosoni comunicara al citado jefe que no le suministraría más pan, el señor Domínguez ordenó á un sargento que fuera con seis soldados y sacara de las caballerizas de Ambrosoni todos los vehículos que hubiera.

Aquella gente cumpliendo las órdenes recibidas, sacó dos jardineras de reparto y un carro que en esos momentos había, y todos los caballos que estaban en el pesebre.

Se formuló una protesta por el hecho ante el escribano señor Fernando Antías, patrocinando á Ambrosoni el abogado doctor Cañizas.

También se telegrafió en el mismo sentido al ministro de Italia en la Argentina, y al ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay.

Salió el coronel Christy á campaña, con un total de fuerzas de 300 hombres.

Regresó al Salto, después de seis días de permanencia en la costa del río Daymán, el batallón 3.º de guardias nacionales, que comandaba el coronel Antonio Bachini.

El 3.º de Guardias Nacionales

Respecto á su breve campaña decía lo siguiente *Ecos del Progreso:*

«Seis días ha permanecido el batallón en aquel punto haciendo vida de campamento; seis días que pueden fácilmente traducirse en seis meses.

«Para gente como la que compone el referido cuérpo, ha sido de verdadera prueba esa salida á campaña, y decimos de verdadera prueba, porque desde que se movió lo hizo bajo un torrente de agua; permaneció allí soportando los copiosos aguaceros que diariamente le brindaban las nubes,—siempre con el vientre hinchado—y regresó también poco menos que bajo agua.

«El desfile por las calles de la ciudad hasta llegar al cuartel, es algo imposible de describir. Ya no era el reluciente cuerpo de seis días antes, sino un ejército de bohemios. En medio al estado desastroso en que ha llegado de su excursión esa gente poco acostumbrada á los ejercicios de equitación y á soportar las inclemencias del tiempo, una cosa llamó extraordinariamente la atención: la presencia de ánimo que se transparentaba en todos los rostros,—todos sonrientes, desafiantes, en los que se dibujaba el estoicismo de nuestros soldados de legendaria resistencia.

El coronel Bachini ha podido darse cuenta de que tiene un cuerpo de sufridos ciudadanos y por su parte éstos pueden decir que han hecho bien el aprendizaje en la primera salida á campaña.»

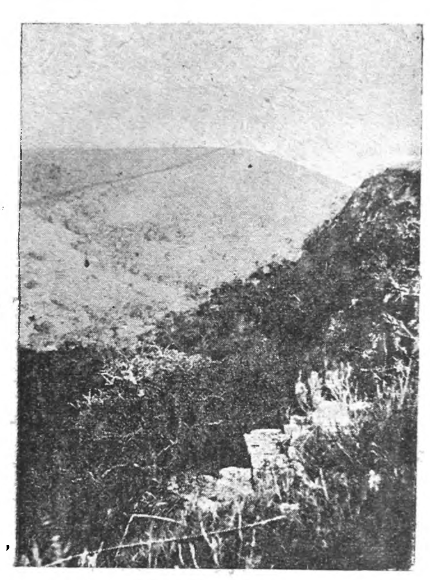
El coronel Domínguez organizó una escolta. Ésta constaba de 50 plazas, y era mandada por el capitán Alberto Bahamonde y el teniente Rufino Domínguez (hijo). Se la dotó de lanzas, vestuario correspondiente á esa arma, monturas, etc., y fué provista de caballos tordillos como la escolta de la capital.

Más sucesos del litoral

La guarnición del Salto se componía el 18 de Marzo de más de 2.700 hombres, los que no tenían otra misión que la de cuidar la plaza, pues estaban en absoluta carencia de caballada. Los pocos caballos con que se contaba, fueron mandados al general Muniz.

El 20 de Marzo dióse á las fuerzas de guarnición en el Salto la orden de marchar á Tacuarembó.

Por aquellos días se habló mucho en Concordia de una tentativa de sublevación en el batallón 3.º de guardias nacionales, tentativa que abortó felizmente. El corresponsal de un diario bonaerense, daba sobre esa versión los siguientes detalles:


SIERRA DE AURORA

«Hablé con varios sargentos que estaban comprometidos en la sublevación del batallón 3.º, y me dijeron que del comandante Bachini no tienen queja, pero sí del segundo jefe y de los demás oficiales. Dicen que después de no darles ni los recursos más indispensables, castigan brutalmente á la tropa, y que, aunque parezca increíble, es cierto que desde que salieron de Montevideo llevan la misma muda de ropa interior, y que el rancho que se les da es de pésima calidad.»

El coronel José Visillac, que desempeñaba antes el puesto de presidente de un tribunal de guerra, y que, como el coronel Lamas, abandonó furtivamente á Montevideo para servir á la causa de su partido, llegó á Concordia de incógnito con el propósito de incorporarse al ejército revolucionario.

El 10 de Marzo fué un día de gran movimiento en la comandancia militar del Salto, y las alarmas llegaron á tal punto que se procedió á citar á todos los ciudadanos de la guardia nacional departamental y de la policía que estaban con permiso. Se obligó á que se presentaran aun á los ciudadanos exceptuados por la ley.

Los cocheros de tranvías que tenían permiso para atender su trabajo fueron también acuartelados. Se dijo que dichas medidas se habían tomado porque la gente de la activa y otros batallones iba á salir á campaña, y entonces se dejaba parte de la departamental y la pasiva para que cuidaran la ciudad.

El coronel Domínguez se proponía batir y dispersar algunas partidas revolucionarias que merodeaban en la campaña de los departamentos del Salto y Artigas.

Salió del Salto el comandante Eduardo Espalter, jefe del segundo batallón

de guardias nacionales de aquella ciudad, conduciendo á la capital comunicaciones importantes del comandante militar coronel Rufino Domínguez.

El comandante Espalter acababa de realizar una comisión delicada. Aprovechando la gran creciente del Uruguay, recorrió la parte alta de aquel río con un piquete de 40 hombres de su cuerpo embarcados en el vapor *Surubí*, de la compañía Mihanovich.

En su gira visitó las distintas poblaciones del Alto Uruguay, batió varias partidas insurrectas que encontró al paso, realizó algunos desembarcos arriesgados y obtuvo informes que fueron de utilidad para la continuación de las operaciones militares en aquella zona de la República.

Considerando que la plaza militar del Salto era una de las más importantes de la República, *Ecos del Progreso* publicó los cuadros de jefes y oficiales por cuerpos ó batallones, incluyendo la dotación del estado mayor de la Comandancia Militar y de la sección de artillería á cargo del capitán Pitamiglio.

Sólo omitía el colega el cuadro de jefes y oficiales correspondiente al regimiento de caballería «General Rivera», comandado por el mayor Ipar, á causa de hallarse este cuerpo en comisión en campaña aunque á pocas leguas de la ciudad. Tampoco hacía referencia á la escolta del coronel Domínguez, que recién se estaba organizando (1).

(1) He aquí los cuadros del ejército reunido en el Salto:

Comandancia general militar de los departamentos de Salto y Artigas. — Jefe: coronel don Rufino T. Domínguez; secretario: sargento mayor don Víctor Albístur; ayudantes: sargento mayor don Aurelio Fernández; capitanes, Fernando Morales, Alberto Bahamonde, José Pedro Carve, Pedro D. Thevenet; tenientes 1.os, Rufino Domínguez (hijo), Américo Fernández, Antonio Casciani, Eusebio Sosa; tenientes 2.os Arturo Miranda, Alberto Requena Lenzi, Favian Martour; subtenientes, Juan Carlos Artigas, César Miranda, Tácito Herrera; Ramón Ruiz, Carlos Guimaraens, Anastasio Martour, Felipe Durán y Silva, Julio Figueroa, José Villar (hijo); sargentos 1.os, Domingo Mayofre, Hipólito Silva, Carlos Briset, íd. 2.° Abel Briset.

Detall. — Jefe: coronel don Bartolomé Caballero; segundo jefe: sargento mayor don Vicente Lura; comisario de guerra: sargento mayor Aníbal Rodríguez; ayudantes: teniente coronel don Bruno Machado, sargentos mayores don Leopoldo Albín y don Miguel Barre, capitán Agustín Culver, capitán José de León, capitán José Píriz. — *Parque de guerra:* — Jefe: teniente 1.° á guerra Pablo J. Rivero; ayudante: teniente 2.° á guerra Justo H. Thévenet. — *Sección abasto y carneada:* — Jefe: sargento mayor Carlos Cordero; empleados: teniente 1.° Martín Martínez, teniente 2.° Fermín Abendaño, alférez Antonio Blanco, alférez á guerra Luis Barre y Elizardo Ipar. — *Sección fortificación:* — Teniente coronel á guerra Manuel De Clemente, capitán á guerra José Amuedo y alférez José Escanellas. — *Varios destinos:* — Coroneles don Manuel Cristhy y don Francisco Latapie; teniente coronel de guardias nacionales don Felipe Saldaña; sargentos mayores don Alberto Becú y don Andrés Rothffus; capitanes Enrique Llovet, Bernabé Machado, Atanasio López; teniente 1.° Nicanor Ferreira y Adrian Sequeira.

Batallón Urbano. — Plana mayor: 1er. jefe: teniente coronel don Desiderio Arenas; 2.° jefe: sargento mayor don Enrique Pelaes; capitán ayudante don Leopoldo Hernández; subayudante, teniente 1.° á guerra don José A. Real; abanderado, subteniente Pablo E. Cabral; primera compañía: capitán don Félix Zúñiga, teniente 1.° don Francisco Porta, teniente 2.° don Ramón Arias, subtenientes don Jacinto Cabilla, don Atilio Salvaterra; segunda compañía: capitán don Carlos M. Perichón, teniente 1.° don Pantaleón Méndez (hijo), teniente 2.° don Laureano E. Pelaes, subtenientes don Rodolfo Prael, don Cirilo Mendoza; tercera compañía: capitán don José P. Darizcuren, teniente 1.° don Francisco Charlone, teniente 2.° don Juan C. Berta, subtenientes don Afrau Carballo, don Martín Castro; cuarta compañía: teniente 1.° don Arturo L. Moratorio, teniente 1.° don Carlos Cordero (hijo), teniente 2.° don Serafín Juncal, subtenientes don Félix A. Suárez, don José Alvarez; agregados: en la 1.ª compañía don Roberto Usher, en la 4.ª compañía don Máximo Usher.

Batallón de guardias nacionales número 1. — Plana mayor: primer jefe teniente coronel

El 22 de Marzo se tenía aviso en la comandancia militar del Salto, de que había sido avistado el ejército revolucionario, el que se hallaba acampado entre los Arapey, sobre las puntas del Arapey Grande.

Se creía en un inminente ataque al Salto, por cuyo motivo se notaba una gran alarma. Ese día de madrugada partieron con rumbo desconocido fuerzas del departamento de Artigas al mando del comandante Amaro F. Ramos, las que habían llegado el día anterior al Salto y se alojaban en el lazareto.

don Fructuoso T. Leal; segundo jefe sargento mayor don Pedro Ríos y Olivera; capitán ayudante doctor Marcelino Leal; capitán don Rafael S. Carballo (agregado); subayudante don Ricardo Gallino, teniente 1.° ; subteniente don Tancredo Preve; subteniente don Sixto Rodríguez (agregado); secretario don Manuel C. Jaccottet; practicante don Celio Ferreira; primera compañía: capitán don Víctor M. Marcenaro, teniente 1.° don Martín Tale, teniente 2.° don Armando Pitameglio, subtenientes don Pablo Machado, don Márcos Laborda; segunda compañía: capitán don Joaquín Betbeder, teniente 1.° don Antonio López, teniente 2.° don Alfredo Pacheco, subtenientes don Justino Díaz, don Julio López Wedekin; tercera compañía: capitán don Juan Pivel, teniente 1.° don Carlos Arigoni, teniente 2.° don Augusto Lamarthée, subtenientes don Plácido Ferreira, don Pedro Preve; cuarta compañía: capitán don Aníbal Cordero, teniente 1.° don Olegario M. Ansó, teniente 2.° don Arturo Coutinho, subtenientes don Pascual Centanmi, don Juan José Bajac.

Batallón de guardias nacionales departamental. — Plana mayor: coronel graduado de línea don Cristóbal Ferreira; teniente coronel á guerra don Eduardo Espalter; capitán ayudante, teniente 1.° de línea y capitán á guerra don Rafael Aguilar; subayudante, teniente 1.° de guardias nacionales don Juan Gallegos; teniente 1.° de guardias nacionales agregado don César Saldaña; teniente 1.° á guerra agregado don Manuel A. Cuadra; teniente 2.° de guardias nacionales agregado don Juan Paiva: abanderado: subteniente de guardias nacionales don Domingo Fernández Ipar, agregados don Valentín Castilla, don Modesto Llantada y don Ulises Serrano; primera compañía: capitán de guardias nacionales doctor don Eduardo Martínez García, teniente 1.° don Hipólito C. Barros, teniente 2.° don Antonio C. Catalá, subtenientes don José Veliz y don Juan Figueredo; segunda compañía: capitán á guerra don Carlos á Ros, teniente 1.° Juan F. Forteza, teniente 2.° Juan B. Arnaud, subtenientes Basilio Montes de Oca y Angel P. Pigurina; tercera compañía: capitán de guardias nacionales don Arturo Chiazzaro, teniente 1.° á guerra don Beltrán Vidal, teniente 2.° de guardias nacionales Italo Supparo, subtenientes de guardias nacionales don Bernardino Solza y don Domingo Pinasco; cuarta compañía: capitán de guardias nacionales don Beltrán Larré, teniente 1.° don Serafín Cañizas, teniente 2.° don Gervasio Sánchez, subtenientes don Trifón Duffey y don Manuel Forteza; practicante: farmacéutico don Vicente Gozalbo.

Batallón 3.° de guardias nacionales de la capital. — Primer jefe: sargento mayor don Antonio Bachini; segundo jefe: sargento mayor don J. Winteralter; capitán ayudante don J. Piran; capitanes don P. Cossio, don L. E. Pérez y don J. B. Terra; tenientes 1.° don D. Luque, don Ricardo Flores, don Alfredo Castro, don Carlos Callorda: tenientes 2.°s don José Iglesias, don Emilio Frugoni, don Joaquín Valter, don Emilio Lecour, don Samuel Flores y don Alfredo Carve; subtenientes don Mario Arismendi, don Héctor Patiño, don Ramón Vázquez, don Jorge Flores, don Martín Boada, don León Flores, don Ricardo Arismendi, don Ricardo Barrandeguy, don Juan P. Da Costa, don José Martinelli, don Julio Herrera y don V. Núñez; parque: teniente 1.° don Manuel Solsona y Flores, subtenientes don Carlos M. Romeu, don Alfredo Enciso y doctor M. Bado; practicante, don Miguel Buzeta.

Batallón policial de la capital. — Plana mayor: primer jefe teniente coronel don Alberto Villaverde; segundo jefe sargento mayor don Florencio Quinteros; capitán ayudante: capitán don Avelino Benítez Otero, agregado subteniente don Arturo Díaz; primera compañía: capitán don Germán Núñez, teniente 1.° don Guillermo Michaelson, teniente 2.° don Aquiles Cóppola, subtenientes don Enrique Mendoza y don Oscar Berrutti; segunda compañía: teniente 1.° don José Pedragosa, subtenientes don Juan José Rebollo y don Hilario Molina; Tercera companía; capitán don Napoleón Neves, teniente 1.° don Ricardo Sacarello, teniente 2.° don Salvador Rubí, subtenientes don Alfonso Sanguinetti y don Miguel Neves; cuarta compañía: capitán don J. L. Gadea, teniente 1.° don Benigno Islas, teniente 2.° don Bruno Carrasco, subtenientes don Arturo Rovira y don Máximo López; agregados: don Luis J. Sayago y don Rolando de los Campos.

Por la tarde debían salir las fuerzas que tenían orden de marcha, pero luego se dispuso lo contrario.

Se decia en el Salto que se había tenido el propósito de salir al encuentro de las avanzadas revolucionarias que habían aparecido en el Arapey, pero que de Montevideo ordenaron la concentración de las fuerzas en la ciudad, por temerse que se tratara de un serio avance del enemigo sobre el Salto.

Fué puesto á disposición de la comandancia militar el teniente Pedro Machado, acusado de haber dado muerte al subteniente Jardim.

En el Salto se narraba el hecho de la manera siguiente:

Machado dió una orden á Jardim, la que fué desacatada en términos hirientes por aquél, quién después de algunos improperios contra su superior, le descerrajó un tiro de revólver, el que dió muerte al caballo que montaba.

Machado no tuvo casi tiempo para hacer uso de sus armas, dicen, pues en el mismo instante caía Jardim herido de muerte. Era que los soldados que presenciaban la escena habían hecho una descarga sobre Jardim.

El doctor Eduardo Lamas, que llegó á Concordia desde la frontera de Santa Ana con su hermano el doctor Alfonso Lamas, quedó allí con objeto de organizar la remisión de los elementos sanitarios que se debían adquirir en Buenos Aires.

El 29 de Mayo regresó al Salto el comandante Antonio Bachini, jefe del 3.º de guardias nacionales que había ido á Montevideo en comisión. Ese día era esperado allí el batallón 8.º de guardias nacionales, que mandaba el doctor Luis Melián Lafinur.

En la siguiente forma quedó constituído en cuadro de jefes y oficiales de la escolta del señor Rufino T. Dominguez:

1er. jefe, coronel don Francisco Latapie; 2.º jefe, sargento mayor don Alberto Bahamonde; tenientes, don Pantaleón Méndez, don Wenceslao Acosta y don Teófilo Núñez; alférez, don Manuel Ocampo.

Armamento apresado

Comunicaciones oficiales hicieron saber á principios de Marzo que en Concordia había sido detenido un vapor sospechado de conducir armamento para los insurrectos, y que debía ser pasado de un momento á otro á nuestro territorio.

Revisada la carga, se encontraron entre ella grandes cajones que fueron secuestrados. Los cajones contenían 72.000 tiros y dinamita.—El vapor que los conducía era el *Paulista* y había sido embargado á pedido del coronel Córdoba.

Esta munición era sin duda parte de la que pensaba recibir Aparicio Saravia en su gira por el litoral.

El gobierno recibió la siguiente comunicación:

«Comunico á V. E. para los efectos convenientes, que á pedido de esta comandancia militar, por intermedio del jefe político de Concordia, han sido detenidos por la subprefectura treinta y dos cajones manifestados como útiles de ferretería que estaban á bordo del vapor *Paulista,* traídos de Buenos Aires y consignados á Leopoldo Pereira.

En conocimiento esta comandancia que dichos cajones contenían elementos bélicos solicitó al jefe político de Concordia la detención de dicha encomienda, para lo cual el señor coronel Córdoba dirigióse por escrito á dicha autoridad argentina, obteniendo la siguiente respuesta:—«Impuesto de su favorecida de fecha de hoy, cúmpleme manifestarle que los bultos referidos han sido embarga-

dos y puede tener la seguridad que el ilustre desconocido Leopoldo Pereira, no se presentará á reclamarlos. Quedo siempre á sus órdenes. — *José Bóglich*».

Según informes obtenidos, dichos cajones contienen municiones, explosivos y dinamita.

A pesar de que los cajones embargados no pueden desaparecer, he hecho solicitar que el subprefecto, comunique el hecho al prefecto general de puertos en Buenos Aires, para que ordene la remisión á dicho punto.

No ocurre otra novedad. — *Domínguez*. — Salto, Marzo 1.° de 1904.»

El Día, refiriéndose á esa nota del coronel Domínguez, dijo:

«Casi no es necesario hacer notar la importancia que reviste el apresamiento de que se instruye. La pérdida de 72.000 tiros para un ejército que va sin municiones es peor que la pérdida de una batalla.

«El hecho sirve, además, para poner de manifiesto ante el país, que la neutralidad argentina es realmente efectiva y que debe contarse con ella como un factor importante para la pronta destrucción de las hordas de Saravia.»

Lo más curioso es que, más tarde el cargamento del *Paulista* desapareció de las aduanas entrerrianas, suponiéndose que fuera á poder de los revolucionarios.

Líneas férreas y telegráficas

Por algún tiempo no pudo funcionar el servicio de trenes de Paysandú al Río Negro, porque los desperfectos hechos en el puente de Guayabos resultaron de bastante importancia, requiriendo tiempo y materiales que allí no los hay, para dejarlo en las condiciones de antes. — Recién á fines de Marzo pudo comenzarse la reparación provisoría de los puentes entre Paysandú y Salto y entre Salto y San Eugenio, que habían sido destrozados por las fuerzas revolucionarias.

El 10 de Marzo salió para el litoral el subinspector técnico del Telégrafo Nacional, ingeniero Florencio G. Ponce. Su viaje se relacionaba con el restablecimiento de las líneas telegráficas de aquella zona, que en gran parte habían sido destrozadas por los insurrectos.

Era propósito del señor Ponce restablecer las líneas nacionales, cosa no muy fácil si se tiene en cuenta el estado anormal en que se hallaba el país, pues se luchaba con toda clase de dificultades para conseguir personal idóneo.

El otro inspector, señor Predari, se encontraba ya disponiendo con toda actividad el restablecimiento de las líneas y oficinas de una zona del oeste.

El Día dedicó á los referidos inspectores los siguientes conceptos elogiosos:

«La actividad desplegada por los señores inspectores del Telégrafo Nacional, ingenieros Predari y Ponce, en el desempeño de sus cargos, es digna de ser mencionada y prueba que se tiene en ellos dos buenos colaboradores para la obra de la pronta tranquilización del país en la que el gobierno se encuentra seriamente empeñado.»

Capítulo VII

POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN DURANTE EL MES DE MARZO

SUMARIO: Primer aniversario de gobierno. — Silueta del señor Batlle. — Votos personales. — Persecución á "La Prensa". — Situación del país. — La impresión presidencial. — Indulto en la Colonia. — Varias prisiones. — La teoría del pucho. — Una carta de Cané. — Anónimos. — El Club Garibaldi. — Nacionalidades. — La Bolsa. — Un artículo de "El Siglo". — Más reclamaciones. — Los italianos en el Uruguay. — Neutralidad brasileña. — El armamento del "Paulista". — Captura del vapor "Toro". — Renovación legislativa. — Fallecimiento del doctor Dufort y Álvarez. — El coronel Gregorio Lamas. — El coronel José Visillac. — El doctor Alfonso Lamas. — Emigrados orientales. — Medidas administrativas. — Medidas militares. — Por los heridos. — Los trabajos de pacificación. — La opinión del general Roca. — Llegada de los señores Romero y Bourel. — La nota de la Comisión Argentina. — Continúan las gestiones de paz. — El manifiesto legislativo. — La nota presidencial. — Impresiones contradictorias. — La impresión de los delegados. — El fracaso de las gestiones. — Un artículo del doctor Durá. — Menudencias. — Consecuencias de la guerra.

En medio al estruendo de los combates cumplió el 1.° de Marzo su primer año de gobierno el presidente de la República. *La Nación* bonaerense dedicó con ese motivo un artículo editorial á la guerra civil uruguaya, diciendo entre otras cosas lo siguiente:

Primer aniversario de gobierno

« Los efectos de la guerra son cada vez más desastrosos. Es fácil imaginarse en qué situación se encuentran los agricultores y ganaderos del país.

» Y lo peor no son todavía las pérdidas materiales, la substracción violenta de los bienes, sino las venganzas, las represalias, los arrebatos de cólera ó los caprichos crueles y sanguinarios en que á veces se entretienen las fuerzas cuando no están bajo la inmediata vigilancia de los jefes superiores.

» De vez en cuando se hacen vislumbrar esperanzas de paz, pero mucho es de temer que no lleguen á confirmarse.

. . . .

. . . .

. . . .

» Ayer cumplió el primer año de gobierno del señor Batlle. No pretendemos hacer á él responsable del cambio que ha sobrevenido; pero ¡cuán sensible es que ese primer aniversario no haya podido celebrarse tranquilamente, en medio de la prosperidad económica y financiera de la República!

» Hagamos un voto para que el patriotismo inspire á los miembros de la familia uruguaya á fin de inducirlos á encontrar los medios de restablecer perdurablemente la paz, salvando todos los obstáculos que se oponen á ello. »

Por su parte *El Diario* de Buenos Aires publicaba la siguiente «machietta» del señor Batlle y Ordóñez, firmada por el señor Arturo Jiménez Pastor, con motivo de cumplir el primer aniversario de su exaltación al poder:

Silueta del señor Batlle

«Grandote, pesado de movimientos, tardo y displicente en el hablar, el gesto un tanto adormilado, los rasgos gruesos, todo él acusa la sólida apacibilidad, el manso aplomo de un temperamento fuerte y tranquilo sobre el que descansa, como en inconmovible alvéolo, un espíritu refractario á veleidades imprevistas, asentado y reflexivo, más por tendencia natural que por sistema ó propósito. Es, no obstante, apasionado, pero su apasionamiento es el de sus convicciones, arraigadas siempre con fuerza, casi con encarnizamiento en lo hondo de su sér. De aquí otra característica: la obstinación. Batlle es obstinado como todos los hombres en quienes la convicción se encarna hasta identificarse con el sentimiento: cree con fe sincera y se entrega todo á sus convicciones, sosteniéndolas con una tenacidad resistente, porfiada, que niega á su carácter la flexibilidad de movimientos tan necesaria al hombre de estado en ciertas ocasiones y el tacto indispensable á quien tiene por principales enemigos las susceptibilidades de un pueblo demasiado altivo. Cuando habla, á través de la monótona displicencia en el decir, se advierte la persistente acción del pensamiento de antemano adoptado como conclusión que puja y puja decidido á mantenerse alerta contra todos los ataques de la dialéctica contraria.

» En su mesa de periodista, ante las cuartillas, Batlle descubre un temperamento, sino más ágil, más vibrante que el que descubren el gesto, la palabra y la mirada. El rasgo normal en sus escritos es la afirmación terminante, sólida, animada por el calor de una leal franqueza y por la confianza de que su palabra no será puesta en duda; esta es la nota saliente de sus discursos de presidente agasajado, cuando el viaje á Paysandú y Salto le presentó ocasión de mostrarse ingenuamente satisfecho, declarándose con simpática sinceridad contento de ver cumplidas sus ambiciones políticas, orgulloso del éxito de su propio esfuerzo de hombre de lucha en campo abierto. Pero cuando lo arrebata la polémica, la misma fuerza de convicción que lo ha llevado al debate lo impulsa á los extremos y va hasta el fin con tenaz empeño de no ceder una línea al adversario; nada lo detiene y dice lo que tiene que decir, sin perdonar golpe. Su defensa de Arredondo á raíz de la muerte de Idiarte Borda, y su campaña contra el general Estevan, son buenos ejemplos de ello.

» Es que en el fondo es entusiasta y caluroso con cierta levadura infantil en algunos momentos, que lo lleva á acoger y prestigiar con seria cooperación ideales ó iniciativas que á otros hacen sonreir escépticamente. Pero esto es calor latente, que no irradia á través de su exterior apático y un tanto hostil; no tiene el don de simpatía expansiva; expresa poco; le falta en absoluto la luz de la sonrisa. Deficiencias todas de hombre grande, privado de esa flexibilidad en los movimientos que es en sí misma una elocuencia; de esa movilidad del gesto y de esa intensidad de la mirada que reflejan todos los estados afectivos y establecen desde luego comunicación simpática aun entre caracteres divergentes ó antagónicos.

» Pero si no es halagador, es buenamente deferente y buenamente afectuoso, todo á su modo y todo buenamente, porque es bueno, y este fondo de bondad pesada á fuer de honda ha conservado al presidente uruguayo, como una expresión ó fórmula de esa bondad que se manifiesta principalmente por la belleza, el sobrenombre familiar con que lo designan sus gobernados: allá, hablando del presidente de la República, se dice sencillamente: Pepe ó don Pepe.

» El personalismo que se le suele reprochar es en su mayor parte un fenómeno afectivo; la decidida consecuencia á sus amigos es, más que consecuencia, cariño que se complace en sí mismo. Por la misma razón le cuesta tanto ampliar su círculo; su círculo lo forman las personas á quienes él quiere, y ampliarlo importa forzar sus sentimientos buscando algunas más á quienes querer, á violentarlos incluyendo en el grupo personas á quienes no ha entregado su amistad íntima.

» Su llaneza lo llevó á la bohemia, pero el cargo público lo ha reducido á la compostura indispensable de la expectabilidad.

» Se le considera hombre de indiscutible valor personal (cosa muy importante en tierra de belicosos); sin negarlo, establezcamos, no obstante, que ese valor es principalmente pasivo, con ciertos rasgos de fatalismo. Si á Batlle se le dice que al pasar tal boca calle va á ser víctima segura del revólver de un enemigo, Batlle se encoge de hombros y se encamina al sitio, sin variar su paso calado de hombre muy grande, y pasa; pero es posible que le costara gran violencia tomar la iniciativa de una provocación.

» ¿Algo más, todavía? Es aficionado á la ópera, su favorita es «Mefistófeles» y no oculta que le gustan las pruebas y el circo.»

Con motivo de su partida para Europa, el senador Juan Gil dirigió al presidente de la República la siguiente tarjeta:

Votos personales

« Juan Gil, senador por Maldonado, al embarcarse para Europa, se despide de su estimado amigo el señor presidente de la República, ciudadano don José Batlle y Ordóñez, deseándole la mayor felicidad personal y política, y haciendo votos por que concluya de realizar cumplidamente la misión que parece haberle deparado el actual momento histórico, de extirpar subversiones y corruptelas y de afianzar definitivamente el imperio de las instituciones en toda su amplitud sin limitaciones ni reatos, único medio de darle al país paz estable y fecunda, de asegurar á los ciudadanos el goce tranquilo de sus derechos y dignidad y de prepararle á la República días de grandeza y esplendor. — S/c., Marzo 7 de 1904.»

Á su vez el señor Eduardo Acevedo Díaz, ministro oriental en Norte América y Méjico, remitió al primer magistrado una tarjeta postal que contenía un hermoso retrato de Wáshington y que llevaba en el texto lo siguiente:

« 1903-1904. — Saluda á su distinguido amigo el señor presidente de la República, don José Batlle y Ordóñez, y le ruega no descuide su alteza de alma en las horas tristes de la patria! — Wáshington, 11 de Enero de 1904.»

Con motivo de la evidente parcialidad con que *La Prensa* bonaerense encaraba los asuntos revolucionarios, adoptáronse medidas para impedir que pasaran de contrabando los ejemplares de ese diario. En los muelles y resguardo se les quitaban los números á los pasajeros y empleados que bajaban á tierra con ellos. — En el correo se quitaban las fajas á los paquetes para decomisarlos.

Persecución á "La Prensa"

Así, pues, perdían su tiempo y su dinero las personas que dentro de diarios ingleses, franceses é italianos mandaban ejemplares de *La Prensa* creyendo que por este medio llegarían á poder del destinatario.

Un corresponsal del diario perseguido le escribía desde Montevideo:

« Conste que el correo de la República Oriental del Uruguay persigue con ensañamiento á *La Prensa* por el enorme delito de publicar informaciones que

contrarían al gobierno del señor Batlle, cuyo señor fustigaba acerbamente á Santos, Borda y otros por violar el sagrado secreto de la correspondencia.

» Para que no se ponga en duda lo que aquí afirmo, desafío á que se me cite un solo nombre de persona que reciba *La Prensa* por intermedio del correo uruguayo. »

El oficial Laguisquet, de la policía de investigaciones, procedió el 24 de Marzo al arresto de un joven que llevaba en el bolsillo del saco algunos ejemplares de *La Prensa.*

El arresto se verificó en el muelle de pasajeros, poco después de la llegada del vapor fluvial procedente de Buenos Aires.

La víctima de esta medida policial fué llevada á la jefatura de policía.

Los capitanes de los vapores fluviales fueron notificados de que les estaba severamente prohibido traer, bajo ningún pretexto, números del diario incluído en el *Índice.*

Á su vez los capitanes de aquellos vapores comunicaron á los camareros y demás personal de á bordo que no debían prestarse á traer números de *La Prensa,* bajo pena de ser despedidos en cuanto se les descubriera.

Situación del país

La situación de la República se hacía cada vez más difícil á mediados de Marzo: las fuentes de riqueza principales sufrían enormemente las consecuencias directas de la guerra, entorpeciendo casi por completo la circulación de capitales, el desarrollo de las industrias y aun las propias iniciativas personales del trabajo.

El Banco de la República permanecía impasible ante el desastre económico que acompañaba con la guerra, inevitable é irremediable, sin tener para nada en cuenta las necesidades perentorias de un número crecido de trabajadores que no podían luchar contra la crisis consiguiente á la situación violenta del país.

Reproducíanse con alarmante frecuencia en Montevideo casos de suspensiones de pagos de parte de casas fuertes y acreditadas, que se veían en la disyuntiva dolorosa de pedir moratorias ó de entregar las existencias á los acreedores.

Y si esto sucedía con casas fuertes de Montevideo, ¿qué no sucedería, en escala mayor, con las casas de escaso capital de la misma plaza, con esa red inmensa de pequeños comerciantes y de pequeños industriales que se extienden por los departamentos de campaña?

La opinión pública se mostraba contrariada por la prolongación de la guerra civil; hasta las clases conservadoras, tan prudentes y circunspectas, — viendo que nada se hacía para aliviar los enormes daños que la situación acarreaba, que ni el Banco del Estado concedía facilidades, ni el gobierno pensaba en dictar una ley de moratoria general, — no disimulaban ya su pesimismo y se mostraban escépticas y desconfiadas.

La propaganda adversa á la paz causaba pésima impresión. Decíase en la Bolsa que era necesario no dejarse engañar por las noticias optimistas que salían de los círculos gubernistas, y que para no embarcarse en peligrosas aventuras era prudente jugar á la baja, pues la situación era pésima y el porvenir muy obscuro y dudoso.

Para hacerse una idea de la pasión con que ciertos elementos encaraban los problemas vitales del país, basta leer lo que decía uno de los órganos de la prensa de esta capital:

« Ya deben haberse convencido los señores comisionados argentinos de que el

gobierno del señor Batlle y Ordóñez no entrará en transacciones burocráticas con la insurrección. Toda medida que se adopte, relativa á nombramientos de comisiones intermediarias, resultará inútil, absolutamente inútil, rematada por el más doloroso de los fracasos. Nuestro gobierno no designará personas para discutir bases de paz efímera y acomodaticia. Lo único que hará es oir proposiciones de sometimiento, de incondicional deposición de las armas alzadas contra las instituciones y la legalidad. Y para oir esas ofertas no necesita intermediarios oficiales. El señor Batlle y Ordóñez es suficiente mandatario de la Nación.»

El enviado especial de un diario argentino celebró con el señor Batlle y Ordóñez una entrevista, de la cual dió cuenta en el interesante reportaje que en seguida transcribimos, y que revela la impresión que en el ánimo presidencial causaba la situación del país:

La impresión presidencial

«Hablábamos en el salón del piso bajo de la casa del señor Batlle y Ordóñez, que da á la calle 18 de Julio, con el señor Román Freire, secretario particular del presidente uruguayo, una de las personas que, por sus distinguidas prendas personales y su afable trato, acredita el acierto del señor Batlle en la elección de sus auxiliares inmediatos. En una mesa, el general Vázquez, ministro de la guerra, calzados los lentes y erizando con una frecuente contracción de la boca su blanco bigote militar, leía un telegrama. Algunos diputados paseaban de arriba abajo el amplio patio, conversando discretamente; en una de las puertas formaban grupo el señor Antonio M. Rodríguez, presidente de la Cámara de Representantes, el doctor Pedro Figari, uno de los amigos íntimos de Batlle y el doctor Serapio del Castillo, miembro de la comisión honoraria de la intendencia de guerra. El doctor José Romeu, ministro de relaciones exteriores, representante en el gobierno de la minoría nacionalista, dejaba ver en otro ángulo su placentera sonrisa de ministro satisfecho, y el secretario de Fomento, ingeniero Serrato, aparecía de cuando en cuando, atareado, deslizando su delgada silueta entre una y otra pieza. En el fondo del patio un grupo de edecanes silenciosos, y aquí y allá algunas personas que esperaban. Sobre todos pesaba una tranquila atmósfera de discreta preocupación; se hacía silencio alrededor de *alguien* que trabajaba.

«Tenía curiosidad de volver á ver al señor Batlle y Ordóñez. Siempre interesa observar una frente tras la cual se amontonan grandes inquietudes y trascendentales responsabilidades. Por lo demás, me lo habían descripto físicamente deprimido por el exceso de trabajo, víctima dolorosa de un pesado drama.

«De pronto los edecanes se irguieron, tendiendo maquinalmente á la actitud del «¡firmes!» militar; todos los demás volvieron á una la vista. Batlle cruzaba el patio dando el último vistazo á una nota que llevaba en la mano, y se detenía luego, dirigiéndose al grupo de los doctores Figari y Rodríguez. Cruzó con ellos algunas palabras, quizá una pregunta, y después, acompañándose del primero de aquellos señores, comenzó á pasear el patio de extremo á extremo.

«Ninguna variante en su físico, á no ser la ausencia de la barba, que empezaba á crecer de nuevo; el mismo paso firme y pesado, la misma actitud desmadejada de su gran corpachón de hombre fuerte y displicente que un traje de jacquet gris rejuvenecía un tanto; la misma tranquila apatía en la expresión de la cara, un poco vulgar y caída de la nariz abajo, rectificada por una simpática y serena nobleza de característica de los ojos y la frente. No aparecía, ciertamente, deprimido; por el contrario, transmitía una sólida sensación de firmeza y confianza.

«Se oyeron á lo lejos clarines y tambores; se acercaba un batallón que iba sin duda á desfilar frente á la casa presidencial.

«El señor Batlle y Ordóñez, sin apresuramiento, desvaneciendo, sin cortarlo, el diálogo con el doctor Figari, dirigióse hacia el salón que da á la calle 18 de Julio. El señor Freire aprovechó la entrada del presidente á aquella pieza para señalarme á su atención; me saludó extendiéndome afablemente la mano como á un antiguo conocido, y cruzamos las primeras palabras de introducción.

«La charanga del cuerpo de guardias nacionales iba á enfrentar el balconcillo, abierto de par en par.

—«Después conversaremos—me dijo llanamente *Don Pepe* al advertir un movimiento mío que le facilitaba la suspensión del diálogo, y se dirigió al balconcillo.

«Los clarines y tambores atronaron un momento; el 7.º de guardias nacionales desfilaba correctamente calle 18 de Julio abajo, terciados los viejos ponchos sobre el pecho de los jóvenes soldados, orgullosos de la mirada presidencial, que les transmitía su confianza en la acción de todos. Cuando la última compañía había desfilado, el presidente dirigió una larga mirada de conjunto al batallón en marcha, y, volviéndose á mí, me dijo:

—«¿Quiere pasar?

«Se encendían las luces cuando, sentado él á la mesa-escritorio de un pequeño despacho y yo al frente, comenzó nuestra entrevista.

«Las esperanzas del presidente sobre el término de la guerra eran el tema obligado de iniciación.

—«Creo, sí,—dijo comunicando á su decir reposado y manso, claro acento de convicción,—creo en la pronta terminación de la guerra, que es decir en la pronta conquista de la unidad nacional, porque realmente el triunfo de las armas legales significa eso: el definitivo cese de un estado de cosas que constituía á Cerro Largo y otros departamentos en fracciones autónomas dentro del organismo político nacional.

«Esta ha sido, verdaderamente, una campaña de velocidad; la superioridad de fuerzas y de elementos ha podido hasta ahora neutralizarse con el número de caballos. Pero el invierno va á compensar la única ventaja de la revolución en su primer período. El frío agotará las últimas fuerzas de esos caballos castigados por terribles marchas, y difícilmente podrá Saravia reponerlos. Yo mismo he hecho subir, de intento, el precio de los caballos; y como los revolucionarios no disponen de los medios de adquisición de que dispone el gobierno, como es natural, aun en el caso de comprar, siempre serán pocos los animales que puedan adquirir. Ahora mismo, yo no sé con toda certeza, pero es posible que Saravia no se haya movido de Rivera por falta de caballos: el terreno allí es muy duro y eso ha de haber contribuído á la escasez.

«Por otra parte, los batallones de guardias nacionales son hoy verdaderos batallones de línea; para muchos la misma campaña ha sido una gran escuela; los demás tiran al blanco diariamente, aquí y donde es posible el ejercicio; en Artigas, por ejemplo, lo hacen también; á toda fuerza que pasa la detengo lo que es posible y la hago tirar al blanco. Tengo destinado á ese ejercicio un millón de tiros viejos. Y creo que un ejército de treinta y seis mil hombres....

—«¿Treinta y seis mil hombres tiene el gobierno?

—«Podría decir cuarenta mil, pero para no aumentar nada, ya que la precisión absoluta es difícil en estos casos, digamos treinta y seis mil. Un ejército de treinta y seis mil hombres ya constituye una superioridad seria sobre uno de

nueve mil, porque en mi concepto Saravia no tiene más, aunque se le atribuyen doce mil y quince mil. Yo creo que no tiene más de nueve mil.

«Afirmaba sin ardor, sin apasionamiento, seguro, evidentemente, de que decía la verdad según él la conocía.

—«Hay que agregar á esto—continuó—la superioridad de armamento. He adquirido un fusil norteamericano, sistema rémington, que se puede cargar indistintamente con munición de mauser y que lleva al mauser la gran ventaja de ser ligero, sencillo, de fácil manejo y durable como el rémington; el mecanismo simple y fuerte soporta la humedad sin riesgos. Los soldados están contentísimos con él. Pues bien: este fusil, de largo alcance como el mauser, da tiro seguro, infalible, á seiscientos ó mil metros. En cambio, las armas de los revolucionarios, como es sabido, no son de alcance; de modo que si en vez de precipitarse los soldados del ejército del general Muniz, llevados del ardor de la pelea y del afán de dispersar con el choque las fuerzas de Saravia, hubieran hecho fuego á distancia, el gobierno no hubiera tenido una sola baja, quizá, en Paso del Parque; las balas enemigas no los hubieran alcanzado. Creo, pues, poder asegurar que la superioridad del número, del armamento y de los medios de hacer la guerra, me garanten la victoria en breve plazo, y por eso confío en la próxima terminación de la guerra.

—«Una pregunta, señor presidente: ¿No es de temerse que, aun derrotada en uno ó varios encuentros la revolución, pueda Saravia con doscientos hombres por aquí, trescientos por allá, etc., mantener el país en estado de guerra por largo tiempo?

—«No; porque si él fracciona su gente, yo fracciono mi ejército; si él fracciona ocho ó nueve mil hombres, yo fracciono treinta y seis mil.

«En toda esta conversación, sostenida con voz igual, tranquila, casi melancólicamente, aunque firme, como si la visión de la guerra civil, siempre dolorosa, quitara halago á las esperanzas de triunfo, no advertí en el lenguaje del presidente un solo giro que denunciara agravio hondo, rencor ó pasión intensa. No empleó una sola vez, hablando de Saravia, cualquier fórmula despreciativa, ni usó el vocablo «insurrectos» hablando de los revolucionarios.»

El gobierno resolvió conceder indulto á aquellos que, habiendo tomado las armas contra los poderes constituídos, quisieran acogerse á él en aquel departamento.

Indulto en la Colonia

He aquí el documento que se hizo público:

«La comandancia militar del departamento de Colonia hace saber: que siendo innumerables las solicitudes que diariamente efectúan vecinos respetables y caracterizados de este departamento, cuyas promesas merecen entera fe, ofreciendo que elementos alzados en armas contra el gobierno constituído las depondrán mediante el indulto para regresar á sus hogares, no tomando nuevamente aquéllas;

Que siendo norma invariable de conducta en el gobierno tutelar los derechos á todos los ciudadanos, garantiéndoles su vida y propiedades, y con el fin de tomar una medida de carácter general en el departamento, el comandante militar que subscribe, completamente autorizado por el excelentísimo señor presidente de la república.

Ha resuelto: indultar á todo ciudadano que con las armas en la mano ha contribuído dentro del departamento á insurreccionar el país, si se presentase dentro del término de veinte días, á contar desde esta fecha, á esta comandancia ó

á los señores jefes de plaza, deponiendo aquéllas y prometiendo no volverlas á tomar.

Vencido este término, los que no se hubieren acogido al indulto ofrecido serán aprehendidos y puestos á disposición del superior gobierno.

Los señores jefes de plaza quedan autorizados para conceder el indulto á todos y cada uno de los ciudadanos sublevados que, amparándose en estas prescripciones, se les presenten deponiendo las armas y se comprometan al fiel cumplimiento de ellas. — Colonia, Marzo 26 de 1904. — *Américo Pedragosa.* »

En conocimiento de esta publicación se presentaron en el Carmelo al capitán Filisberto Isbarbo once ciudadanos que fueron inmediatamente indultados.

Varias prisiones

Á fines de Marzo fueron presas dos personas al desembarcar del vapor brasileño *Desterro*, inculpadas de ser agentes de los revolucionarios. Eran españoles, muy jóvenes, y procedían de Santa Anna do Livramento.

Del sumario que se instruyó con motivo de su prisión, resultó que aquéllos desembarcaron con otros 24 pasajeros procedentes de Río Grande en su mayoría, y que al revisárseles el equipaje se descubrió que en medio de dos bultos de ropas sucias pertenecientes había grandes montones de cartas, abiertas unas y cerradas otras. Esas cartas venían destinadas á personas que se habían distinguido por sus simpatías á la causa de la revolución, y muchas de las cuales tenían á miembros de sus familias en las filas del ejército de Saravia.

Los detenidos manifestaron que trabajaban en un saladero de la frontera y que al saber que ellos venían á Montevideo, muchos de los que militaban en las filas del ejército revolucionario les dieron cartas para que las entregaran personalmente á sus familias, residentes en Montevideo.

Los supuestos agentes se llamaban José Conda y Antonio Villamonte.

Por igual causa fué preso Ramón Forcella, llegado de Buenos Aires. Como los anteriores, fué encerrado en la jefatura, incomunicado y sometido á juez.

Los ciudadanos Juan Caque y José Rodríguez fueron también aprehendidos por haberse comprobado que eran agentes revolucionarios y mantenían relaciones con el jefe nacionalista Carmelo Cabrera. Se les acusaba de haber favorecido la fuga de individuos que habían ido á incorporarse al ejército de Saravia.

La teoría del "pucho"

Diario Nuevo, — órgano colorado *á outrance*, — publicó un sintomático editorial reprochando al gobierno lo que llamaba *la teoría del pucho*, por lo que se refería á la guerra.

« Imaginémonos — decía — una teoría cualquiera sobre la forma de poner término radicalmente, á una revolución fuerte en nuestro país, y siempre será necesario tomar por base la acción rápida, incesante, sin treguas, del ejército institucional. Las fuerzas legales, para vencer de inmediato, tienen que superar á los revolucionarios en velocidad y audacia. »

Establecido esto, el diario colorado batllista proseguía criticando al gobierno por su proceder para con el ejército y decía entre otras cosas muy significativas en aquellos momentos de grande expectativa:

«El soldado gubernista es, y debe ser, superior en todo. Por eso no debe carecer de nada. La sociedad, que paga impuestos, lo arma en su defensa y debe armarlo sin tacañerías, con arreglo á la misión que le encomienda, entendiendo que un mayor gasto, hecho oportunamente y con inteligencia, dará como seguro

rendimiento el abreviar el plazo de la guerra y afirmar el éxito; mientras que el gasto *á puchos*, multiplicado sin eficiencia, malogrará las oportunidades, prolongará la guerra y causará el aburrimiento y la miseria entre los que pagan impuestos á metálico y los que dan el tributo de su sangre ó de su vida.

«Antes de crear los regimientos ó las divisiones, debe prepararse lo que esos regimientos ó divisiones van á consumir: el uniforme, el equipo, el caballo, la munición, el material de movilidad, etc. Si hay razones urgentes, la operación debe ser simultánea. En último caso, la confección del equipo y el depósito de caballadas deben seguir con rapidez y superabundancia á la formación del ejército. Cuando se acepta la guerra, debe entenderse lo que es la guerra y se debe calcular al mismo tiempo lo que ella exige y devora.

«La República Argentina gastó quince millones de pesos en los tres días que duró su última revolución. Lo que aquel país ha ganado con ese derrame de quince millones en tres días, sólo puede calcularse viendo de cerca los progresos alcanzados en catorce años de paz!

«Es absurdo pretender que los partidarios de la autoridad salgan hoy á sofocar rebeliones sin un peso en el bolsillo, sin caballos, sin equipos, sin más elementos que el fusil moderno y el cargador de repetición, á pretexto de que caballos y vacas hay en el campo, pudiendo vivir, además, los delicados de estómago, de la caza y de la pesca!

«Felizmente esta teoría del *pucho*, inoculada por un ministerio de *bric-à-brac,* no ha llegado á tan lamentables extremos, y si persistiera, tendría que ceder al empuje de la sana razón, cuando los propios conservadores, héroes del *vintén,* se convencieran de que su ruina está en la perpetuación de ese sistema colonial, sistema que paraliza los ejércitos, que retarda la acción de la justicia, que da tiempo á los revoltosos para reponerse de sus desastres, que alienta á los enemigos de la ley y hasta neutralizaría el entusiasmo de los sostenedores de la más noble causa.»

Diario Nuevo terminaba su artículo diciendo:

«Sería imposible organizar una acción militar rápida, decisiva y de resultados inmediatos, si se sometiese ese programa á las vacilaciones, cavilosidades y escrúpulos de un criterio anticuado.»

El doctor Miguel Cané, distinguido hombre público argentino, escribió una carta al doctor José Pedro Ramírez apreciando la situación de la República Oriental, por la que el doctor Cané tiene el mayor cariño.

Una carta de Cané

En la carta de la referencia decía el doctor Cané que las manifestaciones de la opinión argentina demostraban que allí el ochenta por ciento de los habitantes eran antirrevolucionarios. El distinguido escritor se extendía después en consideraciones generales sobre la situación política, y terminaba ofreciendo su concurso para toda tratativa de paz seria y eficaz que se iniciara.

Una de las características de este período de la guerra fué la cantidad de anónimos que la correspondencia diaria llevaba á manos del presidente de la república, ó mejor dicho, á manos de sus secretarios. Había gente que daba tan pueril desahogo á sus rencores partidistas, en epístolas iracundas, sarcásticas ó insultantes. Llovían amenazas é invectivas, vaticinios de muerte próxima, y cuantos recursos semejantes acostumbra emplear la cobardía del que arroja la piedra y esconde la mano. Los que usaban ese me-

Anónimos

dio no conocían, sin duda, el carácter del señor Batlle y Ordóñez, pues de conocerlo, habrían sabido que no es precisamente la amenaza el procedimiento más eficaz para motivar en él un cambio de conducta. Según *La Prensa* bonaerense, uno de los anónimos que recibió el presidente decía tan sólo, con lúgubre elocuencia: « *Te espero? — Juan Idiarte Borda* ».... Puede decirse en esta ocasión que *se non e vero.... nemmeno e ben trovato....*

Á mediados de Marzo procuróse constituir en la capital un centro de política partidaria denominado « Club de solidaridad colorada General José Garibaldi ».

El Club "Garibaldi"

Esta nueva asociación política ítalo uruguaya debía reincidir en el propósito de organizar una legión italiana cuya comandancia sería ofrecida al señor Juan Deambrosis, miembro de la junta administrativa de guerra.

Pero los residentes italianos acogieron mal la iniciativa y entre ellos se activó la propaganda de protesta por la formación del batallón de voluntarios.

Por orden superior fueron puestos en libertad el 25 de Marzo los comandantes nacionalistas José Britos y Floro Cibils, mayor Manuel Derquin y capitán Adolfo García, que se hallaban detenidos en la isla de Flores desde el mes de Enero.

Nacionalismo

La minoría nacionalista continuaba reuniéndose, pero no había logrado formar agrupación. La masa del partido hacía cada vez el mayor vacío á su alrededor. De resultas de ese fracaso surgieron disidencias en el seno del comité. Según los diarios bonaerenses, (únicos que podían ocuparse de estos asuntos) « después de un violento altercado entre el doctor Duvimioso Terra y el señor Paseyro, miembros ambos de la minoría nacionalista, el primero de esos señores quedó completamente desligado de la fracción política á que pertenecía y que apoyaba al presidente Batlle ». Este suceso tuvo alguna resonancia, pues se tramitó un duelo, pero felizmente los padrinos pudieron arreglar el asunto de una manera decorosa y pacífica.

Mientras tanto, el directorio nacionalista residente en Buenos Aires había nombrado una comisión de propaganda, que debía ocuparse de dar informaciones á los diarios, de rectificar los hechos falsos ó exagerados que se dieran á la publicidad y de fomentar toda publicación que tendiese á los fines que perseguía la revolución.

Presidía la comisión el doctor Francisco H. López, y figuraba como secretario de ella el señor Constancio C. Vigil, ex director de *La Prensa* de Montevideo.

Mientras duró la guerra las liquidaciones de fin de mes en la Bolsa no tuvieron interés alguno.

La Bolsa

Los que especulaban en valores bursátiles se limitaban á operar de modo de no exponerse á perder grandes cantidades. Por lo tanto, no las ganaban tampoco.

Las transacciones se hacían muchas veces comprando á primera hora, para en seguida vender á segunda, siempre que hubiera una mísera utilidad de diez centésimos; lo que en términos corrientes se llamaba *trabajar para el puchero.*

Muy escasas eran las operaciones de un mes para otro, pues en general se hacían en brevísimo plazo al contado para el día siguiente. — La liquidación de Marzo no ofreció la mínima contrariedad. — La rueda, que tuvo escaso número de corredores, apenas duró cinco minutos y no se hizo operación alguna.

El Siglo, diario que se había distinguido siempre por sus condescendencias para con el señor Batlle, decía editorialmente lo siguiente el 20 de Marzo:

Un artículo de "El Siglo"

«.... El problema nacional no consiste en derrotar á Aparicio; pero sí en desarmar al partido que acaudilla.

La guerra es, sin duda, el medio más simplista para llegar á ese fin. Dícese que muerto el perro se acabó la rabia; pero no se repara que en este caso el perro es una fracción del país que mantiene en armas, según estimación del señor presidente de la república, un ejército de nueve mil hombres.

Los treinta y seis mil soldados que tiene el gobierno en campaña no han conseguido en tres meses de guerra dispersar aquellas huestes; pero no cabe duda que á la larga lo conseguirán,.... sobre todo si se confía en los fríos del invierno.

¿Pero ese triunfo militar asegurará una paz estable, fecunda, compensadora de los grandes sacrificios de sangre y de la ruina momentánea en que la guerra sume á las únicas fuentes de la producción nacional?

¿El partido vencido se resignará á su suerte y emprenderá el camino de la evolución pacífica, desistiendo para siempre de intentar el de la guerra?

La experiencia nos enseña lo contrario.

Si el problema y los factores siguen siendo los mismos, es lógico suponer que la resultante sea siempre idéntica.»

La Agencia Havas comunicó desde Buenos Aires con fecha 3 de Marzo:

Más reclamaciones

«*La Prensa,* refiriéndose al asesinato de dos sujetos argentinos en Santa Rosa, exhorta al ministro de relaciones exteriores, doctor Terry, á perseverar en su reclamación hasta obtener plena satisfacción del ultraje inferido á la República Argentina.»

El Ministro de Relaciones Exteriores de la vecina República Argentina recibió, después de reiterados telegramas, noticias que ponían en claro el suceso de los degollados de Santa Rosa.

El comisario de Monte Caseros, por intermedio del cónsul argentino, envió una nota al doctor Terry, diciéndole que de las investigaciones practicadas resultaba que los individuos asesinados no eran argentinos.

El mismo doctor Terry recibió á mediados de Marzo nuevos detalles respecto de los sucesos de Nico Pérez, en que aparecían como degollados tres ciudadanos argentinos.

Esta denuncia fué desautorizada oficialmente y se informó á la cancillería amiga que había sido muerto un ciudadano argentino que fué tomado levantado en armas en favor de los revolucionarios.

Según los nuevos informes, el ciudadano argentino se llamaba Saturnino Verdón, pariente del brasileño de nombre Moceda, que fué asesinado en Santa Rosa.

Agregaba la información recibida por el doctor Terry que entre los revolucionarios figuraban varios ciudadanos argentinos enganchados, que cayeron en poder del gobierno y luego fueron puestos en libertad.

En el pueblo de Colón (Entre Ríos) se encontraba sin poder regresar á la República Oriental, donde residía, el señor Adolfo Vázquez Gómez.

Según manifestaba, no podía volver á Paysandú debido á medidas arbitrarias que había tomado contra él el comandante militar de aquel punto, coronel Gaudencio.

Como el señor Vázquez Gómez es español, anunció que entablaría la reclama-

ción correspondiente ante el representante diplomático de su país en la República Oriental por intermedio del ministro español en Buenos Aires.

Los resultados de esta reclamación han quedado en el misterio. Probablemente no se insistió en ella.

El gobierno ordenó, en varios departamentos que habían vuelto á estar bajo su dominio, después de haber sido abandonados por los revolucionarios, que se exigiera el pago de las contribuciones, á pesar de la recaudación anterior que de ellas hicieran los nacionalistas.

Esto dió mérito á que se asegurara que los representantes diplomáticos de la Argentina, Brasil, Francia é Italia se habían dirigido al gobierno oriental, á nombre de los propietarios y comerciantes perjudicados, para protestar de ese doble cobro de impuestos.

El diario *L'Italia* publicaba á este respecto la siguiente información el 31 de Marzo:

«Reposábamos tranquilos en las seguridades dadas al caballero Cobianchi, encargado de nuestra legación. Él había recibido formal promesa del ministro de relaciones exteriores, doctor Romeu, de que el gobierno no obligaría á los contribuyentes que habían debido pagar impuestos á los revolucionarios, á hacer nuevo desembolso. Reposábamos seguros en la promesa gubernativa, cuando ayer recibimos cartas de los departamentos, en las que se nos comunicaba que los administradores de rentas han reiterado las órdenes de pago de las contribuciones, y han prevenido que hoy vence el término para aquel pago.

Sorprendidos por esas cartas, nos dirigimos al señor Serrato, ministro de hacienda, quien nos dijo:

—Yo no sé qué puede haberle dicho el ministro doctor Romeu al encargado de la legación de Italia. Lo que sí puedo asegurar es que los contribuyentes deben, por imposición de la ley, pagar el impuesto, para lo cual se han impartido órdenes severas.

—Sin embargo, se había prometido que el gobierno reconocería la justicia del reclamo de los contribuyentes obligados con amenazas á pagar impuestos á los revolucionarios.

—El gobierno no puede exonerar á nadie del pago. Si los contribuyentes han pagado á los revolucionarios, han hecho mal...

—Pero ellos estaban indefensos y á disposición de los rebeldes...

—Comprendo, pero el gobierno debe mantener sus derechos. Le diré además: por consideraciones especiales, el gobierno aceptará los reclamos que sean presentados. Los contribuyentes, por lo tanto, volverán á pagar y simultáneamente presentarán el reclamo acompañado del relato de lo que les ocurrió con las tropas de Saravia.

—¿Pero no sería más simple exonerarlos del pago?

—No, porque se daría motivo á fraudes. ¿Cuántos por no pagar se procurarían recibos falsos? Para evitarlo es que el gobierno exige de nuevo el pago, resuelto á aceptar reclamos, y, si es del caso, á devolver el dinero.

—¿Y de dónde sacará esas sumas el gobierno?

— De los bienes retenidos á los nacionalistas.»

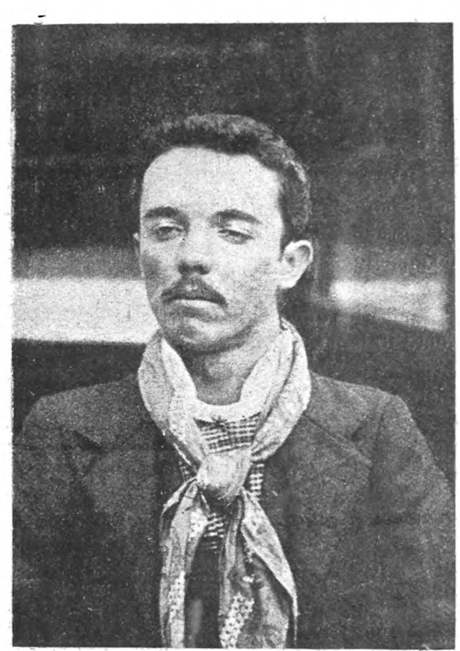
Entrevistado por un repórter el ministro de relaciones exteriores, doctor Romeu, declaró pocos días después lo siguiente, á propósito de las últimas conferencias mantenidas con el encargado de negocios de Italia, y en especial sobre las apreciaciones que últimamente había hecho *L'Italia al Plata:*

«Es cierto que el encargado de negocios de Italia, con quien he tenido algunas

conferencias estos últimos días, me entregó varios telegramas de italianos que pedían á su ministro gestionase que no se les cobrara nuevas contribuciones y patentes, por cuanto las habían pagado, bajo la presión de la fuerza, á los revolucionarios.

Á esta solicitud no pude ofrecer al representante de Italia más que la promesa de poner en conocimiento del ministro de hacienda la petición de aquellos contribuyentes, haciendo presente que éstos debían dirigirse directamente al ministerio de hacienda, sin perjuicio de que se haría presente, por deferencia al señor Cobianchi, el apoyo amistoso que acababa de hacer en favor de sus connacionales.

No ha habido más que esto. Estoy seguro que si el señor Cobianchi ha dicho algo á sus connacionales, como lo asegura *L'Italia,* ha oído mal, y peor ha interpretado.



APARICIO SARAVIA (HIJO)

Negociaciones idénticas se han entablado por parte de otros representantes diplomáticos, y á todos he contestado de la misma manera, pues el temperamento indicado en el reportaje hecho al ministro de hacienda es el establecido y sancionado por la costumbre.—Por otra parte, las cuestiones de hacienda es un ramo que no incumbe á mi negociado en el gobierno, y por lo tanto no podía abrir mi opinión de una manera tan contundente.

—Aprovechando la entrevista, y para terminar: ¿podría informaros cómo marcha *l'affaire* Pampillón?

—Permitirá que guarde reserva en cuanto á los detalles, por así imponérmelo el carácter que invisto. Pero en general la impresión que tengo es buena. Si ya no ha quedado zanjado amigablemente el asunto, es debido á la ausencia del ministro de relaciones exteriores argentino, doctor Terry, que ha pasado varios días alejado de Buenos Aires. Ya se encnentra de nuevo al frente de la cancillería, y de un momento á otro estará terminado el punto.

Los italianos en el Uruguay

Con motivo de apreciaciones vertidas por *L'Italia* á propósito de un artículo sobre los sucesos uruguayos aparecido en *Tribuna* de Roma, uno de los órganos más caracterizados de la prensa nacional se creyó en el caso de decir lo siguiente:

«No seremos nosotros por cierto quienes miremos con desagrado que Italia vele celosamente por los intereses, el honor y la vida de sus súbditos radicados en nuestro país, y, por el contrario, veríamos complacidos que restableciera su legación en el Uruguay, que existió durante muchos años, cuando la colectividad italiana estaba muy lejos de tener la importancia que ha alcanzado actualmente.

» La presencia de un ministro, tan enérgico como se quiera, pero que estudiara de cerca las cuestiones que debe gestionar, que viviera en contacto diario con sus representados y participara de nuestra vida, habría evitado todo incidente, todo desacuerdo, como sucede con las demás colectividades extranjeras que tienen aquí su legación correspondiente.

» Tiene, pues, razón *L'Italia* para felicitarse de que la prensa y el gobierno italianos se preocupen de velar por sus connacionales establecidos en nuestro país, en momentos como los actuales, tan difíciles para todos y especialmente para los uruguayos; pero falta á la verdad y á la justicia al dar á entender en sus comentarios á un artículo de *La Tribuna*, de Roma, que en nuestro país *el nombre italiano sirva de escarnio y que la vida, el honor y los intereses de sus connacionales están expuestos sin defensa á todos los ultrajes.*

» El Uruguay no tiene la culpa de que la representación diplomática de Italia haya sido aquí deficiente y en este momento nula, y del hecho de que los italianos no tengan quien vele por sus derechos en caso de que fueran lesionados, no debe deducirse que éstos sean, en efecto, objeto de toda suerte de agresiones.

» Las reclamaciones diplomáticas pendientes, (1) por más que pretenda inflárselas, no tienen importancia: se habrían resuelto sin dificultad alguna si hubiesen sido gestionadas en la forma que correspondía; y en cuanto á las violencias de que hayan sido objeto los súbditos italianos desde que estalló la revolución, sólo conocemos el caso del infortunado Russia, cuya ultimación reprobamos como la de todos los que sean víctimas de la saña partidista; pero prescindiendo de que fuera italiano, pues había perdido su ciudadanía, de acuerdo con la advertencia hecha á los italianos que tomen las armas por uno ó por otro partido, por el ministro Bottaro Costa, y que todos los días publica *L'Italia.*

» No dudamos que muchos italianos puedan haber sido molestados en su tranquilidad y en sus intereses en los momentos actuales, pero, el colega que los representa ha reconocido siempre que el gobierno ha demostrado especial empeño en que sus subordinados respeten á los extranjeros.

» Decir lo contrario es exponerse á motivar comentarios tan justos como los que dedicaba *L'Italia* hace dos ó tres días al diario italiano de Buenos Aires, que, ocupándose piadosamente de nuestras cosas, decía que aquí se hacía «una vera caccia all'italiano!»

Indudablemente, la opinión se preocupaba, en Italia, de las consecuencias que la guerra civil había tenido ya y podía tener en adelante para los italianos.

La Agencia Havas comunicaba los siguientes despachos:

« Roma, Marzo 14. — Ha causado impresión la noticia del diario *Il Secolo XIX*, de Génova, que publica los nombres de los súbditos italianos que fueron muertos en el Uruguay en los últimos sucesos.

» Roma, Marzo 14 — Partió esta noche del puerto militar de la Spezia, con destino á Montevideo, el real crucero italiano *Umbría*. La salida de esta nave de guerra italiana es muy comentada.»

Estas noticias dieron lugar á un artículo de *L'Italia*, el diario brillantemente redactado por Arturo Pozzilli, que llevaba por título esta sola palabra: *Perversidades.* Comentando el primero de los telegramas transcritos, decía:

« Examinemos las cosas. *El Siglo XIX*, de Génova, el diario de Gandolín, no tiene corresponsal en Montevideo. El que se ha hecho cargo del servicio de informaciones sobre el Uruguay es el corresponsal en Buenos Aires, y este señor

(1) Se alude al famoso caso de la barca *María Madre*

telegrafía al diario genovés todas las patrañas que sobre el Uruguay escribe *La Patria degli Italiani*.

»Hace días era precisamente *La Patria degli Italiani* quien publicaba una lista de italianos asesinados y de italianas violadas; la que coloreaba de sangre (la frase es del referido colega) la situación oriental.

»Esos pretendidos hechos horribles fueron desmentidos por nosotros y volvemos á desmentirlos nuevamente en nuestro número del domingo.

»Los señores de Buenos Aires parece que sintieran un acre placer cuando pueden ejercitar sus sañas sobre las carnes del Uruguay, y así se explica que los diarios argentinos se disputen la primacía en dar noticias terribles y fantásticas sobre el Uruguay.

»En tal ambiente no es extraño que salgan noticias como las telegrafiadas al *Siglo XIX* y comentarios como los que *La Patria degli Italiani* hacía el sábado pasado.

»Pero tal vez este ambiente — y aquí la cosa se agrava más — ha sido creado en parte por la manía que los argentinos tienen de mirar con tono de superioridad al Uruguay, manía que mantienen con arte por intereses inconfesables.

»Propalando tales tremendas noticias sobre el Uruguay, se desvía de esta tierra la emigración y se la encamina hacia la Argentina. En el fondo es un concepto económico el que induce á la desleal guerra de las invenciones.

»Aquí en el Uruguay — es preciso que se sepa bien — con la guerra civil y todo no han ocurrido los hechos que se han telegrafiado al exterior.

»Se ha cometido un crimen, pero de esto se dará cuenta y el gobierno ha prometido castigar á los culpables.

»Todo lo demás es perversidad, es maldad, invenciones dañinas, como lo son, fuera de duda, los comentarios del diario italiano de Buenos Aires.

»La gente de la vecina orilla no tiene idea exacta de lo que es la vida oriental, ó si la tiene, trata de exponerla, por los intereses á que más arriba nos referimos, de modo muy distinto á la verdad. Á estos señores sólo les pedimos una cosa: que si quieren ocuparse de nuestros hechos lo hagan estudiando en buenas fuentes y con inteligencia las condiciones del país, y dejen, porque son indignas, las perversas invenciones.»

Neutralidad brasileña

El 14 de Marzo comunicaban nuevamente de Porto Alegre que las autoridades brasileñas de la frontera tenían orden de capturar á Abelardo Márquez, caudillo revolucionario. — *O Paiz*, de Río de Janeiro, publicaba en su sección telegráfica las siguientes informaciones de su corresponsal, denunciando parcialidad de las autoridades ríograndenses en favor de los revolucionarios:

«Livramento, Marzo 9 — Los oficiales que mandan piquetes de la fuerza federal en la línea divisoria, confiesan ser impotentes para reprimir á los revolucionarios en nuestro territorio, debido al auxilio del coronel João Francisco y de las autoridades policiales, que dirigen los robos de caballos.

»Se ignoran las medidas tomadas por el coronel Aguiar Correia.

»El oficial que manda nuestro piquete en Cuchilla Negra comunica haber pasado por allí las fuerzas de Aparicio Saravia en completo desbande, siendo perseguido por las de Muniz y Benavente. Dentro de pocas horas las fuerzas revolucionarias estarán en Rivera, donde recibirán las caballadas en el 4.° distrito de este municipio.

»Caty será el punto de apoyo de los revolucionarios.»

Esta actitud de *O Paiz* tendía á fortalecer la acción del gobierno federal brasileño en el sentido de garantizar al gobierno oriental una neutralidad perfecta. En Río de Janeiro se consideraba acto de buena política impedir toda protección á los revolucionarios que se aproximasen á la frontera. Los nacionalistas. creían todo lo contrario y se engolosinaban con noticias como la siguiente que *La Prensa* de Buenos Aires consignó con fecha 21 de Marzo:

« Por buen conducto recibimos anoche una información que confirmada puede ser de efectos decisivos en la contienda oriental.

« Hela aquí:

» El gobierno brasileño ha dirigido una comunicación al de la República Oriental, para hacerle saber que, en vista de no haber sido dominada la revolución dentro del plazo convenido, se verá obligado á retirar las fuerzas extraordinarias que guarnecen la frontera.

» Si el gobierno brasileño lleva á cabo ese propósito, la revolución podrá contar con valiosísimos elementos que le son indispensables para continuar la campaña, de manera que el conflicto puede entrar en un período de mayor actividad, cuyas consecuencias no es posible pronosticar ».

O Paiz, mientras tanto, insistía en sus denuncias contra las autoridades fronterizas de Río Grande. Un nuevo telegrama fechado en Livramento decía lo siguiente: — « Oficiales comandantes de fuerzas de línea en la frontera informaron al coronel Aguiar Correia, que las autoridades policiales son las que entregan á los revolucionarios caballadas.

» Ayer fueron incautadas algunas armas por soldados de línea de la guarnición en el momento en que eran transportadas para Rivera por el italiano Victorio Savi. Poco después se presentó ese mismo italiano al coronel Aguiar Correia, con una tarjeta del mayor Juan Pedro Barão, 2.° de Juan Francisco, actual delegado (comisario) de policía en esta ciudad, reclamando las referidas armas.

» El coronel Aguiar Correia no satisfizo el pedido de aquél y se mostró muy irritado con la farsa urdida por Barão. »

Ya hemos hablado en el capítulo anterior del armamento que el vapor *Paulista* llevó á Concordia y que fué detenido por las autoridades entrerrianas. Durante varios días constituyeron el tema obligado de las conversaciones los cajones misteriosos, cuyo contenido declarado era de artículos de ferretería consignados á *Leopoldo Pereira*, persona desconocida en aquella ciudad.

El armamento del "Paulista"

Los representantes de las autoridades orientales esperaban esa carga, é inmediatamente de llegar dieron á conocer á su gobierno, telegráficamente, que se encontraba en el muelle del ferrocarril del Este, y aquél denunció al gobierno argentino que contenía cincuenta mil tiros y una cantidad de dinamita grande, destinada para los revolucionarios; por lo que pedía la detención del cargamento.

Así se resolvió y se dieron las correspondientes órdenes á la subprefectura.

El empleado de dicha repartición que fué á cumplir aquella orden se encontró con que los cajones tenían la marca oficial del arsenal de guerra argentino.

No hay que decir la sorpresa que causó el descubrimiento. Se ordenó que el cargamento se examinara en la aduana, pero desde un principio se aseguró que el contenido de los cajones había sido cambiado durante la primera noche de estadía en Concordia. Efectivamente... nunca se dió con el contenido denunciado!

El despachante Manuel Preve, acompañado del capitán del vapor *Paulista*,

formuló el 7 de Marzo, ante escribano público, una protesta contra el jefe de la subprefectura del resguardo de Concordia, señor Urbano De Lafuente, por su negativa á conceder permiso para la descarga del vapor *Paulista* y la larga estadía á que había sido obligado ese buque con motivo de denuncias de las autoridades uruguayas de que tenía á bordo un cargamento bélico para los revolucionarios.

El 11 de Marzo una noticia de origen nacionalista afirmaba que la munición que condujo el vapor *Paulista*, y que tanto dió que hablar, había sido desembarcada en Guaviyú, y que allí fué recibida por una partida revolucionaria.

Captura del vapor "Toro"

La noche del 16 de Marzo las autoridades marítimas argentinas apresaron al vapor oriental *Toro*. Este buque mercante, perteneciente á la casa Escofet, de Montevideo, había sido arrendado por el gobierno uruguayo y destinado al servicio de la escuadra, después de dotársele de un cañón Krupp.

Era uno de los cinco vapores que desde el 26 de Enero formaban la escuadrilla que el gobierno oriental dispuso para que vigilara la costa de la república, desde Colonia hasta Palmira, á objeto de impedir el paso de revolucionarios y de armas.

Mandaba el *Toro* el teniente de fragata Bernardo Costa, y se encontraba también á bordo del mismo, accidentalmente, el teniente de navío Braulio Valverde, que era el jefe de la escuadrilla.

El referido vapor había salido de la Colonia el 15 de Marzo, á las 11 p. m., con 35 hombres de la guardia nacional uruguaya que al mando del capitán del ejército Pedro Patiño debían incorporarse á las fuerzas del gobierno destacadas en el Carmelo.

El jefe Valverde tenía conocimiento de que un grupo de revolucionarios iba á invadir el territorio oriental, y con el objeto de reconocer el buque en que harían el viaje, cambió de ruta y se internó en el canal del Paraná de Las Palmas, en jurisdicción argentina, no para apresar el buque, sino simplemente para reconocerlo, á fin de tomarlo después en aguas orientales.

Como á las 8 de la mañana el *Toro* fué avistado en el mencionado paraje por el vapor *Vigilante*, de la prefectura general de puertos, cuyo capitán lo detuvo cumpliendo las órdenes que había recibido y en vista de que aquél se encontraba navegando en aguas argentinas sin los papeles correspondientes.

El jefe oriental no opuso resistencia é hizo rumbo á Buenos Aires, vigilado por al vapor argentino.

Al ser avistado en ese puerto, el prefecto general señor García, salió a su encuentro en el vapor *Neuquen* y subió á bordo del *Toro* para comunicar á su jefe que su buque y la gente que conducía quedaban detenidos hasta que el gobierno argentino resolviese lo que estimase más conveniente.

El vapor oriental quedó fondeado en la entrada de la dársena sur, bajo la vigilancia de los vapores *Vigilante* y *Neuquen*, que se colocaron á ambos lados del buque.— La autoridad marítima dispuso que se permitiera el desembarco de algunos de los oficiales que deseaban bajar á tierra.

El teniente de navío Valverde dirigió en seguida á su gobierno un telegrama avisándole lo ocurrido, y aquél hizo inmediatamente las gestiones diplomáticas correspondientes, pues el poder ejecutivo ordenó á las 6 de la tarde que el *Toro* quedara en franquía. Tomó rumbo á Montevideo con los guardias nacionales y su tripulación, compuesta de 17 hombres.

La Nación de Buenos Aires, refiriéndose á la detención del vapor *Toro*, dijo lo siguiente:

«Á las 5 de la tarde dió ayer el Ministerio de Marina orden de dejar en libertad al vapor *Toro*, de matrícula oriental, armado en guerra por el gobierno de de ese país, y que había sido detenido en aguas argentinas, frente á San Isidro, por el vapor *Vigilante*, de la prefectura de puertos.

«El Presidente de la República sometió el estudio y solución del asunto al ministro Betbeder, quien una vez enterado de los antecedentes, estimó legal la detención del buque, puesto que ejercitaba actos indebidos de policía en nuestra costa; pero considerando las buenas relaciones existentes con el estado vecino, decidió no dar mayor trascendencia al suceso.»

Durante el mes de Marzo siguió produciéndose la renovación legislativa, comenzada el mes anterior por el abandono que de sus cargos hicieron varios legisladores nacionalistas. La Comisión de Peticiones de la Cámara de Representantes se expidió el 3 de Marzo en la renuncia que del cargo de diputado por Montevideo había elevado el suplente señor don Felipe D. Segundo, aconsejando que ella fuera aceptada y se procediera á la convocatoria del que debía reemplazarlo, que era el señor José G. Requena y García.

Renovación legislativa

También se expidió respecto del substituto del señor Luis E. Segundo, diputado por San José, declarado cesante, y propuso fuera convocado el doctor Jorge Sienra.

Previo el juramento de estilo, ingresó el 8 de Marzo á la Cámara de Representantes el señor José B. Ferrer, suplente de diputado por Flores, en reemplazo del expulsado señor Leopoldo González Lerena.

La Cámara resolvió la convocatoria de Jorge Sienra y José Requena y García, en reemplazo de Luis E. Segundo y Felipe Segundo, como Representantes por los departamentos de San José y Montevideo.

También se acordó un plazo de cuatro días al señor Leopoldo Barrere, suplente de Representante por Rivera, para que contestara si aceptaba ó no ese cargo, bajo apercibimiento de declararse acéfalo el puesto.

Igualmente se resolvió declarar cesantes á los Diputados nacionalistas E. Moreno, Joaquín Silván Fernández, Federico Brito del Pino, Rosalío Rodríguez, Juan R. Albístur, Francisco Ros, M. Herrero y Espinosa, Francisco del Campo, Ramón Vázquez Varela, Bernardino Orique y convocar á los suplentes respectivos.

El doctor Ángel J. Moratorio, tercer suplente de Senador por el departamento de Cerro Largo, convocado en reemplazo del doctor José Luis Baena, envió su renuncia al Senado. El asunto pasó á estudio de la Comisión de Poderes de aquella rama del Cuerpo Legislativo. El doctor Luis S. Botana, suplente del señor Doroteo Navarrete, que había sido convocado por el Senado en substitución de dicho señor, contestó que no aceptaba el cargo porque, hallándose empeñado en los trabajos por la paz, deseaba conservar toda su independencia.

En vista de esa resolución, el Senado convocó al suplente inmediato, señor Rodolfo Vellozo.

El doctor Alfonso Salterain, que había sido convocado por la Secretaría de la Cámara de Representantes para ocupar la vacante dejada por el Diputado por el Salto Diego M. Martínez, envió á aquélla renuncia, considerando incompatible su presencia en la Cámara cuando el partido político á que perte-

nece se hallaba en armas. Exponía otras apreciaciones de carácter político que hacían de la nota una protesta contra la situación.

Previo el juramento de estilo, ingresaron el 22 de Marzo á la Cámara de Representantes los señores Luis Ignacio García y Juan Mier, suplentes de Diputados por Rivera y Maldonado. Reemplazaban á los señores Fonseca y Orique.

Se aceptó ese día la renuncia del señor Alfonso Salterain como suplente de Diputado por el Salto, y se resolvió la convocatoria del tercer suplente, señor Juan Ambrosoni.

También resolvió la Cámara devolver al doctor Salterain su nota-renuncia, por estar concebida en términos inconvenientes é irrespetuosos.

El Senado, mientras tanto, resolvía convocar á los señores Gregorio Sánchez, Guillermo Lynch, Alfredo Vidal Fuentes y Rodolfo Vellozo, respectivamente suplentes de los Senadores por Soriano, Río Negro, Flores y Treinta y Tres, para ocupar las vacantes de los señores Dufort y Álvarez fallecido recientemente, Rodríguez Larreta y Vázquez Acevedo, emigrados, y Navarrete, alzado en armas.

El doctor Alfredo Vidal y Fuentes, presidente del Consejo de Higiene, envió su renuncia al Senado de suplente de Senador por el departamento de Flores, y á pesar de que entre los amigos políticos y privados del referido médico se hicieron serios trabajos en el sentido de que retirara esa renuncia, persistió en no volver á tomar parte en la política activa, pues deseaba dedicarse por completo á su carrera de médico.

El 23 de Marzo, previo el juramento de estilo, ingresó al Senado el señor Rodolfo Vellozo, suplente de Senador por Treinta y Tres. Los suplentes del señor Vellozo en la Cámara de Representantes eran los señores Arturo Semería y Félix Buxareo Oribe, que no aceptaron el cargo, por estar afiliados á la mayoría nacionalista revolucionaria. Correspondió, por lo tanto, convocar á Ramón Irigoyen, de filiación colorada.

Fallecimiento del doctor Dufort y Álvarez

En la madrugada del 10 de Marzo falleció inesperadamente el doctor Anacleto Dufort y Álvarez, presidente del Senado y por lo tanto vicepresidente de la República. Aunque ese ciudadano padecía, desde hacía algunos años, una grave y penosa enfermedad al corazón, la opinión de los médicos había constatado en los tiempos últimos una sensible mejoría que descartaba, por el momento al menos, las tristes probabilidades de un desenlace fatal.

El doctor Dufort, — quien seis meses atrás había atravesado una temporada de tan extrema gravedad que sus amigos temían hora por hora recibir una noticia funesta, — murió á consecuencia de una enfermedad nueva y rápida: de una pulmonía doble que duró dos días. El doctor Dufort y Álvarez había ido á casa del Presidente á conversar con él sobre los asuntos de actualidad, y estuvo de plática con el general Vázquez y el Jefe del Estado Mayor. En seguida se retiró á su casa, y, sintiéndose acalorado, se despojó imprudentemente de su ropa, poniéndose á conversar con varios amigos en un paraje donde había corriente de aire. Esta parece que ha sido la causa de la pulmonía.

La muerte del doctor Dufort y Álvarez fué generalmente lamentada, pues merecía un calificativo muy elocuente en su misma sencillez: era simplemente «un hombre bueno». Fué en su tiempo un luchador exaltado; las columnas de *La Razón* debieron á su pluma experta muchos de los ataques vibrantes de indignación, que ese diario dirigió contra la tiranía de Latorre.

Fué un poeta de inspiración y de sentimiento. Hay estrofas de Dufort y Álvarez que perfuman aún, como flores de eterna gracia y de eterna belleza, el búcaro del recuerdo... Dijo cosas muy valientes y muy hermosas, en frases de una estructura perfecta, pues el ex presidente del Senado era uno de los pocos artistas consumados del concepto y de la frase que se destacaban por una aristocrática y nativa distinción de la forma sobre la chatura burguesa del stock de intelectuales mediocres... Pero la característica, el *fuerte* de Dufort y Alvarez, era la oratoria serena, límpida, sin un tropiezo, sin una irregularidad, con todas las sinceridades de la emoción verdadera y todos los donaires de un aticismo encantador. Á través de los discursos de Dufort parecía vagar un soplo de la joven y bella elocuencia de las escuelas helénicas y de los gimnasios atenienses, y en el espíritu del político-poeta reverdecieron más de una vez, — (como los lauros de los mirtos del viejo culto, á la sombra y bajo la protección de las ruinas de los templos paganos) — la dulce y convincente serenidad de Platón, unida á la gracia, á la malicia y á la donosura de Alcibiades...

Había en Dufort algo de estoico: el desprecio por el dinero y por la muerte. Hizo fortuna, pero la dejó ir de entre las manos, sin que él mismo se enterara de cómo se habían evaporado tantos miles de pesos. Postrado en sus postrimerías por su enfermedad al corazón, los médicos le aconsejaron absoluto reposo. Pero, durante un debate de la Cámara, en que no era necesaria su presencia, apareció pálido, exhausto, desfallecido. Quien estas líneas escribe, le preguntó: — «Pero, doctor, ¿para qué ha venido en ese estado? — El médico — contestó Dufort — me dijo que si subía las escaleras del Cabildo, caería redondo antes de llegar á la meta. Me pareció una exageración y quise probar. Ya ve usted que se ha engañado... Por otra parte, creía que era de mí deber asistir al debate y he venido... — Pero, ¿y las consecuencias? — Hoy ó mañana ¿qué importa? La máquina anda mal por dentro. Mis días están contados.»

Esta anécdota pinta al hombre por entero. Era un carácter. El espíritu, eternamente joven, tenía caprichos y veleidades infantiles que contrastaban con la decadencia del cuerpo y con los altos cargos desempeñados por Dufort. Éste tuvo tres grandes amores artísticos ó científicos: la música, la náutica y la astronomía. En los últimos tiempos de su vida soñaba con tener salud para exteriorizar sus fantasías de poeta-astrónomo en una especie de novela científica por el estilo de las de Julio Verne, de Wells ó de Kipling. ¡Cuántas veces repitió á sus íntimos la pintoresca confidencia de que deseaba escribir una narración de viaje á través del inconmensurable espacio, atravesando el protagonista, enhorquetado en la cauda de un cometa, los vastos vacíos de soledad y silencio que separan un sol de otro sol!

El soñador apacible y bueno, el poeta que remontaba su imaginación hasta las mayores alturas, el ideólogo puro que se pasó casi toda su vida viviendo en el mundo de sus propias y fantásticas concepciones, ascendió hasta diputado, senador, ministro... Es uno de los pocos casos en que un poeta ha triunfado sobre la hostilidad con que la política, rastreramente práctica y positiva, persigue á aquellos privilegiados que alimentan su espíritu de Ideal, de Ensueño y de Esperanza...

Se efectuó el 11 de Marzo el entierro de los restos del doctor Anacleto Dufort y Álvarez. Á las 10 de la mañana era numeroso el público que se había aglomerado en los alrededores de la plaza Constitución, esperando el pasaje del féretro.

Éste fué sacado de la sala del Senado, donde se había velado, á las 10 1/2. Lo

conducían los señores Ministros de Guerra y Relaciones y senadores Lenzi, Canfield, Espalter y Pereda.

El segundo vice presidente del Senado, señor Diego Pons, y el Ministro de Fomento y Hacienda, señor Serrato, acompañaban al señor Avelino Dufort, hermano del extinto, y á los hijos de éste, que formaban cabeza de duelo.

El cortejo era numerosísimo, figurando en él los miembros de las dos ramas legislativas, gran número de jefes y oficiales del ejército y de la guardia nacional y una selecta representación del foro y de la sociedad más distinguida.

Rendían los honores militares decretados por la Asamblea los batallones de guardias nacionales 2.°, 4.°, 9.° y 12.°, una sección de artillería al mando del teniente Lagomarsino y el regimiento 2.° de caballería al mando de su jefe el comandante Eduardo Iglesias.

El cortejo desfiló por la calle Sarandí, costado sur de la plaza Independencia y calle 18 de Julio. Al pasar por la casa del Presidente de la República, el señor Batlle y Ordóñez presenció desde el balcón el desfile del cortejo.— Una vez llegado el féretro al Cementerio Central y hechas las descargas de ordenanza, hicieron uso de la palabra el doctor José Espalter en nombre de la Cámara de Senadores, el doctor Antonio María Rodríguez por la de Representantes y el Ministro de Fomento, ingeniero Serrato, en nombre del Poder Ejecutivo


CORONEL GREGORIO LAMAS

Inmediatamente de producido el fallecimiento del doctor Dufort y Álvarez, surgieron varias candidaturas para ocupar su puesto en la presidencia del Senado. En un principio tomaron cuerpo las del doctor Diego Pons y del doctor Francisco Soca, y más tarde consiguió también algunos sufragios la del doctor José P. Espalter. Llegado el momento de la elección, los senadores en mayoría se agruparon en torno de la candidatura de don Federico Canfield, produciéndose el triunfo inesperado de esta última por unos cuantos votos.

Á fines de Febrero emigró á Buenos Aires el coronel Gregorio Lamas, ex director de la Escuela Militar. *La Nación* bonaerense, al publicar el retrato de ese militar, decía lo siguiente:

El coronel Gregorio Lamas

«Desde ayer es nuestro huésped ese militar del ejército uruguayo, hermano del malogrado coronel nacionalista del mismo apellido y director actualmente de la Academia Militar de Montevideo, única escuela de la carrera de las armas en la vecina república.

El coronel Gregorio Lamas ha efectuado el viaje de Montevideo á nuestro puerto á bordo de un vapor transatlántico, de manera sigilosa, y sin que los diarios de aquella capital hubieran hecho pública la solicitud de licencia necesaria para los viajes de cualquier militar uruguayo.

La forma del viaje, como los vínculos estrechos de parentesco con el doctor Alfonso Lamas, presidente del directorio nacionalista y actualmente en el ejército revolucionario, fuera de lazos partidarios, todo hace presumir, más bien, permite afirmar que este jefe se incorporará al ejército insurrecto, quizá con el cargo superior que desempeñó en la campaña de 1897 su hermano Diego.

El coronel Gregorio Lamas ingresó en el ejército oriental el año 1880, en el regimiento de artillería de campaña.

Llegado á oficial, obtuvo el permiso necesario para cursar estudios militares en Europa, dirigiéndose á mediados de 1887 á París, donde ingresó en la escuela politécnica de Saint Cyr.

En esta institución obtuvo el título de ingeniero militar.

Regresado á Montevideo en 1893, fué inmediatamente dado de alta en los cuadros del ejército. »

He aquí el decreto que el Poder Ejecutivo dictó destituyendo al coronel Gregorio Lamas del cargo de jefe de la Academia General Militar, al día siguiente de su fuga:

« Ministerio de Guerra y Marina. — Montevideo, Febrero 29 de 1904. — Destitúyese del empleo de comandante de la Academia General Militar al señor coronel don Gregorio Lamas, por haber desertado haciendo abandono de su puesto, y dásele de baja del ejército sin recurrir á los Tribunales, por haberla solicitado. —Comuníquese al Ministerio de Hacienda y Estado Mayor General á sus efectos. — BATLLE Y ORDÕÑEZ. — EDUARDO VÁZQUEZ ».

Por el ferrocarril Central Entrerriano llegó á Concordia el 3 de Marzo el coronel Gregorio Lamas. Allí le esperaban los miembros del partido nacionalista residentes en esa ciudad. Súpose desde entonces que dicho jefe pasaría á incorporarse al grueso del ejército que comandaba Aparicio Saravia, asumiendo el cargo de jefe del estado mayor, el mismo que desempeñó su hermano Diego en la revolución anterior.

El 6 llegó á la estación Yuquerí el coronel Gregorio Lamas, quien tomó un coche que lo esperaba. Unas treinta personas que lo acompañaban siguieron viaje. El grupo aumentó con numerosos emigrados que se encontraban en Concordia y que formaron una importante expedición que tomó el día 7 un tren especial del ferrocarril Argentino del Este que salió para el Norte.

Con motivo de su separación del ejército uruguayo para incorporarse al movimiento revolucionario, el coronel Gregorio Lamas publicó un manifiesto que tituló « Mi separación del ejército uruguayo » y en el que decía lo siguiente:

« Mientras he formado parte del ejército de mi país, me he abstenido en absoluto de hacer política.

Tengo la firme convicción de que el militar no puede hacerla sin perjuicio de su carrera y sin que sufran las instituciones. Es por ello que he permanecido hasta ahora en un todo ajeno á nuestras luchas comiciales ó armadas. Me he consagrado exclusivamente á mi carrera, sin que mi ejemplo haya hecho camino, probablemente porque, dado el pernicioso montaje de nuestro ejército, es más fácil llegar, siendo ó aparentando ser un partidario decidido, que concretándose al cumplimiento de los deberes militares que mandan poner siempre la bandera por encima de las banderolas.

Pero, puesto que desgraciadamente la casi totalidad de los miembros del ejército, desde las más altas hasta las más modestas jerarquías, están alistados á un partido, yo lo hago también al que perteneció mi padre, y el que no puede ofrecerme en estos momentos otra cosa que el honor de compartir sus constantes y abnegados sacrificios por el bien de la república.

Al entregar mi espada al gobierno que me la dió, no tengo nada que reprocharme. En mi modesta actuación militar he tratado de ser útil al ejército sin reservas mentales, poniendo en el desempeño de los cargos que me fueron confiados, el mayor celo y mis mayores energías.

Al abandonar sus filas, formulo votos por que, cualquiera que sea la filiación política de los gobernantes del porvenir, tengan la patriótica inspiración de se-

parar el ejército de las agitaciones partidarias, de modo que puedan militar en él, sin ser sospechados en su honor y su lealtad, todos los ciudadanos que tengan vocación por la nobilísima carrera de las armas. »

He aquí la renuncia que había presentado el coronel Lamas:

« Excmo. señor Ministro de Guerra y Marina. — Excmo. señor: Tengo el honor de elevar por medio de la presente ante V. E. renuncia del cargo de comandante de la Academia General Militar y solicitar á la vez mi baja del ejército. — Dios guarde á V. E. — *Gregorio Lamas.* — Montevideo, Febrero 26 de 1904. »

El 11 de Marzo partió para Buenos Aires el coronel Visillac, que desempeñaba el cargo de miembro del Superior Tribunal Militar de Apelaciones. El embarco se efectuó á media tarde, como si se dijera en las mismas barbas de las autoridades marítimas.

El coronel José Visillac

También partió para afiliarse á la revolución un anciano de 76 años de edad, padre del señor Solano Riestra, diputado de la minoría nacionalista.

Los diarios bonaerenses anunciaron el día 12 la llegada á la vecina capital del coronel José Visillac, miembro del Tribunal de Apelaciones, fugado de Montevideo. El viaje lo había hecho el coronel Visillac á bordo de un vapor inglés. Visillac salió inmediatamente para el Uruguay buscando la incorporación de las huestes saravistas. El 20 de Marzo se encontraba ya en Concordia, para incorporarse cuanto antes al ejército revolucionario, en el cual se le reservaba el comando en jefe de las infanterías.

Ocupándose de este nuevo emigrado decía *La Prensa* bonaerense del 21 de Marzo:

« El coronel Visillac comenzó su carrera militar en 1857, y desempeñó en 1863, cuando la revolución del general Venancio Flores, el cargo de secretario en campaña del general Servando Gómez, cargo que abandonó para ocupar el puesto de segundo jefe del batallón « Defensores del Durazno ». En esa campaña se halló Visillac en las acciones de Coquimbo, Sauce, Sierra de Minas, San Gregorio, Mazangano, Maciel y en la defensa de Montevideo en 1865.

Producida la revolución nacionalista encabezada por el general Timoteo Aparicio, volvió á tomar las armas por su partido y se halló Visillac en la defensa de Villa Dolores, Severino, Corralito, Sauce, Manantiales y otras acciones de menor importancia.

En 1884 Visillac se sublevó contra los poderes constituídos y atacó la jefatura de San José.

Fué rechazado y se vió en la necesidad de emigrar á Buenos Aires, desde donde, en 1886, salió para incorporarse al ejército revolucionario que fué vencido en la jornada del Quebracho.

En dicha acción, y siendo primer jefe del 3.° de infantería, fué gravemente herido, como lo había sido ya en el combate de 29 de Noviembre de 1870 en Manantiales, en el ataque á San José.

En aquella época pasó á Concordia el coronel Visillac. »

El 28 de Marzo se reunió el Senado, resolviendo acordar venia al Poder Ejecutivo para destituir al coronel Visillac del cargo de miembro del Tribunal Militar de Apelaciones, en virtud de haber salido del país para irse á la revolución.

Ese mismo día pasaba Visillac por Monte Caseros con un grupo de oficiales

que se manifestaban dominados por el mayor entusiasmo. Le seguían la pista algunos espías del gobierno oriental.

Por el tren de combinación partió para Libres, de donde debía seguir viaje á Rivera.

Ocho días después llegaron telegramas á Concordia en los que se informaba que el coronel Visillac se había incorporado al ejército de Saravia en el departamento de Cerro Largo.

El general Saravia hizo un recibimiento caluroso al coronel Visillac, ofreciéndole una alta colocación en el ejército de su mando.

Para concluir con esta información respecto al viejo militar nacionalista, recordaremos un incidente que le ocurrió días más tarde, al vadear el Paso de Carpintería el ejército revolucionario. Habla un corresponsal:

«Fué el pasaje del Río Negro una verdadera odisea.

»Se había construído un puente de 120 varas y por él pasaban de á cuatro los revolucionarios. Terminado el puente, se echaban al agua y tenían que cruzar un largo bañado que con la creciente del río estaba pésimo y casi intransitable.

»Los caballos se acalambraban en aquel pasaje y algunos quedaron sepultados en el barro, teniendo los jinetes que salvarse pasándose á los caballos de sus compañeros.

»El coronel Visillac estuvo á punto de perecer en esa travesía. Le tocó pasar de noche, y al caer al bañado, no siendo baqueano, se dejó ir á donde lo llevase el caballo. Éste marchaba por medio de los juncos, desapareciendo casi en el agua, pero de pronto notó el coronel Visillac que el agua, en vez de disminuir, crecía, á pesar de llevar ya un rato de marcha.

»Se le ocurrió sacar su revólver y hacer un disparo al aire, y esa fué su salvación.

»El caballo, perdido en la obscuridad, en vez de buscar la tierra firme, se había internado en lo más hondo del bañado, y allí hubiera perecido, arrastrando á su jinete, si los revolucionarios que pisaban tierra, al oir el disparo de revólver, no hubieran hecho señales con antorchas, lo que permitió á Visillac enderezar su caballo á buen rumbo.»

Á fines de Marzo llegó á Buenos Aires, regresando del ejército revolucionario, del cual se había separado en Rivera, el presidente del directorio nacionalista, doctor don Alfonso Lamas.

El doctor Alfonso Lamas

Un miembro de la redacción de *La Prensa* fué inmediatamente á *reportarle* en el hotel *España,* donde se encontraba rodeado de infinidad de amigos, quienes escuchaban la narración de los últimos sucesos revolucionarios y de los episodios y anécdotas traídas de los campos de batalla.

El doctor Lamas era interrumpido á cada momento por la llegada de personas que iban á informarse de algún pariente ó amigo que tenían en la revolución.

Al pedir el periodista que le concediera un momento de conversación, el doctor Lamas accedió inmediatamente, advirtiendo, sin embargo, que muchas cosas tendría que reservar hasta tanto el directorio resolviera si debían ó no darse á la prensa.

Interrogado sobre lo penoso y cruento de la campaña, el doctor Lamas contestó: «La revolución del 97, comparada con esta campaña, fué un paseo agradable. Por otra parte, usted sabe, señor, que los médicos estamos condenados á no

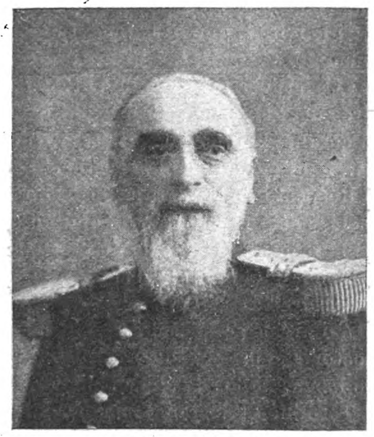
descansar nunca. Mientras el ejército hacía una pesada jornada ó acampaba,—lo que acontecía pocas veces,—nosotros teníamos que ir á curar heridos ó cuidar enfermos, los que siempre llegaban en buen número.

»Sin embargo, no me quejo: lo he pasado lo mejor posible dentro de esa situación, recibiendo atenciones del general Saravia y de todos los jefes revolucionarios.

»La travesía última que tuve que hacer,—continuó el doctor Lamas,—desde el ejército revolucionario hasta Rivera, antes que éste llegara á ese sitio, donde se encuentra actualmente, fué llena de peripecias.

»Tuve que adelantarme al general Saravia para desempeñar una importante misión y me extravié en el camino, en medio de un laberinto de sierras, con grave peligro de caer prisionero de las fuerzas de Julio Barrios, entre cuyas filas estuvimos una noche.»

Interrogado después respecto al estado en que había dejado al ejército revolucionario, dijo que en inmejorables condiciones. «Cuenta con veinte mil hombres —agregó—y dentro de pocos días tendrá una cantidad grande de armamentos que podrán ser perfectamente utilizados, dada la preparación militar que el ejército adquiere con la instrucción militar que le está dando mi hermano Gregorio.»


CORONEL JOSÉ VISILLAC

Hablando de las caballadas, dijo que eran de primer orden, pues el general Saravia les había prestado siempre preferente atención, considerándolas un factor importantísimo en el buen éxito de la campaña. «Por otra parte,—añadió,—durante estos últimos días se han recibido remontas del Brasil.

—¿Usted cree inminente una gran batalla?—preguntóle el repórter.

—Es indudable que se librará una gran batalla de un momento á otro, pero no la creo tan inminente, pues el ejército revolucionario está terminando, como ya le he dicho, su organización, y las fuerzas del gobierno no irán á buscarlo á la frontera, en atención á que corren el riesgo de que la tropa se pase al Brasil.

—¿Se le desbanda mucha gente al gobierno?

—Mucha, señor; los montes están llenos de dispersos y desertores de los ejércitos de Muniz y de Benavente.

—Se dice también que están muy mal de caballadas los ejércitos gubernistas.

—Muy mal, y sin esperanzas de mejorar, pues las caballadas que compra el gobierno en los países limítrofes no sirven para el servicio que se les exige; son caballos inferiores, como he tenido oportunidad de verlo ahora en mi viaje por las fronteras brasileñas.»

Después de este diálogo, el doctor Lamas hizo una rápida narración de las batallas del Paso del Parque y de Fray Marcos, con apreciaciones sobre los combates anteriores.

«—Los triunfos que se ha atribuído el gobierno—dijo—en los combates de Mansavillagra é Illescas, que es donde ha salido mejor librado, son muy discutibles.

» En Melo, — agregó, — si vamos á apreciar el triunfo por el bando que tuvo menos bajas, él ha sido de los revolucionarios, pues las tropas del gobierno tuvieron cinco veces más pérdidas que las que tuvo la revolución.

» En Fray Marcos ya se sabe que fué una derrota lamentable para las fuerzas del gobierno.

» En el Paso del Parque pudo el ejército gubernista haber dado un gran golpe á la revolución, pues las tropas de ésta en esos momentos estaban muy divididas. Tan es así que la gente revolucionaria que entró en combate fué únicamente la de Juan José Muñoz y algunas divisiones de los coroneles Francisco Saravia y Gutiérrez. La tropa de éste fué la que resistió más al enemigo.

» Las bajas hechas al enemigo en esa acción fueron mayores que las del ejército revolucionario, pudiendo ser calculadas aquéllas alrededor de trescientos, entre muertos y heridos.

» Se explica el mayor número de bajas de parte de las fuerzas del gobierno porque éstas pelean con la reserva en columnas, para obligar á que se mantengan las guerrillas, que se baten en orden abierto y prontas siempre á volver cara al enemigo.

» La prueba más concluyente del precario estado en que se encuentran los ejércitos del gobierno es la batalla del Parque, como asimismo el haber permitido al coronel Guillermo García su incorporación, con todas las tropas que le obedecen, al ejército de la revolución. »

Respecto de la derrota de Julio Barrios, dijo el doctor Lamas que fué completa, hasta el extremo de que á esas horas andaba solo, vagando por las sierras de la frontera, y si se había escapado fué tan sólo porque el combate terminó en la noche y él era muy baqueano en el sitio donde se libró la batalla que motivó su desgracia.

Á Barrios se le tomaron muchos documentos — de los cuales era portador el doctor Lamas — y ellos arrojaban graves cargos, pues encerraban las pruebas de los degüellos de ciudadanos argentinos en Santa Rosa.

Terminó el doctor Lamas declarando en tono risueño que ya tenía *La Prensa* un colega en la revolución!

En efecto, el ejército revolucionario había comprado en Rivera una pequeña imprenta y pensaba editar un periódico bajo la dirección del doctor Vicente Ponce de León.

La llegada del doctor Lamas á Buenos Aires dió lugar á muy variadas conjeturas. La más aceptada fué una de la que se hizo eco *El Día* en la noticia siguiente: « Se asegura que el viaje del doctor Lamas á Buenos Aires tiene por causa divergencias que existen entre los miembros del directorio y Aparicio Saravia ». Transmitida esta versión á la capital argentina, dió mérito á que un elemento de la redacción de un importante diario interrogara á los miembros del directorio para averiguar lo que hubiera de verdad sobre el asunto.

— « Es sencillamente una tontería, — contestaron. — El general Saravia y el directorio han marchado, marchan y marcharán de perfecto acuerdo. »

Más tarde, á mediados de Abril, el doctor Alfonso Lamas anunció su próximo regreso al ejército revolucionario, una vez que tuviera reunidos todos los elementos de sanidad militar que había ido á buscar á Buenos Aires, pero esa anunciada incorporación no pudo verificarse por el giro que tomaron los sucesos militares y por la enorme tarea que gravitó sobre los miembros del directorio en sus trabajos de propaganda y organización de elementos bélicos en el litoral.

Durante el mes de Marzo, y á pesar de la vigilancia ejercida en los puertos, aumentó la emigración de orientales para la República Argentina. En Buenos Aires había varios centros donde se alojaban los emigrados uruguayos. Había de éstos por centenares y predominaba, como siempre, en estos casos, la juventud, con su nota alegre y chispeante. Había representantes de nuestras distinguidas familias montevideanas, como los Pastoriza, Herrera, Rodríguez Larreta, Vigil, Arocena, Folle, Ponce de León, Marín de María, Orique, Serratosa, Cibils, Trapani, Rutter, Antuña, Casaravilla, Zubillaga, Clulow, Berro, Segundo, Lapido, Turena, Joanicó, etc.

Emigrados orientales

La aspiración continua de esa pléyade de jóvenes, en la que había periodistas literatos, poetas, oradores, abogados é ingenieros, era tener noticias de la guerra, para lo cual acudía constantemente á las principales fuentes de información.

El centro principal de información era la sede del directorio nacionalista, donde se encontraban casi todo el día reunidos, comentando los acontecimientos, los doctores Alfredo Vázquez Acevedo, Aureliano Rodríguez Larreta, Rodolfo Fonseca, Arturo Heber Jackson, Jacinto D. Durán, Escolástico Imas, Antonio Carvalho Lerena, Francisco H. López, Germán Roosen, José Pedro Freitas, Leopoldo González Lerena, comandante Garat y otros nacionalistas.

Allí se pasaban ratos amenos de conversación, pues los miembros del directorio eran sumamente visitados por algunas personalidades argentinas y por muchas uruguayas residentes en aquel país que habían actuado en primera fila en el partido nacional, como don Agustín de Vedia, doctor Juan Ángel Golfarini, señores Ramón Artagaveitia y Abdón Arózteguy y los doctores Jacobo Z. Berro, Alberto Palomeque, Carlos María Morales, Pedro Palacios, Juan Coustau y Carlos Rodríguez Larreta, íntimos amigos de los emigrados.

Los emigrados se encontraban llenos de entusiasmos y anhelos, pero al mismo tiempo impacientes, febriles, nerviosos por las informaciones contradictorias ó por la carencia, á veces absoluta, de la menor información.

Como dato elocuente de las proporciones que tomó el éxodo emprendido hacia la capital argentina por elementos montevideanos, diremos que el ex Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Cuestas, doctor Germán Roosen, elemento moderado y tranquilo, resolvió también radicarse provisoriamente en Buenos Aires, abriendo en aquella ciudad su estudio de abogado.

Con el doctor Roosen eran varias las personas que, desligadas en absoluto de la política militante, habían abandonado su tierra natal, como consecuencia de los trastornos políticos que tanto daño causaban á la república.

Los señores Darío Brito del Pino y Carlos M. Silva, como presidente y secretario, respectivamente, de una comisión bonaerense de auxilios para los emigrados orientales, dirigieron al doctor Carlos Salas, presidente de la Cruz Roja Argentina, una nota solicitando el material necesario para la instalación de un asilo destinado á alojamiento de los orientales pobres. Estaba concebida en los siguientes términos:

«Buenos Aires, Marzo 17 de 1904. — Señora presidenta de la Cruz Roja Argentina, doña Manuela L. de Elizalde. — Habiendo constituído una comisión de auxilios para los uruguayos que por el estado de guerra de la vecina República Oriental se ven obligados á emigrar á la Argentina, y nombrado presidente de esa comisión el que subscribe, viene á solicitar de la señora presidenta quiera tomar á su cargo la dirección de ese asilo, cuyo objeto principal es pro-

porcionar casa y alimentos mientras no encuentren ocupación ó recursos para el lleno de sus primeras necesidades.

Esperando una pronta contestación, saluda á la señora presidenta con su consideración distinguida. — D. B. DEL PINO, presidente. — *Carlos M. Silva*, secretario.»

Esa comisión iniciadora del establecimiento del asilo de emigrados recibió numerosas y valiosas adhesiones.

El asilo empezó á funcionar á fines de Marzo en un local conveniente. Se constituyó una comisión de señoras con el objeto de recorrer los almacenes mayoristas y solicitar de sus dueños el óbolo para los asilados. Más tarde se verificó en el teatro Victoria una gran función de gala á beneficio del asilo, prestando su concurso á esta fiesta los elementos de la sociedad «Los Baturros». Entre los miembros más expectables de la colonia oriental circularon listas de subscripción á beneficio del asilo, listas que dieron buen resultado. Las donaciones para el asilo, ya fueran de dinero ó víveres, eran recibidas en el local del Club de Esgrima Uruguayo.

Á principios de Marzo puso el presidente Batlle el *cúmplase* á la siguiente ley, votada con urgencia por ambas Cámaras:

Medidas administrativas

«Poder Legislativo. — El Senado y Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, decretan:

Artículo 1.° Queda facultado el Poder Ejecutivo para invertir en los gastos ocasionados por la guerra actual el millón de pesos de deuda: «Empréstito Extraordinario», creado por ley de 20 de Mayo de 1903.

Art. 2.° Comuníquese, etc.

Sala de sesiones del Honorable Senado, en Montevideo á 2 de Marzo de 1904. — A. DUFORT Y ÁLVAREZ, presidente; *Enrique Laviña*, secretario.»

Si es verdad, según el aforismo francés, que *l'argent fait la guerre*, el gobierno recibía con esa ley un poderoso auxilio. Pero las finanzas, hábilmente administradas por el ministro Serrato, no habían padecido mucho en los dos primeros meses de la agitación revolucionaria, como lo prueba el hecho significativo de que un mes después de tener á sus órdenes el *millón*, el gobierno lo conservara intacto. Un corresponsal de *El Diario* bonaerense escribía á principios de Abril:

«Hasta este momento el gobierno conserva intacto el millón de pesos que ha votado la legislatura para atender los gastos que demande la guerra. Sólo en caso muy necesario echará mano de esos recursos.

»Media una circunstancia favorable: la renta de aduana del pasado mes será mayor que la de Enero y Febrero últimos, pues los comerciantes han empezado á activar el despacho de los artículos de invierno.»

Por el Ministerio de Gobierno se pasó nota á todas las reparticiones públicas para que comunicaran qué empleados habían hecho abandono de su puesto sin causa justificada.

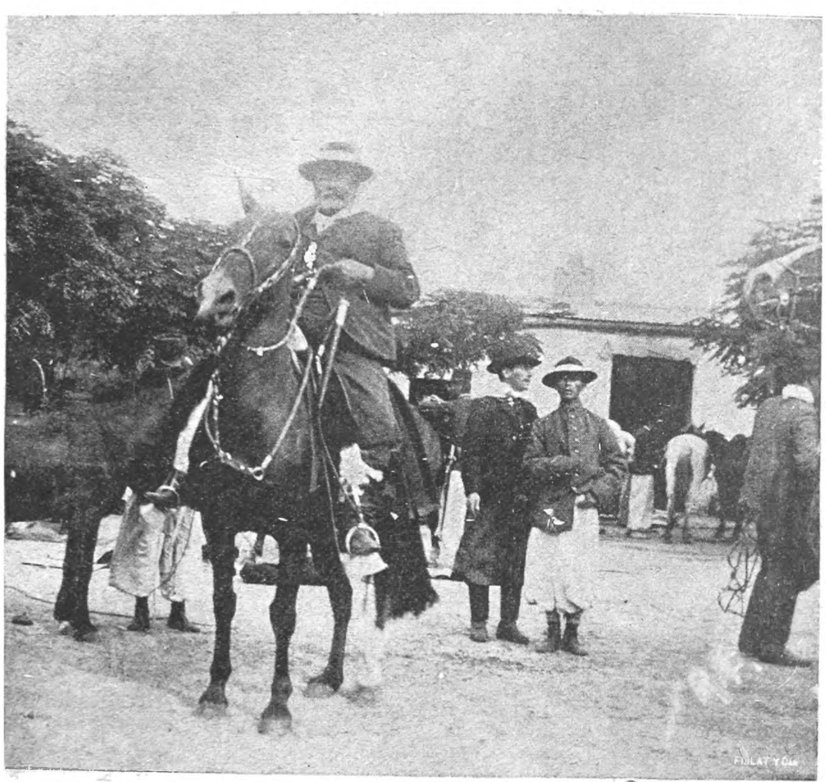
A mediados de Marzo varias oficinas, y entre ellas la municipalidad, habían dado cumplimiento á dicha resolución.

Los empleados acusados de abandono fueron separados de sus puestos.

En la noche del 28 al 29 de Febrero había llegado á Mercedes la guardia nacional de aquella ciudad, que había partido al mando del comandante militar del departamento, doctor Federico Fleurqnin. Conjuntamente con esas fuerzas llegó un batallón de infantería de guardias nacionales de Canelones al mando del comandante Isasmendi. El comandante general de las fuerzas era el doctor Fleurquin.

Medidas militares

Esas fuerzas salieron de nuevo á campaña el 3 de Marzo. Eran el batallón 2.º de guardias nacionales de Canelones, de que era jefe el comandante Arturo Isas-



CORONEL NACIONALISTA JOSÉ GONZÁLEZ

mendi; batallón 2.º de guardias nacionales de Mercedes, al mando del comandante José González; regimiento 5.º de guardias nacionales de Mercedes, comandado por el comandante Grau, y escuadrón Escolta, al mando del teniente Orozco.

En todas esas fuerzas reinaba sincero entusiasmo y á la salida dieron repetidos vivas á los poderes constituídos, al comandante militar y á sus respectivos jefes.

Esa división salió de Mercedes para operar sobre la columna revolucionaria de Gabino Valiente, á quien tiroteó en el Paso de Navarro, y más tarde sobre las montoneras de Barrios, refugiadas en los montes de la Agraciada, y á las cuales dispersó por completo.

El 6 de Marzo salió de Montevideo para campaña una fuerza del 2.° de guardias nacionales que mandaba el señor Alejo Idiartegaray.

El 9 de madrugada abandonó su cuartel el batallón 10.°, á órdenes del comandante Federico Paullier. Cuando se dió la orden de marcha, un grito unánime respondió: ¡Viva la Patria! ¡Viva el Presidente de la República! ¡Viva el Partido Colorado!

Con su jefe al frente salió el cuerpo á la calle, terciado el poncho, el arma caída en marcha de camino, dirigiéndose á la estación del ferrocarril, donde esperaba ya el expreso. Durante todo el trayecto se repitieron los vivas dados en el cuartel, y en la estación, en el momento de ponerse en marcha el convoy, fué indescriptible el entusiasmo.

Al batallón 10.° iban agregados algunos voluntarios.

La expedición se dirigió á Minas. cuya ciudad ocuparon durante algunas semanas las fuerzas del comandante Paullier.

Procedente del ejército del general Benavente, llegó á Paysandú el 8 de Marzo, después de dos meses de su partida, la división de caballería de aquel departamento, formada por los escuadrones al mando, respectivamente, de los comandantes Fortunato de los Santos y Jerónimo Romero. Acampó en los alrededores de la ciudad, esperando órdenes. Dos días más tarde salieron de Paysandú algunas fuerzas para campaña, con el objeto de perseguir matreros y desertores.

Entre dichas fuerzas figuraba un piquete del batallón de guardias nacionales número 1, á cuyo frente iban el capitán Moreno y el oficial Agesta, y otro del Urbano al mando del capitán Lerena y el alférez Perret.

El 10 de Marzo llegó á la Isla de Flores, embarcado en un vapor de la carrera de Río Grande, el coronel Zenón de Tezanos, que había quedado en Melo al frente de mil hombres, y que de allí se había replegado sobre Artigas. Esa llegada había dado origen á muy variados comentarios.

El Día, refiriéndose á la llegada del coronel Tezanos, dijo que la vuelta por mar tenía esta explicación sencilla:

«Cuando su división emprendió la marcha para Treinta y Tres, hizo saber al presidente de la República que se encontraba un poco enfermo, y que desde que era evidente que su tropa en la marcha que iba á emprender no corría el menor peligro, pedía que se le permitiese venir á Montevideo por mar.

»El presidente de la República, que estaba convencido de que realmente era cierto lo que decía el coronel Tezanos, pues sus mil y tantos hombres sólo podían encontrar partidas de poca importancia, no tuvo ningún inconveniente en acceder al pedido.»

Con el coronel Tezanos llegaron en el *Desterro* el señor Lefor Gallardo, inspector de la receptoría de Artigas, el señor Dionisio Pérez, que quedó allí, al regreso de Muniz, como jefe político de Cerro Largo, y seis oficiales.

El 12 de Marzo pasó á prestar servicios de guarnición al Durazno el batallón 1.° de guardias nacionales que comandaba el señor Carlos Travieso.

El 3.° de la misma arma, destacado en el Salto, salió de esa ciudad con destino al Paso de las Piedras del Daymán.

Á mediados de Marzo llegó á Montevideo, procedente de Tacuarembó, el coronel Manuel Rodríguez, jefe de la división de Artigas, incorporada al ejército del Norte á las órdenes del general Benavente.

El coronel Rodríguez había sido víctima de un percance que le obligó á buscar asistencia en la capital. Durante una marcha cayó del caballo que montaba sobre unas piedras y se produjo la fractura del brazo derecho.

El coronel Sebastián Buquet, que desempeñaba anteriormente el cargo de jefe del estado mayor en el ejército del general Muniz, visitó, apenas llegado á Montevideo y en compañía del jefe del estado mayor, al presidente de la República. La entrevista fué cordial, y el referido militar explicó los motivos que le determinaron á alejarse del ejército y bajar á la capital.

El coronel Buquet fué nombrado comandante militar del Durazno con fecha 29 de Marzo. Debió partir ese mismo día en compañía de algunos jefes y oficiales del ejército, pero sufrió una indisposición en circunstancias que se hallaba en preparativos para la marcha, y se vió obligado á suspenderla por esa causa.


DOCTOR EDUARDO LAMAS, CIRUJANO DEL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO

Como secretario de la comandancia militar fué con él, más tarde, el capitán Joaquín C. Sánchez.

Acompañó además al coronel Buquet el comandante Mir, jefe de una de las secciones del estado mayor general.

El señor Julio B. des Houilleres, comisario interino del pueblo de Pando, organizó un escuadrón de caballería compuesto únicamente de voluntarios. Dicho escuadrón contaba en Marzo con más de sesenta plazas.

La plana mayor del batallón «Marcelino Sosa», que mandaban en Canelones el señor José Ferrando y el mayor Larrobla, estaba compuesta en la siguiente forma: Capitán ayudante, Pedro Amaro; capitán, doctor José Ferrando y Olaondo; subteniente, Sebastián Sagarra; abanderado subteniente, Eduardo M. Sagarra; practicante, Antonio Bazzino.

3.ª compañía: — Capitán, Pablo Ferrando y Olaondo; teniente 1.°, Rogelio Quinteros; teniente 2.°, Juan Carlos Carve; subteniente, Francisco Varzi; sub teniente, Jaime Borbonet.

4.ª compañía: — Capitán, Luis J. Amaro; teniente 1.°, Solano Ramírez No bles; teniente 2.°, Martín Pintado; subteniente, Rómulo Mata; subteniente, Héctor Lozada.

Agregados al cuerpo: — Capitán, Eladio Peña y Piñero; capitán, Ramón Amaro; subteniente, Elbio Callorda.

Regresó el 20 de Marzo de campaña, después de haber recorrido durante tres semanas los departamentos de Tacuarembó, Durazno, Florida y Canelones, el batallón 1.° de guardias nacionales que mandaba el señor Carlos Travieso.

El referido cuerpo hacía cerca de un mes que había salido de Montevideo.

La tropa volvió sumamente contenta con la gira que había hecho.

De los vapores ingleses *Oro* y *Chaucera*, llegados el 21 de Marzo con procedencia de Nueva York, se descargaron para el gobierno 132 cajones de cartuchos, 202 de municiones y 25 de fusiles.

El 23 de Marzo fué nombrado comandante militar de Tacuarembó el coronel Celedonio Islas, á causa de que al coronel Escobar, que ocupaba ese cargo, se le había confiado otra comisión.

El joven Juan Carlos Islas teniente del 13.° de guardias nacionales, acompañó como ayudante á su padre el coronel Islas.

Á fines de Marzo se activó la organización de los batallones 3.° y 4.° de guardias nacionales y el regimiento 1.° de caballería de Canelones, que mandaban respectivamente los sargentos mayores Nicasio Torres, Cándido Acuña (hijo) y Sebastián Castillo.

Dichos cuerpos contaban ya con un personal bien diciplinado.

Eran segundos jefes los capitanes Falero, Maritán y Herra.

El comandante militar de Canelones, coronel Acuña, y su secretario, capitán Tomás Berreta, no descansaban un momento en la organización de los cuerpos, así como en el cuidado de que nada faltara á los soldados.

El 24 de Marzo *Diario Nuevo* anunció que se crearían nuevos cuerpos militares. El gobierno desautorizó la noticia. Lo único que había al respecto era que se estaba dando instrucción de batallones y regimientos á las distintas milicias que llegaban á la capital desde la campaña, con el fin de hacer de ellas unidades de combate verdaderamente eficaces.

También *El Día* anunciaba como muy posible que el gobierno convocara de un momento á otro algunos cuerpos de guardia departamental, previniendo que se tendría especialmente en cuenta la situación de los hombres de trabajo, á fin de que éstos pudieran recibir la instrucción militar necesaria sin desatender absolutamente sus tareas.

En la noche del 27 de Marzo salió en tren expreso para campaña una fuerza de 70 hombres del 9.° de guardias nacionales. Iba al mando del 2.° jefe del cuerpo, sargento mayor León E. Muñoz.

El 29 fueron desembarcados y conducidos al parque nacional quinientos cajones de cartuchos cargados que trajo de Alemania el vapor *Cap Roca*.

Llamó mucho la atención el 27 de Marzo el envío á campaña por ferrocarril de gran cantidad de pipas vacías, tablones, vigas, cuerdas y alambre para construir balsas en los ríos que tenían que vadear las fuerzas gubernistas y donde no existían puentes ó donde éstos habían sido volados por los revolucionarios.

También se comentó mucho la orden que el jefe de la estación central del ferrocarril recibió del gobierno de aprontar 28 locomotoras para enviarlas al norte en seguida con su respectivo número de vagones.

Los comandantes militares de Paysandú y Salto habían colocado guardias permanentes en todos los puentes para que los revolucionarios no los destruyeran y para conservar al mismo tiempo en buen estado las líneas telegráficas.

El 25 partió para el Arapey, acompañado de 150 hombres, el coronel Leleu. Llevaba la misión de disolver los grupos de revolucionarios que aun merodeaban por aquella región.

La gente del gobierno trabajaba empeñosamente para arreglar provisionalmente los puentes de Itapebí y del Arapey, que habían sido destruídos por los revolucionarios. En ambos se colocaron fuertes destacamentos para evitar nuevas voladuras.

Con procedencia de la Agraciada llegó á Mercedes el escuadrón « Soriano », compuesto de sesenta hombres, al mando del comisario Eugenio J. Belén, conduciendo una importante caballada que se calculaba en 3.000 animales, en su mayor parte sacados á los insurrectos por las fuerzas al mando del diputado Fleurquin.

El 30 de Marzo era voz corriente en Montevideo que la noche antes habían llegado á la estación Peñarol centenares de vagones que conducían una parte de uno de los grandes ejércitos del gobierno que operaban en el norte. El movimiento de vagones existía, y esa acumulación de material rodante estaba destinada á conducir al ejército de Benavente desde su campamento hasta el Paso de los Toros.— En el parque nacional se trabajaba apresuradamente para alistar dos nuevas secciones de ametralladoras. Dirigían esos trabajos oficiales de artillería que hacía días habían llegado á Montevideo procedentes del campamento del general Muniz, acompañando al coronel Buquet, ex jefe de estado mayor de aquel ejército.


APARICIO SARAVIA Y SUS AYUDANTES

El 29 de Marzo acampó en las inmediaciones de la estación Toledo la división Colonia, que mandaba el coronel Andrés Vera.

También vinieron con esa fuerza 50 hombres del 5.° de cazadores, al mando del teniente Baldizzone, que habían quedado en Melo.— Esa gente había hecho una penosa travesía, á lomo de malos caballos, desde la villa de Artigas hasta las puertas de la capital, llegando á ésta veinte días después que su antiguo jefe el coronel Tezanos.

Por los heridos

Á principios de Marzo comunicaban de Buenos Aires que la comisión de auxilios que sesionaba diariamente en el Club del Progreso, en unión de la comisión de señoras últimamente anexada á ella, activaba los preparativos de las diversas fiestas de beneficencia que se organizaban á favor de los heridos orientales.

El 3 de Marzo se dió un beneficio en el teatro de la Comedia con la obra de Florencio Sánchez *M'hijo el dotor*. La comisión de damas volvió á reunirse presidiendo el acto la señora Albina V. P. de Salas, y con asistencia de varios miembros de la comisión auxiliar de propaganda, para confeccionar el programa á regir en la fiesta que se efectuó á beneficio de los heridos uruguayos, el día 16 de Marzo, en el Prince George's Hall, disertando la señorita Canetti sobre « La influencia de la mujer en el desarrollo de los ideales de un pueblo », y recitando el señor Palacios (Almafuerte) una de sus inspiradas poesías.

El producido de la fiesta en el Prince George á beneficio de los heridos uruguayos alcanzó á la suma de 1.152 pesos. La comisión de damas designó el día 26 de Marzo para que en él se verificara el paseo naval, para el cual se habían repartido numerosas invitaciones.

El paseo se realizó en uno de los vapores más cómodos de la empresa Mihanovich, puesto á disposición de la comisión de damas.

El jefe de policía cedió la banda del departamento y el ministro de la guerra la del 2.° de infantería.

La señora Petrona Biedma de Guerrero, delegada de la Cruz Roja en Buenos Aires, recibió una comunicación de la presidenta de la la Cruz Roja Uruguaya.

Se hablaba en la nota del cuadro que presentaban los campos orientales, en donde se veían heridos por do quiera que cruzaban las fuerzas del gobierno; daba cuenta de los esfuerzos que realizaba la Cruz Roja Uruguaya, que tenía un déficit de 6.000 pesos y que en muchas ocasiones se había visto obligada á instalar hospitales de sangre en el intervalo de dos horas; indicaba la urgente necesidad de que la Cruz Roja Argentina se trasladara con sus elementos de hospitalización y transporte al campo uruguayo, para evitar que los heridos fueran abandonados y confiados á su propia suerte después de las batallas.

En Buenos Aires la comisión de auxilios que presidía el doctor del Pino solicitó de la Cruz Roja Argentina cien camas completas para atender á los uruguayos emigrados.

La Cruz Roja respondió favorablemente á la solicitud, cediendo en calidad de préstamo dichas camas, pero á condición de no emplearlas fuera del territorio argentino.

La redacción de *La Nación* de Buenos Aires puso en manos de la señora C. A. de Bourel, presidenta de la comisión de auxilios para los heridos uruguayos, la cantidad de $ 315.50 recolectados por la profesora uruguaya señorita Glafira H. del Carmen, y que le fué enviada para ser entregada á la antes mencionada comisión.

Se reunieron en Buenos Aires el 29 de Marzo varios ciudadanos uruguayos residentes allí, con el propósito de constituír una comisión para auxiliar á los heridos, enfermos y menesterosos que causara la revolución.

Después de exponer los propósitos filantrópicos que se tenían en vista por los iniciadores de la reunión, — que era una comisión delegada por el directorio nacionalista, — se constituyó la comisión de auxilios á la revolución uruguaya con los siguientes señores:

Presidente, doctor Juan Angel Golfarini; vicepresidente, señor Abdón Arózteguy; secretarios, doctor Juan Coustau, Alberto Ibarra y doctor Héctor García Joanicó; tesorero, Pedro Cedrés; protesorero, doctor Esteban Lamadrid; vocales: señor Agustín de Vedia, doctor Antonio Carvalho Lerena, doctor Ambrosio Solari, doctor Pedro Palacios, doctor Francisco J. Oribe, señor Antonio Ballvé, ingeniero Laurentino Sienra Carranza, fray Álvaro Álvarez, señor Pedro Casaravilla, señor Juan A. Gregorino, doctor Darío Brito del Pino, señor Aurelio Berro Buján, doctor David Suffern, señor Emilio García Joanicó, señor Manuel C. Sánchez, señor Enrique Platero, doctor Jacobo Z. Berra, señor Ramón Artagaveytia, señor Celestino Udabe, señor Manuel Fernández Vázquez, señor Luis J. Vincent, señor Leopoldo Scotti, señor Federico Kurow, señor Pedro Chilibroste, doctor Guillermo Melián Lafinur, doctor Juan José Britos, señor Antonio Larraechea, señor Francisco Pagés, doctor Florentino Ortega.

Inmediatamente se instaló la comisión y aprobó una circular que se dirigió á las personas caritativas para que enviaran su óbolo á las siguientes direcciones:

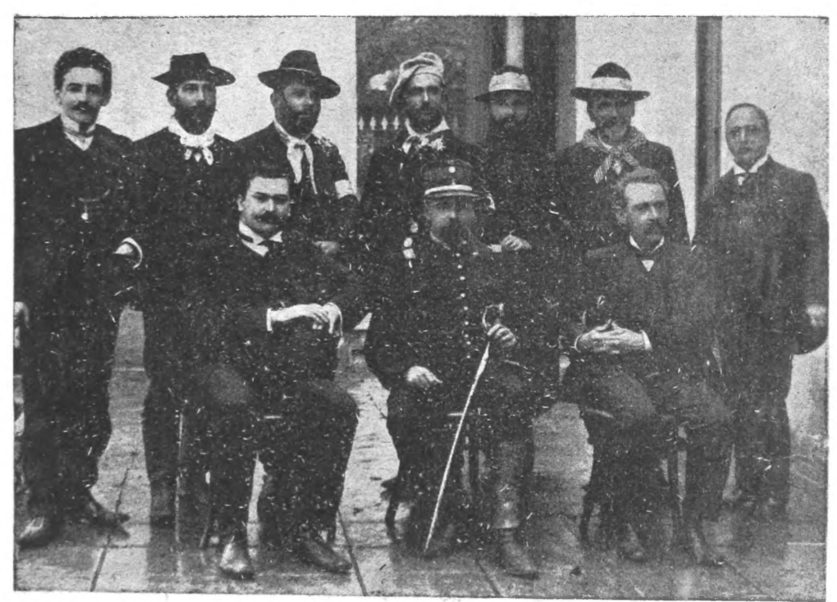
Doctor Juan Ángel Golfarini, Defensa 746; señor Abdón Arózteguy, Gallo 1606; doctor Juan Coustau, Avenida de Mayo 719; doctor Héctor García Joanicó Victoria 1194; señor Alberto Ibarra, Pueyrredón 1932; doctor Esteban Lama-

drid, Avenida de Mayo 651; señor Francisco Pagés, Cabildo 1358 (Belgrano); señor Pedro Cedrés, Rivadavia 6188.

La secretaría del comité fué instalada en la calle Defensa 740.

Los trabajos de pacificación

Paralelamente con las acciones de guerra, seguían los trabajos encaminados á conseguir la pacificación del país. La comisión argentina *Pro-paz uruguaya* compuesta de los doctores Sáenz Peña, Irigoyen y Victorica, estudiaba los antecedentes del conflicto para entrar de lleno en su cometido. *La Opinión*, diario bonaerense, lanzó la idea de que todas las damas que formaban las principales asociaciones de beneficencia de Buenos Aires se reunieran á fin de secundar los trabajos del comité Pro-pace. — «En una reunión de esta naturaleza,— decía ese diario quinta-



ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO

nista, — es evidente que cualquiera moción que se hiciera en el sentido de organizar funciones de caridad, sería inmediatamente adoptada, aportando el concurso de nuestra alta sociedad.

»Los sentimientos caritativos de dichas damas, unidos al afecto que profesan á nuestros hermanos los orientales, harían que los meritorios trabajos que se emprendan fueran coronados por el mejor éxito.»

El doctor Pedro Bourel dirigió al doctor Duvimioso Terra una carta exhortándole á colaborar en los trabajos de pacificación. Terminaba la epístola con este párrafo:

«Concurra usted, doctor, á la grande obra de hacer no sólo la felicidad de su patria, sino la de la integridad de América, que todo esto está de por medio en la solución patriótica del problema.»

El doctor Terra contestó á esta exhortación con una larga carta de la cual nos parece interesante transcribir los siguientes conceptos:

« En cuanto á su exhortación, tengo el placer de avisarle que predica usted á un convertido y que en mi línea ha mucho tiempo que vengo trabajando por que la paz se radique también en esta república sobre base sólida.

» Todavía estaba ahí, en la Argentina, en donde pasé siete años sin sentirme extranjero, cuando en 1897 se tramitaba el pacto de paz que al fin se celebró en Septiembre de ese año. Se discutía cuántos departamentos debían ser administrados por nacionalistas, obligando al Presidente de la República á que, para hacer esa concesión, violase claros preceptos constitucionales, y ya entonces, trabajando para que la paz se radicara sobre sólida base, previendo que todo arreglo que no partiera de la prevalencia de la ley sería de resultados efímeros, escribí al señor Cuestas, que entonces ocupaba la presidencia de esta República, exhortándolo á que no celebrase un pacto con causa torpe y á que levantase un poco más el punto de mira para volver á la vida institucional. Recuerdo que terminaba diciéndole: « hay más que esperar de un gobernante bien inspirado y controlado por un partido de oposición que mantiene bien enhiesta su bandera de principios, que de las cláusulas de un pacto violatorio de la Constitución y del programa que ese partido se trazó al recurrir al medio extremo de la revolución ».

» Esa mi exhortación no fué atendida; bien por el contrario, me valió el distanciamiento de la política militante, soportando en silencio apreciaciones injustas que me tenían sin cuidado, desde que mi conciencia no me quitaba el sueño.

» Pero lo que podía prever todo el que estuviera libre de ofuscaciones, vino produciéndose como frutos amargos de aquel engendro que se llamó Pacto de Septiembre de 1897.

» Sin coraje las facciones militantes para abordar derechamente el problema de la reconstitución de los poderes públicos por medio del sufragio, erigieron en sistema el modo empírico y enervador de los acuerdos electorales, y que tuvo por consecuencia forzosa el estado de paz armada en que hemos vivido hasta que se produjo el actual alzamiento, que, como usted dice bien, no compromete tan sólo los intereses morales y materiales de esta república.

» Producido el hecho desgraciado, no podía continuar en la prescindencia casi absoluta en que permanecí durante estos seis años, y reunido á algunos otros correligionarios que coparticipan de estas ideas, constituímos un centro con los propósitos de que informará el manifiesto que tengo el agrado de adjuntarle por si acaso no ha llegado á su conocimiento.

» Ante el hecho de la guerra, nosotros no podíamos ir á formar en las filas saravistas porque ese alzamiento sin bandera conspira contra los verdaderos intereses del Partido Nacional y contra los de nuestra patria, que deben ser los supremos para toda colectividad política; porque con ese alzamiento sin bandera se abusa del derecho de revolución, que es un derecho extremo, al cual sólo puede recurrirse cuando todos los medios legales se vuelven imposibles por la intromisión del poder oficial.

» Tampoco podíamos ir á pelear contra los que llevan nuestra misma divisa, cuya gran mayoría siguen la banderola de Saravia, ya inconscientemente, ya empujados por el arrastre de los que sienten pero que no disciernen.

» Entonces no nos quedaba otro medio de acción que el de trabajar por la paz, por el respeto á las autoridades constituídas, sacando combustible de la hoguera, propagando á nuestros correligionarios que deben economizar sus fuerzas y sus entusiasmos para ponerlos al servicio de la causa de la civilización y del progreso en las luchas pacíficas del sufragio. »

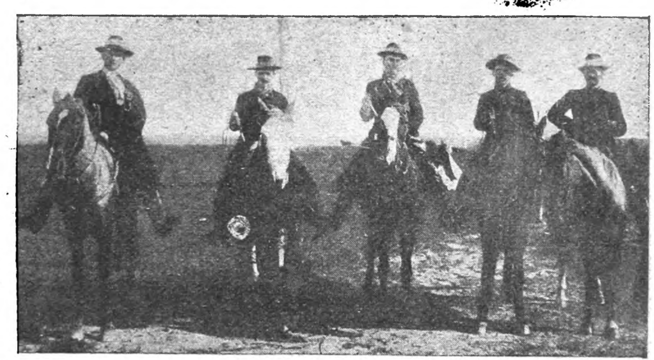
La comisión argentina de auxilios, en su afán humanitario de arbitrar recur-

sos á la brevedad posible, decidió la edición de un número único, cuyos trabajos literarios, á cargo de los más distinguidos escritores de Montevideo y de Buenos Aires, tendrían por temas especiales el narrar los horrores de la guerra civil, al par que exaltar sentimientos de paz y concordia en la familia uruguaya.

Reunión laboriosa celebró el 3 de Marzo, en los salones del Club del Progreso, la comisión de señoras argentinas pro-paz uruguaya.

Presidió el acto doña Albina V. P. de Salas, asistiendo las señoras Damiana Méndez Texo, Catalina A. de Bourel, Josefina M. de Caprile, Petrona B. de Guerrero, Carlota M. de Machado, Rosario M. de Doncel, Delfina M. de Drago, Celina H. de Estrada, Florencia G. de Peña, Alejandrina Ll. de Daract, Isolina E. de Zavalía, Sara M. de Machado y Bárbara M. de Imaz.

Tomadas en cuenta las numerosas adhesiones de la capital y provincias, principalmente de centros femeninos, la comisión se ocupó detenidamente de las fiestas proyectadas. —La comisión de Mar del Plata designó á las señoritas Catalina Méndez Frías, Paulina y Margarita Gowland y Sara Cané y á los señores Francisco D. Pérez, José Garrón, Julio Victorica, Juan Dorrosier, Eugenio Fichper, Teófilo Mathel y Jacinto Crotto, para componer las comisiones auxiliares de señoritas y caballeros en aquella localidad.



CINCO HIJOS DE APARICIO SARAVIA

El 7 de Marzo resolvieron embarcarse en Buenos Aires para Montevideo el obispo monseñor Gregorio Romero y el doctor Pedro Bourel, presidente y vice de la comisión argentina que trabajaba por la paz uruguaya. Dichos señores se proponían entrevistar al presidente Batlle y al general Saravia para pedirles, si aceptaban en principio el proyecto de pacificación, que nombraran delegados al efecto.

En caso de conseguir que se efectuara ese paso preliminar, iría en seguida á Montevideo, para ponerse al frente de los trabajos, la comisión especial, compuesta de los señores doctor Bernardo de Irigoyen, doctor Luis Sáenz Peña y doctor Benjamín Victorica.

La Prensa bonaerense volvió á hacer un caluroso llamado en pro de la paz uruguaya en un artículo en que decia «que por honor, por egoísmo y por los deberes que impone el amor patrio, si no era éste sentimiento vana palabra en los hombres ilustrados y patriotas del Uruguay, estaban obligados á reunir sus esfuerzos para devolverle su normalidad, su vida política y los inmensos beneficios de la paz».

Con motivo de las gestiones en favor de la paz, escribía *Diario Nuevo* con fecha 9 de Marzo:

«La paz es necesaria, la paz es indispensable, y nosotros, los que nos hallamos bajo la bandera de las instituciones, la proclamamos salvadora, la anhelamos con todo el calor de nuestro civismo.

» Pero la paz necesaria no es la paz de los pactos acomodaticios, transitorios forzados, cataplasmáticos, que el adversario conviene con el solo é innoble propósito de preparar la guerra. Hágase la paz; pero la paz que repose en el respeto incondicional al principio de autoridad, á las leyes, á las instituciones, sin compromisos que cercenen y rebajen el prestigio de la unidad gubernista.

» Hágase la paz, pero la paz sobre la base del sometimiento de los rebeldes, castigados, escarmentados por el rigor de las armas victoriosas de la ley.

» Mientras Saravia ú otro advenedizo por el estilo compartiera con el gobierno de la nación las regalías del mando; mientras un partido poseyera como suya la mitad de la República, y otro la restante; mientras se toleraran las amenazas subversivas, los aprestos bélicos, las jactancias soberbias del partido vencido, la paz sería un mito, duraría lo que así conviniera á los intereses caudillescos, sería míl veces peor que la guerra misma, porque la sola amenaza del desastre sería una rémora inconmovible á todos los progresos del país.

» Si hoy el partido saravista desea y ansía la paz, la paz del gobierno de Cuestas, es porque se siente incapaz de consolidarla con un triunfo. Esto es evidente,

» Por lo tanto, es necesario destruir de una vez el armazón carcomido del caudillaje saravista, destruyendo sus ejércitos desordenados y desalentados, para devolver á la república la tranquilidad que ambiciona.

» Con un nuevo triunfo como el del Paso del Parque, la bancarrota de la revolución se traduce en desastre, y del desastre á la impotencia más absoluta no hay más que la distancia de una victoria á otra victoria. Obtenida ésta, la república saludará con dianas el primer día de paz definitiva de las instituciones.»

Como los señores Romero y Bourel no se embarcaran en la fecha que habían fijado anteriormente, se buscó la causa de esa demora. *La Prensa* bonaerense publicó la versión de que el presidente Batlle, consultado previamente, se había negado á hacer la paz sino con el sometimiento previo de los revolucionarios á su autoridad.

Esta habría sido la razón por la cual el obispo monseñor Romero y el doctor Bourel no se embarcaron el 7 de Marzo para Montevideo, no obstante haberse resuelto con anterioridad que saldrían ese día. La carta en que el señor Batlle habría hecho las manifestaciones anteriores, recibida en esa fecha, les habría hecho desistir del viaje proyectado....

De esa supuesta carta del señor Batlle no se conocían sino los comentarios apasionados que á su respecto bordaba la prensa revolucionaria de la otra orilla. Bajo la impresión de esas apreciaciones, la comisión pro-paz uruguaya, compuesta de los doctores Sáenz Peña, Victorica é Irigoyen, celebró de nuevo el 8 de Marzo una larga conferencia.

Aunque no se ultimó el plan á seguirse para llevar á cabo los ideales de la paz, se convino en que el período álgido de la cuestión oriental se acercaba, debido á la reciente batalla del Daymán, que favorecía la acción perseguida, augurándose un éxito satisfactorio á los trabajos preliminares.

Ese mismo día se reunió en el Club del Progreso la comisión de damas propaz uruguaya. Como asunto de especial importancia fué tomada en consideración una nota del señor ministro oriental don Daniel Muñoz, en respuesta de la comunicación pro-paz uruguaya que aquella comisión envió en oportunidad á la señora del Presidente Batlle y en la cual se encarecía la ayuda valiosa de esta dama uruguaya.

El 11 de Marzo los señores doctor Bernardo de Irigoyen y general Benjamín Victorica, en su carácter de comisionados del comité pro-paz uruguaya, se apersonaron al presidente de la República Argentina, general Roca, con el propósito de conocer si la misión que se les había confiado no contrariaba la política internacional que se había trazado el gobierno con respecto á los sucesos que convulsionaban al Uruguay.

La opinión del general Roca

El presidente Roca agradeció la deferencia de los comisionados al proceder como lo hacían, y manifestó que, lejos de oponerse á la política del gobierno, coincidía con sus propósitos de buscar la pacificación del país amigo. Agregó que desde que se inició la lucha fratricida, el gobierno insinuó su deseo de poder intervenir en forma que fuera aceptada por los dos partidos.

Los comisionados hicieron saber, en consecuencia, que sus propósitos por el momento eran dirigirse al presidente uruguayo, manifestándole el encargo que habían recibido del comité pro-paz, y según fuera la contestación, proseguirían sus trabajos. — Como consecuencia de la conferencia celebrada con el presidente Roca, se reunieron los doctores Victorica, Sáenz Peña é Irigoyen en la casa de éste último para ultimar sus trabajos.



EL COMANDANTE FOILAO Y LOS AYUDANTES

Redactaron una nota dirigida al presidente Batlle y Ordóñez, ofreciendo su mediación amistosa, la que sería presentada por el obispo Romero y el doctor Bourel, que se embarcaron el 14 de Marzo para Montevideo.

El anuncio de la llegada de los comisionados de paz, doctor Pedro Bourel y monseñor Romero, congregó desde temprano, el 16 de Marzo, en los muelles de Montevideo, numerosa concurrencia, entre la que se destacaba un grupo de damas conocidas.

Llegada de los señores Romero y Bourel

Á las siete y cuarto hacía su entrada al puerto el vapor *Saturno,* llevando en el mástil de proa la bandera nacional, indicio de que en él venía el ministro en la Argentina, señor Daniel Muñoz. Poco después de detenerse el *Saturno* en su fondeadero, se desprendió de la Capitanía el vaporcito *Rayo*, llevando á su bordo algunas personas, que iban á recibir á los distinguidos viajeros.

Monseñor Luquesse y otros sacerdotes que llegaron poco después á la Capitanía, se dirigieron también al vapor de la carrera, y á las 8 1/4 el *Rayo* atracaba nuevamente al muelle conduciendo á los comisionados doctores Romero y Bourel, al ministro señor Daniel Muñoz, á monseñor Luquesse y otras personas.

El público que esperaba en los muelles se aglomeró hacia el lugar del des-

embarco, y, una vez que los doctores Bourel y Romero pisaron tierra, fueron saludados con vivas á los comisionados de la paz, que repitieron cientos de voces, entre nutridos aplausos. Del grupo de damas se destacó la señora Marfetán de Iturralde, que, dirigiéndose á monseñor Romero y al doctor Bourel les dió la bienvenida en nombre de las damas uruguayas, formulando votos por que el éxito más completo coronara su misión. Monseñor Romero contestó agradeciendo aquel saludo y expresando confianza en el resultado de las gestiones de paz. En seguida se inició un besamanos del que participaron algunas de las damas presentes.

La llegada del ministro Muñoz con los comisionados fué interpretada por la crecida concurrencia que llenaba los muelles como un augurio feliz en pro de la realización de los anhelos que perseguía el comité del cual eran en Buenos Aires presidente el arzobispo doctor Romero y vicepresidente el doctor Bourel, anhelos de que participaba también el pueblo uruguayo.

El doctor Bourel exteriorizó, en conversaciones particulares, sus esperanzas de llegar á un resultado positivo en la difícil tarea que se habían impuesto; pero se manifestó reservado en lo que se refería á fórmulas para la pacificación.

Los comisionados de paz se dirigieron después en dos carruajes al palacio arzobispal, donde se les había preparado alojamiento. En el primer coche iban el arzobispo Romero y monseñor Luquesse y en el segundo el doctor Pedro Bourel, el señor Daniel Muñoz y el doctor Alfredo Castellanos.

Monseñor Romero es una personalidad distinguida del clero argentino. Orador de nota, su palabra es siempre escuchada con agrado, pues lleva el sello de su talento indiscutible y de la más elocuente sinceridad. En el parlamento del vecino país, del cual formaba parte en calidad de diputado, había sabido distinguirse por esas cualidades y por sus condiciones personales, que hacen de él un perfecto caballero.

El doctor Pedro Bourel es también uno de los ciudadanos más distinguidos del foro argentino y un orador brillante. Pertenece al partido radical, del cual es uno de los miembros más conspicuos y por cuyas ideas ha combatido siempre desde la prensa, desde la tribuna y hasta en las barricadas. Como al doctor Romero, le cupo el honor de ser de los iniciadores del movimiento que se produjo en la Argentina en favor de la pacificación uruguaya.

De acuerdo con una convocatoria publicada la mañana del 16 de Marzo, se congregaron en el Victoria Hall varias familias cuyo número no pasaría de cuarenta.

Entre las señoras conocidas estaban las siguientes: Rosa Tornsquist de Hoffman, Bernardina Muñoz de De María, Blanco de Wilson, Ema Pareja de Shaw, Concepción Muñoz de Castellanos, Flora Wells de Shaw, Bernarda Arrien de Howard, Julia Villegas de Shaw, Valentina Castellanos de Winterhálter, María Winterhálter de Piñeyrúa, señorita Maeso Latorre, María Elena Uriarte de Heber Jackson, Hortensia Olascoaga de Uriarte, señoritas Polonia y Maclovia Risso, Matilde Escardó de Platero, señorita Adelaida García Morales, señoritas de Brito del Pino, señoritas de Sánchez, Celia y Ester Álvarez, Elena Cranwell, señora Amalia Castellanos de Carvalho, señorita Valentina Winterhálter.

La reunión estaba anunciada para las 10 de la mañana, pero media hora después recién empezaban á llegar las familias.

El doctor Alfredo E. Castellanos recibía á los invitados en la entrada del local.

Á las 11 de la mañana llegó allí la noticia de que el obispo monseñor Romero y el doctor Pedro Bourel no podían asistir á la reunión que iba á celebrarse.

Media hora después las familias empezaban á retirarse sin haberse resuelto

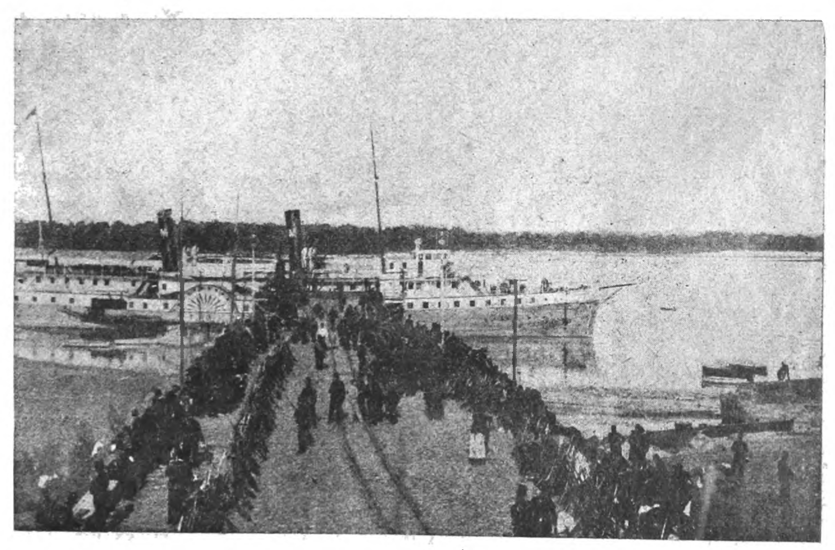
nada en la reunión. Muchas de las personas que abandonaron el local se dirigieron al arzobispado con el fin de saludar á los huéspedes argentinos.

La entrevista del obispo Romero y del doctor Bourel con el presidente de la República se verificó esa tarde, pues apenas llegado, el obispo Romero dirigió al señor Batlle y Ordóñez una tarjeta pidiéndole audiencia.

El presidente señaló la hora de las 4 de la tarde para recibir á los comisionados.

El mismo día que llegó la comisión argentina se verificó una reunión de senadores y diputados con objeto de cambiar ideas sobre la actitud que debía asumir el cuerpo legislativo ante las gestiones de paz.

Hubo un largo debate, motivado por la moción del señor Figari, de que el cuerpo legislativo no interviniera en gestiones de paz, salvo el caso que se



PAYSANDÚ. — DESEMBARCO DE TROPAS

ajustaran estrictamente á la Constitución. — Por último se resolvió nombrar una comisión compuesta de los señores Cuñarro, Figari, Rodó, Lenzi y Lauro Rodríguez, con el encargo de aconsejar el temperamento que debían asumir los legisladores.

La entrevista de los comisionados con el Presidente de la República se verificó de tarde. El doctor Bourel, interrogado después por varios periodistas, se manifestó reservado en lo que á fórmulas para la pacificación se refería.

Los diarios, al ocuparse de los trabajos por la paz, se mostraban pesimistas y temían un fracaso.

La versión de la entrevista de los delegados con el presidente, cuya circulación autorizó la censura oficial, fué la siguiente:

Aquéllos fueron acompañados por el ministro en la Argentina, señor Daniel Muñoz, y después de hecha la presentación del caso por éste, los delegados quedaron solos con el presidente y entraron de lleno en su misión.

Enterado el Presidente del contenido de la nota de que eran portadores los delegados, hizo una relación detallada de las causas que habían motivado el

movimiento insurreccional, al que dijo que sólo había servido de pretexto la permanencia de dos regimientos de caballería en Rivera y la sinrazón del partido nacional para lanzarse á la guerra.

Recordó igualmente el movimiento armado de Marzo.

Declaró que era partidario acérrimo de la paz, y que así lo había demostrado como ciudadano en la revolución del 97 y como mandatario en la de Marzo del año anterior; pero que en la actualidad era un deber del gobierno, para salvar el principio de autoridad y conseguir la paz duradera, el sometimiento previo de los revolucionarios.

Sobre este punto se extendió el presidente en consideraciones que encontraron perfectamente atinadas los delegados.

Éstos manifestaron que su misión se concretaba puramente á conocer la opinión del Presidente de la República, reconociendo que el señor Batlle y Ordóñez estaba animado de los mejores deseos para arribar á una solución pacificadora.

El presidente quedó comprometido á contestar por escrito la nota de que fueron portadores los señores Romero y Bourel.

La nota de la Comisión Argentina

He aquí el texto de la nótaque los señores doctor Bernardo de Irigoyen, doctor Luis Sáenz Peña y doctor Benjamín Victorica dirigieron al señor Batlle como acto previo de los trabajos pacificadores en que se hallaban empeñados, y que fué entregada personalmente por los comisionados monseñor Romero y doctor Pedro Bourel:

«Buenos Aires, Marzo 15 de 1904. — Excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, don José Batlle y Ordóñez: El pueblo argentino, fiel á la solidaridad histórica que liga á los estados sudamericanos, observa con profunda consternación la guerra en cuyos fuegos desaparecen en esa república vidas preciosas, vínculos sociales y adelantos económicos, intrrumpiéndose á causa de esos trastornos el movimiento de su prosperidad y de su crédito.

» El sentimiento de esta sociedad en favor de una paz digna del pueblo oriental y de su gobierno se ha pronunciado unánime. Asociaciones representativas de la cultura de esta época se han congregado espontáneamente en esta ciudad y las del interior para aunar esfuerzos tendientes á producir el restablecimiento de la tranquilidad alterada y de las instituciones tutelares de la libertad de los pueblos organizados. Y entre esas demostraciones ha surgido el nombramiento de una comisión que contribuya al propósito expresado por todos los medios propios de situaciones azarosas.

»Hemos tenido el honor de ser designados para formarla y llevar á conocimiento de V. E. las palpitantes aspiraciones de esta república, ligada á la que V. E. preside por los vínculos más nobles y dignos que reconocen las naciones. Y no sería disculpable que declináramos el encargo de exponer, como lo hacemos respetuosamente á V. E., el elevado anhelo que condensa las corrientes imparciales y puras en ambas márgenes del Plata.

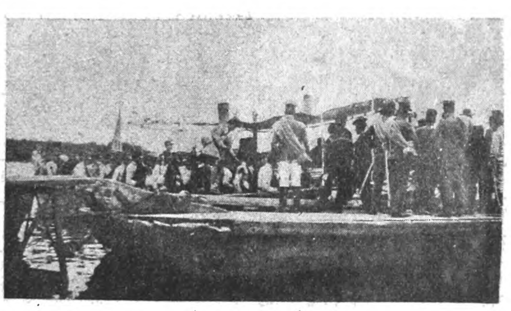
»Hacemos, señor Presidente, justicia al patriotismo de V. E. El alto puesto que ocupa le permite concurrir á cerrar días de desolación y de luto para su tierra; y cúmplenos significarle nuestros votos por que, contribuyendo á serenar la atmósfera política, que en la vida de las naciones se altera y obscurece en épocas excepcionales, pueda grabar V. E. entre sus recuerdos la fecha de una reconciliación nacional honrosa y benéfica para su patria. Con estos sentimien-

tos, le pedimos se digne hacernos saber si nuestra traslación á esa ciudad con el objeto indicado puede contrariar los propósitos de V. E.

»Antes de subscribir esta nota, cúmplenos declararle que, careciendo de investidura oficial, no podemos dar á nuestro cometido las denominaciones establecidas en las relaciones internacionales. Nos reputamos representantes de las palpitantes aspiraciones populares y del sentimiento de fraternidad que aproxima y confunde á orientales y argentinos en los inquebrantables vínculos de la tradición de la sangre y de la gloria común.

»Si esta iniciativa es aceptada por V. E., daremos sin demora conocimiento de ella al jefe de la revolución, á fin de que designe los ciudadanos que deban representarlo, y nos limitaremos á someter á V. E. y á los representantes del partido que ha levantado las armas, indicaciones que pueden, sin detrimento alguno para la autoridad de V. E., poner término á los saoudimientos desoladores de la guerra y restablecer en ese rico país los grandes beneficios de la paz.

»Aprovechamos con agrado esta oportunidad para saludar á V. E. con nuestra distinguida consideración.—*Bernardo de Irigoyen — Benjamín Victorica. — Luis Sáenz Peña*».


SALTO. — DESEMBARCO DEL 3.° DE GUARDIAS NACIONALES

Continúan las gestiones de paz

El 17 de Marzo se verificó en la iglesia Metropolitana una gran misa de pontifical *pro pacem,* oficiando monseñor Romero, con la asistencia de dos sacerdotes.

Aunque el acto había sido poco anunciado, numerosa y selecta concurrencia llenaba las amplias naves del templo.

La iglesia estaba llena de devotos que, animados de patrióticos anhelos, iban á unir sus preces á las del prelado argentino.

Primaba el elemento femenino, pero se notaba también la presencia de muchos caballeros que habían querido adherirse al acto religioso.

Otras muchas personas estaban allí con el único fin de oir á monseñor Romero; pero, á pesar de que se había anunciado que hablaría, no lo hizo, no sabemos por qué motivo.

Los diarios hicieron ese mismo día muy tristes consideraciones al recordar que era el aniversario de la sangrienta batalla de Tres Árboles, librada el 17 de Marzo de 1897, entre las fuerzas del ejército mandado por el general Villar y las revolucionarias nacionalistas al mando del coronel Diego Lamas. Ambos jefes habían fallecido ya, después de terminada la contienda fratricida y celebrada la paz entre hermanos, pero muchos de sus compañeros de armas de aquella memorable acción de guerra se encontraban nuevamente frente á frente, en lucha que ensangrentaba la patria común.

Volvieron á reunirse esa tarde los senadores y diputados, preocupándose de las gestiones de paz iniciadas por los argentinos.

El manifiesto legislativo

Hubo una larga discusión sobre los puntos que abarcaba el informe expedido por la comisión especial nombrada el día anterior.— Aquélla aconsejaba que se consultase á la Asamblea sobre si debía hacerse una declaración pública al respecto.

Los doctores Figari y Rodó sometieron á la consideración de la Asamblea dos proyectos de manifiesto.

El del primero fué rechazado y el del segundo aprobado.

Por distintas razones se negaron á subscribirlo los diputados Ángel Floro Costa, Setembrino Pereda, Gregorio Rodríguez y Riestra.

He aquí el manifiesto:

«Los miembros de la Asamblea Nacional que subscriben, en presencia de la lamentable prolongación de la contienda armada que ensangrienta el territorio de la República, ante el sentimiento de angustiosa expectativa que domina en el ánimo de los ciudadanos y los habitantes todos del país, y en oportunidad de los votos de paz que por iniciativa oficiosa de respetables elementos de una sociedad amiga acaban de manifestarse, se consideran en el deber de dirigir al pueblo esta breve exposición para expresar cuál es el espíritu que los anima y cuáles los propósitos á que ajustarán su conducta en tan solemnes circunstancias.

» Declaran, en primer término, interpretando vehementes sentimientos patrióticos, que quieren y desean la paz como el más alto de los bienes á que puede aspirar una sociedad organizada al amparo de las instituciones libres, con amplias garantías para todos los derechos y todos los intereses legítimos, y que á esa aspiración generosa prestarán en cualquiera ocasión su más decidido concurso dentro de la Constitución y de las leyes, propendiendo á asegurar de una vez para siempre el orden institucional del país, su prosperidad y su crédito, por la concordia de todos los orientales, sin distinción de partidos ni de ideas, á la sombra de su bandera común.

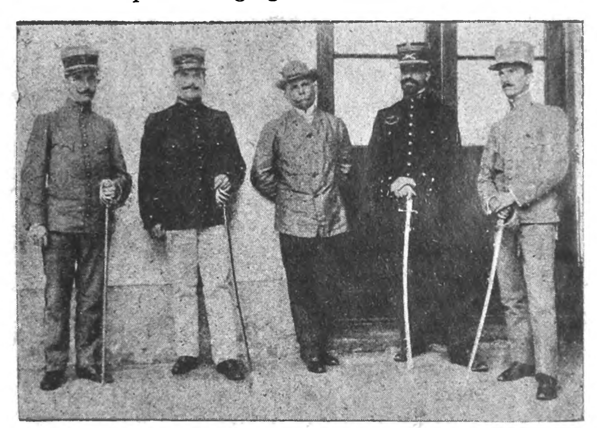
» Declaran que por la misma sinceridad y vehemencia con que participan de esa suprema aspiración nacional, íntimamente persuadidos de que no es posible fundar en la República una paz digna, duradera, y tal que ofrezca seguridades efectivas para el desenvolvimiento de la riqueza pública y la práctica del gobierno propio, sino sobre la base de un restablecimiento definitivo é incondicional del régimen de las instituciones, sin pactos artificiosos ni restricciones subversivas, rechazan la posibilidad de toda fórmula de paz que importe una suspensión ó alteración de ese régimen, menoscabando las facultades constitucionales de los gobernantes, apartándose de los procedimientos consagrados por la ley para la designación de funcionarios públicos, ó tolerando la retención de elementos de guerra en manos ajenas al Estado.

» Declaran que juzgarían insensato é indigno de la solemne expectativa del país, que se le abandonase de nuevo á los azares de una paz precaria y engañosa, sin la unidad gubernamental que mantiene el concepto indivisible de la patria y hace eficaz la acción del poder público, sin la confianza que consolida el crédito, sin la tranquilidad, que es el ambiente necesario de una vida de labor, de progreso y de cultura, cuando la República tiene derecho á la paz grande y estable: la que se obtiene mediante el patriotismo de sus hijos, sometidos todos á la autoridad de la ley, la que se funda en el cumplimiento leal y sincero de la Constitución.

» Declaran estar íntimamente persuadidos de que la entidad moral de los poderes públicos, tal como la caracterizan quienes en la actualidad los desempeñan, ofrece base amplia para una reconciliación honrosa y sincera de los orientales, por el acatamiento de las autoridades constituídas, y librando las actuales disenciones al fallo de la soberanía popular, libremente manifestado en las urnas del voto público, bajo las garantías del honor y rectitud que hoy hacen efectiva la dignidad institucional de dichos altos poderes.

» Declaran que si para devolver inmediatamente al país el bien de la paz, dentro de las indeclinables condiciones expresadas, sin las cuales no conciben la estabilidad y bondad de la paz misma, fuera necesario que contribuyesen á ello en el ejercicio del cargo público que invisten, sancionando las leyes necesarias para consagrar prácticamente una era cívica de paz y de conciliación, realizarían con decidida voluntad esa justa exigencia del patriotismo.

» Y para terminar esta sucinta exposición agregan: que consideran satisfacer las claras exigencias patrióticas manifestando que si hubieran de defraudarse tan halagadoras esperanzas, permanecerían, como hasta ahora, unidos en el firme propósito de cooperar, en la acción conjunta de los poderes públicos, al designio de restablecer, dentro del más breve término posible, el orden y el respeto de las instituciones.»



CORONEL DOMÍNGUEZ, JEFE MILITAR DEL SALTO Y SUS AYUDANTES

El documento anterior fué firmado en el primer momento por los legisladores Benito M. Cuñarro, Juan Pedro Castro, Federico Canfield, Juan Alberto Capurro, José E. Rodó, Ricardo J. Areco, Luis Varela, Lauro V. Rodríguez Eduardo Lenzi, Pedro Figari, Antonio M. Rodríguez, Martín Suárez, José Espalter, Eduardo Vargas, Manuel E. Tiscornia, Diego Pons, Álvaro Guillot, Carlos Albín, Ubaldo Ramón Guerra, Julián Graña, Felipe Lacueva Stirling, Juan A. Smith, Rodolfo Vellozo, Ramón Mora Magariños, Oriol Solé y Rodríguez, Eduardo B. Anaya, Agustín Ferrando y Olaondo, Juan M. Lago, Francisco Milans, Francisco C. Fiorito, Sebastián Martorell, Juan Samacoitz, José C. Requena García, Lauro A. Olivera, Laureano B. Brito, Adolfo Ortega, Juan B. Servente, Pedro C. Escudero, Antonio G. Gosso, Juan M. Etcheverrito, Luis Bonasso, J. Alimundi, Juan B. Ferrer.

Se encargó á una comisión, compuesta de los señores Martín Suárez y Juan M. Lago, de obtener las firmas de los demás señores que no asistieron á la reunión en que aquél se aprobó y subscribió. (1)

(1) El señor Solano A. Riestra dirigió á *El Tiempo* de Montevideo la siguiente carta, en que explicaba su opinión respecto al manifiesto que acababan de dar al país los legisladores:

«Montevideo, Marzo 18 de 1904.—Señor director de *El Tiempo*.—Muy señor mío: En el número de hoy del diario que usted tan dignamente dirige, al darse cuenta de la reunión

El obispo Romero y el doctor Bourel visitaron á los presidentes del senado y de la cámara de diputados, señores Canfield y Rodríguez, y departieron sobre la misión de paz que los trajo á Montevideo. (1)

La nota presidencial

Después se entrevistaron con el doctor José Pedro Ramírez y cambiaron ideas respecto de las bases de pacificación.

El día 18 á la noche el Presidente de la República envió á los emisarios la nota-contestación á la del comité pro-paz. Hela aquí:

celebrada ayer por una gran parte de los miembros de la Asamblea Legislativa, en que se consideró y realizó el pensamiento de dar al país un manifiesto que expresara sus vistas y propósitos en la actual guerra civil, se dice: «que yo no consideraba conveniente que se hablara de paz; que mis opiniones en tal sentido eran radicales, aunque figuraba en las filas del partido revolucionario».

Como esa referencia no traduce ni remotamente la verdad de los fundamentos de mi voto negativo, ni mis declaraciones, me veo, bien á mi pesar, en la necesidad de hacer públicos unos y otras, para evitar malas interpretaciones.

Negué mi voto á la idea de dirigir un manifiesto al país, por dos razones principales, y una de ellas, en mi sentir, fundamental y de principios.

Consideré que ese manifiesto, sobre no ser de oportunidad ni de buena política, podría en cierto modo comprometer la independencia del parlamento, y así habría sucedido inevitablemente á no haber triunfado la forma juiciosa, elevada y patriótica en que fué escrito el documento por el eminente publicista señor Rodó.

Pues en verdad, ¿qué se buscaba con esa declaración de propósitos? ¿hacer acto de solidaridad con el Poder Ejecutivo en la actual contienda? ¿encerrar en fórmulas concretas la posible realización de una paz ó acuerdo entre los partidos en lucha?

Si lo primero, conceptué que el manifiesto sería una nota oficiosa, inútil y en extremo expuesta á ser mirada por la opinión como un acto de dudosa obsecuenciá al Poder Ejecutivo, tanto más cuanto que el Cuerpo Legislativo en sus resoluciones oficiales ha compartido y aprobado la actitud de aquél, casi sin discrepancias; y si lo segundo, creía que no era de hombres políticos preestablecer condiciones ó reglas para una paz que los sucesos de futuro podrían buenamente hacer imposibles; porque ello sería hasta cierto punto inhabilitarnos para prestar nuestro concurso amplio y libérrimo á la consumación de una paz que, si bien no colmara en absoluto nuestros anhelos institucionales, podría satisfacer en cambio hondas é imperiosas exigencias públicas y acaso salvar al país de la desolación y la ruina.

Como simple ciudadano, no habría tenido inconveniente alguno en firmar las declaraciones que el manifiesto consigna, porque en tal caso mi opinión particular no tendría verdadera importancia; pero, como legislador, como representante de la Nación, he creído que debía meditar profundamente el punto, no anticipándome á los acontecimientos; porque, en casi todos los casos, éstos, y no la voluntad de los hombres, son los que dan la clave para la solución de los problemas políticos, especialmente en sociedades inorgánicas como la nuestra.

Las crónicas de los diarios me presentan como dominado por un radicalismo que me lleva hasta el extremo de no querer oir ni hablar de paz, cuando toda mi vida, por temperamento y por convicción, he mirado nuestras luchas intestinas como la mayor y más funesta calamidad que ha pesado sobre nuestro pueblo; pues, en mi concepto, la guerra raras veces produce nada que perdure, á no ser inmensas desgracias y odios y pasiones implacables.—Agradeciendo al señor director la publicación de estas líneas, tengo el agrado de repetirme de usted muy atento y S. S.—*Solano A. Riestra.*»

(1) El corresponsal telegráfico de *La Nación* bonaerense comunicaba dos días después lo siguiente á ese diario:

«En los círculos nacionalistas radicales ha causado disgusto la visita que los delegados argentinos, al volver ayer de la legación de su país, hicieron á los presidentes de ambas cámaras, con el fin de expresar su complacencia con motivo del manifiesto de la asamblea, rogándoles se sirvieran ser intérpretes de sus impresiones y sentimientos respecto de sus colegas de la legislatura firmantes del documento.

Ese disgusto es tanto mayor cuanto los diarios consignan que las entrevistas fueron sumamente cordiales, estando unos y otros de común acuerdo en que la pacificación del país debe hacerse en una forma inconmovible, de tal suerte que jamás la guerra civil vuelva á turbar el orden y la tranquilidad de la república.»

«Montevideo, Marzo 18 de 1904.—Señores doctor don Bernardo de Irigoyen y general don Benjamín Victorica.—Estimados y distinguidos señores: He leído detenidamente vuestra comunicación, de que han sido portadores S. E. monseñor Romero y el doctor Pedro Bourel, y agradezco profundamente el interés que el noble pueblo cuya representación invocáis demuestra por las desgracias de mi país y el vivo anhelo que expresa por que ellas tengan término inmediato, apelando al efecto á mis sentimientos de magistrado y de ciudadano.

Me sería gratísimo dar cumplida satisfacción á esos anhelos, complaciendo á la vez los míos, si no fuera que á los efímeros aplausos que podría granjearme al concertar una nueva tregua, no tuviera que anteponer los deberes y responsabilidades del alto cargo que invisto, que me fuerzan á buscar una solución definitiva á los males del presente que afiance el imperio de la paz. No soy, como bien lo sabéis, quien ha elegido el terreno en que se dirime la contienda y en el que todo desgraciadamente hace creer que ha de resolverse si los consejos de la razón no llevan al pensamiento de los promotores de este desastre la evidencia de su criminal error.—Soy el demandado en este sangriento pleito que enluta y asola á mi país, y representante como me siento de la ley y de la justicia, no es á mí á quien toca proponer su solución, sino el oir las bases sobre que me sea propuesta, sin detrimento de los altos principios de organización política y social, y podéis contar por seguro, distinguidos señores, que no me encontraréis sordo á esas propuestas, pues ni me ofuscan pasiones políticas ni me ensoberbece la absoluta confianza que tengo en la estabilidad de mi poder.


SALTO. — UNA TRINCHERA

Sé bien que puede y debe hacerse la paz; una paz trascendentalmente benéfica para el país y que reposaría sobre la ancha base del sometimiento á los poderes constituídos y de pleito homenaje de éstos á los preceptos constitucionales. Sobre esa base, me encontraréis siempre dispuesto á celebrarla, inspirado en sentimientos de equidad, de tolerancia y de patriotismo.

No soy hombre para la guerra; soy hombre para la civilización y para el progreso, y el resplandor de las victorias campales no me hace olvidar de la sangre leal que cuestan ni del dolor de los vencidos. Ni he iniciado la guerra civil ni he podido evitarla. Todos tenían cabida bajo la amplísima bandera que desplegué al inaugurar mi gobierno, y son los que de su sombra benéfica han desertado los que deben volver á cobijarse á su reparo, no poniéndome condiciones, no reclamando ventajas deprimentes de la autonomía del gobernante, cuyo sacrificio no ha hecho más que agravar los males de la república, sino sometiéndose á las leyes y amparándose en ellas.

Yo no tengo la paz. Está en el campo de los que la han arrancado del quicio de la legalidad en que reposaba. El país empezaba á vivir dentro de la normalidad institucional sin más limitaciones que las que resultaban de las concesiones hechas á la misma agrupación que se ha levantado en armas; y me sentía lleno de patriótica satisfacción al ver que iba haciendo efectivas en el gobierno, con el aplauso popular, mis aspiraciones de ciudadano: la igualdad de derechos para

todos, el más profundo respeto á las libertades públicas, la más escrupulosa administración y distribución de los dineros del erario, y la preparación de un conjunto de obras de verdadera utilidad general, con recursos ya prontos para realizarlas que habían hecho entrar al país en un período extraordinario de prosperidad y engrandecimiento.

Estos hechos y perspectivas me hacían sobrellevar con sincera resignación el cercén de muchas de mis prerrogativas, y habría continuado así hasta el término constitucional de mi mando, si nuevas exigencias, más deprimentes de la autoridad y del decoro del gobierno que las anteriores, exigencias que parecían no tener otro fin que el de conmover la unidad nacional y rebelarse contra ella, no me hubiesen decidido á la resistencia por dolorosa que fuese, en salvaguardia de los destinos del país.

Infundid en los insurrectos la convicción de que es necesario prestar acatamiento á las instituciones y al gobierno que ellos mismos contribuyeron á cimentar por acuerdos solemnes; inducidlos á aceptar las condiciones precisas de un sometimiento real que normalice su acción, única que perturba actualmente la vida regular del país, y se inaugurará una era de sólida paz dentro de una situación de concordia, de honradez, de orden y de libertad.

Entretanto, recibid de nuevo la expresión de mi profundo agradecimiento por los generosos anhelos que os inspira el bien de mi país.—JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ».

La copia de la nota anterior fué terminada á las cinco de la tarde del día 18, comisionándose al señor Freire, secretario del presidente Batlle, para su entrega.

El señor Freire salía momentos después de la secretaría de la presidencia á desempeñar su cometido. Llegó al arzobispado á las cinco y media, y como no se hallaran los delegados, dejó en poder del señor arzobispo Soler la nota en cuestión, pidiéndole hiciera entrega de ella á los señores Romero y Bourel á su vuelta al palacio arzobispal. La nota no fué recibida por los delegados hasta la noche.

El día 19 de Marzo los señores Romero y Bourel regresaron á Buenos Aires llevando á los señores Irigoyen y Victorica la nota-contestación del presidente Batlle.

La nota que el presidente Batlle envió como contestación á los doctores Irigoyen y Victorica fué objeto de muy controvertidas opiniones en el seno del comité pro-paz radicado en Buenos Aires.

Impresiones contradictorias

En la comisión ejecutiva de propaganda la interpretación de la nota creó dos opiniones contrarias: la primera indicaba la conveniencia de hablar con Saravia, solicitar bases y pedir el nombramiento de dos personas encargadas de entenderse con la comisión argentina. Con las bases de arreglo que propusiera Saravia, se pediría al gobierno uruguayo que designara otras dos personas que se entendieran con la comisión argentina, á fin de discutir las bases.

La otra tendencia criticaba la actitud del señor Batlle y creía que debían darse por terminadas las gestiones y dedicarse á arbitrar recursos para las familias de los heridos.

Interrogado un miembro de la junta nacionalista sobre la nota del presidente Batlle con motivo de las gestiones de paz, contestó lo siguiente:

«Las gestiones argentinas en favor de la paz uruguaya sólo han servido para poner de manifiesto y confirmar lo que muchas veces se ha dicho: que el pre-

sidente Batlle no quiere la paz; que en su intransigencia partidaria no acaricia otro fin que el exterminio de la revolución, importándosele muy poco ó nada que el país se arruine y concluya de ensangrentarse la familia oriental. Para él es cuestión baladí la vida y los intereses del pueblo que gobierna, y en su soberbia exige el sometimiento liso y llano del partido en armas, pretendiendo sarcásticamente que él ha sido provocado por la revolución, que es él la víctima de la situación terrible por la cual atraviesa el país, sin acordarse ó queriendo echar una capa de olvido á los hechos públicos y notorios que dieron lugar al alzamiento en armas del partido revolucionario, el que, como se sabe, fué obligado, primero: á reunirse en Cerro Largo, temiendo los rumores esparcidos por el mismo gobierno; y segundo: á batirse con el enemigo que se le arrojaba encima cuando estaba confiado en los arreglos de paz propuestos por el presidente Batlle. Tan es así, que el general Saravia, como lo aseguran todos los que se encontraron en aquellos acontecimientos, preguntaba á sus amigos la causa de su venida á Melo, y quedó asombrado cuando le decían que se trataba de una revolución.

Pero sufre un error grave el presidente Batlle y Ordóñez si cree que va á conseguir exterminar á la revolución, que hoy palpita en todas partes, no solamente en la República Oriental, sino también en los países limítrofes, donde encuentran los revolucionarios elementos y gente dispuesta á acompañarlos en el movimiento de opinión unánime que cada día toma mayores proporciones en la acción de los sucesos de la guerra.


CORONEL CRISTÓBAL FERREIRA

Y si hasta hoy esa acción no ha sido más decisiva, es debido á que el partido en armas, aunque desea reconquistar sus derechos, no pretendía conquistarlos tan sólo por medio de la guerra: esperaba que podría lograrse todavía un arreglo pacífico, confiado únicamente en que desapareciera la obcecación del gobernante partidario ante la elocuencia de los hechos que amenazan su caída inminente. Pero ya que no comprende su situación, ya que quiere á todo trance que siga la guerra con todos sus horrores, guerra tendrá, y guerra de exterminio, pues el partido revolucionario, una vez defraudadas las esperanzas patrióticas de la paz, tomará la ofensiva hasta que se decida la contienda por medio de la guerra.

Estamos, pues, á la espera de acontecimientos, pero de grandes acontecimientos.»

Diario Nuevo, órgano colorado, publicó el 20 de Marzo un editorial en el que, ocupándose de los misioneros de paz argentinos, decía lo siguiente:

«Debemos confesarlo: nos ha extrañado sobremanera que los misioneros argentinos, que hasta ayer fueron nuestros huéspedes, demostraran una perfecta conformidad de opiniones íntimas con todo lo que les ha manifestado el presidente de la República, con todo lo que han declarado los legisladores.

Si esos distinguidos ciudadanos argentinos vinieron á nuestro país con el propósito de ofrecer, como es de esperarse, una mediación que por sí misma implicaba la discusión previa de las bases y condiciones de avenimiento con los revolucionarios; si sus intenciones fueron y son las de hacer cesar la guerra por un pacto que establezca concesiones recíprocas y mutuas garantías; si aspiran á mantener en un pie de armonía precaria nuestras fuerzas activas, hoy absolutamente antagónicas, con los mismos ribetes de convencionalismo que caracterizaron nuestras últimas situaciones políticas, las francas y claras manifestaciones del presidente de la República, así como las categóricas declaraciones de los le-

gisladores, debían haberles evidenciado la inutilidad notoria de sus tentativas pacificadoras.

Pero no ha sucedido así. En todos los reportajes hechos á los misioneros, éstos manifiestan, y lo han repetido en los momentos de embarcarse para Buenos Aires, que consideraban perfectamente patrióticas y razonables las opiniones vertidas por las primeras autoridades del país, hallándose, en consecuencia, de acuerdo en absoluto con ellas.

Y es necesario tener en cuenta que tanto el presidente como los miembros del cuerpo legislativo han dicho con toda claridad que *la única base aceptable y posible* para la paz en las actuales circunstancias es la del *sometimiento incondicional* á las instituciones, á las leyes y á la carta fundamental del Estado, sin pactos artificiosos ó fórmulas subversivas que renueven las situaciones inciertas y artificiales de los últimos años.

En vista de esto, preguntamos: ¿cómo se explica que los delegados de la comisión argentina de paz se hallen en perfecto acuerdo con nuestros hombres dirigentes en el hecho de pactar la cesación de la guerra sobre tales bases, sin haber consultado primeramente la opinión del caudillo revolucionario? ¿Cómo se explica, por otra parte, que los mediadores de paz consideren razonabilísima la actitud del señor Batlle ó de los legisladores, y tengan positivas esperanzas de obtener éxito en su misión, sin que previamente hayan podido explorar siquiera la opinión del directorio ó del comité de guerra saravista residente en Buenos Aires?—Y además: ¿por qué se imponen una misión pacificadora los delegados para desempeñar el único rol posible de notificar la decisión saravista de su deposición con la sola garantía del respeto más firme á todos los derechos políticos y civiles?»

Un redactor de *La Opinión* de Buenos Aires entrevistó á los delegados del comité pro-paz á su llegada á aquella ciudad. Dió cuenta de esa entrevista en los siguientes términos:

La impresión de los delegados

«Monseñor Romero regresa muy desilusionado por efecto del fracaso de las primeras gestiones, y no ocultó la desfavorable impresión que traía del resultado de su entrevista con el presidente Batlle en lo que se refiere á la iniciativa que se creyó tomaría éste desde un principio en favor de la concordia de aquel pueblo.

»—«Hemos encontrado,—nos dijo monseñor Romero,—aquel país en un lamentable estado de desolación y abandono.

»El pueblo oriental no pide, clama por la paz, y las continuas y reiteradas visitas que nos hicieron en nuestros alojamientos las diversas delegaciones orientales que se nos apersonaron con el objeto de infundirnos mayor aliento en nuestras negociaciones, interpretaban ese unánime clamor.»

»No es sólo el pueblo,—nos agregó,—es el comercio en todas las escalas, son las sociedades de beneficencia que cuentan en su seno los elementos más representativos de la sociedad uruguaya las que llamaban diariamente á nuestras puertas, ansiosas de buenas nuevas sobre la paz deseada con todos los anhelos, trayendo en el semblante las huellas del intenso dolor que producía en ellas el desgarramiento interno de su país.

»El Centro de Obreros Católicos, que antes de nuestra llegada había designado un comité especial para pedir simultáneamente con la entrega de nuestra nota que el gobierno atendiera el pedido de la república hermana, insistió nuevamente en su petición el día antes de nuestra partida.

»El resultado de nuestra entrevista es ya del dominio público. Personalmente el señor Batlle nos ha colmado de atenciones, y tanto yo como el doctor Bourel estamos á ellas profundamente agradecidos.

»Momentos antes de nuestra partida volvimos á visitar al presidente uruguayo para recoger la nota-contestación que enviaba al comité pro-paz, y sus últimas palabras para nosotros fueron las siguientes:

»—«Yo no puedo admitir otra base de pacificación que no sea el sometimiento real de los insurrectos.

»Creo que no debo ni siquiera hablar de concesiones como las que se han hecho en pactos anteriores.»

»Terminó diciéndonos que él no estaba dispuesto á nombrar delegados para discutir bases con los delegados de Saravia y que todo lo que podía hacer era oir proposiciones de sometimiento de acuerdo con las ideas que ya había exteriorizado varias veces con motivo de los trabajos emprendidos.»

Una vez que los delegados llegaron á Buenos Aires, se trasladaron á casa del doctor Irigoyen, donde les esperaba reunida la comisión compuesta de los doctores Victorica, Irigoyen y Sáenz Peña para recibir la nota del presidente Batlle.

Sobre el resultado de esta reunión se guardó en los primeros momentos la más absoluta reserva. Sin embargo, ya el diario bonaerense antes nombrado aseguraba que no era exacto que los comisionados hubieran hecho manifestaciones respecto al anunciado viaje al campo revolucionario con el objeto de presentar al jefe de las fuerzas insurrectas el mismo ofrecimiento de mediación que al presidente Batlle.


CORONEL MANUEL CHRISTY

Por el contrario, decía que le constaba, por informaciones recogidas en el seno del comité, que éste abandonaría por completo la prosecución de las gestiones de paz, circunscribiéndose exclusivamente á la misión humanitaria de aportar recursos á las familias de los heridos orientales.

El 25 de Marzo volvió á reunirse el comité de la comisión pro-paz para cambiar ideas sobre el contenido de la carta del presidente Batlle y Ordóñez. La reunión fué breve, reconociéndose, sin divergencia de opiniones, que se debían dar por terminados los trabajos en pro de la paz.

He aquí la nota que los doctores Irigoyen, Sáenz Peña y Victorica, al suspender los trabajos que habían iniciado en favor de la paz uruguaya, dirigieron á monseñor Romero, explicando su resolución:

El fracaso de las gestiones

«Buenos Aires, Marzo 26 de 1904.—Al señor presidente de la asociación Pro-paz uruguaya, ilustrísimo obispo de Jasso, doctor Gregorio I. Romero: Tenemos el honor de dirigirnos á V. S. I. informándole del resultado de la comisión con que fuimos honrados por la asociación Pro-paz, que V. S. dignamente preside.

Acompañamos copia de la nota fecha 15 del corriente mes, dirigida al excelentísimo señor Presidente del Estado Oriental del Uruguay, y original la contestación recibida.

V. S. y el señor vicepresidente de esa asociación, animados del noble propósito de propender á la pacificación de la República del Uruguay, resolvieron trasladarse á Montevideo llevando nuestra comunicación y dar explicaciones conducentes al restablecimiento de la concordia entre los orientales. V. S. conoce el resultado de sus gestiones.

Si nuestra iniciativa hubiese encontrado mejor disposición, creemos que, reunidos en un punto de la costa oriental, comisionados de aquel gobierno y representantes del partido levantado en armas, habríamos podido obtener se concertasen bases de una paz estable, dignas para las instituciones de aquel Estado y honrosas para el pueblo y gobierno oriental.

En vista de la respuesta del señor presidente, hemos resuelto suspender las iniciativas de que estuvimos encargados, y librar á la sociedad que V. S. preside la resolución definitiva de este asunto.

Saludamos á V. S. I. con nuestra más distinguida consideración. — *Bernardo de Irigoyen, Luis Sáenz Peña, Benjamín Victorica.*»

La Nación bonaerense, al comentar esta nota, manifestó que de antemano estaba convencida del fracaso de la misión argentina pro-paz uruguaya, y agregaba: «Incumbe ahora á las autoridades argentinas vigilar severamente para que los intereses de nuestros conciudadanos no sean perjudicados ni desconocidos y para que no se lleve á cabo ningún acto que pueda considerarse hostil ó parcial por los revolucionarios ó por los gubernistas.»

Como ya se ha dicho en el capítulo anterior, precisamente en esos días llegaban á Concordia, procedentes del ejército revolucionario, el señor Luis Alberto de Herrera y el doctor Antonio Serratosa Cibils.

El señor Herrera era portador de una nota de Aparicio Saravia para la comisión de damas argentinas que trabajaba en favor de la paz uruguaya, en contestación á la que le fuera dirigida por ella.

Según manifestaba el señor Herrera, Saravia recibió complacido la nota de las damas, y la contestó en términos que demostraban la elevación de sus sentimientos y los nobles propósitos que lo guiaban en esta cruzada.

«La obcecación del presidente Batlle, — decía el señor Herrera, — pretendiendo temerariamente el sometimiento incondicional del ejército revolucionario, no ha sorprendido á nadie.

»Ella demuestra su intransigencia apasionada y culpable, y sólo sirve para comprobar la justicia que tuvo el partido nacional para levantarse en armas á fin de defender sus derechos.»

Un artículo del doctor Durá

Á mediados de Marzo apareció en Buenos Aires, en la revista *Estudio,* un largo artículo del doctor Francisco Durá, respecto al motivo y los resultados de la guerra civil, los antecedentes y las tendencias revelados gradualmente por los actos y las palabras del presidente Batlle. El pensamiento fundamental de ese estudio estaba expuesto así: «Las guerras civiles tienen una inmensa eficacia para el mal de las naciones», y el autor había colocado como lema de su estudio esta frase de Cicerón que condensa una observación profunda: «*Siendo dignas de lástima todas las cosas en las guerras civiles, ninguna lo es más que la victoria, la que, aunque recaiga en los mejores, los obliga después á ser feroces.*»

En ese estudio de actualidad el doctor Durá dedicaba algunos párrafos á las gestiones hechas en favor de la paz por delegaciones populares internacionales. Helos aquí:

«No hay que aguardar á que la posteridad haga la luz, cuando los sucesos tienen los caracteres de la evidencia. No es un partido político el que esta vez ha hecho imposible el ejercicio tranquilo del poder público. Es el poder público el que ha ido á perturbar á los hombres, partidistas ó no, en plena faena campera, con la pretensión de resolver á cintarazo limpio y en término de pocos

días una complicada cuestión política formada por sedimentos de muchísimos años.

El simple sentido común le diría al médico, aunque no se lo dijeran sus libros, que cuando el mal se ha hecho crónico y ha entrado á constituir como una segunda naturaleza en el paciente, las operaciones quirúrgicas están contraindicadas como remedio inmediato. ¿ Es acaso propio de un gobierno sensato estrangular á medio país, valiéndose para ello del otro medio, con el pretexto de que esto dejará restablecida la integridad del mando, la necesaria unidad del poder, la pureza de la vida institucional, la paz pública duradera y fecunda?... De ese género de paz dijo ya en su enérgico estilo el gran historiador latino: *ubi solitudinem faciunt, pacem apellant.* No cabe decir más, ni menos. El presidente Batlle confunde paz con desolación.

La paz, amiga íntima de la justicia, don del cielo definido objetivamente por San Agustín, « el sosiego en el orden », es en su elemento subjetivo una tranquila y firme coordinación de aspiraciones, de funcionarios é intereses que á la República Oriental siempre le ha faltado, que la guerra no le devolverá nunca; porque la guerra, si puede dar como resultado la sumisión, jamás ha producido en el mundo la concordia, y es radicalmente incapaz para producirla.....—¿ Quién, pues, ha podido sugerirle al presidente oriental que las extrañas anomalías políticas de su país no tenían otra cura posible que la violencia y la guerra? Los pueblos, precisamente por la continuidad de su existencia, son sanables por reforma lenta y pacífica, por evolución sobre sí mismos como ahora se dice, sin necesidad de amputaciones y exterminios. La amputación se produce por las generaciones que sucumben; la renovación por generaciones que brotan y llegan. Ningún gobernante tiene misión en esa tarea de replante, sino sobre el día presente, y « bástele á cada día su propio afán ». Por eso ha escrito, mirando á nuestros males, José Manuel Estrada: « Creemos firmísimamente que el malestar de la nación desaparecerá el día en que haya un gobernante que repute la autoridad que ejerce, como una sucesión necesariamente intestada, y no se cure de constituir herederos ». Cuestas lo entendió así, por reflexión ó intuitivamente, y no precipitó en ninguna forma la marcha de los sucesos; los condujo sin violentarlos y se dejó conducir por ellos sin darse de cabezadas contra los barrotes de la jaula.


CORONEL DESIDERIO ARENAS

Y al decir « barrotes de la jaula », quiero deliberadamente expresar que la función del gobernante, constitucionalmente exenta de toda coacción, está limitada, empero, en todas direcciones, á lo largo, á lo ancho y á lo hondo, por las cosas existentes en las circunstancias de tiempo y de lugar en que le ha tocado el gobierno. No se gobierna como se quiere, sino como se puede. Al hombre que no le acomoden esas limitaciones, le queda un medio para substraerse á ellas, y el patriotismo y hasta el egoísmo se lo imponen: no gobernar, no aspirar siquiera al gobierno, con lo cual asegurará su propia paz y no perturbará la de su país... »

El cura de la Colonia, don Generoso Pérez, que fué preso en la vieja ciudad portuguesa, dirigió á un diario la siguiente carta explicativa:

Mendacias « Señor director.—Muy señor mío: Lo que afirma un periódico de Mercedes con respecto al infrascrito, cura vicario de la Colonia del Sacramento, es una simple calumnia.

No he vociferado « generosamente » contra los poderes públicos, ni he hecho

manifestaciones ardientes en favor de los blancos saravistas, como asegura.
—El motivo de mi detención en ésta no se me ha manifestado, é ignoro cuál sea; pero supongo que no es otro sino alguna calumnia ó sospecha. No tengo conciencia de haber hecho nada que mereciese tal proceder para conmigo.
Como en su diario de anteayer apareció transcrito el suelto del periódico de Mercedes á que me refiero, le ruego tenga la bondad de dar también publicidad á las presentes líneas. —Saludo á usted atentamente.— *Generoso Pérez.*»

A mediados de Marzo regresó de Buenos Aires donde se encontraba á consecuencia de los sucesos revolucionarios, el doctor Luis P. Lenguas, á quien el gobierno concedió autorización que le permitía residir en Montevideo sin molestias de ningún género.

El éxito de las gestiones llevadas á cabo para obtener la venia gubernativa que permitió el regreso del doctor Lenguas, correspondió al presidente del directorio del Banco de la República, señor Pablo Mañé, quien al efecto tuvo una conferencia con el presidente Batlle y Ordóñez.

El día 2 de Marzo fué tomado por las fuerzas de la guarnición del Salto que operaban en la campaña un individuo con comunicaciones de Concordia para el comandante Carmelo L. Cabrera. Fué aprisionado á la altura de Valentín Grande, en compañía de dos baqueanos.

El Día anunciaba el 16 de Marzo que por Reboledo habían pasado varias partidas sin divisa que habían cortado el telégrafo. ¿Era gente dispersa de Saravia que volvía á sus pagos... ó partidas exploradoras que estudiaban el camino del próximo avance revolucionario? De distintos puntos de campaña se comunicaba que pasaban grupos de dispersos.

Según el mismo diario, las fuerzas de Saravia habían quedado reducidas á cuatro mil hombres.

Con estas ilusiones gubernistas *hacían juego* en el partido contrario ilusiones no menos absurdas. De Concordia telegrafiaban, por ejemplo, lo siguiente, que los nacionalistas aceptaban como artículo de fe:

«Marzo 16.—*Me dicen* que el armamento que entregó el coronel brasileño Juan Francisco á los revolucionarios es considerable y que consiste en un parque compuesto de cincuenta carretas.

» *Se decía* hoy en los círculos bien informados del Salto que la ida del doctor Berro á la frontera brasileña no tenía otro objeto que darle al coronel Juan Francisco una fuerte suma de dinero para que éste entregara el resto del parque nacionalista que desde hace algún tiempo tenía á su cuidado. Dicho armamento se dice que fué recibido por las fuerzas que manda Aparicio Saravia.

»También se decía que de un momento á otro se esperaban importantes noticias de los sucesos que tendrán por teatro en breve los campos del departamento de Rivera.»

Como se ha dicho, la línea férrea de Paysandú á Paso de los Toros quedó restablecida debido á las composturas provisorias que se realizaron en aquellos puntos donde partidas revolucionarias habían causado destrozos. Con este motivo el movimiento de trenes fué notable, para reorganizar en forma el servicio ordinario.

Éste quedó reanudado el 17 de Marzo, saliendo de Paysandú un tren para Montevideo, de acuerdo con el itinerario de costumbre. Para que los ferrocarriles funcionaran regularmente al norte del Río Negro, faltaban las composturas de los puentes del Quebracho, Guaviyú y Chapicuy.

Según *La Prensa* del Salto, en Concordia se supo el 18 de Marzo que el co-

ronel Julio Morosini había presentado renuncia del cargo de jefe político de La Paz, ignorándose á qué respondía esta resolución. Refiriéndose este hecho, el colega agregaba:

«Como es natural, la renuncia de Morosini ha dado lugar á muchos comentarios, por coincidir con ciertas versiones que, dada su gravedad, nos resistimos á hacer públicas, esperando que se desvanezcan ó confirmen.»

La versión consistía en que Morosini pensaba colaborar en la revolución, invadiendo al frente de un verdadero ejército de veteranos correntinos y entrerrianos que antes habían servido bajo sus órdenes. Se trataba de dos á tres mil hombres, nada menos!

El coronel Fernando Quijano había partido en comisión para el litoral, y el nuevo empleo que le había confiado aparentemente el gobierno, era la inspección de los consulados orientales establecidos en las poblaciones de ambas fronteras.

El coronel Quijano había comenzado ya el ejercicio de su cometido á mediados de Marzo. El objeto real de su viaje era averiguar á ciencia cierta qué armamento poseían en Río Grande los revolucionarios, dónde lo tenían depositado, y para dónde saldría en caso de disponerse de él. Quijano informó de todo con notable exactitud y á la posesión de sus datos se debió más tarde la captura del parque de Abelardo Márquez.

Además de la enorme cantidad de caballos que poseía el ejército revolucionario recibió á fines de Marzo del Brasil y de los departamentos del Norte de la República Oriental alrededor de quince mil caballos de refuerzo, en excelentes condiciones de gordura.

Entre los elementos adictos al movimiento revolucionario se anunciaba hacía algún tiempo el pasaje de una fuerza al mando del comandante Martirena, agregándose que la expedición era portadora de gran cantidad de pertrechos bélicos. La invasión de Martirena y sus huestes fué anunciada por una entusiasta y amenazadora proclama repartida con profusión en Buenos Aires y en las ciudades argentinas del litoral.

Una fuerza de la división Soriano asesinó el 21 de Marzo al ciudadano argentino Pablo Gómez, quien estaba tranquilamente en su rancho derritiendo grasa.

Consecuencias de la guerra

Á varios metros del rancho se encontraba en ese momento la Cruz Roja, y al escuchar la descarga concurrió en seguida al lugar del suceso y levantó el cadáver de Gómez, que tenía en sus bolsillos su papeleta y la suma de ocho pesos.

Los ciudadanos argentinos de Nueva Palmira hicieron la denuncia á las autoridades argentinas.—*La Prensa* bonaerense denunció este hecho. En la misma denuncia se hacía presente que los ciudadanos argentinos eran molestados por las fuerzas del gobierno, y se comunicaban los siguientes casos:

El ciudadano argentino Lázaro Helo, botero del puerto de Palmira, fué detenido y enviado preso á la Colonia porque llevó en su embarcación á varios jóvenes uruguayos que emigraban; Eduardo Santos, carrero, fué citado y detenido 24 horas sin causa; G. Ruiz, argentino también y con la papeleta que acreditaba su ciudadanía, fué detenido 48 horas sin causa alguna; Alfonso Márquez y N. Zapata (hijo), boteros, y Ángel Buldini, mozo de cordel, todos argentinos, fueron lamados desde el vapor *Ingeniero* y mandados presos á la Colonia.

La madre del detenido Buldini se presentó al capitán del *Ingeniero* y le hizo presente que iba á quejarse á su gobierno, y á los pocos días los detenidos fueron puestos en libertad.

Fué conducido al Salto, en calidad de preso, un individuo capturado en campaña y el cual era autor de un hecho acerbamente comentado aquí.

El comandante militar de este departamento, coronel don Rufino T. Domínguez, mandó á determinado punto del interior á un soldado de toda su confianza conduciendo una nota.

Por el camino el chasque fué sorprendido traidoramente, cometiéndose con él un acto brutal: le cortaron la mano derecha y le hicieron tragar el pliego que conducía.

Pues bien: el autor de tan salvaje procedimiento era el sujeto que fué capturado y conducido al Salto á fines de Marzo.

Quien juzgara á tal hombre por su fisonomía no lo creería capaz del hecho bárbaro que ha realizado á sangre fría y con tanto refinamiento de crueldad. Era un tipo simpático y hasta atrayente, sin que una revelación fisonómica le caracterizara como de tan bajos instintos.

Sin embargo, él fué quien cometió el hecho salvaje, pues además de las pruebas abrumadoras que contra él existían, estaba su propia confesión. Se trataba de un blanco revolucionario exaltado, con ribetes neronianos, que andaba suelto por los montes.»

Á *El Diario* de Buenos Aires le comunicaban lo siguiente con fecha 30 de Marzo:

«Cerca de la estación Chamizo, en el departamento de la Florida, vive desde hace muchos años la anciana señora de Martínez Barroque, viuda y madre de cinco hijos, todos mozos, que por su mal rinden ferviente culto al cintillo; tres son blancos y los dos restantes colorados. Al estallar la guerra civil, los cinco jóvenes marcharon á alistarse en los bandos de sus amores partidarios... El hogar aquel, antes tan alegre, está hoy convertido en un hospital de sangre, y la pobre anciana es la enfermera de cuatro de sus hijos, dos de los cuales resultaron heridos en la pelea de Mansevillagra, otro en Las Pavas y el otro en la retirada de Saravia hacia Melo. Faltan noticias del quinto (tercero por orden de edad), que servía en la división del jefe nacionalista Aldama.»

Personas venidas de Nueva Palmira informaban que habían sido encontrados dentro de los montes de la Agraciada los cadáveres de tres revolucionarios. Se suponía que aquellos desgraciados, después de heridos gravemente, fueron á esconderse en lo más espeso del monte, para no caer en poder de las fuerzas legales, y allí perecieron, lejos de todo auxilio, ignorados.

Las mismas personas afirmaban que entre los que lograron escapar de la persecución de las fuerzas que estaban bajo las órdenes del comandante militar de Soriano, doctor Fleurquin, había varios heridos, unos diez y seis, según se decía. Agregaban que en las islas argentinas debía haber más heridos, pues se sabía que unos veinte ó treinta hombres se dirigieron hacia aquellas islas en una chalana, que hizo varios viajes.»

ÍNDICE

INDICE

CAPÍTULO III

MANSAVILLAGRA, ILLESCAS Y LAS CONCHAS

CAPÍTULO IV

FRAY MARCOS

CAPÍTULO V

LA POLÍTICA Y LA ADMINISTRACIÓN DURANTE EL MES DE FEBRERO

CAPÍTULO VI

PASO DEL PARQUE Y AGRACIADA

CAPÍTULO VII

POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN DURANTE EL MES DE MARZO

